

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

LS.C
B5826

1

Biblioteca

Vol. 13

TEATRO MUNDIAL

OBRAS PUBLICADAS.

Nos. 121 - 130.

1

11101040

TEAR SHEET

GENERAL PUBLICATION

NO. 121 - 130

121. Mariano de Larra, Lanuza.
122. Dicenta, Los Irresponsables.
123. Abati y Reparaz, Los Hijos Artificiales.
124. Oliver, Los Semidioses.
125. Pallardó y Boix, Misterios de
Barcelona.
126. Arbós, La alondra y el milano.
127. Villaespesa, Judith.
128. Dumas, Los Tres Mosqueteros.
129. Serafin y Joaquin Alvarez Quintero,
El Amor que pasa.
130. Jover y Arroyo, La Tragedia de
Baskerville.

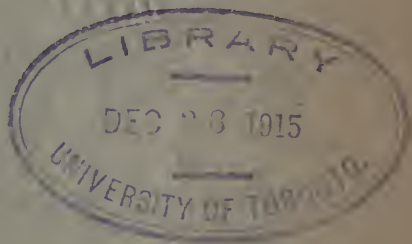
121. Mariano de la Cruz, Iruya.
122. Diente, Los Tres Puercos.
123. Santa y Reparto, Los Hijos de la Virgen.
124. Oliver, Los Tres Puercos.
125. Párrido y San, Hinojosa de
126. Hinojosa.
127. Arbo, La Alhambra y el Alamo.
128. Villanueva, Juchitán.
129. Diente, Los Tres Puercos.
130. Santa y Reparto, Los Hijos de la Virgen.
131. San José, Los Tres Puercos.
132. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
133. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
134. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
135. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
136. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
137. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
138. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
139. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
140. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
141. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
142. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
143. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
144. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
145. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
146. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
147. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
148. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
149. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
150. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
151. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
152. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
153. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
154. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
155. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
156. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
157. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
158. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
159. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
160. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
161. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
162. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
163. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
164. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
165. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
166. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
167. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
168. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
169. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
170. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
171. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
172. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
173. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
174. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
175. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
176. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
177. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
178. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
179. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
180. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
181. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
182. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
183. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
184. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
185. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
186. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
187. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
188. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
189. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
190. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
191. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
192. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
193. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
194. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
195. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
196. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
197. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
198. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
199. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.
200. Santa y Reparto, Los Tres Puercos.

100
101
102
103
104
105
106
107
108
109
110
111
112
113
114
115
116
117
118
119
120
121
122
123
124
125
126
127
128
129
130
131
132
133
134
135
136
137
138
139
140
141
142
143
144
145
146
147
148
149
150
151
152
153
154
155
156
157
158
159
160
161
162
163
164
165
166
167
168
169
170
171
172
173
174
175
176
177
178
179
180
181
182
183
184
185
186
187
188
189
190
191
192
193
194
195
196
197
198
199
200

121
LUIS MARIANO DE LARRA

LANUZA

Drama en tres actos y en verso



2

140/20
10/10/16

MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915



LANUZA

Esta obra es propiedad de la casa editorial Galería Dramática de don Manuel P. Delgado, con cuya autorización se publica en TEATRO MUNDIAL.

LANUZA

Drama en tres actos y en verso

original de

Don Luis Mariano de Larra

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Variedades,
de Madrid, la noche del 21 de Octubre de 1854



1-74
original

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915

A Eduardo de Inza

*su amigo de la infancia, le ofrece
esta corta prueba de su cariño*

El Autor

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

DOÑA ELVIRA	Doña Matilde Duclós.
SOL	» Carolina Duclós.
LANUZA	Don Manuel Ossorio.
DON MARTÍN	» José Calvo.
GIL DE MESA	» Antonio Alverá.
EL MARQUÉS DE ALMENARA .	» Blas Sainz.
CARCELERO	» Jorge Pardiñas.
UN HOMBRE DEL PUEBLO. .	Sr. Porres.
UN EMBOZADO	» Medina.

*Embozados, hombres del pueblo de Aragón
y acompañamiento.*

La escena es en Zaragoza, el año 1545



ACTO PRIMERO

El teatro representa una casa de modesta apariencia. Muebles de la época. Sillones de baqueta. Mesas de nogal sin tapete con relojes encima. Espejos antiguos. Puerta grande al foro que figura dar al exterior, y dos laterales. Ventanas a la derecha en segundo término.

ESCENA PRIMERA

DON MARTÍN y EL MARQUÉS DE ALMENARA, aparecen sentados en medio de la escena. El marqués dice sus primeros versos levantándose, y don Martín le imita al empezar también los suyos.

MARQUÉS Y esto vine a preveniros
por lo que importaros pueda. (Levantándose.)

MARTÍN Razones que no convencen (Idem.)

son, Almenara, las vuestras...

ni pretendo adivinarlas,

ni he de cansarme en saberlas.

Desde que el rey don Felipe

os envió a nuestra tierra

todo el Aragón os odia,

si toda Castilla os tiembla...

(Señal de impaciencia en el marqués.)

Dejadme acabar. Soy viejo

y pasé mi vida entera

mandando a mi corazón

que no atajara mi lengua.

Descendiente de una raza

que trescientos años cuenta,
heredé de mis mayores
el título que hoy me pesa,
que a no ser mis canas tantas
menos mis temores fueran.
Como Justicia mayor
todo Aragón me respeta,
y obrando dentro la ley,
y la libertad con ella,
del rey abajo, ninguno
sufro que mandarme pueda.
Marqués, Aragón es libre :
sus fueros, sus preeminencias,
con la sangre de sus hijos
las ha conquistado enteras.
Vos, por el rey enviado,
queréis acabar con ellas ;
mas sabed que mientras viva
un aragonés siquiera,
sin pasar por su cadáver
la libertad no está muerta. (Con decisión.)

MARQUÉS Tened en cuenta, Justicia, (Con altanería.)

que el rey que os lo diga ordena.
Con pretexto de sus fueros
los descontentos vocean ;
Zaragoza, que dormía,
a la rebelión despierta,
y si vos hacéis las leyes
que os rigen y que os gobiernan
sin contar con el monarca,
que es nuestro Dios en la tierra,
¡ ay de Aragón y sus fueros
si a la rebelión se apresta !
Las tropas de don Felipe
van a pasar la frontera,
y al menor grito de alarma,
a la señal más pequeña,
os juro que Zaragoza
ha de caer piedra a piedra.

MARTÍN Dad, marqués, vuestra palabra
de que esas tropas no llegan,
de que el rey no ha pretendido

governarnos por la fuerza,
de que serán respetadas
nuestras leyes, nuestras tierras,
nuestra libertad querida,
y os juro yo que no llega
a la noche sin que todo
a quedar tranquilo vuelva.

MARQUÉS Yo del rey nunca respondo,
que es su voluntad excelsa,
y obedecerla me toca,
sea, don Juan, la que sea.

MARTÍN Entonces yo no respondo
del pueblo ni sus ideas,
que el pueblo es rey de sí mismo,
y que le obedezca es fuerza.

MARQUÉS ¡Pues rey a rey lucharemos!

MARTÍN Dios ayudará al que venza,
pero advertir que en lugar
de no fomentar la guerra,
mandaré que se disponga
Zaragoza a la pelea.

MARQUÉS Las órdenes de esa clase
se firman con la cabeza.

MARTÍN Dios y el pueblo me socorren ;
si el rey puede más, que venga.

MARQUÉS ¡Por última vez os mando
que me prestéis obediencia !

MARTÍN Por última vez os ruego
que respetéis nuestra tierra.

MARQUÉS Que va a caer Zaragoza,
y vos, Justicia, con ella.

MARTÍN Cuando el rey venga, rompiendo
sus juramentos, a verla,
le dará parte de todo
su virrey desde una almena.

(Le saluda y se va por el foro izquierda con ademán
arrogante.)

ESCENA II

EL MARQUÉS DE ALMENARA.

¡ Oh ! ¡ Yo humillaré tu orgullo,
fiera raza aragonesa !
Yo te cortaré las alas
con que libremente vuelas
aunque fuera necesario
cortar tu vida con ellas.
Y tú, familia de hierro,
que con tal orgullo llevas
ese nombre de Lanuza,
que veinte Justicias cuenta ;
tú, a quien Elvira, la ingrata,
pertenece ; tú que atentas
a mi poder ; tú que quieres
mi exterminio, ¡ tiembla ! ¡ tiembla !

(Se asoma a la ventana.)

Nada se escucha en la plaza ;
todo se ha calmado...

(Se aparta de la ventana, y al volverse ve a Elvira,
que sale por la primera puerta de la izquierda)

¡ Ah ! ¡ Es ella !

ESCENA III

EL MARQUÉS DE ALMENARA. ELVIRA, sin ver al marqués.
y encaminándose a la ventana.

ELVIRA ¿ Por qué el Justicia a la calle
sale con faz descompuesta ?
¿ Por qué sale con sus guardias ?...

MARQUÉS (Adelantándose.)
Porque vos estéis sin ellas.

ELVIRA ¡ Ah ! ¡ El marqués ! (Sobrecogida.)

MARQUÉS El mismo, Elvira :
aquel que sólo en ti piensa ; (Con pasión.)
el que te ofreció mil veces
su pasión y sus riquezas ;
el que disfrazado ronda

toda la noche a tus rejas ;
aquel cuya mano tocas
en la pila de la iglesia ;
el que a la luz de tus ojos
sin luz a sus ojos deja ;
el que muere a los desdenes
de Elvira, que le desprecia.

ELVIRA

(Con timidez.)

¡ Ah ! Marqués, no esas palabras
digáis en mi casa mesma ;
no desperdiciéis amores
que bien a las damas sientan,
en quien es para vos poco
y en quien amaros no deba.
Ya os lo dije : agradecida
a vuestro amor mi alma queda,
pero le escucho temblando
cuando a mis oídos llega.

MARQUÉS

¿ Y por qué, Elvira, no escuchas
mis enamoradas quejas ?

ELVIRA

Porque soy, marqués, muy pobre.
Huérfana y sola en la tierra
me recogió desde niña
Lanuzá, y locura fuera
alzar los ojos al mundo
para quedar en él ciega.
Vos sois noble y poderoso,
yo pobre, sola y doncella ;
ni vos me amáis, ni yo os amo.

MARQUÉS

(Con pasión.)

¡ Oh ! Sí, yo os amo... Yo diera
mi fortuna porque vos
admitierais mis ofertas.
Mil veces he pretendido
borrar vuestra imagen bella
de mi alma... ¡ Es imposible !
De día entre mis tareas,
de noche en mis tristes sueños,
que os haya visto o no os vea,
siempre vuestros ojos miro,
siempre vuestra mano bella...

(Quiere cogérsela ;)

ELVIRA Marqués, ¡ apartad !

MARQUÉS ; Oh, nunca !

Venga todo el mundo, venga,
y será para mi amor
su indignación bien pequeña.

(Con entusiasmo.)

Mírame, Elvira.

ELVIRA ; Marqués,

así atropelláis...

MARQUÉS ; Oh ! Deja

que muera a tus pies el hombre
que todo en tu amor lo encierra.

(Se arrodilla.)

ELVIRA ; Mi casa holláis ! (Huyendo.)

MARQUÉS (Levantándose y siguiéndola.)

¿Qué me importa?

ELVIRA ; Salid ! ; Salid !

MARQUÉS ; Loca idea !

ELVIRA ; Socorro !

(En este momento aparece Lanuza por el foro izquierdo.)

ESCENA IV

Dichos y LANUZA. En cuanto se presenta queda fijo en la puerta y observa con interés a Elvira y al marqués. La primera baja los ojos y el segundo le mira con impasible altanería.

LANUZA ¡ Oh, cielos !... ¡ Elvira !

¿Qué es esto? ¡El marqués con ella!

MARQUÉS ¿Qué buscáis aquí? (Con despecho.)

ELVIRA ¡ Dios mío !

LANUZA ¡ Dejad, marqués, que yo sca (Bajando.)

quien os pregunte ! ¿Qué hacéis

en mi casa? ¿No contesta

nadie aquí? ¿Qué pasa, Elvira?

¿Por qué con voz lastimera

pediste socorro? ; Acaba !

ELVIRA Yo te pido que no creas (Temblando.)

nada. El marqués me decía...

y un ruido...

LANUZA Lidiad y venced por ella.
MARQUÉS Mozo, aprended a ser hombre,
y cuando hagáis más carrera,
frente a frente y cuerpo a cuerpo
retad a quien os desprecia.

LANUZA Hombre soy para mataros.
MARQUÉS Adiós, mancebo ; y ten cuenta
de que al marqués de Almenara
le hace falta tu cabeza.

(Se va por el foro izquierda. Lanuza quiere seguirle
y Elvira se interpone. El marqués le lanza una mirada
desdeñosa y se retira.)

ESCENA V

LANUZA y ELVIRA.

LANUZA ¡ Ira de Dios ! (Queriendo seguirle.)

ELVIRA ¡ Juan, detente !

LANUZA Deja que le cierre el paso,
y el furor en que me abraso
humille su altiva frente.

ELVIRA ¡ Ah, no, por Dios !

LANUZA ¿Qué pasó?

¿Por qué socorro pedías?

A solas con él, ¿qué hacías?

(Envainando la espada.)

ELVIRA De sus amores me habló,
y yo, torpe por demás,
sin causa alguna grité.
Hice mal ; perdóname.

LANUZA ¡ No, que aún temblando estás !

ELVIRA Miré tu espada desnuda ;
vi su altanería osada,
miré una lucha empezada
y ningún hombre en tu ayuda.

LANUZA Nunca la necesité,
que para lances de honor,
con el contrario mayor
yo solo bastarme sé.
Ya lo ves tú misma, Elvira ;

hombres hay que sin decoro
orgullosos con su oro,
si una pasión les inspira
atropellan sin rubor
cuanto a su antojo se opone.
Almenara, que dispone
del poder y del favor,
a todo atreverse sabe
en su insolente porfía,
y este afán, Elvira mía,
es forzoso que se acabe.
Sola estás, tu edad temprana,
y yo sin derecho estoy ;
sea yo tu esposo hoy
y venga el marqués mañana.

ELVIRA ¡ Ah ! Juan, tu padre hasta ahora
se opuso a tu casamiento.

LANUZA Dará su consentimiento
si mis razones no ignora.

ELVIRA Ese es, Juan, sólo mi sueño,
esa es mi sola alegría,
¡y seré feliz el día

que pueda llamarte dueño!
 LANI'ZA ¿Qué diré yo, Elvira bella,
 que te amo desde la cuna?
 ¿Qué más dichosa fortuna
 que estar contigo aun sin ella?
 Esto, mi Elvira, ha de ser,
 que ampararte me ha tocado,
 y está expuesto, abandonado,
 el honor de una mujer.

ELVIRA No ; yo te amo y ningún hombre podrá turbar tu reposo.

LANUZA Mas yo no seré dichoso
hasta que lleves mi nombre.

ELVIRA ¡Alma noble y generosa,
cuánto es mi amor !

LANUZA ¿Mucho?...

ELVIRA ; Cuánto !

LANUZA Da treguas a tu quebranto.
Mañana has de ser mi esposa.

ESCENA VI

Dichos. GIL DE MESA, por el foro izquierda. Entra, saluda a Juan dándole la mano, y al ver a Elvira se estremece ligeramente.

GIL Juan..., adiós ; adiós, Elvira.

LANUZA ¡ Ven, Gil, y goza un momento de mi dicha y mi contento !...

¡ Mi loca razón delira !

Tú que en el bien y en el mal,
que tantas veces se aduna,

en buena y mala fortuna

fuiste mi amigo leal ;

no más al pesar sujeto

de verme vivir sin calma

ignorarás de mi alma

el venturoso secreto.

No ya, como en otros días,

te ocultaré con tibieza

la causa de mi tristeza

que lo es de mis alegrías.

Gil..., yo amaba con pasión,

con locura, a una mujer,

y ella me acaba de hacer

dueño de su corazón.

GIL ; Ella ! (¡ Sospecha horrorosa !)

ELVIRA Ella te ama con locura.

GIL ¿Y quién es esa hermosura?

LANUZA ¡ Oh ! ¡ Gil, abraza a mi esposa !

GIL (¡ Ah !) Bien... (¡ Qué es esto que siento !)

LANUZA ¿No te alegras?

GIL ¡ Sí, por Dios !

LANUZA Nos amábamos los dos.

¿Qué tienes?

GIL Nada, el contento.

(¡ Ay de mí !) (Se apoya en un sillón.)

LANUZA Yo de mi padre

apelaré a la clemencia,

y hará feliz mi existencia

Elvira, aunque no le cuadre.

(Mientras Lanuza y Elvira hablan bajo, Gil dice lo siguiente con mucha intención.)

GIL (Sal, amor desventurado,
de este pecho dolorido
con tanta fuerza nacido,
con tanta dicha guardado :
de aquí otro mortal te lanza
de mi esperanza a despecho ;
desde hoy sólo hay en mi pecho
la tumba de mi esperanza.)

(Conteniendo su emoción.)

Juan, Elvira, sólo os digo
que la ventura os anhelo, (A ambos.)
y sabe tan sólo el cielo
si soy o no soy tu amigo. (A Juan.)
Amor de un ángel cual vos,
y amor de un hombre como él,
si Dios mismo no es cruel
debe bendecirle Dios. (Cambiando de voz.)
Ahora, Juan, deja un momento
esa pasión que te inspira
y vé a acompañar a Elvira
hasta su mismo aposento.

LANUZA

¿Tienes que hablarme?

GIL

Al instante.

Urge el tiempo. (Con precipitación e interés.)

ELVIRA

Aquí te queda.

LANUZA

Que te acompañe, no veda
hoy el amigo al amante.

ELVIRA

¡ Adiós, Gil de Mesa !

GIL

¡ Adiós !

ELVIRA

¡ Triste está !

LANUZA

Su genio es.

¿ Me amas ?

ELVIRA

Sí.

LANUZA

Venga el marqués
de tu amor mañana en pos.

(Se va por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII

GIL DE MESA los observa y se lleva la mano a la frente. Pausa. De pronto hace un movimiento nervioso como para desechar una idea que le atormenta y baja al proscenio.

; No más, corazón pequeño,
 prestes a la envidia oído ;
 hace un rato que no has sido
 de mi inteligencia dueño !
 Él fué más feliz que yo,
 y yo la amaba también...
 para él empieza el Edén
 donde mi amor acabó.
 Atrás, vil envidia, atrás ;
 muera desde hoy mi ventura ;
 huye : mi labio te jura
 que en mi pecho no entrarás.
 Yo como un loco la amaba
 y callé con entereza... (Con amargura.)
 ; Hoy mi porvenir empieza
 donde mi pasado acaba !

ESCENA VIII

GIL. LANUZA, por la puerta que se fué, se acerca a Gil con interés.

LANUZA Heme aquí, Gil, y perdona
de un amante la impaciencia ;
¿qué me quieres?

¿Nadie escucha?

LANUZA Nadie... ¿Qué tienes?

GIL ; Prudencia !

(Todo lo que sigue, con voz baja, pero reconcentrada y con energía.)

Lanuzza, llegó el momento
de que cumplas tu promesa.
Aragón peligra hoy mismo ;
nuestros amigos esperan,
y tú les juraste un día

guiarlos a la pelea.
Del rey Felipe segundo
hay tropas en la frontera,
y Almenara tiene orden
de ir a sitiarnos con ellas.
Preso se halla Antonio Pérez
que huyó del regio anatema,
y el triunfo de nuestra causa
tal vez de su mano penda.
El pueblo se agita y pide
de sus fueros la obediencia.
Todos nombran a Lanuza
y en su decisión esperan.
Yo encargado de buscarte
he sido, que hable tu lengua,
y decídase la suerte
de esta desgraciada tierra.

LANUZA

Yo juré de los primeros
ampararla y defenderla ;
noble soy, y nunca un noble
ha faltado a sus promesas :
si su libertad peligra
sabré perecer por ella ;
pero aun creo que no es tiempo,
y fuera inútil proeza (Con embarazo.)
morir sin lograr al menos
mudar su fortuna adversa...

(Empieza el rumor lejano.)

si el pueblo no toma parte. (Sigue.)

GIL

El pueblo entero te espera.
Mira la plaza ; esa grande

(Le lleva a la ventana.)

multitud que la rodea (Sigue el rumor.)

tu nombre dice en voz baja,
en ti su esperanza puesta.

Almenara a su capricho
nos persigue y nos gobierna ;
el gran Justicia, tu padre,
leyes dictar puede apenas,
siendo el único nombrado
por el pueblo para hacerlas. (Crece.)

(Murmillos y voces lejanas en la plaza.)

Mira, Almenara a caballo
ya la multitud dispersa,
y esos gritos que se escuchan
anuncian la oculta guerra. (Sigue más bajo.)
No de otro modo los mares
rugen en su seno apenas,
para anunciar que cercana
estallará la tormenta. (Silencio.)
Resuelve.

LANUZA Gil, si mi padre
es el Justicia, si ordena
que hoy a la guerra me apreste,
seré el primero en la guerra.
Soy aun muy joven, muy niño
para guiar con mi diestra
a todo un pueblo ; es escasa
aun también mi inteligencia...

(Gil le mira estupefacto, hasta que Lanuza se acerca a él y le dice casi al oído lo siguiente:)

GIL Y es mi amor a Elvira tanto,
que temería perderla.
Juan, en quien honrado nace
no cabe tan torpe mengua.
Siendo yo dueño de Elvira
y amándola muy de veras,
entre la patria y Elvira (Murmillos lejanos.)
siempre a la patria eligiera...

LANUZA Además...

GIL Juan de Lanuza,
¿ésa es sólo tu respuesta?... (Siguen.)
Porque si es ésa tan sólo
justo es que nadie la sepa,
que a mí mismo me daría (Vivas lejanos.)
para decirla vergüenza.

(Voces lejanas ; se asoma Lanuza.)

LANUZA Gil, mi padre viene : quiero
consultarle... Una hora espera,
y llevarás a ese pueblo (Siguen los vivos.)
o mi brazo o mi cabeza. (Con convicción.)
Así te conozco... Escucha...

GIL (Siguen desde aquí los murmullos, sin interrumpir la
representación.)

- LANUZA A mis banderas.
Hijo de Martín Lañuza,
Juan de Lanuza le hereda,
sino puede en sus virtudes
herédele en la nobleza.
- MARTÍN Aun no es tiempo. (Deteniéndole.)
LANUZA El pueblo aguarda
MARTÍN Aun no es tiempo. Tú no cuentas
edad bastante.
- LANUZA Mi padre
colocó esta espada mesma
en mi cintura, y pues puedo
llevarla pendiente de ella,
será para darle brillo,
que no para envilecerla.
- MARTÍN ¡Oh! no, hijo mío.—Soy viejo,
sólo un vástago me queda
y eres tú; tu valor usa
entonces cuando yo muera.
- LANUZA ¡Padre!
- MARTÍN No vayas..., lo mando.
LANUZA Siempre obedecerte es fuerza.
MARTÍN Aun no hay nada: si Almenara,
con torpe y liviana lengua,
osó amenazarme...
- LANUZA ¡Como!...
- MARTÍN Aun no efectuó su vileza.
LANUZA ¡Amenazaros!...
- MARTÍN ¡Y aquí,
en mi casa!
- LANUZA ¿Y lo tolera
quién se llama vuestro hijo?...
¡No, por Dios!... ¡Hazaña llena
de valor es insultar
a un anciano, a una doncella!...
¡Sí, padre, también a Elvira
se atrevió su infame lengua!...
¡La ama!
- MARTÍN ¿Qué dices?
LANUZA La ama,
y aquí mismo, en mi presencia,
lo confesó. ¡Miserable!...

¡ Oh, padre mío ! licencia
me dad, y sabré vengaros.
MARTÍN ¡ Como la ve sola y bella !...
LANUZA Sola no, que a vos me llego...
para deciros... (Con emoción.)
MARTÍN ¡ Se altera (Levantándose.)
tu voz !...
LANUZA Deciros... que la amo,
que ella es mi dicha suprema,
que también su amor me ha dado
y que de vos sólo espera
su ventura vuestro hijo. (Se arrodilla.)
MARTÍN Alza, Juan, su alma es tan bella
como la tuya, y yo debo
hacerlos felices... Sea.
(Aparece Elvira en la puerta de la derecha.)
LANUZA ¡ Oh, padre, padre !...
MARTÍN Eres joven,
(Se sienta otra vez.)
pero honrado. Pobre es ella ;
hazla feliz y dichosa,
y bien a mi casa venga.
(Elvira baja al proscenio y se coloca al otro lado del
sillón donde está sentado don Martín.)

ESCENA XI

Dichos y ELVIRA.

ELVIRA ¡ Ah !... ¡ Señor !...
MARTÍN ¡ Hijos del alma !
Los dos en mi hora postrera
consolaréis al anciano
que os bendice y os estrecha
entre sus brazos. ¡ Elvira !
hija de un hombre que apenas
fué tu padre, halló su tumba
por la libertad ; esfuerza
el valor del hijo mío
por su patria, cuando ella
a defenderla le llame.

LANUZA ¡ Padre ! (Se arrodilla.)
ELVIRA ¡ Señor !... (Idem.)
MARTÍN ¡ Mi voz tiembla !

(Don Martín se levanta y tiende sus manos hasta tocar las cabezas de ambos. Elvira está a su derecha y Juan a su izquierda.)

¡ Señor, que en el alto cielo
sobre un trono te sustentas
que ni arrastran vendabales
ni hacen vacilar tormentas ;
tú, que en átomos conviertes
generaciones enteras ;
tú, que razas aniquilas ;
tú, que los siglos numeras ;
tú, que en un grano de trigo
parte de tu ser empleas ;
que a los soberbios abates,
que a los humildes elevas,
lanza un rayo de ventura
sobre estas dos existencias,
y en ti vivan, mientras vivan ;
y en ti, cuando mueran, mueran !
Alzad...

(Empieza el rumor y crece.)

LANUZA Ya somos felices.

(Se levantan. Murmullos.)

MARTÍN ¡ Qué rumor !...

ELVIRA (Asomándose.) ¡ Cielos ! Apenas
se ve entre el tumulto a un hombre
que quiere entrar por la fuerza
en casa.

MARTÍN (Asomándose.) ¡ Almenara ! Elvira,
retírate.

(A Elvira.)

ELVIRA No...

MARTÍN Ya entra.

Idos, hijo. (A Lanuza.)

LANUZA No es posible :

¡ yo le aguardo !

ELVIRA Y bien, que venga.

(Se coloca al lado de Lanuza.)

ESCENA XII

Dichos, EL MARQUÉS DE ALMENARA, agitado y con cólera reconcentrada.

MARQUÉS Gran Justicia, vuestro sitio

(Siguen los murmullos apagados.)

no es éste. ¿Por qué se altera hoy la paz en Zaragoza?

¿Por qué está la plaza llena del populacho, en lugar de ocuparse en sus faenas?... En nombre de vuestro rey

os pido ahora mismo cuenta. (Murmullos)

MARTÍN

¡Marqués!... El pueblo se agita porque ve la traición vuestra; porque dicen que rasgando los tratados, varias fuerzas penetran en Aragón; porque el rey juró en mi diestra respetar nuestros derechos; porque hoy a ellos se atenta; porque teniendo aquí jueces, que el pueblo nombra y respeta, vos juzgáis y yo no mando; vos mandáis y el pueblo tiembla.

(Murmullos.)

MARQUÉS Lanuza, salid, y al punto dispersad a quien vocea.

MARTÍN El pueblo manda, y yo callo.

MARQUÉS Ved que apelaré a la fuerza.

MARTÍN Hacedlo, y no me pidáis que yo salga y que los prenda.

MARQUÉS El rey me manda que el pueblo a sus hogares se vuelva.

MARTÍN El pueblo no vuelve a ellos mientras que perderlos tema.

MARQUÉS Justicia, daos a prisión. (Con cólera.)

LANUZA Basta, marqués: sin más treguas salid de mi casa; no

con un anciano se prueba
el valor ; yo soy más joven.
Hablabremos.

MARTÍN Hijo. (Conteniéndole.)

LANUZA No temas.

ELVIRA Marqués... yo os ruego...

LANUZA ¡ Silencio !

Nunca, con razón, se ruega.

MARTÍN Basta, despejad. (Con entereza.)

LANUZA Yo, padre...

MARTÍN Yo lo mando... En esa pieza
os entrad, que yo aquí a solas
hablaré al marqués...

LANUZA Apenas

habéis venido...

MARTÍN ¡ Silencio !

Yo sabré dar la respuesta ;

y perdonad a mi hijo (Al marqués.)

y a su esposa si ahora os dejan...

(Con intención.)

MARQUÉS ¡ Cómo ! ¡ Su esposa !

MARTÍN Su esposa.

MARQUÉS ¡ Maldición !...

LANUZA Tened la lengua

con mi padre...

MARQUÉS ¡ Vive el cielo !

LANUZA ¡ Marqués !... (Con rabia y fuera de sí.)

MARTÍN ¡ Adentro !

LANUZA ¡ Oh, vergüenza !

(Entran Elvira y Lanuza por la puerta de la derecha.

Sigue el rumor, pero sin interrumpir la escena.)

ESCENA XIII

EL MARQUÉS y DON MARTÍN. (Pausa.)

MARTÍN Débil soy, marqués, y viejo (Con dignidad.)
y moverme puedo apenas,
pero hoy os juro de nuevo
que mientras moverme pueda
libre ha de ser Aragón.

MARQUÉS Vos lo habéis querido, sea.
Las tropas del rey Felipe
mañana a la tarde llegan,
y os juro que en Zaragoza
a ver vuestra muerte entran.

MARTÍN ¡Almenara!... ¡es increíble
lo que estoy viendo, y me pesa!
¿Nada a la razón os vuelve?...

MARQUÉS No hay más razón que la guerra:
guerra a muerte entre nosotros.

MARTÍN Yo no rehuyo la guerra.
¡Mas reparad cuanta sangre

(Con sentimiento.)

va a verter la infamia vuestra!...

¡Cuántas madres sin sus hijos
llorarán en la indigencia!...

¡Cuántos hijos sin sus padres
gemirán en la miseria!...

¡Oh! ¡Almenara, antes de dar
un paso que así nos cuesta,
ved de quien es la justicia,
que si muero en la pelea
sabrás vengarme mi hijo!...

MARQUÉS ¡Vuestro hijo! ¡Oh! no crea
que le olvido: él y su esposa,
como habéis dicho...

MARTÍN Que os ciega
vuestro amor a Elvira veo.

MARQUÉS ¡Sí, la amo, y ved que se acerca

(Empiezan los murmullos.)

el momento en que yo logre
en mi poder poseerla!

MARTÍN Marqués, por última vez...

(Murmullos crecientes.)

MARQUÉS Basta, Lanuza. Ya empieza
otra vez a hervir el pueblo:
poncos a la cabeza,
que yo, al frente de mis tropas,
lograré segar la vuestra.

MARTÍN Guerra, pues, y Dios, que es justo,
sobre vuestra frente vierta

(Sacando la espada.)

la sangre que se derrame
y la maldición eterna.

MARQUÉS ¡Dónde vais !...

MARTÍN Paso, Almenara,
voy a vencerte en la guerra.

MARQUÉS Lanuza, tu espada quiero.

(Queriendo arrebatarla.)

ESCENA XIV

Dichos y LANUZA. Aparece de pronto en la puerta de la derecha, coge a su padre del brazo, se interpone entre él y Almenara, y le dice a éste, con voz de trueno, sacando la espada :

LANUZA ¡ Almenara, ven por ella !

MARTÍN ¡ Hijo !...

LANUZA ¡ Padre..., a la victoria !

(Sigue el rumor.)

Sal primero, y noble sea
nuestra lucha. (Al marqués.)

MARQUÉS ¡ Lucha horrible !...

(Vase por el foro.)

LANUZA (Asomándose a la ventana y gritando hacia la plaza.)
¡ Aragón..., a al pelea !

(Todos repiten «A la pelea!» a lo lejos. Los gritos del pueblo crecen. Elvira aparece por la puerta de la derecha y baja a escena fuera de sí, busca por todas partes a Lanuza y se para en medio del teatro.)

ESCENA XV

ELVIRA.

¡ Oh !... ¡ No están, y Juan se ha ido !...
¡ Ay de mí !... Sí..., centellean (A la ventana.)
las armas, y él entre todos
con las suyas les esfuerza.
Vuelve, vuelve..., que me matas,
que me asesina tu ausencia.
¿ Qué será de mí si mueres ?...

¡ Oh ! ¡ Señor !... ¡ Si yo pudiera !...
¡ Desventurada ! ¿ Qué he hecho ?
¿ Por qué Lanuza me deja ?...
¡ Oh !... Yo iré a buscarle en medio
del furor de la pelea.
¡ Si de otra cosa no sirvo,
sea su escudo aunque muera !

(Elvira se dirige a la puerta del foro, a tiempo que entra Gil de Mesa y la detiene.)

ESCENA XVI

Dicha y GIL DE MESA:

GIL ¿Dónde vais?

(Empiezan otra vez los murmullos lejanos.)

ELVIRA ; Dejadme ya !

GIL ; Oh ! No saldréis.

ELVIRA ¡ Desdichada !...

GIL ¿Y Juan?...

ELVIRA ; Vos no sabéis nada !

GIL Vine a buscarle.

ELVIRA No está.

Sin recordar mi pasión:
huyó el ingrato, el cruel, (Siguen.)
y su padre va con él.

GIL ¡ Oh !... ¡ Patria, ésta es la ocasión !

ELVIRA ¡ Ah ! Corred, volad, traedle
a mis brazos.

GIL (¡ A sus brazos !)

ELVIRA Y no romperá los lazos
que nos han unido. Vedle.

GIL Cuando la patria le llama
es su deber sucumbir.

ELVIRA ¿Y me ha de dejar morir?...

¿No soy yo la que le ama?...

Si muere y yo aquí me abraso,
¿me dará la patria acaso (Siguen.)
el amante que perdí? (Crecen.)

GIL : Oh ! Callăd, lă turba crece.

El pueblo se ha reunido
y... ¡cielos !... ¡ que ha sucedido

una desgracia parece !... (Gran tumulto.)
¡ Ah !... ¡ Retiraos !...

ELVIRA

¿ Qué pasa ?...

(Quiere asomarse y Gil se lo impide.)

GIL

Entrad.

ELVIRA

No tal. (Siguen.)

GIL

Cómo hacer...

Ved que a veces sin querer...

VOCES

(Dentro.)

Esta es su casa. ¡ A su casa !...

ELVIRA

¡ Qué escucho !... ¡ Dios soberano !

Es Juan, sin duda. ¡ Dejadme !

GIL

Perdonad.

ELVIRA

Esto es matarme.

(Aparecen en la puerta del foro varios hombres que traen a don Martín herido y le colocan en medio de la escena en un sillón. Elvira da un grito creyendo que es su amante, corre a él, ve a don Martín, y entre la alegría de ver que no es Lanuza y el pesar de ver herido a don Martín, dice la frase: «Pobre anciano» de modo que se deje conocer esta lucha.)

ESCENA XVII

Dichos. DON MARTÍN, herido. Gente del pueblo, por el foro izquierda.

ELVIRA

¡ Oh ! ¡ Cielos ! ¡ Ah !... ¡ Pobre anciano !

GIL

¿ Qué es eso ?...

UNO

Apenas la brida
del caballo coger quiso,
cuando al punto, de improviso,
le causaron esa herida.

MARTÍN

¡ Ay de mí ! (Volviendo en sí.)

ELVIRA

Alienta, señor...

MARTÍN

Ya ves cómo no me aflujo...

Buscad... buscad a mi hijo...

LANUZA

¡ Padre !...

(Entrando por el foro y con un grito desgarrador.)

MARTÍN

¡ Hijo mío !... Valor.

ESCENA XVIII

Dichos y LANUZA. Pausa. De repente Lanuza dice.

LANUZA ¿Quién fué el villano?...

MARTÍN Después...

poca vida tengo ya...

LANUZA ; Cielos !...

MARTÍN ; Importa quizá
la brevedad... ; a mis pies !

(Se arrodillan Lanuza y Elvira.)

GHU ; Oh dolor !

(Con los brazos cruzados armonizando el cuadro.)

ELVIRA ; Crudo destino !

LANUZA ; Padre !...

MARTÍN La patria es primero,

(Hablando con dificultad.)

e importa mucho si muero

que tú alumbres su camino...

Yo muero,, y en ti lo espero...

Tú heredas puro mi nombre...

Desde ahora mismo eres hombre

y de Aragón el primero.

Yo era Justicia Mayor ;

tú desde hov a serlo vas.

No seas esclavo jamás ;

ileso guarda mi honor...

En esa espada, mellada

(La coge de las manos de un hombre del pueblo que la trae desenvainada y se la da a Lanuza. Este la besa.)

en los golpes de la guerra,

tu herencia mejor se encierra.

Juan, vo te dejo mi espada... (1)

(1) Todo este parlamento, dicho en la agonía, es inútil acotarle. El distinguido actor don José Calvo, logró arrebatarse en él al público. Para el actor que no pueda crear lo que no puede explicarse, serían infructuosas todas las advertencias.

Por ti, mi patria, viví ;
por ti fallecer logré ;
¡ tú sabes cuánto te amé !...
Otro Lanuza hay aquí.
Adiós... Mi muerte llorad,
mas no la venguéis sin lucha.

(Levantándose con el estertor y apoyándose en su hijo y Elvira.)

¡ Hijo mío !... ¡ Pueblo ! Escucha...
¡ ¡ Aragón y libertad ! !

(Muere dando este último grito. Pausa.)

LANUZA ¡ Justo Dios !...

ELVIRA ¡ Cielos !... ¡ Murió !...

(Pausa.)

GIL Valor, Lanuza... ¡ Esperanza !

LANUZA ¡ Oh ! ¡ Padre mío !... Venganza
juro ante tu tumba yo.

(Tira su espada y coge la de su padre.)

¡ Adiós, Elvira !...

ELVIRA ¡ Ay de mí !...

(Levantándose con un ¡ay! desgarrador.)

¿ Y me dejas ?...

LANUZA ¡ Ya lo ves !

(Llorando con ella. Después dice, con una transición violenta.)

Noble pueblo aragonés,
nuestro sitio no es aquí.

¡ Mi padre ha sido el primero
que sucumbió en la contienda,
hagamos igual ofrenda
sobre la cruz de su acero !

Y tú, ¡ oh Dios !, dame tu ayuda,
al pueblo en la guerra guía,
al pueblo que en ti confía
y que es tu imagen sin duda.

(Todos los del pueblo desenvainan las espadas.)

¡ Acuérdate del profundo
valor que infunde tu nombre,
tú que fuiste mártir y hombre
por la libertad del mundo !
Perdona si en grito fiel

te pido con ansiedad...

¡ Aragón y libertad !

(Con la espada desnuda y con grande entusiasmo.)

ELVIRA

(Con un grito desgarrador y cayendo después anodada de rodillas y con las manos elevadas al cielo.)

¡ ¡ Y la vida para él ! !

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El teatro representa una casa pobre de los alrededores de Zaragoza. Taburetes de madera. Una puerta grande en el foro. Dos laterales a la izquierda del actor y una en la primera caja de la derecha. En segundo término, en el mismo lado, un balcón practicable. A la izquierda del actor, en primer término, una mesa de nogal con tintero y papel. La acción empieza a la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ELVIRA y SOL. La primera, sentada al lado de la mesa; la segunda, de pie a su lado.

SOL Aun a lo lejos se escucha
 el estruendo del combate,
 y estamos abandonadas
 hace cuatro horas mortales.

ELVIRA Tal vez en este momento
 vuestro hermano herido yace,
 y el valeroso Lanuza
 no volverá a estos umbales.

SOL No así dudéis, doña Elvira.

ELVIRA ¡Por qué me hicisteis amarle,
 eterno Dios, de este modo, (Se levanta.)
 si perderle era tan fácil!

SOL ¡Ah! Sosegaos, señora;
 no será tan implacable
 el destino, ni es creíble
 que Dios nos escuche en balde.

GIL (A Elvira.) ¡Dios os guarde !
SOL ¿Vencisteis?
GIL Venció Lanuza.
ELVIRA ¡Corred..., traedle..., que le hable...,
que le vea !
GIL (¡ Y para mí
ni una palabra !) Es en balde.
La multitud que le cerca,
el pueblo que en el combate
le ha visto buscar cien veces
la muerte, valiente y grande,
entre vítores y aplausos
hiende en júbilo los aires. (Vivas y rumor.)
ELVIRA ¿Y vos?
GIL Yo he buscado en vano
una espada en el combate
que, dando fin a mis días,
diera fin a mis pesares.
Mas la muerte y la fortuna (Siguen los vivos.)
son hermanas tan iguales
que llegan a quien las teme
y de quien las busca parten.
(Crecen los vivos. Se abren las puertas del foro y apa-
rece Lanuza, vitoreado por el pueblo. Elvira se lanza
a recibirle y le tiende los brazos. Entran todos.)

ESCENA III

Dichos, LANUZA y pueblo, por el foro.

VOCES ¡ Viva ! ¡ Viva ! (Dentro)
ELVIRA ¡ Juan !
LANUZA ¡ Elvira !
(Se abrazan. Pausa.)
¡ Por qué no vives, oh padre !
(Mirando al cielo.)
¡ Yo te entregara tu espada
tan victoriosa como antes,
y por mi justa venganza
llena de enemiga sangre !
(Baja al proscenio.)

- ELVIRA ¡ Elvira, mi Elvira bella !...
 ¡ Cuántas veces al lanzarme
 sobre la contraria hueste
 me daba aliento tu imagen !
 ¡ Cuánto he sufrido ! Mas ahora
soy más dichosa que nadie...
 ¡ que sólo al perder un bien
 se comprende lo que vale !
- LANUZA ¡ Gil de Mesa es un valiente !
 ¡ Ven, amigo mío ! ¡ Abrázale,
 Elvira... que él de la muerte
 dos veces llegó a librarme !
- GIL
LANUZA ¡ Yo !...
- ¡ Sin él, tal vez, Elvira,
muerto hubiera en el combate !
- ELVIRA ¡ Ah ! ¡ Abrazadme, Gil de Mesa !
- GIL (¡ Oh, tormento inexplicable !) (La abraza.)
- SOL (Aparte a Gil.)
 (¡ Ah ! ¿ qué tienes ?... ¡ palideces !...)
- GIL No, Sol... (¡ Cielos, amparadme,
 que no vea sus caricias !)
- LANUZA (Al pueblo.)
 Aragoneses : no en balde
 el grito de libertad
 en Zaragoza lanzasteis.
 ¡ Yo os conduje a la pelea ;
 yo os conduciré más tarde !...
 Que cuando es santa la causa
 y todo un mundo se bate,
 si son los que vencen héroes,
 son los que sucumben mártires.
- GIL
TODOS ¡ Viva Lanuza !
- LANUZA ¡ Viva !
- ¡ Oh ! ¡ Cuál el corazón saltarse quiere
 de júbilo y contento !
 A la voz de ese pueblo generoso
 hervir mi sangre de entusiasmo siento.
 ¡ Oh Elvira !... ¡ Elvira mía !...
 ¿ Quieres saber lo que ese pueblo noble
 supo hacer en la lucha ?
 ¿ Lo que hice yo también ?... Elvira, escu-
 No bien de libertad el grito santo [cha.

dió mi trémula voz, cuando iracundo
del exterminio y de la guerra el canto
se escuchó en las entrañas del profundo ;
¡ grito desgarrador que diera espanto,
no tan sólo a Aragón, a España, al mun-
[do !

(Durante todo este parlamento el pueblo toma parte
con sus murmullos, con sus señales de asentimiento
su entusiasmo.)

¡ Grito que entre los montès se perdía
y un monte y otro monte repetía !
El pueblo que acudía se agrupaba,
y formaba una voz, un arma, un eco...
Voz que si de sus pechos se exhalaba,
lanzando un trueno destemplado y seco
súbito se aumentaba, y se aumentaba
horrible, atronador, rajante, hueco,
¡ cuando de pronto, con horribles galas,
la negra tempestad abrió sus alas !
Como el fiero torrente comprimido
por la montaña que su curso cierra,
que arrolla la montaña embravecido,
y sórbesese los campos y la tierra,
así el temible pueblo enfurecido
al santo grito de la justa guerra,
extiende sobre el campo sus pendones
y arrolla los contrarios escuadrones.
Las huestes de Almenara se replegan ;
el pueblo cae encima desbordado ;
a las armas mortíferas se llegan
que estorbo son al mísero soldado :
mueren muchos quizás, los más se entre-
[gan,
¡ y enardecido el pueblo y obcecado,
riega con sangre de su misma herida
los campos que le dan sustento y vida !
El ¡ ay ! del moribundo, que se aleja
de la que el ser le dió y hoy por él llora,
del herido infeliz la amarga queja,
la voz del vencedor devastadora,
el relincho del bruto que allí deja
la mano de su dueño : la que implora,

tímida voz ; la que en furor funesta
con el hierro homicida le contesta...
La sangre brota del herido pecho,
el miedoso terror desaparece ;
valiente es el cobarde a su despecho
y la tormenta por instantes crece.
Todo arrollado es, todo deshecho,
y esta atroz confusión sólo parece
un grito de terror y de agonía
que al mismo Dios el universo envía. (1)
Yo, entre tanto, me lanzo a la pelea ;
vese siempre mi vida amenazada,
mi mirada sangrienta centellea,
rayos despide mi tajante espada ;
la crin de mi caballo el viento oreá ;
y al pronunciar, con voz entrecortada :
Libertad y Aragón, en ronco hueco,
Libertad y Aragón repite el eco.
Corro, hiero, combato, el triunfo es mío ;
huye la hueste de Almenara impía ;
con mi voz y mi aliento al pueblo guío,
y con el triunfo la victoria es mía.
Pienso, mi Elvira, en ti, y en Dios confío ;
depongo ante tu amor mi saña impía ;
llego, recuerdo tus amantes lazos...
¡ y muero de placer entre tus brazos !
¡ Oh ! ¡ mi Lanuza ! ¡ Venturoso el pueblo
que por tal campeón se ve guiado,
y mil veces feliz la que en tu historia
pueda ceñir tu frente
con el laurel de inmarcesible gloria !
Descansa, mi Lanuza,
que tal vez el tirano, en su despecho,
vuelva a robar del pueblo la esperanza.
Y vosotros también cobrad aliento ;
que es muy grato después del vencimiento

ELVIRA

(1) El autor autoriza desde luego a los actores de provincia a suprimir algunas octavas de este parlamento, que reúne a su dificultad lo fatigoso de la entonación. No todos podrán decir estas octavas como Manuel Ossorio, logrando que la última no desmerezca de la primera, y haciéndose aplaudir con justo entusiasmo.

llevar a la mujer que en vos pensaba
la palma de la gloria y del contento.
LANUZA (A Gil.) Corre, mi amigo, y cuida
de que vigilen la extendida vega;
reparte exploradores,
y a la menor señal de nueva lucha,
ven y llama al instante
(Aparte a Gil.)
al que quiere un momento ser amante.
GIL Descansa en mí, y en su cariño goza,
que yo vigilaré... (y hallaré, al cabo,
la muerte antes de entrar en Zaragoza.)
SOL ¿Y te vas otra vez? (Aparte a Gil.)
GIL (Aparte a Sol.) Espera, hermana;
y si lloraste en esta ausencia mía
y pensaste en mi muerte con espanto,
no enjugues de tus párpados el llanto.
SOL ¿Qué me quieres decir?...
GIL Adiós, hermana.
(¡ Que no vea yo el sol de la mañana !...)
(Gil hace una seña al pueblo y sale con él. Sol entra
en la puerta de la izquierda. Va anocheciendo. Antes de
salir, Gil dirige una mirada a Elvira y a Lanuza y se
oculta el rostro con las manos.)

ESCENA IV

LANUZA y ELVIRA. Se sientan, el primero en un sillón alto y la
segunda en un taburete bajo.

LANUZA Al fin puedo contemplarte
después de tantos enojos,
y amor eterno jurarte
y embebecido mirarte
beber la dicha en tus ojos.
ELVIRA ¡ Oh ! ¡ Cuánto mi miedo fué !...
¡ Cuánto al mundo aborrecí !...
¡ Cuánto a la vega miré,
y cuánto... cuánto lloré
pensando, mi amor, en ti !
A ese balcón asomada,

testigo de mi quebranto,
y fija en Dios mi mirada,
en ti tan sólo pensaba,
por ti vertía mi llanto !
Que cada bélico acento
que el viento al balcón traía,
recogía mi lamento...
lamento que se perdía
entre las alas del viento.

LANUZA Yo también, Elvira bella,
di a los vientos mi querella,
que se perdió en la espesura,
llevándose mi ventura
y mi esperanza con ella.
¡ Y al pensar en combatir,
y aun confiando vencer
de mi pueblo el porvenir,
tuve miedo de morir
y de no volverte a ver !

ELVIRA
LANUZA

¿ Tanto me amas?...
¿ Cómo no,
si tan bella te formó
la naturaleza avara,
que el amor puso en tu cara
y estoy mirándote yo?...
¿ Cómo, si sin darme agravios
ni celos locos e impíos,
siguiendo antiguos resabios,
el amor duerme en tus labios
y le despiertan los míos?
¡ Cómo no amarte de hinojos !...
¡ Cómo verte con enojos !...
¡ Cómo he de mirarte en calma,
si para encender mi alma
se asoma el alma a tus ojos !
¡ Nunca los encuentro fríos !...
Siempre lanzan sus destellos ;
y pues que son tan impíos,
dime al fin que serán míos...
o márame al fin con ellos.
Tu padre mismo esta unión
sanciona desde la altura

ELVIRA

y nos da su bendición ;
la Iglesia la hará tan pura
como lo es tu corazón.
Termina en el nuevo día
de dar al pueblo que llora
la libertad que hoy ansía ;
que si bien su voz te implora,
también te implora la mía.
SÍ, Elvira, corto será
plazo que pena te dé ;
mañana mismo quizá
el pueblo libre será...
pero yo esclavo seré.
Ahora, adiós.

(Se levanta.)

ELVIRA

¡ Oh !... ¡ Ya te alejas !...

LANUZA

Es fuerza hacerlo, mi Elvira.

ELVIRA

¿ Y qué es lo que aquí me dejas ?

LANUZA

Las enamoradas quejas
que tu belleza me inspira.
Voy el campo a recorrer ;
la noche avanza enlutada,
y es preciso precaver
una traidora emboscada.

ELVIRA

Que no tardes en volver.

LANUZA

Vendré de tu amor en pos...

ELVIRA

¡ Dios nos proteja a los dos !...

LANUZA

Vé que mi alma queda herida.

ELVIRA

Vé que te llevas mi vida.

LANUZA

¡ Alma mía !... ¡ Adiós !... (Vase por el foro.)

ELVIRA

¡ Adiós !

(Elvira le acompaña hasta la puerta del foro, que cierra después de despidirle ; asoma al balcón, y mientras sale Sol con una bujía, la coloca en la mesa y se retira cerrando la puerta. Elvira cierra el balcón y baja al proscenio.)

ESCENA V

ELVIRA.

El alumbra tu camino.
¡ El realice mi esperanza !

¡ Nadie se escucha en el campo !
¡ Fría está la noche y pálida !
No sé qué presentimiento
se apodera de mi alma,
que mi razón defallece
y el miedo mi vista embarga.
¡ Qué silencio !... Sol, sin duda,
con Gil de Mesa se halla,
y fuera crueldad en mí
ir de su hermano a apartarla.
¡ Valor ! Un temor pueril
para aturdirme no basta.
¡ Qué ruido ! Sin duda el viento
es que azota la ventana.
Cerrémosla bien, no sea
que apaguen la luz sus ráfagas.

(Va a cerrarla bien. Se abre la puerta del foro y aparece el marqués embozado. Entra: cierra la puerta de la derecha y la del foro con las llaves, y al volverse Elvira se encuentra con él y da un grito.)

ESCENA VI

Dicha y EL MARQUÉS, embozado, por el foro.

ELVIRA ¡ Ah !

MARQUÉS ¡ Silencio ! (Desembozándose.)

ELVIRA ¡ Dios piadoso !

(Con horror y huyendo)

¡ El marqués ! ¡ Socorro !

MARQUÉS (Cogiéndole la mano.) Basta ;

ni una palabra, ni un grito,
o aquí vuestra vida acaba.

ELVIRA ¿ Qué queréis ?

MARQUÉS ¿ Qué es lo que quiero ?

Qué, ¿ no os lo dice mi rabia ?

¿ No adivináis en mi rostro
lo que por mi mente pasa ?

ELVIRA ¡ Favor ! ¡ Perdón !

MARQUÉS (Con rabia reconcentrada.) ¿ O creían
que, vencido en la batalla,

MARQUÉS

Basta.

Yo supe por mis espías
a donde su Elvira estaba.
Yo le vi entrar victorioso,
le vi salir de esta casa,
y no habré expuesto mi vida
para que me venzan lágrimas.

(Tratando de llevarla por la fuerza.)

Venid.

ELVIRA

¡Jamás!

MARQUÉS

Os lo juro.

O mis pasos sin tardanza
seguís, o sois ahora mía
y os inmolo a mi venganza.

ELVIRA

(Desasiéndose de él.)

¡Y bien, herid! Si mi vida
la honra de Lanuza salva,
si con mi muerte tan sólo
cumplís hoy vuestra venganza,
herid, marqués, yo os lo ruego;
pura nací y pura caiga
al golpe de vuestro acero.

MARQUÉS

No vuestra muerte me basta;
yo quiero vuestra vergüenza,
humillar vuestra arrogancia,
saciar mis amantes celos,
emponzoñar vida y alma
a Lanuza, y a esto vine,
y esto logro.

ELVIRA

¡Atrás!

MARQUÉS

Cerradas

están las puertas.

ELVIRA

¡Oh! ¡Virgen,

madre de Dios, pura y casta,
socórreme! (Con desesperación.)

MARQUÉS

Ven, Elvira.

ELVIRA

¡Matadme!

MARQUÉS

Ven.

ELVIRA

¡Nunca!

MARQUÉS

Calla.

ELVIRA

(Con voz ahogada.)

¡Infame!... ¡Infame!... ¡Socorro!

DENTRO ¡ Abrid !... ¡ Abrid !
ELVIRA ¡ Cielo !
MARQUÉS ¡ Oh rabia !

Venid...

DENTRO Rompamos la puerta.

ELVIRA Dios es justo. (Con alegría.)

MARQUÉS ¡ Al cielo llama !

(Saca el puñal para herirla y luego se detiene.)

(¡ Ah, qué idea !) Si a quien entre
dices sólo una palabra,
una frase, un ¡ ay ! tan sólo,
diez hombres que abajo aguardan,
apenas entre Lanuza
muere de diez puñaladas.

ELVIRA ¡ Ah ! (De un modo desgarrador.)

MARQUÉS Silencio, Elvira, o juro
que he de cumplir mi amenaza.

(Sale por el balcón. Elvira abre la puerta de la iz-
quierda rápidamente y la del foro, y después queda
aterrorizada y con el rostro desencajado.)

ESCENA VII

Dicha. GIL, por el foro. SOL, por la izquierda.

GIL ¿ Qué es eso, Elvira ?

ELVIRA (¡ Dios mío !)

SOL ¿ Qué tenéis ?

GIL ¿ Qué ocurre ?

ELVIRA Nada...

GIL ¡ Oh ! Yo veré...

ELVIRA (Con terror.) ¡ No salgáis !

GIL Estáis temblando.

SOL ¿ Qué pasa ?

ELVIRA No temáis... Fué sólo... (¡ Cielos !)

GIL Me asustan vuestras miradas.

De un hombre la voz he oído...

ELVIRA ¡ Oh ! No tal...

GIL ¿ Por qué cerrada
estaba la puerta, y vos
por qué no abristeis ?...

ELVIRA Es vana
vuestra venida... Yo os juro...

SOL ¿Por qué tembláis?

ELVIRA Sola estaba,
y quedé rendida al sueño ;
de pronto... (¡ oh Dios !) una vaga
quimera..., una pesadilla
mi loca razón embarga
y gritos doy sin motivo ;
despierto sobresaltada,
y en la realidad creyendo...
(¡ realidad horrible !...) llama
mi voz, y desfallecida
quedo de lucha tan larga.

GIL ¡ Oh ! ¡ No es posible, no, Elvira !...
La voz y el aliento os faltan,
y vuestros hermosos ojos
preñados están de lágrimas.

ELVIRA Fué sólo lo que os he dicho...
¡ Lanuza !... (Con lágrimas y sollozos.)

GIL Lejos no se halla.
Sin duda alguna queréis
que le busquen.

ELVIRA (Horrorizada.) ¡ Virgen santa !
¡ No, que no venga !

GIL ¿Por qué?
Yo no os comprendo.

SOL A mi estancia
venid...

ELVIRA Dejad que descanse,
porque las fuerzas me faltan. (Se sienta.)

GIL Señora, por cuanto santo
para vos sagrado haya,
por el amor de Lanuza,
por mi... amistad, por mi hermana,
decidme lo que ha pasado.
Yo os juro que una palabra
no saldrá del labio mío.

ELVIRA Pues oid... (Se levanta.)
¡ Oh ! ¡ No !

SOL (Retrocediendo espantada.)
¿Qué os pasa?

- GIL Basta, Elvira ; pues que vos
no queréis decirme nada,
yo lo sabré..., y os prometo...
- ELVIRA Es vano...
- GIL Adiós.
- ELVIRA (A Sol.) (¡ Que no salga !)
- SOL Pero ¿qué es lo que sucede?
Desechad tales fantasmas.
- ELVIRA (Serenándose poco a poco.)
Sí, tenéis razón : locuras
de mi mente acalorada...
Salid y reconoced
si queréis toda la casa,
pero..., por si algo ocurriese,
llevad desnuda la espada.
- GIL (No hay duda. Un hombre aquí había.
Si no era Lanuza, que haga
a Dios su oración postrera.)
- ELVIRA Volved pronto.
- GIL Sin tardanza.
- ELVIRA ¡ Llevad cuidado ! (Dios vele
por él... y el cielo me valga.)
- GIL (Yo averiguaré el misterio
que se encierra en sus palabras.)
- (Se va por el foro.)

ESCENA VIII

ELVIRA y SOL.

- SOL ¡ Oh ! Decidme, si es posible,
lo que mi mente no acaba
de comprender... ¿ Por qué vos
os quedasteis encerrada?
¿ Por qué pedisteis socorro?
¿ Por qué las mejillas pálidas
conserváis aún y en torno
dirigís vuestra mirada?
- ELVIRA ¡ Ah Sol ! ¡ Dejadme que llore !
Dejad que corran mis lágrimas,
dejad que a vos os confíe

SOL cuánto soy desventurada.
¡ Oh ! Sosegaos, señora...
Vuestra conmoción da lástima.
Tranquilizaos al menos
un momento ; bebed agua...

ELVIRA No..., ya estoy bien ; ¡ infelice !
Belleza odiosa y aciaga
es la mía, si por ella
tanto riesgo me amenaza.

SOL Hablad.

ELVIRA ¿ No veis que no puedo ?

(Con desesperación reconcentrada.)

SOL Bajo la impresión fantástica
de esa loca pesadilla
estáis aún, y me extraña
que dure tanto una idea
que al despertar quedó vana.

ELVIRA Sueños hay que son horribles,
que hieren de muerte el alma ;
pero hay despertar, a veces,
que más que los sueños matan...
¡ Ay de mí ! ¿ Por qué, Dios mío,
tales desventuras guardas
a la que te adora humilde
y en nada te ofende..., en nada ?
Sol, cerrad todas las puertas ;
cerrad bien esa ventana
y no os mováis de mi lado.

Así... ¡ Tengo miedo ! (La abraza.)

SOL Vanas

quimeras son de la mente
que las finge acalorada.
Pueblo armado nos rodea,
y en reducida distancia
el mismo Lanuza ha puesto
centinelas avanzadas.
No temáis, mi hermano ahora
ronda tal vez, y ya nada
debéis temer... Serenaos.

ELVIRA Sí... (No volverá.)

SOL ¿ Qué os pasa ?
Lanuza con varios hombres

recorre todas las guardias,
y vendrá aquí.

ELVIRA ¿No está solo?

SOL No tal.

ELVIRA ¿Y es fácil que vayan
a avisarle?

SOL Con extremo
fácil es. En la fachada
de mi cuarto y a dos pasos,
enfrente de mi ventana,
está un centinela ; al punto
que se le diga...

ELVIRA Que vaya,
que vaya a verle y le diga...

SOL ¿Qué?

ELVIRA Que su Elvira le llama,
que le espera por momentos,
que no venga solo.

SOL Basta,
así lo diré. (Hace ademán de irse.)

ELVIRA ¿Y os vais?

SOL Forzoso es ; mas si la calma
no habéis recobrado aún,
venid conmigo.

ELVIRA No, gracias ;
ya estoy tranquila, ya sé
que vendrá Lanuza... ¡ Y cuánta
será mi alegría al verle !...
¡ Que no venga solo !

SOL (¡ Nada ;
está visto : o sueña aún,
o ya la razón le falta !)

ELVIRA Volved al punto.

SOL (Se va por la izquierda.) No tardo.

ELVIRA ¡ Valor ! Ya le tengo... ¡ Oh ! Gracias.

ESCENA IX

ELVIRA.

Si... , habrá huído avergonzado
de sí mismo y de su audacia.

¡ Ah ! Lanuza, vuelve pronto ;
vuelve, yo soy quien te llama :
ya estoy tranquila. Tal vez
es Gil de Mesa.

(Se dirige a la puerta del foro y entra Almenara rápidamente. Elvira, espantada, llega vacilando hasta las luces del escenario, despavorida y con la faz desencajada.)

ESCENA X

Dicha. EL MARQUÉS DE ALMENARA, por el foro. Embozados, por el balcón, que entran porque el marqués se dirige a él y lo abre.

Entran, rodean a Elvira y le tapan la boca con un pañuelo.

ELVIRA

¡ Oh !

MARQUÉS

¡ La cara !

ELVIRA

¡ Favor !

MARQUÉS

Pronto, el tiempo vuela ;
yo afianzaré la escala.

ELVIRA

¡ Lanuza !

MARQUÉS

Llama al infierno
que te ayude.

GIL

(Apareciendo en el balcón.)

¡ Atrás, canalla !

(Cuando los embozados le abren aparecen Gil y los amenaza con voz de trueno ; saca la espada y acomete al marqués, que se ve precisado a defenderse. Riñén.)

ESCENA XI

Dichos. GIL DE MESA, sacando la espada.

MARQUÉS

¡ Maldición !

GIL

¡ Marqués cobarde !

Ladrón de honras y damas,
defiéndete.

MARQUÉS

¡ Miserable !

GIL

¡ Yo he visto poner la escala !..
Por ella bajarás muerto. (Se baten.)

MARQUÉS ¡A mí, valientes ! ¡ Soltadla,
y ayudadme !
(Los embozados, que son dos, dejan a Elvira y sacan
las espadas acometiendo a Gil.)

GIL ¡ Tres a uno !

ELVIRA (Despavorida, gritando.)
¡ Socorro..., favor !...

MARQUÉS ¡ Oh rabia !
¡ Cejáis, cobardes !... (A los embozados.)

GIL Tú lo eres.

ELVIRA ¡ Lanuza, Sol, que se matan !

UNO ¡ Ay !... ¡ Me hirió !
(Sin caer, pero soltando la espada.)

MARQUÉS Piensas vencerme
ahora también y te engañas,
que si tu furor es grande,
esta puerta, Gil, no es mala.
(Viéndose acorralado por Gil, intenta escaparse por la
puerta del foro. Ésta se abre y aparece Lanuza con
la espada desnuda.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos. LANUZA.

LANUZA ¡ Atrás !

MARQUÉS ¡ Ay de mí ! (Con furor.)

ELVIRA ¡ Lanuza !

LANUZA Aparta, bien mío, aparta. (Se batien.)
¡ Dos a dos !... Marqués villano,
¿ esás son vuestras hazañas ?
Vas a morir. (Siguen batiéndose.)

MARQUÉS Todavía
no..., Lanuza..., hasta mañana.
(Huye por el balcón.)

LANUZA ¡ Cobarde ! (Queriendo seguirle por el balcón.)

GIL ¡ Vil ! (Idem por el foro.)

ELVIRA Deteneos. (Conteniéndolos.)

LANUZA Deja que a buscarle vaya.

ELVIRA

¡ No, Lanuza ! ¡ Dios es justo !...
Con su maldición le basta.

(Señalando al cielo. Cuadro. Todo el entusiasmo del público en el final de este acto fué debido, más que a nada, a lo bien que todos los actores supieron figurar el combate. Es esencial, pues, que se ponga un juego de espada a propósito y unos golpes de asalto que se aproximen a la verdad, desechando la antigua costumbre de los teatros de España de batirse sin más que cruzar las espadas de un modo impropio y ridículo.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La escena representa una prisión triste y antigua, pero sin ningún aspecto horrible. Debe estar abovedada y con arcos de piedra y ladrillo. En la pared de la derecha del actor hay una reja de hierro fuerte y segura, por donde entra la luz. En segundo término, una puerta con cerrojo a la vista del público. En la de la izquierda habrá otra puerta practicable con barrotes de hierro y cerrojos exteriores. En el fondo, y en el último término de la bóveda, hay una gran reja de hierro dividida en dos hojas y practicable que llegará hasta el suelo y que figura dar a una galería ancha y clara, donde se supone haber otras prisiones, y por la que se sale al exterior. En esa galería, frente a la reja, hay una ventana grande con hojas, cerrada hasta su tiempo, y por la que se verá después un horizonte lejano de cielo, o bien un telón de calle. En vez de bancos de piedra, habrá sólo dos taburetes en segundo término y de modo que no perjudiquen a la libertad de la escena.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS DE ALMENARA y EL CARCELERO.

MARQUÉS Vos respondéis de su vida
con vuestra misma cabeza.

CARC. Si Lanuza se escapara
yo os responderé con ella.

MARQUÉS Sacadle del calabozo
y conducidle a esta pieza,
que, sobre ser más segura,
del cadalso está más cerca.

- CARC. ¿Ninguno ha de entrar a verle?
MARQUÉS Que entre a hablar con él quien quiera
viniendo solo y sin armas...
Después vendrá una doncella
a verle ; es su nombre Elvira.
Abridle al punto las puertas,
pero después que ella entre
que no se abran para ella.
¿Nada ha dicho el prisionero?...
CARC. Nada que importante sea...
Maldice de su fortuna
y de ser noble se queja.
MARQUÉS Bien está ; haced lo que os dije.
CARC. Descansad en mi obediencia.
MARQUÉS ¡ Al fin te miro a mis plantas,
fiera raza aragonesa !
¡ Hiende con gritos el aire,
pide libertad, vocea,
y hará callar vuestras bocas
de Lanuza la cabeza ! (Vase.)

ESCENA II

El CARCELERO, abriendo la puerta de la derecha.

Salid... (Valor, confianza...,
y la partida aun es nuestra.)

ESCENA III

LANUZA y el CARCELERO.

- LANUZA ¡ Y yo en mi poder le tuve !
Hora maldita fué aquella.
¿Qué me queréis?...
CARC. ¡ He cumplido
lo que Almenara me ordena,
y es daros otra prisión
que del cadalso esté cerca ! (Con sarcasmo.)

LANUZA Cerca de él está el vencido
donde quiera que se encuentra...

CARC. Señor, prestadme un momento
atención, el tiempo vuela,
y cada minuto suyo
un año vuestro se lleva.

LANUZA ¿Qué queréis?

CARC. (Con rudeza y sentimiento.)

Yo he sido siempre
carcelero, y nunca quejas
me han ablandado, ni menos
dádivas, oro y promesas.
Pero hoy, señor, es distinto :
vuestra libertad es prenda
de la libertad del pueblo.
Yo soy su hijo ; en mis venas
arde su sangre, y el pueblo
con vos muy ingrato fuera
si no vertiese la suya
para rescatar la vuestra.

(Se arrodilla y le ofrece un llavero.)

Tomad, señor, esas llaves ;
abren la temible puerta
que a la libertad conduce
o al cadalso al reo lleva :
vuestras son. De vos respondo,
Lanuza, con mi cabeza.
Y pues a las doce en punto
a un hombre el cadalso espera,
dad la libertad al pueblo
mientras yo muero por ella.

(Lanuza le mira con interés, le abraza y le levanta.)

LANUZA Tan heroico sacrificio
no puedo aceptar.

CARC.

Acepta,

Lanuza : yo nada valgo ;
nada deja mi existencia
tras de mí : ni un padre amado,
ni una esposa amante y tierna,
ni una patria que me llore,
ni un amigo que me quiera.
Vos, en cambio, dejáis tanto,

que si cae la sangre vuestra
no sois vos el que sucumbe,
sucumbe la patria entera.

LANUZA Que mi destino se cumpla,
según Dios designe, es fuerza.
Vencedor ayer, vencido
por la traición, Dios acepta
mi sacrificio ; ¡ tal vez

CARC. Dios libertarme no quiera !
Él me ha sugerido el medio
que os propongo.

LANUZA Amigo, deja
de rogarme, será en vano.

CARC. Lanuza, a las doce es fuerza
que tu sentencia se cumpla.

LANUZA Que se cumpla mi sentencia.
Y si Dios la libertad

no quiere dar a esta tierra,
¡ Aragón, baja a mi tumba
y con Lanuza te encierra !

CARC. Señor, por Dios que nos oye. (Llaman.)

LANUZA Gracias... Ve quién llama.

CARC. Pueda.

yo librarte, y muera luego.

LANUZA Abre... ¡ Señor, dame fuerzas !

¡ Aragón ! ¡ Elvira !... ¡ Padre !

CARC. ¡ Oh ! Gracias... ¡ Es Gil de Mesa !

ESCENA IV

LANUZA y GIL.

LANUZA ¡ Gil, amigo !

GIL ¡ Juan ! ¿ Qué es esto ?

LANUZA Esto es que la suerte adversa
generosidades más
con adversidades premia.

GIL ¡ Tener ayer a Almenara
en nuestro poder, sin fuerzas,
sin amparo, sin amigos,
y dejarle huir ! Torpeza
fué, por Dios, que Dios castiga.

- LANUZA No de esa acción te arrepientas,
Gil ; si él es ducho en traiciones
y pagó su noble deuda
con la infamia de cogerme
desprevenido en mi tienda ;
si aguardó para matar
al león que le amedrenta
a que cerrara sus párpados
dentro de su madriguera
y cual la culebra infame
se arrastró hasta su cabeza ;
si fué con fuerzas mayores
cuando él estaba sin ellas...,
¿quién más noble y quién más digno ?
¿El león o la culebra ?
- GIL Pero en tanto el tiempo pasa
y pelagra tu existencia,
¡ y hoy mismo, a las doce, ¡ oh, cielos !,
harán rodar tu cabeza !
- LANUZA ¡ Qué me importa ! Háblame en cambio
de Elvira... ¿Qué ha sido de ella ?
¿Qué dijo cuando pasaban
las horas sin ir a verla?...
¿Cuando por mí preguntaba
y mi voz no estaba cerca ?
- GIL Mi hermana supo ocultarle,
Lanuza, la fatal nueva ;
pero el estruendo del campo,
el desaliento que empieza
a cundir viendo tu falta,
la soledad de su tienda,
los dos centinelas muertos,
todo, en fin, todo le muestra
la verdad, y huye espantada
de sí misma, loca y ciega.
Entra en Zaragoza, busca,
pregunta, y alguien le enseña
tu cadalso ; excita al pueblo,
y rendida a tanta pena,
con mi hermana, que la cuida,
está esperando mi vuelta.
- LANUZA ¡ Alma mía ! ¡ Oh ! Gil, no dejes

que a verme un instante venga,
que debo morir sin llanto,
y llorara mucho al verla.

GIL

Lanuza, aun hay esperanza :
los más valientes me esperan,
y es preciso dar un golpe
que te salve y los sorprenda.
Oye... Ocultos en sus casas
cual si el terror causa fuera
de su silencio, es preciso
que la plaza esté desierta.
Almenara, de ese modo,
desplegará menos fuerzas,
y apenas de estas prisiones
se abran las terribles puertas,
y la primer campanada
de las doce al aire hienda
y tú salgas al cadalso,
por todas las callejuelas
de la plaza, desbordada
la multitud cae tremenda
sobre los soldados ; éstos
hacen frente, mas tú, mientras,
o huyes o guías al rueblo
en su jornada postrera.

LANUZA

¡ Aun más sangre por mi causa !
¡ Ah ! Deja tu empeño, deja
que muera...

GIL

Aragón lo quiere,
y tú lo has jurado.

LANUZA

¡ Sea !

GIL

No te extrañe, pues, que nadie
en la plaza al salir veas ;
todos la hora esperando,
la campanada primera
aguardarán : su sonido
será la señal de guerra.

LANUZA

¡ Oh ! ¡ Gil, y cuánto te debo !
Yo acepto sólo tu oferta
por Aragón y mi Elvira.

GIL

(Que muera yo y viva ella.)

ESCENA V

Dichos y el CARCELERO

CARC. Gil, el marqués de Almenara viene.

GIL Déjale que venga ;
al entrar cae a mis pies
asesinado. (Sacando la daga.)

LANUZA (Interponiéndose.) ¡ Oh ! No creas
que he de consentir... Aparta ;
la espada sienta en tu diestra,
no el puñal...

GIL Lanuza, salvo
a Aragón.

LANUZA Si me exigiera
la patria una villanía,
esclava la patria fuera.
La sangre a traición vertida
nunca hace causa buena,
y un verdugo asesinado
es una víctima nueva.

CARC. Viene pronto.

LANUZA Atrás, amigo ;
yo mismo abriré la puerta,
y habrás de herir a Lanuza
antes que hacer lo que intentas.

GIL Ha sido él traidor contigo.

LANUZA Y si yo lo mismo hiciera,
¿quién era el vil, quién el noble?
Gil, aparta.

CARC. Ved que entra.

GIL A las doce serás libre.

LANUZA Al cielo sólo lo ruega.

GIL Adiós.

LANUZA Adiós, y él ayude
vuestra temeraria empresa.

(Se va Gil por la puerta del foro. El carcelero le acompaña, cierra la verja, vuelve y abre la puerta de hierro de la derecha.)

ESCENA VI

LANUZA y EL MARQUÉS.

- LANUZA ¡ Villano ! ¡ Viene a insultarme !
Y bien, que a insultarme venga :
mayor sea el sacrificio
y mayor mi gloria sea.
(Pausa. El carcelero abre la puerta izquierda ; entra el
marqués, que le hace una señal, y se aleja.)
- MARQUÉS ¿ Lanuza ?
- LANUZA ¿ Marqués ?
- MARQUÉS ¿ Qué hacías ?
- LANUZA ¡ Adivinar tu insolencia !
- MARQUÉS ¿ Y tiembla Lanuza al verme ? ...
- LANUZA Sólo de cólera tiembla.
- MARQUÉS Estás vencido.
- LANUZA La víbora
que yace oculta entre peñas,
mientras la pantera duerme
herir sabe a la pantera.
- MARQUÉS Soy el dueño de tu vida.
- LANUZA Dios es dueño de la vuestra.
- MARQUÉS A las doce morir debes.
- LANUZA Mi alma esa ventaja os lleva.
- MARQUÉS ¡ Seguro estás en el cielo !
- LANUZA Los mártires siempre llegan
a él... Bautismo de sangre
las culpas redime enteras...
- MARQUÉS No mires tanto a la altura,
los ojos baja a la tierra,
y mira en tu derredor
tu poder y tu grandeza.
Gime otra vez Aragón
bajo mi cólera ciega ;
tu poder duró una hora,
tu vida durará media.
Y Elvira podrá ser mía
sin que libertarla puedas.
- LANUZA ¡ Ah, vil ! Paga de ese modo
la vida que yo te diera

anoche, cuando a su ruego
no terminé tu existencia ;
págame haber impedido
que al entrar por esa puerta,
a mis pies..., ante Lanuza,
rendido y muerto cayeras,
que cuando es más noble y grande
la víctima que se entrega,
tanto es más vil el verdugo
que su altivo cuello siega.

MARQUÉS Guerra a muerte me juraste,
a muerte ha sido la guerra.

LANUZA Traición a muerte es la tuya.

MARQUÉS Si de ti me libra, sea.
Oye, Lanuza... No tienes
una esperanza siquiera ;
tu sentencia está dictada.

LANUZA Nula es, marqués, mi sentencia.
Sólo el pueblo a los Justicias
de Aragón juzga y condena.

MARQUÉS Yo te condeno y tú mueres...
¿Qué importa con tal que mueras?

LANUZA De juzgado a asesinado,
Dios mide la diferencia.

MARQUÉS Basta, Lanuza ; si juras
no volver más a esta tierra,
si de Aragón me respondes,
si me rindes obediencia,
y si tú mismo, aquí mismo,
Lanuza, a Elvira me entregas,
sal libre de Zaragoza,
yo te perdono... Contesta.

LANUZA ¡ Sólo en los viles se abrigan
tan raquílicas ideas !
Yo no juro no pisar
otra vez mi misma tierra,
que mi voluntad es libre
desde que Dios me la diera,
y no conoce más límites
que aquellos que le convengan.
Yo de Aragón no respondo,
que mal responder pudiera

una ovejuela perdida
del rebaño que se aleja.
Yo obediencia no os prometo,
que es esclava la obediencia,
y es la libertad mi culto
y la esclavitud mi mengua.
A Elvira no puedo daros,
ni, a ser posible, os la diera,
que Elvira es mi alma, y el alma
sólo es de Dios que la crea.
Y basta, marqués, de injurias ;
termine esta conferencia,
que aun siendo vuestro enemigo
de oíros me da vergüenza.

No añadáis la hipocresía
a la traición que en vos reina :
sed vil y traidor al menos
de modo que el sol lo vea.

MARQUÉS Implora a Dios si en él crees.

LANUZA En él ya creer es fuerza,
que en ti Luzbel se retrata
y sin Dios él no existiera.

MARQUÉS Muere, pues, y ¡ ay de tu Elvira !

LANUZA ¡ Elvira ! Calle tu lengua :

Elvira no será tuya,
que mientras haya en la tierra
un puñal, con él Elvira
sabrà entregársete muerta.

Y huye, marqués, de mi lado ;
no emponzoñes la vivienda
de la desgracia, no manches
la cárcel con tu presencia,
que mi última hora quiero
que tranquila y santa sea.

(Entra en la prisión.)

ESCENA VII

EL MARQUÉS.

¡ Pobre reptil, que a mis plantas
rindes tu existencia entera,

y viendo lo que te espera
altivo el cuello levantas !
Hoy te roba mi poder
en alas de mi ambición,
la libertad de Aragón
y el amor de una mujer...
La muerte sobre ti zumba
y no hay fuerzas que la atajen ;
este cerrojo es la imagen (Corre el cerrojo.)
de la llave de tu tumba.

ESCENA VIII

EL MARQUÉS y ELVIRA, desencajada y pálida.

- ELVIRA ¿ Adónde está?... ¡ Siempre vos !
MARQUÉS Siempre, Elvira, ya lo ves ;
 siempre es tu sombra el marqués.
ELVIRA Y yo siempre de él en pos.
 ¿ Adónde Lanuza está ?
 ¿ Adónde vuestra venganza
 ha encerrado mi esperanza
 y mi existencia quizá ?
MARQUÉS Donde el sol nunca le vea ;
 donde a morir se dispone,
 donde a mi amor no se opone,
 donde mi dicha no crea.
ELVIRA ¡ Ah ! ¡ Marqués, marqués, piedad !
 Si es de hombre ese corazón
 otorgadme su perdón,
 volvedme su libertad.
 ¿ Qué bienes os da su muerte
 y su esclavitud qué gloria ?
 ¿ Qué dirá de vos la historia
 si le matáis de esa suerte ?
MARQUÉS Dirá que es mi amor profundo,
 que os amé con furia loca,
 que por un sí de esa boca
 os hubiera dado el mundo.
ELVIRA Basta..., basta..., quiero verle ;
 quiero estrecharle en mis brazos

y ahogarle con mis abrazos
a la idea de perderle.

Sí, le amo, y mi pasión
será eterna, grande y pura
cual eterna mi amargura,
cual puro mi corazón.

¿Qué importa que vos, cruel,
le ocultéis a mi mirada,
si no he de pensar en nada,
mientras viva, más que en él?

MARQUÉS Es que ese amor..., ese amor
que, llenándole de agravios,
se escapa de vuestros labios,
es su sentencia peor ;

es que no tendréis la suerte
de que guarde su existencia ;
no vais a llorar su ausencia,
que vais a llorar su muerte.

ELVIRA ¡ Oh ! ¡ No haréis tal..., no haréis tal,
o moriré a vuestros pies !...
Piedad para mí, marqués.

MARQUÉS Juan Lanuza es mi rival.

ELVIRA Pues que soy la causa yo
de vuestra infame porfía,
cortad la existencia mía,
pero su existencia no.

MARQUÉS Sólo hay un medio.

ELVIRA ¡ Oh ! ¡ Cualquiera !...

MARQUÉS Para acallar mi coraje,
que me jure vasallaje,
que salga de Aragón fuera ;
y en prueba de que ha de hacer
cuanto mi nte le pida,
en rehenes de su vida
quedéis vos en mi poder.

ELVIRA ¡ Yo ! ¡ Nunca !...

MARQUÉS Su muerte...

ELVIRA ¡ Ah !

¿Qué es lo que queréis de mí?...
¡ Ah !

MARQUÉS Vuestro amor.

ELVIRA ¡ Mi amor !

MARQUÉS ¡ Oh ! Sí.

ELVIRA Salvadle y vuestro será.

MARQUÉS ¡ Cielos !

ELVIRA Sí, pero antes quiero
hablarle, verle...

MARQUÉS Está bien.

¡ Vos me abriréis el Edén !...

ELVIRA Verle solamente espero.

MARQUÉS Aquí os volveré a buscar,
y a librarle o a perderle.

ELVIRA Sí.

MARQUÉS Si lográis convencerle
ved que se puede salvar.

ELVIRA (No puedo más...)

MARQUÉS Ya me voy ;

(Seña al carcelero para que abra la puerta.)
recordad...

ELVIRA Recuerdo.

MARQUÉS (Al cabo
triunfo... Elvira y él esclavo.)

(Vase por la puerta derecha.)

ELVIRA ¡ Lanuza ! (Grito desgarrador.)

LANUZA (Idem, saliendo de la puerta izquierda.)

¡ Elvira !

ELVIRA Yo soy.

ESCENA IX

LANUZA y ELVIRA.

LANUZA ¿A qué has venido?

ELVIRA A partir
tu prisión y tu amargura ;
a darte mi desventura,
a adorarte y a morir.

LANUZA A mí solo me tocó
morir por mi santa enseña.

ELVIRA No es tu tumba tan pequeña
que no pueda caber yo...

LANUZA No, Elvira ; joven y bella,
posible es, y en Dios me fundo,
que en el camino del mundo
te alumbre mejor estrella.

ELVIRA Mátame si piensas tal.
¿Por quién he vivido yo?
¿Quién mi alma a la dicha abrió?
¿Quién realizó mi ideal?
¿Por quién, Lanuza, viví?
¿A quién entregué mi fe?...
¿Si tanto y tanto lloré,
ingrato, no fué por ti?...
¿Hubo acaso en mi memoria
otra ilusión algún día?
¿No forma la historia mía
parte de tu misma historia?
Si te estorba mi pasión
al morir con alma entera,
si quieres que no te quiera,
arráncame el corazón.

LANUZA Alma y vida de mi ser,
¿y he de abandonarte hoy,
y de ti a alejarme voy
para no volverte a ver?
No, que aun tengo confianza;
alienta, bien mío, alienta,
que a mis ojos se presenta
el fanal de la esperanza.
Oye..., a las doce del día
debo en la plaza morir.

ELVIRA ¡ Oh !

LANUZA ¡ Silencio ! Y al salir
por esta mansión sombría,
a la primer campanada
de las doce... se alza el grito
popular.

ELVIRA ¡ Oh ! ¡ Dios bendito !

LANUZA Y concluye la jornada.
Libre quedo y con tu amor.
Me lo juró Gil de Mesa,
y si él dirige esta empresa
no abrigo ningún temor...
Haré mal en admitir
tal servicio acobardado,
pero estando tú a mi lado
tengo miedo de morir.

ELVIRA Pero... ¿y si el pueblo se tarda...,
y si no acude al momento?...
LANUZA Entonces muero contento
si su libertad le aguarda.
ELVIRA ¡No, es imposible!... El marqués
una condición ha puesto
a tu libertad.
LANUZA ¿Qué es esto?...
¿Dónde?...
ELVIRA Aquí mismo, a mis pies.
Yo, por verte, consentí :
y huir o morir es forzoso
antes que vuelva amoroso.
LANUZA ¿A qué ha de volver?
ELVIRA Por mí.
LANUZA ¿Por ti?
ELVIRA Huye, Lanuza mío...,
que apenas venga, insolente,
de esta mujer inocente
abrazará el tronco frío :
la muerte me sabrá dar
su misma espada traidora.

ESCENA X

Dichos y el CARCELERO.

CARC. Las once son ; una hora
os basta para escapar.
ELVIRA ¡Cómo !
CARC. Rogadle también
vos que le queréis sin duda ;
venid, venid en mi ayuda.
ELVIRA ¡Lanuza ! ¿Escuchas?...
LANUZA ¿Y bien?
¿Sabes lo que ese mortal
me ofrece con tal nobleza?
CARC. ¡Oh, señora !...
LANUZA Su cabeza.
Yo no la acepto, no tal...
Dios, en su santa clemencia,
mi mala acción castigara.

CARC. Todo Aragón implorara
de Dios para vos clemencia.
ELVIRA Y pasa el tiempo...
LANUZA Valor.
Una hora falta no más ;
tal vez libre me verás.
CARC. (¡ Entonces... gracias, Señor !)
ELVIRA Pero exponerse a tal prueba
es luchar con el destino.
LANUZA Él abrirá mi camino
como alumbráramele deba.
ELVIRA Oigo pasos... ¡ Ay de mí !
CARC. Si son las once no más...
El marqués...
ELVIRA A tu lado..., así..., así...
LANUZA ¿Cómo faltarte ha de osar?...
ELVIRA Sé mi escudo.
LANUZA Lo seré.
ELVIRA ¡ Tiemblo !
LANUZA No tienes por qué.
ELVIRA ¡ Dios mío !...
LANUZA Dejadle entrar.

ESCENA XI

Dichos y EL MARQUÉS DE ALMENARA.

LANUZA ¿Qué buscáis?
MARQUÉS Una promesa.
LANUZA Ignoro cuál pueda ser,
mas si la hizo una mujer
cumplirla no me interesa.
MARQUÉS Vuestra vida en ella va.
LANUZA Mi vida tengo jugada,
y no ha de importarme nada
vida que jugada está.
MARQUÉS Elvira me prometió
ser mía si yo os perdono.
LANUZA No será vuestra, y lo abono
no admitiendo el perdón yo.
MARQUÉS Morir queréis ; vuestra estrella

osáis hasta el fin probar ;
mas yo os he de perdonar
si su palabra cumple ella.

LANUZA Vuestro perdón no merezco ;
ni le quiero, ni le imploro.

MARQUÉS Ella...

ELVIRA Yo... aun más que le adoro,
Almenara, os aborrezco...

MARQUÉS Mía seréis...

LANUZA ¡ Vive Dios !...

MARQUÉS ¡ Que hoy el infierno os confunda
y en la eternidad os hunda !...

Yo os separaré a los dos.

Grande es mi poder, y grande
el odio que te he jurado :
tú mi esperanza has burlado...
que Dios mi acción te demande.

Nadie por la plaza cruza
y el pueblo esconde su frente...
un cadalso hay solamente.

Disponte a morir, Lanuza.

LANUZA No es la hora.

MARQUÉS No lo ignora
quien su triunfo así afianza,
pero para mi venganza
cualquier hora es buena hora.
¡ Hola !

(Aparecen cuatro soldados en la verja del foro y cuatro en la puerta derecha. El carcelero abre la verja del foro.)

ELVIRA ¡ Cielos !... ¡ Aguardad
que se cumpla la sentencia !...
¡ No son las doce !...

LANUZA (¡ Prudencia,
Elvira !)

CARCELERO (¡ Fatalidad !)

MARQUÉS Mucho en el retardo fías,
pues tanto morir te cuesta ;
a morir antes te apresta.

ELVIRA (¡ Adiós, esperanzas mías !)
Marqués... aguardad o herid.

LANUZA Elvira, no ruegues más.

- MARQUÉS ¿Quieres ser mía?
- ELVIRA ¡Jamás!
- MARQUÉS Terminó la odiosa lid. (Entran los soldados)
Apartad a esa mujer.
- LANUZA ¡Cobarde!
- ELVIRA ¡Piedad!... ¡perdón!...
¡Es bronce tu corazón!...
(¡Y ya nada puedo hacer!)
- CARC.
- MARQUÉS (Con horrible sarcasmo.)
Lanuza..., tu fin ilegó:
ese cadalso que espera,
con la rebelión entera
de todo un pueblo acabó...
Del rey se opuso a la ley
y ahora la cabeza humilla,
que siempre hay una cuchilla
que haga obedecer al rey.
Dile a ese pueblo escondido
que a la rebelión se apreste:
siempre será su fin éste,
que a ser esclavo ha nacido.
- LANUZA No, Almenara; nada importa;
que un mártir un pueblo cuente;
ni que se alce de repente
el hacha que un cuello corta.
Donde una cabeza altiva
rueda entre su sangre ahogada,
justo es que la causa honrada
el nombre de un hombre escriba,
y ese nombre repetido
por tanto y tanto valiente
a la traición hace frente,
con su bandera esculpido.
- MARQUÉS Con tu muerte, que desees,
muere tu patria y tu nombre.
- LANUZA ¡¡ El verdugo mata al hombre,
mas no mata las ideas!!
Más con el suplicio brilla
la idea en su sacrificio,
que la sangre de un patricio
es de libertad semilla.
Semilla de fruto en pos

que es fuerza que el viento arroje,
que la humanidad recoge
y que fecundiza Dios.

MARQUÉS No habrá muchos, en verdad...

LANUZA Pueblos enteros un día
ahogarán la tiranía
y alzarán la libertad.
Y en el libro de la historia,
siempre con sangre regado,
mi nombre estará estampado
en un rincón de su gloria.
Pueblos enteros después
seguirán por mi camino,
y enclavarán el destino
de su nación a sus pies.
Y no ignorarán jamás
nombre que en la gloria brilla.
Pelayo, dirán, Padilla,
y Juan Lanuza detrás.

MARQUÉS Basta, llevadle.

ELVIRA ¡ Oh ! ¡ Perdón !

LANUZA ¡ Elvira !... Elvira adorada,
daré al pueblo mi mirada,
pero a ti mi corazón.

ELVIRA ¡ Yo fallezco !...

MARQUÉS Apartad vos.

LANUZA ¡ Basta, Elvira, Elvira mía !...

ELVIRA Lanuza..., tu alma me envía.

(Cae anonadada en un taburete.)

LANUZA ¡ Adiós para siempre..., adiós !

Vamos... Pueblo aragonés
que a verme morir no vas,
tarde, tarde llegarás,
mas para ti no lo es.

Sacude la vil cadena,
la altiva frente levanta,
y vé a segar la garganta
al hombre que me condena.

¡ Padre : de tu voluntad
cuenta te daré cumplida,
te doy tu espada y mi vida...
¡ Aragón y Libertad !

(Salen todos por el foro, menos el marqués y Elvira. El primero queda anonadado con las palabras de Iañuza. Elvira se levanta, fuera de sí.)

ESCENA XII

EL MARQUÉS DE ALMENARA y ELVIRA.

ELVIRA ¡ Ah ! ¿ Qué es esto ? ¡ Atrás , atrás !
 esas murallas abrid...
 yo me lanzaré a la lid.
 ¡ Oh ! Lanuza , ¿ dónde vas ?...
 ¡ Cobardes !... Volvédmelo ,

(Con un delirio creciente.)

es mi tesoro, mi vida...
¿Quién ha de haber que me impida
que mi existencia le de?
¡Atrás, aborto espantoso
del averno... y del destino!
huye, asesino, asesino...
¡Abrid, abrid!, es mi esposo...
es él... ¡Y el pueblo no acude
hasta las doce!...

MARQUÉS

Aun no son.

(El carcelero abre la reja)

ELVIRA ¡ Ah ! ¡ Maldición ! ¡ maldición !
 ¡ Y no hay nadie que me ayude !
 Tu Elvira, tu Elvira soy :
 ¡ no ves mi horrible tormento !
 ¡ Aguarda, aguarda un momento,
 que a morir contigo voy ! (Se va por el foro.)

ESCENA XIII

EL MARQUÉS DE ALMENARA.

¡Loca está !... ¡ Llegará tarde !...
Ya al pie del cadalso llega...
Lanuza... ¿por qué se entrega
mi alma al estupor cobarde?

(Mirando por la reja y agitado por diversas sensaciones.)

¿No está allí mi triunfo? Sí.
¿No están mis celos? También.
Se apresta el verdugo... ¡bien!
Cuánto tardan... ¡ay de mí!
Llega Elvira... ¡suerte impía!
Alza el hacha con presteza...
¡Oh! ¡Al rodar esa cabeza...
creí ver rodar la mía!...

(Suenan el reloj de torre. En seguida se oye la campana de rebato. Murmullos crecientes.)

Las doce... ¡rumor horrible!

VOCES

¡Muera!...

MARQUÉS

El pueblo se abalanza.

¡Oh! ¡Ya está muerto!...

VOCES

¡Venganza!

MARQUÉS

¡Cielos!... Huir no es posible.

Y vienen... ¿qué es lo que oí?...

VOCES

¡Venganza!...

MARQUÉS

¡Oh fatalidad!

ESCENA FINAL

EL MARQUÉS DE ALMENARA, ELVIRA, GIL DE MESA, pueblo, etc., etc., etc. Por el foro, Elvira, con la espada de Lanuza en la mano, seguida del pueblo y gritando. El marqués quiere huir, y Gil de Mesa, que entra por la puerta de la derecha, le da de puñaladas.

ELVIRA ¡Aragón y Libertad!

GIL ¡Marqués, por él y por mí!

(El marqués muere.—Cuadro)

TELÓN

FIN DEL DRAMA

No. 122.
Joaquín Dicenta

LOS IRRESPONSABLES

Drama en tres actos, en verso



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

LOS IRRESPONSABLES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

LOS IRRESPONSABLES

Drama en tres actos y en verso

original de

JOAQUÍN DICENTA

Estrenado con extraordinario éxito en el
teatro Español, de Madrid, la noche
del 27 de Noviembre de 1890



H 1-88
no p. 1890

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21, Calle de San Pablo, 21

REPARTO

Personajes	Actores
MARGARITA	Srta. Guerrero.
ROSA	» Parejo.
FELIPE.	Sr. Calvo (don R.)
DON ANSELMO	» Jiménez (D.)
PADRE ANDRÉS	» Pérez.
CARLOS	» Rivelles.
GASPAR	» Molina.
JOSÉ	» Calvo (J.)



ACTO PRIMERO

El teatro representa el comedor de una casa de campo. En el fondo, una plataforma con balaustrada de piedra que supone dar al jardín. Dos puertas en el lateral derecha y una puerta y una ventana practicable en el izquierdo. El decorado de la habitación propio y conveniente a una casa rica de aldea. En el primer término, a la izquierda del espectador, un sillón; a la derecha, un sofá.

ESCENA PRIMERA

ROSA y MARGARITA, junto a la ventana.

ROSA ¿No los ve usted allá arriba
al final de la vereda
del atajo? El de delante
es don Anselmo, y aquella
sotana que se columpia
sobre el trigo que verdea,
el padre Andrés; y el que sigue
detrás, esa buena pieza
de Gaspar. Lo que es a éste,
aunque fuese de un legua
le conocía.

MARGARI. El cariño
ve mucho, Rosa, y no encuentra
obstáculo en la distancia.
¿No es verdad?

ROSA

Puede que sea
el cariño, señorita.
El caso es que cuando cierra
la noche y está el camino
oscuro como una cueva,
yo, asomada a la ventana
como se asoma el que espera,
con el cuerpo hacia adelante
y estirando la cabeza,
entre los pasos de todos
los que vuelven de la aldea,
sé qué pasos son los suyos,
si anda lejos o anda cerca,
y le oigo hablar aunque no hable,
y con la mirada puesta
en la obscuridad, le veo
sin que mis ojos le vean.

MARGARI. ¿Y él?

ROSA. Como todos los hombres :
queriéndome a su manera,
menos que yo, pero es bueno,
y honrado y no tengo queja.

MARGARI. En querer y ser querida
¡ qué gran ventura se encuentra !

ROSA. ¡ Vaya ! Y usted bien lo sabe,
porque la quieren de veras.

MARGARI. ¿ Quererme ?

ROSA. Por don Felipe
hablaba. Yo no estoy ciega
y le he mirado a los ojos
cuando mira a usted.

MARGARI. Ya llegan.

(Dirigiéndose al foro.)

ROSA. El cura comerá en casa,
porque hoy es día de fiesta,
y antes falta él a su misa
que faltar a nuestra mesa.

ESCENA II

MARMARITA y ROSA. DON ANSELMO y EL PADRE ANDRÉS,
por el foro.

MARGARI. ¡ Padre mío !

ANSELMO ¡ Hija del alma !

(Abraza a Margarita.)

¿ Tardé mucho en dar la vuelta ?

(Ademán negativo en Margarita.)

ANDRÉS Eso : al padre mil caricias,
y ni una frase siquiera
a este viejo.

MARGARI. ¡ Señor cura !

ANDRÉS Ingratona. ¡ Cómo pesa
el calor ! Estoy rendido
y tengo las fauces secas.

MARGARI. ¿ Quiere usted un vaso de agua ?
¡ Rosa !

ROSA Más clara y más buena
que la de aquí, señor cura,
no la hay en toda la aldea.

ANDRÉS Gracias a ti.

ROSA Y al botijo
y al aire que lo refresca.

ANDRÉS Pues no la desperdiciemos.

ANSELMO Tráela pronto.

ROSA Voy.

(Se dirige a la balaustrada, donde habrá un botijo, y
llena de agua un vaso.)

ANDRÉS Espera
y dame antes un cepillo.

(Rosa deja el vaso sobre el aparador y sale por la
derecha.)

Porque esa naturaleza
que tanto agrada a tu padre
y a mí tanto me molesta,
en cuanto ve mi sotana
larga, triste, pobre y negra,
parece como que siente
ira o aversión contra ella,
y que al mancharla de polvo

le dice, en son de protesta :
yo, que ofrezco vida al mundo,
y esplendores a la tierra,
y perfumes al espacio,
y goces a la existencia,
a ti no te ofrezco nada,
todo contra ti me alienta ;
yo soy luz y tú eres sombra ;
y cuando hacia mí te acercas,
te doy lo que se deshace,
lo que gérmenes no lleva,
este polvo árido, estéril
residuo de la materia
que ni embellece ni encanta,
ni fecunda ni procrea.

ANSELMO ¿ Eso cree usted ?

ANDRÉS Lo digo.

ANSELMO ¿ Y lo que dice lo piensa ?

ANDRÉS ¡ Quién sabe ! Me ha contagiado
la filosofía incrédula
de Felipe, de ese escéptico.

MARGARI. ¿ Él ? De ninguna manera.
¡ Escéptico ! Es un creyente
y tiene el alma muy buena,
y ama todo lo que es grande
en el cielo y en la tierra.

ANSELMO ¿ Le defiendes ?

ANDRÉS ¡ A un impío !

MARGARI. ¡ Yo, señor !

ANSELMO ¿ Te da vergüenza ?

ROSA (Entra por la derecha.)

El cepillo.

ANDRÉS Trae.

ROSA Yo misma

cepillaré.

ANDRÉS Como quieras.

ROSA ¡ Cuánto polvo !

(Arrodillándose para cepillar la sotana.)

ANDRÉS Arrodillada.

ROSA No es mala postura ésta.

ANDRÉS Actitud de pecadora.

ROSA Lo mismo estaré en la iglesia

cuando usted me case, padre,
y no me causará pena
la postura.

ANDRÉS Picarona,
siempre con la misma idea.

ROSA Es la que me cansa menos.

ANSELMO Y la que más te interesa.

MARGARI. El agua.

ROSA Voy al instante.

Aquí está. (Trae el vaso de agua del aparador.)

ANDRÉS ¡ Gracias !

MARGARI. ¿ Qué cuentas
del paseo?

ANSELMO Delicioso :
mi alma se esparce y se alegra
en el campo.

(El padre Andrés devuelve a Rosa el vaso.)

ROSA ¿ Más ?

ANDRÉS No, gracias. (Vase Rosa.)

ESCENA III

MARGARITA, DON ANSELMO y EL PADRE ANDRÉS.

ANDRÉS Amigo mío, ya pecan
de locura los afanes
que el campo en usted despierta.

ANSELMO ¿ Locura? De ningún modo.
Es que no hay cosa más bella.

ANDRÉS ¿ Qué opinas?

MARGARI. Lo que mi padre.

ANSELMO Cuando el sol sus rayos muestra
y las gotas de rocío
que flores y árboles pueblan,
con matices de oro y nácar
se tiñen y festonean,
¿ qué espectáculo del mundo
ni se iguala ni se acerca
al que los ojos admiran
mirando esta fértil vega?
Allí los alegres prados

donde orgullosas se ostentan,
columpiadas por el aire,
que las agita y las besa,
anchas espigas de trigo
jugosas, verdes y frescas,
por en medio de las cuales
alzan sus caras bermejas,
de negras motas orladas,
las amapolas inquietas ;
más allá, la vid rugosa,
por cuyas ramas morenas
se extiende el sombrío pámpano
del agrio fruto defensa ;
a este lado, el maizal
mostrando sus rubias hebras
que parecen una mata
de pelo que se desgrena ;
al otro, el humilde río
que entre juncos culebrea,
mientras los flexibles sauces
nacidos en la ribera,
para acariciar sus ondas
se encorvan y se doblegan
con temeroso crujido
y cortesana apariencia.
Después árboles robustos
sobre cuyas ramas tiemblan
hojas de vivos colores,
frutos de exquisita esencia,
brotes que a trechos esmaltan
la endurecida corteza,
savía que fecunda el suelo
y pájaros que gorjean ;
detrás, espinos y zarzas
que suben por las laderas
como turba de muchachos
desenfrenada y revuelta ;
más arriba los tomillos,
las aromáticas hierbas
que el libre y risueño ambiente
nutren, perfuman y olean,
y más lejos aún, trepando

por los riscos de la sierra,
los pinares verdinegros
donde las nubes se acuestan.
¿Puede haber nada más grande
que esto, cuando a esto se agregan
un cielo azul, infinito,
una atmósfera serena
y un sol que convierte en oro
hasta el polvo de la tierra?

MARGARI. ¿Verdad que sí, padre mío?

Yo que esa naturaleza
vi desde el primer momento
en que vine a la existencia,
no ceso de contemplarla
y ante ella mi alma se eleva,
porque es, como Dios, gigante,
inagotable y eterna.

ANDRÉS. ¿Conque ya estoy derrotado?

MARGARI. Pero derrotado en regla.

ANSELMO. Créalo usted, señor cura :
cuando cubren la cabeza
las canas y va la sangre
moribunda por las venas,
sólo estas dichas existen
y estos placeres consuelan ;
siempre que vuelvo del campo
buscando la humilde puerta
de mi casa, y veo a mi hija
que en los dinteles me espera,
digo, besando su frente
y contemplando la inmensa
bóveda del firmamento :

¿Quién, por avaro que sea,
pide más? ¿Cómo pedirlo
yo, si en esta hora suprema
tengo todo, porque tengo
Dios arriba y abajo ella?

ANDRÉS. Margarita y Dios... Conformes
en que el uno y la otra sean
para usted toda la vida ;
lo que en mí apoyo no encuentra
ni puede encontrarlo nunca,

señor don Anselmo, es esa
monomanía campestre
de que orgulloso alardea.
Será vejez, egoísmo
y todo lo que se quiera ;
pero en lugar del hermoso
cuadro que usted me bosqueja
y al que preside una atmósfera
que me asfixia y que me tuesta,
prefiero yo un cuarto fresco
donde entre el sol con prudencia,
una cama bien mullida,
una bien servida mesa,
un sillón de ancho respaldo
para la hora de la siesta,
un ángel a quien querer
y un amigo que me quiera.

ANSELMO

Aquí tiene usted el amigo.

MARGARI.

Y éste es el sillón.

(Señalando el que habrá a la derecha.)

Y aquella

la cocina, donde Rosa
revuelve platos y especias,
y donde voy yo al momento
para que todo intervengan,
si no las manos de un ángel,
las de una amiga sincera.

(Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA IV

DON ANSELMO, EL PADRE ANDRÉS, y al final, GASPAR.

ANDRÉS ¡ Qué buena y qué cariñosa ! (Por Margarita)

ANSELMO Sólo esta prenda querida
me hace soportar la vida
desde que murió mi esposa ;
en ella mi afán se encierra,
ella es mi único consuelo,
por ella temo que el cielo
me separe de la tierra.

Sin ella, ni fe, ni calma,
ni esperanza ni alegría ;
¿ cómo no, si es obra mía
por el cuerpo y por el alma !
Quedó huérfana a la edad
en que el labio balbucea
sonidos faltos de idea,
de expresión, de claridad ;
y al verla sola, mi amor
buscó de servirla modo
y lo fuí para ella todo :
su padre, su protector,
su consejero, su amigo,
su maestro, su Dios, su bien ;
en sus penas un sostén,
en sus dichas un testigo.
Tal empresa logré, fija
la mente en su porvenir,
en lo que puede exigir
la felicidad de mi hija,
por el recuerdo y en nombre
de la pobre ciatura
que fué mi mayor ventura ;
y mañana, cuando un hombre
honrado, seguro, fiel,
la ame, a su amor respondiendo,
yo diré a ese hombre, poniendo
sus manos entre las de él :
« Te la entrego por esposa ;
es el mejor de mis bienes,
es mi alma entera. Ahí la tienes,
sé feliz y hazla dichosa. »

ANDRÉS ¿ La dará usted de ese modo ?
 ¿ Sin pena ?

ANSELMO Sin pena, no ;
 lo haré sabiendo que yo
no lo soy para ella todo ;
y lo haré porque, a mi juicio,
no fuera este amor objeto
de mi existencia completo
faltándole el sacrificio.

ANDRÉS Bien ; pero ese trance está muy lejano.

ANSELMO Señor cura,
mi corazón le asegura
que se halla cerca y vendrá.
Empeño inútil sería
tratar de ocultarlo : es su hora ;
cuando despunta la aurora
ya no retrocede el día.

ANDRÉS Entonces cosa acordada ;
hay que buscarle marido.
Usted lo tiene elegido.

ANSELMO Yo en esto no elijo nada ;
ha de ser ella.

ANDRÉS ¿Y lo tiene?

ANSELMO Tal presumo.

ANDRÉS Pues que sea
pronto si ella lo desea
y es hombre que le conviene.

ANSELMO Sin duda. Él es...

ANDRÉS Ya lo sé,
y honrado le considero.
Su sobrino, el ingeniero.
¿Acierto?

ANSELMO No acierta usted.

ANDRÉS ¿No? Cuando él estuvo aquí
ha tres años, yo le daba
por elegido ; que amaba
a Margarita creí.

ANSELMO Pero ella no, y prueba fiel
es que mi joven pariente
está tres años ausente
sin que ella se acuerde de él.

ANDRÉS ¿No es Carlos?

ANSELMO Para ventura
de todos, mi hija pensó,
si no me equivoco yo,
porque hablo por conjetura,
en hombre que no apetece,
como Carlos, las hermosas
perspectivas bulliciosas
que el mundo social ofrece,

y que nada necesita,
y nada ha de pretender
como logre poseer
el amor de Margarita.

ANDRÉS ¡ Don Felipe !

ANSELMO El mismo. ¿ Es mal
pretendiente el escogido ?

ANDRÉS ¡ Un hombre desconocido !

ANSELMO ¿ Desconocido ? No tal.
Dos años de residencia
aquí lleva, y le tratamos
por amigo y admiramos
la virtud de su conciencia.
Rico y libre, como afirman
sus propias declaraciones,
sin orgullo ni ambiciones,
como sus actos confirman,
¿ qué más puedo codiciar
sino que pague el amor
de mi hija, ni qué mejor
esposo le puedo dar ?

ANDRÉS Es cierto, y hay que admitir
que esos elogios merece
y que hombre de bien parece ;
mas, sin poderlo impedir,
una duda osada y terca
en contra suya me lanza,
que, sin ser desconfianza,
está de serlo muy cerca.

ANSELMO ¿ Y la fundan ?

ANDRÉS Su actitud,
su esquivo retraimiento,
su afán por un aislamiento
impropio a su juventud.
Ni un amigo, ni un pariente
que vengan a este lugar,
y que puedan enlazar
su pasado y su presente...
Luego su falta de fe...

ANSELMO Esa es la cuestión precisa.
Un hombre que no va a misa
ya es dudoso para usted.

ANDRÉS Sin religioso fervor
no hay bondad.

ANSELMO Usted se expresa
como cumple e interesa
a un ministro del Señor,
que, en este pueblo nacido
y en este pueblo educado,
sólo en creer ha pensado
y por creer ha vivido.

Yo estuve en el mundo ; allí
miré luchas y peleas
de contrapuestas ideas,
y al mirarlas comprendí
que no importa la opinión
para el bien si la sostiene
un hombre honrado que tiene
dignidad y corazón.
¿ Felipe no es buen cristiano ?
Pues por eso no he de odiarle,
ni temerle, ni negarle
de Margarita la mano ;
que, creyente o no creyente,
quien consiga enamorarla,
con quererla y respetarla
tiene más que suficiente.

ANDRÉS ¡ Don Anselmo !

ANSELMO Esto no impide
que antes de entregarle mi hija,
si a tal llegamos, le exija,
a cambio de lo que pide
y usando de mis derechos,
noticias y compromisos
tan claros y tan precisos
que nos dejen satisfechos.

(Ademán de interrupción en el padre Andrés.)

Y como creo entender
que usted me va a replicar,
con objeto de evitar
disputas, le llevo a ver
mi bodega, que arreglada
pienso tener por agosto
para recoger el mosto

de la próxima otoñada,
y donde paso los días
con ansias de cosechero,
contemplando el tragadero
de mis tinajas vacías,
que se abren esperanzadas
de que pronto caerá la uva
desde lo alto de la cuba
a sus bocas desdentadas.

ANDRÉS Corriente. Y hagamos punto
por ahora a nuestra cuestión,
con la expresa condición
de volver sobre este asunto
donde usted expone y juega
su dicha y el bienestar.

ANSELMO Como usted quiera. Gaspar,
(Aparece Gaspar por la izquierda.)
la llave de la bodega.

(Gaspar hace como que descuelga la llave de la puerta
de la izquierda y se la entrega a don Anselmo.)

GASPAR Aquí está.

ANSELMO ¿Vamos?

ANDRÉS Andando.

(Vase don Anselmo y el padre Andrés por la izquierda.)

ESCENA V

GASPAR; a poco, FELIPE.

GASPAR ¡Mañana más desastrosa !
Necesito hablar a Rosa ;
un momento estoy buscando
y no lo puedo encontrar.
Si no hubiera inconveniente,
ahora en la cocina.

(Se dirige hacia la segunda puerta de la derecha. Apa-
rece Felipe en el fondo. Gaspar le oye.)

¿Gente?

¡ Don Felipe !

(Volviéndose hacia el fondo.)

FELIPE ¡ Hola, Gaspar !

GASPAR ¿Vino usted a caballo?

FELIPE Sí.

Al muchacho lo entregué.
GASPAR Pues a descincharlo iré,
porque usted comerá aquí.
FELIPE Sí, Gaspar.
GASPAR Pues voy allá.
Si quiere usted, daré aviso.
a mi señor.
FELIPE No es preciso.

(Sale Gaspar por el foro y aparece Margarita en la primera puerta de la derecha. Al salir Gaspar, Margarita se dirige hacia Felipe.)

Ella me ha visto y vendrá.

(Margarita llega cerca de Felipe; éste se vuelve hacia ella y la ve; coge entre las suyas las manos de Margarita y la conduce hasta el sofá.)

ESCENA VI

MARGARITA y FELIPE.

FELIPE ¡ Margarita ! ¡ Alma de mi alma !
Sólo viéndose a tu lado
mi espíritu destrozado
puede recóbrar su calma.
MARGARI. ¿ Sufres amándote yo ?
FELIPE Sufro porque es mi castigo
sufrir siempre.

(Rodeando con su brazo el talle de Margarita.)

¡ No, qué digo !

¡ Mentira, no sufro no,
mientras formes estos lazos !
Será inmenso el dolor mío,
pero yo lo desafío
desde el cerco de tus brazos
y le humillo vencedor,
que si él es duro y constante,
es más firme y más gigante
y más inmenso tu amor.

MARGARI. ¡ Oh, Felipe, háblame así,
que va en tus labios prendida
la ventura de mi vida.

FELIPE Pero te alejas de mí,
se rompe este hermoso yugo,
y el dolor vuelve a buscarme
y goza en martirizarme
con instintos de verdugo.

MARGARI. ¿Sufres? ¿Por qué esas ideas,
Felipe? ¿Si tuya soy,
si a tu voluntad estoy,
qué es lo que de mí deseas?
Responde.

FELIPE ¡A qué has de saberlo!

No lograrás evitarlo.

Ni yo me atrevo a explicarlo
ni tú puedes conocerlo.

¡Sólo te puedo decir
que te miro, y al mirarte
necesito amarte, amarte,
y tras de amarte, morir!
¡Qué angustia!... Sólo se acalla
al recordar el momento
en que, de tu amor sediento...

(Margarita se levanta del sofá y se retira de Felipe
como avergonzada.)

MARGARI ¡Oh, calla, Felipe, calla!
No sigas.

FELIPE ¿Por qué me dejas?
¿Por qué me miras así?
¿Me temes?

MARGARI. ¿Temerte? ¿A ti?

FELIPE ¿Entonces, por qué te alejas?
¿Tienes miedo de mi amor?

(Dirigiéndose hacia ella.)

MARGARI. Eso nunca. Si al recuerdo
que evocas la calma pierdo;
si colorea el rubor
mi rostro, es porque me acosa
algo que en mí se levanta
y me condena y me espanta
y me impide ser dichosa.

FELIPE ¿Es que arrepentida estás?
Dílo.

MARGARI. Nunca lo diría.

Al decirlo, mentiría,
y no he mentido jamás.
Desde el instante primero
en que te vi, te he 'amado,
y mi fe te he consagrado
para siempre y por entero.
Cuando en un mismo latir
nuestras almas enlazaste,
lo que era tuyo tomaste.
¿Por qué me he de arrepentir?

FELIPE

Tú no, porque tu inocencia,
que hace imposible la falta,
pone más firme y más alta
la virtud de tu conciencia.
Al darme tu corazón,
cuando en mis brazos caíste,
no faltaste, obedeciste
a la sublime atracción
que forma el humano lazo,
el cual se puede estrechar
lo mismo al pie del altar
que en el calor del abrazo.
Te diste como se entrega
la mujer, cuando es honrada,
de una vez, sin negar nada,
con fe inquebrantable y ciega ;
no como otras que su honor
ceden en cortas fracciones,
y dan larga a su pasiones
para gozarlas mejor
y venir a nuestro encuentro
de tan extraña manera,
que son vírgenes por fuera
y cortesanas por dentro.
Tú, no ; tu honradez te ampara.
No cubras con temblorosa
mano tu faz ruborosa.
Contémplame cara a cara.
No hubo en ti culpable anhelo,
ni torpeza, ni egoísmo ;
si hubo un abismo, ese abismo
tenía por fondo el cielo.

MARGARI. ¡ Felipe mío !

FELIPE Tú, sí.

Tu conducta es intachable.

Yo solo he sido culpable,

¡ desventurado de mí !

Yo, que en el fondo del pecho

debí ocultar mi pasión

siempre, sin darte ocasión

de saberlo.

MARGARI. ¿ No lo has hecho ?

De tu amantes antojos

jamás hablarme te oí.

Vi tu amor, pero le vi

porque vivía en tus ojos.

Como si fuera un delito

de mí oculto lo aguardabas

y en huirme te afanabas

siempre.

FELIPE Sigue ; necesito

que me hables de esa manera.

¿ Verdad, verdad que he ocultado

mi amor ? Hubiera callado

lo mismo la vida entera.

Pero entonces lo impedían,

y a ser traidor me obligaban

tus ojos que me miraban,

tus labios que sonreían. (Pausa.)

Solos, el ancho jardín

por las flores perfumado,

y yo junto a ti sentado

en el desierto confín

donde los árboles crean

ramas que nidos parecen,

y las yerbas se estremecen,

y los pájaros gorjean ;

a tus pies, un arroyuelo

de corriente silenciosa ;

la luna triste y hermosa

extendiendo por el cielo

rayos que, al dejar lo azul,

en haces mil se quebraban

sobre hojas que remedaban

cedazos de verde tul ;
y en torno y en rededor
de nuestra abrasada frente,
una atmósfera candente,
que nos hablaba de amor.
Lo que en secreto escondí
de mi pecho fué brotando ;
tú me estabas escuchando
y a un mismo tiempo sentí
calor, desconcierto, frío,
ansia infinita de amar,
y el trémulo palpar
de tu cuerpo junto al mío.
Me miraste, te miré,
nuestros brazos se enlazaron,
y nuestros labios no hablaron
una frase... ¿Para qué
pronunciarla, vida mía?
De la noche en lo profundo,
el amor, alma del mundo,
por nosotros respondía.

(Con firmeza y cogiendo entre sus manos las de Margarita.)

Él dispuso nuestra unión.

¿Y si Él no la ha decidido?

(En tono de duda.)

Te he engañado y te he mentado.

MARGARI. ¿Tú?

FELIPE ¡Margarita, perdón!

MARGARI. Oírte me causa espanto.

Que te perdone. ¿Por qué?

FELIPE Oye...

(Se detiene, como temeroso de lo que va a decir.)

(Nunca lo diré.)

Porque provoqué tu llanto,
porque la duda me asalta,
porque quisiera borrar
las huellas de tu pesar
y las sombras de mi falta.

MARGARI. ¿Y eso te aflige? ¿A eso es
a lo que no hallas remedio?
¿Sufres y buscas un medio

y amándome no lo ves?

¿Me amas?

FELIPE

Sí.

MARGARI.

Pues qué esperamos
para hacer vivo y patente
a los ojos de la gente
lo que a todos ocultamos?
Sepa mi padre este amor,
y en unión firme y segura
gocemos nuestra ventura
sin vergüenza y sin temor.

FELIPE

¡No, Margarita, imposible!

MARGARI.

¡Qué escucho! No te comprendo.

FELIPE

¡Tu padre! En él estoy viendo
un obstáculo invencible.

MARGARI.

¿Por qué razón? Necesita
mi afán saberlo.

FELIPE

Reclamas

lo imposible.

MARGARI.

Tú no me amas.

FELIPE

¡Que no te amo, Margarita!

Calla, no es ése el motivo

en que mi actitud se esconde.

¿Dudas de mi amor? Responde.

MARGARI.

¡Dudar de él! ¡No ves que vivo!

FELIPE

Gracias.

(Separándose de Margarita y dirigiéndose hacia la
ventana.)

MARGARI.

¿Tus penas sabré?

FELIPE

¡Por piedad!

MARGARI.

¿Qué te detiene?

FELIPE

Silencio, el padre Andrés viene.

Vete. Luego te hablaré.

MARGARI.

Cruel eres.

FELIPE

¡Ay de mí!

MARGARI.

Adiós.

(Sale por la primera puerta del lateral derecho. Felipe
se queda mirando con angustia al sitio por donde ha
salido Margarita.)

FELIPE

Se me parte el pecho.

Y ella... Dios mío, ¿qué te he hecho

para atormentarme así?

(Toma asiento en el sillón y hace como que hojea, dis-
traídamente, un periódico que habrá sobre la mesa.)

ESCENA VII

FELIPE y EL PADRE ANDRÉS.

ANDRÉS ¿Estorba mi vecindad?
FELIPE Estorbarme, padre Andrés...
De ningún modo.

ANDRÉS Como es
usted de la soledad
partidario tan celoso,
temí que fuera enojarle
mi presencia, y a turbarle
en su tranquilo reposo.

FELIPE Verdad que tengo manía
por vivir oculto, aislado
y del mundo retirado;
pero esta conducta mía
causa es de fuerza mayor,
porque, tras mucho pensar,
he venido a averiguar
que estar solo es lo mejor. .
ANDRÉS El mundo...

FELIPE Tanto sufrí
que me inspira horror y tedio.

ANDRÉS ¿Y huye usted?

FELIPE Es el remedio
más seguro para mí.

ANDRÉS Pues es mandato divino
luchar.

FELIPE Sin tregua luché.

ANDRÉS Pero su falta de fe
le detiene en el camino.

FELIPE Es que derrotado estoy.

ANDRÉS Es que en esta lucha ardiente
sólo triunfa el que es creyente.

FELIPE ¡Creyente! ¿Y yo no lo soy?

ANDRÉS No tal.

FELIPE

¿Porque los altares
no visito ni contemplo,
ni me arrodillo en el templo
para llorar mis pesares?

ANDRÉS

Por eso.

FELIPE

No. ¿A qué seguir?
En cuestiones de creencias,
hay que dejar las conciencias
libres y no discutir.
Yo tengo mi Dios, lo siento
con su infinito poder
en el fondo de mi ser,
dentro de mi pensamiento,
y no le adoro de hinojos
ni mi cuerpo ante él se humilla ;
mi alma es la que se arrodilla
cuando levanto los ojos.

Usted su imagen venera
al olor del incensario
que perfuma el santuario ;
mas de una y otra manera
los dos amamos a Dios,
y basta con ese anhelo
para que lleguen al cielo
las plegarias de los dos.

ANDRÉS

Cómoda filosofía
para salir del asunto ;
pero en fin, hagamos punto.
Otra voz, si no la mía,
le hará en su acuerdo volver.

FELIPE

¿Y qué voz lo ha de lograr?

ANDRÉS

La que levante en su hogar
el amor de una mujer ;
el matrimonio, esa egida
de mi santa religión,
que perpetúa la unión
de dos seres en la vida ;
dichosa unión que asegura
el deber, que a todo alcanza,
que fecunda la esperanza
y eterniza la ventura.

FELIPE

Y que, en cuanto no es la dicha

su inmediata consecuencia,
destrozando la existencia,
petrifica la desdicha.

ANDRÉS ¿Odia al matrimonio?

FELIPE No.

ANDRÉS Como se da a censurarlo...

FELIPE La manera de formarlo
es lo que censuro yo.

ANDRÉS ¿Por qué?

FELIPE Porque sacrifica
a su consistencia todo.

ANDRÉS No me lo explico.

FELIPE Del modo
en que ahora se verifica
un ser con otro ser queda
sujeto ; ya están ligados
y eternamente amarrados,
suceda lo que suceda.
Se engañaron. ¿Y qué importa?
Purguen unidos su error
y dominen su rencor,
que al cabo la vida es corta,
aunque tenga el sufrimiento
la condición de trocar
cada instante de pesar
en un siglo de tormento.

ANDRÉS Para eso sirve la fe,
para lograr dominarse
y aprender a resignarse.

FELIPE A resignarse, ¿por qué?
¿Hubo error? Pues a vencerlo,
a evitarlo, a combatirlo.
Lo lógico no es sufrirlo,
lo lógico es deshacerlo.

ANDRÉS La ley de Dios no se cura
de los crímenes del hombre.

FELIPE Tampoco debe en su nombre
eternizar la amargura ;
y el que se agita cautivo
en este lazo inclemente
padece perpetuamente
con motivo y sin motivo.

ANDRÉS

La separación...

FELIPE

Es medio
que sólo males produce,
que a la injusticia conduce,
que a nada pone remedio.
¿Y cómo, si en el delirio
de sus ruines procederes
nos desune en los placeres
y nos une en el martirio?
De la justicia y de Dios
para esto el nombre se invoca ;
no, tal absurdo no toca
a ninguno de los dos.
Ni eso es justo ni divino.
Procedimiento que ayuda
a los infames y escuda
las traiciones del destino
robando a quien es leal
fama, ventura y reposo,
es un crimen religioso
y una mentira legal.

ANDRÉS

Teoría absurda y loca
de las humanas pasiones.
Los malos son excepciones.

FELIPE

Y al que la excepción le toca,
¿qué le resta? El desgraciado
que la sufre ¿no podrá
libertarse nunca? Está
para siempre condenado.
¿Es justo decirle a un hombre
o a una mujer : sufre, llora
y tus angustias devora ;
tu dignidad y tu nombre
a un infame están unidos ;
para redimir tu suerte
sólo hay un medio : la muerte?
¿Amas? Pues que los latidos
de tu corazón no lleguen
a turbar la dulce calma
de quien es vida de tu alma ;
que tus ojos no se cieguen
contemplando su belleza ;

guarda en el fondo del pecho
el amor, ese derecho
que te dió Naturaleza
y desprende de tu ser
los afectos que lo rigen,
porque hay leyes que lo exigen
y debéis obedecer.
¿Es eso justo y conforme
a la razón?

ANDRÉS Es forzoso ;
es un deber doloroso.

FELIPE Es una injusticia enorme.

ANDRÉS Es la ley.

FELIPE De ella protesto,
y de combatirla trato.

ANDRÉS Pues yo la admito y la acato.
Así el cielo lo ha dispuesto
en su poder absoluto.

FELIPE ¿El cielo? ¡ Imposible ! ¡ No !

ANDRÉS Él es quien lo manda, y yo
ni analizo ni discuto.

Donde mi juicio no alcanza,
a la fe pido su ayuda,
y ella resuelve mi duda
y conserva mi esperanza.

FELIPE La fe, la revelación.

ANDRÉS Lo eterno, lo indiscutible.

FELIPE Modo fijo e infalible
de tener siempre razón.

(Aparece don Anselmo en la puerta del foro.)

ANDRÉS Él me inspira y a él me atiendo.

ANSELMO ¿ Felipe y el padre Andrés ?

Pongo veinte contra tres
a que estábamos riñendo.

ESCENA VIII

Dichos y DON ANSELMO. Al final, MARGARITA, por la de la izquierda,
y ROSA, dentro.

ANDRÉS Reñir no, precisamente.

ANSELMO Yo imaginé que lo hacían.

A lo menos discutían

- muy acaloradamente.
- ANDRÉS Don Felipe, que sustenta
unos juicios tan extraños...
- FELIPE Usted, que protege daños
infinitos.
- ANDRÉS Por su cuenta
es el santo matrimonio,
con sus leyes inmortales,
un semillero de males
y una invención del demonio.
- ANSELMO ¿De veras?
- ANDRÉS Como lo digo.
Hablando de él se arrebatá,
y lo acusa y lo maltrata,
y es su implacable enemigo.
- ANSELMO ¿Enemigo? No creí
que institución tan severa
como justa los tuviera.
- FELIPE Tampoco lo tiene en mí
cuando a su dulce calor
viven dos seres sintiendo
un mismo afán y partiendo
su alegría y su dolor.
Lo que en mí no halla disculpa
es que ese lazo respete
los crímenes y sujete
lo que desata la culpa.
- ANDRÉS Esa ley justa y sagrada
es dura hasta el sacrificio
del hogar en beneficio.
- FELIPE No le sirve para nada.
Los que en la infamia se agitan
burlan su severidad ;
los que se aman de verdad...
esos no la necesitan.
- ANSELMO Contra esas leyes razón
podrá haber ; pero al presente,
lo más cuerdo y conveniente
es tomarlas como son ;
que, justas o equivocadas,
en ellas viene a fundirse
la única forma de unirse

a las mujeres honradas ;
y encontrar una mujer
de pecho firme y seguro
no es caso de gran apuro
para quien sabe escoger.
ANDRÉS Usté ha de ser el primero
que a aceptarlas se decida.
Joven y solo en la vida,
independiente, soltero,
algún día llegará
en que haga a una mujer dueña
de su alma, y si ella se empeña
con ella se casará.
(Sale Margarita por la primera puerta de la derecha.)
Eso es lo que necesita.
MARGARI. Rosa, ven.
ROSA (Dentro.) Voy al momento.
ANDRÉS Ahí tiene usté un argumento.
invencible.
FELIPE ¡ Margarita !

ESCENA IX

Dichos y MARGARITA ; luego, ROSA y GASPAR. Al final, CARLOS.

ANSELMO ¿Qué te pasa?
MARGARI. Que hace un rato.
oí las doce sonar
y aun está sin arreglar
la mesa.
ANDRÉS ¡ Qué desacato !
ANSELMO ¿No has visto a Felipe?
MARGARI. Sí.
(Qué torpeza.)
FELIPE A mi llegada.
MARGARI. Es cierto, estaba asomada
a la ventana y le vi.
Le hacemos a usté esperar.
(Al padre Andrés.)
ANDRÉS ¡ No hay prisa !
MARGARI. ¡ Rosa !

ROSA

Allá voy,

(Sale Rosa con unos platos, que deja encima del aparador, por la segunda puerta de la derecha.)

O, mejor dicho, aquí estoy.

Ayúdame tú, Gaspar.

(Sale Gaspar por la derecha. Rosa, ayudada de Gaspar, empieza a poner la mesa. El padre Andrés toma asiento en el sillón. Don Anselmo lo hace a un lado en una silla. Margarita y Felipe, en primer término, en el sofá. Felipe, bajo a Margarita.)

FELIPE

Bien mío, ¿por qué he de ver huellas de llanto en tus ojos?

¿Sufres? ¿A qué esos enojos?

MARGARI.

¿A qué tratas de esconder un secreto y me condenas a sufrir? Por eso lloro y mis lágrimas devoro como devoras tus penas.

ANDRÉS

Bien se explica la pareja, don Anselmo.

ANSELMO

Labre Dios la ventura de los dos.

ROSA

Mira que eres torpe. Deja eso allí encima. (A Gaspar.)

GASPAR

Mujer, no vayas ahora a enfadarte.

ROSA

¡Majadero!

GASPAR

Es que al mirarte me embobo, y no sé qué hacer, Rosilla.

(Trata de cogerle una mano por debajo de la mesa.)

ROSA

¡Quieto, Gaspar!

GASPAR

Pero chica, si es en broma.

ROSA

¿No te estás quieto? Pues toma.

(Dándole un pellizco. Sale por la segunda puerta de la derecha.)

GASPAR

¡Ay!

ANDRÉS

¿Qué es eso?

GASPAR

Al colocar la botella he tropezado; se torció el pie, me escurrí...

- ANSELMO Eso me parece a mí,
que te escurres demasiado.
(Gaspar sale por el foro, y entra Rosa por la segunda
de la derecha con una sopera en la mano.)
- ROSA La sopa.
- ANDRÉS Nombre bendito.
- ROSA Abrasa.
- Aun se oye el hervor.
- ANDRÉS Y tiene su humo un olor
que despierta el apetito.
- ANSELMO Pues no hay tiempo que perder.
A usted toca bendecirla
y a nosotros consumirla ;
coñque vamos a comer.
(Todos se dirigen a la mesa, y dice Carlos, dentro:)
- CARLOS ¿Bien todos?
- GASPAR Voy al momento.
- ANSELMO ¡ Es Carlos !
- MARGARI. Sí.
- GASPAR Daré aviso.
a los amos.
- CARLOS No es preciso.
Señores, ¿hay un asiento?

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, CARLOS y GASPAR.

- ANSELMO ¡ Carlos !
- CARLOS Yo.
- ANSELMO ¡ Sin avisar !
- ANDRÉS Mayor placer nos procura.
- CARLOS ¿Cómo vamos, señor cura?...
¿No me quieres abrazar,
reina en un pueblo cautiva?
(Dirigiéndose a Margarita.)
- MARGARI. ¿Cómo estás, Carlos? (Con frialdad.)
- CARLOS ¿Así
me recibes? No creí
encontrarte tan esquiva.
- MARGARI. Yo...
- CARLOS Disgustarte no quiero.
Servidor... (Por Felipe.)

(Cosa más rara.)

¿Dónde he visto yo esta cara?

ANSELMO Carlos Suárez, ingeniero,
a quien por lo de él hablado
conocerá usted.

FELIPE Sí tal.

ANSELMO Don Felipe Carvajal,
mi amigo muy estimado.

(Felipe y Carlos se saludan. Don Anselmo vuelve al
lado del padre Andrés. Margarita queda algo más cerca
de Felipe que de Carlos.)

CARLOS Carvajal... Ahora recuerdo ;
tuve la dicha de hablarle
en Madrid y presentarle
mis respetos.

FELIPE No recuerdo.
(Me conoce.)

CARLOS Es natural
que no se acuerde de mí ;
a usted presentado fui
un día antes del fatal
suceso que ha motivado
sus penas.

MARGARI. (¿Qué oigo? Sabré
la verdad.)

FELIPE (A Carlos.) (Mal hace usted
en recordarme el pasado.)

CARLOS ¡Cómo !

ANSELMO ¿Os conocéis?

CARLOS Sí.

ANDRÉS ¿Trato amistoso y frecuente?

CARLOS No, por cierto..., casualmente.

FELIPE Una vez sola, le vi.

ANDRÉS ¿Vamos?

FELIPE (A Carlos.) ¡Silencio, por Dios !

MARGARI. ¡Qué le angustia y qué le altera !)

FELIPE Ni una palabra siquiera
hasta que hablemos los dos.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El teatro representa un gabinete contiguo al comedor y modestamente decorado. Puerta al foro. En el lateral derecha, una puerta y una ventana. A la izquierda, en primer término, un diván, y algo más retirado, un velador, sobre el cual habrá un servicio de café. Al comenzar el acto aparecen los actores sentados mientras Margarita les sirve el café.

ESCENA PRIMERA

MARGARITA, FELIPE, DON ANSELMO, EL PADRE ANDRÉS,
CARLOS y luego ROSA.

MARGARI. ¿Cuánto azúcar? (A Carlos.)

CARLOS Dos terrones,
y aun hay de sobra con ellos,
que servidos por tu mano,
bastan, con ser tan pequeños,
para endulzar todo el moka
que existe en el universo.

MARGARI. ¿Lisonjas? Usted, Felipe.

(Sirve a Felipe y al coger un terrón lo deja caer sobre el platillo.)

Se cayó. Suplan mis dedos
las tenacillas. (Alarga la taza a Felipe.)

FELIPE Mil gracias.

CARLOS Qué suerte..., envidia le tengo.

MARGARI. El café.

ANSELMO

¡ Conque tu viaje !...

CARLOS

Ni interesante ni nuevo.

Siempre en fábricas metido,
entre el formidable estruendo
de máquinas que sacuden
sus músculos gigantescos,
y que entrechocan sus dientes
y vomitan por sus huecos
espesas columnas de humo
y rojas lenguas de fuego ;
¿ qué pudiera yo contarles
de los diferentes pueblos
que visité ? Nada o algo
a todo interés ajeno.

Seguro estoy de que piensa
lo mismo este caballero.

(Por Felipe.)

FELIPE

¿ Yo ? (¡ Qué tortura !) Usted habla
de algo que es grande y que es bello,
porque encarna la más justa
de las leyes : el progreso ;
todo lo que a él se encamina
es sublime y es eterno.

La materia, como el alma,
necesitan de ese aliento
formidable, que va obstáculos
y tradiciones corriendo ;
feliz del que a la materia
encamina sus esfuerzos ;
ése triunfa en el combate ;
más rebelde y más complejo
el organismo del alma,
lucha más y avanza menos ;
y en tanto que la materia,
sumisa a nuestros deseos,
nos ofrece sus tesoros
y nos entreabre su seno,
como esclava que se rinde
al capricho de su dueño,
el alma resiste, brega,
y cada triunfo completo,
cuesta un siglo de amarguras
y otro siglo de tormentos.

¡ Ay ! le es más fácil al hombre
dominar con sus esfuerzos
el rudo bloque de piedra,
la informe masa de hierro,
el rayo que va en las nubes
y el mar entre rocas preso,
que vencer una costumbre
injusta, un error grosero,
la superstición más leve
y el absurdo más pequeño.

ANDRÉS
CARLOS

¿ Qué opinas tú ?

(A Carlos.)

MARGARI.
CARLOS

Señor cura,
yo de esas cosas no entiendo.
¿ No entiendes ?

ANSELMO
FELIPE

Para nosotros
el alma no tiene objeto.
¡ Carlos !

CARLOS

Ustedes, acaso
sin quererlo y sin saberlo,
inventan y perfeccionan
del espíritu en provecho.
¿ Nosotros ? ¿ De qué manera ?
Diga usted.

FELIPE

Substituyendo
en los campos, en las fábricas,
en todas partes a un tiempo,
a los músculos de carne
por los músculos de acero.

ANDRÉS
FELIPE

¿ Y qué ?

Que cuando esto ocurra
de un modo invariable y cierto,
el hombre, libre de trabas
que le sujeten al freno
de materiales trabajos,
podrá dedicar su empeño
a un solo fin, el más noble,
el más digno de su genio :
la perfección del espíritu,
el ensanche del cerebro
y el predominio del alma,
que es su misión y su objeto.

- ANDRÉS Con tan raras teorías
adiós los santos preceptos.
- MARGARI. ¿Por qué?
- ANDRÉS Dios le dijo al hombre :
Has de ganar el sustento...
- ANSELMO Con el sudor de tu frente ;
no habló del sudor del cuerpo.
- CARLOS Bien dicho : pero termine
esta discusión, no demos
motivo a que Margarita
nos tache de desatentos.
- MARGARI. ¿Por qué? La oigo con gusto.
- CARLOS Más lógico es que tratemos
de otras cosas. Yo, aun podría,
evocando mis recuerdos,
contar alguna aventura.
- MARGARI. ¿Amorosa?
- CARLOS Ni por pienso.
Si alguna mujer despierta
ansias de amor en mi pecho,
esa mujer, te lo juro,
no vive en el extranjero.
(¿Qué dice?)
- FELIPE
- CARLOS (Acercándose a Margarita y con acento apasionado.)
Vive más cerca.
¿Comprendes?
- MARGARI. No te comprendo.
- FELIPE (Quiere robarme la dicha
tras de robarme el sosiego.)
- MARGARI. ¿Han terminado?
- ANSELMO Sí.
- MARGARI. (Tira del cordón de la campanilla.) ¡ Rosa !
(Sale Rosa por el foro.)
- ROSA Señorita.
- MARGARI. Llévate eso.
(Rosa recoge el servicio del café y se retira con él por
el fondo.)
- ANSELMO Vamos al jardín, su sombra
nos dará ambiente más fresco ;
tu cuarto, está donde siempre,
del corredor al extremo.
(A Carlos, señalándole la puerta lateral de la izquierda.)

CARLOS Gracias.

FELIPE (Bajo a Margarita.) Necesito hablarte.

MARGARI. También yo hablarte deseo.
En el jardín...

FELIPE No es posible.

MARGARI. Entonces...

FELIPE Aquí te espero.

ANSELMO Ven, Margarita.

(Margarita se dirige hacia don Anselmo y se encamina al fondo, apoyada en el brazo de aquél.)

CARLOS Al instante
me uno a ustedes.

(Hace ademán de dirigirse hacia la izquierda.)

FELIPE ¡ Un momento !

(Carlos se detiene. Margarita y don Anselmo salen por el fondo. Don Anselmo les sigue a alguna distancia.)

ESCENA II

FELIPE, CARLOS y EL PADRE ANDRÉS.

FELIPE Usted me habló del pasado
y fuerza es que de él hablemos
ahora.

CARLOS Estoy a sus órdenes.

(El padre Andrés, que llega al foro, se vuelve hacia don Felipe y le dice:)

ANDRÉS ¿No viene usted?

FELIPE No, me quedo
un instante con don Carlos.
Luego bajaré.

ANDRÉS Les dejo.

Los amigos siempre tienen
que contarse algo. (Secretos
entre uno y otro...) Señores,
hasta después.

CARLOS Hasta luego.

(Sale el padre Andrés.)

ESCENA III

FELIPE y CARLOS. Al final, MARGARITA. Felipe llega hasta el foro para cerciorarse de que el padre Andrés ha bajado a jardín.

Luego vuelve al primer término, donde está Carlos.

FELIPE Usted conoce mi afrenta.
 El suceso desgraciado
 que en mi memoria ha gravado
 una página sangrienta,
 y que de mi alma arrancó
 los gérmenes de la dicha,
 pudo causar mi desdicha,
 mi remordimiento, no.

CARLOS Porque así llegué a estimarlo,
 hablé del trance fatal
 en voz alta.

FELIPE Hizo usted mal.
 A mí me importa ocultarlo.

CARLOS ¿Por qué?

FELIPE Pregunta insensata.
 (Si supiera...) No adivina
 que el pasado me asesina,
 y me avergüenza y me mata.
 ¿No comprende usted que hui
 para que ninguno viese
 mi ultraje? Si tal no fuese,
 ¿cómo estuviera yo aquí?
 Mi deshonra, aunque vengada,
 se hizo pública y persiste ;
 aquí tan sólo no existe
 porque nadie sabe nada :
 aquí vine, por creer
 que en tan humilde lugar,
 nadie podría evocar
 los fantasmas del ayer ;
 y viendo que usted iba a hundir
 esta dicha, la postrera,
 le he impedido que dijera...
 lo que pensaba decir.

CARLOS No me explico su tormento :

el que, como usted, procede
honradamente, ni cede
ni teme al remordimiento.
La infamia se desafía,
cuando se venga.

FELIPE No acabe.

CARLOS ¿Por qué?

FELIPE Porque usted no sabe
toda la desgracia mía.

CARLOS La conozco.

FELIPE ¿Y considera
que ocultarla necio ha sido?...
No la sabe, o la ha sabido
por los labios de un cualquiera,
que en son de cuento la ofrece.
Las penas, para sentirlas,
se hace necesario oirlas
del mismo que las padece.
Usted por mí va a saberlas ;
diga, después de escucharlas,
si hay razón para ocultarlas
y razón para temerlas.

CARLOS Si evocando su memoria
padece usted, yo no trato...

FELIPE Sufrir... Es corto el relato
y muy sencilla la historia.
(Pausa.) De un hogar rico y dichoso
disfrutamos por igual
un marido cariñoso,
un amante venturoso
y una mujer desleal.
Ella, de instinto liviano,
él, modelo de candor...
El amante era un villano,
de esos que nos dan la mano
y nos quitan el honor.
Lo quiso así la impiedad
o el capricho de la suerte,
formando esa trinidad
que construye la maldad
y que desata la muerte.
Para el marido engañado,

vivió el crimen rodeado
del misterio más profundo.
No dudaba... El hombre honrado
cree que lo es todo el mundo.
(Pausa.) ¿Cómo lo supe?... No tiene
valor... Un rastro, un indicio...
Nube que el rayo contiene,
pasa y cumple con su oficio
sin decir de dónde viene...
Vencí mi angustia mortal
con esfuerzo sobrehumano,
y fuí al encuentro del mal
acariciando un puñal
entre mi convulsa mano.
No quería que el fragor
de un tiro mi deshonor
contase y mi desventura...
El hierro es arma segura
y calla y mata mejor... (Pausa.)
Hasta la casa llegué...
Nadie me veía..., entré...,
una escalera subí,
la puerta en silencio abrí
y en el cuarto penetré.
Marchaba con precaución,
con miedo, con turbación,
acobardado, sombrío...
Iba a recobrar lo mío
y parecía un ladrón...
Con planta torpe e incierta
cruzo una estancia desierta,
suenan un beso más adentro,
avanzo, empujo una puerta
y mi deshonor encuentro...
Poca luz..., la que bastaba
para la deshonra mía...
Aquella luz alumbraba
a una mujer que reía
y a un hombre que la abrazaba.
Verme, trocarse en locura
mi odio y su fiebre de espanto
fue un momento, lo que dura

en los felices el llanto
y en los tristes la ventura.
La mujer lanzó un gemido :
el hombre, irritado y fiero,
llegó hasta mí decidido
a salvarla... Aquel bandido
era todo un caballero.

CARLOS
FELIPE

¿Lucharon?

A no dudar.

Como lo pueden hacer
el que desea salvar
la vida de una mujer
y el que la quiere matar.
¡ El miserable !... Duró
poco su insensato anhelo ;
mi arma en su pecho se hundió
y su cadáver rodó
por el alfombrado suelo.
Por el cadáver salté,
y ciego de rabia fuí
al sitio donde la ví
refugiarse..., no la hallé ;
la infame no estaba allí.

CARLOS
FELIPE

¿Que no estaba?

Había huído

aprovechando el instante.
Es tan vil, que no ha sabido
ni respetar al marido
ni morir con el amante.
Huyó, y al mirar que huía,
ví que en el fango se hundía
la dignidad de mi nombre.
¿ Sin ella, de qué servía
el cadáver de aquel hombre ?
De nada. Porque al matar,
yo pretendía librar
mi honor de su infame huella...
y mi honor se fué con ella
y no lo puedo salvar.
¡ Lance horrible ! Pero usted
no tiene ningún motivo
para ocultarlo.

CARLOS

FELIPE

Es que vivo
de la traidora a merced ;
porque en su tráfico inmundado
no se detuvo un instante,
y, muerto el primer amante
abrió la puerta al segundo,
mientras la chusma social
repetía : « Esa liviana,
esa torpe cortesana
es mujer de Carvajal. »
Entre el asqueroso cieno
que las gentes revolvían,
se mezclaban y se unían
mi nombre y su desenfreno.
¿ Podía yo ver con calma
que sirviese mi apellido
en azote convertido
para desgarrarme el alma ?
¡ Imposible ! No podía,
y determiné alejarme
de las gentes, ocultarme
y hundir la vergüenza mía
aquí donde sufro y vivo,
sin que nadie sea osado
a recordarme el pasado
con acento compasivo.

Un gesto, una indiscreción,
harán que mi pena estalle.
Necesito que usted calle.
He aquí mi pretensión.

CARLOS

Extraño afán... No recele ;
puesto que así lo desea
y lo pide, que yo sea
quien su desdicha revele.

(Aparece Margarita en la puerta del foro. Al ver a Carlos, se detiene y se queda en actitud de escuchar.)

Su secreto está guardado
por mi fe de caballero.

FELIPE

De ella fío ; en ella espero.

MARGARI

(¿ Qué dicen ?)

CARLOS

No haya cuidado.

FELIPE

Gracias.

- CARLOS . Así lograré
que perdone una imprudencia
cometida sin conciencia.
(Se dirige hacia la izquierda.)
- FELIPE ¿No va al jardín?
- CARLOS Luego iré.
- FELIPE Pues le aguardo.
- CARLOS No, señor.
- FELIPE Yo...
- CARLOS De ninguna manera.
Bajaré por la escalera
que limita el corredor.
Hasta después.
(Sale. Margarita, en el foro, y Carlos, por la izquierda.)
- MARGARI. (Es forzoso
que él me diga...)
- FELIPE (No hablará
y mi pecho gozará
de este martirio dichoso.
¡ La dicha ! Qué necio fui...
Dichoso, y pongo el objeto
de mi dicha en un secreto
que no depende de mí.)
(Se deja caer con desesperación en el diván.)

ESCENA IV

FELIPE y MARGARITA. Al final, DON ANSELMO. Margarita
avanza sin ser vista de Felipe hasta el sitio ocupado por éste.

- MARGARI. (Llora.) ¡ Felipe !
- FELIPE ¿Quién es?
(¡ Ella !) ¿ Tú ?
- MARGARI. Yo, que venía
mientras que se despedía
el mío del padre Andrés,
a cumplir lo que exigiste,
a verte. Llegaba aquí,
te hallé con Carlos, le oí
y me detuve.
- FELIPE ¿Qué oíste?
Dílo pronto.

MARGARI. Asegurar
la fianza de un secreto
que yo ignoro por completo
y que voy a averiguar.

FELIPE ¡Averiguarlo! ¿Por quién?

MARGARI. Por ti...

FELIPE ¡Qué insensata idea!

MARGARI. Es tuyo, y sea cual sea debe ser mío también.

FELIPE No sigas, no hables así.
Si mis secretos oculto
y en mi alma los sepulto
es por tu dicha, por ti.
Por ti imploro compasión,
por ti gratitud ofrezco
a ese hombre a quien aborrezco
con todo mi corazón.

MARGARI. ¿A Carlos? ¿Te inspira enojos?
¿Por qué?

FELIPE

Porque se proclama
tu adorador, porque te ama,
te ama, lo he visto en sus ojos,
y lo sé y nada le digo,
e imploro su caridad
con acento de piedad
y actitudes de mendigo ;
y me humillo ante él, y llego
a solicitar su amparo
y en sus odios no reparo.
¿Para hablarle en son de ruego,
el egoísmo me incita?
¿Lo hago por mí? Por mí, no ;
por mí no rogara yo ;
lo hago por ti, Margarita.

MARGAR. ¿Y si yo quiero exigir
que hables? Responde.

FELIPE No aumentes mis angustias ; no lo intentes, porque nada he de decir.

MARGARI. El que ama no oculta nada.

FELIPE Lo oculta, cuando al hablar sabe que puede aumentar

las angustias de su amada ;
y lo oculta cuando espera
ver en sus frases perdido
el amor del ser querido ;
es decir, la vida entera.
¿Porque no llegué a contarle
aquella noche fatal?
Callé entonces, e hice mal.

Hoy no puedo revelarlo.

MARGARI. Felipe, ¿qué estás diciendo?

FELIPE Que me da espanto creer
que tu amor voy a perder.

MARGARI. ¿Dudas de mi amor sabiendo
que en mi pecho vive y arde?

FELIPE ¿La razón no se te alcanza?
Él es mi última esperanza,
¿cómo no he de ser cobarde?

MARGARI. Necio. ¿Y así desconfías
de mí, que existo por ti,
y al darte mi honra te di
todas las venturas mías?

Te engañas ; no eres buen juez,
no. La mujer, cuando llega
a amar a un hombre, se entrega
para siempre y de una vez ;
no hay fuerza que la quebrante,
ni valla que la sujete,
ni desdicha que la inquiete,
ni martirio que la espante.

Del hombre valor recibe
y es firme, invariable, fiel ;
ella no existe ; ella es él,
por él muere, por él vive,
en él lo concentra todo
y marcha con fe segura :
si él está arriba, a la altura ;
si está en el abismo, al lodo.

Así te amo y te amaré ;
así yo el amor comprendo.
De otro modo, ni lo entiendo,
ni lo siento, ni lo sé.

FELIPE ¡ Bien mío !

MARGARI.

Torpè es la idea
que tus dudas ha causado.
Háblame de tu pasado,
por muy horrible que sea ;
refiéreme uno por uno
tus tormentos, tus dolores,
tus afrentas, tus rencores,
sin ocultarme ninguno.
Si hay penas, sabré llorarlas ;
si injusticias, combatirlas ;
si humillaciones, sufrirlas ;
si amarguras, consolarlas ;
y si tu pasado es
digno de infamia y castigo,
sabrè arrostrarlo contigo
aunque sucumba después...

FELIPE

Aunque tu bondad quisiera,
alcanzarlo no podría.

MARGARI.

¡ Felipe !

FELIPE

No faltaría
quien hacerlo te impidiera.

MARGARI.

¿ Sujetar mi corazón ?
¿ Y quién iba a conseguirlo ?
No hay razón para impedirlo.

FELIPE

¿ Y si tuviesen razón ?...

MARGARI.

¿ Tenerla ?... Yo quiero unir
nuestra suerte. De eso trato.
Sea cual sea, la acato ;
¿ quién me lo puede impedir ?
¿ Eres hijo del azar ?
No importa. Te amo y te sigo,
y el baldón parto contigo
y no te dejo de amar.
¿ Algún ultraje obscurece
tu fama ? Yo lo soporto,
y contigo lo comparto
y mi amor contigo crece.
¿ Fuiste criminal ? Pues bien,
no cedo. ¿ Estás deshonrado ?
¿ Eres pobre ? ¿ Desgraciado ?
Te sigo y te amo también.
A todo la inmensidad

- FELIPE ¡ Don Anselmo !
MARGARI. Por favor.
Escucha.
ANSELMO Debo quejarme
de ver que a tu padre alcanza
tu falta de confianza.
(A Felipe.) Usted debió revelarme
su apasionada querella.
FELIPE (¡ Y yo a tal infamia llego !)
MARGARI. Padre, yo...
FELIPE Señor...
ANSELMO Le ruego
que me deje aquí con ella.
Voy de su ventura en pos
y a solas deseo hablarla.
MARGARI. Felipe...
FELIPE (¡ Yo abandonarla !...)
ANSELMO Luego hablaremos los dos ;
(Ademán de interrupción en Felipe.)
modere usted su ansiedad.
FELIPE Yo fui quien, de ella a despecho...
ANSELMO ¡ Salga ! Aun me asiste el derecho
de imponer mi voluntad.
Aun la puedo detener
en mis brazos, aun es mía.
(Felipe se dirige hacia don Anselmo como si quisiera
hablarle; luego se detiene y se encamina precipitada-
mente hacia la puerta lateral izquierda.)
FELIPE (Mi esperanza y su alegría,
todo sucumbe, ¿ qué hacer ?) (Sale.)

ESCENA VI

MARGARITA, DON ANSELMO y, al final, CARLOS.

- ANSELMO ¿ Me recatabas tu amor,
Margarita ?
MARGARI. ¡ Padre mío !
ANSELMO Si yo tu ventura ansío ;
si mi deseo mejor
es contemplarte dichosa,

¿a qué venía ocultarme
tu cariño? ¿A qué engañarme?
¡Padre, perdón!

MARGARI.

ANSELMO

Triste cosa

es pasar la vida entera
a un afecto consagrado,
y vivir a él entregado
como si más no existiera
para ver que se derrumba
cuando nuestro ser perece,
y nuestra alma se estremece
sobre el borde de la tumba.
Por ti existo, sin tener
otra ambición ni otra mira...
Después del que un hijo inspira
¿qué afecto puede haber?
Ninguno; en él se concentra
toda gloria y todo empeño;
pero ese querido dueño
un hombre a su paso encuentra,
sus ojos en los de él fija,
se une a él con la mirada,
y el que es padre ya no es nada
en la existencia de su hija.

MARGARI.

Nunca, señor, no lo creas;
siempre hice de ti el objeto
de mi amoroso respeto;
aunque de otro hombre me veas,
seré a tus desvelos fiel.

ANSELMO

¿Y siéndolo, me engañaste
y la verdad me ocultaste?

(Ademán de interrupción en Margarita.)

¿Qué le has ocultado a él?

MARGARI.

Señor...

ANSELMO

Engañarme así...

MARGARI.

¡Padre, por piedad...!

ANSELMO

Dejemos

mis penas, de ellas no hablemos.

Hablemos de él y de ti.

¿Le quieres mucho?

MARGARI.

Señor...

ANSELMO

Dílo.

MARGARI. Mi existencia es suya.

ANSELMO Y él, a cambio de la tuya,
¿te da su vida y su honor?

MARGARI. Sí, padre.

ANSELMO Y si yo exigiera
de ti que le abandonases,
que de quererle dejases...

MARGARI. ¡Cómo!

ANSELMO Si yo te dijera
no ames, ¿qué harías después
de oirme?

MARGARI. No sé qué haría,
sólo sé que moriría.

ANSELMO Le adoras... ¡Qué feliz es...!
No temas, bien mío, no,
que a tu deseo me oponga
y que mi capricho imponga
a tus voluntades. Yo
las respeto.

MARGARI. ¡Y él dudaba!

ANSELMO ¿Dudar?

MARGARI. No es eso... Temía
tu oposición... Yo sabía
que al pensarlo se engañaba.
Lo sé. En tu cariño fío.
¿Verdad?

ANSELMO ¡No ha de ser verdad
si ésa es tu felicidad!

MARGARI. ¡Qué bueno eres, padre mío!

ANSELMO Que duda, ¿pero por qué?

MARGARI. Porque recela...

ANSELMO (¿Qué es esto?)
¡Habla!

CARLOS (Apareciendo.) Me voy si molesto.

ANSELMO ¡Carlos!

CARLOS ¿A estorbar llegué?

MARGARI. No, yo salía.

CARLOS Corriente.

Hasta luego.

MARGARI. Adiós. (Sale por la derecha.)

ANSELMO Adiós.

CARLOS Estando solos los dos
 hablaré más fácilmente.
ANSELMO Ella podía impedir...
CARLOS No tanto ; pero yo quiero
 que usted escuche primero
 lo que le voy a decir.

ESCENA VII

DON ANSELMO, CARLOS y, al final, GASPAR.

CARLOS Expondré a usted mis propósitos,
 sin retóricos alardes.
 que ni entran en mis costumbres
 ni encajan en mi carácter.
 Bajé al jardín con objeto
 de detenerle y hablarle :
 no estaba usted, di la vuelta,
 y vengo para que acaben
 de una vez estas zozobras
 con que mi pecho combate.
ANSELMO No te comprendo, pero habla.
CARLOS El comprenderme es muy fácil.
 Usted conoce mi vida
 y toda mi historia sabe.
 Solo en este mundo y falto
 del apoyo de mis padres,
 di comienzo a mis estudios ;
 con ellos marché adelante,
 y ultimada mi carrera
 y al término de mis viajes
 pregunto a usted y me pregunto :
 El que huye las liviandades
 que a la juventud mantienen
 en un delirio constante ;
 el que del hogar ansía
 los goces inacabables,
 y está huérfano y posee
 sólida y segura base
 para luchar con la vida,
 ¿ qué debe de hacer ?

ANSELMO

Casarse

con una mujer honrada
que le respete y que le ame.

CARLOS

Yo también pienso lo mismo,
y los motivos que me hacen
provocar esta entrevista,
a mi casamiento atañen.

ANSELMO

¿Y yo, qué puedo decirte,
ni qué puedo aconsejarte?
(¡ Pobre Carlos !)

CARLOS

Es que todo
depende de usted. El ángel
en quien mi esperanza fundo
es Margarita. Durante
la ausencia, vino conmigo
su hermosa y querida imagen.
En ella he pensado siempre,
y aquí vengo para darle,
si usted quiere y ella acepta,
mi nombre. Estos mis afanes
han sido, éste mi deseo
y esto lo que a usted me trae.

ANSELMO

Carlos..., de sobra conoces
que fuera dichoso trance,
para quien como yo te ama
y lo que mereces sabe,
darte a mi hija, y mi ventura
con su ventura entregarte ;
pero bien a pesar mío
y sintiendo tus pesares
debo decirte que pides
lo imposible... Llegas tarde.

CARLOS

¿Por qué?

ANSELMO

Porque Margarita
ama a otro hombre.

CARLOS

¿A quién? Acabe.

ANSELMO

¿No lo adivinas?

CARLOS

No acierto...

ANSELMO

Felipe...

CARLOS

¡ Qué !

ANSELMO

De amargarle

la esperanza me conduelo ;
pero mi deber...

CARLOS ¡ Oh, calle,
calle usted !... Lo que me asusta
no es mi dolor, son sus frases.
Felipe y ella... No es cierto.
Usted se engaña.

ANSELMO Engañarme,
¿por qué?

CARLOS — Porque es imposible que ella le ame, ni que él la ame. Usted se funda en supuestos faltos de apoyo y de base ; usted sueña.

ANSELMO Los he visto
aquí mismo hace un instante
hablando de amor ; por mi hija
supe que ese amor es grande,
y determiné aceptarlo.

CARLOS ¿Qué habrá que saber me falte?
Mucho ; lo que usted ignora :
que ese hombre es un miserable.

ANSELMO ¿Tal dices?

CARLOS Y lo repito,
porque si ofrecí callarme,
no fué del honor en contra,
y el honor me obliga a que hable.
Ese hombre a quien usted ofrece
venturas inacabables,
ni es quién para merecerlas,
ni de ellas está al alcance.

ANSELMO ; Cómo !

CARLOS Felipe es casado.

ANSELMO ¿Estás loco o delirante?
Tú eres quien sueña.

CARLOS No sueño.

ANSELMO ¡El ha de ser tan infame !...
 ¡él iba a intentar !... ¡ No es cierto !...
 Dentro de mi alma no cabe
 suposición tan monstruosa.
 ¿ Será tan vil, tan cobarde,

que a mi hija...?

CARLOS Sí.

ANSELMO ¿No has mentido?

CARLOS Estoy dispuesto a probarle la verdad de mis palabras, en forma que no le asalten dudas.

ANSELMO ¡Probarlo tú !... ¿Cómo?

CARLOS Arrojándole al semblante aquí mismo, en su presencia, la iniquidad de sus planes.

ANSELMO ¡Pobre Margarita mía!
¡Y yo he llegado a admirarle!
Basta. Si sufrí el engaño,
no consentiré el ultraje.
¡Gaspar!

CARLOS ¿Qué intenta?

ANSELMO Bien claros
están mi objeto y su alcance ;
que tu acusación mantengas.
Luego... Gaspar... ; Miserable !

ESCENA VIII

Dichos y GASPAR, por el foro.

GASPAR ¡ Señor !

ANSELMO ¿Está don Felipe
 aun en casa?

GASPAR Hace un instante
se encontraba paseando
en el jardín.

ANSELMO Ve a buscarle,
y dile que aquí le espero.

GASPAR Está bien.

ANSELMO ¡ Quiso robarme,
más que la existencia, la honra !
Gracias, Carlos.

CARLOS Reportarse
es conveniente.

ANSELMO ¡ Dios mío !
No temas que me acobarde
el dolor.

GASPAR Viene en seguida.

ANSELMO Sal. Que no nos oiga nadie.

(Sale Gaspar por el foro.)

ESCENA IX

Dichos y FELIPE. Al final, MARGARITA.

FELIPE ¿Me llamaba?

ANSELMO Sí; tenía
por verle afán tan profundo,
que un siglo cada segundo
a mi anhelo parecía.

FELIPE ¿La causa?...

ANSELMO Una acusación
que contra usted ha dirigido,
alguien que me ha prevenido
de una cobarde traición.

FELIPE ; Acusación !

ANSELMO Y al hacerla,
y en contra de usted lanzarla,
está dispuesto a probarla.

CARLOS Y dispuesto a mantenerla.

FELIPE ¡Cómo ! ¿Acaso usted osó
revelarle?... ¡No es posible
desventura tan horrible !...
Usted callar me ofreció,
y yo' ofenderle no quiero ;
mas si a tanto se ha atrevido,
ni es noble, ni bien nacido,
ni honrado, ni caballero.

CARLOS ; Me insulta !

ANSELMO ; Basta !

(A Felipe.) Yo sé
que ha sido honrado al hablar.
Me falta ahora averiguar
un hecho. Si lo es usted.

FELIPE ; Don Anselmo !

ANSELMO

El asegura,
y por su fe lo ha jurado,
que usted es un hombre casado.
¿Esto es verdad o impostura?

FELIPE

¿Pero es cierto o loco estoy?

ANSELMO

Sólo eso me ha de decir.

FELIPE

(¡ Margarita !) ¿A qué mentir?

¿A qué negarlo? ¡ Lo soy !

ANSELMO

¿Y de honradez hace alarde,
y ultraja a ese hombre después
de tal infamia? ¡ Usted es
el canalla y el cobarde !

FELIPE

¡ Don Anselmo !

ANSELMO

Lo repito.

FELIPE

¡ Oh, mi cerebro enloquece !

ANSELMO

Sólo esos nombres merece
el que prepara un delito
y el duelo quiere sembrar
de peligros a cubierto,
en un hogar que le ha abierto
sus puertas de par en par.

FELIPE

Señor...

ANSELMO

Mi amistad le di ;
nada le negó mi fe.
Eso hice yo por usted...
¿Qué es lo que hizo usted por mí?
Engañarme por sorpresa ;
ocultar su condición ;
proceder como el ladrón
en acecho de la presa
que ante sus pasos se agita ;
escarnecerme, humillarme,
y mentir para robarme
el honor de Margarita.

FELIPE

¿Que yo alimenté la idea
de ser inicuo y traidor
a sabiendas? ¡ Oh, señor,
no lo crea, no lo crea !
Convencerle necesito,
jamás en ello pensé ;
vi a Margarita y la amé,
éste es mi único delito.

Pero al mirar que era un sueño
mi amor, traté de matarlo
y luché por ocultarlo
con decisión, con empeño,
con fiebre..., usted no podría
conmigo cruel mostrarse
si pudiera usted asomarse
al fondo del alma mía.

¿Cómo vencer la locura
de mi alma, si la aumentaban
mis ojos, que la miraban,
su nobleza, su hermosura,
y la pasión que en mi pecho
repetía sin cesar :

«Ama, ama» ; porque amar
no es delito, es un derecho?
¡ Oh, cuánto, cuánto sufrí !
Llegó un día y no encontré
fuerzas en mi alma y hablé...
pero quien procede así,
quien, sin hipócrita alarde,
con tesón ha combatido,
cuando cae es un vencido,
no un canalla y un cobarde.

ANSELMO Aun la compasión invoca.

FELIPE ¡ La compasión !... Ni la espero,
ni la pido, ni la quiero.

CARLOS Fuera empresa torpe y loca
solicitar tal merced.

Quien a crímenes da abrigo,
sólo merece castigo
y afrenta.

FELIPE ¡ Qué dice usted !

¡ Usted se atreve a injuriarme !
Este hombre, este anciano puede,
mi culpa se lo concede,
escarnecerme, humillarme,
ser inflexible, severo,
cruel, y lo sufro yo...
pero de usted..., de usted no ;
a usted no se lo tolero.

CARLOS Es que intento castigar
a un traidor.

FELIPE ; También ése es
mi objeto..., pero después !
Ahora él solo debe hablar.
Hable usted, cuanto me pida
estoy dispuesto a cumplir.
Usted lo puede exigir
todo. Mi suerte decida.

ANSELMO Como ese umbral no lo pasa
nadie que no sea honrado
y usted al honor ha faltado,
le arrojo a usted de mi casa.

FELIPE ; Y ella !...

ANSELMO Largos los instantes
son para mi afán.

FELIPE ; Dios mío,
qué duro eres y qué impío !
Ya le obedezco.

(Se dirige al foro.)

ANSELMO Pero antes
de arrojarle necesito
algo más.

FELIPE ¿Qué es lo que intenta?

ANSELMO Que ella, a quien usted afrenta,
conozca de usted el delito
y abjure de su amor ciego.

FELIPE ; Oh, señor ! ¿Qué va usted a hacer?

ANSELMO Mi derecho y mi deber.

FELIPE No, por piedad se lo ruego.

¿Usted de golpe arrojarla
a un abismo tan horrible?

No lo hará usted, no es posible.

ANSELMO ¿Por qué no?

FELIPE Porque es matarla.

(Don Anselmo se dirige hacia la derecha.)

ANSELMO Déjeme usted.

(Encaminándose a la puerta de la derecha.)

FELIPE (Poniéndose delante de él.) ; Por piedad !

ANSELMO ; Paso !

CARLOS ¿Y teme usted así?

FELIPE ; Es por ella, no es por mí !

¿Que no sepa la verdad ;

por su ventura lo ansío
y lo pido en este instante
prosternado, suplicante !

(Aparece Margarita por la puerta lateral de la derecha.)

MARGARI. Padre..., ¿pero qué es esto?

FELIPE (Retirándose al foro.) ¡Dios mío !

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y MARGARITA.

CARLOS ¡Ella !

MARGARI. ¡ Señor !

ANSELMO ¿Ves a ese hombre?

Hace un instante cayó
a tus pies y te ofreció
su corazón y su nombre.

FELIPE ¡ Calle usted !

ANSELMO Mintió al jurar
tal cosa.

MARGARI. ¡ Padre !

ANSELMO Concluyo.

FELIPE ¡ Basta !

ANSELMO Su nombre no es suyo
y no te lo puede dar.

MARGARI. ¿Qué dices?

ANSELMO Que no ha de hacer
lo què mintiendo te ofrece ;
que su nombre pertenece
de derecho a otra mujer.

MARGARI. ¿Qué escucho? A creer no acierto
que esa frase has pronunciado.

¡ El, mi Felipe, casado !...

¡ Mentira, padre, no es cierto !

FELIPE ¿Qué ha hecho usted?

MARGARI. Tanta maldad
no cabe en su corazón.

¿Dime, no es una ilusión
lo que me ha dicho?

(A Carlos.)

CARLOS

Es verdad.

MARGARI. ¡ Tú también ! ¿ Y qué me extraña
que tu odio esa acción intente ?
¡ No, Felipe es inocente !
(A Felipe.) ¡ El que te acuse, me engaña !
Es mi padre, ya lo veo ;
pero mi padre delira.
¡ Habla tú, dí que es mentira.
¡ Margarita !

FELIPE
MARGARI. ¡ Dilo, sí !

FELIPE ¡ Alma de mi alma !

MARGARI. ¿ Y escondes
el rostro ? ¿ No me respondes ?
¿ Conque es verdad ?

(Cae desmayada en el diván.) ¡ Ay de mí !
¡ Margarita !

CARLOS
ANSELMO ¡ Hija !

FELIPE ¡ Ella !

ANSELMO ¡ Atrás !

¡ Salga, que la ira me abrasa,
salga pronto de esta casa
que no ha de pisar jamás !
FELIPE ¡ Y su tormento he de ver
sin consolar su agonía !

ANSELMO ¡ Pronto !

FELIPE (¡ Sufre, y siendo mía
no la puedo socorrer !
¡ Arrojarne !... Se detiene
en tal punto y nada intenta,
y con eso se contenta.)

ANSELMO ¡ Salga !

FELIPE ¡ Más castigo tiene
la infamia que cometí !
¡ Yo quise robar su honor !...
¡ Máteme usted..., es lo mejor
que puede usted hacer por mí !

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El teatro representa un gabinete en casa de don Felipe, lujoso y severamente decorado. Puerta al foro. Una ventana en el lateral derecha y una puerta en la izquierda. A la derecha, una mesa de despacho, sobre la cual habrá libros y papeles. En primer término, y también a la derecha, un diván; delante de la mesa, un sillón, en el cual está sentado Felipe al comenzar el acto.

ESCENA PRIMERA

FELIPE y JOSÉ.

JOSÉ En menos de dos minutos
 crucé el camino que media
 de nuestra casa a la casa
 de don Anselmo ; llegué a ésta,
 y, sin ser visto de nadie,
 que usted encargó reserva,
 vi a Rosa, le di la carta
 y vine.

FELIPE ¿Cómo se encuentra
 Margarita? ¿Hablaste a Rosa?
 ¿Qué dijo?

JOSÉ Que tras la escena
 que dió motivo al disgusto
 y que a explicarse no llega
 quedó en silencio la sala ;
 inmóvil como una muerta,

la señorita ; su padre,
lleno de angustia y de pena ;
don Carlos, más que furioso
contra lo que usted hiciera,
y, de puro sobresalto,
Rosa convertida en piedra,
sin saber lo que pasaba
ni donde acudir ; que, en fuerza
de cuidados y de tiempo,
alzó sus pestañas negras
la señorita, mostrando
un color y unas ojeras
y una mirada y un gesto
que daba compasión verla.
¿Y después?

FELIPE
JOSÉ

Hacia su cuarto
fuéase cada cual. Apenas
se cerraron, vino el cura,
estuvo como hora y media
hablando a la señorita,
y éste es el punto y la fecha
en que, después de una noche
en que no había una estrella
en el cielo, y en la casa
uno solo que durmiera,
de una mañana muy triste
y una comida muy seria,
si es comer estar sentado
sin comer junto a la mesa,
está todo como estaba
sin ninguna diferencia.

FELIPE

¡ Pobre Margarita mía,
qué horas de dolor le esperan !
¿Y mi carta? ¿La entregaste?

JOSÉ

Rosa se quedó con ella,
mientras yo, por no ser visto,
daba hacia casa la vuelta.

FELIPE

Bien está. Déjame.

(Se marcha José.)

ESCENA II

FELIPE; luego, JOSÉ, con una bandeja en la mano; al fin, CARLOS.

FELIPE

¡Todas
mis esperanzas por tierra!
¿Y he de abandonarla? ¡Nunca!
Sería cobarde... Sepa
por mi carta mi desdicha
y de mi suerte resuelva.

JOSÉ

¡ Señorito !

(Entra.)

FELIPE

¿Tú? ¿Qué quieres?

JOSÉ

Tome used.

(Le da una tarjeta.)

FELIPE

¡ Una tarjeta !

¡ Carlos aquí !

JOSÉ

Ya le he dicho

que usted acaso no pueda recibirlo..., pero insiste, y sus órdenes espera.

FELIPE

¡Qué me extraña! Me aborrece,
es muy natural que venga.
Díle que pase.

(José se dirige al foro y entra seguido de Carlos.)

CARLOS

Sin duda

le sorprende mi presencia.

FELIPE

No, señor.

JOSE

¿Manda algo?

FELIPE

Vete. (Sale José.)

ESCENA III

FELIPE y CARLOS.

FELIPE

Ni recelo ni sorpresa,
ya lo ve usted.

CARLOS

De ese modo resulta fácil tarea lo que al buscarle me impuse.

FELIPE

Es un lance lo que intenta,
¿verdad?

FELIPE

Que usted la ama,
que ella su pasión desprecia
y a la mía corresponde ;
que los celos le atormentan,
y que mi amor le da envidia,
y le enfurece y le inquieta.
Esta es la causa ; conviene
decir la verdad entera.

CARLOS

No lo niego ; pero aun siendo
sus suposiciones ciertas,
¿ qué valen para este asunto ?
Sea la causa cual sea,
no importa si usted no busca
pretextos.

FELIPE

¿ Quién, yo ? No tema
que por evitar un lance
me disculpe o me arrepienta.
Para morir y dar muerte
siempre dispuesto se encuentra
el que odia con toda su alma
y el que la vida desdeña.
Yo odio a usted, porque ha deshecho
mis ilusiones más bellas,
porque mató mi ventura...,
ventura insensata, incierta,
pero ventura... Por eso
odio a usted. En lo que respecta
a la vida, ¿ qué es mi vida
para que yo la proteja,
si acaso la muerte es la única
esperanza que me resta ?

CARLOS

¿ En alarde generoso
me vende usted la fineza
de su vida ? ¿ Quiere darla ?

FELIPE

No ; trato de defenderla,
porque aun Margarita existe ;
aun puedo calmar sus penas,
aun no lo he perdido todo ;
y mientras esto suceda
defenderé palmo a palmo
su cariño y mi existencia.

CARLOS

¿ Qué ha dicho usted ? ¿ Que pretende

su cariño?

FELIPE

Pues qué, ¿piensa
que iba a abandonarlo?... Este hombre
está demente...

CARLOS

¡ Bien sienta
ese afán en un infame
burlador de honras ajenas,
que ni honor tiene en el pecho
ni virtud en la conciencia !

FELIPE

¡ Cómo ! (Avanzando hacia Carlos.)

CARLOS

Lo repito.

FELIPE

¡ Calle,
calle usted ! La mejor prueba
de mi honor se la estoy dando
con no arrancarle la lengua.

CARLOS

¡ Pruebe !

FELIPE

Está usted en mi casa
y el respeto me lo veda.

CARLOS

¡ Respeto !... Es verdad, perdone
mi arrebató y mi imprudencia ;
perdónelo, y terminemos
de una vez... Nuestras ofensas
son grandes ; la muerte sólo
las dirime y las remedia.

Esta es la cuestión precisa.

Yo le reto ; ¿ usted acepta ?

FELIPE

Sin dudar. ¡ No he de aceptarlo !

CARLOS

¿ Y cuándo ?

FELIPE

Cuando usted quiera.

CARLOS

Dentro de un hora. Bastante
luz en el espacio queda
para buscar dos espadas,
testigos y una desierta
planicie donde nuestro odio
lugar y término tenga.

FELIPE

¿ Aquí en este pueblo ? ¡ Nunca !

CARLOS

¿ Por qué ?

FELIPE

Deshonrarla fuera ;
que este lance, comentado
por la turba vocinglera
que hace del honor juguete
y de la calumnia fiesta

sobre su fama caería.
como un padrón de vergüenza.
Viviendo yo, contra todos
tengo brío y tengo fuerza ;
mas si en el lance sucumbo
desamparada se queda,
y no es justo que nosotros
demo pábulo a su afrenta.
Esto evitar nos precisa.

CARLOS ¿Y cómo?

FELIPE Poniendo tregua
al furor que nos combate
y ultimando la contienda
en sitio donde ninguno
saber ni imaginar pueda
el móvil que nos impulsa
y el objeto que nos lleva.

CARLOS Conformes. Ya sólo falta
que encontremos la manera
de arreglarlo.

FELIPE En ese punto,
que su discreción resuelva.

ESCENA IV

Dichos y JOSÉ; detrás, EL PADRE ANDRÉS.

JOSÉ ¿Don Felipe? El padre Andrés.

CARLOS Él viene...

FELIPE Nadie hay que impida
lo pactado ; usted decida
y avísemelo después.

ANDRÉS Señores... (¡ Carlos aquí !)

CARLOS Adiós.

FELIPE ¿Qué razón le asiste
para verme?

ANDRÉS ¿A qué viniste
y por qué te encuentro aquí? (A Carlos.)

CARLOS ¿A qué vine?... A castigar

ANDRÉS Mal hace quien por fin tiene
la venganza.

CARLOS
ANDRÉS

¿Usted a qué viene?
Yo, a sufrir y a perdonar.

(Sale Carlos por el foro y el padre Andrés se dirige al primer término, donde está Felipe)

ESCENA V

FELIPE y EL PADRE ANDRÉS.

FELIPE
ANDRÉS
FELIPE

¿Usted en mi casa?
¡Yo!

Después de lo sucedido
nunca hubiera presumido
que viniese.

ANDRÉS
FELIPE
ANDRÉS

¿Por qué no?
Padre Andrés...

Vengo a buscarle
porque mi deber lo ordena ;
porque me aflige su pena ;
porque quiero suplicarle
en favor de una mujer,
para quien piedad reclamo.
Si con toda mi alma la amo,
¿qué daño le puedo hacer?
El que le hice fué a despecho
de mi voluntad. Lo quiso
la suerte, que de improviso
metió su amor en mi pecho,
labrando mi desventura
y forjando su agonía ;
pero en mí no hubo falsía
ni asechanza.

ANDRÉS

Fué locura
criminal.

FELIPE

Locura acaso ;
crimen no lo pudo ser.

ANDRÉS

Quien deshonra a una mujer
inocente que a su paso
confiada se le presenta ;
quien, por un lascivo empeño,
se hace de esa mujer dueño,

y la envilece y la afrenta
y no doma su apetito,
ante el pudor es culpable.

FELIPE Señor cura...

ANDRÉS Y responsable
de traición y de delito.
Su culpa en mí halla merced ;
pero me arredra y me espanta.

FELIPE ¡ Mi culpa !

ANDRÉS ¡ Es grande !

FELIPE No es tanta
como lo imagina usted.
Si mi pasado supiera...

ANDRÉS Lo sé.

FELIPE ¿ Conoce mi vida,
y siéndole conocida
me habla usted de esa manera?
Mi nombre fué deshonrado
por una infame ; yo, en precio
de su perjurio, al desprecio
y al odio la he condenado.
Mi alma en libertad quedó.

ANDRÉS No es cierto.

FELIPE Es cierto ; porque ama
el hombre honrado a la dama,
a la cortesana, no.

ANDRÉS La ley de usted ha exigido...

FELIPE ¿ Qué exigió? Un tormento horrible.
ANDRÉS Un deber.

FELIPE Un imposible ;
por eso no la he cumplido.
La ley me quitó el derecho
de templar mis desventuras
en ansias dulces y puras,
pero no arrancó a mi pecho,
no posee tal virtud,
lo que en él quiso poner
Dios, la esencia de mi ser,
el brío, la juventud,
la sangre, que se acumula
en hirvientes oleadas
sobre las venas hinchadas

por donde bulle y circula ;
los músculos, que a la vida
firmeza y poder ofrecen ;
los nervios, que se estremecen
con varonil sacudida ;
y el alma, que al desclavarse
de la inmensidad del cielo,
busca con honrado anhelo
otra alma a quien enlazarse.
Basta.

ANDRÉS
FELIPE

El social entredicho
no tuvo tanta firmeza,
porque la naturaleza
no se doblega a capricho.
Ella al amor me inducía
y tuve que obedecer.

ANDRÉS
FELIPE

¿Deshonrando a una mujer?
Amando como debía
amar : a quien conociese
lo que vale una pasión,
y al darme su corazón
toda su vida me diese...
Pues qué, ¿iba yo a sujetar
mi sangre, viva e inquieta,
al tormento del asceta
o al amor del lupanar?
No, padre, imposible ; no...

(Ademán de interrupción en el padre Andrés.)

Imposible para mí.
¡ Ni para asceta nací,
ni en el vicio me hundo yo !

ANDRÉS

¡ Torpe excusa ! Su delirio
podrá en parte disculpar
el hecho, no terminar
con el horrible martirio
de esa infeliz criatura,
que sus dichas le ha entregado
y a quien usted ha deshonrado.

FELIPE

Dar alivio a su amargura
es lo que mi anhelo ansía ;
si no lo hallo, lo aseguro

y por mi honor se lo juro,
no será la culpa mía.

ANDRÉS
FELIPE

¿Qué dice usted?

La verdad.

¿Es cierto que he delinquido?

Pues bien, consejo le pido.

No busco la impunidad.

Yo le ofrezco a Margarita,
por su perdida inocencia,

mi porvenir, mi existencia...,

más aún si más necesita ;

lo que mande, lo que intente ;

ser suyo, estar a su lado,

vivir a ella consagrado

mientras que mi pecho aliente ;

no abandonarla jamás...

De ella son, si las reclama,

mi fe, mi sangre, mi fama ;

no puedo ofrecerle más.

¿Qué más debo hacer, señor,
qué?

ANDRÉS

Nada, y nada resuelve ;

ni así la dicha le vuelve

ni así repara su honor.

FELIPE

¿Lo hecho ya no puede hallar

ningún remedio? ¿Ninguno?

ANDRÉS

Remedio, tal vez, hay uno,

y de eso le vengo a hablar.

FELIPE

¿Que lo hay? ; De encontrarlo trato ;
esa es mi constante idea !

Dígalo ; sea cual sea,

yo lo admito y yo lo acato.

Hable usted.

ANDRÉS

Ningún consuelo

pueden al mundo exigir.

FELIPE

¿Qué hacer entonces?

ANDRÉS

Sufrir

con la esperanza en el cielo.

Olvidar esa pasión,

ese insensato delirio ;

conseguir por el martirio

el olvido y el perdón ;

dejar en la sombra caer
lazos que el tiempo desliga ..

FELIPE No siga, padre, no siga,
porque eso no puede ser.

ANDRÉS ¿Mis ruegos rechaza?

FELIPE Sí.

¡Cómo la he de abandonar !
Hacerlo fuera aumentar
la infamia que cometí.
Pues qué, ¿debo yo decirla :
nuestra pasión fué locura ;
sufre sola tu amargura
porque no puedo impedirla,
porque te abandono? No.
De mí esa acción no reclame,
porque eso sería infame,
porque eso no lo hago yo.

ANDRÉS ¡Qué honda y qué terrible huella
la del mal ! ¡ Siempre persiste !

FELIPE ¡ También usted se resiste !

¿ Acaso se resistió ella ?

¡ Dígalo usted, por piedad !

ANDRÉS Ella se resiste y lucha,
y mis súplicas escucha
en su triste ceguedad
y en su cruel arrebató
que lo imposible reclama.

FELIPE ¿ Conque es verdad ? ¿ Conque me ama ?

ANDRÉS ¡ Qué dice usted, insensato !

FELIPE ¡ No ha de amarme ! Era preciso.

ANDRÉS Yo venceré su dolor
y haré que olvide este amor
con que Dios probarla quiso.

FELIPE ¡ Olvidarlo !

ANDRÉS De eso trata
mi razón, y eso he venido
a pedirle.

FELIPE ¿ Usté ha creído
que así un afecto se mata,
que así muere una pasión,
que así el alma se desvía ?
No, padre ; tanto valdría

arrancarse el corazón:
Es más aún.

ANDRÉS Pues pido más
a su criminal locura.

FELIPE Bien se advierte, señor cura,
que usted no ha amado jamás.

ANDRÉS ¡Basta ! Escucharle no puedo ;
pero su bien me interesa
y no cederé en la empresa.

FELIPE ¡ Es que yo tampoco cedo !

ANDRÉS ¡ Adiós !

(Felipe toca el timbre y entra José por el foro con una lámpara encendida, que deja encima de la mesa ; luego se retira.)

 Por última vez
que la olvide le aconsejo.
A solas con Dios le dejo ;
sea Él su guía y su juez.
Él deshaga y Él impida
la desdicha de los dos.
FELIPE A solas quedo con Dios ;
que Él disponga y que Él decida.

(Sale el padre Andrés por el foro.)

ESCENA VI

FELIPE, solo.

¡ Que me ama, que piensa en mí !
¡ Que lucha, que se resiste !
¡ Que padece ! ¿ Y aun insiste
en que me aleje de aquí
ese hombre ? ¿ Yo abandonarla ?
¿ Yo cometer tal flaqueza ?
¿ Yo, sumida en su tristeza
y en su tormento, dejarla ?
El olvido... ¡ Proceder
como el que roba y se esconde !
¡ Y ese anciano me responde
que así cumplo mi deber !
¿ Puedo abandonarla yo

tras de burlar su inocencia?
¡ Nunca ! Jamás. Mi conciencia
me está gritando que no.
Ella mis juicios inspira ;
mi deber no es olvidarla :
es amarla, es consolarla ;
lo demás todo es mentira.
¿ Nos unió la adversidad
ó el amor ? ¿ Juntos nos vemos ?
Pues juntos seguir debemos ;
esta es la sola verdad
que se ofrece al alma mía.
¡ Me uno a ella, afirmo estos lazos,
y al menos tendrá mis brazos
para templar su agonía !
En esto mi ambición fundo
y alcanzarlo intentaré.
Si hay que luchar, lucharé
solo contra todo el mundo.
¿ Él mi existencia ha deshecho ?
¿ Él a sufrir me condena ?
Pues bien, rompo la cadena
y me libero... Es mi derecho.
No dudo. ¿ Por qué arredrarme ?
Voy de su ventura en pos...
Luego... que me juzgue Dios,
que es quien tiene que juzgarme.
(Felipe se dirige hacia la mesa, toma asiento en el
sillón y se dispone a escribir una carta. En este mo-
mento aparece José por la puerta del fondo.)

ESCENA VII

FELIPE, JOSÉ y MARGARITA, por el foro.

JOSÉ ¡ Señor ! (A hablarle no acierto.)
 Señorito...
FELIPE ¿ Qué ? ¿ Dirás
 por qué entras ? ¿ Acabarás ?
JOSÉ Pues que llamaron..., he abierto,
 entraron, y están allí. (Señalando al foro.)

FELIPE ¿Quién?
 JOSÉ Rosa y la señorita.
 FELIPE ¡Cómo!
 JOSÉ Doña Margarita
 dice que ha de entrar aquí.
 FELIPE ¡Qué escucho! ¿Soñando estoy?
 ¡Ella aquí!
 (Se dirige hacia el foro y aparece en él Margarita.)
 ¿Pero es verdad
 tamaña felicidad?
 ¡Margarita!
 MARGARI. ¡Sí; yo soy!
 (Felipe cierra la puerta del foro.)

ESCENA VIII

MARGARITA y FELIPE. Al final, ANSELMO, dentro.

MARGARI. Qué, ¿te extraña? A verte vengo,
 porque mi angustia lo ansía.
 ¿Quién detenerme podría?
 ¡Mi honor! ¿Acaso lo tengo,
 Felipe? Mi honor te di;
 era el mejor de mis bienes.
 FELIPE ¡Margarita!...
 MARGARI. Tú lo tienes
 y por eso estoy aquí.
 Dejé en secreto mi hogar
 porque verte deseaba,
 porque la fiebre me ahogaba,
 porque me aturde el pesar,
 porque deseo escucharte...
 ¿Falto? ¿Cometo un delito?
 No lo sé, no necesito
 conocerlo. Interrogarte
 es lo que mi angustia quiere...
 Felipe, ¿qué vas a hacer
 con esta pobre mujer
 que está sola y que se muere?
 FELIPE ¿Qué haré? ¿Y puedes ignorarlo?
 ¿No lo aciertas, Margarita?

¿Tu corazón necesita
de mis labios escucharlo?
¿Qué voy a hacer yo por ti?
¿Lo ignoras? ¿No lo conoces?
¿No lo está diciendo a voces
el amor que existe aquí?
¿Qué? Adorarte con delirio,
con infinita pasión
y lograr tu salvación
o seguirte en el martirio.
De mí no debes dudar.
Si en mi vida consistiera,
daría la vida entera
por salvarte, por borrar
el llanto que en tu faz brilla
y que al rodar se evapora
con la fiebre abrasadora
de tu encendida mejilla.
No llores... Cese el temor.
Por ti lo intento yo todo.
Si pensaste de otro modo
no conocías mi amor.
Con recelo a mí no acudas.
Tú mi existencia posees.

MARGARI. ¡Felipe!

FELIPE. Dí que me crees.

Dí que de mi amor no dudas.

MARGARI. Por infame te juzgué;
pero tu carta leí,
tus desgracias conocí,

FELIPE. Y entonces...

MARGARI. Ya no dudé.

¡Dudar! ¿Cómo lo has creído?
Yo no dudo... Si dudara,
ni como he hablado hablara
ni a verte hubiera venido.

FELIPE. Gracias.

MARGARI. Culparte no quiero,
porque tú no eres culpado:
eres sólo desgraciado;
pero pregunto y espero
que tú la respuesta des

a mi ansiedad. Si sufrimos,
si criminales no fuimos,
si grande nuestro amor es,
¿por qué la angustia nos mata?
¿Por qué ha de oponerse Dios
a la dicha de los dos?
¿Por qué el mundo nos maltrata?
¡Bien mío!

FELIPE.
MARGARI.

¿Por qué nos niega
un medio para salvarnos?
¿Por qué, en vez de perdonarnos,
al desprecio nos entrega?
Si nuestro amor es profundo
y noble, ¿debe morir?
¿Necesito yo vivir
ocultando a todo el mundo
las desventuras de mi honra?
¿Perdí por siempre la dicha?
¿Es perenne mi desdicha?
¿Será eterna mi deshonra?
No, no lo puedo creer.

Yo necesito escucharte,
y ser honrada y amarte...
¿Qué hacer, Felipe, qué hacer?
¿Qué? Si tu fe lo consiente,
si no te arredra el camino,
combatir con el destino
y arrostrarlo frente a frente.
No me importa la condena
social ni el social rencor;
lo que me importa es tu amor.

MARGARI.

FELIPE

¡Felipe!
En tu horrible pena
los ojos hacia mí vuelves
¿y a tu mal pides remedio?
Pues bien, yo te ofrezco un medio
si a aceptarlo te resuelves.
En esta lucha espantosa
no temo. ¿Por qué temer?
Aun te puedo proteger,
aun puedo hacerte dichosa.

MARGARI. ¿Dichosa?

FELIPE Sí.

MARGARI. Necesita

para ser dichosa mi alma,
de honra, de amor y de calma.

FELIPE Escúchame, Margarita :
no es la pasión criminal
la que mis actos provoca ;
amor es que en culto toca,
noble, sincero, leal.
Él nuestra existencia liga ;
en nombre de él quiero hablarte
y en nombre suyo salvarte ;
no me importa lo que diga
la mundana sociedad.

Mi desprecio por el mundo
es tan grande y tan profundo
como lo fué su impiedad.
¿Que sus consecuencias huello?
¿Que a todas sus leyes falto?
¿Que sus costumbres asalto?
¿Y qué? Por todo atropello.
¿Detenerme en el camino
cuando mi defensa imploras,
cuando sufres, cuando lloras?
¡No ; ni me arredra el destino
ni más puedo resistir,
ni otro es mi deber ! Contesta.
¿A seguirme estás dispuesta?
¿Qué intentas?

MARGARI.

FELIPE Huir.

MARGARI. ¡ Huir !...

El oprobio, el deshonor
me ofreces.

FELIPE ¿Y qué ofrecerte?

¿Nos da otra cosa la suerte?

¿Pide otra cosa tu amor?

MARGARI. ¡ El desprecio ! ¡ La vergüenza !

FELIPE Ni por liviandad lo hacemos
ni otro recurso tenemos.

MARGARI. ¡ Felipe !

FELIPE Que tu amor venza
 el recelo y el espanto.

MARGARI. ; Calla !

FELIPE ¡ Yo sabré buscar
un ignorado lugar
donde amarte. ¡ Y a qué tanto
ocultarlo ! Aun cuando pueda
saberse nuestra pasión,
¿qué importa? Ya es ocasión
de que haya alguien que no ceda
y que su razón ostente
y mantenga su derecho
con el valor en el pecho
y la altivez en la frente.

MARGARI. ¡ Calla, por piedad !

FELIPE Concluyo :
a defenderte me obligo.

De mi amor nada te digo
porque ya sabes que es tuyo.
MARGARI. Juntos por siempre en la vida.

FELIPE Eso te dije.

MARGARI. Verdad.

Eso es la felicidad... (Pausa.)
Felipe..., ¿y mi padre? ¡Horrible
pensamiento! Si él supiera
mi deshonor, ¿qué dijera?
¡No, Felipe, es imposible!
¿Qué dices?

FELIPE

MARGARI. Calla, no sigas ;
no me quieras imponer
lo que yo no puedo hacer.
Nada intentes, nada digas.

FELIPE ¿Vas a oponerte? ¿Tan poca
 es tu fe?... ¿Te niegas?

MARGARI. Si.

FELIPE ¿Temes?

MARGARI. Temo, y no es por mí.
En lo que a mí dicha toca
no temo. Lo que exigieras
de mí con gusto aceptara :
mi vida..., todo... Bastara
con que tú me lo pidieras.

Pero hay un hombre a quien debo
respeto, amor, y es ese hombre
mi padre ; llevo su nombre,
y a ultrajarlo no me atrevo.

FELIPE ¿Tal dices?

MARGARI. ¡ Yo deshonrarle
más que lo he hecho ! ¿ Qué sería
de mi padre ? Moriría,
y yo no puedo matarle.

FELIPE ¿ A tu padre seguirás ?

MARGARI. Eso espero y eso ansío.

FELIPE ¡ Dejarme ! Te desafío
a hacerlo. (Con desesperación y energía)

MARGARI. Oye.

FELIPE ¡ No lo harás !

Yo también puedo exigir
lo que en su favor abonas.
Pues qué, ¿ si tu me abandonas
crees que voy yo a vivir ?

MARGARI. ¡ Felipe !

FELIPE ¡ Trátarme así !

ANSELMO ¡ Basta ! (Dentro.)

FELIPE ¡ Ese acento !

JOSÉ (Dentro.) ¡ Señor !

ANSELMO No exasperes mi furor.

¡ Paso ! (Dentro.)

MARGARI. ¡ Mi padre !

FELIPE ¡ Él aquí !

ANSELMO No hagas que por fuerza exija... (Dentro.)

FELIPE Huye ; aplacarle confío.

No temas.

(Se abre de par en par la puerta del foro y aparece
en ella don Anselmo.)

ESCENA IX

Dichos y DON ANSELMO.

ANSELMO Por fin.

MARGARI. ¡ Dios mío !

FELIPE Ya es tarde.

ANSELMO ¿Dónde está mi hija?

FELIPE Don Anselmo...

ANSELMO ; A qué fingir !

Ella de su casa huyó;
la que a tanto se atrevió
sólo aquí puede venir
y sólo aquí pudo estar.

FELIPE ¡ Señor !

ANSELMO Ojalá mintieran
mis ojos y no te vieran
donde te vienen a hallar.

MARGARI. ; Padre mío !

ANSELMO ¡Así me llamas !

FELIPE ¡Qué terrible sufrimiento!

ANSELMO ¿Cuándo causas mi tormento,
cuando mi honradez infamas,
padre a llamarme te atreves?
¡Calla! Ni tú me has amado
ni ese nombre has respetado,
ni aquí proferirlo debes.

FELIPE ; Don Anselmo, óigame usted !

ANSELMO ¡ Oirle ! Pero ¿ está loco ?
¿ Tiene mi amor en tan poco
que me ruega ?

FELIPE Por merced
lo pido.

ANSELMO ; Basta !

MARGARI. ¡ Me abrasa
el rubor !

ANSELMO ¡ Oírle ! ¿ Ignora
que el afán que me devora
está en salir de esta casa,
donde mi honor se atropella,
donde su fama padece
y su nombre se envilece?
Quiero salir pronto, que ella
es mi hija, aun siendo culpable ;
por esto mi odio contengo,
por esto no me detengo
a aplastar a un miserable. (A Margarita.)
¡ Vamos ! ¡ Y tú has pretendido
deshonrarme, envilecerme !

No comprendo cómo al verte
mi furor he contenido.

¡ Mi honra en olvido ponerla !

¡ Infame !

(Amenazando a Margarita. Felipe se interpone entre los dos.)

FELIPE No lo consiento.

MARGARI. ¡ Felipe !

ANSELMO ¿Cuál es su intento?

FELIPE ¿No lo ve usted? Defenderla.

Usted es su padre ; merece
mi respeto, está escudado
por ese nombre sagrado
que ante el dolor se engrandece.

De mí lo que usted decida,
lo que mande su furor.

¿ Desea mi honor ? Mi honor.

¿ Quiere mi vida ? Mi vida.

Pero si osa usted llegar
hasta ella, que es el objeto
de mi amor, no le respeto,
no le puedo respetar.

ANSELMO ¡ Cobarde !

(Margarita se levanta del sofá y acude al lado de su padre.)

MARGARI. Lo que dispongas
haré ; mi deber lo ordena.

Es mi padre quien condena
y castiga... No te opongas.

(Felipe se retira a un extremo de la habitación en actitud desesperada.)

ANSELMO ¡ Salgamos pronto !

(Cogiendo a su hija por la mano.)

MARGARI. Salgamos.

Lo que mandes cumpliré.

Ya no me resisto.

(Don Anselmo se dirige al segundo término. Margarita le sigue.)

FELIPE ¡ Qué !

MARGARI. ¡ Adiós para siempre !

ANSELMO Vamos.

FELIPE ¡ Y va de su padre en pos !

¿Pero el alma no te grita
que me muero, Margarita?

(Margarita se detiene, luego vacila y se encamina al
foro, donde está don Anselmo.)

MARGARI. ¡Adiós para siempre!...

FELIPE ¡Adiós!

¿Huyes?... Yo sabré encontrar
remedio contra mi suerte.

MARGARI. ¡Felipe!

FELIPE Tengo la muerte,
y ésa no me ha de faltar.

MARGARI. ¿Qué?... ¡Morir tú!... ¡No es posible!

(Dirigiéndose hacia Felipe. Don Anselmo avanza
después.)

ANSELMO ¿Qué haces?

MARGARI. ¿No ves su martirio?

FELIPE ¡Oh!

MARGARI. Perdona mi delirio.

¡Morir tú sería horrible!

¡No es posible que concluya
así nuestro amor!... ¡Dejarte!

Yo no puedo abandonarte,
porque te adoro y soy tuya.

ANSELM! ¡Tú suya! ¡Al oírlo no acierto!

MARGARI. ¡Qué hice!

(Con angustia y ocultando el rostro entre las manos.)

ANSELMO ¿Y el rostro recatas?

¿De disculparte no tratas?

FELIPE ¡Piedad, señor!

ANSELMO ¿Conque es cierto?

¿Conque usted burló su fe?

¿Conque, no hay esperanza?

¡Sí, la tiene: la venganza!

¡Miserable!

(Dirigiéndose a Felipe, irritado y resuelto.)

FELIPE ¡Señor!

MARGARI. ¡Qué!

ANSELMO ¡La deshonra no se evita,
pero se paga la afrenta!

FELIPE Estoy dispuesto.

MARGARI. ¿Qué intenta?

¡Nunca!

(Don Anselmo ha sacado un revólver y apunta a Felipe! Margarita se interpone y recibe el balazo.)

¡ Jesús ! (Cae)

FELIPE

¡ Margarita !

ANSELMO

¡ Cómo ! ¡ Yo enloquezco !

FELIPE

¡ Impío !

ANSELMO

(Arrodillándose junto al cadáver de Margarita.)

¡ Tanta desventura es cierta !

¡ Hija mía !

FELIPE

¡ Muerta !

ANSELMO

¡ Muerta !

¡ Y muerta por mí ! ¡ Ángel mío !

ESCENA FINAL

Dichos y EL PADRE ANDRÉS.

ANDRÉS

¿ Qué es esto ? ¡ Ella !...

FELIPE

¿ No la ve ?

Ya no existe... ¡ La ha matado
y con vida me ha dejado !...

Pero a tiempo llega usted...

Su misión tiene un motivo.

ANDRÉS

¿ Un motivo ?

FELIPE

¿ No lo acierta ?

¡ Pues enterrar a esa muerta
y maldecir a este vivo !

TELÓN

FIN DEL DRAMA

Obras publicadas por TEATRO MUNDIAL

1. LA PRINCESA DEL DOLLAR. — Bruno Güell.
2. LA OLA GIGANTE. — José Fola Igúrbide.
3. EL SEÑOR CONDE DE LUXEMBURGO. — José Zaldívar.
4. LA CAPTURA DE RAFFLES O EL TRIUNFO DE SHERLOCK HOLMES. — Luis Millá y Guillermo X. Roure.
5. EL SOL DE LA HUMANIDAD. — José Fola Igúrbide.
6. ZAZÁ. — C. Costa y J. M.^a Jordá.
7. MUJERES VIENESAS. — Pablo Parellada (Melitón González).
8. HAMLET. — Pompeyo Gener.
9. GIORDANO BRUNO. — José Fola Igúrbide.
10. EL NIDO AJENO. — Jacinto Benavente.
11. EL REY. — Enrique Henríquez.
12. PRISIONERO DE ESTADO, O LA CORTE DE LUIS XIV. — A. Mundet Alvarez y José M.^a Pous.
13. FANTINA, O LOS MISERABLES. — A. Mundet Alvarez.
14. LA LADRONA DE NIÑOS. — Francisco Tressols.
15. LOS DIOSES DE LA MENTIRA. — José Fola Igúrbide.
16. CRISTO CONTRA MAHOMA. — José Fola Igúrbide.
17. JUVENTUD DE PRÍNCIPE. — C. Costa y José M.^a Jordá.
18. JUAN JOSÉ. — Joaquín Dicenta.
19. LA SOCIEDAD IDEAL. — José Fola Igúrbide.
20. LA CIZAÑA. — Manuel Linares Rivas.
21. ENTRE RUINAS. — R. Campmany y G. Giralt.
22. LA VIDA ES SUEÑO. — Refundición de Luis Millá.
23. SABOTAGE. — Enrique Arroyo y Carlos Dotesio.
PASA LA RONDA. — Francisco Llano.
24. MAGDA. — Carlos Costa y José M.^a Jordá.
25. EL PAPÁ DEL REGIMIENTO. — Felipe Pérez Capo.
26. EL ALCALDE DE ZALAMEA. — Refundición de Magnolio Juárez.
27. LOS DOS PILLETES. — Juan B. Enseñat.
28. DON JUAN DE SERRALLONGA. — Víctor Balaguer.
29. EL REY LEAR. — Juan B. Enseñat.
30. ESPECTROS. — A. Mundet Alvarez.
31. LAS CIGARRAS HORMIGAS. — Jacinto Benavente.
32. EL REGISTRO DE LA POLICÍA. — Eduardo Vidal y Valenciano.
33. EL VERGONZOSO EN PALACIO. — Refundición de L. Suñer Casademunt.
34. LA FUERZA DE LA CONCIENCIA. — Joaquín García Parreño.
35. AURORA. — Joaquín Dicenta.
36. EVA. — G. Jover y J. Zaldívar.
37. EL BUFÓN. — Joaquín Dicenta (hijo).
38. EL CUCHILLO DE PLATA. — E. Vidal y Valenciano y J. Roca y Roca.
39. NICK CARTER. — Enrique Henríquez.
40. LA CENA DE LOS CARDENALES. — Francisco Villaespesa.
¡JUSTICIA HUMANA! — José Pablo Rivas.

41. EL SEÑOR FEUDAL — Joaquín Dicenta
42. EL VERANILLO DE SAN MARTÍN — Ramon de Saadeta
43. EL DESDÉN CON EL DESDÉN. — Luis Suñer Casademunt
44. AMOR DE AMAR — Jacinto Benavente.
CUENTO INMORAL — Jacinto Benavente
45. LA DAMA DE LAS CAMELIAS. — Magnolio Juárez
46. LA DOMADORA DE LEONES. — José Fola Igúrbide
47. EL CAPITÁN CAJLRO, O LOS DOS SARGENTOS FRANCISES. — Luis Millá.
48. EL MÍSTICO. — Joaquín Dicenta
49. GARCÍA DEL CASTAÑAR, O DEL REY ABAJO NINGUNO — José Vico.
50. LA FIERECILLA DOMADA — J. M.^a Jorda y Luis de Zulueta
51. EL HONOR. — Luis Recoll.
52. EL SÍ DE LAS NIÑAS. — Leandro Fernández de Moratin.
53. MARÍA ANTONIETA. — J. C. y E. V. V.
54. LA VIUDA ALEGRE — A. Roger Junco
55. EL ABATE FARIA Y EDMUNDO DANIELS, O EL CONDE DE MONTECRISTO. — José Nieto y J. Guardia.
56. OTELO. — Ambrosio Carrión y José M.^a Jorda
57. EL BARBERO DE SEVILLA. — A. Mundet Alvarez.
58. DANIEL. — Joaquín Dicenta.
59. PECADO DE JUVENTUD. — José Artis.
60. NADIE MÁS FUERTE QUE SHERLOCK HOLMES — Luis Millá y Guillermo X. Roure.
61. LA MUERTE CIVIL. — Salvador Suñer.
62. LA APUESTA DE DON JUAN TENORIO. — Magnolio Juárez.
63. SOR TERESA, O EL CLAUSTRO Y EL MUNDO. — Eduardo Vidal y Valenciano.
64. LA NIÑA BOBA, O BUEN MALSIRO ES AMOR. — Refundida por Luis Suñer Casademunt.
65. EL PAN DE PIEDRA (EL CARBÓN). — José Fola Igúrbide
66. ROMEO Y JULIETA. — J. Roviralta Borrell.
67. LOS REYES ANTE LA INQUISICIÓN — J. B. Baró, E. Salvat y S. Sala.
68. FELIPE DERBLAY. — Georges Ohnet.
69. LOS MALOS PASTORES. — Felipe Cortiella.
70. HUYENDO DEL NIDO. — Carlos y Enrique Arroyo.
71. CLAUDIO FROLLO, O NUESTRA SEÑORA DE PARÍS. — Emilio Boix Serra.
72. PASIÓN FATAL, O ANA KARENINE. — José Zaldívar.
73. MARGARITA DE BORGOÑA. — Luis Suñer Casademunt.
74. EL HÉROE VENCIDO, O EL SOLDADO DE CHOCOLATE. — José Zaldívar.
75. LA MÁQUINA HUMANA. — José Fola Igúrbide.
76. EL LADRÓN. — Manuel Bueno y Ricardo J. Catarineu.
77. EL JUDÍO ERRANTE. — Alfredo Pallardó.
78. LA NAZARENA. — Ricaro Estrada y Estrada.
79. LAS MÁSCARAS. — A. P. Maristany y J. Fabré Oliver.
80. EL DIFUNTO TOUPINEL. — Julián Romea.
81. EL HIJO DEL MILAGRO. — Ricardo Estrada y Estrada.
82. ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO. — Luis Suñer Casademunt.

83. ¡EL! — José López y Gilve y Fabio Pellicer.
EN FLAGRANTE DELITO. — Luis Millá.
84. FUALDÉS. — Luis Suñer Casademunt.
85. EL ADVERSARIO. — Alfonso Danvila.
86. LA PORTERA DE LA FÁBRICA. — Alfredo Moreno Gil.
87. BERNARDO DEL CARPIO. — Ambrosio Carrión.
88. LA VERDAD SOSPECHOSA. — Luis Suñer Casademunt.
89. EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS. — Francisco Villaespesa.
90. EL LOBO. — Joaquín Dicenta.
91. CARCELERAS y REJAS Y VOTOS. — Ricardo R. Flores.
92. AMOR DE MADRE. Ventura de la Vega.
GUERRA A LA GUERRA. --Ramón de Campoamor.
93. LA NEÑA. -- Federico Oliver.
94. DOÑA MARÍA DE PADILLA. — Francisco Villaespesa.
95. LA DONCELLA DE MI MUJER. — T. Luceño y F. Reparaz.
96. SOBREVIVIRSE. — Joaquín Dicenta.
97. BRUNO EL TEJEDOR. — Ventura de la Vega
SINIBALDO CAMPÁNULA. — Felipe Pérez Capo.
98. EL ASISTENTE DEL CORONEL. — Gonzalo Cantó.
LA HUELGA DE LOS HERREROS. — Ricardo J. Catarineu.
99. DÍA DE REYES. — Manuel Moncayo.
NOCHE DE REYES. — Carlos Arniches.
100. EL ZAPATERO Y EL REY. (Primera parte). — José Zorrilla.
101. GENTE DE FÁBRICA. — Jaime Firmat Noguera.
102. EL ZAPATERO Y EL REY. (Segunda parte). — José Zorrilla.
103. LA MOZA DE CÁNTARO. — Lope de Vega.
104. ABEN-HUMEYA. — Francisco Vil .espesa.
105. COMEDIAS CORTAS. — Luis Esteso
106. AMOR DE ARTISTAS. — Joaquín Dicenta.
107. BODAS DE PLATA. — Manuel Linares Rivas.
108. LA MUERTE DEL TORERO. — Felipe Pérez Capo.
EL REDENTOR DEL PUEBLO. — Adolfo Marsillach.
109. NAPOLEÓN. — José Pablo Rivas.
110. EL NUDO GORDIANO. — Eugenio Sellés.
111. LA VERBENA DE LA PALOMA. — Ricardo de la Vega.
LOS TRAPEROS. — Isidro Soler.
112. LA VIRGEN LOCA. — J. López Barbadillo y Enrique Tusquets.
113. A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA. — Pedro Calde-
rón de la Barca. Refundición de Tomás Luceño.
114. EL CAPITÁN TORMENTA O LA TOMA DE LA BASTILLA. —
Pompeyo Gener.
115. LA CARA DE DIOS. — Carlos Arniches.
116. SANTA INQUISICIÓN. — J. Ribera y Rovira.
117. LAS PECADORAS. — A. Torres del Alamo y Antonio Asenjo.
118. LA GIOCONDA. — Francisco Villaespesa.
119. LA CENA DE LAS BURLAS. — Ricardo J. Catarineu.
120. QUISQUILLAS. — F. Flores García y J. Romea.
EL CONTRABANDO. — S. Alonso Gómez y P. Muñoz Seca.
121. LANUZA. — Luis Mariano de Larra.

15.123.
Joaquín Abati y Federico Reparaz

LOS HIJOS ARTIFICIALES

Juguete cómico en tres actos y en prosa



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915



LOS HIJOS ARTIFICIALES

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por sus autores para TEATRO MUNDIAL.

LOS HIJOS ARTIFICIALES

Juguete cómico en tres actos y en prosa

escrito sobre el pensamiento de una obra alemana

por

JOAQUÍN ABATI Y FEDERICO REPARAZ

Estrenado en el teatro de la Comedia, de Madrid,
el 24 de Diciembre de 1902



74-1-98
Biblioteca

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915

REPARTO

Personajes	Actores
RAFAELA	Sra. Rodríguez.
ÁNGELA	Srta. Bremón.
CATALINA	Sra. Caro.
MERCEDES	» Domínguez.
EUGENIA.	Srta. Sánchez.
VALENTINA	» Santiago.
RAFAEL MOSQUERA	Sr. Rubio.
SABAS ORTIZ	» Mendiguchía.
FERNANDO PALMERÍN	» Gonzálvez.
BALTASAR PALMERÍN	» Mora.
MELECIO TORDESILLAS	» Sepúlveda.
GREGORIO	» Granda.

La acción, en Astorga. Época actual.

Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Una habitación en planta baja de una casa de recreo. En el centro del foro, ancha puerta vidriera con una pequeña escalinata que da a un jardín, adornada de macetas y plantas varias. Forillo de jardín. Cuatro puertas laterales. Muebles lujosos. Sillas, butacas de mimbre propias de campo. En primer término izquierda, una mesa cuadrada con tapete. En segundo término derecha, un velador redondo como los de café, y sobre él varios ramos de flores, un ramillete de confitería y algunos objetos que simulen regalos. Sobre las sillas, otros objetos. Otra bandeja llena de dulces puesta sobre el velador. Otra bandeja llena de tarjetas. Los demás adornos de la habitación quedan encomendados al buen gusto del director de escena, con arreglo a los medios de que disponga.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, EUGENIA y VALENTINA arreglan los objetos que hay sobre el velador y sobre las sillas.

VALEN. ¡ No podrán quejarse los señores ! ¡ Qué infinidad de regalos ! ¡ Y qué bonitos !... En estos días tan señalados es cuando mejor se ve cuántos amigos tiene una persona. El que regala, amigo. El que no regala, conocido.

EUGENIA (Sacando un reloj de una cajita.) Mira qué reloj tan mono. Vamos a ver quién lo manda. (Sacando una tarjeta de un sobre.) «Antonio Cenagoso, señora, tía, cuñado y primos car-

- nales.» (Deja la tarjeta en el velador.) Mucha gente me parece para un reloj. Habrán tocado a peseta...
- VALEN. ¿Y esta petaca? (Tomando una que hay en el velador y sacando de ella una tarjeta.) «El registrador de la propiedad de Astorga les desea felicidades. De diez a una.»
- EUGENIA ¿Quiere que sean felices de diez a una nada más?
- VALEN. (Riendo,) No, tonta. Serán las horas de oficina. Buen ramillete ha mandado Melecio, el sobrino de los señores.
- EUGENIA Toma, ya puede, como que tiene confitería.
- VALEN. Y además, está enamoradísimo de la señorita Angela. Ya, ya se conoce en lo fino del bizcocho. (Pellizca en el ramillete y lo prueba.)
- EUGENIA ¿Pero cómo podrá imaginarse el infeliz que con esa figura le va a querer la señorita Angela?
- VALEN. ¡Cuidado que está ridículo!
- EUGENIA Si le coge un carnicero le pone boca abajo en la puerta.
- VALEN. Lo que es yo, ni aunque me lo dieran envuelto en billetes de Banco...

ESCENA II

Dichas y MELECIO, por el foro. Se oye dentro ladrar a un perro y gritos de hombre que pide socorro.

- MELECIO (Dentro.) ¡Eh... jardinero!... ¡Eh... chuchó!... ¡Ay... ay!...
- GREGORIO (Dentro.) ¡Aquí, Garibaldi, aquí!
- EUGENIA } ¿Qué es eso? (Se asoman a la puerta del foro.)
- VALEN. }
- VALEN. El señorito Melecio.
- EUGENIA Le ha mordido Garibaldi.
- VALEN. ¿Y dónde ha ido a morderle?... No habrá cogido hueso... (Aparece Melecio en el foro, muy sofocado y accionando y hablando como disputando)

con alguien que está dentro. Este personaje es un joven como de veinticinco años, extraordinariamente grueso; muy colorado y completamente afeitado. La ropa le está estrecha por todas partes, la americana, algo corta, deja ver unas nalgas muy desarrolladas. Los pantalones, algo cortos (sin exageración). Pantorrillas y muslos exuberantes.)

MELECIO (Desde el foro, muy incomodado.) Sí, señor, me los ha hincado, me los ha hincado, sí, señor... aquí... (Señalando una nalga, en la cual lleva un jirón.) Cuando se tiene un perro tan grosero y desconsiderado, se le ata... ¿sabe usted? Y, además, se le da de comer, para que no se le antoje la carne humana... ¿sabe usted?

VALEN. ¿Qué ha sido, señorito Melecio?

MELECIO Ese animalito, que la ha tomado conmigo, y como se trata de un bicho con el cual es inútil discutir...

EUGENIA Si ha venido usted por la huerta, se habrá usted echado encima del perro sin querer.

MELECIO ¡Quiá! El perro es el que se ha echado encima de mí queriendo.

VALEN. Eso no es nada.

MELECIO Con tal de que no esté rabioso...

EUGENIA Pero siéntese usted.

MELECIO No, no; dime, ¿y la tía?

EUGENIA Aun no se ha levantado.

MELECIO ¿Y el tío?

EUGENIA Tampoco.

MELECIO (Timidamente.) ¿Y mi prima Angelita?

EUGENIA Anda por el jardín, cortando flores para hacerle un ramo a su mamá.

MELECIO Yo también le traía un testimonio débil de mi afecto. (Indicando un paquetito que trae en la mano.)

EUGENIA Si quiere usted esperar...

MELECIO No, no. Dime... ¿mi prima no te habla nunca de mí?

EUGENIA No, señor, nunca. Es decir, el otro día, en la feria, se acordó de usted.

MELECIO (Con ansiedad.) ¿Sí?... ¿Y cómo?... ¿Con qué motivo?

EUGENIA Al pasar delante de una barraca donde vendían botijos.

MELECIO (Desalentado.) Ya... comprendo... Mi precoz desarrollo muscular quizás sea un obstáculo para interesar a Angelita. ¡Dios mío, qué envidia tengo a los fideos!... Pero no importa. ¿Y las cualidades morales? ¿No significan nada, las cualidades morales? ¿No puedo yo tener cualidades morales que compensen mi exceso de materias grasas? La belleza física... ¡Ah!... ¡Qué despreciable es la belleza física! Flor de un día. Castillo de naipes. Mariposa fugaz. Agua en cesto. Juguete mecánico en manos de niño. Eso es y eso dura la belleza física. Pero el alma, la virtud, la honradez, la ternura, eso no es deleznable, eso no pasa, eso es eterno, eso lo tenemos también los gordos.

VALEN. Muy bien, señorito.

EUGENIA Muy bien.

MELECIO Además, si es necesario, yo trataré de modificar mi envoltura carnosa. Seguiré un régimen especial. Disminuiré mi alimentación. Comeré solamente cuatro o cinco veces al día... Leeré obras filosóficas o las sesiones de Cortes... En fin, me aligeraré considerablemente, quedará libre de todo aquello que me sobre, y dentro de poco seré una especie de refundición del teatro antiguo.

EUGENIA ¿Y si mientras tanto se casa la señorita?

MELECIO Entonces resultaré un juguete cómico.

VALEN. ¿Pero de veras la quiere usted?

MELECIO ¡Ah!... Con decirles que por pensar en ella estropeé anoche seis docenas de barbolillos... Mi profesión se resiente de este cariño... Todos los parroquianos se quejan con razón. La yema de coco, que era la especialidad de mi casa, ya no es n

sombra de lo que fué. Ayer se me ocurrió probar una y me asusté del coco...

VALEN. ¿Como los niños pequeños?

MELECIO Me asusté del coco que había puesto. Estaba rancio y sabía a bacalao. En los pasteles de hojaldre aparecen a lo mejor papeles con poesías... «A mi Angelita»... «A ella»... *Pensando en ti...*, y pensando en ti no hago cosa a derechas, y con la amargura que rebosa mi alma no me sale un dulce medio decente. Vaya, voy a mudarme de pantalón y volveré más tarde a entregar esta débil muestra de afecto. ¿Habrán atado al perrito? (*Acemándose al foro.*)

VALEN. (*Idem.*) Sí. Salga usted sin cuidado. (*Vase Melecio por el foro derecha lanzando fuertes suspiros.*)

EUGENIA Pobre muchacho... En medio de todo, me da lástima...

VALEN. Y los padres de la señorita parece que están de su parte.

EUGENIA El dinero, hija, el dinero.

ESCENA III

EUGENIA, VALENTINA, ANGELA y GREGORIO, por el foro

ANGELA (*Entrando seguida de Gregorio, que trae un enorme ramo de flores.*) Ea, ya tenemos el ramo terminado. Gregorio, colóquelo usted en esa habitación, (*La segunda derecha.*) para sorprender a mamá en el momento oportuno. (*Gregorio entra, y sale de nuevo sin el ramo, volviendo a marcharse por el jardín. A Eugenia y Valentina.*) ¿Qué os parece?

VALEN. Magnífico.

ANGELA Creo que le gustará.

EUGENIA Está usted segura.

ANGELA Mira, Valentina, ayuda al jardinero a cortar más flores para acabar el ramo de papá. (*Vase Valentina por el foro. A Eugenia.*) ¿Ha venido alguien?

EUGENIA Sí, señorita. Hace cosa de una hora estuvo don Sabas Ortiz. Traía unos regalitos, y me parecía que tenía un aire así... como atontado.

ANGELA Siempre está con ese aire. Su mujer le ha embrutecido.

EUGENIA Pobre señor. Dijo que volvería. Hace un momento estuvo también su primo de usted, don Melecio...

ANGELA ¿El gordinflón ese?

EUGENIA Me ha preguntado que si usted hablaba de él a menudo.

ANGELA ¿Será majadero?

EUGENIA Eso mismo pensé yo, pero no me atreví a decírselo.

ANGELA Pudiste hacerlo.

EUGENIA Ha dicho que volverá.

ANGELA ¡Maldita la falta que hace!

EUGENIA ¡Qué suspiros daba!... Si viera usted...

ANGELA Bueno, que suspire deprisa. ¡Si he dicho cien veces que no le quiero, que no le quiero y que no le quiero! Como que quiero a otro menos voluminoso y mucho más guapo.

EUGENIA ¿Sí?... Cuénteme usted, señorita...

ANGELA Es un secreto. No puedo decirte más.

EUGENIA ¿Y sus papás lo saben?...

ANGELA Ni una palabra. Quieren casarme con Melecio, y yo no me caso con él aunque me lleve la guardia civil. Me es muy antipático. En primer lugar, vaya un porvenir. ¡Confitera!... No es que la profesión no sea honrosa, pero yo no me puedo figurar a mi marido despachando un real de caramelos variados. Luego su figura... Si hasta el nombre me disgusta... Melecio... Tordesillas... En cambio, ¡qué diferencia! Palmerín, Fernando Palmerín, ¡eso sí que es sonoro y aristocrático y ornamental y decorativo!

EUGENIA Sí, Fernando Palmerín es más bonito.

- ANGELA ¿Cómo?... ¿Quién te ha dicho su nombre?
- EUGENIA Pues... usted, señorita..., ahora mismo.
- ANGELA Se me escapó... Bueno, pues cuidadito, ¿eh? Que no sepa nadie...
- EUGENIA Descuide usted. ¿Y dónde se han conocido?
- ANGELA En Madrid, cuando estuve con mi tía Luisa. En un baile.
- EUGENIA ¿Será guapo?
- ANGELA Un cromo. Se parece todo al Cid.
- EUGENIA ¿Sí? ¿Cómo era el Cid?
- ANGELA El Cid era precioso. No sé cómo describírtelo. Yo le he visto pintado en una caja de pasas; sólo que, en lugar de armadura, Fernando lleva macfarlán, y en lugar de ir a caballo, va en bicicleta. ¡Si vieras qué fino y qué cariñoso!... Dos cosas me dijo aquella noche... nada más que dos... pero las llevo aquí grabadas y nunca podré olvidarlas. (Indicando el corazón.)
- EUGENIA ¿A que me las figuro?
- ANGELA ¿A que no?
- EUGENIA Vamos a verlo. La primera sería: «La adoro a usted», y la segunda: «¿Cuándo nos casamos?»
- ANGELA Te has equivocado. Lo primero que me dijo, mientras bailábamos, fué: «¿Ha visto usted cómo se ha metido el tiempo en agua?», y después, al llevarme a mi asiento: «Muchas gracias, señorita.»
- EUGENIA ¿Nada más?
- ANGELA ¿Te parece poco? Repetidas por mí estas palabras parece que no tienen miga, pero dichas por él, con voz velada por la emoción, con acento apasionado, encerraban todo un poema. Luego he sabido que habló de mí a varias personas, se informó de quién era yo, cuál era la posición de mis padres, etc., etc.
- EUGENIA ¿Y cree usted que...?
- ANGELA Que pedirá mi mano de un momento a

otro. Una voz interior me lo dice. ¿Cuándo vendrá? No lo sé. Pero vendrá, estoy segura; vendrá a salvarme de los merengues y los empiñonados que se ciernen sobre mi cabeza; vendrá, como Lohengrin, a poner a mis pies su espada, se batirá con Melecio si es necesario, le hundirá el cortante acero en el crecido abdomen, me redimirá y seré feliz... muy feliz.

EUGENIA Pero señorita...

ANGELA Silencio, que viene gente... ¡Ah!... Es don Sabas.

ESCENA IV

Dichos y SABAS, por el foro, con dos paquetes envueltos en papel.

SABAS Buenos días, Angelita.

ANGELA Hola, don Sabas.

SABAS ¿Se han levantado ya tus padres?

ANGELA Todavía no. ¿Descaba usted algo?

SABAS En primer lugar, felicitarles por su doble fiesta onomástica. En segundo ídem, entregarles dos modestos obsequios que mi mujer y yo les ofrecemos en prueba de cariño invariable y sincero, y en tercero ídem, hablar con tu papá de un asuntillo..., de un asuntillo... (Suspirando.) ¡Ah, si tú supieras!...

ANGELA ¿Algún disgusto?

SABAS Sí, hija mía, sí. No he podido dormir en toda la noche... Cosas de la vida... ¿sabes?... A veces los hombres... y las mujeres..., a veces... Y yo que no..., que sí... Vamos..., nada, nada.

EUGENIA (¡ Cuando yo digo que está *viruta* !) (Vase foro.)

ESCENA V

Dichos y RAFAEL, por la primera derecha. Es hombre de unos cincuenta a cincuenta y cinco años, de aspecto jovial, pelo escaso y cuidadosamente peinado.

RAFAEL. (Desde la puerta.) Temprano empiezan las visitas.

SABAS. ¡Gracias a Dios, perezoso! ¡Vaya unas horas!

RAFAEL. Cada cual celebra su santo a su manera. ¿Qué tal? (Estrechándole la mano.)

SABAS. Vamos pasando. (Tengo que hablarte. Nos estorba Angelita...)

ANGELA. Papáito, un abrazo. (Se abrazan.) Que Dios derrame sobre tu cabeza todo género de felicidades.

SABAS. Me asocio al derrame.

RAFAEL. Gracias, gracias.

ANGELA. ¿Sabes que te encuentro muy guapo?... Rejuvenecido... ¡Si parece que tienes treinta años!...

RAFAEL. ¡Aduladora!... (Le acaricia las mejillas. Sabas se ríe a hurtadillas. Rafael lo nota.) Oye, tú... no te rías... No tengo treinta años, pero me conservo muy bien... Mira..., (Abriendo la boca.) todos los dientes. De pelo, un cinco por ciento.

SABAS. Amortizable en cincuenta años.

RAFAEL. Y el corazón..., recién nacido.

SABAS. Sí, hombre, sí. Ahora, escucha: mi mujer y yo hemos juzgado un deber significaros a ti y a la tuya lo mucho que os queremos, ofreciéndoos en este día de júbilo reconcentrado, de honesta y expansiva alegría, dos humildes presentes que nos asocien, digámoslo así, a la manifestación general de simpatía de que sois objeto.

RAFAEL. Oye, la verdad: ¿ese párrafo se te ha ocurrido a ti solo?

SABAS. Pues la verdad. Me ha ayudado mi mu-

jer. Todo eso del júbilo reconcentrado es suyo. Toma. (Dándole un paquete.) Este es mi regalo..., para ti... No sabía qué regalarte... Es tan difícil..., y dije, pues algo que pueda serle útil...

RAFAEL (Desenvuelve un paquete y saca un clarinete.) ¿Qué es esto?

SABAS Un clarinete, hombre, ¿no lo ves?... Y que suena, ¿eh?..., que suena. (Sopla en la embocadura y lo hace sonar.) Es melodioso, ¿eh?

RAFAEL Sí... Yo te lo agradezco mucho, pero..., la verdad, no tengo la menor noción de música...

SABAS Eso no importa. Un clarinete siempre adorna en una casa. Bueno, ahora el regalo de mi mujer para Rafaela. (Saca del papel una jaula con un canario. Acercándose a Rafael.) (Tengo que hablarte con urgencia. Nos estorba Angelita.)

ANGELA ¡Ay, qué bonito! ¿Canta mucho?

SABAS ¿Que si canta? De noche y de día. En casa ya no le podíamos aguantar. (Comprendiendo que ha dicho una torpeza.) ¡Uy! ¡Si seré mendrugo!...)

RAFAEL Descuida, que aquí no pasará lo mismo. Le pondremos en el jardín. Os quedamos muy reconocidos. Estas muestras de afecto ensanchan el alma. Decididamente la felicidad se hospeda en esta casa. ¿Qué más puedes pedir? Amigos verdaderos, una hija amante y cariñosa. (Abrazando a Angela.) Una esposa querida y fiel. Un esposo querido y fiel, que soy yo...

SABAS Verdaderamente. Sois un matrimonio modelo.

ANGELA Mira, papá. ¿Sabes tú lo que pediré a mi marido, cuando me case?

RAFAEL No.

ANGELA Pues le pediré que te tome a ti en todo por modelo.

RAFAEL (Algo alarmado.) Sí, ¿eh?

ANGELA Le pediré que me quiera como tú quieres

a mamá, y que me sea tan fiel como tú lo has sido siempre.

RAFAEL (Tesiendo.) ¡Ejem!... ¡ejem!...

ANGELA ¿Qué dices?

RAFAEL No..., nada...

ANGELA Oye, ¿es verdad que hay maridos que engañan a sus mujeres?

RAFAEL ¡Qué ha de haber!... Allá..., en la edad media, creo que alguno que otro, pero en nuestros días no se conoce semejante cosa.

SABAS (Que se ha estado paseando impaciente y haciendo señales a Rafael, no observa que éste muda de sitio, y creyendo dirigirse a él le dice a Angelita:) (Nos estorba Angelita. Tengo que...) (Notando su error.) ¡Atiza..., se lo digo a ella!

ANGELA ¡Ah! ¿Conque les estorbo a ustedes? Bueno, pues me voy con mamá.

SABAS Mujer, escucha.

ANGELA No escucho nada. Ustedes tendrán que hablar, pero son tan delicados que no me lo dicen. Ea. Hasta después. (Vase por la primera derecha, llevándose el canario.)

ESCENA VI

RAFAEL y SABAS.

SABAS Pobrecilla, qué pronto ha comprendido que estaba de más aquí. Es muy listilla.

RAFAEL Vaya, acaba de una vez. Ya estamos solos. Siéntate. (Se sienta.) Toma un purito. (Sacando uno de la caja.)

SABAS (Sin tomarlo.) Gracias..., por las mañanas no acostumbro a fumar. (Rafael va a dejar el puro en la caja; Sabas le detiene cogiéndole el brazo.) Pero por las tardes fumo muchísimo. Dame tres o cuatro. (Rafael se los da sonriendo.)

RAFAEL Vamos, habla. ¿Qué te ocurre?

SABAS (En tono solemne.) Rafael: ¿has visto alguna vez un hombre extraordinariamente apu-

rado?... ¿No? Pues mírame. Tienes delante a un hombre extraordinariamente apurado.

RAFAEL ¿Por qué?

SABAS Vas a saberlo. Ya conoces a mi mujer.

RAFAEL Tengo el gusto.

SABAS Pero no sabes que es horriblemente celosa.

RAFAEL ¿Celosa de ti? No se concibe. Tu figura no es alarmante.

SABAS ¿Verdad que no? Bueno, pues si quieres saber dónde están siempre sirviendo las criadas más viejas, más feas y más repulsivas, pásate por mi casa. Yo creo que mi señora ha encontrado por ahí algún saldo de feas.

RAFAEL La verdad es que la que tenéis ahora...

SABAS ¿Felisa?... ¿También tú te has fijado?

RAFAEL Es natural..., uno es hombre al fin.

SABAS ¿Has visto mujer más impracticable y más nociva?

RAFAEL ¡Hórrida!

SABAS Pues, como te decía, mi mujer, bien sea por celos, bien por avaricia, o bien por ambas cosas, tiene en su poder todo el dinero conyugal, y no me da para mis gastos menudos..., ¡y tan menudos!, más que una cantidad relativamente reducida que apenas me alcanza.

RAFAEL ¿Cuánto?

SABAS Setenta y cinco céntimos cada semana.

RAFAEL (Riendo.) Pocos milagros se pueden hacer...

SABAS No... Te diré..., en el invierno tengo bastante, y todavía ahorro..., pero cuando llega la primavera..., cuando el pájaro canta en la enramada, cuando el campo se cubre de verde alformbra y la flor abre su capullo..., mi naturaleza cambia, mi sangre hierve, siento una sed inagotable de placeres, siento renacer en mí las energías juveniles, y siento no disponer más

que de tres reales a la semana para dila-
pidar.

RAFAEL Lo comprendo. Pero la primavera ya
pasó.

SABAS Es que eso del pájaro en la enramada me
dura hasta fines de otoño.

RAFAEL ¡Pobre Sabas!

SABAS Ayer necesitaba imprescindiblemente
treinta reales. Uno de esos asuntos de
honor que no admiten prórroga y que sólo
se arreglan a fuerza de oro. Se los pedí
a mi criada. No pudo prestarme más que
cuatro pesetas. Desesperado y no sabien-
do qué hacer, tuve un momento de locu-
ra, entré en el Casino Regional y maqui-
nalmente puse las cuatro pesetas a un rey
de copas.

RAFAEL ¡Hola, hola!...

SABAS Sí, Rafael. ¡Jugué... y perdí! Ciego ya,
borracho ante el sonido del dinero, seguí
jugando bajo palabra, y, para no cansar-
te... ¡Debo una cantidad fabulosa, fan-
tástica, colosal!

RAFAEL ¡Demonio!

SABAS Y vengo a que me la prestes.

RAFAEL ¿A cuánto asciende?...

SABAS Me da vergüenza confesarte... Me falta
el valor...

RAFAEL Vamos, dime...

SABAS ¡Mira que es mucho!... (Desesperado.) ¡Dios
mío!... ¡A mi edad!

RAFAEL ¿Quieres acabar? ¿Cuánto debes?

SABAS (Vacilante.) Treinta... y... tres pesetas...

RAFAEL (Sonriendo.) ¿Nada más?

SABAS Y las cuatro de Felisa...

RAFAEL Hacen treinta y siete.

SABAS ¡Qué golpe! Estoy aplanado.

RAFAEL ¿Por esa pequeñez? (Saca dinero del bolsillo.)

SABAS ¿Una pequeñez, treinta y siete pesetas?

RAFAEL Tómalas. Ya me las devolverás cuando
puedas.

SABAS (Estrechándole la mano.) Gracias, Rafael. Me

salvas al mismo tiempo el honor y la vida.
Si mi mujer llega a enterarse...

RAFAEL Eres un infeliz, amigo Sabas. Has educado mal a tu mujer. Hay que reconquistar los pantalones.

SABAS Ya es tarde.

RAFAEL Aprende de mí.

SABAS Tu mujer es muy diferente.

RAFAEL Te equivocas. Mi mujer es buena, afable, cariñosa, pero en cuanto al dinero, tiene las mismas mañas que la tuya. Le da por la economía. En los primeros años de nuestra unión apenas podía sacarle un céntimo. Hoy, por el contrario, dispongo de todo cuanto necesito.

SABAS ¿Y ese cambio a qué se debe?

RAFAEL A un ingenioso ardid que tuve que inventar para asegurar mi independencia.

SABAS Hombre, hombre..., yo necesito conocer ese ardid. Supongo que me dirás en qué consiste.

RAFAEL No, no. Es un secreto...

SABAS Rafael, me ofendes. Por lo que más quieras..., te ruego que me lo confíes... Piensa en mi situación..., mira que cuando llega la primavera, cuando el pájaro canta en la enramada..., cuando el verde...

RAFAEL Bueno, te lo voy a decir... Pero no me hagas traición, ¿eh?

SABAS Antes le hago el amor a mi criada. Puedes estar tranquilo.

RAFAEL Bien, pues escucha. Yo soy natural de Madrid.

SABAS Lo sabía.

RAFAEL Allí nací, y allí he vivido hasta que me casé, y como Rafaela tenía aquí sus intereses, nos vimos obligados a fijar en este aburridísimo Astorga nuestra residencia.

SABAS A mí no me parece tan aburrido. Si tuviera dinero... Con cuatro pesetas a la semana me reía yo de Nerón. ¡Qué bacanales!

RAFAEL ¡Inocente!... Porque no conoces Madrid. Aquellos bailes, aquellos teatros, aquellos cafés, aquellos paseos, aquellas mujeres... Chico, eso hay que haberlo visto, hay que haberlo vivido... Yo no he podido nunca renunciar a los placeres de Madrid. A los pocos años de vegetar en este poblacho ya me entró la nostalgia. Necesitaba hacer de vez en cuando alguna escapadita a la corte... *item* más hacerla llevando en el bolsillo el dinero necesario para divertirme.

SABAS Se me hace la boca agua. ¿Y has conseguido?...

RAFAEL Naturalmente. ¿Para qué sirve el ingenio?

SABAS ¿Cómo te has arreglado?

RAFAEL ¿Cómo? Aprovechándome cínicamente de la indulgencia, la credulidad, la sensibilidad y la bondad nativa de mi mujer, a la cual hice creer que yo había cometido una falta en mi juventud, y que de aquella falta había nacido... ¡un niño!

SABAS ¿Un hijo natural?

RAFAEL Más aún. Sobrenatural, puesto que semejante falta y semejante hijo sólo existen en mi imaginación y en la de mi mujer. ¿Qué te parece?

SABAS Atrevidísimo. Per tu mujer, al saberlo, se pondría furiosa, te recriminaría.

RAFAEL Al principio, sí. Después se resignó y, conforme lo tenía yo previsto, acabó por rogarme que no abandonase al fruto de mis culpables amores, que velase porque nada le faltara, que fuera a visitarle a menudo...

SABAS Lo que tú buscabas, ¿eh?

RAFAEL Claro está. El resto es fácil de comprender. Cuanto más crecía el niño, más caro me costaba. Primero quince duros al mes, después treinta, hoy nos sale por más de cuarenta y cinco. Hay épocas en que nos

cuesta un ojo de la cara, por ejemplo, cuando llegan los exámenes. Siempre le dan calabazas.

SABAS ¿Y las quintas? (Riéndose.)

RAFAEL (Idem.) Hace siete años le sortearon. Figúrate. Sacó el número uno; seis mil realitos.

SABAS (Idem.) ¿Qué edad tiene ahora el muchacho?

RAFAEL Veintiséis años, poco más o menos. Cuando ya no me haga falta me desharé de él definitivamente. Haré que le coja un tranvía, o le casaré..., eso es, le casaré, dándole una buena dote, y ya no se hablará más de él.

SABAS ¿Cuánto piensas darle?

RAFAEL Psh... diez o doce mil duros. Con eso y lo que llevo ahorrado tengo ya bastante para el porvenir. No soy joven.

SABAS ¿De modo que gracias a ese hijo fingido...?

RAFAEL Puedo ir a Madrid de vez en cuando, divertirme a mis anchas, tener dinero...

SABAS Oye, ¿y Rafaela no ha tratado nunca de saber detalles, de tomar informes, de conocer al chico?

RAFAEL Nunca. Es tan delicada, que después de perdonarme ha evitado siempre recordarme ese enojoso asunto. Unicamente sabe estas tres cosas: primera, que tengo en Madrid un hijo natural; segunda, que el hijo necesita dinero periódicamente, y tercera, la edad y nombre del muchacho.

SABAS ¿Un nombre cualquiera que habrás inventado?

RAFAEL Nada de eso. No soy tan incauto. El nombre que he dado a mi hijo es el de un ser real, de carne y hueso, que existe verdaderamente. Mi mujer será crédula y confiada, pero no tonta. Sin alguna prueba hábilmente presentada hubiera llegado a sospechar. He tenido que enseñarle, de

vez en cuando, ciertos documentos, como matrículas, papeletas de exámenes, el pase del servicio militar, y otros, cuya falsificación era imposible. Hasta un retrato del chico, que por cierto encontró muy parecido a mí. ¡Ja, ja!... Para todo ello me ha servido divinamente un joven muy calavera que en Madrid era siempre mi compañero obligado de aventuras. Un tal Fernando Palmerín. ¡Buen pez!... El pobre muchacho no supo nunca para qué le pedía yo sus documentos, pero me los dejaba sin inconveniente ni desconfianza, y no se metía en más averiguaciones. Ya hace tiempo que no sé de él.

SABAS Bueno, ¿y no temes que algún día pudieran encontrarse por el mando Palmerín y tu mujer?

RAFAEL ¡Qué tontería!... Esas casualidades sólo ocurren en las comedias. Además, también eso lo tengo previsto. Ni Palmerín ni nadie me conoce en Madrid bajo mi nombre. Nada de Rafael Mosquera. Allí soy Aristides Campomanes. Las cartas femeninas que alguna vez recibo aquí, vienen por conducto de un amigo íntimo que vive en León, y que me las reexpide con otro sobre.

SABAS Chico, es arquitectónico..., es genial. (Si yo me atreviera... Pero ca..., no me atrevo.)

RAFAEL Para inventar un recurso así no hay que tener nada de tonto.

SABAS (Cándidamente.) A mí nunca se me hubiera ocurrido.

RAFAEL Precisamente estos días espero carta de una artista ecuestre, Anita Coral, que me distingue mucho. ¡Si vieras qué mujer, que cuerpo, qué ojos!...

SABAS Me la figuro. *Bocatto di cardinali*, ¿eh?

RAFAEL *De cardinali arzobispi* di Toledo.

SABAS ¡Cómo te envidio! (Viendo a Catalina que entra por el foro con un ramo en la mano.) ¡Uy... ini mujer! (Se levantan los dos.)

ESCENA VII

Dichos y CATALINA.

CATALINA (Bruscamente.) Buenos días.
RAFAEL Felices, Catalina. ¿Cómo va esa salud?
CATALINA Muy mal. (Viendo a Sabas.) ¡Ah! ¿Estás aquí?
SABAS Ya ves... (Tímidamente.) ¿Me buscabas?
CATALINA Te buscaba, sí. ¿Le parece a usted bien lo que me acaba de decir Felisa?
SABAS (Me llama de usted... Malo... Rapapolvo seguro.)
CATALINA Que le ha pedido usted cuatro pesetas.
SABAS (Se lo ha dicho. ¡Qué idiota!)
CATALINA ¿Para qué necesita usted ese dinero?
Para mantener mujeres..., como si lo vieras... ¿No tiene usted bastante conmigo?
SABAS Sí, Catalina, sí..., de sobra...
CATALINA ¿Entonces, por qué pide usted prestado?
SABAS (Balbuceando.) Por..., es decir..., por...
CATALINA (Nerviosamente.) Acaba.
SABAS (Pero qué bruta de Felisa...)
CATALINA Responde.
RAFAEL Es muy sencillo, Catalina. Ayer jugamos Sabas y yo una partida de tresillo. Nos animamos demasiado y Sabas perdió cuatro pesetas.
CATALINA ¿No les da a ustedes vergüenza jugar cantidades tan crecidas?
RAFAEL Mírelas usted. (Sacando cuatro pesetas.) Todavía las tengo aquí.
SABAS (Tomándolas.) ¿Lo ves?
CATALINA (Quitándoselas a Sabas.) Vengan. Se las devolveré a Felisa. (A Rafael.) ¿Y Rafaela?
RAFAEL Acabando de vestirse. La espero para el desayuno. (A Sabas.) (Con estas cuatro sube a cuarenta y una.)

SABAS (Idem.) (Eso es. Cuarenta y una. Me planto, digo... me arruino... Por supuesto que a Felisa la estrangulo.)

ESCENA VIII

Dichos y MELECIO, por el foro. Entra con un ramo de flores y un paquetito.

MELECIO (Desde el foro.) ¿Se puede?

RAFAEL Hola, Melecio. Adelante.

MELECIO Mi querido tío. Quiera Dios que en el día de hoy los hados propicios otorguen a usted todas las felicidades mundanas y de las otras que apetecer pueda cualquier mortal.

RAFAEL (Todos se traen aprendido su parrafito correspondiente.)

MELECIO He tenido el honor de enviar a usted aquel ramillete. Pueden ustedes comerlo con confianza, porque no es de los corrientes que solemos vender en la tienda.

RAFAEL Gracias, hombre.

MELECIO A la tía le traigo también, además de es-
ramo, una débil muestra de mi afecto.
(Quisiera hablar con usted particularmen-
te, tío.)

RAFAEL (¿De tu prima Angelita?)

MELECIO (Sí, señor.)

RAFAEL (Riendo.) Levanta la voz, hombre. No andes con misterios. Los señores de Ortiz saben perfectamente lo que es el amor.

CATALINA (Con ternura.) El más dulce de los sentimientos.

SABAS (A Catalina.) (Calla, que me pongo colorado.)

MELECIO Yo quisiera que usted me dijera cuándo podríamos contraer matrimonio o cosa análoga.

RAFAEL ¿Cómo cosa análoga?

MELECIO ¡Jesús! No sé lo que me digo...

RAFAEL Qué impaciente eres...

- CATALINA (A Sabas.) Como tú en otro tiempo.
SABAS (Si las cosas se hicieran dos veces.)
RAFAEL Mira, hijo. Lo mismo tu tía que yo veríamos con gusto vuestra unión, pero todavía sois muy jóvenes, y además, conviene dar a Angelita el tiempo necesario para irse acostumbrando a la idea de..., para establecer cierta tolerancia..., vamos, para resignarse, a ser tu mujer.
MELECIO Mucho, no parece que me quiere.
RAFAEL Eso vendrá con el trato.
CATALINA Las mujeres acabamos siempre por amar a quien nos ama.
SABAS ¡Y si no, que lo digan mis tres reales semanales !)
RAFAEL Puedes hablar con tu tía. Ella conocerá mejor que yo las ideas de Angelita sobre el particular.

ESCENA IX

Dichos. ANGELA, por la primera derecha. Después, RAFAELA, por el mismo sitio. Después VALENTINA, EUGENIA y GREGORIO, por el foro.

- ANGELA Ya viene mamá. Voy a buscar mi regalito. (A Catalina.) Doña Catalina, muy buenos días.
CATALINA Muy buenos, Angelita. (Vase Angelita por la segunda derecha, volviendo a salir con el ramo que entró Gregorio.)
MELECIO (Y a mí ni una mirada, ni una frase.)
GREGORIO (Entrando por el foro con un gran ramo y seguido de Eugenia y Valentina, que traen dos ramos pequeños.) Señorita Angela. ¿No está la señorita?
CATALINA ¡ Hermoso ramo !
ANGELA (Que sale por segunda derecha con el otro, que oye las palabras de Catalina.) Mandado hacer por mí para ofrecérselo a papá. Gregorio, entrégaselo. (Gregorio se lo entrega a Rafael.)
RAFAEL (Enterrecido.) ¡ Pobre hijita !
ANGELA Es el único regalo que puedo hacerte. ¡ Como no dispongo de dinero !...

- SABAS (Acercándose a Angelita.) ¡ Ah !... ¿ No dispones ? ¡ Chócala... , compañera de indigencia ! (Estrechando su mano.) La común miseria estrecha nuestra amistad. (Angela se rie.)
- ANGELA (Mirando por la primera derecha y volviéndose a los demás circunstantes.) Ya sale. Un viva.
- GREGORIO ¡ Viva San Rafael !
- TODOS ¡ Vivaaa ! (Rafaela aparece en la puerta y se queda parada en el dintel, haciendo un gesto de sorpresa.)
- GREGORIO ¡ Viva Santa Rafaela !
- TODOS ¡ Vivaaa !
- GREGORIO ¡ Viva ! (A las criadas.) Anda, que se me ha olvidado el otro viva que tenía pensado.
- RAFAELA (Avanzando.) ¿ Pero qué es esto ? ¡ Qué manifestación !... Yo no merezco... (Saludando a todos.) Mi querida Catalina... , el simpático Sabas... , el buen Melecio... , Valentina, Eugenia, Gregorio... ¡ Qué amables todos, qué amables !
- ANGELA (Entregando el ramo a Rafaela.) ¡ Mi regalo !
- RAFAELA (Abrazándola.) ¡ Hija de mi alma !
- CATALINA (Entregando a Rafaela el ramo.) Un suplemento al canario.
- RAFAELA No sé cómo agradecer...
- MELECIO (Entregando su ramo.) Débil muestra del acendrado afecto que le profesa su seguro servidor, que sus pies besa, Melecio Torde-sillas.
- RAFAELA Gracias, sobrinito.
- SABAS (¡ Sobrinazo !)
- VALEN. (Entregando su ramo.) Felicidades, señora.
- EUGENIA Lo mismo digo.
- RAFAELA Esto es demasiado. Ustedes me confunden. Tanta felicidad es superior a mis fuerzas. (Emocionándose hasta sollozar al final del párrafo.) ¡ Dios, en su infinita bondad, nos permite saborear este día venturoso, en posesión de nuestro mutuo cariño y rodeados de nuestra única y querida hija. (Llora.)
- ANGELA (Enternecida.) ¡ Por Dios, mamá ! (Solloza también.)
- RAFAELA ¡ Un abrazo ! (Deja caer, distraída, todos los ramos

y abraza fuertemente a Angela. Las criadas recogen los ramos, que colocan sobre el velador y las sillas.)

RAFAEL (También enternecido.) ¡Caramba..., sois capaces de enternecer a una mesa de noche! No lloréis en un día como éste. Vámonos a ver los regalos... Todos los amigos se han acordado... Mira..., mira...

MELECIO Un momento, tíos. Hagan ustedes el favor. (Saca del paquete un abanico, lo abre y lee.) «A mi tía, en el día de su santo.»

RAFAEL Un abanico con versos.

RAFAELA ¡Ay..., con lo que a mí me gustan! (Todos rodean a Melecio.)

ANGELA (Alguna majadería...)

MELECIO (Leyendo.)

«Ni la yema más dulce, ni el mostachón
[más suave,
ni el merengue más tierno, ni el más rico
[acitrón,
ni el vaporoso hojaldre, ni el buñuelo de
[viento,
ni la aromosa piña, ni el jugoso melón,
ni el anís variado, ni la fina grajea,
ni las garrapiñadas almendras de Alcalá,
ni el bizcocho borracho guadalajaradense,
el único legítimo que en mi tienda se da,
ni de ángel el cabello, ni el turrón de
[Jijona,
ni los huevos hilados, ni aun el marrón
[glasé,
valen, tía, un pimientito si a usted se le
[comparan.
Melecio Tordesillas se lo asegura a usted.»

(Cierra el abanico y se lo entrega.)

TODOS (Menos Angela.) ¡Bravo, bravo! (Aplauden.)

RAFAELA Preciosos. Muy bonitos. Te lo agradezco mucho.

ANGELA (Ya lo decía yo..., una majadería.)

SABAS Hombre, se ha dejado usted lo que más me gusta a mí. Los suspiros de monja.

MELECIO No cabían.

CATALINA (Dándole a Sabas un pellizco.) ¿Los suspiros

de monja, eh? ¿No te basta el suspiro de tu esposa?

SABAS Sí, mujer... sí. (El suspiro del moro.)

GREGORIO Ya me acuerdo, ya me acuerdo. (Gritando)
¡Vivan los amos amables y chirigoteros y...

VALEN. ¡Calla, estúpido!

EUGENIA Anda al jardín. (Las dos le empujan hacia el foro. Gregorio y Valentina se van hacia el foro.)

CATALINA Vaya, dejamos a ustedes.

RAFAELA ¿Tan pronto?

ANGELA No tengan ustedes prisa.

RAFAELA Les invitamos a desayunarse, con nosotros.

CATALINA Gracias. Ya lo hemos hecho, y además, no he advertido a Felisa que iba a salir.

RAFAELA Por lo menos no olviden ustedes que esta noche cenamos aquí en familia. Supongo que no faltarán.

CATALINA Convenido.

RAFAELA Si quieres venir luego a jugar una partida de billar...

SABAS Sí que vendré, así que deje a Catalina. (Fijándose en Eugenia.) ¡Qué chica tan mona!
¡Ay... si yo tuviera una criadita así, y no el orangután de casa!...)

CATALINA Vamos, Sabas. Dame el brazo.

SABAS Voy, voy. (Le da el brazo.)

CATALINA Hasta luego.

RAFAEL Adiós. (Vanse por el foro Catalina y Sabas, acompañados un momento por Rafael y Angela, que vuelven luego a escena.)

RAFAELA (A Eugenia.) Sirva usted el café. (Vase Eugenia por la segunda izquierda.)

MELECIO (A Rafaela.) Tía, quisiera saber si Angelita me ama o no me ama.

RAFAELA Pues pregúntaselo.

MELECIO Es que no me atrevo.

RAFAELA Parece mentira que un hombre tan ancho sea tan corto. Mira. Vete a pasear por el jardín. Yo mandaré a Angelita a cortar flores, y así puedes hablarle sin testigos.

MELECIO Gracias, tía ; allá voy. (Vase por el foro. Al cruzarse con Angela y Rafael, que vuelven a escena, lanzá un ruidoso suspiro.)

ANGELA (Sopla como un cachalote.)

ESCENA X

RAFAEL, RAFAELA, ANGELA y EUGENIA ; después VALENTINA por el foro.

EUGENIA (Saliendo por la segunda izquierda con una bandeja que contiene servicio completo de café con leche y algunos bollos o panecillos.) Aquí está el desayuno. (Lo coloca sobre la mesa.)

RAFAELA (Sentándose.) Vamos, Angelita. (Eugenia sirve el café.)

ANGELA Voy, mamá.

RAFAEL ¡ Eh... un momentito ! Ahora me toca a mí. (Sacando del bolsillo un estuche y abriéndolo.) ¿ Para quién es esto ? ¿ Para quién he comprado yo esto ? ¿ Quién va a llevar en el cuello esto ? (Con voz melosa y como si hablara con un niño.)

RAFAELA (Tomándolo.) ¿ Un medallón con nuestros dos retratos ? ¡ Qué idea tan delicada ! Gracias, Rafael, ¡ qué bueno eres !...

ANGELA (Levantándose y mirando por encima del hombro de su madre.) ¡ Ay, qué bonito ! (Rafael se sienta y moja pan en el café.) ¿ Y esos sois vosotros ?

RAFAEL (Con la boca llena.) Hace diez y seis.

ANGELA ¡ Pero qué guapa eras, mamá !

RAFAEL Eras... eras... Tu madre es hoy todavía (Sorbiendo en la taza.) guapa.

ANGELA Claro está... ¿ Pues y tú ?... ¡ Qué bigote tan feo !... ¡ Y cuánto pelo !... ¿ Era todo tuyo ?

RAFAEL ¡ Indiscreta !

RAFAELA No te burles de tu padre. Ha sido un hombre muy guapo... (Mirándole.) hace diez y seis años.

RAFAEL Mujer, podías suprimir lo de hace diez y

seis años. ¿Pero tú no tomas café? (Angela se sienta y toma café.)

RAFAELA La alegría me quita el apetito.

RAFAEL (Sirviéndose más café.) A mí viceversa.

RAFAELA Una emoción más y lloro.

RAFAEL ¡Caramba con las lágrimas! (Bebe café.)

Mírame a mí. Una taza más y estallo.

VALEN. (Por el foro, con varias cartas y periódicos.) El correo.

RAFAEL Venga. (Recoge el correo y va distribuyéndolo. A Rafaela, dándole varias cartas.) Para ti. (A Angelita, ídem ídem.) Toma, dos cartas y *La Moda Elegante*. Ahí está *El Imparcial*... y éstas para mí. (Abriendo dos cartas sucesivamente.) Felicitaciones... (Pasando a su mujer las cartas después de leerlas.) Mira, de Carrasquilla... de Orejeda... (Leyendo la tercera.) De... de... (Inquieto.) (¡Demonio!... De Anita Coral... En qué ocasión...) (Angela lee con indiferencia una de las cartas.)

RAFAELA ¿De quién es ésa?

RAFAEL (¡Qué compromiso!) Esta no tiene importancia... Es insignificante... (Se escapa de la carta, y cae al suelo, un retrato de mujer.) (¡Atiza!)

RAFAELA Se te ha caído un retrato.

RAFAEL (Recogiéndolo.) Ah... sí... gracias... Un retrato insignificante. (Mirándolo.) (El suyo.)

RAFAELA ¿Pero quién te escribe?

RAFAEL Santoval, un amigo insignificante... El amigo en cuya casa me hospedo cuando voy a Madrid. (Angela se levanta y va hacia el foro, siempre leyendo.)

RAFAELA (Quitándole la carta de los manos.) Déjame ver...

RAFAEL (Queriendo recobrarla.) Si no te va a interesar...

RAFAELA ¿Por qué no?

RAFAEL (¡Quisiera estar en la Martinica!)

RAFAELA (Leyendo.) «Querido peloncito. Es inútil que vengas a Madrid este mes. Yo me marchó a provincias contratada para una *tournee* de cinco o seis semanas... No de-

jes de mandarme la cantidad convenida. Siempre tuya. *Coral.*» (Rafaela mira fijamente a Rafael.)

RAFAEL (Aturdido.) Ya lo ves... insignificante... (Se limpia el sudor de la frente con el pañuelo.)

RAFAELA (Leyendo.) «Post-data. Adjunto va el retrato que me has pedido.» (Mirando el retrato.) Una mujer con traje de punto... ¡Pero qué poco punto !...

RAFAEL Algún punto veraniego... Traje de... baños de mar.

RAFAELA (Levantándose y con acento severo.) ¿Por qué me has dicho que era de Santoval? ¿Quién es esta mujer?

RAFAEL Rafaela... se trata de... un secreto de familia.

RAFAELA Sabes por experiencia que este género de secretos se me pueden confiar.

RAFAEL (¡ Maldito retrato !)

RAFAELA Habla.

RAFAEL (Sí, habla, habla... ¿Qué digo yo?... ¡ Ah... eso es... se la adjudico !... No veo otra salida...)

RAFAELA ¿Qué secreto es ése?

RAFAEL Un secreto que yo no debía violar, pero tú sospecharías... ¡vaya si sospecharías !...

RAFAELA ¿De ti?... Eso es.

RAFAEL Sí, sí. Prefiero confesártelo. Sabas, ¿sabes? nuestro amigo Sabas... el Sabas ese que estaba aquí hace un momento...

RAFAELA Sí, hombre ; Sabas Ortiz.

RAFAEL Bueno ; pues Sabas cometió, allá en su juventud, el mismo pecado que yo.

RAFAELA (Asombrada.) ¿Un hijo natural?

RAFAEL No, una hija a quien no pudo dar educación por falta de fondos, y que fué recogida por una familia de saltimbanquis. Catalina no sabe nada, pero Sabas se cartea con su hija por conducto mío. Le manda de cuando en cuando algún dinerrillo... muy poco... seis reales... ocho rea-

les... y no pudiendo tener junto a sí a la muchacha, el pobre quiere al menos poseer su retrato.

RAFAELA En eso hace bien. ¿Pero quién podía figurarse que también Sabas?... Me dejas atónita.

RAFAEL Los jóvenes son tan atolondrados... es decir, somos... es decir, fuímos...

RAFAELA Dispénsame que haya insistido...

RAFAEL No, no, si has hecho bien. Podías sospechar... (Sigue hablando en voz baja.)

ANGELA (En el foro, leyendo la segunda carta.) (No me engañaba mi corazón. (Leyendo.) «Señorita, acabo de llegar a Astorga. La adoro a usted... Pronto sabrá usted de mí, *Fernando Palmerín...*» (Radiante.) Está en Astorga... Ya sabía yo que me quería...) (Guarda la carta y vuelve al proscenio.)

ESCENA XI

Dichos y MELECIO, por el foro.

MELECIO (Tímidamente.) Tía... vuelvo, porque van a soltar a Garibaldi... y me tiene tirria...

RAFAELA (Sonriendo.) ¡Ay !... se me había olvidado... Angelita, Melecio quiere hablar contigo.

ANGELA Para pedirme relaciones, ¿verdad? Vaya, pues se acabó. Te digo que no, que no, y que no. Así, clarito.

RAFAELA (Asombrada.) ¡Angela !... (Rafael y Rafaela se levantan.)

ANGELA Que mi corazón pertenece a otro. A un joven que conocí en Madrid, en un baile, y a quien adoro con frenesí.

RAFAELA ¡Se ha vuelto loca !

RAFAEL ¡Completamente !

MELECIO (Y dice el tío que el amor viene con el trato...)

ANGELA Tú eres un buen muchacho, y si adelgazaras estarías hasta tolerable, pero no

puedes ser buen marido porque eres demasiado inocente, no conoces la vida, no has hecho locuras, calaveradas, barbaridades...

RAFAEL (Furioso.) ¡Ah!... ¿y el otro joven?

ANGELA Es un hombre verdadero, un hombre corrido, elegante, guapo... con unos ojos, y una boca, y una nariz...

MELECIO Todo eso lo tengo yo, prima.

RAFAEL ¿Y cómo no nos has dicho hasta ahora?...

ANGELA Porque no estaba segura de si me quería, pero ahora lo estoy... y si queréis saber su nombre...

RAFAEL (Incomodándose.) Te prohíbo que lo pronuncies delante de mí.

ANGELA (Insubordinándose.) Es una tiranía.

RAFAELA (Con dulzura.) Obedece a tu padre.

RAFAEL ¡Pues hombre... está bueno... un hombre corrido, un calavera. Te casarás con Melecio o serás monja.

RAFAELA (Interviniendo.) ¡Rafael, por Dios!

ANGELA (Con firmeza.) Pues seré monja.

RAFAELA (Idem.) ¡Angela, por Dios!

ANGELA Prefiero el claustro a la confitería.

MELECIO Las monjas también hacen dulces y natillas.

ANGELA (Sollozando.) Déjame en paz.

RAFAEL Silencio.

ANGELA (Llorando.) Seré monja, seré monja, seré monja. (Vase llorando por la segunda derecha.)

MELECIO (Llorando.) Tío... tía... ¡Pérdida para siempre!

RAFAELA No te apures, tonto. Ya obedecerá.

RAFAEL Le impondremos nuestra voluntad soberana.

RAFAELA Vuelve a la tarde, y quizá te demos algún alegrón.

MELECIO Bien. Volveré. (Suspirando.) ¡Ah!... (Vase por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA

RAFAEL y RAFAELA Luego SABAS por el foro

RAFAEL (Muy excitado.) ¡Esto es inaudito!

RAFAELA No te sofoques.

RAFAEL ¡Vaya si se casará!... ¡Pues floja herencia le espera al sobriinito! Y que los dulces producen.

RAFAELA Cólicos... los últimos que mandó. Y digo yo... si la chica no le quiere...

RAFAEL Eso no tiene que ver. ¿Somos los padres o no lo somos?

RAFAELA Cálmate, hombre. Angelita es buena, nos quiere mucho, tiene una inteligencia clarísima. Yo le hablaré, y si, como es probable, eso de Madrid no es más que un capricho, propio de los pocos años, reconocerá su error y nos dejará el cuidado de asegurar su felicidad.

RAFAEL Así sea.

RAFAELA (Suspirando.) ¡Ay, si yo pudiera asegurar también la de...

RAFAEL ¿La de quién?

RAFAELA Rafael... aquí falta una persona, que no participa de nuestra felicidad... Una persona que no es responsable de la culpa de aquellos que le dieron el ser.

RAFAEL (Inquieto.) (¡Adiós!)

RAFAELA ¡Qué dichosa sería yo si quisieras satisfacer el deseo más ferviente de mi vida... tener otro hijo... pero el cielo no me lo ha concedido...

RAFAEL Sí, nos lo ha negado... el cielo es así.

RAFAELA Eso no. Si tú quisieras...

RAFAEL (Atónito.) ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

RAFAELA Que en realidad tenemos un niño. Tu hijo.

RAFAEL No hablemos hoy de eso. No me recuerdes... no me amargues...

RAFAELA Sí, por cierto. Precisamente quiero que hablemos hoy. Cuando me confesaste la

existencia de ese pobre ser, me propuse no añadir a tu confusión la vergüenza de tener que contestar a mis preguntas indiscretas. Esta parte de tu vida ha sido para mí un capítulo inédito.

RAFAEL Que no debes leer. Yo te agradezco esa delicadeza.

RAFAELA Pero por tu conducta ejemplar...

RAFAEL (Haciendo un gesto de asombro.) ¿Ejemplar?

RAFAELA Sí. Por tu conducta modelo, has adquirido toda mi confianza, y creo que ya es hora de que yo sepa detalladamente todo lo ocurrido. No me negarás en el día de hoy la satisfacción de un deseo tan sencillo. No me la puedes negar, esposo mío.

RAFAEL (Desconfiemos.) Bueno... ¿qué quieres saber? (Rafaela indica a Rafael que se siente. Ambos lo hacen.)

RAFAELA ¿Qué ha sido de la madre?

RAFAEL ¿Qué madre?

RAFAELA ¡La madre de tu hijo!

RAFAEL Ah, sí... (Efectivamente, ese niño, como todos los niños, necesita tener una madre... no había yo caído...)

RAFAELA Vamos... domina tu emoción... ¿La madre?

RAFAEL En el otro mundo. (Así acabo antes.)

RAFAELA (Enternecida.) ¿Murió?

RAFAEL Completamente. No quedó ni tanto así. (Señalando con el dedo.)

RAFAELA ¿Era bonita?

RAFAEL Un prodigio. Con cada ojo... y unas caderas...

RAFAELA ¿Por qué no te casaste con ella?

RAFAEL Porque te conocí a ti... y se acabó.

RAFAELA Así sois los hombres. ¿De quién era hija?

RAFAEL De un fabricante.

RAFAELA ¿De qué?

RAFAEL De pipas y botones de nácar.

RAFAELA ¿Cómo la conociste?

RAFAEL Pues... como se conoce a una joven... hija de un fabricante. Yo estaba allí...

ella también estaba allí... y así... llegamos a conocernos...

RAFAELA ¿El apellido del hijo será el de la madre?

RAFAEL Naturalmente... Como comprenderás... no le iba a dar...

RAFAELA Mal te has portado con esa infeliz ; pero, en fin, siquiera has velado por tu hijo, y yo, lejos de mirar con malos ojos esa afección, he acabado por compartirla.

RAFAEL (¡ Qué malo se pone esto !... ¡ Qué malo !...)

RAFAELA Te confieso que una niña me hubiera gustado más.

RAFAEL (Cándidamente.) Pues mira, si lo llego a saber lo arreglo a tu gusto.

RAFAELA No te burles, que esto es muy serio. A juzgar por la alegría que manifestabas siempre que subías al tren para ir a Madrid, he calculado el sufrimiento que debías experimentar por no tener cerca de ti a tu hijo, y hoy, día de nuestro santo, te pido que lo celebremos concediendo un sitio en esta casa, un lugar en esta familia a esa desgraciada criatura.

RAFAEL (¡ Cataplum !) ¡ Rafaela !... eso es imposible !...

RAFAELA ¿ Por qué ?

RAFAEL Porque el muchacho es un calavera, un perdido ... No se puede hacer carrera de él.

RAFAELA Es muy natural. Abandonado a sí mismo no podía ocurrir otra cosa. La vida de familia, los buenos ejemplos que tú le darás, cambiarán pronto su carácter.

RAFAEL ¿ Qué diría Angelita viendo de pronto a un joven desconocido, que ni siquiera lleva mi apellido, instalarse en casa ?

RAFAELA Le haremos creer que es un huérfano, un niño perdido que tú has educado... Nada, es cosa hecha. Vas a escribir en seguida a Fernando.

- RAFAEL ¡ Estás loca !
- RAFAELA Rafael. No podría estimarte en lo porvenir si continuases viviendo a mi lado con esa grave falta sobre tu conciencia. ¿Escribes o no?
- RAFAEL (Bueno. Con romper luego la carta...) Escribiré.
- RAFAELA Gracias. Te reconozco. Vamos a tu despacho.
- RAFAEL (Rompo la carta... pero, ¿y después? ¡Qué berengenal!)
- RAFAELA Anda.
- RAFAEL Sí, sí. Vamos al berengenal.
- RAFAELA ¿Al berengenal?
- RAFAEL Digo, al despacho.
- SABAS (Por el foro.) Aquí estoy. Te doy treinta para cincuenta y la salida.
- RAFAELA Amigo Sabas, a propósito. Ahí lo tiene usted. Encima de la mesa. (Riéndose.)
- SABAS (Sin comprender.) ¿Encima de la mesa? Ah, gracias, ¿el café?... Ya he tomado.
- RAFAELA No, no es el café. El retrato.
- RAFAEL Eso es, el retrato. (Aparte a Sabas.) ¡Psh!... disimula... ya te explicaré...)
- SABAS ¿Pero qué retrato?
- RAFAELA Hombre, el que usted esperaba con tanta impaciencia. El retrato de su hija.
- SABAS (Tomando el retrato.) (Una titiritera... ¿mi hija?)
- RAFAELA Con permiso. Vamos a escribir una carta. Volvemos en seguida.
- RAFAEL ¡Pobre Sabas! ¡Qué cara pone!
- RAFAELA Espérenos aquí, ¿eh? Vamos, Rafael. (Vanse por la primera derecha.)
- SABAS (Asombrado en el centro de la escena mirando el retrato.) ¿El retrato de mi hija? ¡Pero, caracoles! ¿Dónde y cuándo la habré tenido yo?

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior. Sobre la mesa no está ya el servicio de café. Los ramos y demás regalos también han desaparecido. Al levantarse el telón Rafaela está sentada a la derecha, Rafael, a la izquierda; ambos en actitud dolorida, como de personas que han sufrido una desgracia.

ESCENA PRIMERA

RAFAEL, RAFAELA; después EUGENIA por la segunda izquierda.

- RAFAELA ¡ Dios mío ! ¿ quién podía figurarse ? ...
RAFAEL ¡ Calla, calla ! Yo estoy desfallecido, insensible, así... como si fuera de corcho...
RAFAELA ¡ Qué golpe tan inesperado !
RAFAEL Como casi todos los golpes... ; no los espera uno y... ¡ pum ! ya los tiene encima.
RAFAELA ¡ Es horroroso !
RAFAEL ¡ Monstruoso !
RAFAELA ¿ Y dices que ha sido de repente ?
RAFAEL Instantáneo... una apoplejía fulminante... y ¡ zas !... Yo lo veía ya venir..., tenía el cogote muy grueso.
RAFAELA Haga usted proyectos para este resultado.
RAFAEL Si no somos nada. *Rara avis... digo, pulvis eris.*
RAFAELA En fin, tendremos que dominarnos.
RAFAEL Es preciso. Hay que sobreponerse...
RAFAELA No ha sido culpa nuestra.

- RAFAEL Claro que no.
RAFAELA Y como no tiene remedio...
RAFAEL No tiene.
EUGENIA (Saliendo por segunda izquierda con ramos de flores.)
¿Dónde quiere la señora que ponga las flores?
RAFAELA ¿Flores? En esta casa no puede haber hoy más flores que siemprevivas o crisantemos.
RAFAEL Y algún ciprés.
EUGENIA (Hace un gesto de asombro.) (¿Qué pasará?)
(Vase por el foro.)
RAFAELA (Se levanta, se acerca a Rafael, le pone la mano en la frente y le pulsa.) Rafael, estás muy destemplado.
RAFAEL (Rechazándola.) Déjame, déjame. No se me puede tocar hoy.
RAFAELA ¿Por qué?
RAFAEL Por eso... porque estoy destemplado.
RAFAELA Voy a servirte otra taza de tila. ¿Quieres?
RAFAEL No te molestes.
RAFAELA Sí, sí... Eso te entonará.
RAFAEL Bueno. (Destemplado... entonará... parece que estamos arreglando una guitarra.)
RAFAELA. Ahora vuelvo. (Vase por segunda derecha.)
RAFAEL (Levantándose.) ¡Ay... gracias a Dios! ¡Con este golpe final he salido para siempre de todos mis líos! ¡Qué a gusto se queda uno! (Bailando y castañeteando los dedos.) Tararí, tararí, tararé... tití, to, to... (Con música de la jota aragonesa.)
RAFAELA (Saliendo de nuevo y viéndole.) ¿Qué es eso?
¿Estás bailando?
RAFAEL Sí... la... danza macabra... (Tararea la danza macabra, bailando al mismo tiempo.) Esto es nervioso... Fenómenos nerviosos que produce el exceso de pena comprimida.
RAFAELA La tila te calmará. Mejor es que la tomes en el comedor.
RAFAEL Como quieras. (Me va a hacer daño tan-

ta tila. Ya van cuatro tazas.) (Vanse por segunda derecha. Al salir Rafael tararea de nuevo la danza macabra, simulando un ataque de nervios.)

ESCENA II

ANGELA por la segunda izquierda. Luego, CATALINA por el foro.

ANGELA (Con la carta del primer acto en la mano.) «La adoro a usted...» Esto no puede estar más claro... «Estoy en Astorga...» También es muy claro... «Pronto sabrá usted de mí.» Esto ya no está claro. ¿Cómo?... ¿cuándo?... ¿se atreverá a venir?

CATALINA (Por el foro. Entra muy sofocada y jadeante.) ¡Ay !... (Tomando aliento.) ¡Ay, qué disgusto !... (Cae sentada en una silla.) ¡Hola, Angelita !... ¿No está aquí mi marido?

ANGELA No, señora.

CATALINA En la oficina tampoco está... (Rabiosa.) Se me ha escapado... ¡Ay de él si le vuelvo a echar la vista encima !

ANGELA ¿Pero qué le pasa a usted?

CATALINA ¡El viejo verde, el hipócrita, el trapacero ! ¡Tantas veces como me ha jurado que yo era su primero y único amor ! ¡Ananías !... ¡Judas !... Ocultarme durante diez y siete años los amores criminales que había tenido con una joven... y las consecuencias... ¡qué consecuencias !

ANGELA ¿Es posible?... ¿Don Sabas?

CATALINA ¡Sí, hija, ese pillo !... ¡Y ser él mismo quien me ha comunicado !... Por supuesto, yo siempre tuve mis sospechas. Había un no sé qué en sus costumbres..., el dinero no le duraba apenas..., y la culpa es mía..., nada más que mía..., por haberle concedido demasiada libertad..., por haberle dado más dinero del necesario. Pero lo que es en adelante... la Inquisición se va a quedar tamañita... Vaya,

me voy al Círculo a ver si está. Le daré un escándalo monumental... No creas, que ya se ha llevado en casa su merecido, pero no estoy satisfecha. Quiero sacarle los ojos... Adiós.

ANGELA (Acompañándola.) Vamos, Catalina, tenga usted calma..., reflexione que...

CATALINA No puedo reflexionar..., no puedo ...Me siento feroz..., carnívora.

ANGELA Se va usted a comprometer... (Vanse las dos discutiendo por el foro.)

ESCENA III

RAFAEL. Luego SABAS.

RAFAEL (Por la segunda derecha.) ¿Quién habrá inventado la tila? Yo creo que me va a hacer daño. Pero no hay más remedio que fingir excitación... Tengo la obligación de estar nervioso unos cuantos días... Al fin y al cabo la pérdida de un hijo siempre es la pérdida de un hijo... (Sabas entra por el foro con aspecto abatido. Lleva el sombrero abollado, la corbata deshecha, el chaleco sin la mayor parte de los botones. Se sienta sin decir una palabra.) ¡Sabas! ¿qué es eso? ¿De dónde sales?

SABAS Del jardín. Estaba escondido detrás de una maceta. Cuando venía a tu casa vi entrar a mi mujer; ahora la he visto salir con tu hija.

RAFAEL Estás hecho una lástima. ¿Qué te ha ocurrido?

SABAS Me ha ocurrido que he puesto en ensayo tu ingenioso ardid. ¡Mécachis! ¡Si no llega a ser ingenioso!... ¡Siéndolo, por poco me matan!...

RAFAEL ¿Cómo? ¿Tú has...

SABAS He confesado a mi mujer que antes de casarme había cometido una falta, y que, a consecuencia de esa falta, tenía una hija natural en las islas Canarias.

RAFAEL ¡Vil imitador! ¿Y cómo te has atrevido?...

SABAS ¿Cómo? ¿Pues no has sido tú mismo quien me dió los medios..., quien me incitó?...

RAFAEL ¿Yo? ¿Que yo te incité?...

SABAS Naturalmente. Cuando me disteis el retrato de la titiritera, diciéndome que era el retrato de mi hija, al principio no comprendí..., pero después supuse que tú, compadecido de mi situación, querías que yo me aprovechara también del recurso maravilloso, y que para que lo intentase me dabas ese retrato, preparándome ya el terreno delante de tu mujer. Tuve un acceso de heroísmo, llegué a mi casa y...

RAFAEL ¿Y se lo dijiste a Catalina?

SABAS No; lo que es cara a cara, ni aun con un acceso de heroísmo, nunca me hubiera atrevido. Me come. Le escribí una carta, que coloqué unida al retrato en su cesta de labor, y esperé los acontecimientos. Yo dije: En cuanto lo sepa, le dará un ataque de nervios.

RAFAEL ¿Y le dió?

SABAS Le dió por pegarme. El ataque lo sufrí yo. Aquello fué horrible. Se arrojó a mi cuello, me arrancó los botones del chaleco, me abolló el sombrero... y lo que había debajo, en fin, ya me ves. Vengo a pedirte protección, puesto que tú tienes la culpa. Ahora ya estamos iguales. Tú, padre de un hijo; y yo, de una hija. Si quieres podemos casarlos a los dos.

RAFAEL Te equivocas. Mi hijo ha subido al cielo.

SABAS (Estupefacto.) ¿Qué me cuentas?

RAFAEL Le he matado. Le he asesinado.

SABAS Pero, ¿por qué?

RAFAEL Porque mi mujer se empeñó en que viniera a vivir con nosotros. La situación se agravaba... y no teniendo otra salida,

dije a Rafaela que al ir a echar al correo la carta que llamándole escribí al muchacho, encontré un telegrama urgente dándome la triste noticia de su fallecimiento a consecuencia de una congestión cerebral.

SABAS Eres maquiavélico. ¿Y ahora se acabaron los viajes a Madrid?

RAFAEL ¡Quíá, inventaré otra cosa!

SABAS Me causas una verdadera admiración.

RAFAEL (Con modestia.) Soy muy inteligente, lo confieso. Me salgo de lo vulgar. Me salgo del montón. (Viendo a Rafaela, que entra por la segunda derecha.) ¡Chist!... ¡Rafaela! (Sabas se arregla un poco el traje y la corbata.)

ESCENA IV

Dichos y RAFAELA. Después, ÁNGELA, por el foro.

RAFAELA ¿Te tomarías otra tacita?

RAFAEL No, no.

RAFAELA (Viendo a Sabas.) ¡Ah!... Sabas... ¿Le ha contado a usted Rafael la desgracia tan horrible?

SABAS Sí..., es desagradable... ¡Caramba!... Un hijo tan crecido...

RAFAELA Y tan guapo... Tenía un bigotito... y una naricita... Ya verá usted el retrato. (Llorando y abrazando a Rafael.) ¡Ay, pobre Rafael!

RAFAEL (Abrazando a Rafaela.) ¡Pobre Rafaela!

RAFAELA ¡Cuando iba a venir en nuestra compañía!...

SABAS El hombre propone y Rafael dispone... Digo, Dios..., Dios dispone.

RAFAELA Cuando iba a sentarse a nuestra mesa..., a compartir nuestro techo... ¡Ay, Sabas!... ¡Quiera Dios que nunca le ocurra a usted lo mismo con su hija!...

SABAS Por ahora sigue bien..., gracias.

ANGELA (Por el foro.) ¿Qué es esto?... ¿Mamá llorando?

- RAFAELA Si tú supieras, Angela..., si supieras...
- ANGELA ¿Ocurre alguna desgracia?
- RAFAELA Terrible... Acabamos de saber que el hijo de...
- RAFAEL (Tapándole la boca. A Rafaela.) (¿Qué vas a hacer, imprudente? Angela debe ignorar...)
- RAFAELA (Tienes razón.)
- ANGELA (Con insistencia.) ¿El hijo de quién?...
- RAFAEL De Sabas. (Éste lo pagará.)
- ANGELA ¿De Sabas?
- RAFAEL Sí. Sabas tiene un hijo.
- SABAS (¡Qué embustero!)
- ANGELA (Con malicia.) ¡Ya! Ya lo sabía.
- SABAS (¡Pues sabe más que yo!)
- RAFAEL (Asombrado.) ¿Qué tú sabías?...
- ANGELA Me lo ha dicho Catalina, que ha estado aquí.
- RAFAEL ¡Ah!...
- RAFAELA (A Rafael.) (¿Ya se han enterado?)
- RAFAEL (A Rafaela.) (Se conoce.)
- ANGELA Pero ella dice que es una hija.
- RAFAEL Una hija y un hijo... Tiene dos.
- SABAS (¡Atiza!... Soy el padre universal.)
- RAFAEL Pues el hijo, que ayer estaba sano y bueno, acaba de morir de una apoplejía. (A Sabas.) (¡Llora, hombre, llora, haz el favor! ¡No seas zoquete!)
- SABAS (Atontado.) ¡Ah!... ¿También tengo que llorar?
- ANGELA ¡Pobrecillo! Lo siento mucho.
- RAFAEL (Si no lloras te pido las cuarenta y una pesetas.)
- SABAS (¡Bueno! ¡Lo que hace un hombre por ocho duros!) (Finge llorar.)
- RAFAEL (A Angela.) ¿Lo ves?... Mira qué acongojado... ¡Pobre Sabas!... Y como Rafaela y yo somos tan sensibles..., todo nos afecta... (Se limpia los ojos con el pañuelo. A Sabas.) (¡Di algo triste, alcornoque!...)
- SABAS (Llorando.) ¡Ay!... ¡Qué tristeza!
- RAFAEL Anda, vamos a jugar unas carambolas.

- SABAS (Olvidándose de su papel.) Vamos... Te doy treinta para cincuenta y la salida.
- ANGELA ¿Pero va a jugar, después de una desgracia tan terrible?
- RAFAEL Para aturdirse... Eso le distraerá... ¡Deshogado padre!... Anda, Sabas, anda. Valor. (Ahora te explicaré.)
- SABAS (A Rafael.) (Es el último hijo que te aguantó, ¿eh? Que conste.) (Vanse por la primera izquierda.)

ESCENA V

RAFAELA y ÁNGELA. Después, EUGENIA.

- ANGELA ¡Lástima de chico! ¿Y era mayor?
- RAFAELA Veintiséis años.
- ANGELA ¿Catalina no sabrá nada?
- RAFAELA No. Ni se te ocurra decírselo. (¡Es forzoso mentir!) No llevaba su apellido.
- ANGELA ¿Cómo se llamaba?
- RAFAELA Pues... (No le ha conocido y puedo...) Se llamaba Fernando Palmerín. (Angela lanza un fuerte grito y cae desmayada en brazos de su madre.) Hija mía..., hija de mi alma..., ¿qué te pasa? ¡Ay!... Quizá el disgusto de esta mañana, o el corsé demasiado apretado... (Llamando.) ¡Eugenia! ¡Eugenia! (Entra Eugenia por la segunda derecha.)
- EUGENIA Señora... (Viendo a Angela.) ¡Ay!... ¿Qué tiene la señorita?
- RAFAELA Un vahído... Trae agua, vinagre, éter... El éter lo tengo yo guardado... Ayúdame. (La sientan en una silla.) Aguarda... (Vase por la primera derecha.)

ESCENA VI

ANGELA y EUGENIA.

- EUGENIA (Abanicando a Angela con el delantal.) Señorita..., señorita Angela... (Pausa.) Ya se le va pasando... Soy yo, señorita..., Eugenia.

- ANGELA (Volviendo en sí.) ¿Quién?... ¡Ah!... Eugenia... Sí..., es espantoso.
- EUGENIA (Con curiosidad.) ¿Espantoso?... ¿Qué?
- ANGELA (Sollozando.) ¿No lo sabes? Fernando..., mi novio..., el que se parecía al Cid...
- EUGENIA Sí, ya sé... Él de la caja de pasas.
- ANGELA No le veré más, Eugenia. Ya no pertenece al mundo de los vivos. Me lo ha dicho mamá.
- EUGENIA (Asombrada.) ¿Ha muerto?
- ANGELA De repente..., una congestión... Aquí mismo..., en Astorga.
- EUGENIA Vamos... ¡Qué mala suerte! Ir a congestionarse tan fuera de cacho...
- ANGELA No le sobreviviré. Nos enterrarán juntos.

ESCENA VII

Dichos. FERNANDO, por el foro; luego, RAFAELA.

- FERNANDO (A Valentina, que le sigue.) Bien... esperaré... Anuncia a don Fernando Palmerín. (Rafaela, que sale con un frasquito en la mano, al oír el nombre lanza un grito y huye por la primera derecha, arrojando a Fernando el frasco. Angela, lanza otro grito y huye por segunda izquierda. Eugenia, también gritando, huye por segunda derecha, y Valentina, por el foro.)

ESCENA VIII

FERNANDO; después, RAFAEL.

- FERNANDO El recibimiento no puede ser más chocante. Tres mujeres que echan a correr..., una que me tira un frasco. (Recogiéndolo.) Un frasco de éter...
- RAFAEL (Por la primera izquierda, con un taco en la mano.) ¿Qué gritos serán esos?... ¡Virgen santísima! ¡Fernando Palmerín!

FERNANDO (¡ Calla !... Don Arístides Campomanes...)

RAFAEL (¡ Y yo que acabo de comunicar a mi mujer su fallecimiento ! ¡ Dios mío, si le ve !...)

FERNANDO (Saludando.) Señor don Arístides...

RAFAEL Pero, hombre..., ¿vive usted?... ¿Tiene usted el descaro de estar vivo?

FERNANDO Así parece.

RAFAEL ¡ Cuánto lo siento !

FERNANDO Muchas gracias.

RAFAEL No..., quería decir... vamos, que me hace usted muy mal tercio con no haberse muerto. Me pone usted en un verdadero apuro, y su presencia en esta casa...

FERNANDO ¿Le desagrada a usted?

RAFAEL Mucho. Muchísimo.

FERNANDO No acierto a explicarme...

RAFAEL Es largo de contar, y en estos momentos... Ya le explicaré en otra ocasión..., fuera de aquí... Ahora le ruego que me diga el motivo de su venida... Sea usted breve. (Tomando una silla que está próxima a Fernando.) Hágame usted el favor...

FERNANDO (Creyendo que le invita a sentarse.) Gracias. (Va a sentarse.)

RAFAEL (Retirando la silla.) De no tomar asiento. Vamos, pronto. ¿Qué desea usted?

FERNANDO No sé con qué derecho me apremia usted de ese modo. Yo deseo hablar con don Ramón Mosquera y su señora, dueños de esta casa, y a usted no le creo pariente ; pero, en fin, su presencia aquí me autoriza a pensar que quizás sea amigo íntimo, y lo celebro, porque así podrá ayudarme en mi pretensión.

RAFAEL Venga la pretensión... ¡ Vivito, vivito !

FERNANDO Cansado de mis locuras, en las que usted ha tomado parte tan activa y principal...

RAFAEL (Mirando a todos lados.) ¡ Pst !... Baje la voz.

FERNANDO He resuelto casarme con una preciosa joven que conocí en Madrid, en un baile.

RAFAEL (Intranquilo.) ¿En un baile? ¡ Canastos !)

FERNANDO Sí. La señorita doña Angela Mosquera.

RAFAEL (Dejando caer el taco al suelo y cayendo sentado en una silla.) (Mi hija. Era de este tarambana de quien se enamoró en el baile.)

FERNANDO ¿Qué? ¿Le sorprende?

RAFAEL No..., nada.

FERNANDO ¿Puedo contar con usted?

RAFAEL (Mirando al cielo.) (Señor..., un rasgo de ingenio..., una mentira bien traída.)

FERNANDO ¿Me ayudará?

RAFAEL (Dándose una palmada en la frente, como hombre que ha encontrado una idea.) ¡Ya está!) No, señor. De ninguna manera.

FERNANDO (Con extrañeza.) ¿No?

RAFAEL Voy a decirle por qué. Angela es una muchacha muy bonita, muy elegante..., muy bien educada...

FERNANDO (Con entusiasmo.) Celestial, encantadora.

RAFAEL Su mamá es la mujer más simpática que usted se puede imaginar.

FERNANDO Me alegro, tendré buena suegra.

RAFAEL Pero, desgraciadamente, el padre...

FERNANDO (Con inquietud.) ¡Ah! ¿El padre no?

RAFAEL Mire usted, Fernando. Al padre de Angela nadie le conoce más a fondo que yo... Es un calavera incorregible, un aventurero, aficionado a las faldas.

FERNANDO Vamos, como usted.

RAFAEL Más que yo. Se ha gastado con las mujeres toda su fortuna.

FERNANDO Siendo suya...

RAFAEL Y la de su mujer y la de su hija. Lo que es la dote no cuenta usted con ella.

FERNANDO Me es igual. No me guía el interés.

RAFAEL (Con rabia.) (No muerde... Apretaremos.) ¡Ay, amigo Fernando!... Lo peor no es lo que le llevo dicho.

FERNANDO ¿Hay más?

RAFAEL Ha sufrido una condena por lesiones. Le mordió en una oreja al gobernador civil.

FERNANDO (Tranquilizándose.) Ah, pues si no es más que eso no me sorprende. Tendrá el genio

vivo... temperamento bilioso..., y la bilis...

RAFAEL (La bilis es la que yo estoy tragando... Este tío me desespera... Ahora verás...) Sí, tiene usted razón... Pero todavía falta algo más grave.

FERNANDO ¡Caracoles !... ¿Más grave?

RAFAEL Angelita...

FERNANDO (Alarmado.) ¿Qué?

RAFAEL Tiene un novio constructor de dulces.

FERNANDO ¿Constructor de dulces?

RAFAEL Sí, hombre; lo que llamamos, vulgarmente, confitero. Está loca por él, lo que se dice acaramelada, y hace pocos días...

FERNANDO (Cogiéndole por un brazo y zarandeándole.) ¿Qué pasó hace unos días? ¡Vamos!

RAFAEL Intentó fugarse con su novio..., nada más que un intento... Líbreme Dios de ofender a Angelita, no... Es buena, es honrada..., pero ante la oposición de sus padres..., en un momento de desesperación... Los cogieron en seguida..., a los diez minutos..., en la puerta del jardín... La reputación de la muchacha no ha sufrido en modo alguno, pero se enteró todo el pueblo..., y si ahora usted..., sabiendo que quiere a otro...

FERNANDO (Abatido.) No se esfuerce usted en persuadirme; demasiado comprendo.

RAFAEL Yo he cumplido mi deber de amigo confesándole la verdad. A mí me parece que la boda con el confitero es inevitable. Otro cualquiera se expondría...

FERNANDO Basta, Campomanes. No quiero saber más. Esa revelación me hace muy desgraciado, porque mi cariño era sincero; pero, como hombre de honor que soy, renuncio a ella, abandono esta casa para no volver jamás y hoy mismo regresaré a Madrid.

RAFAEL (Respirando con satisfacción.) ¡Ay! ¡Ya era hora! ¡Trabajo ha costado! Sí, sí.

(Sacando el reloj.) Tiene usted un tren a las cuatro. Es el mejor. Los otros son peligrosos, descarrilan, llegan tarde...

FERNANDO Adiós, Campomanes... Gracias, Campomanes. (Abrazándole.)

RAFAEL Adiós, adiós. (Vase Fernando por el foro, acompañado hasta la puerta por Rafael, y llevándose, distraído, el frasco de éter.)

ESCENA IX

RAFAEL; después, SABAS, por la primera izquierda.

RAFAEL (Volviendo a escena.) Uno menos. Asunto concluido. Me río yo de Meternich, y de Bismarck, y de León y Castillo.

SABAS (Saliendo con un taco en la mano.) ¡Cuarenta y nueve seguidas!... ¡Chico, qué serie!

RAFAEL (Asombrado.) ¿Cuarenta y nueve? (Nunca ha pasado de seis... Se conoce que jugando solo juega más.)

SABAS Anda, tú tiras.

RAFAEL Sí, sí..., vamos.

SABAS ¿Tenías visitas?

RAFAEL Sí... (No se lo digo... Es muy torpe y podría...) El nueccero... Le estaba comprando nueces... ¡Ea! Voy a hacerte otras cuarenta y nueve si te vuelves de espalda. (Vanse por la segunda izquierda.)

ESCENA X

ANGELA, EUGENIA; después, FERNANDO. Angela se asoma con precaución por la segunda izquierda. Eugenia hace lo mismo por la segunda derecha.

ANGELA Eugenia.

EUGENIA Señorita.

ANGELA ¡Vive! ¡Vive!

EUGENIA Sí, señorita. A mí lo que me convence más

de que no está muerto es que se movía... y hablaba...

ANGELA (Entrando en escena.) Debe haberse marchado.

EUGENIA (Idem.) Es natural. Al ver cómo le recibíamos...

ANGELA ¡Yo me he llevado un susto! Al principio creí que era su sombra.

EUGENIA Yo también, y dije: ¡Pues no tiene mala sombra!

ANGELA ¿Verdad que es guapo?

EUGENIA ¡Vaya!... ¿Pero está usted segura de que era él?

ANGELA Segurísima. Lo que no comprendo es cómo decían que se había muerto.

EUGENIA Alguna equivocación.

ANGELA ¿Y no sabes?... ¡Mira qué casualidad! ¿De quién dirás que es hijo?

EUGENIA No caigo.

ANGELA De don Sabas Ortiz.

EUGENIA ¡Qué atrocidad! ¿De don Sabas y de doña Catalina?

ANGELA No. De don Sabas sólo... Es hijo... hijo... de segunda clase. ¿Pero qué habrá dicho de nosotras? ¡Echar a correr y dejarle solo!

EUGENIA Puede que haya creído que aquí en Astorga es costumbre recibir así a las visitas.

ANGELA Calla, simple. Y ahora se me ocurre a mí una idea. ¿Volverá o no volverá?

EUGENIA ¿No ha de volver? Los enamorados, cuando quieren bien, son como las palomas: siempre vuelven al palomar a buscar la comida.

ANGELA Entonces yo vengo a ser... así... como la algarroba. ¡Ay..., quiera Dios que mi Fernando tenga mucho apetito!

FERNANDO (Por el foro.) Me llevaba el frasco de éter... No quiero conservar un éter deshonorado, que ha pertenecido... (Viendo a Angela.) ¡Ella!

- EUGENIA (A Angela.) ¡ No decía yo !)
- FERNANDO Siento encontrarla. (Saludando.) Señorita ..
- ANGELA Caballero...
- EUGENIA (Aquí sobra una... ¡ Vaya si es guapo !)
- (Vase por segunda derecha.)
- FERNANDO Pido a usted mil perdones por...
- ANGELA Al contrario. Yo soy quien... le ruego nos dispense, que cuando vino antes... ni mamá ni yo esperábamos tener el gusto...
- FERNANDO ¡ Ah ! ¿ Cuando ustedes no esperan a una persona... ?
- ANGELA Echamos a correr..., sí, señor.
- FERNANDO (Y le tiran a la cabeza cualquier objeto.)
- (Entregando a Angelita el frasco.) Hágame usted el favor de tomar...
- ANGELA (¿ Será un obsequio ?) Muchísimas gracias... ; es usted demasiado amable. (Tomándolo.) ¿ Para qué se ha molestado ?
- FERNANDO No es modestia. Era un deber.
- ANGELA (Algún perfume...) (Destapando el frasco y oliendo.) ¡ Uf !... Esto es éter... ¡ Qué obsequio tan extraño !...)
- FERNANDO ¿ La tía, buena ?
- ANGELA Buena, gracias... Pero siéntese usted.
- (Ofreciéndole una silla.)
- FERNANDO (Sentándose.) Gracias. (¡ Qué situación tan violenta !...)
- ANGELA (Sentándose.) ¿ De modo que estaba usted vivo ?
- FERNANDO (Dale..., todos me preguntan lo mismo...)
- Sí, señorita... (Suspirando.) ¡ Desgraciadamente !...
- ANGELA ¿ Desgraciadamente ? ¿ Y por qué ? ¿ No dice usted que me adora ? Supongo que su objeto al venir a Astorga no será otro que... (Ruborizándose.) pedir mi mano.
- FERNANDO Ése era, efectivamente.
- ANGELA (Asombrada.) ¿ Era ? ¿ De modo que ya... ?
- FERNANDO Angela, no me obligue a ofenderla, a recordarle ciertas cosas...
- ANGELA ¿ Ciertas cosas ? ¿ Qué quiere usted decir ? Hable.

FERNANDO Estoy enterado de lo del confitero.

ANGELA ¡ Ah ! ¿ Sí ? ... No haga usted caso ... , eso no tiene importancia ...

FERNANDO (¡ Friolera ! ... ¡ Y lo dice con una frescura !)

ANGELA Es un primo mío.

FERNANDO El parentesco no altera en nada determinados hechos.

ANGELA Son cosas de mis padres. Ellos hubieran visto con mucho gusto que yo me casara con él.

FERNANDO Es natural.

ANGELA Pero esta mañana he declarado formalmente a mis padres que con el único que contraeré matrimonio es con usted. Pida usted más ...

FERNANDO No ... , si no pido más ... (¡ Pero qué situación tan violenta !)

ANGELA (Parece que no se entusiasma mucho ...
¡ Ah ! ... ¡ Quizás tema el pobrecillo que yo, al saber su origen ...) ¿ Ha visto usted ya al señor Ortiz ?

FERNANDO ¿ Al señor Ortiz ? ... No ... (¿ Quién será el señor Ortiz ?)

ANGELA A la señora de Ortiz ya comprendo que no podría usted presentarse, porque ella ignora, según me ha dicho, la existencia de usted.

FERNANDO Es muy probable. Como yo la suya.

ANGELA ¡ Ah ! ¿ Tampoco sabía usted ... ? Pues Ortiz es casado ...

FERNANDO (Impaciente .) Mire usted, Angela, no he visto a esos señores de Ortiz ... (Con intención, mirándola fijamente y recalcando las palabras .) pero he visto a Campomanes.

ANGELA ¿ Campomanes ? (¿ Quién será Campomanes ?)

FERNANDO He hablado extensamente con él.

ANGELA (Con indiferencia .) Lo celebro mucho. (¿ A qué vendrá ? ...)

FERNANDO (No se turba ... ¿ Y cómo le digo yo ? ...
¡ Es tan duro ! ...)

ANGELA Ahora quiero decirle una cosa que espero hará variar su actitud... Yo sé quién es usted, Fernando..., conozco la irregularidad que existe en su pasado.

FERNANDO ¡Le han contado mis líos !)

ANGELA Pero no me importa. No tema usted que oponga ningún reparo...

FERNANDO (Lo creo.)

ANGELA Espero que a mis padres les sucederá lo mismo. Por lo tanto, si usted está decidido a pedir mi mano...

FERNANDO (Con desvío.) Su mano...

ANGELA A no ser que prefiera usted que la pida el señor Ortiz.

FERNANDO ¡Dale con Ortiz !)

ANGELA Quizás fuera más correcto. Claro está que la señora de Ortiz tendrá que enterarse más o menos tarde de que usted anda por el mundo, y casi me inclino a creer, Fernando, que usted mismo, y cuanto antes, debía tratar de verla, arrojarse a sus pies, solicitar su perdón.

FERNANDO (No entiendo una jota... Resulta que para andar por el mundo necesito pedirle permiso a la señora de Ortiz... y rogarle que me dispense...)

ANGELA ¿Quedamos de acuerdo? ¿Lo hará usted? Don Sabas es muy apocado y nunca se atrevería...

FERNANDO (¿Don Sabas?... Éste es nuevo...)

ANGELA En seguida puede usted ver a mi padre y convencerle para que consienta... Yo también influiré con él... Es muy bueno... En el fondo, un alma de Dios.

FERNANDO (Con sorna.) Ya..., ya lo sé..., buenísimo.

ANGELA (Levantándose.) No hay más que hablar, ¿eh?

FERNANDO (Levantándose.) Angela... (Tomando una decisión.) Ya he dicho a usted que hablé con Campomanes.

ANGELA ¿Quién es Campomanes?

FERNANDO No se haga usted de nuevas. Este señor

me ha enterado..., (Vacilando.) me ha enterado...

ANGELA ¿De qué?

FERNANDO Primero, de que su papá de usted no reúne las condiciones de moralidad, de respetabilidad... necesarias.

ANGELA ¿Mi padre? (Indignada.) ¿Que mi padre...? Eso es una calumnia... Si precisamente es un modelo...

FERNANDO Bien. Dejemos a su padre... Pero lo otro... es terrible...

ANGELA ¿Lo otro? ¿Quiere usted acabar? ¿Qué es lo otro?

FERNANDO No insista usted.

ANGELA Sí, sí..., necesito saberlo..., hable usted..., (Con imperio.) se lo mando... ¿Qué le han dicho?

FERNANDO Sea. Campomanes me ha dicho que usted intentó fugarse de su casa, hace pocos días, con un confitero.

ANGELA ¡Jesús! ¡Qué infamia! ¿Y usted lo ha creído? Ese Campomanes, a quien no conozco, ni he visto en mi vida, debe ser un miserable..., algún enemigo nuestro. ¿Pero usted no comprende que un hecho semejante, un escándalo tan ruidoso, se sabría en toda la población? Infórmese usted, yo se lo ruego, pregunte usted a unos y a otros..., y verá el concepto que siempre he merecido.

FERNANDO (En eso tiene razón... ¿Si se habrán burlado de mí? Parece que habla con sinceridad.)

ANGELA (Indignada.) No se acusa de ese modo a una señorita... Fernando, le creía a usted más prudente...; pero no importa, ahora soy yo quien exige que usted me pruebe esa criminal calumnia, o, en caso contrario, me dé una satisfacción cumplida. Adiós, Fernando, adiós... (Medio mutis por segunda izquierda.)

FERNANDO (Con resolución.) No, Angelita..., no..., se

acabaron mis dudas. Perdóneme usted... He leído en sus ojos la verdad de cuanto afirmaba... He sido juguete de ese hombre... Ahora veo claro... Campomanes no me inspira confianza..., no he debido darle crédito... Recuerdo que hubo una época en que me pedía mis documentos..., no sé con qué fin... Debe ser un enredador..., ¡y yo le he creído !... ¿Me perdona usted?

ANGELA Le perdono.

FERNANDO (Cogiendo una mano de Angela.) Sí, Angelita, pediré su mano.

ANGELA Prométame usted dos cosas.

FERNANDO Prometidas. ¿Cuáles son?

ANGELA La primera, no hablar por ahora a mis padres ni una palabra de este asunto. Se disgustarían atrozmente.

FERNANDO ¿Y la segunda?

ANGELA Que cuando vuelva a ver a ese embustero de Campomanes...

FERNANDO Descuide usted..., llevará su merecido... Ahora voy corriendo a buscar a mi madre.

ANGELA ¡Ah! ¿Por fin se decide usted?

FERNANDO Ya estaba decidido.

ANGELA Me alegro..., es lo mejor... ¡Pero, por Dios, Fernando..., mucha prudencia !... Podría disgustarse.

FERNANDO ¿Quién?

ANGELA La señora de Ortiz.

FERNANDO Pues con mandarla a paseo... (Dichosa señora de Ortiz.)

ANGELA No, no..., es muy susceptible y lo estropearía todo.

FERNANDO (Será alguna parienta próxima..., alguna tía...) Hasta muy pronto, Angela.

ANGELA Valor, Fernando..., y diplomacia.

FERNANDO La tendré. (Se estrechan las manos y vase Fernando por el foro, acompañado hasta la puerta por Angela.)

ESCENA XI

ANGELA. SABAS, por la primera izquierda.

SABAS (Desde la puerta, como hablando con Rafael.) Bueno. Hasta luego. Volveré después de la oficina. Sí, saldré con precaución, no sea que mi mujer... (Se dirige despacio al foro.)

ANGELA (Viéndole.) ¡Ay, don Sabas, querido don Sabas! ¿No sabe usted la gran noticia? Prepárese usted a recibir un alegrón. Vamos..., ¡si no se lo puede usted imaginar!

SABAS ¿Un alegrón..., yo?... ¡Me chocaría!... No tengo costumbre...

ANGELA (Dicen que la alegría mata... Se lo iré contando poco a poco...) Pues... sepa usted, don Sabas, que su hijo..., aquel que se había muerto..., ¿sabe usted?

SABAS Sí. ¿Qué?

ANGELA Se había muerto, efectivamente, pero no del todo. No era una apoplejía, no: era el tifus, la viruela, el sarampión... Ayer se encontraba gravísimo..., esta mañana estaba más aliviado..., y esta tarde..., hace cinco minutos que acaba de salir de aquí...; ¡Ea, ya lo sabe usted!

SABAS Caramba, caramba. ¿Conque el joven no había liquidado?

ANGELA Vive, don Sabas, vive... y, además, me ama... Yo también le amo..., nos amamos los dos..., nos queremos casar en seguida.

SABAS (¡Uy!... Otro lío... Pero, Virgen santa, ¿no se van a acabar estas trapisondas? ¡Y todo me lo cuenta a mí!)

ANGELA Usted nos ayudará, ¿verdad?

SABAS (¡Ese Rafael, que me deja solo!...)

ANGELA No pierda usted tiempo..., ande usted..., pídale mi mano a papá..., se lo ruego.

SABAS Mira..., Angela..., mi cabeza se... Yo me vuelvo loco... Déjame... (Pies en polvorosa..., es lo mejor.) (Vase corriendo por el foro.)

ANGELA Pobre hombre. , la emoción le ha trastornado completamente... Irá a buscar a su hijo..., quizás también a su mujer para confesarle el secreto... y volver después, todos juntos, a hablar con mis padres.
(Permanece un instante en el foro mirando al jardín)

ESCENA XII

ANGELA y RAFAELA; después, RAFAEL.

RAFAELA (Por la primera derecha, sin ver a Angela.) He pasado el miedo más espantoso de toda mi vida. Si estuviéramos todavía en aquellos tiempos en que se creía que existían fantasmas y trasgos..., hubiera creído que ese hombre era un fantasma o un trasgo..., pero como ya no estamos en aquellos tiempos no lo puedo creer.

ANGELA ¡ Mamá, querida mamá!... ¡ Qué alegría! Fernando vive.

RAFAELA Ya lo sé, hija mía, ya lo sé.

ANGELA ¡ Le he visto con mis propios ojos!

RAFAELA Yo también... ¿ Pero tú le conoces?

ANGELA Voy a contarte..., verás...

RAFAELA No, ahora no me cuentes nada..., luego... Tengo que hablar con tu padre... ¿ Le has visto?... ¿ Dónde está?

ANGELA No lo sé... A ver si en el jardín... (Se asoma al foro. Rafael, con el taco en la mano, sale por la izquierda.)

RAFAELA No, mírale. Aquí viene.

RAFAEL (Sonriéndose.) ¡ Hola, monina! (Poniéndose muy serio de repente.) ¡ Ay, se me olvidaba la tristeza!) (En tono lúgubre.) ¡ Hola, monina!

RAFAELA ¿ Quieres tomar...

RAFAEL ¿ Más tila? De ninguna manera.

RAFAELA ¿ Quieres tomar asiento? Necesito hablarte.

RAFAEL (Le tengo un cerote a estas conferencias.) Estoy... ahí..., ensayando un retroceso

muy difícil..., para aturdirme..., para olvidar..., en estos días de luto...

RAFAELA Ya lo ensayarás luego. Siéntate.

RAFAEL (Después de todo, como no ha llegado a verle, puedo estar tranquilo.) (Se sientan.) ¿Es que... quieres hablarme?...

RAFAELA Sí.

RAFAEL ¿De qué?

RAFAELA Lo sabrás en seguida. (A Angela.) Angela, vete a tu cuarto. Deseo hablar a solas con tu padre.

ANGELA Está bien, mamá.

RAFAEL (Con tal de que no le haya visto...)

ANGELA (Con tal de que no se opongán...) (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XIII

RAFAEL y RAFAELA; después, VALENTINA.

RAFAELA (En tono severo.) Rafael.

RAFAEL Rafaela.

RAFAELA Me has engañado.

RAFAEL (Fingiendo sorpresa.) ¿Te diriges a... un servidor, o a... (Mirando al rededor suyo.)

RAFAELA Sí; a un servidor. A ti.

RAFAEL ¿Y dices...? Me ha parecido comprender que decías... que yo te había...

RAFAELA Engañado miserablemente.

RAFAEL (Sonriendo.) Me lo dirás en broma, ¿eh?... Por distraerte..., por aturdirte..., en estos días de luto.

RAFAELA No.

RAFAEL (¿Si le habrá visto?)

RAFAELA Tu hijo vive. Tu hijo no ha muerto.

RAFAEL ¿Qué me dices?... ¿Estás segura?

RAFAEL Completamente. Le acabo de ver aquí mismo, en esta casa.

RAFAEL (Fingiendo alegría.) ¿De veras?... Hombre, pues... mira... me alegro muchísimo..., tengo una satisfacción... Me quitas un peso...

- RAFAELA Basta de farsa.
- RAFAEL (¿Cómo le habrá visto?)
- RAFAELA ¿Por qué me has engañado, Rafael?
¿Qué móvil te ha sugerido esa mentira?
Bien sabes que nada puede quebrantar la
confianza que tengo en ti depositada.
Aceptaré tus explicaciones; pero si he de
aceptarlas, es preciso antes, naturalmen-
te, que me las des.
- RAFAEL (Y vamos con el embuste número seis-
cientos. Un día es un día.) Bueno..., pues
ya que deseas saberlo..., lo vas a saber...
Yo no quería decírtelo..., pero... te em-
peñas..., insistes..., apremias..., interro-
gas... (No se me acude nada artístico...) Verdaderamente yo no debía..., quizás tú
sientas después...
- RAFAELA Suprime los preámbulos.
- RAFAEL (Distráido.) Es que estoy urdiendo. (¡ Uy !)
- RAFAELA ¿Urdiendo?
- RAFAEL Ardiendo. ardiendo en cólera. Si mi hijo
no ha muerto para los demás, para mí sí
que ha muerto.
- RAFAELA ¿Para ti? ¿Por qué razón?
- RAFAEL Fíjate bien en mis palabras. ¿Te fijas?
- RAFAELA Sí. Me fijo.
- RAFAEL Hace mucho tiempo que yo había adivi-
nado tu secreto deseo de ver a mi hijo
entre nosotros, y queriendo darte una sor-
presa, escribí antes a Fernando ordenán-
dole que se pusiera en camino ayer, con
objeto de que llegase aquí hoy, día de tu
santo.
- RAFAELA ¿Hiciste eso, Rafael? ¡ Qué delicado eres !
¡ Cómo te reconozco en ese rasgo !
- RAFAEL Ya ves, siempre soy el mismo. ¡ El hom-
bre de los grandes rasgos ! ¡ Poquito que
me reía yo esta mañana interiormente
cuando me proponías que trajéramos al
muchacho !... Y decía, interiormente tam-
bién : « ¡ Si supiera !... »
- RAFAELA (Riendo.) ¡ Es natural : te desternillarías !

- RAFAEL Una risa homérica..., la de los mejores tiempos de Homero. ¡Pero qué cinismo tengo !)
- RAFAELA Continúa.
- RAFAEL Continúa. En lugar de ir a correos, como tú creías, voy a la estación, llega el tren, se detiene, baja Fernando... ¡ya comprenderás la escena !... (Simulándola.) ¡Hijo mío !... ¡Padre de mi alma !... ¡A mis brazos !... ¡Por fin !... ¿Y mi segunda madre ?... ¡Buena, gracias !... Lágrimas, sollozos, suspiros entrecortados... (¡Pues sale artístico, ya lo creo !)
- RAFAELA (Impaciente.) Sigue, sigue.
- RAFAEL Salimos de la estación, y tras, tras, tras, por las calles de Astorga, nos dirigimos a casa.
- RAFAELA ¡Qué alegres vendríais !
- RAFAEL Como dos pares de castañuelas... Pero aguarda, que ahora entra lo triste... Mientras hablábamos, yo iba notando en él algo extraño... Estaba receloso, intranquilo, contrariado... Le pregunto qué tiene... Contesta con evasivas... Insisto, le estrecho cada vez más..., y por fin me confiesa que... entre el juego y las mujeres ha gastado todo lo que nosotros le mandábamos.
- RAFAELA ¡La juventud !...
- RAFAEL Que ha pedido dinero a todos mis amigos de Madrid y que debe cerca de siete mil duros.
- RAFAELA El abandono en que estaba...
- RAFAEL (Fingiendo incomodarse.) ¿Qué abandono, qué abandono ? Los vicios. Me indigné, me puse rojo, después amarillo. Lo cojo por el cuello, dudo si ahogarle o mandarle que regrese a Madrid, opto por esto último... y se lo ordeno.
- RAFAELA El pobrecillo no ha cumplido la orden. Sin duda esperando ser perdonado, estuvo antes aquí.

- RAFAEL Lo sé.
- RAFAELA No he podido hablarle, pero...
- RAFAEL Le he hablado yo.
- RAFAELA ¿Qué le has dicho?
- RAFAEL Que le prohibía para siempre la entrada en el domicilio paternal.
- RAFAELA Vamos, Rafael. Sé indulgente, sé humano. Sigue los impulsos de tu corazón generoso. Piensa que es tu hijo, la carne de tu carne...
- RAFAEL ¿Sí, eh?... ¡ Menudo hueso tiene esa carne ! ¡ Siete mil duros !... Por este precio, solomillo.
- RAFAELA Perdona, Rafael, perdona.
- RAFAEL No hay de qué, mujer. Eres muy dueña.
- RAFAELA Que perdones a Fernando, digo.
- RAFAEL Nunca.
- RAFAELA Reduciremos nuestros gastos, le pagaremos sus deudas poco a poco.
- RAFAEL Cuando le pague a ese trasto una peseta habrá llovido. (Se levanta.) ¡ Vaya si habrá llovido !
- RAFAELA (Suplicante.) ¡ Hazlo por mí !
- RAFAEL No insistas. Es inútil. Tengo razones poderosas, razones de importancia suprema para exigir que ese individuo no vuelva a poner los pies en esta casa, y yo te aseguro que no los pondrá.
- VALEN. (Por el foro, anunciando.) El señor don Fernando Palmerín.
- RAFAELA Él... (Se levanta.)
- RAFAEL (¡ Horror !...) (A Valentina, precipitadamente.) Que no estamos..., que no hay nadie..., que hemos salido para el Uruguay... o el Paraguay... (¡ Ay !)
- VALEN. Bien, señor. (Medio mutis.)
- RAFAELA Aguarda, Valentina. (Valentina se detiene.) Que pase ese caballero.
- VALEN. Bien, señora. (Vase.)
- RAFAEL ¿Qué haces?
- RAFAELA (Con energía.) Justicia.
- RAFAEL Protesto y me voy... (Al Paraguay.)

RAFAELA (Cogiéndole de un brazo.) No te irás.
RAFAEL (¡ Pero qué larga es la vida, santo Dios, qué larga !...)
VALEN. (Por el foro.) Pase usted.

ESCENA XIV

Dichos y FERNANDO, por el foro.

FERNANDO (Saludando.) Señora.
RAFAELA Hágame usted el favor de tomar asiento.
(Cierra todas las puertas, incluso las del foro.)
FERNANDO (Viendo a Rafael.) ¡ Ah !... Está usted aquí, ¿ eh ? (Le da un fuerte puñetazo en el hombro.)
RAFAEL (Haciéndose el desentendido.) Sí..., aquí, (Tocándose el hombro.) aquí... Si se sentara usted estaría más cómodo... (¿ Por qué me habrá dado este puñetazo ?)
FERNANDO (A Rafael.) (Tenemos que arreglar una cuentecita, señor Campomanes, y la arreglaremos después. Ahora, chitón. Aquí no quiero escándalo.) (Le tira un pellizco.)
RAFAEL (¡ Ay !... ¿ Por qué me pellizcará ?...) (Se va junto a Rafaela.)
RAFAELA (Tomando una silla.) Siéntese. (Los tres se sientan.) ¿ Me autoriza usted para que le hable con toda franqueza, como si fuera su verdadera madre ?
FERNANDO Con mucho gusto, señora. (¿ Por qué se quedará este estúpido ?)
RAFAELA En ese caso creo que nos entenderemos.
FERNANDO Permítame usted... (Indicando a Rafael.) El señor no debería presenciar...
RAFAEL (¡ Ojalá ! ¡ Qué más quisiera !)
RAFAELA No tema usted. Le he obligado yo a quedarse. Es conveniente.
FERNANDO En ese caso...
RAFAELA Tanto mi marido como yo, querido Fernando, comprendemos que los jóvenes deben divertirse.
FERNANDO (Sonriendo.) ¡ La juventud dura tan poco !...

- RAFAELA Pero no es necesario hacer locuras, y usted, Fernando, no negará que se ha excedido..., que ha rebasado el límite...
- FERNANDO (Mis líos... se los habrá contado ese chismoso.) Confieso, señora..., que en ocasiones...
- RAFAELA Su padre de usted tiene sobrados motivos para estar descontento...
- RAFAEL (¡ Los rayos no son oportunos ! ; Quíá !)
- FERNANDO ¿Mi padre? Creo que usted no le conoce.
- RAFAELA Mejor que usted.
- FERNANDO (Qué coincidencia.)
- RAFAELA Le conozco hace muchos años, los suficientes para saber que es bueno, indulgente, cariñoso, y que le perdonará a usted, con la condición de que en adelante siente la cabeza y renuncie para siempre a la vida desordenada que ha llevado hasta aquí.
- FERNANDO (Indicando a Rafael.) ¿ Eso lo habrá sabido usted por...?
- RAFAELA Sí. El mè lo ha dicho, y ha hecho muy bien.
- FERNANDO (El primer puntapié va a ser imponente.) Señora, olvidemos eso, si a usted le parece... Hablemos de Angelita.
- RAFAELA ¿De mi hija?... ¿La ha visto usted?
- FERNANDO He tenido hace poco el placer de hablar con ella.
- RAFAEL . (Pues ya me explico el puñetazo y el pellizco.)
- RAFAELA (Con interés.) Vamos a ver. ¿Qué impresión le ha causado a usted?
- FERNANDO Profunda. Es adorable.
- RAFAELA Me alegro. Se entenderán ustedes muy bien.
- FERNANDO ¿De modo que usted no se opone a mis pretensiones?
- RAFAELA Todo lo contrario. Y mi marido tampoco. (Mirando a Rafael.) ¿Verdad?
- RAFAEL Tampoco. (¡ Dios mío ! Ahora estaba indicada la tía.)

- FERNANDO Gracias, señora. Entonces..., una vez convenidos... No sé cómo demostrar mi reconocimiento. (Se levanta.)
- RAFAELA (Levantándose.) De un modo muy sencillo. (Tomando la mano a Rafael y llevándole hacia Fernando.) No tiene usted más que...
- FERNANDO (Atajándole la palabra.) Llamar a mi madre, que me espera en el jardín, ¿no es eso?
- RAFAEL ¡Su madre! ¡Apocalíptico! ¡El caos!)
- RAFAELA (Aterrada.) ¿Su madre? (Rafael tararea por lo bajo la "Danza macabra".)
- FERNANDO Verá usted qué simpática. Vuelvo en seguida. (Vase por el foro.)

ESCENA XV

Dichos, menos Fernando.

- RAFAELA (Inmóvil y como aturdida.) ¿Su madre?
- RAFAEL (Sólo un terremoto fuertecito me podría salvar.)
- RAFAELA Tiene madre. Vive su madre. Le acompaña su madre. ¡Y tú me asegurabas que había muerto!
- RAFAEL (Está visto, en la suerte de matar no me luzco. Siempre pincho en hueso.)
- RAFAELA ¿Qué quiere decir esto, Rafael?
- RAFAEL Es la resurrección de las almas. No te preocupes. Tenía que llegar, según el catecismo...
- RAFAELA Si me habías confesado la existencia del hijo, por qué ocultar la de la madre?
- RAFAEL Porque temía provocar tus celos..., excitar tus sospechas..., perder tu confianza.
- RAFAELA (Excitada.) ¿La amarás aún?
- RAFAEL La odio. Y para demostrártelo, ahora mismo voy a arrojarla de esta casa. (Se dirige al foro.)
- RAFAELA (Deteniéndole.) No. Quiero veros frente a frente. En vuestra actitud comprenderé la verdad. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Con-

tra la muerta no sentía enojo, pero ante la viva tiemblo, dudo...

RAFAEL (¿Para qué me habré metido yo a inventar hijos naturales?) (Fernando y Mercedes aparecen en el foro.)

RAFAELA Aquí están. Corazón, no estalles.

ESCENA XVI

Dichos, FERNANDO y MERCEDES.

FERNANDO (Presentando a Rafaela.) La señora de Mosquera. Mi madre.

RAFAEL (Olé. Ahora empieza lo bueno.)

MERCEDES Señora...

RAFAELA Señora... (Toda esta escena la hará Rafaela comprimiéndose para no llorar y pasándose de vez cuando el pañuelo por los ojos.) Sirvase usted... (Indicando una silla.)

MERCEDES (A Fernando, indicando a Rafael.) ¿El padre?

FERNANDO (A Mercedes.) No, un amigo..., un chisgarabís...

MERCEDES (Saludando a Rafael.) Caballero...

RAFAEL (Aturdido.) Beso a usted la mano... (Hasta aquí no vamos mal.)

RAFAELA (Mirando a Mercedes.) (Es regular. Me parece que valgo yo mucho más que ella.)

MERCEDES (A Rafaela.) Dispense usted, señora, que nos hayamos tomado la libertad de venir a esta casa, pero yo tenía un vivísimo deseo de conocer a usted.

RAFAELA Gracias..., el gusto... (No puedo, no puedo...) (Con intención.) A mi esposo será inútil que le presente. De sobra le conocerá usted.

MERCEDES ¿A su esposo? Francamente, no recuerdo haberle visto en mi vida.

RAFAEL (¡Claro !)

RAFAELA (¡Comedianta..., cómo disimula !)

RAFAEL (A Rafaela.) (¿Ves qué fría está conmigo?) Y yo qué frío, ¿eh? (Aparte.) (Como que estoy helado.)

RAFAELA (A Rafael.) (Silencio.)

MERCEDES Mientras paseaba por el jardín he visto, asomada en un balcón, a una muchacha verdaderamente deliciosa. ¿Acaso será su hija de usted?

RAFAELA Probablemente.

MERCEDES Le felicito por tener semejante perla.

FERNANDO Es un diamante.

MERCEDES Bueno. No reñiremos por la calificación. Y su cara respira bondad; en eso no suelo equivocarme. Respecto a usted, señora, todo elogio me parece pálido. Los informes que de ustedes había tomado antes de decidirme a venir se confirman con la inmejorable impresión que recibo.

RAFAELA (¡ Ha tomado informes !... ¡ Se necesita descaro !...)

RAFAEL (Voy a ver si me escurro.) (Se levanta.)

RAFAELA (A Rafael.) (¿ Dónde vas ?)

RAFAEL (A Rafaela.) (Un calambre en esta pierna.) (Se sienta.)

MERCEDES Así, pues, me felicito y felicito a mi hijo Fernando por tener la suerte de ingresar en el seno de una familia tan simpática como respetable. Este género de familias ya va desapareciendo, por desgracia. La agitación de la vida moderna, la irregularidad en las costumbres hacen que muchos hogares no sean lo que parecen. Hay mucha corrupción, señora, mucha, créame usted. ¡ Se lleva una cada chasco ! Hay muchos maridos infieles, muchas esposas ultrajadas, hijos naturales que aparecen inesperadamente..., faltas ignoradas...

RAFAELA (¡ Qué aplomo !... ¿ Se burlará ?)

MERCEDES En cuanto a mi hijo, poco tengo que decir. Aun es muy joven, ha sido algo loco, pero ya va corrigiéndose, y espero que cuando esté casado...

RAFAELA (Levantándose.) (No puedo más..., me engañan mis fuerzas.)

- RAFAEL (¡ Llega la catástrofe !)
- MERCEDES Angela, su hija de usted, no se arrepentirá de haberle elegido por esposo.
- RAFAEL (Aterrado.) ¡ Llegó !
- RAFAELA (Asombrada.) ¿ Cómo? ¿ Qué dice usted?... ¿ Su hijo esposo de mi hija?... El hermano con... ¡ Ay !... ¡ Me vuelvo loca..., me vuelvo loca..., no quiero escuchar más !
(Vase llorando por primera derecha)
- RAFAEL Dispénsenla ustedes..., padece de los nervios..., y siempre que le hablan de casar a su hija..., la idea de separarse de ella... Ya comprenderán... ¡ La quiere tanto !
- MERCEDES Sí, sí, es lógico. No importa. Ya volveremos.
- RAFAEL Eso es ; vuelvan ustedes otra vez, dentro de un par de años..., (Rectificando.) de un par de días..., y ya se le habrá pasado. (Mañana mismo emigro de esta población.)
- MERCEDES Hasta la vista, caballero.
- RAFAEL. (Saludando.) Señora...
- FERNANDO (Acercándose mucho a Rafael y hablándole en la misma cara.) Hasta la vista. (Le da intencionadamente un fuerte pisotón.)
- RAFAEL (Haciendo un gesto de dolor.) ¡ Uy, qué bruto !
¡ Qué dolor !) (Sonriéndose forzadamente.) He tenido muchísimo placer... (¡ Quiá !) (Se dirigen todos al foro. Oyese dentro ruido de voces desatempladas, como de personas que disputan.)
- MERCEDES ¿ Qué es eso?
- FERNANDO Parece que riñen. (Aparecen en el fondo Sabas y Catalina, que disputan acaloradamente. Catalina lleva en la mano el retrato que sacó en el acto primero. Administra a Sabas algunos empujones y le da con el retrato en la cara.)

ESCENA ÚLTIMA

RAFAEL, MERCEDES, FERNANDO, SABAS y CATALINA. Después, ÁNGELA. Después, RAFAELA. Después, EUGENIA y VALENHINA. Después, MELECIO.

CATALINA (A Sabas.) Anda, sátiro, pillastre, Sardanápalo, Herodes. (Enseñándole el retrato.) Te lo vas a comer.

RAFAEL (¡ Esos faltan !)

CATALINA (Viendo a Rafael.) ¡ Ay, Rafael !... ¿ No sabe usted lo que me pasa ? ¡ Mire usted qué retrato he encontrado en mi cesta de labor ! Es hija suya..., de Sabas... Ese tuno tenía una hija natural. Que lo sepa todo el mundo. (A Mercedes.) Mire usted, señora.

SABAS (A Rafael.) (Sálvame.)

RAFAEL (A Sabas.) (Es el primer pronto.)

ANGELA (Por la segunda izquierda.) (¡ Fernando !)

MERCEDES (¡ Angela !) ¡ Señorita ! (Saludando.)

ANGELA (Saludando.) Señora... (A Catalina.) ¿ Le ha dicho a usted ya don Sabas que su hijo vive ?

CATALINA Su hija será, es hija.

ANGELA No. El otro, el hijo... Tiene un hijo.

CATALINA (Dando un salto.) ¿ También un hijo ?... Y ya son dos.

FERNANDO (Que ha mirado con curiosidad el retrato que aun conserva su mano.) Yo conozco a esta mujer.

CATALINA ¿ Sí ? ¿ Quién es ? Deme usted datos.

FERNANDO Es Anita Coral, domadora de perros. Una de las cinco hermanas Corales.

CATALINA ¿ Cinco hermanas ? Entonces mi marido tiene cinco hijas... y el hijo, seis...

SABAS (Ya me es igual. Vengan hijos.)

CATALINA (Amenazando a Sabas.) ¡ Pillo, facineroso !... ¡ Ay, ay !... (Se desmaya, lanzando antes algunos gritos. Todos acuden a socorrerla.)

RAFAELA (Por la primera derecha.) ¿ Qué pasa ? ¡ Catalina !... (Se acerca a ella.)

ANGELA (Que ha hablado breves momentos con Fernando.

Acercándose a Rafaela.) ¡ Gracias, mamá, gracias !

RAFAELA ¿ Por qué ?

ANGELA Por haber consentido en mi matrimonio con Fernando.

RAFAELA Pero, desgraciada, ¿ sabes tú quién es este hombre ?

ANGELA ¿ Este hombre ?

RAFAELA ¡ Es tu hermano ! (Cae desmayada en una silla.)

RAFAEL (¡ Agua va !) (Salen Valentina por el foro y Eugenia segunda derecha.)

ANGELA (Aterrada.) ¡ Mi hermano ! (Cae desmayada en otra silla.)

FERNANDO (Llevándose las manos a la cabeza.) ¡ Su hermano ! ¿ Luego mi padre...

MERCEDES ¡ Hermanos !... ¡ Luego mi marido !... ¡ Ay !... (Cae desmayada.)

RAFAEL ¡ Un médico ! (Vanse los dos corriendo por el foro.)

SABAS (En primer término, cruzándose de brazos. A Rafael.) ¡ Satanás, contempla tu obra !

RAFAEL (También cruzado de brazos.) ¡ Contempla la tuya, Lucifer !

MELECIO (Entrando por el foro.) Felices. Venía a saber la respuesta... (Al darse cuenta de la escena abre desmesuradamente los ojos y toma una expresión de asombro extraordinario.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Un gabinete en casa de Rafael. Cuatro puertas laterales. En el foro derecha, puerta de entrada. En el foro izquierda, un balcón con una persiana levantada al empezar la acción. Muebles diversos.

ESCENA PRIMERA

VALENTINA y EUGENIA, preparando una taza de tila y un vaso de mixtura antiespasmódica que hay sobre un velador. Voces de RAFAELA y ANGELA dentro. Después, RAFAEL.

EUGENIA Yo no he podido enterarme bien, pero algo he cogido al vuelo. Según parece, la señorita Angela no es hija de don Rafael, sino de don Sabas, y don Sabas es hermano de la madre del señorito Fernando, y la madre del señorito Fernando no es madre... ni tiene padre; en fin, hija, yo sospecho, en vista de esto, que aquí pasa algo extraño.

VALEN. ¡Pero cómo está todo! En cada casa hay un melodrama de gran espectáculo.

RAFAELA (Dentro, en primera derecha.) Eugenia. La tila.

EUGENIA Voy, señora. (Vase por primera derecha llevando la taza.)

ANGELA (Dentro, en segunda izquierda.) Valentina. La antiespasmódica.

VALEN. Voy, señorita. (Vase por primera izquierda llevándose el vaso. Sale Rafael, por segunda derecha, con un frasco en la mano. Lleva un batín de mañana. Su aspecto es el de un hombre abatidísimo. Viene lentamente al proscenio y se sienta en una butaca.)

RAFAEL. (Leyendo la etiqueta del frasco.) «Este específico, compuesto de bromuro de potasio, bromuro de sodio y bromuro de alcanfor, hace desaparecer en el acto la excitación nerviosa más rebelde. Una cucharada de café cada tres horas.» ¡Ay! Pero no hace desaparecer los hijos sobrenaturales, ni los líos conyugales, ni la indignación de las esposas ofendidas... En fin..., venga bromuro. (Lo prepara en una copa con servicio de botella, cucharilla, etc, que habrá en el velador, y lo bebe durante lo que sigue.) ¡Qué noche, Dios mío!... ¡Qué noche he pasado! Un batallón de hijos fantásticos me rodeaba en sueños, me acariciaba, me llamaba papá. Los había rubios, morenos, castaños, altos y bajos, púberes e impúberes, guapos y feos. Otro batallón de madres abandonadas, todas guapas, se dirigía hacia mí, llevando un estandarte en que se leía: «Reparación por subsiguiente matrimonio.» Otro batallón de abogados y procuradores, con Rafaela al frente, se acercaba gritando: «Divorcio.» (Aparece Sabas por el foro.) Y Sabas, el pobre Sabas, a quien he puesto en el mayor de los apuros, salía del centro de una nube vestido de clown, rodeado de sus cinco hijas, bailando en el alambre, seguido de los perros amaestrados que enseña Anita, y me decía iracundo: «¡En buen lío me has metido!»

SABAS (Que ha ido avanzando hasta quedar detrás de Rafael.) ¡En buen lío me has metido!

RAFAEL (Volviéndose sobresaltado.) ¡Eh!... ¿Tú?

SABAS Sí. Yo. (Yendo a sentarse en otra butaca.) Y siento decírtelo, chico, pero tu recurso maravilloso no vale absolutamente nada. ¡Valiente papa! (Mientras habla toma pastillas de una cajita que saca del bolsillo.) No te habrás quedado calvo por inventarlo.

RAFAEL No; mi calva es anterior. ¿Qué comes?

SABAS Pastillas de coca y kola para levantar las fuerzas.

RAFAEL Bien hecho. Este asunto trae mucha cola, te lo advierto.

SABAS Después del escándalo de ayer me he quedado exánime, postrado, anémico, raquí-tico...

RAFAEL Como yo.

SABAS Sí, pero tú siquiera no tienes más que un hijo, y yo me encuentro con seis... ¡y cinco hembras! ¡Cualquiera las casa!

RAFAEL Es que el mío vale por doce. No puedo deshacerme de él. Ni aun matándole.

SABAS ¿Todavía no se ha marchado?

RAFAEL (Levantándose.) ¡Quíá! Está en la fonda de ahí enfrente con su madre. (Mirando por el balcón.) Mirale, allí le tienes en la ventana, afeitándose con la mayor tranquilidad, como si no hubiera hecho nada, como si no fuera mi hijo. (Con amargura.) ¡Mi hijo!... ¡De qué buena gana le asesinaría! (Enseñándole los puños.) Pillo, tunante, ¿para qué has venido a Astorga? Para envenenar mi hogar honrado, y para administrarme puñetazos, pellizcos y pisotones. Ya me ha visto. Sí, a ti, a ti te digo. (Bajando la persiana.) Ea, no quiero ni verle.

SABAS Y ahora, ¿qué piensas hacer? ¿Qué piensas inventar?

RAFAEL No lo sé. El embrollo es demasiado grande. Fernando, enamorado de mi hija. Angela, enamorada de mi hijo. Rafaela, creyéndolos hermanos.

SABAS ¡Vaya una ensalada!

RAFAEL No veo más solución que emprender un viaje por el extranjero. El tiempo hará olvidar...

SABAS ¿No sería mejor confesar a tu mujer que tu hijo era inventado, artificial..., que nunca lo has tenido?

RAFAEL ¿Y cómo explico entonces mis repetidos y prolongados viajes a Madrid? Eso sería

confesar que la engañaba cínicamente desde hace mucho tiempo.

SABAS Tienes razón. No hay más recurso que tomar kola. (Tomando una pastilla.) Mucha kola.

RAFAEL Y bromuro. (Bebiendo.) Mucho bromuro.

ESCENA II

Dichos. VALENTINA, EUGENIA; después, CATALINA, por el foro. Eugenia sale por primera derecha.

RAFAEL (Viéndola.) ¡ Ah ! Eugenia, ¿ cómo está la señora ?

EUGENIA Llorando. (Vase por el foro.)

RAFAEL (¡ Cuánto me remuerde !... Esas lágrimas caen sobre mi conciencia como piedras de molino.) (Viendo a Valentina, que sale por primera izquierda.) Valentina, ¿ qué hace Angela ?

VALEN. Llorar. (Vase por el foro.)

RAFAEL ¿ Lo has oído, Sabas ? ¡ Lágrimas por todas partes ! ¡ Qué sinvergüenzas somos !

SABAS Oye, oye... Lo serás tú. Yo, después de todo, no soy más que un modesto discípulo tuyo que inconscientemente...

RAFAEL Que inconscientemente quería engañar a su mujer y correr unas cuantas juerguecitas. A mí no me vengas ahora con hipocresías. Me ratifico en lo de sinvergüenzas.

SABAS (Resignado.) En fin, si tienes mucho empeño... aceptaré la falta de vergüenza que me corresponda.

RAFAEL Estas lágrimas que aquí se vierten no son las únicas que nuestra infame conducta ha provocado. De seguro que en estos mismos instantes tu mujer, tu pobre Catalina, pasado el primer momento de estupor, estará llorando amargamente. Me la figuro anegada en lágrimas.

ESCENA III

Dichos. CATALINA, por el foro, con una carta en la mano.

CATALINA (Entrando.) ¿Está aquí ese trapisondista, ese cocodrilo?... (Viendo a Sabas.) Sí... está aquí. ¡Hola, Rafael!

SABAS (A Rafael.) ¡Anda, para que te la figures anegada en lágrimas! Ésta no se anega ni en el Missisipí.)

CATALINA ¿Qué dirá usted que he averiguado?

RAFAEL No caigo.

SABAS (¿A qué me salen más hijos?)

CATALINA Pues las hijas de este monstruoso marido, que Dios confunda, están muy cerca de aquí.

RAFAEL ¿Dónde?

CATALINA En León, trabajando con una compañía ecuestre. Mire usted el programa. (Se lo entrega.) Son, efectivamente, cinco hermanas. Anita presenta nueve perros amaestrados y un gato que toca el arpa. Estrella baila la serpentina. Zoraida tira al blanco. Rosina trabaja en la percha, y Flora se traga un sable.

SABAS (Pues tengo una familia muy entretenida. Para las noches de invierno es una ganga.)

CATALINA (Enseñando la carta.) He venido a leerle a usted la carta que escribo a estas individuos.

SABAS ¡Ah!... ¿Pero vas a escribirles?... ¿Te vas a rebajar?...

RAFAEL (Complicación postal.) ¿Pero va usted a escribir?...

CATALINA Naturalmente, quiero enterarlas de que en ningún caso podrán contar conmigo, de que no acepto el papel de madre acrobática que sin duda me reserva el porvenir. (A Rafael.) Y deseo que usted me aconseje, me dé su opinión... Escuche usted.

(Leyendo.) «A las cinco hermanas Corales, en León. Teatro Circo. Jóvenes.» ¿Qué le parece a usted?

RAFAEL ¿Qué?

CATALINA Lo de jóvenes.

RAFAEL Bien... A mí las jóvenes siempre me han parecido mejor que las viejas.

CATALINA No quiero llamarles señoritas, porque Dios sabe..., y mucho menos hijas... Por eso busco un término medio. (Leyendo.) «Jóvenes. Si la Naturaleza no me ha concedido la alegría de ser madre...»

SABAS No ha sido por mi culpa...

CATALINA ¡Descarado! (A Rafael.) ¡Todavía se atreve a hablar!

RAFAEL Siga usted. No le haga caso.

CATALINA (Leyendo.) «Si la Naturaleza no me ha concedido la alegría de ser madre, el instinto de la maternidad existe, sin embargo, en estado latente dentro de mi pecho.»

RAFAEL Muy bien.

CATALINA «Pueden ustedes, jóvenes, adivinar qué sacudida tan violenta sentiría mi alma cuando averigüé, repentinamente, que mi marido era el padre de cinco hijas, en las cuales yo no tenía participación de ningún género. Pasado que fué el primer momento de cólerica indignación, razoné de esta suerte: ¿Quién sabe, me decía yo, si esas muchachas serán la alegría, el apoyo y el consuelo de mi vejez? Pero al saber quien eran ustedes y la clase de vida que arrastran, comprendí que tales sueños no podían realizarse. Entre ustedes y yo media una gran distancia, que no puede salvarse ni aun con trampolín. Los volatines en sí no deshonoran a nadie; pero debo decir a ustedes que yo siempre he marchado por el árido camino de la virtud, y que la única vez que me he retratado fué con un traje decoroso, en el que entraron más de veintiséis varas de tela, sin

contar los forros.» ¿Qué le parece a usted?

RAFAEL Mucha tela.

CATALINA Digo la carta.

RAFAEL ¡Ah!... Bien..., muy elocuente..., muy moral... Esa carta convence a las cinco hermanas... y a toda la compañía y al *gato del arpa*.

CATALINA Creo que bastará con esto para que comprendan...

RAFAEL Vaya. ¡Y poco que se van a reír cuando reciban...!

CATALINA ¿A reír?

RAFAEL Digo, a llorar..., a llorar... ¡Pobres muchachas!

CATALINA ¿Me hace usted el favor de un sobre y un tintero?

RAFAEL Con mucho gusto. (Vase Rafael por la segunda derecha.)

ESCENA IV

Dichos y FERNANDO, por el foro.

CATALINA (A Sabas.) En cuanto a ti, pensé al principio solicitar el divorcio, pero luego...

SABAS Eso sería demasiado. No pido tantas gollerías.

CATALINA ¿Gollerías, eh?... Y ahora que me acuerdo, tú tienes también un hijo... Habrá que resolver respecto de ese muchacho. Es preciso que no cuente con nosotros. Yo me lavo las manos para el porvenir.

FERNANDO (Por el foro.) ¿Dan ustedes permiso?

CATALINA Aquí está precisamente. Sí, sí, pase usted.

SABAS (A Catalina.) (Pero Catalina, que no es éste..., que éste es..., que este joven... Que te equivocas.)

CATALINA (A Sabas.) (Basta. Angelita me dijo que era éste. No se me despinta.)

- SABAS (¡Más pasó Jesucristo! (Tomando pastillas) Levantaremos las fuerzas, por lo que pueda ocurrir.)
- CATALINA (A Sabas.) (Ni una palabra. Voy a hablarle yo.)
- SABAS (Resignado.) (Como quieras.)
- CATALINA (A Fernando.) Joven.
- FERNANDO Señora...
- CATALINA Le ruego que me preste toda su atención.
- FERNANDO Con muchísimo gusto.
- CATALINA Si la Naturaleza no me ha concedido la alegría de ser madre, el instinto de la maternidad existe, sin embargo, en estado latente dentro de mi pecho.
- FERNANDO (Asombrado.) (¿Qué dice esta señora?)
- SABAS (¡Se sabe de memoria la carta! Y le sirve lo mismo para los varones que para las hembras.)
- CATALINA No le quiero hablar de la falta a la cual debe usted su existencia. Usted no tiene la culpa de semejante falta. El culpable, el único y verdadero culpable es su señor padre.
- FERNANDO (Caramba, también ésta conoce a mi padre...)
- CATALINA Pero yo, que no tengo nada que reprocharme, ¿debo soportar las consecuencias? Vamos, sea usted franco.
- FERNANDO A mí me parece que no. (¿Y qué me importará?...)
- CATALINA El apellido inmaculado de Ortiz debe quedar a salvo en este asunto.
- FERNANDO ¿Ortiz?... ¿Es usted quizás la señora de Ortiz?
- CATALINA La misma.
- FERNANDO Hombre, ¡gracias a Dios!... Tenía curiosidad... ¿Y este caballero?
- CATALINA Mi esposo, aunque me esté mal el decirlo.
- SABAS (Y a mí serlo.)
- FERNANDO (Saludando.) ¿Usted es Ortiz? Por muchos años.
- CATALINA (Pretende disimular. Es delicado.) Dicho

esto, apreciable joven, sepa usted que ni ahora ni en el porvenir podrá contar con nosotros para nada absolutamente. ¿Comprende?

FERNANDO Sí, sí, que no puedo contar con ustedes...
(Ahí me las den todas.)

CATALINA Absolutamente para nada. Adiós.

FERNANDO Adiós, señora. (Sin moverse.)

CATALINA Puede usted retirarse.

FERNANDO Pero si es que...

ESCENA V

Dichos y RAFAEL, por segunda derecha, con un sobre y un tintero.

RAFAEL Aquí tiene usted. (Viendo a Fernando.) (Atiza..., mi hijo.)

CATALINA Gracias. (Se sienta ante el velador y escribe rápidamente el sobre, cerrando la carta. Rafael permanece a su lado mientras hablan aparte Sabas y Fernando.)

FERNANDO (Llevando aparte a Sabas.) (Dispense usted... ¿La señora?) (Tocándose la sien con un dedo.)

SABAS (Sí, sí. Rematada. ¿Lo ha comprendido usted?)

FERNANDO (A las primeras palabras que pronunció. ¿Y hace mucho tiempo que está así?)

SABAS (Desde que nos casamos. Un enfriamiento, ¿sabe usted?)

FERNANDO (¡Qué desgracia tan horrible !)

SABAS (Sobre todo para mí.)

FERNANDO (Vaya, pues que se alivie.)

SABAS (Muchas gracias.) (Se saludan con una reverencia.)

CATALINA (Levantándose.) Vamos al correo.

SABAS Donde quieras. (A Rafael.) (Oye, quedemos en algo definitivo. O este hombre es hijo mío o es hijo tuyo, pero de los dos no puede ser.)

CATALINA Anda. Adiós, Rafael.

RAFAEL Adiós.

CATALINA Caballero . . . (Saludando a Fernando, que contesta)
(¡ Pobrecillo !) (Van-se Catalina y Sabas, por el
toro)

ESCENA VI

RAFAEL y FERNANDO.

RAFAEL. (Incomodado, a Fernando.) Pero hombre, ¿tie-
ne usted la frescura de presentarse aquí
después de lo ocurrido ayer tarde?

FERNANDO. Si usted mismo me ha llamado.

RAFAEL. ¿Que yo le he llamado?

FERNANDO. Desde ese balcón.

RAFAEL. (Amenazándole con los puños cerrados, imitando los
movimiento que hizo en el balcón.) ¿A esto le
llama usted *llamar*? Entonces para usted
amenazar será esto. (Hace ademán de llamarle
carñosamente con la mano.) Mal anda usted de
señas. No sirve usted para sordo-mudo.

FERNANDO. Bien. ¿No me ha llamado usted? Pues yo
he venido, señor don Rafael Mosquera,
antes Campomanes.

RAFAEL. ¿Cómo? ¿Sabe usted?

FERNANDO. Su verdadero nombre. Y ahora compren-
do que como padre de Angelita, y guia-
do por el noble deseo de evitar revelacio-
nes tristes y un escándalo cierto, tratase
usted de despistarme y alejarme de aquí,
apelando a todo género de subterfugios,
de embustes muy disculpables... (Estrechán-
dole la mano.) Gracias, don Rafael. Su in-
tención era recta y honrada.

RAFAEL. Y el puñetazo que me dió usted también
era recto.

FERNANDO. Me duele mucho haber hecho eso. Créa-
me usted, don Rafael, hay puñetazos que
duelen después de administrados.

RAFAEL. Y en el momento de la administración.

FERNANDO. Quéda retirado. Perdóneme usted.

RAFAEL. Sí, sí, le perdono. (Menos mal que éste
disculpa mis mentiras.)

FERNANDO Comprendo la situación de usted... Es terrible.

RAFAEL No lo sabe usted bien.

FERNANDO Comprendo el efecto que mi presencia en esta casa le habrá producido.

RAFAEL No lo sabe usted bien.

FERNANDO Sé que debo marcharme.

RAFAEL Eso sí lo sabe usted bien. Cuanto más pronto mejor. Mi honor lo exige. La paz conyugal lo reclama.

FERNANDO Pero antes quisiera... despedirme...

RAFAEL ¿De quién?

FERNANDO De... mi madre... No..., dispense..., de su esposa... y de Angelita...

RAFAEL (No creo que me perjudique... Al contrario, ayuda..., da verosimilitud...) Aguarde usted. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA VII

FERNANDO; luego, RAFAEL y ÁNGELA.

FERNANDO ¡Qué crueldades encierra el destino! ¿Quién podía sospechar que mi padre, un hombre tan serio, tan respetable, había tenido amores con la señora de Mosquera?... ¡Y probablemente con la señora de Ortiz! Resulta, pues, que yo soy hijo de la mujer con cuya hija quería casarme, y que la que hasta hoy pasó por madre mía no era más que madrastra. ¡Ah!... ¡La vida!... ¡La despreciable vida! ¡Nazca usted para esto!

RAFAEL (Por la primera izquierda, llevando de la mano a Angelita, que llora.) Aquí tiene usted a su hermana. (A Angelita.) Quiere despedirse de ti.

FERNANDO (Conteniendo un sollozo.) ¡Ángela!

ÁNGELA ¡Fernando!

FERNANDO Abrázame.

ÁNGELA ¡Con toda mi alma! (Se abrazan estrechamente.)

RAFAEL (Alarmado.) Eh... eh..., niños..., ¡eso sí que no!

ANGELA ¿Por que no? Una hermana tiene siempre el derecho de abrazar a su hermano.

FERNANDO Y un hermano a su hermana.

RAFAEL ¡Aprieta!

FERNANDO Ya lo oyes, Angela, que apretemos.

RAFAEL No, hombre, si es exclamación. ¡Aprieta!

FERNANDO (Sin dejar de abrazarla.) Es el último..., y entre hermanos...

RAFAEL Sí, lo comprendo..., pero es que vosotros sois hermanos *subterráneos*. Ea. Basta de sobo.

FERNANDO ¡Sobo!... No llame usted sobo a la más pura afección, (Se separan.) al más tierno cariño.

RAFAEL Bien, bien, voy a avisar a Rafaela. Cuidadito, ¿eh?... Que no quiero abrazos fraternales. (Vase por primera derecha.)

ANGELA Escucha, hermano mío. En todo esto hay una cosa que no puedo comprender. Mi madre me dijo que tú eras el hijo del señor Ortiz, pero después, por lo ocurrido, se desprende que eres mi hermano, y por lo tanto, hijo de uno de mis padres.

FERNANDO La explicación es bien sencilla. Tu madre, al verme en esta casa, quiso ocultarte la horrible verdad, apelando para ello a cualquier subterfugio; pero al saber nuestras intenciones no pudo callar por más tiempo y reveló el secreto.

ANGELA Sí, eso habrá sido.

FERNANDO No se puede ya dudar. Tu madre me dijo ayer que conocía a mi padre hacía mucho tiempo... Esto que todos ignorábamos equivale a una confesión. ¿Cómo le conoció? No lo sé. ¿Qué pasó luego?... Tampoco lo sé.

ANGELA Es un misterio que nos ocultarán probablemente toda la vida. Yo pensé preguntar a la señora Ortiz.

FERNANDO La loca, que también conoce a mi padre.

ANGELA Pero no me he atrevido.

FERNANDO Vale más ignorar. Sólo sabemos una cosa : que somos hermanos.

ANGELA Por eso tenemos que querernos fatalmente.

FERNANDO (Con gravedad.) La voz de la sangre.

ESCENA VIII

Dichos. RAFAEL y RAFAELA, por primera derecha.

RAFAEL Vamos, Rafaelita. Ya no tiene remedio. Serénate. Hoy mismo se van. Nosotros también nos iremos. Lo pasado, pasado. Valor.

RAFAELA Lo tengo. Ya lo ves. No lloro. (A Fernando y Angela.) Hijos míos.

FERNANDO ¡ Ma... ! (Rectificando.) Señora.

ANGELA ¡ Mamá !

RAFAELA Espero, querido Fernando, que hará usted la debida justicia a mi intención, y me perdonará la desagradable escena de ayer. Yo no podía dejar que se casaran ustedes.

FERNANDO Efectivamente. Y yo, a mi vez, espero que usted me perdone el disgusto que por mí ha sufrido. Como usted comprende, yo no podía decir a cada muchacha a quien sacaba a bailar : « Dispense usted, señorita, ¿ sería usted por casualidad hermana mía ? »

RAFAEL (Gravemente.) No. Eso no se puede hacer.

RAFAELA Tened paciencia. Estos son los dramas de la vida. Pero no amilanarse. Después que cae la lluvia, vuelve a lucir el sol.

RAFAEL Es ordinariamente lo que suele ocurrir, si no está nublado.

RAFAELA Quizás vengan días mejores. Quizás andando el tiempo la alegría renacerá para todos nosotros. Mientras tanto, Fernando, prométame usted no guardar rencor contra aquellos que le dieron el ser.

FERNANDO (¡Pobre madre!...) Sí, lo prometo, señora; cuante usted con mi respetuoso y sincero cariño. (Se dan la mano)

RAFAELA Gracias.

RAFAEL Estas entrevistas no se deben prolongar. Estrujan el corazón y le convierten en una alcachofa. Los malos tragos hay que pasarlos pronto. Váyase, Fernando, váyase. Iré a despedirle a la estación. (Para cerciorarme de que se marcha efectivamente.)

FERNANDO (A Angela.) Adiós. (Se abrazan.)

RAFAEL (Separándolos.) ¡Dale!... Si es peor abrazarse... Se sufre más..., y despidiéndose a cierta distancia... se sufre menos.

FERNANDO (A Angela.) ¿Te acordarás de mí?

ANGELA Eternamente. (Fernando quiere abrazar de nuevo a Angela.)

RAFAEL (Separándolos.) Bueno... A mí, a mí. (Le detiene los brazos.)

FERNANDO Sí. (Le abraza sollozando; en seguida abraza a Rafaela, que también solloza.)

RAFAEL (Separándolos.) ¡Vamos!... (¡Y que yo tenga que consentir esto!...) (Empuja a Fernando hacia el foro y le echa, no sin que antes Fernando, al cruzarse con Angela, la abraza de nuevo, separándolos Rafael. Vase Fernando.)

ESCENA IX

Dichos menos Fernando. Después, VALENTINA, por el foro, con una tarjeta en la mano.

RAFAEL ¡Se acabó!... Ahora sí que se acabó. No pensemos más en él. Se le seguirá pasando su asignacioncita mensual, si le parece... y *laus Deo*. Además, mañana mismo saldremos para Italia, o Francia, o Valladolid..., en fin, para cualquier sitio donde no nos conozcan, donde no se murmure... Dentro de un par de meses vol-

veremos, y aquí no ha pasado nada. (A Angela.) Tú buscas otro novio, procurando que no resulte pariente tuyo, y te casas cuando quieras..., a no ser que por fin te decidas por Melecio.

ANGELA ¿Por Melecio? Antes el claustro. ¿Por qué no habrá sido Melecio hermano mío en lugar de Fernando?

RAFAELA Niña, los hermanos no se escogen. Hay que tomar lo que viene, y no se admiten cambios ni devoluciones una vez fuera del establecimiento.

VALEN. (Entrando.) Este caballero (Entregando a Rafael la tarjeta.) desea hablar urgentemente con los señores. Dice que viene de Madrid sólo para ver a ustedes. Espera en el saloncito.

RAFAEL (Leyendo la tarjeta.) «Isidro Calleja. Comisionista de vinos generosos.» ¿Calleja? (Haciendo memoria.) ¿Quién es Calleja? ¿Quién es Calleja? (A Rafaela.) ¿Tú sabes quién es Calleja?

RAFAELA Debe ser un señor que vende vinos.

RAFAEL ¡Toma, eso ya lo sabía yo! Dí (A Valentina.) que no estamos..., o que estamos de luto.

RAFAELA Pero reflexiona que si viene de Madrid expresamente... acaso se trate de algún amigo... Puede que le conozcamos y al pronto no recuerdes.

RAFAEL Tienes razón. Pues mira, recíbele tú, mientras yo me adecento un poco, porque así... (Indicando su ropa. Le da a Rafaela la tarjeta.)

RAFAELA Bien. (A Valentina.) Que pase ese caballero.

ANGELA ¿Quieres algo, mamá?

RAFAELA Nada, hija mía. Que tengas resignación. (Vase Angela por la primera izquierda.)

RAFAEL (Que iba a salir por la segunda derecha, volviendo de repente junto a Rafaela y tomándole una mano.) ¿Me perdonas?

RAFAELA (Después de vacilar.) Sí.

RAFAEL (Besándole la mano.) Eres un ángel. En pago a tanta generosidad, le encargaré para ti a Calleja seis cajas de vino generoso. (Vase por segunda derecha.)

ESCENA X

RAFAELA. BALTASAR, por el foro, seguido de VALENTINA, que vuelve a marcharse.

VALEN. Pase usted.

BALTASAR (Saludando.) Señora...

RAFAELA Caballero...

BALTASAR Usted perdonará la libertad..., la molestia...

RAFAELA Es usted muy dueño. Hágame usted el favor de sentarse. Mi esposo saldrá en seguida.

BALTASAR Gracias. (Se sientan.) El objeto que aquí me trae...

RAFAELA No me parece difícil de adivinar. Realmente en casa bebemos muy poco, y únicamente en ciertos y determinados días... La celebración de algún santo..., algún convite íntimo... Sin embargo, le anticiparé que mi esposo piensa tomarle seis cajas.

BALTASAR ¿Seis cajas de qué?

RAFAELA De vinos generosos... Jerez..., Málaga...

BALTASAR Me parece difícil, porque yo no vendo vinos.

RAFAELA Entonces... no comprendo... esta tarjeta... (Enseñándosela.)

BALTASAR Es de un amigo cualquiera. La primera que encontré en mi tarjetero.

RAFAELA (Levantándose.) ¿Y puedo saber con qué intención?...

BALTASAR Calma, señora. Se trata de un ardíd. Necesito hablar con ustedes sin descubrir mi verdadero nombre. Ni mi mujer ni mi

hijo deben saber aún que he llegado a esta población, siguiéndoles la pista, y por si acaso se hallaban en esta casa.

RAFAELA ¡ Ah ! ¿ Usted viene siguiendo la pista a su mujer y a su hijo ? (Se sientan de nuevo.)

BALTASAR Que aprovechando una corta ausencia mía, desaparecieron del domicilio conyugal sin decir *oste* ni *moste*, y, lo que es peor, sin advertirme a donde se dirigían. Yo no soy un hombre desconfiado ni celoso, no, señora, soy un niño, ¿ sabe usted ? Un niño grande..., un pedazo de pan... grande...; pero francamente, me ha parecido muy extraño este viaje de mi mujer... sin decir *oste* ni *moste*, como indiqué anteriormente. Por los criados supe que había venido a Astorga. Mi extrañeza no pudo por menos de aumentar. Ellos no conocen a nadie en Astorga, yo no conozco a nadie en Astorga. ¿ Pues a qué a Astorga ? ¿ Qué se les ha perdido en Astorga ?

RAFAELA (Impaciente.) Usted sabrá.

BALTASAR Si Astorga fuera un sitio de recreo digno de visitarse... si tuviera monumentos que admirar... o aguas minerales... en fin algo... pero si a mí hasta me parece mentira que haya personas tan simples que vivan en Astorga.

RAFAELA (¡ Qué grosería !) (Levantándose.) Caballero, nosotros no tenemos nada que ver en asuntos de familia, y le suplico...

BALTASAR ¿ Cómo que no tienen ustedes que ver ? Ya lo creo. Acabo de enterarme de que mi mujer y mi hijo estuvieron ayer en esta casa largo rato. A eso de las cinco. Luego ustedes se conocen, y algo deben de saber.

RAFAELA ¿ Cómo?... ¿ que ayer?... ¿ dice usted que ayer?... Sí, efectivamente..., pero entonces, usted debe ser...

BALTASAR Baltasar Palmerín, agente de negocios, para servir a usted.

RAFAELA (Asombrada.) ¡Palmerín!... ¿Usted es el pobre Palmerín?... ¿el desgraciado Palmerín?

BALTASAR ¿El desgraciado? Así, así. Tengo una suerte regular. No soy una mascota, pero tampoco me quejo.

RAFAELA (Menos mal.) Dispense usted que al pronto... la emoción... no podía figurarme que usted se presentara en esta casa... Yo no sabía que su mujer de usted tuviese un marido. La creía soltera.

BALTASAR Vamos, sí, nos creía usted lío. ¡Caracoles! Eso sí que no. Estamos casados a *macha martillo*. A piedra y lodo.

RAFAELA Entonces usted... se habrá casado con ella después.

BALTASAR ¿Después de qué?

RAFAELA Después de *eso*... de *aquello*... Caramba, no sé cómo llamarlo para no ofenderle.

BALTASAR (Alarmado.) ¿*Eso*?... ¿*aquello*?... ¿Quiere usted explicarse?

RAFAELA ¿Le parece a usted bien que lo califiquemos de *contratiempo* o de *extravío*, o encuentra más decoroso *resbalón*?

BALTASAR No entiendo una palabra. Hable usted claro. (Excitado.) Exijo que hable usted con claridad.

RAFAELA Pues con claridad. Digo que usted se habrá casado con ella después de haber quedado rotas las relaciones que tuvo... con mi marido...

BALTASAR (Levantándose furioso.) ¡Demonio!... ¿Mi mujer y su marido?... ¿Relaciones?... ¡Ay qué sospecha!... ¡Ay qué sospecha!...

RAFAELA ¿Pero usted no lo sabía?

BALTASAR ¿Yo qué había de saber? Si ya se lo dije a usted. Si soy un niño grande. Un pedazo de pan.

RAFAELA (¡Pues la he hecho buena!)

BALTASAR (Paseándose agitado por la escena.) ¡Claro! ¡Na-

turalmente ! No me diga usted más. Ya me explico este viaje misterioso. Ya sé lo que se le ha perdido en Astorga. ¿Y usted, que no lo ignoraba, consiente así, con esa frescura, que celebren entrevistas como la que ayer celebrarían, indudablemente... a eso de las cinco?

RAFAELA No se excite usted, señor Palmerín. Yo no soy culpable de complicidad. He sufrido mucho... Un error funesto trajo aquí a esas personas. ¿Pero qué vamos a hacer? Lo mismo a usted que a mí nos toca resignarnos. Tenga usted presente que eran muy jóvenes... No reflexionaban... Lo que pueda repararse, se reparará. Si usted quiere, mi esposo reconocerá a Fernando.

BALTASAR ¡Cuerno ! ¿Qué está usted diciendo? ¿Reconocer a Fernando?

RAFAELA Sin duda. Su hijo no puede pagar las culpas de los padres.

BALTASAR (Con voz ahogada.) ¡Mi hijo ! ¿Pero es que...?

RAFAELA Sí. Es decir, su hijo en realidad no ; el hijo de mi marido.

BALTASAR ¡Ah ! ¿También eso? Y yo sin saber...

RAFAELA Pero, hombre, usted no sabe nada. Está usted en el Limbo.

BALTASAR ¡Y dentro de poco estaremos todos en el infierno ! ¡Monstruosa infamia ! ¡Horrenda iniquidad ! Señora, tráigame usted a su marido pronto. Quiero pulverizarle, triturarle, hacerle compota, mermelada, convertirle en tortilla. Vamos, ¿dónde está ese bandolero?

RAFAELA (Suplicante.) ¡Por Dios, caballero ! ¡No lo tome usted así !

BALTASAR ¿Quiere usted que lo tome a risa? Necesito sangre. Necesito venganza. ¡Su marido ! Venga ese marido o no respondo de mí. Considérese usted viuda.

RAFAELA (¿Qué he hecho, Dios mío? El choque va

a ser terrible. Avisaré a Fernando y a su madre.) (Vase corriendo hacia el foro.)

BALTASAR (Queriendo detenerla.) ¡Alto, señora!

RAFAELA (Desasíendose.) Déjeme usted. (Vase corriendo por el foro.)

ESCENA XI

BALTASAR y RAFAEL, por segunda derecha, vestido de levita.

RAFAEL (Saliendo.) Servidor de usted.

BALTASAR (¿Será éste?)

RAFAEL (Muy amable.) Hágame usted el obsequio de tomar asiento y dispensarme si le hice esperar. Estaba de trapillo...

BALTASAR (Calma.) (Se sientan.) Para matarle, siempre hay tiempo.)

RAFAEL Conque de Madrid, ¿eh?

BALTASAR (Secamente.) De Madrid.

RAFAEL Yo, al pronto, no recordaba de usted; después, la verdad, tampoco caigo. (Haciendo memoria.) Calleja, Calleja... Ya le habrá dicho mi señora...

BALTASAR ¡Ah! ¿Su señora? (El es.) (Se levanta involuntariamente, dirigiéndose a Rafael en actitud agresiva, pero se contiene y vuelve a sentarse.) (Parece imposible... un hombre tan feo...)

RAFAEL (¡Diantre!... ¿Qué hace?) (Retira un poco la silla.)

BALTASAR Sí. Ya me ha dicho su señora... Bastante me ha dicho, mucho más de lo que yo esperaba.

RAFAEL No esperaba que fueran seis cajas, ¿eh? Bueno, usted me dirá los precios y las clases que vende. ¿Pajarete? ¿Pedro Jiménez? ¿Cuál es su especialidad?

BALTASAR (Iracundo.) Mi especialidad son los asesinatos y las estrangulaciones. Mi bebida favorita, la sangre humana.

RAFAEL ¡Carambola! (Este comisionista es originalísimo y peligroso.)

- BALTASAR Ansiaba el momento de encontrarme con usted, señor Tenorio.
- RAFAEL No, si no me llamo Tenorio, amigo mío. Me llamo Rafael Mosquera.
- BALTASAR Y yo me llamo Baltasar Palmerín.
- RAFAEL (Aterrado.) ¿Pal?... ¿Pal?... (¡ Santo Dios !)
- BALTASAR El esposo de la mujer a quien usted engañó villanamente.
- RAFAEL Caballero..., usted se equivoca.
- BALTASAR Me lo acaba de confesar su esposa de usted.
- RAFAEL (¡ Madre mía ! ¿ Por qué me has echado al mundo ? ¡ Si yo no hacía ninguna falta !)
- BALTASAR ¿ Usted sabe con qué se lavan estas manchas en el honor ?
- RAFAEL No, señor... no he lavado ninguna... y no estoy práctico.
- BALTASAR Con dos pistolas. Cuerpo a cuerpo. Una cargada y otra descargada.
- RAFAEL Bueno. Eso me parece bien. Yo me tomaré la cargada, con permiso de usted.
- BALTASAR No. La suerte decidirá.
- RAFAEL ¡ Quiá !... Entonces renuncio.
- BALTASAR ¿ Se niega usted a batirse ? ¡ Cobarde !
¡ Seductor !
- RAFAEL (Aquí del carácter.) Me niego, sí, señor... y ojito con chillarme.
- BALTASAR ¡ Villano ! ¡ Mamarracho !
- RAFAEL ¡ Me insulta usted en mi propia casa !
- BALTASAR (Sacando un revólver.) ¡ ¡ Y le mataré a usted como a un perro ! !
- RAFAEL (Huyendo y escondiéndose tras los muebles.) Cuidado, no ande usted con esas cosas... a ver si se dispara y tenemos una tontería.
- BALTASAR Prepárese usted a morir. Le permito rezar un credo.
- RAFAEL (¡ Es un energúmeno !) Yo le diré... Yo le confesaré...
- BALTASAR (Exaltado.) No quiero oír nada.

RAFAEL (Aquí de la velocidad.) (Corriendo hacia el foro.) ¡ Socorro ! ¡ Socorro !

ESCENA XII

Dichos, RAFAELA, MERCEDES y FERNANDO, por el foro.

MERCEDES (Abalanzándose a Baltasar) ¿Qué vas a hacer, Baltasar?

RAFAEL ¡ Una barbaridad !... Fusilarme.

RAFAELA (A Rafael.) ¡ Calma, por Dios, calma ! No te pierdas, Rafael.

RAFAEL (Aparte a Rafaela) (Si no llegas tan a tiempo, me pierdo... ¡ vaya si me pierdo !... de vista.)

BALTASAR (A Mercedes.) ¡ Aparta, infame !...

MERCEDES (Asombrada.) ¿ Infame ?...

FERNANDO ¡ Papá !...

BALTASAR No me llames papá. Eso a aquél. (Por Rafael.)

MERCEDES ¿ Pero qué estás diciendo ?... ¿ Me insultas, cuando yo soy quien debía... mejor dicho, quien debe recriminarte ?

BALTASAR ¿ Tú ?

MERCEDES Yo. Conozco tu falta. Sé que antes de casarte conmigo tuviste relaciones equívocas con esta señora. (Por Rafaela.)

RAFAEL (¡ Se va arreglando ! ¡ Se va arreglando !)

RAFAELA (Asombrada.) ¿ Conmigo ?... ¡ Qué insensatez !

BALTASAR No te burles. He averiguado que antes de ser mi esposa tuviste relaciones... desiguales con ese individuo.

MERCEDES ¿ Estás loco ?

RAFAEL (¡ Me río yo del nudo gordiano !)

BALTASAR Y que Fernando es hijo tuyo, pero no mío.

MERCEDES Al contrario. Me consta que Angelita no es hija de este señor, (Por Rafael.) pero sí tuya.

FERNANDO ¿ Quieren ustedes explicarse y ponerse de

acuerdo, a ver si encuentro quien quiera ser mi papá definitivamente?

MERCEDES Aquí debe haber un error.

RAFAEL (¡ Un horror !)

RAFAELA Es indudable.

FERNANDO Veamos... (A Baltasar.) ¿Tú conocías a esa señora? (Por Rafaela.)

BALTASAR La he visto hoy por primera vez en mi vida.

RAFAELA Así es.

FERNANDO (A Mercedes.) ¿Tú conocías a este caballero? (Por Rafael.)

MERCEDES Nunca le había visto hasta hoy. Que lo diga él mismo. ¿Es verdad o es mentira? Vamos, hable usted...

RAFAEL (No puedo más.) (Gritando mucho.) ¡ Es verdad !

RAFAELA ¿Cómo? ¿Pues entonces Fernando no es hijo tuyo?

RAFAEL (Gritando.) ¡ No !... Yo no tengo hijos varones. Yo no tengo más hija que Angela. Yo no tengo faltas de qué arrepentirme, yo no tengo... vergüenza.

RAFAELA ¿Me has engañado?

RAFAEL De una manera indigna.

RAFAELA Durante diez y siete años.

RAFAEL Y cinco meses.

RAFAELA Ese hijo ausente y abandonado...

RAFAEL Era una invención, una superchería para obtener dinero y hacer frecuentemente viajes a Madrid. Allí conocí a Fernando, resolví utilizarle...

RAFAELA ¿Y el retrato, y los documentos que me enseñabas?

FERNANDO Todos míos. Siempre me estaba pidiendo mis papeles, que yo le dejaba con algún recelo, pero sin sospechar... ¡ ah, trapisondista ! ¿Conque era para eso? (Le da un pufetazo.) ¿Para eso?

RAFAEL Para eso... no hace falta pegar. Usted pega en seguida. Parece usted un bote de sindetikon.

- RAFAELA Rafael: la confianza inquebrantable que había depositado en ti acaba de desaparecer para siempre. En lo sucesivo te acompaño a todas partes, y no tendrás más dinero que el necesario para fumar.
- RAFAEL (Ya hay dos Sabas en Astorga. A tres reales por cabeza.)

ESCENA XIII

Dichos, CATALINA y SABAS por el foro. Catalina trae a Sabas cogido de una oreja.

- SABAS ¡Ay..., ay!... No tires, mujer, que me arrancas el lóbulo.
- CATALINA Buenos días.
- SABAS Rafael, no sirvo para estos líos. Lo he confesado todo.
- RAFAEL Me alegro. Y yo también.
- CATALINA (Enseñando el retrato.) ¿De modo que esta joven?... ¿Quién es esta joven?... La verdad...
- RAFAEL No es hija de éste. (Por Sabas.) Palabra de honor. Yo mismo le di el retrato a Sabas delante de Rafaela para que no sospechara que yo... corramos un velo. Ya le explicaré a usted...
- CATALINA (Por Fernando.) ¿Y este joven?
- RAFAEL Todavía no tiene padres fijos, pero deben ser estos señores, salvo mejor opinión.
- CATALINA ¿Pues sabe usted lo que le digo? Que son ustedes un par de sinvergüenzas.
- RAFAEL (A Sabas.) ¿Lo ves? Ya se lo decía yo a éste.
- SABAS Y me convenció. (Suspirando.) ¡Ah!... La culpa es de la primavera. Cuando el pájaro canta en la enramada, cuando el verde...

CATALINA Cuando volvamos a casa te voy a poner verde.

MERCEDES (A Baltasar, con quien ha estado hablando en voz baja.) Reconozco que hicimos mal en no advertírtelo, pero los negocios te absorben de tal manera, estás tan preocupado, que habíamos resuelto no decirte nada hasta saber si los señores de Mosquera daban su aprobación a nuestras pretensiones.

RAFAEL (Arrodillándose ante Rafaela.) Por última vez, ¿me perdonas, gacela mía?

RAFAELA Muy hermoso es perdonar; pero ¿quién me prueba que todo lo que afirmas no es una nueva invención, otro ardid para salir del paso?

RAFAEL ¿Una prueba? ¿Quieres una prueba? Hay una que te convencerá, porque es irrefutable, irrefutable, irresistible. (Yendo a la segunda izquierda.) Angela..., hija mía, ven.

ESCENA XIV

Dichos. ANGELA, por la segunda izquierda.

ANGELA ¿Qué quieres, papá?

RAFAEL (Llevándola de la mano hacia Fernando.) Te autorizo para que abras abrazes moderadamente a tu futuro esposo (antes hermano), Fernando Palmerín.

ANGELA Dios mío..., papá..., mamá... ¿Es cierto? ¿No éramos hermanos?

RAFAEL Ni pizca. Por mi parte, podéis casaros cuando queráis, digo... si... ustedes...
(A Mercedes y Baltasar.)

MERCEDES Nada tenemos que oponer.

ANGELA ¡Qué felicidad! (Se cogen las manos.)

RAFAEL (A Rafaela.) ¿Te convences ahora?

RAFAELA Completamente.

RAFAEL ¿Olvidas lo pasado?
RAFAELA Olvidado está. (Se estrechan las manos.)
RAFAEL (A Sabas.) ¿Ves, amigo Sabas? No hay nada mejor que la verdad. La verdad honrada, sincera, completa y varonil. No mientas nunca, que es vicio muy feo.
SABAS (Tiene razón. ¡Qué bien le ha salido!)
RAFAEL El verdadero arrepentimiento siempre alcanza el perdón.
SABAS Sí, sí. (Voy a ver si yo también consigo...) (Arrodillándose ante Catalina.) Gacela mía.
CATALINA (Volviéndole la espalda.) ¡Vete al cuerno!
SABAS (A Rafael.) (Esta gacela no es como la tuya. Está cerril.)
RAFAEL (A Sabas.) (Hay que conquistar los pantalones.)

ESCENA FINAL

Dichos. MELECIO, por el foro, con un cucurucho lleno de almendras en la mano.

MELECIO ¿Se puede?
RAFAEL Adelante.
MELECIO Buenos días. Venía a traer a ustedes este humilde kilogramo de almendras, y de paso a saber la contestación que me ofrecieron darme ayer... acerca..., acerca...
RAFAEL Acércate, pobre Melecio. (Indicando a Fernando y Angela, que hablan muy entusiasmados, siempre con las manos cogidas.) Allí tienes la contestación. Te convidamos a la boda.
MELECIO ¿Qué boda?
RAFAEL La de tu prima Angela con su novio Fernando Palmerín. (Melecio deja caer los brazos con desaliento, volviendo el cucurucho boca abajo y derramando en el suelo el contenido. Después se lleva las manos a la cabeza y vase corriendo por el foro.)

RAFAELA ¡ Pobre chico ! ¡ Qué golpe para él !
RAFAEL La felicidad de unos se amasa con las
lágrimas de otros.
SABAS Bonita frase. Me la apuntarás en un pa-
pel para decirla en el círculo.
RAFAEL Te la regalo. (Al público.)

Si mis apuros mortales
te han puesto de buen humor,
aplaude, dueño y señor,
LOS HIJOS ARTIFICIALES.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

10. 114.
FEDERICO OLIVER

LOS SEMIDIOS

Drama en tres actos, en prosa



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

LOS SEMIDIOSES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados, exclusivamente, de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por su autor para TEATRO MUNDIAL.

LOS SEMIDIOSSES

Tragicomedia en tres actos y en prosa

original de

FEDERICO OLIVER

Estrenada en el teatro Español, de Madrid, la noche
del 13 de Noviembre de 1914



*44-1-86
H. Oliver*

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1914

Al formidable intérprete

de "Los Semidioses"

Enrique Borrás

Federico Oliver

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

JUAN	Don Enrique Borrás.
MIGUEL	» Alfonso Muñoz.
ESPERANZA	Doña Conchita Robles.
MAMÁ DOLORSITAS	» Rafaela Lasheras.
SEÑÓ ANTONIO MOLINO	Don Leovigildo Ruiz Tatay.
RAFAEL MOLINO (MOLINETE)	» Rafael Cobefia.
DON CESÁREO RUBIO.	» Rafael Rapiérez.
DON MARTÍNEZ	» José Trescolí.
FÍGARO ILUSTRÉ	» Juan Catalá.
EL CAÑAMÓN	» Constante Viñas.
ANDRESITO	» Juan Martínez Román.
DON JACINTO	» Federico Gonzalves.
ROMERO	» Enrique Cantalapiedra.
UN PARROQUIANO.	» Vicente Huarte.
OTRO PARROQUIANO	» Andrés Botana.

Vecinos, chiquillos.

La acción, en el barrio de Triana (Sevilla).

Época actual.

NOTA.—Los primeras actores procurarán, en el tipo de «Juan», darle pronunciación andaluza, pero procurando en lo posible la mayor sobriedad.



ACTO PRIMERO

La escena representa una barbería en Triana. La puerta de la calle, al foro; a la derecha, una puerta que conduce al interior de la casa; a la izquierda, otra puerta con escalerilla que se supone sube al primer piso. Adornan las paredes enjalbegadas carteles de toros. Al frente, una cabeza de toro disecada presenta sus cuernos victoriosos; a la derecha, entre dos espejos, asoma una especie de panoplia o trofeo taurino con estoque, banderillas, montera y un capote deshilachado. Los sillones, desfundados; los espejos, rotos, y todos los utensilios propios de un peluquero aparecen en el más deplorable abandono. Es la hora de la siesta; una modorra irreparable se apodera de los hombres y de las cosas.

ESCENA PRIMERA

RAFAEL MOLINO (MOLINETE), tumbado en un sillón; FÍGARO ILUSTRE, repantigado en otro.

MOLINETE Pero qué pezao está el día. Vaya una caló.

FÍGARO Ya, ya; con este tiempesito se cría un cuajo...

MOLINETE Pero, home, ¿te vas a dormir?

FÍGARO ¿Pero es que tú te supones que me voy a dormir por mi propia y mesma voluntad? Si me duermo es porque er sueño pué más que yo. Er sueño tiene alas de plomo, como dijo el poeta: me parece que fué Víctor Hugo.

MOLINETE ¿Victor Hugo fué un revistero de toros?

FÍGARO Home, no seas anarfabeto. ¿Vas a creerte que Victor Hugo era «Don Modesto»?

MOLINETE Pero zi no escribía de toros, ¿a mí que ze me importa?

FÍGARO De toros no escribía; pero de cosas de la República y de la mancipación sociá del proletariado sí que escribía. ¡Vaya un tío poniendo las cosas en su punto en una tempestá debajo de un cráneo!

MOLINETE Zerá de una calavera.

FÍGARO Calavera la tuya.

MOLINETE Amos, déjame de filozofías; que no hay quien te aguante con las cosas que dizes, que zi Chaspeare, que zi Ortega y Frías... ¿Tú te crees que un barbero es un zabelotó?

FÍGARO Pa concurrir al pogreso, un oficiá de peluquería tié qué sabé muchas cosas; porque lo mesmo afeita a un cateto, que a un arfarero, que a un cura, que a un melitá, que a un arcarde; y pa platicá con ellos en los momentos profesionales tié que sabé de labó, de oyas, de teología, de táctica y de política; por eso yo sé quién fué Tritolemo, Santa Justa y Rufina, San Isidoro de Sevilla, Bonaparte y Don Benito Pérez Gardó. En cambio, tú, que quiés sé torero, no sabes tan siquiera quién fué Peña y Goñi.

MOLINETE Con zabé quién es Jozelito y Bermonte, estoy de la otra banda. ¿Pa qué me sirve a mí zé tan ilustrao? ¿Pa que me digan los zeñoritos «Fígaro Ilustré», como te dicen a ti?

FÍGARO Pos mira: es un mote que me gusta. ¡Fígaro Ilustré! Si tú supieras quien fué Fígaro...

MOLINETE Yo no zé quién fué naide... ¿Tú te crees que zoy yo como mi hermano Juan, que le ha dao por leé? A mí lo negro me estorba. ¿Pos qué quizá aprendió latines Martín

Vázquez pa meté un estoconazo en mitá e la yema? Es lo que yo digo, zeñó : ça coza píe lo zuyo ; y tan cencia es matá toros, como zabé de latines y maquinarias. Y si no ; a vé quién gana más : Joselito o eze Pérez Gardó que tú has mentao.

FÍGARO Eso que tú dices es la vía de la materia ; pero, ¿y la vía del espíritu?

MOLINETE Lo que yo digo es la gran vía.

FÍGARO ¡Valientes cosas dirás tú !

MOLINETE Cozas de zabijondo no diré ; pero yo te digo que haré otras cozas que zerán de macho, que, o me coge un toro y me mata, o de aquí pa dos años cobraré ziete mil pezetas por corría. Eze zoy yo. ¿Tú no zabes el mote que me he buscao?

FÍGARO Yo, no.

MOLINETE «Molinete». Eze apodo no lo lleva ningún torero que yo zepa. Mi especialidá zerán los pazes de molinete ; ezo. Y como me llamo Molino, pos pega el mote lo mesmo que con sindeticón.

FÍGARO Como te dejes la asaúra al mismo tiempo que la coleta...

MOLINETE Pos mia que tú estás zembraao. ¿Zabes lo que te digo?

FÍGARO ¿Qué?

MOLINETE Que anoche te han guipao en el teatro Zán Fernando, cuando estaba echando un discurso contra los toro eze tío que paeze que va también contra los barbero : Noé.

FÍGARO Sí que fuí. ¿Y eso qué tiene?

MOLINETE ¿Que qué tiene? ¿Pos tú te figuras que un oficiá de peluquero del barrio e Triana, cuna de Bermonte (y de Molinete) pué dí a tocarle las parmas al tío de las melenas?

FÍGARO ¿Es que yo no soy un ente moral? ¡Entonces ! Yo fuí a tocarle las parmas a Noé, porque, aparte de la inquina que le

- tié a los toros, es un... un... un curtural...
- MOLINETE Escurturá no es el tío... por ahí vas malamente.
- FÍGARO (Arrellanándose para dormir.) No se pué contigO. (Pausa.)
- MOLINETE Camará, qué pezaO está er día.
- FÍGARO Zí que lo está.
- MOLINETE (Entré esueños.) ¡Molineté!... ¡Ole!
- FÍGARO (Lo mismo.) Degeneración... decadencia...
- MOLINETE ¡Ole! (Pausa. Molinete y Fígaro Ilustré se duermen; dentro pregona un vendedor.)
- VENDEDOR (Dentro.) ¡Leche de cabras!... ¡Leche!
- MOLINETE (Dando un salto.) ¡Ya está ahí! ¡Oye!
- FÍGARO (Despertándose.) ¿Quién te ha picao?
- MOLINETE (En la puerta.) ¡Eh!... ¡Oye!... ¡Dame el *The Kon Leche*!...
- VENDEDOR (Más cerca.) ¡Leche de cabras!... ¡Leche!
- MOLINETE (Desencantado.) ¡Mardita zea!
- FÍGARO ¿Pero qué te pasa?
- MOLINETE Na; que creí que era el *The Kon Leche*; y es... leche zola. Ya podía pregoná claro el tío. (Mirando a la calle.) ¡Zopla! ¿A que no sabes quién viene por la calle Castilla?
- FÍGARO ¿Quién?
- MOLINETE ¡El lechuzo de la contribución!
- FÍGARO ¡Santo Cristo del Cachorro!
- MOLINETE Y que está aquí como las bala.

ESCENA II

Dichos y DON CESÁREO RUBIO. Don Cesáreo es un tipo mal encarado; esgrime un palasan de muchos nudos.

- CESÁREO Buenas tardes.
- MOLINETE Buenas.
- FÍGARO (Obsequioso.) ¿Qué va a sé?
- CESÁREO Poquito pitorreo, que yo me afeito con maquinilla Jilete.
- MOLINETE Ezo ya ze conoze en el corte.
- CESÁREO ¿Eh?

MOLINETE En el corte de los pelito de aquí de la oreja.

CESÁREO ¿Entonces a qué viene la chufla de «qué va a sé»?

FÍGARO Creí que era usté un marchante.

CESÁREO Yo soy el Estao ; soy la Hacienda.

FÍGARO Pos usté dirá.

CESÁREO ¿El señó Antonio Molino?

MOLINETE Ha dío pa Zevilla.

FÍGARO Pa Sevilla ha dío.

CESÁREO ¿Sí, eh? ¿Ustés se han llegao a figurá que yo voy a da muchas güertas a la noria? Pos no hay ná de eso. Soy yo mucha persona.

MOLINETE Zarta a la vista.

CESÁREO Lo que sarta a la vista es que er señó Antonio Molino está metío en la casa... y que me está oyendo... y que me va a oír.

MOLINETE Está en Zevilla, señó.

FÍGARO ¿Pos se figura usté que le engañamos?

CESÁREO Lo que me figuro es que en esta barbería hay muchas cosas de toros...

MOLINETE Y de toreros.

CESÁREO Buenó ; pos con tó y con eso a mí nó me torea ni el sol sin cuerda, que es como si dijéramos el sursum corda.

MOLINETE (Queriendo congraciarse.) Eze es un chiste de los Quintero.

CESÁREO ¿Sí, eh? ¿Conque ha tenío gracia? Bueno ; pos pa que sea tó más gracioso, decirle al señó Antonio Molino que ha estao aquí don Cesáreo Rubio, agente ejecutivo de contribuciones, que le trae el recibo con el tercer apremio, y que, o paga de aquí a mañana mismo, o mañana mismo me tiene aquí con los guindillas pa la diligencia de embargo ; que yo soy muy formá y que pa mí el Estao y la Hacienda es lo mismo, sobre poco más o menos, que nuestro Padre Jesús del Gran Podé.

FÍGARO Sin embargo...

CESÁREO Eso si paga, que si no, con embargo.
Conque a decirle la razón y al avío. (Medio mutis)
FÍGARO Vaya usted con Dios.
MOLINETE Y con zalú.
CESÁREO Esta es una barbería de papé de estraza.
(Vase.)

ESCENA III

Dichos y el SEÑÓ ANTONIO MOLINO, que asoma tímidamente la cabeza por la puerta de la izquierda.

ANTONIO ¿Se fué?
FÍGARO Salga usted, maestro.
ANTONIO Si estoy en calzones blancos.
MOLINETE ¿Ape estaba usted?
ANTONIO Durmiendo la siesta; ya había doblao, y ha venío el tío ese a darme la puntilla.
MOLINETE Sí que tié guasa.
ANTONIO ¡Mardito sea mi sino! (Entrase como para acabar de vestirse.)
FÍGARO Bonito está el maestro.
ANTONIO (Dentro.) Oye, Rafaé.
MOLINETE ¿Qué quié usted, padre?
ANTONIO ¿No ha venío el Cañamón?
MOLINETE No.
ANTONIO ¡Mardita sea mi estampa!
MOLINETE Estará muy ocupao con la reventa e los toro; como mañana es la primera corria.
FÍGARO Y que dicen que ya no tiene un papé.
ANTONIO ¡Mardita sea la hora que yo comí potaje!
FÍGARO Pos sí que está bueno el maestrito.
ANTONIO Más quemao estoy que si me hubieran puesto banderillas de fuego a la media vuelta. (Saliendo.) Oye, niño.
MOLINETE Mande usted, padre.
ANTONIO Menea un poco las taba y vete en un suspiro a decirle a Cañamón que venga por su salú, que yo no me pueo menear de

esta cochinera. ¡Así reviente quien yo señale con el deo!

MOLINETE Voy corriendo.

ANTONIO Oye.

MOLINETE ¿Qué?

ANTONIO Si se hiciera el chivo loco, dile que la razón que le tengo que da es de parte del fenómeno.

MOLINETE Bueno. (Vase.)

ESCENA IV

EL SEÑÓ ANTONIO y FÍGARO ILUSTRÉ.

ANTONIO (A Fígaro.) Y tú, vete, hombre; vete a almorzá, que yo estaré al cuidao de la tienda.

FÍGARO Mire usté no vaya a volvé el lechuzo ese.

ANTONIO Ese no vuelve hasta las cinco; ya le tengo camelao hasta los minutos. Ahora estará dándole una ajogaílla a otro infelí. ¡Y luego dicen del noventa y tré!

FÍGARO ¿Manda usté algo más?

ANTONIO ¿Sabes tú a qué hora desencajonan los toro?

FÍGARO A las cuatro.

ANTONIO ¡La corría de mañana! ¿Y me voy a quedá yo sin verla? ¡Pos lo que es el ganao no me lo pierdo! ¡Eso sí que no!

(Vase Fígaro, después de ponerse la americana y una gorra.)

ESCENA V

EL SEÑÓ ANTONIO y MAMÁ DOLORSITAS, que viene acongojada; trae al brazo un cenacho vacío.

DOLORSI. Aquí estoy yo.

ANTONIO Ya te veo.

DOLORSI. ¡Bendito sea Dios!

ANTONIO (Ganas de jarana traes. Pos anda, que yo tengo las tripitas pa merengues.)

DOLORSI. ¡Bendito sea Noé!

ANTONIO Sí; que se echó los carzones abajo y echó a corré. Ya me lo has dicho.

DOLORSI. ¡Esta casa no es casa!... ¡Esto es la aburrisión del mundo!

ANTONIO Te veo de vení.

DOLORSI. Así me vieras salí pa siempre, metía en la caja y con los pies pa adelante. En la calle me ha parao el niño del montañés y me ha sacao los colores a la cara, diciéndome de parte de su amo que ya no me fía más; el carnicero, lo mismo. ¡A mí me va a dar un insurto! ¡A mí me va a da una arferesía!

ANTONIO ¿Pa qué?... Con ir a decirle a esos industriales que desde mañana vas a comprar a otra tienda, pos estás de la otra orilla.

DOLORSI. ¡Qué bonito, hombre, qué bonito! Pos mira: ¿sabes lo que te digo? Que como no te espabiles, esta noche nos acostamos sin comé. ¡Y ese hijo... ese hijo que necesita alimentarse!

ANTONIO ¡Ea!... ¿quiés callarte ya? ¿O es que tú te figuras que yo soy un voluntario pa eso de tragá veneno? Pos no señó, que yo de rositas no estoy pasando las del Berí!

DOLORSI. Si pa ti los toros no fueran un vicio... Si por tu casa miraras...

ANTONIO (A punto de saltársele las lágrimas.) ¿Pero quiés que me sacrifique más? ¿No sabes que es el primer año que me queo sin abono?

DOLORSI. ¡Si con los toreros y los toros no hubieras tirao el bienestar de tus hijos! Mira cómo ninguno de coleta viene a darte pan en un día como hoy. ¡De bastante te sirve la amistad de cá uno de por sí!

ANTONIO ¿Pero tú te piensas que yo me honro con la amistad de un torero pa pedirle una pe-

seta? Tengo yo mucha vergüenza pa rebajarme delante de un fenómeno.

DOLORSI. ¡Tené vergüenza es darle de comé a los suyos!

ANTONIO (Violento.) ¡Que me estás fartando!

DOLORSI. ¡Mal hombre!

ANTONIO ¡Mira!... (Marido y mujer se miran con rencor. Asoma Juan por la puerta de la izquierda. Mamá Dolorsitas dulcifica el semblante. El señor Antonio se sienta cabizbajo.)

ESCENA VI

Dichos y JUAN, que tiene aspecto demacrado y triste.

JUAN Padre.

DOLORSI. Juan, ¿por qué sales?

JUAN ¿Por qué se maltratan ustedes? ¿Qué pasa?

ANTONIO Ná; tu madre.

DOLORSI. No te asustes, hijo, que no es ná.

JUAN ¿Qué ha sido?

ANTONIO Cosas... del no tener. Donde no hay harina, como dice el refrán, toíto se vuelve mohina.

JUAN Si no es más que eso... tengamos paciencia.

ANTONIO En este mundo, pa vivir en santa carma, o sobra la materia o sobra el arma. Digo esta aleluya al tanto de que dice ése que tengamos paciencia. ¿Pos qué hago yo más que jartarme de tenerla? Al inventó de la pachorra lo pondría yo en mi caso y en mi casa. Una barbería donde no se afeita nadie; cinco bocas que mantené y un hijo lisiao, que no me sirve pa ná.

DOLORSI. ¡Eso sí que no te lo consiento!

ANTONIO ¿Qué?

DOLORSI. ¡Que le echas en cara su desgracia!

JUAN Déjelo usté, madre; si tiene razón; si soy una carga para ustedes; si no me queda más que la muerte...

DOLORSI. No digas eso...

JUAN Muchas veces pasó por mí la mala idea de quitarme la vida...

DOLORSI. ¡Hijo !...

ANTONIO Perdóname, Juan. Las palabras son como las cerezas.

JUAN ¡Para qué sirvo yo? Si conservo la vida es por ustedes y por mi pobre Esperanza, que ha sacrificado su juventud a mi cariño... Que ha esperado un día y otro a que yo me pusiera bueno para casarnos... Y tocante a trabajo: ¿hay quien haya hecho más que yo por trabajar? Pero, cuantas veces me he puesto a ello los ojos se me han nublado, las piernas parecían rompérseme... y aquí, en los sesos, he sentido como si estallara otra vez todo el fuego de la metralla americana que destrozó mi cabeza en Santiago de Cuba. Después no he sabido más. A casa me han traído con ataques epilépticos. He despertado en mi cama, con mi madre a mi lado.

ANTONIO ¡Juan !...

DOLORSI. ¡Por Dios !

JUAN ¿Saben ustedes lo que es vivir con los huesos de la cabeza rotos? ¿Sentir rebullirse los sesos bajo las manos? ¿Notar el aleteo de la vida tan próxima a escaparse?... Si en toda esta parte tengo huesos apenas... si es un pellejo arrugado que ni siquiera puede rozar la almohada... ¡Ay, Dios !... ¡Dios !... ¿Por qué no me acabaste de matar a bordo del «Vizcaya»? (Mamá Dolorsitas le tapa la boca.)

ANTONIO Llévatelo, mujé; y pelillos a la má.

DOLORSI. (A Juan.) Anda, descansa.

JUAN Si no es nada... (Vase por la izquierda acompañado de Mamá Dolorsitas.)

ESCENA VII

SEÑÓ ANTONIO, ESPERANZA.

- ANTONIO Al banco de la paciencia... Pa vivir en santa carma, o sobra la materia o sobra el arma. Hay que fastidiarse, amigo.
- ESPERA. (Desde la puerta del foro.) Señó Antonio.
- ANTONIO Esperanzilla.
- ESPERA. ¿Por qué son ustedes así?
- ANTONIO Pero, oye...
- ESPERA. Lo he oído tó; iba a entrá, cuando sentí la voz de mamá Dolorsitas.
- ANTONIO ¿Y por qué no entraste?
- ESPERA. No entré por Juan; porque sé que le apura mucho cuando yo me entero de estas cosas; por eso me quedé junto a la puerta.

ESCENA VIII

Dichos y MAMÁ DOLORSITAS, que viene por la izquierda, con mantón, pañuelo en la cabeza y un lío de ropa en la mano.

- ESPERA. No riña usté con el padre, mamá Dolorsitas.
- DOLORSI. Hija mía; yo no quisiera reñí con él: pero estamos pasando una crujía muy mala.
- ANTONIO Como si yo tuviera la culpa.
- ESPERA. Si usté es bueno.
- ANTONIO ¿Verdá que sí? Yo soy más bueno que el pan de hogasa: lo que sucede es que tengo la pasión de los toros. Esa es toa mi farta. Pero, ¿soy yo solo a tenerla? ¡Si en tó el barrio pasa lo mismo! ¡Si no hay padre de familia que no empeñe los colchones pa dí a la plaza! Y lo mismo pasa en Sevilla, y lo mismo en España entera... ¿Qué sería de los pobres si no fuera por la alegría de los toros?

- DOLORSI. Hay que dejarte.
ANTONIO. Pos déjame.
DOLORSI. ¿Cuándo vas a vé si te dan el corretaje de aquellas bestias que vendiste?
ANTONIO. Mañana.
DOLORSI. ¡Vaya por Dios!
ANTONIO. Bueno.
DOLORSI. No te enfades, hombre.
ANTONIO. ¿Pa qué?
DOLORSI. Oye.
ANTONIO. ¿No has acabao?
DOLORSI. ¿Cuándo vas a ir a vé si nos devuelve tu compadre el dinerito que nos debe?
ANTONIO. Mañana.
DOLORSI. Mira que lo que nos pasa no tiene espera.
ANTONIO. Mujé; que me da fatiga recordárselo.
DOLORSI. ¿Quieres que vaya yo?
ANTONIO. ¿No te he dicho que mañana iré?
DOLORSI. Hoy... ¿por qué no vas hoy?
ANTONIO. Porque hoy tengo junta en el Clú Ber-montista.
DOLORSI. ¿Y luego, hombre?
ANTONIO. Luego tengo que dí a la plaza pa vé desencajoná los toros. ¿Me vas a quitá ese gusto, ya que no pueo ver la corría? ¿No te da lástima?
DOLORSI. Sí; lástima de ti: de tós nosotros.
ANTONIO. Bueno, bueno; ya te he dicho que mañana iré.
DOLORSI. Por la calle de mañana se va a la plaza de nunca.
ANTONIO. Pues hate cuenta que mañana es hoy.
DOLORSI. ¡Ea, condíos! Mira, Esperanza: a ti se te pué desí, porque eres casi una hija: me voy a la casa de empeños a vé si me toman esto. (Le muestra el llo: vase.)

ESCENA IX

SEÑÓ ANTONIO, ESPERANZA.

- ANTONIO. ¿Has visto, mujé? ¿Tú has visto? ¿Y no me cae una teja? ¿Qué me espera a

mí en er mundo? Antonio Molino : ¿qué te espera a ti en er mundo? Mala pata, guasón : ¿pa qué no te metes a sereno? ¿Pero tú has visto, criaturita? ¡ Si es pa tirarse un bocao en la nuez !

ESPERA. Lo que veo es que tiene mamá Dolorsitas razón que le sobra, que esta casa no es casa.

ANTONIO. Lo uniquito que está haciendo falta es que tú le des la razón a mi señora. Mira, Esperanzilla : yo te considero como si fueras mi entená, que por algo eres, no la novia, la hermana de la Caridá de mi hijo...

ESPERA. Mire usté, señó Antonio : yo no seré nunca la entená de usté.

ANTONIO. ¿Qué dices, chiquilla?

ESPERA. Que yo nunca me casaré con Juan ; que hasta hoy he tenío la esperanza de que se pusiera bueno pa la ilusión de casarnos. Pero...

ANTONIO. ¿Qué estás diciendo?

ESPERA. ¿Usté no se ha fijao en su hijo?

ANTONIO. ¡ Mira ésta !

ESPERA. Si es un muerto que anda, si cá vez va peó. Y no vaya usté a creerse : él también está con aprensiones. La prueba es que me he enterao que ha ido a escondías a la consurta de don Joaquín, el médico de la calle Manzana.

ANTONIO. Los médicos son muy esaboríos.

ESPERA. ¿Por qué no va usté a verlo?

ANTONIO. ¿A quién?

ESPERA. A don Joaquín.

ANTONIO. ¿Pa qué?

ESPERA. Pa sabé la verdá del estao de su hijo.

ANTONIO. Mañana iré, por darte gusto.

ESPERA. Si es por eso, irá usté hoy. ¿Por qué lo deja usté tó pa mañana?

ANTONIO. Porque así las cosas pueen resolverse ellas solas.

ESPERA. ¿Y si no se resuelven?

- ANTONIO Apechugo con lo que sea.
- ESPERA. Pues de esta hecha va usté hoy.
- ANTONIO Si no me pueo menceá de aquí.
- ESPERA. ¿Pero qué es lo que le pasa a usté?
- ANTONIO ¿Que qué me pasa? Que pa desgrasias y esaborisiones es sobresaliente de espada el señó Antonio Molino; yo mismito: que paezco un perro con una lata en el rabo.
- ESPERA. ¿Pero es algo que yo no sepa?
- ANTONIO Y que no sabe nadie más que yo.
- ESPERA. ¡Ay, no me tenga usté con el corazón en un puño!
- ANTONIO Un terremoto es lo que se me viene encima. Como de aquí a mañana mismito no pague cuarenta duros de recibos de contribución qué debo—y no tengo una peseta partía por la mitá—viene don Cesáreo Rubio (un lechuzo de contribuciones que tiene pelos en el corazón, y no le pueo llegar allí con la navaja porque se afeita solo), pos viene ese tío mal ange y me embarga desde la puchera hasta los chismes de la barbería. Y lo malo es que esto no lo pueo dejá pa mañana, que tengo que buscá la guita esta misma noche. ¡Te digo que lo que a mí me pasa es pa tirá piedras por la calle!
- ESPERA. ¡Vaya por Dios! ¿Y no sabe na mamá Dolorsitas?
- ANTONIO ¿Qué había de sabé? Si se lo ocurto pa que no tenga penas, pa que no sufra, pa tragarme la china yo solito; porque yo soy así. Y ya ves cómo me lo agreden.
- ESPERA. ¡Válgame Dios!
- ANTONIO Y que no hay más jonjana que pagá. Se acabó.
- ESPERA. ¿Cuánto es?
- ANTONIO Cuarenta duros y un piquillo.
- ESPERA. Mire usté, señó Antonio, yo... soy muy pobre, pero soy sola en el mundo, y no tengo más caló que la de ustedes. Aunque

poco, yo tengo guardaos unos ahorrillos ; mi jornal de bordadora en oro no es malo. Ahora estamos de norabuena porque nos ha caído que bordá el manto de la Virgen de la O. Como le digo a usté, yo tengo ese dinerillo. Lo tenía pa mis cosas de mocita cuando llegara la hora de casarme con mi pobre Juan, pero como Juan parece que va más pa el camposanto que pa mí, disponga usté de los cuarenta duros y levante usté el embargo.

ANTONIO (Queriendo conmovérse.) ¿Sabes que se me ha apretao el gañote lo mismo que si tuviera un nudo? Chiquilla...

ESPERA. No me diga usté más na...

ANTONIO Me... me paece así como si me entrara un refresco entre pecho y esparda.

ESPERA. Pero ¿por qué no va usté a ve lo que le dice el médico del estao de su hijo?

ANTONIO ¿Por qué no vas tú? Es una idea.

ESPERA. ¿Y está bien que yo vaya?

ANTONIO Vas de mi parte y le dices que yo me afecto mucho con las malas noticias.

ESPERA. Bueno ; pues iré.

ANTONIO Eres más graciosa...

ESPERA. Antes que se me olvide, señó Antonio : ¿sabe usted que mañana pasa por Sevilla mi primo Miguel?

ANTONIO ¿Y qué hay con eso?

ESPERA. Que querrá verme, y como vivo sola, quiero que sea en esta casa donde me vea. Mi pobre Juan estuvo encelao con él, sin que yo le diera motivos... No quiero hacerle sufrir ni que venga una mala lengua a contarle lo que no es. Por eso quiero que me vea aquí, cara a cara con Juan. Si no fuera porque se despide de mí pa siempre, a buen seguro que no le vería.

ANTONIO ¿Y a dónde se larga ése?

ESPERA. A Buenos Aires. Va emigrante. Y no es él solo, sino que se embarca to el pueblo con él. Quinientos vecinos son que van

a labrá la tierra de por allá, porque dicen que la de aquí está seca pa ellos, que se mueren de hambre en Mora de la Sierra... Por eso Mora de la Sierra se embarca en peso pa Buenos Aires. El pobrecito Miguel ha tenío que vendé de mala manera cuatro aranzás de viña que le dejó su padre. Toas son penas.

ANTONIO Si no fuera porque allí no hay toros, también me embarcaba.

ESPERA. (Haciendo ademán de irse.) Ea, lo primero es lo primero.

ANTONIO (Como violentándose.) Mujé...

ESPERA. ¿Quiere usté algo?

ANTONIO Se me seca la boca pa decírtelo...

ESPERA. Ya ; el dinero.

ANTONIO Justamente.

ESPERA. Aguarde usté, que llevo mi arcansía aquí en el pecho. (Saca un paquetito del seno.) Como vivo sola, no me fío de dejarlo en casa. (Contando.) Son cuarenta...

ANTONIO Y cinco, cuarenta y cinco duros.

ESPERA. Tome usté.

ANTONIO Bendiga Dios esa mano. Y no lloras, mujé... Dices cosas tan serias sin alterá la voz. Paece que no va contigo.

ESPERA. Ca uno es como es. Consuele usté a mamá Dolorsitás. Condiós.

ANTONIO Hasta luego. (Vase Esperanza.) Y están ca-lientes, los billetes ; como que los ha tenío entre dos palomas blancas. Y están sudaitos por ella..., y hasta tienen su oló, oló de mujé decente. Lo que es ella. (Guarda el dinero.)

ESCENA X

SEÑÓ ANTONIO y FÍGARO ILUSTRÉ. A poco, MOLINETE.

FÍGARO Ya estamos de vuelta.

ANTONIO ¿Comiste ya?

FÍGARO Con un repápalo bien untao de manteca del Reino y un tazón colmao de agua de castañas, que mi madre dice que es café ; aquí tiene usté un hombre dispuesto pa lo que sarga.

ANTONIO ¿Sabes qué hora es?

FÍGARO La hora de vé los toros de mañana. Ya la gente va pa los corrales.

ANTONIO Pos eso yo no me lo pierdo. Y el asaúra e mi niño, ¿ónde se ha metío?

MOLINETE (Entrando.) Aquí está un peazo.

ANTONIO ¿Viste al «Cañamón»?

MOLINETE Zí, zeñó, y dize que viene luego, que no pué dejá con la palabra en la boca a un zeñorito que ha venío de la Coruña pa vé los toro. Le ha pedío un delanterero e barrera, y como ze le han acabao como pan bendito, ha tenío que echá mano del «Cervatana», que le quean dos o tre.

ANTONIO Pos si viene el «Cañamón», que me espere, que estoy aquí a las volás. (Mientras se pone el sombrero y toma el baston, tararea:)

«De todos los toreros,
tirándose a matá...»

MOLINETE Está contento er viejo.

FÍGARO ¿Qué habrá pasado?

MOLINETE (Tararea)

«Yo zoy el mejón torero
que hay en la Andalucía.»

FÍGARO También estás tú como unas panderetas.

MOLINETE Ya te diré la razón ; pero punto en boca, que viene aquí el ciprés.

ESCENA XI

Dichos y JUAN ; luego, ANDRESITO.

JUAN (Por la izquierda.) ¡Hola, Figarillo !

FÍGARO ¿Está usté mejó?

- JUAN Lo mismo estoy.
- FÍGARO (Por un libro que trae Juan en la mano.) ¿Es el Quijote ese libro?
- JUAN El Quijote.
- FÍGARO ¿Y va usted a leerlo?
- JUAN A venderlo si puedo. ¿Sabes de una librería de viejo?
- FÍGARO En el jueves las hay. ¿Pero se va usted a desprendé de ese libro?
- JUAN Aquí el Quijote nadie lo quiere más que yo ; yo no valgo para nada. En casa está faltando hasta lo más preciso, y siendo así, yo no tengo derecho a conservar un libro que puede valer dos o tres pesetas. ¡Qué lástima ! ¡Yo que le iba a pedí a usted que me lo emprestara !
- JUAN Mira, lo he abierto por la última aventura. (Entra Andresito.)
- ANDRE. ¡Molinete !
- MOLINETE Buenas tardes.
- ANDRE. Pásame la navaja una sola vez, con la mano suave. ¿Te enteras? No se me vayan a sartá los cañones y a salirme pupa.
- MOLINETE Güeno.
- ANDRE. ¿Tienes ahí *El Noticiero*?
- MOLINETE Aquí está. (Dásele.)

«Yo zoy el mejón torero
que hay en Andalucía.»

(Se dispone a afeitar al parroquiano.)

- JUAN (A Fígaro.) Es raro ; la última aventura de don Quijote, antes de ser vencido por el caballero de los Espejos, es contra un tropel de toros que a todo prisa se le vino encima camino de Barcelona.
- FÍGARO ¿Don Quijote fué contra los toros?
- JUAN Y los toros le arrollaron. Mal parado quedó el pobre caballero bajo las pezuñas de la piara—cosa extraordinaria—ésta es la única derrota que hace llorar al buen caballero. «Yo he de vivir muriendo—

dice a Sancho—mientras tú has de morir comiendo.» Triste cosa es que don Quijote, cuando llega con la frente a las cimas del ideal, se vea atropellado y pisoteado por las pezuñas inmundas de los toros. Y cosa más extraña todavía : cuando don Quijote embiste contra un molino de viento que toma por un gigante, el molino sigue pareciéndole gigante ; cuando reta a una manada de carneros que toma por un ejército, la manada sigue pareciéndole ejército ; cuando requiebra a la sucia Maritornes tomándola por fermosísima princesa, Maritornes sigue siendo la hermosa doncella. Únicamente combatiendo contra toros llega el desencanto y ve que son bestias inmundas las que le han pisoteado. Esto que te digo podrá ser una locura digna de don Quijote ; pero, así como Calderón presintió el telégrafo, bien podría ser que el genio de Cervantes presintiera a su patria derribada, como su héroe, por el aluvión de los toros.

FÍGARO

JUAN

Me deja usted parao con las cosas que sabe.

Yo no sé nada, Figarillo ; yo no soy más que un soldado, que está inválido, y un maestro de escuela que está cesante.

FÍGARO

JUAN

¿Y tuvo usted vocación por ser maestro?

Tanta como tiene mi hermano por ser torero.

FÍGARO

JUAN

¿Y cómo estudiaba usted?

Con unas fatigas terribles, Figarillo, a escondidas casi. Mi padre estaba a matar conmigo porque quería que yo fuese barbero. La única que me defendía era mi madre. Por ella tengo mi pobre título de maestro de primera enseñanza.

FÍGARO

¿Y cómo le dió a usted el venate de ilustrarse?

JUAN

FÍGARO

¿Te llama la atención?

A mí me toman el pelo porque me gusta leer...

JUAN Yo tuve un maestro.
FÍGARO ¿Quién fué?
JUAN El comandante del «Vizcaya».
FÍGARO Cuento usted.
JUAN A bordo de los barcos de la escuadra no sabíamos, los pobres marineros, ni siquiera por qué nos batíamos ; yo era uno de tantos, un mocito marchoso, como se dice ahora, o un mocito de riapitá, como entonces se decía ; muy aficionado a los toros, a la majeza y al vino, pero el ejemplo de mi comandante y la sangre que vertí me enseñaron que había que ser otra cosa en el mundo. Quise regenerarme, pero fué tarde. No reparé que la metralla del enemigo acabó para siempre con mi salud.

ESCENA XII

Dichos y DON MARTÍNEZ, tipo de aficionado viejo, viste de luto por la muerte del «Espantero».

MARTÍNEZ Molinete : ¿tiénes ahí *El Noticiero Sevillano*?
ANDRE. Tómelo usted, don Martínez.
MARTÍNEZ Voy a vé qué es eso de la oreja que ha cortao Joselito. (Se sienta y lee.)
FÍGARO ¿De manera que usted se encontró en aquellos fregaos. Y dígame usted : ¿cuántos barcos crais ustedes?
JUAN Scis.
FÍGARO ¿Y los del enemigo?
JUAN Sesenta y tres.
FÍGARO ¿Y por qué salieron?
JUAN Por disciplina.
FÍGARO ¿Y quién lo mandó?
JUAN España.
FÍGARO ¿Y no hubo desertores?
JUAN Ni uno siquiera ; y eso que desde el almirante al último marinero sabíamos todos

que la muerte nos aguardaba fuera de la boca del puerto. La noche de la salida de la escuadra es para mí el recuerdo de una vergüenza. Me presenté a la lista... borracho. El comandante del buque me vió, y llegándose a mí me dijo en voz baja : «Al amanecer salimos al mar en busca del enemigo ; veremos mañana si sabe usted borrar la falta de hoy.» Quedé avergonzado, inmóvil, cuadrado militamente, y a pesar de mi estado pude hacerme cargo del sublime acto de disciplina que la patria exigía de nosotros. Todavía escuché la voz del comandante ; hablaba con los oficiales y les decía : «Salimos a la muerte ; pero ¿qué menos que la vida se ha de dar por España?» Y estas palabras : «la vida por España» se agarraron a mi corazón.

FÍGARO
JUAN

¿Y borró usted la falta?

Verás. Al día siguiente, cuando el «Vizcaya», rodeado de poderosos acorazados, estaba envuelto en imponente lluvia de acero ; cuando ardía la cubierta y había ya montones de muertos y heridos ; cuando las llamas llegaban hasta la misma bandera y el bravo comandante defendía su barco gritando : «La vida por España», una granada enemiga vino a caer sin estallar cerca de mi batería ; el peligro era inminente para muchos. Yo me lancé entonces sobre el proyectil, lo tomé en mis brazos, y buscando con la vista a mi jefe le llamé, y le dije : «Mi comandante : ¿he borrado ya la falta de anoche?», y arrojé la bomba al mar ; pero en el aire estalló y un casco de metralla destrozó mi cráneo.

FÍGARO
JUAN
ANDRE.

¿Y qué día fué ése?

El 3 de julio de 1898.

Oiga usted, don Martínez : ¿no fué ese día cuando Miguel Báez, «El Litri», tomó la alternativa en la plaza e toros de Huelva?

- MARTÍNEZ Si esta memoria mía no fuera un manso que barbea las tablas y desparrama la vista, podría decirle que lo que usted pregunta fué el día que se supo en Sevilla lo de Cavite; por cierto que es la misma feméride en que Rafael Guerra, toreando de muleta en Algeciras un toro de Anastasio, negro, listón, bien puesto de pitones, lo consintió tanto con la izquierda...
- ANDRE. Eso pasó en Madrid y con un lleno hasta las tejas.
- MARTÍNEZ ¿El día de Cavite?
- ANDRE. El de Santiago.
- MOLINETE Me pirro por estas cosas de toros. Ziga usted, don Martínez.
- FÍGARO Se me ocurre una cosa, pero no se la digo.
- JUAN Dila.
- FÍGARO Que ese día eran seis toros en las plazas de España, y en Santiago seis barcos...
- JUAN (Dando un gemido.) ¡Ay !...
- ANDRE. ¿Qué le pasa?
- FÍGARO ¿Se pone malo?
- JUAN No es nada. Un vahido..., un dolor agudo... Paseando un poco se me quitará. Dejadme. (Vase.)

ESCENA XIII

Dichos, menos Juan.

- MOLINETE Hay que dejarlo cuando ze pone azina.
- MARTÍNEZ ¡Pobrecillo! Tiene media lagartijera.
- MOLINETE Éste tiene la culpa. Como le da varillas y le tira de la lengua.
- FÍGARO Yo lo hago por aprendé, porque asín no leo la historia de España.
- MOLINETE Güeno; pos ahora que ze ha díó mi hermano Juan, zabrán ustede cómo me ha caído un contrato pa matá mi perzona dos novillos utreros.
- FÍGARO ¡Molinete!

MARTÍNEZ Que sea norabuena.

ANDRE. ¿Y dónde?

MOLINETE En Zalamea la Real. El Cañamón me lo ha proporzionao.

MARTÍNEZ ¿Y quién es el empresario?

MOLINETE Ná menos que el arcarde.

MARTÍNEZ ¿Pero se ocupa de eso?

MOLINETE El arcarde de Zalamea no ze ocupa ahora na más que de toros.

ESCENA XIV

Dichos y DON CESÁREO RUBIO, que viene en actitud agresiva

CESÁREO Aquí está mi cuerpo. Vamos a vé si ahora nos venimos con timitos de gracia. Buenas tardes a tó esto.

MOLINETE ¡Zanto Dió, zanto fuerte !)

FÍGARO Pos el amo no ha venío.

CESÁREO El amo viene por el Altozano. Lo he gui-pao desde lejos.

MARTÍNEZ (A Fígaro.) ¿Quién es este tío?

FÍGARO Un representante del podé central.

MARTÍNEZ Pues yo no quiero na que huela a eso. Buenas tardes.

ANDRE. Espérese usté, don Martínez, que nos vamos juntos. (Paga Andresito a Molinete y vase con don Martínez.)

MOLINETE (A Fígaro.) A vé zi viene mi pare y lo coge frito este arma mía. (Aparece el señor Antonio en la puerta de la calle.) ¿No lo dije?

FÍGARO Vámonos a la puerta. (Molinete y Fígaro van a la puerta del foro; luego desaparecen.)

ESCENA XV

SEÑÓ ANTONIO y DON CESÁREO RUBIO.

CESÁREO ¡Hola, amigo !

ANTONIO ¡Mardita sea !)

CESÁREO Le conozco a usted en la cara la gracia que le ha jecho mi visita.

ANTONIO (Reponiéndose.) Sí, señó ; estoy más contento que un cristalero después de un terremoto. ¿Quié usted que nos vayamo a tomá un chatito?

CESÁREO Señó Antonio : ¿usted ha reparao bien en mis jechuras?

ANTONIO He reparao en la gracia de su persona.

CESÁREO Pos repare usted principiando por las botas : mire usted : carzao yanqui, es decí, hombre montao a la moderna. Siga usted con la vista pa arriba : pantalón de talle con raya : elegancia ; más pa arriba entoavía : americana con doble fila de botones, buen gusto ; ya cerca de la chimenea, bigote a la borgoñona, lo que se quíe decí que no soy manso perdío. Y vamos al tejao : una carva y un cogote sin un pelo. Tradurción : que usted no me toma a mí la cabellera.

ANTONIO ¿Va usted a echá a mala parte que lo convide?

CESÁREO A mí no me soborna usted con un chatito.

ANTONIO Pero...

CESÁREO A mí no me da usted coba ni me camela con palabras melosas...

ANTONIO Pero...

CESÁREO Yo soy un funcionario del Estao, que no prevarica. Conmigo no hay más que la chipén y diñarla por la corbi. O me paga usted los recibos de la contribución o le embargo la casa.

ANTONIO ¡Marditos sean cuatro gatos ! ¿Pero no le da a usted fatiga buscarle una ruina a un padre de familia?

CESÁREO No, señó.

ANTONIO ¡Mardito sea el pescao frito ! ¿No sabe usted que estoy pasando las morás ? ¿Usted no sabe que tengo un hijo impedío ?

CESÁREO ¿Y a mí qué me cuenta usted ?

ANTONIO ¿Pa qué no espera usted una semana ?

CESÁREO Ya estoy jarto de darle largas pa que pague.

ANTONIO ¡Marditas sean tres lombrices ! ¿No sabe usted que me deja pegaíto a la pared? Ablándese usted, don Cesáreo.

CESÁREO No me reblandeo.

ANTONIO Más duro es usted que Jareto.

CESÁREO ¿Y quién era Jareto?

ANTONIO Un toro, que necesitó Frascuelo pincharlo veintisiete veces pa que doblara.

CESÁREO (Indignado.) Esa es un blasfemia ; pa Frascuelo nunca hubo toro.

ANTONIO ¡ Ole por los viejos aficionaos !

CESÁREO ¿Usted también lo es?

ANTONIO Si no me gustaran tanto los toros otro gallo me cantara.

CESÁREO Pero, ¿es usted gallista?

ANTONIO ¿Qué es usted?

CESÁREO Eso no se pregunta . de Bermonte.

ANTONIO Pos siendo yo de este barrio, ¿quién me va a gustá más que esa lumbrera? ¿Usted ha visto qué niño? Pero ¿a usted no se le ha caído la baba y hasta el chaleco de verlo toreá por medias verónicas llevándose los pitones en los vuelillos del capote? Pos y pasando e muleta, ¿a usted no se le han sartao las lágrimas cuando lo ha visto encunao, revolverse, en la superficie de un duro, con un molinete de esos que parecen la reolina de la muerte?

CESÁREO Ese es el toreo clásico.

ANTONIO El toreo rondeño : lo que se llama parar, mandar y templar. ¿Qué tié que vé Joselito con ese toreo?

CESÁREO Ese niño es un torero ventajista.

ANTONIO Que está siempre fuera de cacho, que no emociona...

CESÁREO No me hable usted de Joselito, que es un torero de papé de estraza.

ANTONIO ¡ Eso !

CESÁREO Con ribetes de muselina morena.

ANTONIO A mí deme emoción y tragedia. Cuando

yo voy a los toros es pa vé si a un torero la sale un pitón por la esparda. Claro es que no tengo la mala sangre de queré que pase eso, pero entre si pasa o no pasa está el momento grande del toreo, el arte y el hule. Pa no vé esas cosas me voy a la academia de billá o a vé las señoritas volaoras.

CESÁREO Chóquela usté, compañero ; así se habla.

ANTONIO ¿No es verdá que sí? (Cambiando de tono.) Pero dígame usté, don Cesáreo : ¿no podría usté hacé la vista gorda conmigo? Por los ojos de su cara... Mire usté que no tengo más que los cuarenta duros pa el abono, y si le pago a usté los recibos me queo sin toreo trágico.

CESÁREO Me ha llegao usté a lo vivo, señó Antonio ; y bástese que usté sea quien es, pa que yo le diga que guarde usté ese dinero pa el abono, que ya buscaré la manera de no molestarlo. No tendrá usté que hacé más que lo que yo le diga, pa que no parezca que prevarico.

ANTONIO ¡Tié usté un corazón como una plaza e toros ! ¡ Bendiga Dios esa boca !

CESÁREO Pa mí lo primero es mi debé, pero los toros están antes. Mire usté : yo tengo hijos, tengo obligaciones. Bueno, pues por ellos me queo sin comé, sin bebé, sin fumá, pero sin toros, ¡ eso sí que no ! ¡ Antes perezca la familia ! Por muchas fatigas que haya en mi casa, ¡ papá a los toros ! ¡ Pues no fartaba más !

ANTONIO Ponga usté debajo que yo he firmao tó eso y va rubricao.

CESÁREO ¿Y en su casa de usté, respetan esos gustos?

ANTONIO Mi mujé no mucho, pero se achanta ; en cambio, su señora de usté no le dará una pena.

CESÁREO En mi casa hasta el gato es hermontista, y si mi mujé no lo fuera no estaría en

casa. ¿Aguantaría yo a mi mujé, que es una señora de cartón-piedra con ribetes de cañamazo, si no fuera por eso?

ANTONIO ¿Es su señora una que llevaba usté del brazo la otra tarde por la calle Pajaritos?

CESÁREO Sí, señó.

ANTONIO Se me quiso figurá, porque tiene una rube en un ojo.

CESÁREO Ha estao usté mu fino con mi señora.

ANTONIO ¿Por qué?

CESÁREO Porque lo que tiene es un caracó machacao.

ANTONIO ¡Viva la gracia!

CESÁREO Hasta mañana en los toros.

ANTONIO Hasta mañana.

CESÁREO En la calle Don Pedro Niño, número siete, tiene usté un amigo a quien mandá.

ANTONIO En esta casa deja usté un botones pa lo que usté quiera.

CESÁREO (Trozando con mamá Dolorsitas, que entra.) Señora, usté disimule.

ANTONIO (Hay que poné la cara larga.)

ESCENA XVI

SEÑÓ ANTONIO y MAMÁ DOLORSITAS.

DOLORSI (Acongojada, a punto de llorar, mostrando a su marido el lío de ropas que antes sacara de la casa.) No me lo han querío tomá... (Entra en las habitaciones de la izquierda; el "Cañamón" aparece en la puerta de la calle.)

ESCENA XVII

SEÑÓ ANTONIO y EL CAÑAMÓN.

ANTONIO Hola, Cañamón.

CAÑAMÓN ¿Qué se te ofrece que me llamas con tanta priesa?

- ANTONIO Habla bajito.
CAÑAMÓN (Bajando la voz.) ¿Qué quieres?
ANTONIO ¿Has vendió el abono que yo te dije que me apartaras?
CAÑAMÓN Como no endiñes el parné deseguía lo vendo esta misma noche, que estoy de marchantes hasta er cogote. Yo no he visto un año como éste. Oro molío son las papeletas de los toros. Trabajillo me ha costao esperarte con los compromisos que tengo. Este año ha sío pa la reventa el maná del Sinaí.
ANTONIO Bueno, daca el abono.
CAÑAMÓN Afloja la guita.
ANTONIO Allá van dos pápiros de a cien beatas.
CAÑAMÓN Fartan cinco ojos de buey.
ANTONIO ¡Chavó! No eres tú nadie cobrando prima.
CAÑAMÓN Si no te hace clase, lo dejas.
ANTONIO ¡Mar.corazón! Toma la mosca.
CAÑAMÓN Fartan dos machacantes.
ANTONIO Cóbratelos en servicios.
CAÑAMÓN Me afeito solo.
ESPERA. ¡Mardito sea un divé! Venga el abono.
CAÑAMÓN Como las balas. (A Esperanza, que entra.) ¡Ole los cuerpos bonitos! (Vase.)
ESPERA. Estoy yo pa piropos. (El señor Antonio esconde precipitadamente los billetes de abono.)

ESCENA XVIII

SEÑÓ ANTONIO y ESPERANZA.

- ANTONIO ¿Qué traes, mujé?
ESPERA. Que he visto pasá por la calle Harinas a mamá Dolorsitas llorando. Y eso que no sabe la infelí lo que me ha dicho el médico del estao de su hijo... ¡Si usté lo su-piera!
ANTONIO No me agobies, criatura; dímelo mañana si te parece, que hoy no pueo con más penas.

ESPERA. ¿Qué pasa?

ANTONIO. Que el lechuzo de la contribución se ha llevao los cuarenta y cinco duros. ¡Mardita sea su sangre! No le digas na de esto a mamá Dolorsitas, que ya es más que más...

ESPERA. Usté descuide. (Entra en la habitación de la izquierda.)

ESCENA ÚLTIMA

ANTONIO solo

Don Cesáreo tié razón que le sobra. Son muchas las peniyas de este mundo pa no buscarse uno su desquite... ¡papá a los toros! (Sacando los billetes del abono y mirándolos con éxtasis.) ¡Ole! ¡Primera corría! ¡Segunda corría! ¡Tercera corría! ¡Cuarta corría! ¡Quinta corría!... (Oyense dentro sollozos ahogados.) ¡Pos no están llorando las mujeres!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA

SEÑÓ ANTONIO, afeitando a DON JACINTO en el sillón de la derecha. FÍGARO ILUSTRE, afeitando a ANDRESITO en el sillón de la izquierda. ROMERO y DON MARTÍNEZ, en el centro de la escena. Al levantarse el telón discútese acaloradamente entre los personajes que hay en escena. Hay dos o tres individuos más, en unión de varios chiquillos, que están junto a la puerta, como atraídos por los gritos de los que discuten. Algarabía.

- ANTONIO Si hablamos tós a un tiempo, avisá.
FÍGARO Asíñ nadie se entiende.
ANDRE. Que hable don Martínez.
ANTONIO Don Martínez, eche usté un discurso.
JACINTO Pero, ¿pué saberse el porqué de ese discurso?
ANTONIO Pa dejarlo a usté pegao a la paré.
JACINTO ¿Por qué? ¿Porque hablo contra los toros?
ANDRE. Porque hiere usté nuestro fuero interno.
JACINTO Yo digo de los toros que tién la culpa del atraso de este país; que aquí no se vive, ni se trabaja, ni se piensa, ni se sueña más que en un tendío. Eso es lo que yo digo.
ROMERO (Con voz cómica de bajo profundo.) No dice usté más que tonterías.
JACINTO Lo que yo digo nadie lo mueve, porque tié una peana como de aquí a Chipiona.

- ANDRÉ. No señó.
- ANTONIO ¿Qué atraso es ése, si hasta los toreros se peinan con raya y gastan tirilla?
- FÍGARO Si tó pogresa.
- ANTONIO ¡Si ya se bañan con agua de Colonia!
¿Eso es atraso?
- JACINTO Decadencia.
- ROMERO No dice usté más que tonterías.
- JACINTO Oiga usté: yo tengo derecho a decí lo que pienso, que pa eso hay un artículo en la Constitución sobre las libertades individuales.
- VOCES ¡Fuera!
- ANTONIO Ande usté con él, don Martínez. (Don Martínez tose gravemente)
- FÍGARO ¡Silencio!
- VOCES Chisss...
- MARTÍNEZ Mire usté: el toreo es un arte, que, como dijo el poeta, vino del cielo.
- VOCES ¡Ole!
- MARTÍNEZ El toreo es lo más grande que hay en España. Repare usté si será grande, que es lo uniquito que nos envidian las naciones extranjeras. Fíjese usté: ¿Usté ha leído por casualidá la historia de España?
- JACINTO Sí, señó; en la escuela.
- MARTÍNEZ Corriente; entonces usté se habrá percatado de que los españoles somos la gente de más reños y de más pundonó que hubo en la historia; la gente que conquistó el universo mundo; la que puso la espá en tó lo arto de la cordillera de los Andes. Bueno; pos con tó y con eso, ¿cómo se representan a los españoles los extranjeros? Vestíos de trajes de luces.
- VOCES ¡Ole!
- MARTÍNEZ Eso le demuestra a usté lo que vale el toreo. Lo demás es conversación de Puerta e Tierra y envidia pijotera de unos señoritos cúrsiles. Ahí tiene usté a Francia, el cerebro del mundo, como dijo Pi-

tágoras : bueno, pos Francia ha dao también sus toleos, y salió musiú Robert con unos bigotes como el guardapolvo de un ventorrillo. ¿Y sabe usté por qué no salen toreros franceses, ingleses y nor-teamericanos? Porque reconocen que no tién garbo pa ello, que pa toreros, España. Por eso se mueren de envidia y nos echan en cara la catacombe de los caballos, como si no fuera catacombe el que dos tíos se maten por apuesta a puñetazo limpio en eso del boxeo.

VOCES

¡ Ole !

MARTÍNEZ

¿ Pos, y el tiro de pichones ?

ANTONIO

¿ Y eso ?

MARTÍNEZ

¿ Usté se ha fijao que el tiro de pichones es una diversión que tié por ojerto el asesinato en frío de unos animalitos tan dirnos de consideración como el caballo, y sin que el que tire arriesgue ná de su persona. Pos esa diversión humanitaria está de moda en las naciones que nos echan en cara el martirologio de toros y caballos.

JACINTO

Va usté malamente. Usté es un sofista.

MARTÍNEZ

Y, ¿ qué es eso ?

JACINTO

Un sofista ; eso es lo que es usté.

ROMERO

No dice usté más que tonterías.

MARTÍNEZ

¿ Pero quié usté más, señó ?...

JACINTO

Yo quiero argumentos convicentes.

ANTONIO

Con Vicente, con Pedro o con Juan. ¿ Quié usté más que la prensa ? Ahí tié usté : dos planas de toreo casi tós los días. Pos la prensa es la lumbrera de la civilización.

JACINTO

No, señó : si la prensa hace ese reclamo tan grande a las corrias, es sin queré.

ROMERO

No dice usté más que tonterías.

JACINTO

Digo sin queré, porque el diita que no publica una plana de telegramas de toros, no hay quien compre un diario ; y como los negocios tién que viví del dinero, por

desgracia, ahí tié usté por lo que la prensa no tié más remedio que publicá tantas planas de toreo. Yo me he fijao en las tirás de los de aquí. En días de toros, cuarenta mil ejemplares ; en días corrientes, cuatro o cinco mil, si llegan.

MARTÍNEZ Eso no es verdá. Yo tengo que defendé a la prensa. Si los diarios publican tantas planas de toros, es porque les gusta el toreo...

JACINTO Porque es más negocio...

MARTÍNEZ No, señó. Yo no puedo creé que la prensa funde ningún negocio a base del atraso der pueblo.

VOCES ¡ Ole ! ¡ Ole !

ANDRE. Se merece usté las dos orejas.

ANTONIO (Amenazando con la navaja las orejas de don Jacinto.) Y que no me farta ná pa cortárselas.

JACINTO ¿Se quié usté está quieto?

MARTÍNEZ Lo que pasa es que en este pueblo lo único grande son los toreros ; de ahí la envidia que se les tiene. Compare usté las eminencias del toreo con las de la política, y dígame usté si los políticos no resurtan novilleros. Meta usté a Joselito en la milicia, pongo por caso, bueno ; ¿pos no sería Napoleón Bonaparte? Pero, dígame usté por la salusita de su mare, ¿qué sería Romanones si fuera torero? Pos una cosa así como el «Marino». El toreo será malo, pero hay grandes artistas. Lo demás será bueno, pero no hay nadie que varga lo que un fenómeno en lo suyo.

JACINTO Se me está poniendo doló de estómago de oirlo a usté. Este pueblo está perdío.

ROMERO No dice usté más que tonterías.

FÍGARO Ande usté con él, don Jacinto.

MARTÍNEZ Atienda usté al gorpe, amigo ; yo soy republicano federal, sinalarmático y bilateral ; republicano de Pi, que con esto está dicho si hay democracia en mi per-

sona, bueno ; pos antes que tó eso—pa que usté vea si soy buen aficionao—sarto y le digo a usté y a tós los que chumullan de los toros que pa mí el enemigo malo es la rearción. ¿Usté sabe lo que es la rearción? Pos se lo diré a usté en dos palabras : la rearción es la rémora del progreso. ¿Usté ha chanelao la chipén de lo que he dicho? ¿Sí? ¿Pos cuál es el rey más rearcionario de los que hubo en el universo mundo? ¿No está probao que fué Fernando VII? Bueno ; pues pa mí Fernando VII está indurtao y lo quiero como a las niñas de mis ojos. ¿Sabe usté por qué? Porque estuvo pa comérselo cuando fundó la real escuela de tauromaquia de Sevilla. Eso es conocer a un pueblo y mirar al porvenir.

JACINTO Se le corre a usté la garrocha.

MARTÍNEZ ¿Pué saberse por qué?

JACINTO Porque ese Fernando VII que usté dice, si fué amigo de toreros, también simpaticizó con un fasineroso como José María «El Tempranillo». Lea usté las novelas de Fernández y González, y allí lo verá usté. Señó ; si aquellos tiempos eran oscurantistas...

MARTÍNEZ ¿Y eso qué tié que vé? En los tiempos modernos también se ha dicho que hubo políticos, de los gordos, que pa custiones elertorales fueron amigos de ladrones en despoblao ; y no se ha echao a mala parte, que yo sepa. Pero esto es apartarse de la custión. Usté dice que este pueblo está perdío...

JACINTO Escuchándolo a usté, hay que creerlo. Como usté son muchos los españoles que hay, y pa muestra sobra un botón. ¿Sabe usté lo que he visto el otro día? Pos atienda usté al gorpe, como me ha dicho usté endenantes. Un cómico del teatro Cervantes tenía la otra noche en la

mano una tarjeta postá ; ¿y sabe usted lo que estaba pintao en la tarjeta? Una plaza de toros colmá de público ; unos caballos muertos en la arena ; un toro en el último tercio, y un mataor citándolo con la muleta en la izquierda.

ANTONIO Pos vaya una cosa.

MARTÍNEZ ¿Qué tié de particulá?

JACINTO Que el público estaba como petrificao ; que tó se componía de esqueletos con abanicos de colores y mantones de Manila ; que el toro era también un esqueleto con banderillas, y el mataor, otro esqueleto vestío de colorines ; que la plaza estaba del coló que tié la tierra cuando hay tormenta en el cielo ; que había un murciélago mu grande y un cacho de luna muy triste, y que pa remate estaba la bandera en lo arto del tejao tan encogía y tan pegá al asta, que parecía un pañuelo mojado en lágrimas. La carne se me puso de gallina cuando leí el letrerito que tenía debajo la pintura : «El porvení de España», decía ; y como vamos a eso si seguimos por ese camino de la idolatría de los toros, como vamos a que el último español sea un esqueleto toreando ; vea usted por lo que quise sabé quién era el pintor estrafalario de la tarjeta. Allí estaba la firma : un tal Jacinto Benavente.

ANTONIO Pues sí que tié guasa lo de la muerte canina y los esqueletos toreando. ¿No podía usted buscá otras comparaciones más aparentes?

MARTÍNEZ Sobre que eso es mentira. Una corría de toros es la fiesta más hermosa y más alegre que hay.

JACINTO Si yo no le niego a usted que la fiesta sea bonita y alegre.

MARTÍNEZ Entonces...

JACINTO Pero es bonita como pué ser bonito un vicio. Bonito es el vino ; pues beba usted

por vicio y será usted una víctima del vino. Bonitas son las mujeres ; pues cámele usted por vicio a las señoras y no llegará usted a viejo. Si los toros lo que tienen de malo es que ya no es afición ni gusto por las corridas : es vicio que está en la sangre de todos nosotros, y como vicio, veneno que matará.

MARTÍNEZ ¿Pero qué jinojo le han hecho a usted los toreros pa que se ponga usted con ellos de esa manera?

JACINTO Los toreros, na ; si me son mu simpáticos ; si ellos no tienen la culpa ; si son los únicos, que saliendo de las sentrañas del pueblo, vuelven al pueblo siempre, por muchas riquezas que ganen, y son populares por eso, porque no se apartan de los humildes, lo que no pasa con las clases directoras ; y en eso está su fuerza.

MARTÍNEZ Mire usted.

ANTONIO Don Martínez, ¿quién usted dejó a ese prójimo, que me está ya friyendo la sangre?

JACINTO ¡Oiga usted!

ANTONIO Lo que digo es que se acabaron los sermones contra los toros en mi establecimiento.

ANDRE. Nos está usted fartando.

ANTONIO Váyase usted con Noel.

MARTÍNEZ Misionero : a pedricá al desierto.

JACINTO ¡Ea ! Pos aliviarse. (Toma su sombrero y vase.)

ANTONIO Aquí todos somos buenos aficionados.

MARTÍNEZ Tan buen aficionado soy yo, que el mejor regalo de boda que me pudieron hacer —y lo conservo—fué una cabeza de toro disecá.

ESCENA II

Dichos y DON CESÁREO RUBIO, que viene indignado, seguido de algunos vecinos. Mucha animación.

CESÁREO ¡Esto no puede ser ! ¡Este es un pueblo de papé de estraza ! ¡Aquí todo se involucra !

ANTONIO ¡ Don Cesáreo !

MARTÍNEZ ¿ Le ha picao a usté la tarántula ?

CESÁREO ¡ Hay que protestá ! ¡ O no hay vergüenza en la reunión, o tenemos que decí quién somos a esos revisteros de cartón-piedra !
¿ Pero ustés no saben lo que pasa ?

ANTONIO ¿ Qué pasa ?

CESÁREO (Sacando un periódico.) Agarrarse, amigos, y oído a la caja. (Todo el mundo rodea a don Cesáreo, incluso dos parroquianos a medio afeitár, con las caras enjabonadas.)

MARTÍNEZ ¿ Ese es *El Liberal* ?

CESÁREO Acabaíto e pescá. La tinta de la imprenta está fresca.

ANTONIO ¿ Trae telegramas de Bermonte ?

CESÁREO ¡ Sí, señó : que ha cortao una oreja en Barcelona después de una faena inenarrable !

MARTÍNEZ ¡ Venga de ahí !

CESÁREO Pero no es eso lo gordo. Ya verán ustés lo que traigo de postre.

ANTONIO ¡ Reviente usté ya !

CESÁREO (Registrando ansiosamente las seis páginas del periódico.) Vamos por partes. ¡ Eeeeeee !... ¿ Pero dónde está ese telegrama ? ¡ Eeeeeee !... No es esto... «Melilla»... «Nuevo combate»... ¿ A mí qué se me importa ?... ¡ Eeeeeee !...

ANTONIO Mire usté la otra plana.

CESÁREO (Volviendo la página.) «La cuestión agraria.»

MARTÍNEZ Más arriba.

CESÁREO «La sequía.»

ANTONIO Más abajo.

CESÁREO «España se despuebla.» «La emigración.»

ROMERO Los diarios no traen más que tonterías...

CESÁREO ¡ Ya está aquí !

MARTÍNEZ ¡ Lea usted !

ANTONIO ¡ Callarse !

CESÁREO (Leyendo.) «Toro sexto. Berrendo en negro, con muchas patas y la catedrá de Colonia en los pitones. Sale Bermonte y lo para con siete verónicas que quitan el hipo,

terminando con un recorte tan apretao que el pitón del bicho se lleva el pañuelo del fenómeno. (Ovacionaza y el delirio.)»

ANTONIO (Conmovido.) Me toco la nuez y me creo que es el corazón cuando escucho esas cosas.

MARTÍNEZ ¡Ese es mi niño!

CESÁREO Esperarse, que aquí viene azúcar. (Leyendo.) «Brinda Bermonte al ministro de Instrucción pública. (Expertación.) Se va derecho al morlaco y lo saluda con el pase de la muerte; luego vienen pases naturales, de pecho y de rodillas. (Todo entre los pitones: «Terremoto» está temerario. El público aguanta el resuello. Música.) De manera escalofriante consume el famoso pase del cuerno. (Más música.) Y pa cormo de la faena increíble da un pase de molinete tan espantoso, que las tejas de la techumbre de la plaza se ponen de canto.» ¿Qué hay de eso?

ANTONIO ¡Bendita sea su mare!

CESÁREO «Llega la hora de la verdá y el glorioso hijo de Triana se perfila en la misma cuna y arrea un volapié hasta las cintas que hace rodar la fiera sin puntilla.»

ANTONIO ¡Arza mi niño!

MARTÍNEZ Pa que te embobes llevando el cirial.

CESÁREO «(Ovacionaza, deliriazó; el público, frenético, arroja a la plaza sombreros, cigarrros, un niño de pecho y hasta el ama de cría.)»

ANTONIO ¡Viva Bermonte!

TODOS ¡Vivaaa!...

CESÁREO (Leyendo.) «El presidente le concede la oreja.» ¿No es esto pa enloquecé de alegría? ¿No es esto pa que se hinche de orgullo hasta un lenguao? ¡Bueno; pos ahora viene una noticia como pa tirarse al suelo y mordé los adoquines.

ANTONIO ¿Qué noticia?

CESÁREO ¡El Apocalirsis! Que acabo de pasá por la calle Alfonso XII y he visto en el tras-

parente del *Noticiero Sevillano* la reseña de este mismo toro, y no hay oreja, ni verónicas, ni molinetes, ni na.

MARTÍNEZ ¡ Cristiano !

ANTONIO ¿ Qué está usted diciendo ?

CESÁREO ¡ Que le quitan a Bermonte la oreja en *El Noticiero* !

MARTÍNEZ ¡ Eso es una infamia !

ANTONIO ¡ No pué aguantarse !

CESÁREO ¡ Eso digo yo !

ANDRE. ¡ Hay que levantar el gallo !

CESÁREO (Amenazador.) ¿ El « Gallo » ?

ANTONIO (Lo mismo.) Aquí nadie es gallista.

ANDRE. Quise decí otra cosa...

ROMERO No dice usté más que tonterías.

CESÁREO (Casi congestionado.) ¡ Lo que se impone es que vayamos toos a pedir explicaciones al *Noticiero Sevillano* ! (Aprobación entusiasta en todos.)

ANTONIO ¡ Ahora mismo !

CESÁREO ¡ Y que vomite la oreja !

MARTÍNEZ ¡ Eso es burlarse de tó un pueblo !

ANTONIO ¿ Pa cuándo se quedan las revoluciones ?

CESÁREO ¡ A la calle ! (Vanse todos tumultuariamente. Quedan en escena los dos parroquianos, a quien estaban afeitando, mirándose estupefactos, con los baberos puestos y las caras enjabonadas.)

UN PAR. (Después de una pausa.) ¡ Maestroooo !

OTRO PAR. ¡ Niñooooo !

UN PAR. ¡ Échele usté un gargo !

OTRO PAR. (Quitándose el jabón con el babero.) No hay más remedio que limpiarse.

UN PAR. (Lo mismo.) Aquí no nos afeitan hasta la semana que viene. (Se limpian y se van corriendo.)

ESCENA III

MAMÁ DOLORSITAS, por la izquierda. ESPERANZA, por la puerta de la calle.

DOLORSI. Antonio..., Antonio... No hay nadie. Tós se han ido.

ESPERA. (Entrando.) Mamá Dolorsitas...

DOLORSI. No hay nadie en la casa. La tienda está sola...

ESPERA. ¿Pero qué pasa? (Se oye algazara dentro.)

DOLORSI. ¿Qué quíes que pase? Cosas de toros.

ESPERA. ¡Várgame Dios! Y usted está mala...

DOLORSI. Si no fuera más que eso, ¿qué se me importaba? Pero ¿y mi hijo? ¿Mi pobre Juan? Es un muerto que anda...

ESPERA. ¡Chisss! Hable usted bajo..., no sea que lo vaya a oír...

DOLORSI. Si ya lo sabe, si el pobrecito mío se da cuenta de que se muere... Y luego, pa cormo de desgrasias, el otro, Rafael, se me ha escapao y no sé donde anda. Le he llorao a su padre pa que vaya a la policía y lo busquen; pero a eso me contesta que lo deje, que el niño estará toreando, y que eso es bueno pa su porvenir. Yo quiero mucho a mi Juan, pero también quiero a Rafael, que es el más chico, y me muero de pensá que un toro pueda hacerle daño. Aquí me tienes, hija mía, aquí me tienes, con un hijo medio muerto por la guerra de Cuba, y otro expuesto a mil peligros por esas capeas de Dios; y pa remate de tó esto, un marío que no se ocupa más que de su persona y que no ve más que por los ojos de la afisión, como él dice, y deja la tienda sola y tó manga por hombro... Esta china estaba guardá pa que yo me la tragara...

ESPERA. Tenga usted paciencia, mamá Dolorsitas: los hombres son así.

DOLORSI. ¿Cómo quíes que tenga paciencia, si ya el año pasao me trajeron a Rafael en una camilla con una corná en un muslo, y tuve que empeñá hasta mis zarcillos de mocita pa que se curara dentro de casa? ¿Pos y el otro? Desde que me has avisao que no pué salir a la calle solo, porque pué darle un ataque, estoy que no vivo.

- ESPERA. ¡Várgame Dios !
- DOLORSI. ¿Y don Joaquín? ¿Lo has visto?
- ESPERA. Dice que Juan está malamente en la casa.
- DOLORSI. ¿Por qué?
- ESPERA. (Con trabajo.) No sé cómo decírselo, mamá Dolorsitas. Porque no está bueno... ¿No ha visto usted que está muy caprichoso? Esa cabeza no rige, mamá Dolorsitas.
- DOLORSI. ¡Hijo de mi alma ! ¿Y qué quiere don Joaquín? Dímelo claro.
- ESPERA. Ya sabe usted que más que médico es amigo de tós nosotros... Don Joaquín dice que lo mejor es que Juan vaya al hospital.
- DOLORSI. ¡Eso nunca, mientras haya una cama en mi casa !
- ESPERA. ¡Si no es eso !. ¡Várgame Dios, me da fatiga tené que decírselo claro ! Es que Juan pué tener un venate de loco y hacer una desgracia... ¿No me ha dicho usted misma que anoche se puso furioso y empezó a dar en la manía de su barco de Santiago de Cuba? ¿No me ha dicho usted misma que empezó a dar voces diciendo que la bandera no se arriaba, y que había que dar la vida por España?
- DOLORSI. Sí que te lo dije ; y no hace mucho estaba empeñado ¿en qué dirás, mujé? En que su padre quería asesinarlo...
- ESPERA. Si vale más que usted lo sepa.
- DOLORSI. ¡Si ya sé que no tié cura..., que se muere..., pero déjame que te diga que no se separará de mi vera por na de este mundo !... ¡Hijo de mi alma, su madre no se apartará de su lao !... (Llora desconsoladamente)
- ESPERA. (Conmovida.) ¡Ni yo tampoco, porque si usted es su madre, yo soy su Esperanza, y le he querido con toos los reaños del corazón !...
- DOLORSI. ¿Y tú? ¿Qué va a ser de ti?
- ESPERA. Vamos, cállese usted. ¿A qué viene ese llanto? ¿No ve usted que puede oírlo? (Sale Juan por la puerta de la izquierda.) ¿No lo dije?

ESCENA IV

MAMÁ DOLORSITAS, ESPERANZA y JUAN.

- JUAN Madré...
- DOLORSI. (Disimulando.) Rafaé, ese niño alma mía, que nos va a secá la señera a tós.
- JUAN (A su madre.) ¿Llora usté por Rafael?
- DOLORSI. Hijo mío, si no sabemos dónde para...
- JUAN Yo sí me lo figuro. Si usté me dejara buscarlo...
- DOLORSI (Vivamente.) ¡No..., solo, no !
- JUAN ¿Por qué?
- DOLORSI. Porque estás delicao. Yo no quiero que salgas más que con tu madre.
- ESPERA. Tiene razón, Juan. No le quites el gusto.
- JUAN ¿Pero es que puedo ver yo con paciencia que lllore mi madre, que llgre esta santa, que tanto sufre por mí?
- DOLORSI. Si ya no lloro, Juan, si estoy contenta...
- JUAN ¿Qué mentirilla es esa?
- DOLORSI. Mira : (Haciendo la cruz.) por estas que no estoy triste.
- JUAN Bueno ; pues si eso es verdad, póngase usted el mantón dentro de un ratito, que iremos a andar los pasos en busca de su hijo.
- DOLORSI. Si es tu gusto...
- JUAN Ande usted. Mientras tanto, hablaré un poco con Esperanza.
- DOLORSI. (Queriendo aparentar alegría.) ¿Vas a pelar la pava?
- JUAN Un ratito. Luego cerramos la tienda y verá usted como esta noche duerme Rafael en casa y usted tranquila.

ESCENA V

ESPERANZA y JUAN.

- JUAN (Cerrando la puerta de la derecha y entornando la de la calle.) Esperanza, hace ya días que ven-

go buscando la ocasión de hablarte, de decirte cosas muy hondas...

ESPERA. Juan...

JUAN Tenemos que hablar...

ESPERA. Pero cálmate.

JUAN Ya procuro. Mira : ¿a qué disimular más tiempo? Yo lo oigo todo, lo sé todo.

ESPERA. ¿Qué sabes?

JUAN No me hagas decir palabras inútiles. Quiero aprovechar los momentos... Yo sé que estoy enfermo de muerte.

ESPERA. ¡Juan !

JUAN No hace mucho he creído que las heridas de mi cabeza se abrían... Una llamarada pasó ante mis ojos, tanto, que creí por un momento hallarme a bordo del «Vizcaya».

ESPERA. Juan..., que me matas, y me estás matando con esa manera de decir las cosas...

JUAN No hay otra. Soy tan inútil en mi casa..., tan funesto para todos...

ESPERA. ¿Qué?

JUAN Que es un crimen que yo viva. En casa pobre no puede haber enfermo caro.

ESPERA. No digas...

JUAN Yo quiero solucionar el conflicto que yo mismo planteo.

ESPERA. ¿En qué piensas, Juan? ¿Quieres matarte? (Juan asiente con un gesto.) Juan..., ¡por Dios !...

JUAN Sé razonable, no llores. No sabes por mi boca más de lo que ya sabías. Únicamente acabas de saber que yo también estoy enterado. Ahora te prometo calma, resolución ; y ésa es la misma que voy a exigirte a ti, Esperanza : resolución.

ESPERA. ¿Qué quieres? Me da miedo oírte...

JUAN Aprovechar los momentos de lucidez, de energía... Temo desfallecer más tarde.

ESPERA. ¡Juan, por Dios !

JUAN ¿No te digo que tengo calma? (Cambiano de tono.) Escucha, Esperanza... ¿Por qué te conocí?

ESPERA. Pero...

JUAN De no haberte visto nunca, mi agonía hubiera sido menos larga...

ESPERA. Calla.

JUAN El encanto de tu persona tuvo el poder y la fuerza de hacerme creer que podría sanar de mis heridas. Me creí fuerte, me creí hombre, quise estudiar, elevarme sobre mi condición; tener carrera; todo por ti, Esperanza, para darte un marido regenerado, un compañero fuerte y animoso que hiciera de ti la entraña viva donde germinaran hijos que en lo futuro no recibirían heridas como las que yo recibí. Todo inútil.

ESPERA. No, no digas eso... ¡Pobre de mí!

JUAN Yo tengo el remordimiento de que por mi culpa estás perdiendo lo mejor de tu juventud en una relaciones con un enfermo incurable como yo.

ESPERA. ¡Por Dios!

JUAN Esto te lo digo cuando todavía soy dueño de mi voluntad, aunque al hacerlo desgarré mi corazón en lo más vivo..., porque soy celoso, Esperanza, y no puedo soportar la imagen de otro hombre junto a ti, y a pesar de eso, ya ves lo que te digo... Mañana tal vez sería tarde para el paso de hoy...

ESPERA. Calla.

JUAN Por momentos siento que se agota mi energía... Mañana el dolor puede convertirme en niño..., y no quiero ser niño. Despidámonos ahora, que todavía tengo valor para soportarlo...

ESPERA. ¿Qué has visto en mí para echarme de esa manera de tu lado? ¡Ingrato! ¿Qué has visto en mí?

JUAN Vamos, mujer, sé razonable. ¿Qué he visto en ti? ¿Tú te crees que soy ciego? Los que están como yo tienen vista de

lince... Oyen el pensamiento antes de oír la palabra.

ESPERA. ¿Qué has visto, dí? ¿Qué has oído?

JUAN Mujer... Por mucho que tu bondad quiera reprimirlo y ahogarlo dentro de ti, adivino que estás fatigada.

ESPERA. ¡No!

JUAN Hastiada.

ESPERA. ¡Pero...!

JUAN Harta del sufrimiento continuo a que tu fidelidad te condena conmigo...

ESPERA. ¡No!

JUAN Es verdad, y es justo, yo lo comprendo. La lenta destrucción de mi organismo me ha enseñado que no tengo derecho a ti, que eres la vida..., que yo estoy muerto...

ESPERA. ¡Mentira, mentira! ¡No es eso!

DOLORSI. (Dentro.) ¡Juan!

JUAN ¡Calla! ¡Mi madre viene!

ESPERA. (Suplicante.) ¡Juan!

JUAN ¡Calla! (Dándole un abrazo, desesperado, y besándola.) ¡Vida mía! (Juan se dirige vivamente a la puerta de la calle para que su madre no note su emoción. Mamá Dolorsititas sale con mantón por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VI

JUAN, ESPERANZA y MAMÁ DOLORSITAS.

DOLORSI. (Asustada de no ver a su hijo.) ¿Y Juan?

ESPERA. No se asuste usted, que está junto a la puerta.

JUAN ¿Qué quiere usted, madre?

DOLORSI. ¿Nos vamos?

JUAN Cuando usted quiera.

ESCENA VII

Dichos y FÍGARO ILUSTRÉ, que viene como una tromba.

FÍGARO ¡ Mamá Dolorsitas !... ¡ Mamá Dolorsitas !...

DOLORSI. (Asustada.) ¡ Ave María !

ESPERA. ¿ Qué pasa ?

FÍGARO Casi ná, que el señó Antonio está en la casilla.

JUAN ¿ Mi padre ?

DOLORSI. ¿ Por qué ?

FÍGARO Por una bronca entre gallistas y bermon-
tistas... La cosa ha sío a cuenta de la ore-
ja de Bermonte. ¡ Le digo a usté que esto
es más que más, que ya estoy de toros
hasta la coronilla !

DOLORSI. (Atolondrada.) ¿ Y qué hacemos ?

FÍGARO Dice el maestro que buscá deseguí a un
empeño pa vé si lo sueltan. ¡ Valiente en-
salá de palos se ha armao en la calle Al-
fonso XII ! ¡ Se podía encendé un puro
con la candela que echaban las bofetás !

JUAN Pues vamos. (Vase Juan.)

DOLORSI. Vamos corriendo. ¡ Ay, Dios mío, no sé
lo que me pasa !

FÍGARO ¡ Vengan ustés ! (Van a salir, pero se les inter-
pone el Cañamón, que viene emocionado, jadeante.)

ESCENA VIII

MAMÁ DOLORSITAS, ESPERANZA, FÍGARO ILUSTRÉ y el
CAÑAMÓN.

CAÑAMÓN Alto el tren.

ESPERA. Déjenos usté salí.

DOLORSI. Que vamos de prisa...

CAÑAMÓN Quieta aquí la gente buena.

DOLORSI. ¿ Qué quiere usté ?

CAÑAMÓN Que soy el tío de la lista grande, y traigo
el premio gordo.

ESPERA. ¿Qué premio?

DOLORSI. Reviente usted ya.

CAÑAMÓN. Que vengo ahora mismito de Zalamea.

ESPERA. ¿Y qué hay con eso?

CAÑAMÓN. Que allí ha toreao esta tarde Molinete.

FÍGARO. ¿Rafaé?

DOLORSI. ¿Mi hijo?

CAÑAMÓN. Sí, señora; su hijo de usted, que ha quedado mejó que un confitero. ¡Vaya un estilo de toreá de capa, de muleta y de poné banderillas! ¡Los huesos de Costillares se han derretío de gusto en su sepultura! Es una revelación; ya tiene empresario, ya tiene corrias, ya tiene usted una fábrica de billetes de mil plumas que está velando pa usted, señora... ¡Que sea norabuena!

DOLORSI. (Angustiadas.) Pero ¿dónde está? ¿Dónde está mi hijo?

CAÑAMÓN. En la casa e socorro se ha entretenío una mijilla mientras yo me adelantaba...

DOLORSI. Pero ¿está herío?

CAÑAMÓN. No: una chocaúra en la cabeza contra un burlaero y un pisotón en una mano. Tan solamente que lo curaron de mala manera en el pueblo y se ha parao en la casa e socorro pa que lo apañen mejó. Pero no es na, señora.

DOLORSI. ¡Ay, madrecita mía! ¡Hijo de mi alma!

CAÑAMÓN. Señora, no se apure usted, que su niño va a quitá muchos moños.

DOLORSI. No sé, no sé dónde ir.

CAÑAMÓN. Véngase usted conmigo.

ESPERA. Váyase usted con Cañamón. Yo aquí me quedo al cuidao de la tienda.

CAÑAMÓN. Eso es.

ESPERA. Tú, Fígaro: vete a buscá al maestro y cuéntale lo que pasa.

FÍGARO. Voy. (Vase Fígaro.)

DOLORSI. Vamos a buscá a mi hijo.

CAÑAMÓN. Venga usted pa acá, madre feliz. (Vase mamá Dolersitas con el Cañamón.)

ESCENA IX

ESPERANZA. MIGUEL, desde la puerta, turbado.

MIGUEL Hola, Esperanza.

ESPERA. (Impresionada.) ¡Miguel !

MIGUEL (Entrando.) ¿Te asustas de verme? ¿Por qué te asustas, dí?

ESPERA. Si no me asusto ; es que has venío tan de gorpe...

MIGUEL Pues hace un día que ando en busca tuya. Estuve en tu casa : me dijeron que no estabas ; y yo creo que sí, que estabas... Tan solamente que no quisiste que yo te viera...

ESPERA. No seas mal pensao...

MIGUEL (Con amargura.) Y eso, ¿qué tié de particular? Como la última vez que nos vimos te fuiste seria...

ESPERA. No tuve yo la culpa.

MIGUEL La tuve yo.

ESPERA. Además, no está bien que te reciba en mi casa ; vivo sola, soy mocita, y tengo novio.

MIGUEL Ya lo sé : bastantes veces me has refregao por la cara que tiés novio.

ESPERA. Pues si lo sabes...

MIGUEL Pero eso ¿qué tié que vé? (Pausa.) ¿No recibiste mi carta?

ESPERA. Sí.

MIGUEL ¡Pues entonces !... Yo comprendo que si fuera a darte matraca tós los días no quisieras verme ; pero un hombre que se va pa siempre de su tierra, que deja su casa, que lo deja tó..., a ese hombre no está bien que no se le quiera tendé una mano pa despedirlo...

ESPERA. Si yo tengo gusto con eso ; pero como has venío con reconvenciones...

MIGUEL ¿Y quieres que pa mí no sea una pena verte huyendo de mi lao?... ¿No sabes que te he querío como un loco?

- ESPERA. (Vivamente.) De queré no me hables...
- MIGUEL (Apasionado.) Si te tengo que hablá, siquiera sea por última vez.
- ESPERA. Miguel, por tu madre, no me hables de eso...
- MIGUEL Has mentao a mi madre... ; Si mi madre viera lo que haces conmigo !... Porque tú me quisiste cuando eras chica, como yo te quise a ti, pero desde que viniste a Sevilla, desde que viniste de Mora de la Sierra, otro ocupó mi sitio... (Violento.) ; Maldita sea la hora !...
- ESPERA. ; Calla ! ¿Qué estás diciendo?
- MIGUEL (Conteniéndose.) Es verdá ; me he propasao.
- ESPERA. Miguel, si quieres que te atienda no me hables de eso : háblame de otra cosa.
- MIGUEL (Resignado.) Bueno. (Ligera pausa.)
- ESPERA. ¿A dónde vas?
- MIGUEL Voy emigrante.
- ESPERA. ¿A qué tierra?
- MIGUEL Ya te lo dije : a Buenos Aires.
- ESPERA. ¿Pero es que no se pué vivir en Mora de la Sierra?
- MIGUEL No se pué vivir en el campo ; no hay cosechas casi nunca, el terreno está cá vez más baldío y más seco... Parece un desierto ; y como el hambre nos mata poco a poco, tó el pueblo ha dicho que se embarca pa la Argentina... (Otra pausa.)
- ESPERA. (Conmovida.) Te habrá dao mucha pena, ¿verdad?, salí de tu pueblo...
- MIGUEL (Dolorosamente.) ; Nadie sabe lo que es dejá la tierra de uno ! ; Se ha gozao tanto, se ha sufrío tanto en aquellas casitas blancas ! ; Qué desgracia tan grande tené que salirse uno de su tierra porque su tierra no lo mantiene ! ; Y, sin embargo, esa tierra, si no estuviera en manos de cuatro personas que no la cultivan, que se divierten con ella, podría sustentarnos a tós !

ESPERA. ¿Y no has dejao a nadie en Mora de la Sierra?

MIGUEL Ni un pañuelo que se moviera en el aire diciéndonos adiós. Tú no te puedes figurá lo que es despedirse de un pueblo que se queda vacío... Cuando se despide uno en una estación de una persona que bien se quiere, se queda allí un cacho de vida que pué juntarse otra vez con nosotros... ; pero cuando tó un pueblo se va emigrante... es como si un bando de golondrinas dejara sus níos, pero sin la esperanza de volver a ellos... Todavía veo aquí (Señálase la frente.) y siento aquí (El corazón.) cómo salimos de Mora de la Sierra... Salió el tren de agujas..., pasaron unos chozos..., pasaron luego las primeras casas del pueblo, las veréllas y cuestezuelas donde brincábamos de niños, como si fuéramos pájaros volanderos..., la escuela, la iglesia donde nos bautizaron, la plaza del Ayuntamiento, donde se juntaban los infelices gañanes pa lamentarse un año y otro año de que las cosechas se perdían, pa decí que se morían de hambre..., y luego el baldío..., sin una mata, sin una gota de agua..., tó tan callao como el Camposanto, que también se queda allí con los huesos de mi madre, con las raíces tronchás de donde me arranca la miseria pa ir a una tierra que no conozco... ¿Quién tendrá la culpa de tó esto?

ESPERA. ¡Pobre Miguel! Me has hecho llorar, al fin y al cabo.

MIGUEL ¿Te compadeces de mí?

ESPERA. No quisiera haberte visto. ¿Pa qué has venío?

MIGUEL Esperanza..., ¿por qué eres así conmigo? Yo te conozco..., sé que eres buena y honrá hasta el tuétano... Por eso me estás matando. Desde el año pasao que fuiste al pueblo cuándo mi madre te llamó pa

que la vieras antes de morirte, has cambiado mucho... Yo lo sé y lo comprendo... Estás encadená al cariño de un hombre enfermo; por compasión que le tienes.

ESPERA. Miguel, no digas eso...

MIGUEL. A gritos lo diré si no me escuchas. El tiempo ha enfriao tu cariño por ese hombre; te queda por él una inclinación de hermana, pero tu corazón se ha llenao, sin que tú lo puedas remediá, de un querer mu grande pa otro, y ese otro soy yo... ¡y me ahogas dentro de ti como a un niño recién nació !...

ESPERA. (Muy turbada.) Miguel...

MIGUEL. Pero yo no pueo vivir sin mi Esperanza...

ESPERA. ¡ Ay ! ¡ Calla, calla, Miguel, que no puedo oírte ! (Desfallece.)

MIGUEL. Si me vas a oír, ingrata... Dí, ¿por qué eres mala?... Si tó tu cuerpo está temblando porque es tu Miguel el que tienes cerca de tu vera..., (Abrazándola.) si debajo de mis deos me está quemando tu carne con un fuego que llega hasta mis sentrañas..., si tus labios están secos y no sabes si apretarlos pa llorá, o abrirlos pa reír, o dármelos pa que los bese..., si tus ojos están perdíos y ya no puén mirá más que mis ojos..., si eres mía, Esperanza, y no pués escaparte, aunque quieras, porque soy el palomo ladrón que sorprendió a su paloma..., si toa tú y tó yo estamos presos por una voluntá que es más fuerte que nosotros.

ESPERA. ¡ Miguel !... ¡ Por tu madre, suéltame !

MIGUEL. ¿Cómo quiés que te suelte? Ven conmigo, Esperanza.

ESPERA. ¡ Si lo quisiera Dios !

MIGUEL. Pero, ¿me quieres?

ESPERA. ¿No lo estás viendo? ¿No lo dices tú mismo?

MIGUEL. Pero quiero que tú lo digas...

ESPERA. Te quiero, Miguel; sin sabé cómo, este

cariño se ha metió en mi pecho ; te quiero en contra mía.

MIGUEL ¿Por qué?

ESPERA. Porque tiés que repará que Juan está de por medio y es el hombre más bueno de la tierra ; estoy ligá con él como si nos hubieran echao las bendiciones. Soy pa él como si fuera su madre, su novia, su hermana..., y estoy segura de que si te hiciera caso, si me escapara contigo, al volver la cara yo se mataría..., y entonces para mí no habría descanso, y sobre mi conciencia tendría yo esa culpa. Conténtate con sabé que pa mí eres el único hombre que queda en el mundo. Pa lo demás, agúardate a que Juan cierre los ojos...

MIGUEL ¿Pero no ves que es imposible que te espere, que un remolino de vendaval me arranca de mi tierra? ¿No sabes que no te veré más?...

ESPERA. (Con sobresalto.) ¡ Calla !

MIGUEL ¿Qué? (Pausa.)

ESPERA. ¿No has oído?

MIGUEL No... (Esperanza, alterada, asómase a la puerta de la calle y observa.)

ESPERA. Me pareció que lloraban... (Volviendo.) No hay nadie en la calle. Vete, Miguel, que pueden vernos...

MIGUEL ¿Solo? ¿Me iré solo?

ESPERA. Sí...

MIGUEL ¿No nos veremos más?

ESPERA. No... Es decir, sí. Ten esperanza.

MIGUEL (Con un sollozo.) ¡ Esperanza !

ESPERA. Anda, Miguel..., sé razonable. (Juan, pálido, desenchajado, asoma por la puerta de la calle.)

ESCENA X

MIGUEL, ESPERANZA y JUAN.

ESPERA. ¡ Juan ! (Los dos hombres se miran cara a cara.) Mi primo Miguel...

JUAN Ya lo sé... (Oyese en la calle rumor de voces.) Mi madre viene, vienen todos, y yo tengo que hablar con usted, Miguel.

ESPERA. (Suplicante.) ¡ Juan !...

JUAN Déjame.

MIGUEL Cuando usted quiera.

JUAN ¿ Quiere usted mañana ?

MIGUEL Bueno.

JUAN ¿ Vendrá usted a verme ?

MIGUEL Baste que usted lo quiera.

JUAN Hasta mañana.

MIGUEL Buenas noches. (Vase. Juan, acongojadísimo, se deja caer en un sillón)

ESCENA XI

JUAN y ESPERANZA

JUAN Ese hombre viene por ti, Esperanza.

ESPERA. Juan...

JUAN ¡ Esto es muy grande..., es muy grande lo que me pasa ! ¡ No puedo más !... ¡ Te dije antes que me dejaras..., pero al ver a ese hombre !... ¿ Por qué soy tan débil ?... ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !

ESPERA. Calmatè, Juan...

JUAN (Con un sollozo de niño.) ¡ No me dejes !...

ESPERA. (Enjugando las lágrimas de Juan con un pañuelo.) ¡ No ! ¡ Por mi salvación te lo juro ! ¡ No te dejo !

ESCENA ÚLTIMA

Dichos. MAMÁ DOLORSITAS, FÍGARO ILUSTRÉ, CAÑAMÓN y MOLINETE, que viene lastimado de un brazo y de la cabeza.

MOLINETE Ya estamos en caza, Hola, Esperanzilla.
Buenas noches, Juan.

- ESPERA. Dejarlo quieto.
- DOLORSI. ¿Se puso mal?
- ESPERA. No ha sío na; dejarlo.
- JUAN ¡Madre! (Todos rodean a Juan.)
- MOLINETE ¡Ea! ¿A qué apurarze? Yo también merezco que ze me mire. Digo, me paeze.
- CAÑAMÓN (A Molinete.) (La chipén es lo que estás diciendo; tú viene perniquebrao y tós se vuerven pa tu hermano, y a ti no te dicen na. ¡Vaya una familia!)
- FÍGARO Pues algo le pasa a Juan, cuando está de esa manera...
- MOLINETE ¿Qué quiés que le paze? Que es el niño mimao.
- JUAN (Sobreponiéndose a su pena.) ¿Estás herido, Rafael?
- MOLINETE A mucha honra. Ya no me dirás anarfabeto ni horgazán. El anarfabeto es ya novillero; por el horgazán ze acabaron las fatigas en caza: el anarfabeto va a traé los billetes de mil pezetas a carros.
- JUAN (Mirándole largamente.) ¡Pobre!...
- MOLINETE (Violentó.) ¡Ezo zí que no te lo consiento, que me compadezcas!
- ESPERA. ¡Rafael!
- DOLORSI. ¡Hijo!
- FÍGARO ¡Calla!
- MOLINETE ¡Zi ze mete conmigo! ¡Y too por los moños que ze pone con la hería de Zantiago de Cuba, por la que le dan na más que treinta reales toos los mezes; en cambio yo vengo también herío frente al peligro, con la diferenzia de que mi hería da más dinero que la zuya! (Juan levanta la cabeza irritado.)
- ESPERA. No hagas caso, Juan.
- FÍGARO (Interponiéndose.) ¡Eso no, Rafael!
- MOLINETE ¿También tú te zublevas, brocha zin pelos?
- FÍGARO ¡También yo, que no pueo consentí que se le farte a Juan delante mía! ¡Límpia-

te la boca con agua de rosas pa hablá de la herla de tu hermano ! ; La suya fué en defensa de España ! ; La tuya, si bien se mira, es en contra de España ! «¡ Conócete a ti mismo», dijo un sabio !

MOLINETE ¡ «Más cornás da el hambre», dijo otro !

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Una habitación blanca con enseres pobres. Balcón al foro; puertas a derecha e izquierda. Es de día.

ESCENA PRIMERA

ESPERANZA, MAMÁ DOLORSITAS

- DOLORSI. (En escena.) ¿Quién es?
ESPERA. (Entrando.) Soy yo, mamá Dolorsitas.
DOLORSI. Dios venga contigo, hija mía.
ESPERA. ¿Cómo está Juan?
DOLORSI. Muy mal.
ESPERA. ¿Ha pasao bien la noche?
DOLORSI. ¿Qué ha de pasá? ¡Pobrecito mío!
ESPERA. ¿Vino don Joaquín?
DOLORSI. Sí.
ESPERA. ¿Y qué ha dicho?
DOLORSI. Habla bajo, que no hay conversación que no escuche.
ESPERA. ¿Qué ha dicho el médico?
DOLORSI. (Ahogando un sollozo.) ¿Pa qué decírtelo?
ESPERA. Vamos, no llore usté.
DOLORSI. Ha dicho que estemos preveníos...
ESPERA. ¿Pa una desgracia?
DOLORSI. Sí.
ESPERA. ¿De un momento a otro?
DOLORSI. Sí.
ESPERA. Lo esperaba.
DOLORSI. Yo también me tenía tragá esa china

desde antier noche, cuando Rafael vino de ese pueblo.

ESPERA. Quiero ver a Juan.

DOLORSI. Espérate.

ESPERA. ¿A qué?

DOLORSI. A que yo lo prevenga. Tiene una pasión de ánimo contigo, que mete miedo mirarlo.

ESPERA. ¿Qué dice?

DOLORSI. Unas veces, cuando está más entero, que te vayas de su vera... Otras, llora como un chiquillo, y pide a gritos que no le des nunca...

ESPERA. Y no lo dejaré, mamá Dolorsitas.

DOLORSI. Dios te lo pagará, hija mía, aunque mucho mal te estás haciendo por culpa nuestra.

ESPERA. ¡Quite usted, por Dios!

DOLORSI. Te tengo sobre mi alma, Esperanza.

ESPERA. ¿Y no mienta a Miguel?

DOLORSI. ¿A qué Miguel?

ESPERA. A mi primo: al de Mora de la Sierra.

DOLORSI. Sí; y cuando está en sus cabales quiere verlo también; pero otras veces pone unos ojos de espanto cuando lo nombra... que... (Vuelva a acongojarse.)

ESPERA. Vamos, vamos...

DOLORSI. Por eso te dije ayer que no viniera ese hombre...

ESPERA. Y ya vió usted cómo no vino. Unicamente yo podía convencerlo; pero se ha quedao en Sevilla el día de hoy. Temblandito estoy de que se le ocurra poné los pies en esta casa.

DOLORSI. Pero Juan, por otro lao, quiere verlo y se emperrea en que venga. La cabeza de mi pobre hijo es una devanaera. ¡Qué pena de hombre, Dios mío, qué dolor de hijo!...

ESPERA. No se pondrá usted así delante suya, ¿verdad?

DOLORSI. Quitá, mujé; a su lao disimulo.

- ESPERA. Pues también a mí se me pué ahogá con un cabello. Deseando estoy que sargá el tren de Cádiz. A las ocho es... ¿Cuándo serán las nueve?
- DOLORSI. ¿No se embarcará esta noche de madrugada?
- ESPERA. Sí; pero aprovecha el tren botijo de los toros, y llega a tiempo a Cádiz. Hasta última hora quiere estar por aquí.
- DOLORSI. No se sabe cómo acertá: si Juan se enterá que se va ese hombre sin verlo, pué surfurarse mucho, y lo primerito que ha dicho el médico es que no se surfure por ná.
- ESPERA. Y por otro lao, si lo ve... ¡usté se figure!
- DOLORSI. ¿Qué será lo mejó, Dios mío?
- ESPERA. Por eso quiero hablarle.
- DOLORSI. Voy a poné una «mariposa» a nuestro Padre Jesús del Gran Podé. (Enciende una lamparilla ante una oleografía que hay encima de una cómoda.) Es un Señor má milagroso...
- ESPERA. ¡Pos si me hiciera el milagro de sacarme a mí de penas!
- DOLORSI. ¿Te pasa algo que no sepa, Esperanza?
- ESPERA. ¿Qué quíe usté que me pase? Que ya no tengo trabajo.
- DOLORSI. ¿Te han despedío del obradó?
- ESPERA. Esta mañana.
- DOLORSI. ¡Várganie Dios! ¡Várganie Dios!
- ESPERA. No hay que bordá ni una hilacha. Le digo a usté que cuando viene una desgracia, bien acompañáta que viene. Es mucho mi sino, mamá Dolorsitas.
- DOLORSI. ¿Y no hay trabajo en ninguna parte?
- ESPERA. Miseria: eso es lo que hay. ¡Y si tan siquiera conservara mi arcansía, menos mal!
- DOLORSI. Pero, ¿y tus ahorros?
- ESPERA. No tengo ni dos reales, mamá Dolorsitas. Mis ahorros volaron; pero, ¿quién piensa en eso? Lo peó es lo que le pasa a Juan. Que yo esté a las clemencias del

cielo, si lo comparo con la pena de usted, me importa poco.

DOLORSI. ¡Ay, hija mía: vete de nuestro lao, que tenemos la negra desde hace tiempo y bástese que te arrimes a nosotros pa que te coja la desgracia!

ESPERA. ¡Eso sí que no!

JUAN (Dentro.) Esperanza...

DOLORSI. Juan te llama.

ESPERA. Usted descuide, que voy a dejarlo más tranquilo y más contento que un niño chico. (Entra por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

MAMÁ DOLORSITAS y EL CAÑAMÓN, que viene por la puerta de la derecha.

CAÑAMÓN Oiga usted, señora.

DOLORSI. (Volviéndose.) ¡Ave María! ¡Qué susto me ha dao usted!

CAÑAMÓN Usted disimule: me he colao por la escalera porque como estaba la tienda sola...

DOLORSI. Y ¿qué se le ofrece?

CAÑAMÓN Que quieo ve al maestro.

DOLORSI. ¿Pa qué?

CAÑAMÓN Pa darle una razón de parte de «Chicharito».

DOLORSI. Voy a decírselo; pero bajen ustedes la voz.

CAÑAMÓN ¿Qué pasa?

DOLORSI. Que mi hijo Juan está muy malo.

CAÑAMÓN Usted descuide, señora. (Vase mamá Dolorsitas por la izquierda.)

ESCENA III

CAÑAMÓN y MOLINETE, que viene por la derecha.

CAÑAMÓN ¡Hola, Molinete!

MOLINETE (Malhumorado.) Buenas tardes, Cañamón.

CAÑAMÓN ¿Vienes de la calle?

MOLINETE De la calle vengo.

CAÑAMÓN ¿Pero no te hará daño haber salío tan pronto?

MOLINETE ¿Y usté ze cree que en día de toros pué está mi cuerpo metío en el lecho del doló? Zobre que no zon ezas jerías las que a mí me duelen; zino otras que tengo en el amor propio.

CAÑAMÓN ¿Se pué sabé cuáles son?

MOLINETE Ná; que al mesmo tiempo que zalía pa recoger mi billete de los toros—que me ha dejao el fenómeno en el Clú Bermontista—he díó a dá un pazeo a la calle de la Zierpe y a la Campana. Usté zabe cómo he quedao en Zalamea, ¿verdá? Bueno; pos ná más justo que er que trebaja tenga zu peazo e gloria; digo yo. Por ezo me he dao a lú; pa vé zi venían los chiquillos detrás de mí; pa vé zi me tendían la mano y me dezían: «Que zea noragüena, Molinete». Po zi le digo a usté mi verdá, naide ze ha arrimao a mi vera. Parezía uno de ezos ingleses que vienen zolos mirando los menumentos, y eso me achara, Cañamón... Pa que usté lo zepa.

CAÑAMÓN Toavía es mu pronto, Molinete.

MOLINETE ¿Mú pronto? (Violento.) ¡Ya debían de está aquí cuatro revisteros de ezos zinvergonzones pa pedirme cuatro entrevistas! Yo le digo a usté que ya ze me va teniendo mieo; y que pa mí, que le estorbo a Bermonte: zi zeñó. En este país no pué habé dos lumbreras. Está visto.

CAÑAMÓN Habla bajo, hombre; que me lo ha encargao tu madre.

MOLINETE Mi madre no zabe lo que ze pesca.

ESPERA. (Dentro.) ¡Chiss!

CAÑAMÓN ¿Lo estás viendo?

ESCENA IV

Dichos y el SEÑOR ANTONIO, que viene por una de las puertas de la izquierda.

ANTONIO ¿Qué hay, Cañamón?

CAÑAMÓN (Poniéndose serio.) Una cosa que te tengo que decí, como cabeza de familia que eres de tu casa.

ANTONIO ¿Y pa qué pones la cara larga? ¿Es algo grave?

CAÑAMÓN Regulá de grave.

ANTONIO Ea, pos desembucha.

CAÑAMÓN Bueno; pos sabrás cómo vengo de parte de Chicharito.

ANTONIO ¿Y quién es ése?

CAÑAMÓN Dilo tú, Rafael.

MOLINETE El hijo del amo de la caza de empeño de la calle Tintores.

CAÑAMÓN Pos ese niño, conocío por Chicharito, emprestó, sin permiso de su padre, a tu hijo Molinete, aquí presente, el vestío de luces que sacó el niño en Zalamea la Real la tarde de la corría. ¿No es eso?

MOLINETE Ezo es.

CAÑAMÓN Bueno; pues yo he devuelto el traje, pero dice el papá—que al fin y al cabo ha tenío que enterarse—que el traje no está de recibo.

ANTONIO ¿Y por qué?

CAÑAMÓN Porque la taleguilla tiene un siete; a las hombreras le fartan los machos, y tó lo demás está hecho porvo; yo lo he visto: parece una arjofifa.

ANTONIO (A Molinete.) ¡A vé, criaturita, si me metes en un lío!

MOLINETE ¡Quite usted allá! Ezo es que eze niño arma mía abuza porque zabe que voy a ganá mucha guita, y ze le ha puesto chupá der bote; pero ya verá usted er bote que va a pegá en cuantito yo lo entrecoja.

CAÑAMÓN Aquí lo que hay que vé es que su padre, que es un matatías que da dinero a diita, y con esto está dicho que donde pone el ojo pone la bala, dice que hay que aflojá el importe del vestío. Lo cual que son dos mil reales.

ANTONIO (Aterrado.) ¿¿ Eh??...

MOLINETE (Lo mismo.) ¿¿ Dos mil reales??...

ANTONIO ¡ Pos hacen falta dos mil marchantes que vengan a afeitarse a la barbería! ¿Y cuándo va a venir ese ganao?

MOLINETE (Indignado.) ¡ Zi me lo estaba yo presumiendo!... ¡ Zi ezo de pintarze los ojos y ponerze mininis en er peinao me estaba a mí mosqueando!... ¡ Y ze lo voy a dezi; zi zeñó! ¡ Yo le voy a dezi a Chicharito cuántas zon dos y tré! ¡ Eze niño es un intelrtual!... ¡ Y ze lo voy a dezi en zu cara!

ANTONIO ¡ Te espampano, hijo, te espampano, como me traigas trampas a la casa!

DOLORSI. (Desde la primera puerta de la izquierda.) Pero, ¿ se queréis callar, por el amor de Dios?

ANTONIO Vete tranquila, Dolores, que hablaremos bajito. (Mamá Dolorsitas se retira; pausa.)

CAÑAMÓN Bueno; y qué le digo a ése?

MOLINETE Que no le doy una mota; pero que como voy a toreá mú pronto, le regalaré un traje a medio uzo en cuanto lo tenga de zobra: ezo le dize usté.

CAÑAMÓN ¿ Ná más?

MOLINETE Ná más.

CAÑAMÓN (A señó Antonio.) Y tú, ¿ qué dices?

ANTONIO Que ésa no es cuenta mía.

CAÑAMÓN Me da el corazón que va a habé jarana.

MOLINETE Por mí, que la haiga.

CAÑAMÓN Bueno; pos voy a decírselo. Yo con eso cumplo. (Vase el Cañamón.)

ESCENA V

SEÑÓ ANTONIO y MOLINETE.

ANTONIO Tú te las compones como quieras, ¿sabes tú?, pero lo que es a mí que no me digan ni media palabra.

MOLINETE Duerma usted tranquilo, que ya verá usted como espabilo yo a eze niño intelertual, y tamién al Cañamón, que me da en el lao izquierdo que está en connivenzia con él y con zu padre. ¡Tós a explotarlo a uno; pero lo que es a mí, no me paza lo que al Gallo; ezo zí que no!

ANTONIO (Desde el balcón.) Escucha, Rafael.

MOLINETE ¿Qué paza?

ANTONIO ¿Quién es ese gacholi que se está paseando por la acera?

MOLINETE ¿Eze que no quita ojo de los barcone?

ANTONIO Sí.

MOLINETE Ze me figura que es el primo de Esperanza; el emigrante que ze va pa Buenos Aires.

ANTONIO ¿Y qué hace dándole tantas güertas a la noria?

MOLINETE ¿Le decimos que zuba?

ANTONIO Bueno; así estarán más acompañás las mujeres.

MOLINETE Entonzes, lo llamo.

ANTONIO Pero aguárdate; no sea váyamos a meté la pata.

MOLINETE ¿Por qué?

ANTONIO Porque se traen mucho misterio las mujeres con esa visita. Más vale dejarlo.

MOLINETE Como usted quiera.

ANTONIO Son cosas de Esperanza y de tu madre.

MOLINETE No ze me cae de la cabeza el Chicharito. ¡Mardita zea!...

ANTONIO (Otra vez en el balcón.) Ya va la gente pa los toros.

MOLINETE Temprano es.

- ANTONIO ¿Tienes billete?
MOLINETE ¡Pos no que no!
ANTONIO Pos vámonos sin que nos sienta tu madre.
MOLINETE Zí; que pué dar en la idea de que nos quedemos, porque como Juan está malo...
¿Vámonos abajo a la barbería?
ANTONIO Bien dicho; así tu madre no las toma con nosotros.
MOLINETE ¡Eze Chicharito me las paga! (Hacen mutis sigilosamente por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI

MAMÁ DOLORSITAS y ESPERANZA.

- DOLORSI. Se fueron, hija, se fueron. ¡Paece mentira!
ESPERA. (Mirando por una trampilla que hay en el suelo.)
No; están en la tienda. No se apure usted.
DOLORSI. Serán capaces de ir a los toros. Ya lo verás.
ESPERA. Los hombres son así; y no es que sean malos; quieren a su manera, pero son así.
DOLORSI. ¿Has visto cómo está Juan?
ESPERA. Yo lo veo como siempre... ¡Quién sabe!
A lo mejó los médicos se equivocan tanto.
DOLORSI. ¡Si fuera verdá lo que estás diciendo!
ESPERA. Lo peó es que le ha dao por salirse de la alcoba.
DOLORSI. Y no hay manera de contenerlo.
ESPERA. Déjelo usted con ese gusto. (Aparece Juan en la primera puerta de la izquierda.)
DOLORSI. Ya está aquí.
ESPERA. ¡Juan!

ESCENA VII

JUAN, ESPERANZA y MAMÁ DOLORSITAS.

- DOLORSI. ¡Hijo de mi alma! ¿Por qué te has levantao?

JUAN Porque no puedo estar ahí dentro. Quiero un poco de luz.

DOLORSI. Pero, ¿no estás mejor descansando?

JUAN Es muy triste ese cuarto, madre. Aquí se respira... (Alucinado.) ¡Ay!

DOLORSI. ¡Hijo!

JUAN ¿No los ve usted, madre?... ¿No los oye?

DOLORSI. ¿Qué?

JUAN Mis niños, los niños de mi clase, que tengo abandonados. Vienen a ver a su maestro. Sus corazones son la tierra donde he sembrado la semilla de la virtud, del trabajo.

ESPERA. ¿Ve usted?

DOLORSI. ¡Hijo mío!

JUAN ¡Quiero luz! ¡Luz! ¡Son ellos! Ya vienen... Y no son niños, son ya hombres regenerados... ¿No escucha usted, madre, los vítores, las aclamaciones? ¡Pasan sobre mi tumba, pero no importa, la patria resucita con ellos! ¡Ay!

ESPERA. ¡Por Dios!

DOLORSI. ¿Qué estás diciendo?

JUAN ¿Qué decía? ¿Qué es lo que yo decía? ¡Ah, sí! Qué quiero estar en esta sala... El sol que entra por el balcón, el ruido de la gente que pasa por la calle, el veros las caras a las luz del día... Todo eso puede aliviarme. (Se dirige al balcón.)

DOLORSI. ¿Vas a asomarte?

JUAN ¿Por qué no?... Quiero ver la calle.

DOLORSI. ¿Y si te hace daño?

JUAN Más daño me hará sujetarme a la tristeza de un rincón oscuro... Es un momento. (Asomándose al balcón.) ¡Qué bonita está la calle! Pasa mucha gente... Los balcones están llenos de muchachas. (De pronto da un grito ahogado y se vuelve lívido.) ¡Madre!

DOLORSI. (Socorriéndole.) ¡Várgame Dios! ¿No lo dije? Hijo mío, ¿por qué no me haces caso?

- ESPERA. (Lo mismo.) Ven, siéntate aquí. (Juan se sienta.)
JUAN No es mi mal el que ahora me arrancó ese grito... Es otro... ¿No es cierto, Esperanza? Otro mal más hondo...
- DOLORSI. (A Esperanza.) ¿Qué ha sido?
ESPERA. Que ha visto a Miguel en la calle.
JUAN ¡Pobre hombre: espera como yo, pero él espera la felicidad; yo, la muerte! Y, sin embargo, puede que él sufra dolores más agudos todavía que los míos..., porque es el bien lo que él aguarda..., y siente el miedo terrible de que pueda escapársele... En cambio yo, que todo lo he perdido, ya no voy sintiendo nada...
- DOLORSI. Si me hicieras caso...
ESPERA. Te juro, Juan, que si Miguel está tan cerca de nosotros no es por culpa mía...
JUAN No te disculpes, Esperanza; ángel que derramas todavía sobre mí el tesoro de tu caridad... (Venciendo su emoción y hablando con voz entera.) Ahora soy yo el que ha de disponer lo que ha de hacerse.
- DOLORSI. ¡Hijo!
JUAN No se asuste usted, madre... Tú, Esperanza: dile a Miguel que suba.
ESPERA. Juan...
JUAN Obedece, mujer..., no me contradigas, que no sabes el mal que tu resistencia me hace.
- DOLORSI. Vé, hija mía, y cúmplase la voluntad de Dios. (Vase Esperanza.)

ESCENA VIII

JUAN y MAMÁ DOLORSITAS.

- JUAN (Abrazando a su madre.) No se aparte usted de mí... ¡Madre de mi alma, madre poderosa por su sencillez, su humildad y su ternura..., protéjame usted, madre..., deme usted su calor!... ¡Lo necesito para

ser hombre por última vez !... (Con un estremecimiento.) Ya sube... Hay que disimular... Que no se me conozca nada. (Mamá Dolorsitas se retira a un lado para ocultar su emoción. Miguel aparece, respetuoso, en la puerta de la derecha ; detrás, Esperanza.)

ESCENA IX

JUAN, MIGUEL, ESPERANZA y MAMÁ DOLORSITAS.

JUAN (Señalando una silla.) Pase usted, Miguel..., y siéntese.

MIGUEL Dios le guarde, Juan.

JUAN Esperanza, ven. (Colócase Esperanza al lado de Juan.)

DOLORSI. Hijo, ten cuidao ; mira por ti...

JUAN Descuide usted ; tengo todavía voluntad para ser más fuerte que mi desgracia. (Emocionado a pesar suyo.) Escuche usted, Miguel : anteanoche le dije a usted que viniera a verme ; no he podido verle antes porque una recaída grave me lo ha estorbado. Perdóneme usted este contratiempo que para usted ha sido un perjuicio... Sé que va usted a embarcar, y que apenas le queda tiempo...

ESPERA. ¡ Juan..., sé lo que vas a decir ! ; Eso es muy grande, Juan !... ; No quiero que lo digas !...

DOLORSI. ¡ Hijo !... ; Lo primero tú !... ; Tú lo primero !...

JUAN No me atribuléis, dejadme. He de cumplir, pese a vosotras, pese a mi propio corazón, un deber de justicia... con Esperanza, con Miguel, y conmigo.

DOLORSI. (A Miguel.) ¡ No le escuche usted ! (Miguel vacila.)

ESPERA. (Suplicante.) ¡ Vete, Miguel !

JUAN (Con energía.) ¡ Nunca ; usted no se irá ! (Atrayendo a Esperanza hacia sí.) ¿Cuál es el

consuelo más grande del mundo y por el cual hasta las penas nos sonríen?... Es el amor, ¿no es cierto? Pues bien; mi amor está en mis brazos..., es mi Esperanza, corazón de mi corazón..., entraña de mi entraña...

ESPERA.

¡Juan!

JUAN

Y, sin embargo, a pesar de todo esto, que es tan grande para mí, yo se la entrego a usted, Miguel.

MIGUEL

(Con un grito de alegría.) ¿Eh?...

JUAN

Yo se la entrego, porque es usted honrado y la merece... (Miguel, conteniendo su primer impulso, cruza una mirada con Esperanza y baja la vista.)

ESPERA.

¡Juan!...

JUAN

¡Calla! (A Miguel.) Con ella le doy, ¿qué le diré?, todo lo que queda en mí de humano... Guárdela, defiéndala... (Emocionadísimo, con voz temblorosa.) Por no tener padres, por vivir sola en el mundo, se la recomiendo yo..., yo..., su rival. (Con repentina energía.) ¿Lo oyes? ¡Tu rival! ¡El hombre que de haber tenido salud y fuerza te la hubiera disputado cara a cara, hasta partirte el corazón..., si por ella venías!

DOLORSI.

¡Hijo!

JUAN

(Dominándose en un esfuerzo supremo.) ¡Dios mío! ¡Perdóname! (A Miguel.) ¡Perdone usted; mis celos, que también agonizan, han subido del corazón a los labios!

ESPERA.

Soy tuya, Juan, y no puedes desprenderme de mí... Aunque quieras, no puedes...

JUAN

¿A qué mentiras generosas, mujer? Si sé que le quieres... ¡Si me lo dicen vuestras miradas, que, a pesar de vosotros mismos, se rebelan! ¡Y es justo! ¡Sois la juventud y la fuerza!

ESPERA.

Habla tú, Miguel, y ten lástima de lo que vayas a decir...

JUAN

Hable usted, Miguel, y no tenga piedad...

(Pausa angustiosa. Miguel, agobiado, lucha un momen-

to consigo mismo, hasta que al fin levanta la cabeza. Su rostro está pálido, pero su voz es firme.)

MIGUEL Usted es un hombre que tiene un corazón de santo, y con un hombre como usted yo no tengo más que un camino: la mar, ni más compañera que una: la desgracia... Pero ahora he tenido un consuelo: haberle conocido a usted. (Hace medio mutis.)

ESPERA. ¡Bien, Miguel! ¡Dios te premiará lo que has dicho!

MIGUEL Quédate con él, Esperanza. A los ojos de Dios su compañera eres.

ESPERA. (Con un grito desgarrador.) ¡Miguel!

MIGUEL (Hosco.) ¡Adiós!

JUAN (Imperativo.) ¡No!

DOLORSI. (Deteniendo a Miguel junto a la puerta.) ¡Venga usted!

JUAN Esperanza, ven a mí. (Esperanza acude. Juan la abraza nerviosamente.) Dile a ese hombre a quien adoras...

ESPERA. ¡No!

JUAN ¡Sí!... ¡Dile a ese hombre, que te quiere con toda su alma, que bendigo esta hora terrible, porque en ella he visto que el corazón humano, aunque tierra, es cielo también.

DOLORSI. (Sujetando a Miguel, que quiere salir.) ¡Miguel!

MIGUEL (Pugnando por salir y no ver el grupo que forman Juan y Esperanza abrazados.) ¡Por el amor de Dios, dejadme salir, que no puedo ver por más tiempo... (Mira a Juan y a Esperanza.)

JUAN (Con calma.) A esta mujer en mis brazos: dilo.

MIGUEL (Bajando la vista.) No...

JUAN ¿Tú la quieres? (Pausa. Todos se miran.)

ESPERA. ¡Miguel!

JUAN ¡Responde!

MIGUEL (Con pasión desbordada.) ¡Sí!

JUAN (Empujando a Esperanza hacia Miguel.) ¡Pues tómalala!

MIGUEL (Recibiéndola en su brazos.) ¡Esperanza!

JUAN ¡Dios mío, gracias!

- DOLORSI. ¡ Ampáranos, Dios mío !
JUAN Ahora, salid, dejadme. Quiero estar solo..., eternamente solo...
ESPERA. (Desprendiéndose de los brazos de Miguel.) ¡ No, Juan !...
JUAN (En una explosión de dolor y de voluntad.) ¡ Lo quiero !... ¡ Si no me abandonáis..., yo mismo... !
DOLORSI. (Aterrada.) ¡ Vete, Esperanza, vete ! ¡ Dios lo quiere !
ESPERA. (Inclinando la cabeza, estrechando la mano de Miguel y señalando a Juan.) ¡ Míralo !
JUAN Marchaos ; endulzad vuestras penas y trabajos con el amor que yo me arranco del pecho para vosotros... ¿ La querrás siempre, Miguel ?
MIGUEL Siempre.
JUAN ¿ La defenderás ?
MIGUEL En el nombre de Dios. (Ligera pausa.)
ESPERA. ¡ Mamá Dolorsitas !
DOLORSI. ¡ Hija mía ! (Esperanza se dirige a mamá Dolorsitas con los brazos abiertos.)
JUAN (Interponiéndose.) ¡ Ven !... (Esperanza acude a Juan. Se abrazan. Juan la besa frenético.)
MIGUEL (Dando un rugido.) ¿ Eh ?... (Juan mira frente a frente a Miguel ; éste, avergonzado, amordaza el instinto y retrocede.)
JUAN (Con dulzura.) Miguel...
MIGUEL Cegaron mis ojos... ¡ Perdón !... ¡ No fui yo..., no fui yo !
JUAN (Con calma.) Fué la Naturaleza. Sí, yo también la siento. ¡ Adiós, Miguel !
MIGUEL ¡ Adiós, Juan !
JUAN Cuando volváis, aun jóvenes y fuertes, a redimir vuestra tierra, acordaos que debajo de ella estarán los huesos de Juan, el inválido.
DOLORSI. ¡ Adiós !
MIGUEL ¡ Adiós !
ESPERA. (En el dintel de la puerta, a Juan.) ¡ Te quedas solo !...

JUAN (Apoyándose en su madre.) ¡ Me queda ésta !
(Miguel y Esperanza desaparecen por la puerta de la derecha.)

ESCENA X

JUAN y MAMÁ DOLORSITAS.

DOLORSI. ¡ Se fueron !

JUAN ¡ Nos dejan solos !... ¡ Nos abandonan !...
¡ El mundo entero está desierto !...

DOLORSI. Ven conmigo, Juan...

JUAN Ahora, madre, ¿ qué me importa estar aquí, a la luz, o que me deje usted ahí dentro, en la sombra, si la noche se ha hecho dentro de mi alma ?

DOLORSI. Has dicho que te quedo yo, Juan.

JUAN Sí, me queda usted, y necesito el refugio de su ternura..., quiero en su seno volver a ser un niño..., caer en la inconsciencia, en el olvido de todo.... hacerme la ilusión de que me está meciendo..., para que en su regazo, madre, no quede de su hijo más que aquella criatura que sólo sabía balbucear su nombre...

DOLORSI. ¡ Hijo !

JUAN Cuando lancé al mar el casco de metral-
la que abrasó mi cerebro pude gritar to-
davía : « Mi comandante, ¿ borraré ya la fal-
ta de anoche?... » Del mismo modo, Dios
mío, al lanzar en brazos de otro hombre
el amor inmenso que Tú me destinabas,
clamo a Ti, Señor, con los brazos en cruz
como tu Hijo : « ¡ Padre mío ! ¿ He borra-
do ya mis culpas ? »

DOLORSI. (Atrayéndole dulcemente a la primera puerta izquierda.)
Ven, hijo mío ; déjate llevar.

JUAN ¡ Madre ! (Vanse.)

ESCENA XI

SEÑÓ ANTONIO y MOLINETE, por la izquierda.

ANTONIO La salía de Esperanza me tié con cuidao, Rafaé.

MOLINETE Lo mesmo digo, padre.

ANTONIO Tu hermano Juan está mu malo...

MOLINETE Zí que es verdá ezo.

ANTONIO Tengo mico de que nos den el día.

MOLINETE Mie usté que zi perdemos aquí toa la tarde...

ANTONIO ¡ Por vía e los moros ! Y no es que yo no quiera a tu hermano ; es que tengo una pasión mu grande por sabé lo que pasa esta tarde en los toros.

MOLINETE (En el balcón.) La gente que va pa la corría es una cormena. Llena está la calle.

ANTONIO Tu madre.

ESCENA XII

Dichos y MAMÁ DOLORSITAS, con mantón.

ANTONIO ¿ Está Juan peó ?

DOLORSI. Sí...

ANTONIO ¡ Por vida de... !

DOLORSI. ¡ Antonio, por lo que más quieras en este mundo, no te vayas de la casa. Tú tampoco, hijo mío !

MOLINETE (Entre dientes.) (¿ No lo dije ?)

DOLORSI. A lo menos mientras yo farto, que voy a buscá a don Joaquín.

ANTONIO Pero ¿ tan malo está ?

DOLORSI. Mu malo. (Vase mamá Dolorsitas.)

MOLINETE ¡ Mie usté que zi luego resurta una farza alarma !

ANTONIO Más vale que resulte, Rafaé.

MOLINETE Es verdá ; no había caído en la cuenta.

ESCENA XIII

Dichos y DON CESÁREO RUBIO, que sube por la escalerilla de la barbería.

CESÁREO Pero ¿qué hacen ustés mano sobre mano?
;Ea, a los toros!

ANTONIO No podemos, don Cesáreo.

MOLINETE Mi hermano está peó.

CESÁREO Esa es la cansera que tién ustés tós los días. Sobre que po van a tené la mala pata de que se muera mientras están ustés en la plaza.

MOLINETE Ezo es mucha verdad.

ANTONIO Pero yo tengo reconcomio : es mi hijo.

CESÁREO Señó, ¿pero va usté a ponerlo bueno con sacrificarse? Además, tarde o temprano está descontaó el fin, ya tién ustés hechas las sentrañas... ;Ea, no pensarlo más!

MOLINETE Y que er día de hov es un día mu grande.

CESÁREO Como que toa España está pendiente de esta corría. (Se oye, lejos, el ruido de multitud.)

ANTONIO ¿Qué bulla es ésa?

CESÁREO (Asomándose al balcón.) Que van a sacá al ídolo de su casa. De órdago va a sé la manifestación que se prepara ; el pueblo está delirando de entusiasmo. Habrá de tó : parmas y vino, y si no están repicando las campanas es porque el cura ha escondío la llave der campanario.

MOLINETE (Asomándose.) Ya va a salí.

CESÁREO Animarse, que yo me voy abajo pa que me vea el fenómeno tocarle las palmas.
(Vase precipitadamente.)

ESCENA XIV

SEÑÓ ANTONIO MOLINO, MOLINETE y DON CESÁREO RUBIO, dentro.

MOLINETE ¿Qué hacemos?

ANTONIO Es mucha tentación. Voy a vé cómo sigue. (Entra pór la puerta de la derecha.)

CESÁREO (Dentro.) ¡ Señor Antoniooooo !

MOLINETE (Desde la puerta.) ¿ Quéeeee?...

CESÁREO (Dentro.) ¡ Ya salceee ! (Vuelve el señor Antonio.)

MOLINETE ¿ Está mejó?

ANTONIO (Contento.) Ya lo creo que lo está. Como que se ha levantaó y viene pa acá, criatura. Si son cosas de tu madre.

CESÁREO (Dentro.) ¡ Señor Antoniooooo !

MOLINETE ¡ Ya vamos ! (Se van por la puerta izquierda. Supónese que por la calle va a pasar el semidiós; óyense, lejanos, los acordes de un pasacalle.)

ESCENA FINAL

JUAN, solo.

(Asomando por la puerta de la izquierda.) ¡ Madre !... ¡ Madre !... ¡ Madre !... ¡ Dios mío !... ¿ Qué es esto?... ¡ La tierra no me sostiene !... ¡ España entera está inválida !...

VOCES (Dentro.) ¡ Viva Belmonte !

JUAN (Dando un gemido.) ¡ Ay !...

MULTITUD (Dentro.) ¡ Vivaaaa !

JUAN (Transfigurado, como si los vítores de la calle forjaran en su mente una imagen grandiosa.) ¡ Ya están ahí..., son vítores que anuncian una patria nueva !... ¡ Jóvenes generaciones que vais al Porvenir, pasad por mi cuerpo !... (Electrizado, con sacudidas nerviosas y haciendo un esfuerzo supremo por cuadrarse militarmente.) ¡ Mi comandante, con mi deber he cumplido ! ¡ La vida por España !... ¡ La vida por España !... ¡ España !... ¡ España !... (Da un grito agudo, agita los brazos en el vacío, y cae pesadamente, como si fuera herido por un rayo.)

MULTITUD (Dentro, arrolladora, debajo de los mismos balcones.) ¡ Viva Belmonte ! ¡ Vivaaaa !...

TELÓN

FIN DE LA TRAGICOMEDIA

Revisado
A. PALLARDÓ y E. BOIX

Misterios de Barcelona

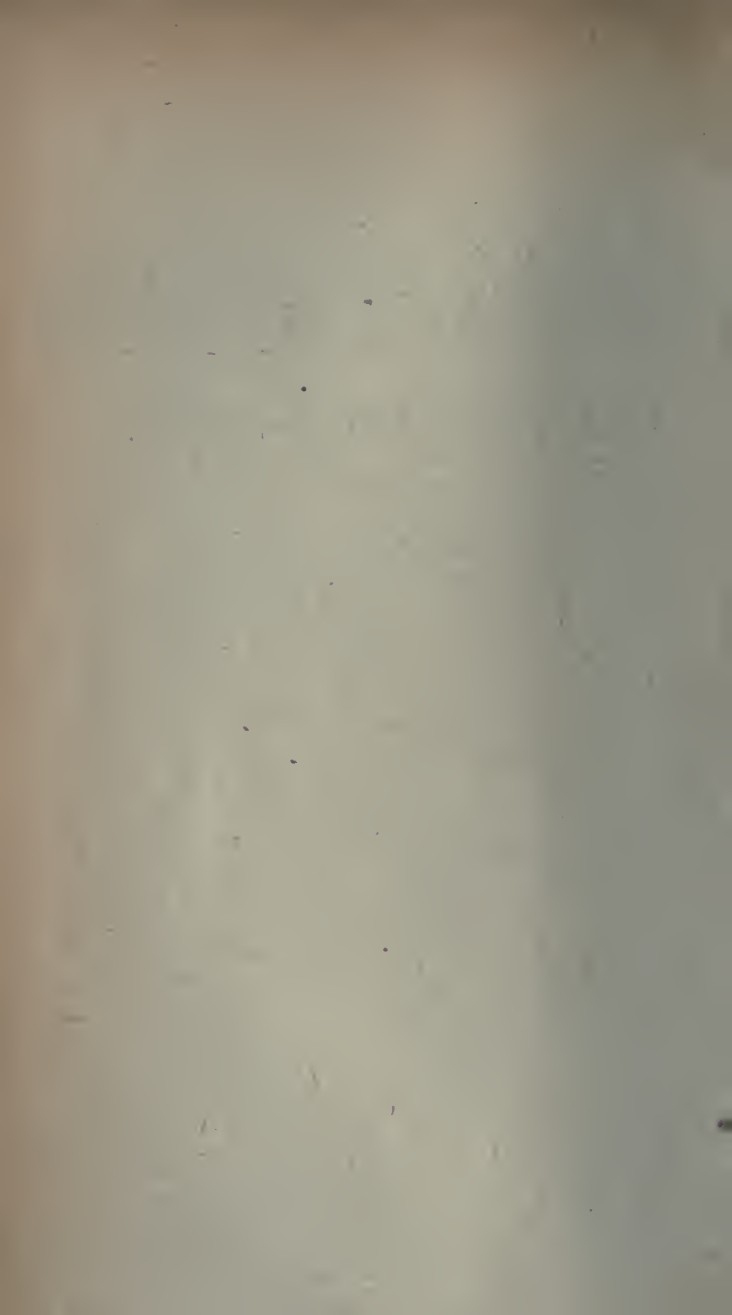
(Proceso Fontanellas)

Drama en siete actos, en prosa



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915



MISTERIOS DE BARCELONA
(PROCESO FONTANELLAS)

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

MISTERIOS DE BARCELONA

(PROCESO FONTANELLAS)

Drama en siete actos

original de

ALFREDO PALLARDÓ y EMILIO BOIX

Estrenado en el teatro Apolo, de Barcelona, la noche del
3 de Abril de 1915



1915-12-2
Angela

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

	En el Circo Español (1)	En Apolo
<i>Ángela</i>	Sra. Caparó . . .	Sra. Caparó.
<i>Amelia</i>	» Tressols. . .	» Guitart.
<i>Ana</i>	» Pujolá. . .	» Gassó.
<i>La Cierva</i>	» Montal . . .	» Bayona.
<i>La Rubia</i>	» Gotarredona.	» Ortiz.
<i>Don Enrique de Galcerán</i> .	Sr. Parreño. . .	Sr. Rojas.
<i>Jerónimo Tarrés</i>	» Perelló . . .	» Perelló.
<i>Carlos y Conrado</i>	» Delhom . . .	» Delor.
<i>Manolo</i>	» Cabré. . . .	» Carnicero.
<i>El Zorro</i>	» Guillemany .	» Castells.
<i>Mateo</i>	» Rubió. . . .	» Rubió.
<i>Cosme</i>	» Galcerán . .	» Sierra.
<i>Roque</i>	» Galcerán . .	» Guillemany
<i>Un juez y Monedero 1.º</i> .	» Monterde . .	» Mer.
<i>Pepe y Monedero 2.º</i> . .	» Parreño (J.) .	» Lluelles.
<i>Ratero y Criado</i>	» Bley	» Crespo.
<i>Mozo de café</i>	» Carabellido .	» Casanova.
<i>Comisario</i>	» Parreño (J.) .	» Casanova.
<i>Mozo de la escuadra</i> . . .	» Carabellido .	» Casanova.
<i>Sereno</i>	» Monterde . .	» Crespo.
<i>Transeunte</i>	» Carabellido .	» Silvestre.

Rateros, rondín de vigilancia (ronda de Tarrés), serenos, monederos falsos, mozos de la escuadra, transeuntes, vendedores de periódicos, etc., etc.

Dirección: PARREÑO y ROJAS, respectivamente.

La acción, en Barcelona. Los dos primeros actos, en 1850; tercero, cuarto y quinto, en 1853, y en 1854 los dos restantes
Derecha e izquierda, las del actor.

(1) Con este reparto se estrenó en el Circo Español otro drama titulado *Los dramas de Barcelona*, escrito sobre el mismo asunto, y cuyos ejemplares fueron destruidos por el incendio del mencionado coliseo.



ACTO PRIMERO

El cafetín de la calle de Gínjol

La escena, dividida en dos mitades. A la derecha, un saloncito de un casino de rateros. Mobiliario deteriorado, especialmente un sofá, mesas, sillas, etc., etc. A la izquierda, sala regularmente amueblada: escritorio, un espejo, un armario biblioteca, silla poltrona y otras sillas. Los dos salones se comunican por un pasillo que se ve al foro al quedar abiertas las puertas respectivas. La de la izquierda se abre y cierra oprimiendo un resorte, por lo que debe permanecer cerrada mientras el diálogo no indique lo contrario. A más de esas puertas del foro, habrá en la de la izquierda una salida secreta, y en la de la derecha, la que comunica con las otras dependencias. Luces de petróleo en ambos departamentos.

ESCENA PRIMERA

MANOLO y EL ZORRO, jugando al dominó. UN RATERO, tumbado en el sofá. OTROS RATEROS, jugando a la baraja. En el otro departamento, JERÓNIMO TARRÉS, consultando planos y volúmenes, que toma de la biblioteca; viste un levitón raído y cubre sus cabellos una peluca gris. Usa anteojos.

MANOLO (Al Zorro.) ¡Vamos, juega de un vez!

ZORRO El seis-as.

MANOLO ¡Mala jugada es ésa! Pero ¡cómo ha de ser!... El as-cuatro.

ZORRO El cuatro-tres.

MANOLO (Después de poner ficha.) Pues anda otra vez al robo.

- ZORRO (Después de pillar fichas.) El tres-cinco.
MATEO El cinco-seis.
ZORRO Doblo.
MANOLO Pues mal negocio hiciste. Cierro los doses.
ZORRO (Quedándose con todas las fichas.) ¡Diantre!
MANOLO Esto es cargar con el mochuelo.
ZORRO Por eso me aburre el dominó. Mi juego es el *cané*.
MANOLO Como que te recuerda los tiempos en que estuviste en Ceuta.
ZORRO ¡Claro que sí! Y por cierto que allí se juega al *cané* verdadero... Tú no sabrías.
MANOLO Como que no he pasado del *esturibel*; pero suelta la lengua para que lo sepa, por si alguna vez me toca la negra.
ZORRO Pues vas a ver. En presidio no se permite la baraja, pero se consiente que cada uno tenga las estampillas de santos que quiera, y ofrecerles las oraciones que cada pobre juzgue conveniente, y así se juega.
MANOLO Pues no comprendo.
ZORRO Si es lo más sencillo. Se juntan cuatro estampas de San Pablo, por ejemplo, cuatro de San Luis, cuatro de San Pedro y de otros santos, hasta hacer el total de cuarenta y ocho, y ya tienes la baraja.
MANOLO Entiendo; las estampas de San Pablo serán los ases; las de San Luis, los doses; las de San Pedro...
ZORRO Los treses. ¡Si es lo más fácil! El primer santo que sale es la carta del banquero; a las otras apuestan los demás. —Tres cirios a San Pablo. —Un rosario a Santa Rita. —Una misa a San Roque... Y así se juega, sin que sospechen los curiosos que un cirio equivale a un cuarto, una salve a un real, una misa a una peseta, y un rosario a media.
MANOLO ¿Y con qué se apunta?
ZORRO Con nada. Por eso se llama jugar al

cané, que en nuestra gerigonza es como decir jugar de oído. Pero sigamos con las fichas; aun me queda el desquite.

MANOLO Como quieras. (Siguen con el juego.)

ESCENA II

Dichos. MATEO y COSME. Mateo viste librea de cochero.

MATEO (A Cosme.) ¡ Entra sin reparo ! ¿ A qué esta aprensión ?

COSME No sé qué extraño efecto me causa todo esto.

MATEO ¡ Aprensión ! Siéntate, y que nos sirvan.

COSME (Al mozo.) ¡ Un vaso de agua !

MATEO ¿ De agua ? ¡ Bah ! ¡ Vas a arruinarte ! Dos copas de Peñascaró.

COSME Es que...

MATEO ¡ Vas a beber de lo bueno ! Verás. (Vase el mozo.)

COSME Estaremos aquí poco tiempo, ¿ verdad ?

MATEO ¡ Sólo lo preciso ! Deja que empiece el juego ; no hay que impacientarse. Tú verás como dentro de poco, con los cuatro duros que te he prestado, te harás con los cincuenta que se te perdieron, y que, según dicen, eran de tu principal.

COSME No se me perdieron, no. ¡ Me los robaron !

MATEO No lo creas. En Barcelona no abundan los ladrones.

COSME ¿ No ? ¿ Y éstos, qué ? (Por los de la escena.)

MATEO ¿ Esos ? ¡ Bah ! Tienen cara sospechosa, pero son buenos chicos... ¡ Los conozco yo !

COSME (Al mozo que les sirve.) ¿ Me hace usted el favor de un periódico ?

MOZO Voy al momento. (Vase.)

MANOLO (En su mesa, y siguiendo con el juego.) ¡ El seis-cuatro !

ZORRO Pues la oración se ha vuelto por pasiva ; ¡ ahora cierro yo !

- MANOLO ¡ Malhaya ! (Tira las fichas ; una se cae al suelo, y al ir a cogerla, Manolo se fija en Cosme.) ¡ Oye !
¿ Quién es ése que está con Mateo ?
- ZORRO ¡ No sé ! Mientras no se trate de un
guiri...
- MANOLO Es preciso saberlo. Ahora verás. (Se levanta y se dirige a Cosme.) ¿ Sata abillaraste disde
acoi ? ¿ Coin sinelas ? (Traducción : ¿ Cómo lle-
gaste hasta aquí ? ¿ Quién eres ?)
- COSME No sé qué quiere usted decirme.
- MATEO (Guiñando el ojo a Manolo.) ¡ Ja, ja, ja ! (Manolo,
que entendió la seña de Mateo, vuelve a su sitio dando
traspies y fingiéndose borracho.)
- COSME ¿ Qué es eso, Mateo ? ¿ Qué significa...
- MATEO ¡ Nada ! Que el pobre está, sin duda, algo
achispado.
- ZORRO (A Manolo.) (¿ Quién es ?)
- MANOLO Nos lo dirá Mateo ; aparta. (El Zorro se
levanta.)
- MATEO (A Cosme.) Y el caso es que es amigo mío,
y no quisiera... Pronto soy contigo. (Va a
la mesa de Manolo.)
- MOZO El periódico. (Lo entrega a Cosme.)
- ZORRO (Yendo a ocupar la silla de Mateo y dirigiéndose al
mozo.) Tráeme una copa, Paco... ¡ No ! No
te molestes. Beberé en la misma de Mateo.
(Se sirve aguardiente, fijándose en Cosme.)
- MANOLO (A Mateo.) ¿ Me dirás quién es ?
- MATEO A eso voy. Como a mi coche se le rompió
uno de los muelles, nuestro asociado me
mandó aprovechar el tiempo.
- MANOLO ¿ Nuestro asociado ?...
- MATEO ¡ Sí, don José ! Ese buen señor que, en-
cerrado en el aposento contiguo, trabaja
día y noche por nuestra cuenta.
- MANOLO O por la suya ; pero al grano.
- MATEO ¡ Pues al grano ! Este *gachó*, aunque es-
cultor de oficio, ayuda con su trabajo a
su padre, que es grabador en metales, y,
según parece, ambos son una notabilidad
en el ramo.

MANOLO Comprendo ; hace falta un grabador, para...

MATEO Para lo que sea, pero lo extraño es que me ha mandado traerle aquí, para que lo prendan los de la vigilancia.

MANOLO Para que lo... ; Pues no lo entiendo !

MATEO ; Tampoco yo ! Le birlaron cincuenta duros que fué a cobrar, y con cuatro que le he prestado le he inducido a que venga a probar fortuna, y en cuanto llegue el momento...

MANOLO ¿Qué?

MATEO Los de la ronda coparán la banca.

MANOLO ; Oh ! Entonces...

MATEO ; No ! ; No temas ! Antes que ellos llegará el aviso ; pero como que sólo aprisionan a los que llevan armas consigo...

MANOLO Comprendo ; ése...

MATEO Ese llevará mi navaja. ¿Deseas algo más?

MANOLO No. ; Anda ! Que no sospeche. (Mateo vuelve a su mesa ; el Zorro se aparta, pero sin abandonar la mesa. Entretanto y mientras dure el siguiente soliloquio de don Jerónimo, el ratero que estaba tumbado en el sofá, se levanta, y acercándose a Manolo le entrega algunas joyas, envueltas en un pañuelo. Dan las 12. Los demás rateros siguen hablando entre ellos. Cosme continúa leyendo el periódico.)

JERÓNIMO (En su gabinete.) ; Las doce ! Esta es la hora y no acude... Debí presumirlo... El, un caballero, venir a ese lupanar... Pero yo no podía elegir otro sitio donde tuviera mejor puesto el cebo... (Pausa.) ; Vendrá, sí ! ; Después de nuestra última entrevista y en su afán por desentrañar lo subrayado de mi carta, iría hasta el infierno !... No tengo duda... Esperemos aún... El negocio lo vale.

COSME (Por lo que ha leído en el periódico.) ; Diantre ! ; Es lo más acertado !

MATEO ¿Qué?

- COSME Que ofrecen dos mil duros al que dé con los autores del robo de casa Torruella.
- ZORRO (¿Eh?)
- MATEO Por dos mil duros torpe será el que se meta en un lío.
- COSME Pues por menos lo haría yo.
- ZORRO (Terciando en la conversación.) ¿Y qué os reportaría la declaración?
- COSME ¿Qué sé yo? En todo caso no me reportaría nada malo.
- ZORRO Ciertamente que el acero nada tiene de malo mientras no tenga forma de navaja, y sienta uno que le introducen una cuarta de él en las entrañas. ¡Paco, cobra mi copa! (Deja una moneda sobre la mesa y vuelve con Manolo.)
- COSME (A Mateo.) ¿Qué ha querido decirme con eso?
- MATEO Que lo que no hayas de comer, déjalo cocer.
- COSME ¿Es que ha querido, tal vez, amedrentarme?
- MATEO ¡Quiá!
- MOZO (A Mateo, mientras recoge el servicio.) ¿No queríais probar suerte? Pues van a reanudar el juego.
- MATEO ¡Ah! ¿Ya?
- MOZO ¡Sí! El banquero está tallando hace rato.
- MATEO (A Cosme.) ¿Oyes? Este es el momento oportuno.
- COSME Pues vamos allá.
- MATEO ¡Vamos! (A los rateros.) ¿Y vosotros, no vais a tirar de la oreja a Jorge?
- RATEROS ¡Ya lo creo! Como que no se queja, el pobre.
- MATEO Pues adelante. (Vanse los rateros.)
- COSME ¡Oh! Si la suerte quisiera...
- MATEO ¡No lo dudes! ¡Ah! Guárdame eso. (Le entrega su navaja.) Yo no puedo llevar armas conmigo... Soy fuerte de genio, y...
- COSME ¿Pero por qué la llevas?

- MATEO Es una herramienta propia de mi oficio...
Ya ves, a veces se rompe una correa y...
(Vanse continuando la conversación. El mozo, después de recoger las copas y el dominó, ha salido por el foro a fin de pasar a la parte izquierda. Al llamar a la puerta, Jerónimo no abre hasta tener en orden los papeles esparcidos por la mesa, lo que da tiempo al diálogo de Manolo y el Zorro, que han quedado solos en el departamento de la derecha.)
- ZORRO A no ser por el compromiso que caería sobre el establecimiento...
- MANOLO ¡Ya! Hubieras hecho una barbaridad.
- ZORRO Pues cualquiera aguanta... Pero vamos a lo que importa. (Mirando si están solos.) ¿De qué se trata?
- MANOLO No te impacientes; todo se andará. Falta todavía uno a la cita.
- ZORRO ¿Quién?
- MANOLO Carlos.
- ZORRO No debe tardar.
- MANOLO Así lo creo, pero tenemos tiempo para dejar el *lastre*. (El lastre son las joyas que le entregó el ratero. Jerónimo oprime el resorte que abre la puerta de su departamento, y el mozo penetra en él. Manolo y el Zorro se dirigen también allí.)
- MOZO Don José. (1)
- JERÓNIMO ¡Ah! ¿Eres tú? (Y añade confidencialmente.)
¿Ha venido ya?
- MOZO Aguarda abajo.
- JERÓNIMO ¿Y el Zorro y Manolo, están ahí?
- MOZO ¡Hace ya tiempo!
- JERÓNIMO Pues despacharé antes con ellos. (Así se alejarán.)
- MANOLO (Presentándose.) Y hará usted perfectamente.
- JERÓNIMO ¡Ah! ¿Vosotros aquí?
- ZORRO Así parece.
- JERÓNIMO (Al mozo.) ¡Aguarda! (A los otros.) ¿Qué tal se trabaja?

(1) A Jerónimo Tarrés, antes de pertenecer a la policía, se le conocía por José Alsina.

MANOLO No del todo mal.

JERÓNIMO ¡A ver!

MANOLO ¡Ahí va eso! (Tira sobre la mesa las joyas robadas.)

JERÓNIMO ¡Bravo! Buen negocio.

MANOLO Bueno del todo, no. También tiene sus quiebras.

JERÓNIMO ¿Algún contratiempo?

MANOLO Sí, por cierto. Dos camaradas que trabajaban un reloj han sido sorprendidos en la faena y han dado fondo con sus huesos en el estaribel.

JERÓNIMO Mañana saldrán a la calle. (Fijándose en uno de los relojes robados.) ¡Ah! Bien decía yo...

MANOLO ¿Qué?

JERÓNIMO Que este reloj es de cobre. ¿Pero no conocen por su pinta a los que usan joyas falsas?

MANOLO Le diré a usted, a veces...

JERÓNIMO ¿Qué apostamos a que el que lo ganó es uno de los que han dado fondo en la cárcel?

MANOLO ¡Probablemente!

JERÓNIMO De ser así, que espere sentado la hora de su liberación. En la cárcel aprenderá a distinguir; no faltan allí maestros excelentes para el caso. Mañana saldaremos nuestras cuentas. Podéis retiraros. (Al mozo.) Que suba ese caballero.

MOZO Al momento voy. (Vase.)

ZORRO Manolo, alerta. (Pasan a la derecha.)

ESCENA III

JERÓNIMO, en su gabinete. MANOLO, ZORRO y CARLOS, que entra, a la derecha. Luego, DON ENRIQUE, y después, el RATE-RO. Carlos lleva vendada su mano diestra.

CARLOS ¡Buenas noches!

MANOLO A buen tiempo llegas; pide lo que quie-
ras.

- CARLOS No tengo sed. (Con ceño adusto.)
- ZORRO Hace ya tiempo que noto en ti algo extraño. Vienes malhumorado.
- CARLOS No lo creas.
- MANOLO ¡Bah, bah! ¿No tienes sed? Pues siéntate y fuma. (Se sientan. Zorro saca su petaca y fuman.)
- MOZO (Guiando a don Enrique por el foro.) Pase usted sin cuidado; la primera puerta de la derecha.
- JERÓNIMO (Después de ocultar lo robado.) ¡Ya está aquí!
- MANOLO (Al mozo, que desaparece.) Cuando vuelvas tráenos unas copas.
- JERÓNIMO (Después de abrir la puerta de su gabinete.) Adelante.
- ENRIQUE (Bajando el cimbozo con que entró en escena.) Usted extrañará, tal vez, que haya osado llegar hasta aquí.
- JERÓNIMO Caballero...
- ENRIQUE Ahorremos palabras inútiles, y dígame lo que significa esta carta.
- JERÓNIMO Es un simple aviso.
- ENRIQUE Ignoro el medio de que se ha valido para sorprender mis relaciones amorosas con la señorita de Fonseca, y extraño que se atreva a afirmar en su carta que no llegará a realizarse nuestro matrimonio.
- JERÓNIMO Como que la prometida de usted no heredará íntegra la fortuna de su señor padre, como usted supone...
- ENRIQUE Pero cómo es posible que usted sepa...
- JERÓNIMO Porque es natural que teniendo el señor de Fonseca un hijo varón, sea éste su heredero, y además, porque poseo la minuta del testamento escrito de puño y letra de su futuro suegro, en la que instituye heredero a su hijo don Conrado.
- ENRIQUE ¿Pero está usted seguro?
- JERÓNIMO ¡Vaya si lo estoy! Y para que se convenza, estoy pronto a enseñarle la minuta.
- ENRIQUE ¿Pero cómo pudo obtenerla?

- JERÓNIMO Esto es cuenta mía. ¿Quiere usted verla?
ENRIQUE ¡Sí, venga esa minuta!
JERÓNIMO Aquí está. (Después de sacarla de uno de los cajones de la mesa. Don Enrique la lee, mientras aparece el ratero en el otro departamento.)
- RATERO (A Manolo.) He tenido buen empuje de faena.
- MANOLO ¿Cómo?
RATERO He tropezado con el reloj de ese caballero que acaba de subir. (Lo muestra.)
- ZORRO ¡Caramba! ¡Soberbia pieza!
RATERO Sí. Lo malo es que lleva grabado el nombre del dueño.
- MANOLO ¡Diantre!
ZORRO (Leyendo en el reloj.) Don Enrique de Galcerán.
- MANOLO (Con sorpresa al oír el nombre.) ¡A ver! ¡Vive Dios! (Ira contenida.)
- RATERO ¿Qué te sucede?
MANOLO Que don José iba a jugar una partida serrana; pero dará con la horma de su zapato. Esperadme aquí.
- CARLOS Yo me marchó, entonces.
MANOLO ¡No! Si anhelas saber algo de lo mucho que te concierne, espérame también. ¡Tomad la baraja!... ¡Jugad! Haced algo para que no sospechen... Pronto soy con vosotros. (Vase por el foro. El Zorro y el ratero juegan a la baraja. Carlos lee el periódico.)
- JERÓNIMO ¿Se convence usted?
ENRIQUE En efecto; no deja lugar a duda.
JERÓNIMO Lo siento vivamente; pero... ¡quién sabe! Todo puede arreglarse todavía, y si quisiera...
- ENRIQUE Caballero...
- JERÓNIMO Hablemos con franqueza. La posesión de la señorita de Fonseca bien merece algún sacrificio por parte de usted, ya que renunciar a la fortuna de su futura sería una estupidez.
- ENRIQUE Le advierto que mi pasión es desinteresada.

JERÓNIMO Comprendo ; pero no ignoro que su padre de usted está muy cerca de la ruina, y que la fortuna de los Fonseca es su sola tabla de salvación.

ENRIQUE ¡ Oh ! ¿ Quién ha osado decirle ? ...

JERÓNIMO La misma persona que me aseguró que si su señor padre no puede hacer efectiva cierta letra a su vencimiento, se saltará la tapa de los sesos.

ENRIQUE Pero...

JERÓNIMO ¡ Vamos al grano ! ¿ Cuánto daría usted al que le librara de estorbos ?

ENRIQUE No comprendo...

JERÓNIMO ¿ Más claro aún ? ¿ Cuánto daría usted para que don Conrado, el hermano de su futura, fuese suprimido ?

ENRIQUE ¿ Asesinarlo ?

JERÓNIMO ¿ Eh ? ¡ No se trata de eso ! Se trata de que desaparezca por algún tiempo... y una vez ustedes casados...

ENRIQUE (Con dignidad.) ¡ Señor mío ! Estimo mi honra, y si la suerte se ensaña contra mí, prefiero la desgracia a la deshonra.

JERÓNIMO (¿ Le habré juzgado equivocadamente ? ...)

ENRIQUE ¡ Hasta nunca ! (Va a salir pero halla la puerta cerrada.) ¡ Oh ! ¿ Quién cerró esta puerta ?

JERÓNIMO ¡ Mi precaución !

ENRIQUE ¡ Abra usted pronto !

JERÓNIMO ¿ Pero será posible que así renuncie usted...

ENRIQUE Caballero...

JERÓNIMO ¡ No ! ¡ No insisto ! ¿ Qué me importa, al fin, que su padre se suicide huyendo de la deshonra, que usted renuncie a ese amor que dice ser su vida ? ... ¡ Nada absolutamente ! Entre la consideración y el descrédito, entre la opulencia y la miseria opta usted por lo último... ¿ Qué le vamos a hacer ? ... Sólo me resta admirar tanto puritanismo. (Oprime el resorte y ábrese la puer-

13.) Tiene usted franca la salida. Cuando usted quiera...

ENRIQUE (¡ Oh ! ¿ Qué hacer ?) .

JERÓNIMO (Vacila.) ¿ Qué espera ya ?

ENRIQUE Júreme no asesinar a Conrado, y acepto su ayuda.

JERÓNIMO ¡ Oh, sí ! Se... lo aseguro.

ENRIQUE Entonces...

JERÓNIMO Pero antes sería conveniente para ambos que un mutuo compromiso... un sencillo documento... ¿ Comprende usted ?...

ENRIQUE Deme usted la pluma.

JERÓNIMO (Dándosela.) Tratándose de una herencia cuantiosa, de la vida de un padre, de su felicidad, en fin, prometa usted pagar seis mil duros... Como estos servicios son tan especiales...

ENRIQUE (Después de escribir, y mostrando lo escrito a Jerónimo.) ¿ Le satisface ?

JERÓNIMO (Después de leerlo.) ¡ Perfectamente ! El día siguiente de su boda me tendrá a sus órdenes.

ENRIQUE Hasta entonces, pues.

JERÓNIMO Aquí le esperaré. (Saludándole. Don Enrique desaparece por el foro.) (¡ Tragó el anzuelo !)

(Guarda el documento.)

CARLOS (A los de su mesa.) No puedo esperar más ; diréis a Manolo que mañana haré por verle. (Va a salir, cruzándose al foro con don Enrique.)

ENRIQUE Pero, ¿ qué es esto ? ¿ Tú aquí, Conrado, y en este traje ?

CARLOS Me confunde usted con otro. Yo no me llamo Conrado.

ENRIQUE Perdone, pues... (¡ Qué parecido tan extraordinario !) (Vase.)

CARLOS (¿ Qué significa eso ? ¿ Conrado yo ? Siempre este nombre... ¿ Qué misterio es éste ? Manolo prometió aclararlo... Le esperaré.) (Vuelve a su mesa.)

ZORRO Pero ¿ qué ? ¿ Te quedas ?

CARLOS Ya lo ves. He mudado de parecer.

ESCENA IV

Dichos menos don Enrique. Jerónimo, después de guardar el documento, va a cerrar la puerta, pero se encuentra frente a frente con Manolo. Este consulta el reloj de don Enrique.

MANOLO ¡ Las doce y media ! Esta es la hora en que don Enrique cayó en el garlito.

JERÓNIMO ¡ Manolo !

MANOLO La una menos treinta. Así lo marca el reloj de ese caballero.

JERÓNIMO ¡ Oh ! ¡ Su reloj ! ¡ Dámelo !

MANOLO ¡ Eh ! ¡ Despacito ! ¡ Me pertenece ! Puede valerme una no despreciable gratificación.

JERÓNIMO ¿ Pero no convinimos ?...

MANOLO Nuestro convenio es nulo, porque falta usted primero a lo pactado.

JERÓNIMO ¿ Que yo falto ?

MANOLO ¿ Quiere usted mejor prueba que este reloj ? ¿ Cómo vino don Enrique aquí sin yo saberlo ?

JERÓNIMO Porque era necesario.

MANOLO Usted me toma por un *lili*, y no lo consiento. Iba usted a intentar el negocio por su cuenta y me llamo a la parte, porque yo sustraje la minuta de la cartera del notario ; esto sin contar que este negocio es incompatible con otro mejor y menos expuesto para nosotros.

JERÓNIMO No comprendo.

MANOLO ¿ Conoce usted a don Conrado de Fonseca ?

JERÓNIMO ¡ Seguramente !

MANOLO ¿ Y si le dijera que está aquí en el café ?

JERÓNIMO No lo creería.

MANOLO Pues va usted a convencerse...

JERÓNIMO ¿ Dónde vas ?

MANOLO ¡ Aguarde ! Pronto vuelvo. (Va a buscar a Carlos.)

JERÓNIMO Don Conrado aquí... No es posible... Este hombre está loco...

- MANOLO ¡ Carlos ! Necesito de ti.
CARLOS Pero...
MANOLO No seas terco... ¡ Sígueme ! (Mientras Manolo trata de convencer a Carlos y pasar a la izquierda, llaman a la puerta secreta.)
- JERÓNIMO (Por la llamada.) ¿ Eh ? ¿ Qué es esto ? Algo ocurre. ¿ Qué pasa ?
VOZ (Dentro.) Los del rondín vienen a copar la banca.
- JERÓNIMO (Ya era tiempo.) ¡ Gracias ! Haré la señal. (Tira del cordón de una campanilla.)
- MANOLO (Al aparecer en el departamento de la izquierda con Carlos.) Este caballero quiere hablarte.
- JERÓNIMO (Al fijarse en Carlos.) Don Conrado.
CARLOS Seguramente me confunde usted con otra persona.
- MANOLO (¿ Va usted comprendiendo ?)
JERÓNIMO (¡ Oh, sí !)
MANOLO (Este va a ser un nuevo filón.)
JERÓNIMO ¿ Su nombre ?
CARLOS Carlos Rovira.
JERÓNIMO ¿ Vive su padre ?
CARLOS ¡ No ! Víctima de un engaño, suicidóse en su desesperación.
- JERÓNIMO ¿ Y su madre, vive ?
CARLOS ¡ Oh, sí ! ¡ Esa, sí !
JERÓNIMO ¿ Está usted seguro ?
CARLOS ¡ Caballero !...
JERÓNIMO ¿ Y si esta mujer a quien cree usted su madre, no lo fuera ?
- CARLOS ¿ Se atreve usted a dudarlo ?
JERÓNIMO Tal vez logre convencerle de lo que digo. Precisamente guarda esta biblioteca lo que podríamos llamar « Crónica secreta de Barcelona ». Va usted a convencerse. (Busca un volumen en la biblioteca.) Letra F. Este debe ser. (Consultando el volumen.) Fonseca. Familia de don Pedro de... Esta es la nuestra. ¿ Sabe usted leer ?
- CARLOS Tengo esa suerte.
JERÓNIMO Pues fíjese en lo concerniente a esa familia.

MANOLO (Mientras Jerónimo indica el párrafo a Carlos.)
(¿Que si sabe leer? ¡Pues no tiene poca letra menuda! ¿Y su pluma?... ¡Oh, lo que no haga él con la pluma...) (Dando a entender que es apto para la falsificación de firmas.)

CARLOS (Leyendo donde indique Jerónimo.) «Asegúrase que don Conrado fué substituído en la cuna, pues el doctor Morales, que le visitó en aquel entonces, afirma no ser el mismo niño que visitara algunos meses antes.»

JERÓNIMO Fíjese bien en este detalle.

CARLOS Está bien claro que, según parecer del doctor, don Conrado había sido substituído.

JERÓNIMO Prosiga.

CARLOS «¿Cómo no fué conocida la artimaña por los padres? He aquí el misterio; pero lo más probable es que la autora del cambio fuera la nodriza, y que ésta fuera, al mismo tiempo, la amante de don Pedro de Fonseca, pues el niño que pasa por hijo de éste tiene gran parecido con el hijo de esa mujer, parecido que sólo se explica siendo ambos niños hijos de un mismo padre.»

JERÓNIMO ¿Lo ve usted claro?

CARLOS Sí, pero no me explico...

JERÓNIMO ¿Ah, no? ¿Y si fuera usted el niño substituído?

CARLOS ¡No es posible! La mujer a quien llamo madre es incapaz de semejante impostura. No debo creerlo.

JERÓNIMO ¿Y quién afirma que fuera ella la culpable? Aquélla abandonóle, seguramente, mientras que la que ha hecho con usted las veces de madre, quien sabe si le halló aterido de frío y muerto de hambre.

CARLOS Me hace usted dudar...

MANOLO Como que así debió ser.

CARLOS Ella me lo dirá. Yo le arrancaré ese secreto.

JERÓNIMO ¡No! ¡Eso, no! Antes que salga de aquí debe usted empeñar su palabra de honor de no confiar, ni aun a esa mujer, nada de cuanto acabo de revelarle.

CARLOS ¿Pero lo que ha dicho usted es cierto?

JERÓNIMO Y tanto, que desde ahora, para mí ya no se llama usted Carlos, sino Conrado. Le llamaré así para que se acostumbre a ello. ¡Oh! Es todo un fortunón el que se le viene a la mano... ¡Se trata de millones!

CARLOS (¡Ah! Veré al fin realizados mis sueños de amor.)

JERÓNIMO ¿Duda usted todavía?

CARLOS Espero que no me harán ustedes víctima de un engaño. ¿Qué bien les reportaría? Además, tú, Manolo, debes la vida a los cuidados de mi madre, y estoy seguro de que ningún mal me quieres; por lo tanto, dígame lo que debo hacer.

JERÓNIMO Por el momento, esperar los acontecimientos, pero sería conveniente que se alejara de Barcelona.

CARLOS ¿Alejarme?

JERÓNIMO Lo creo imprescindible. De nada carecerá en su ausencia. Según indicó Manolo, es usted hábil en el manejo de la pluma, siendo así, se le facilitará una carta del supuesto Conrado para que se ejercite en adoptar su letra sin descuidar la firma.

CARLOS Eso fuera para mí pequeño inconveniente; pero ¿qué se propone usted? ¿Una suplantación?

JERÓNIMO Espero desvanecer mañana sus recelos al presentarle pruebas convincentes. Nada más tengo hoy que decirle. Puede usted retirarse cuando quiera, pero no pase por el café, no es conveniente; pase usted por aquí. (Abre la puerta secreta.)

CARLOS Pero...

JERÓNIMO Nada tiene que temer, Manolo le guiará a usted.

CARLOS ¡Hasta mañana!

JERÓNIMO Hasta mañana, don Conrado.
CARLOS ¡Vámonos, Manolo!
MANOLO Como tú quieras. ¡Vamos! (Vanse por la
puerta secreta.)

ESCENA V

Dichos menos Carlos y Manolo. Luego, MANOLO, que vuelve.

JERÓNIMO ¡Perfectamente! ¡Esto marcha! Cree
Manolo que los dos negocios son incompatibles... Yo le probaré lo contrario;
pero esto correrá a mi cargo... ¡Sólo a mi
cargo!

MANOLO Ya se marchó. ¿Qué ha resuelto usted?

JERÓNIMO Suprimir a don Conrado.

MANOLO Ya me preocupo de ello.

JERÓNIMO ¡Pues buena suerte!

MANOLO ¡Cuento con ella! (Pasa al otro departamento.)

JERÓNIMO Ahora, a mis asuntos particulares. (Prueba
el temple de un puñal, que guarda otra vez.)

MANOLO (Al Zorro y al ratero, con intención.) El 'caracol
se come sin la concha.

ZORRO Llevo mi alfiler para sacarlo.

RATERO Por si no sirve el tuyo, ahí va el mío.
(Saca su navaja.)

MANOLO ¡Pues en marcha!

ZORRO ¿De qué se trata?

MANOLO Lo sabréis más tarde... Vamos. ¿Pero
quién viene?

ZORRO Mateo.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y MATEO.

MATEO Ya se llevan al perillán aquél.

MANOLO ¿Preso?

MATEO Y *trinquelado*. Voy a notificarlo a don
José. (Pasa a la izquierda.)

MANOLO ¡Ea! ¡Al avío! Seguidme.

RATERO Y ZORRO ¡Vamos! (Vanse.)

MATEO (Después de llamar y entrar en escena.) Sus órdenes quedan cumplidas. Cosme va camino de la cárcel.

JERÓNIMO ¡Perfectamente! Pero antes... ¿Sabes dónde está el convento?

MATEO ¿Qué convento?

JERÓNIMO ¡Dilo al instante!

MATEO Pero si no sé...

JERÓNIMO (Amenazándole con sorpresa con el puñal.) Dímelo, o ¡ay de ti!

MATEO ¡Por piedad! Le juro a usted que ignoro...

JERÓNIMO ¡Eso te salva! Pero por tu bien procura ignorarlo siempre.

MATEO (¡Oh! Yo sabré de qué se trata.)

JERÓNIMO ¡Vete ya! (Vase Mateo.) Creen esos que sólo trabajo por su cuenta... Justo es trabajar algo por quien me paga. (Cierra la puerta, se quita el levitón, la peluca gris y la barba postiza. Saca del armario un gabán, una goira galoneada y un bastón de mando, con lo que queda convertido en el jefe de policía. Mateo aparece en la parte derecha.)

MATEO Cuando salgas de aquí, yo seguiré tus pasos. (Se tumba en el sofá, cubriéndose con un tapabocas allí olvidado.)

JERÓNIMO Ahora, ¡ay del que se oponga al paso de Jerónimo Tarrés! (Vase por la puerta secreta.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El secuestro

El llano de la Boquería en 1850. Las luces de la farola, encendidas.
Está nevando.

ESCENA PRIMERA

ANA, vendiendo periódicos. LA CIERVA, pordioseando. Vendedores de periódicos, transeuntes, etc., etc.

VENDEDOR ¡El último discurso del general Narváez!

CIERVA (A un transeunte.) ¡Dios le pague la caridad, caballero!

ANA ¡*La Correspondencia*, que ha llegado de Madrid! (Algunos transeuntes le compran periódicos.) Sin duda daré fin a los periódicos.

CIERVA No es poca suerte ésa; pero el afán de noticias tocará a su término y se convencerá usted de que esa industria no da mucho de sí... Lo sé por experiencia... Mi oficio es más lucrativo...

ANA Me repugna el mendigar.

CIERVA Y a mí vender periódicos, porque de tanto pregonar mi mercancía quedé sin voz y sin ganas de... Pero cada cual a lo suyo. (Va a importunar a un transeunte.) Noble caballero... Una limosnita por el amor de Dios... (El transeunte la socorre y se aleja.) Dios

le aumente la caridad, caballero... ¡Qué roñoso! Sólo un miserable ochavo.

ANA ¡Pobre Cierva!

CIERVA ¡Pobre por mi culpa!... A no ser tan honrada y a no tener tan sensible el corazón.

ANA ¡Ah! Pues yo, si mi marido no se hubiese fiado de...

CIERVA ¿De quién?

ANA De... ¡No! No me lo preguntes. No puedo revelarlo...

CIERVA (Si pudiera hacerla hablar...)

ANA (Al menos habré contribuído a la dicha de uno de mis hijos.) ¡*La Correspondencia*!

CIERVA (¡Malhaya la casta!...)

MANOLO (Saliendo.) ¡Adiós, Cierva!

CIERVA ¡Adiós, Manolo!

MANOLO (Viendo a Ana.) ¿Pero, qué es esto? ¿Usted vendiendo periódicos?

ANA ¿Qué iba a hacer? Ya no quedaba en casa ni un mendrugo de pan.

CIERVA Y pensar que Carlos, su hijo... Ese pillán le ha tomado ojeriza al trabajo.

ANA No le culpes. El pobre hace lo que puede.

MANOLO Claro que sí, y ya hablaremos de eso. No va usted a vender periódicos mucho tiempo... Yo se lo fío.

CIERVA Mal fiador le sale a usted. Además, hoy todo va de mal en peor.

MANOLO Pues si tú te quejas es por tu culpa.

CIERVA ¿Por mi culpa?

MANOLO ¡Claro! Abandonaste tus negocios...

ANA ¿Sus negocios?

MANOLO Como lo digo. Proporcionaba acomodo a criadas de servir; pero en cierta ocasión, a no andar lista...

ANA ¿Qué?

MANOLO Que por poco va derecho a la cárcel a cambiar de aires.

CIERVA ¡Calla, calla!

ANA ¿Cómo? ¿Por proporcionar criadas...

MANOLO ¡Criadas, sí! ¡Y muy bien criadas!

Como que ya no necesitaban de ama de cría.

ANA No te comprendo.

MANOLO ¡No es necesario! Además, algo debe hacerse por la vida.

CIERVA Seguramente, y al que no aprovecha la ocasión... (Pasa un transeunte.) Una limosnita; por el amor de Dios... (Desaparece, importunando al transeunte.)

MANOLO (A Ana.) ¡Allá ella! Pero está usted muy achacosa con este trabajo.

ANA ¿Qué voy a hacer?

MANOLO ¿No sirvió usted de nodriza en casa de uno de los principales banqueros de Barcelona?

ANA (Con sorpresa.) ¡Oh! ¿Cómo sabes tú eso? ¿Quién te ha dicho que...

MANOLO He oído asegurarlo.

ANA ¡Bien, sí, es cierto!... Pero, ¡por Dios! Que Carlos ignore...

MANOLO Lo que es por mí... Pero usted, dada su situación, debería acudir a esos señores.

ANA ¡No prosigas, Manolo! ¡No podría! ¡Moriría antes!

MANOLO ¿Pero qué misterio?

ANA No me lo preguntes.

MANOLO Pues entonces, ¿a qué callar el nombre del que causó la ruina del marido de usted? ¡Ya le ajustaría yo la cuenta! Sé cuánto a usted debo... Por sus cuidados me libré de pudrirme en el hospital, que es lo que más horror me causa. Antes iría a presidio.

ANA ¡Oh! No digas eso.

MANOLO En presidio sólo los tontos deben hallarse mal... Pero ¡cómo ha de ser! Si algún día puedo serle útil no tiene usted más que decirlo.

ANA Lo sé, Manuel, lo sé.

MANOLO ¡Caramba! Vuelve a nevar. Arrópanse bien. No haga el diablo que lo que gane vendiendo lo pierda en salud.

ANA ¿Y tú?
MANOLO No se apure por mí. Llevo mi gabán.
(El tapabocas.)
CIERVA (Apareciendo.) ¡Maldita nieve! Mejor será volverme a casa.
MANOLO ¿A tu casa ya? Pues a propósito.
CIERVA ¿Qué quieres?
MANOLO Sé de una muchacha que necesita colocación.
CIERVA ¿De veras?
MANOLO ¿Te conviene?
CIERVA ¡Ya lo creo! Y más ahora, que escasean estos negocios...
MANOLO Entonces no te alejes.
CIERVA ¡Adiós, Ana! (Vase.)
ANA ¡Adiós! ¿Qué le decías?
MANOLO ¡Nada! Que hace mucho frío... Pero aquí viene Carlos.

ESCENA II

ANA, MANOLO y CARLOS.

CARLOS ¡Madre!
ANA ¡Cómo! ¿Aún aquí? Yo te creía en casa.
CARLOS De allí vengo; pero como he sabido su nueva ocupación...
ANA ¿Qué iba a hacer si no?
CARLOS Cierto... Tiene usted razón sobrada. Pero los tiempos cambian, madre. ¡Ya tengo trabajo!
ANA ¿Ya?
CARLOS ¡Sí! Pregúnteselo a Manolo.
ANA ¡Cómo! Tú lo sabías y no me dijiste...
MANOLO Era preferible que él mismo le diera la buena nueva. Además, a cualquier cosa llama Carlos trabajo. Es algo más.
ANA No comprendo.
MANOLO Como que cuenta con un protector que va a hacer de él un hombre de provecho.
CARLOS ¡Sí! ¡Efectivamente!

- ANA ¿Y no me decías?...
- MANOLO Cuenta con la protección de don José Alsina, que le ha nombrado representante de su fábrica, con un sueldo más que regular. Seguramente por eso viene ahora a despedirse de usted.
- ANA ¿A despedirse?
- CARLOS ¡Sí! ¡Esta es la verdad!... Mañana parto.
- ANA ¿A dónde?
- CARLOS (¿Dónde le digo?...) Cerca... A Tarra-gona.
- ANA Pero tan de repente...
- MANOLO ¿Qué le hemos de hacer?... Los negocios son los negocios.
- CARLOS ¡Cierto! Es imprescindible.
- ANA Siendo por tu bien...
- CARLOS ¡Sí, madre, sí!
- MANOLO ¡Ya lo creo! Como que puede hacerse una posición independiente y hasta llegar a casarse con...
- ANA ¿Con quién?
- MANOLO ¡Qué! ¿Usted lo ignora? Pues chico, hay que decírselo.
- CARLOS Pero...
- MANOLO ¡No hay pero que valga!... ¡Nada! Que está loco de remate por una señorita, a la que sólo ha visto desmayada.
- ANA ¿Desmayada?
- CARLOS ¡Calla!
- MANOLO ¿A santo de qué? Pues sí, una tarde se desbocaron los caballos que tiraban del coche de esa señorita, se desmayó ella, acudió Carlos, y el diablo hizo lo demás.
- ANA ¿Y no me lo confiaste?
- CARLOS ¿Pero qué quería usted que le dijera?
- MANOLO Y por cierto que guardará por largo tiempo memoria del lance... La herida de su mano fué a consecuencia de un mordisco de uno de los caballos.
- CARLOS ¡Vaya! Que no se hable más de eso...

El tiempo vuela y es preciso que me aleje... Hasta mañana, madre.

ANA ¿Vuelves a casa? ¿Quieres que vaya contigo?

CARLOS ¡No! No vuelvo a casa todavía; me queda algo que hacer.

ANA Pues deja que te acompañe.

CARLOS Como usted quiera. ¡Adiós, Manolo!

(Vanse.)

MANOLO ¡Adiós!

ESCENA III

MANOLO, el ZORRO, vistiendo librea de lacayo, y MATEO.

ZORRO (Que estaba acechando junto con Mateo.) Manolo.

MANOLO ¡Ah! Vosotros.

ZORRO Todo va viento en popa.

MANOLO ¿Pero qué significa tu librea?

ZORRO Que nos salimos con la nuestra. Era conveniente tener inteligencia con alguno de la servidumbre de don Conrado, y héteme aquí convertido en su ayuda de cámara por recomendación de don Enrique de Galcerán.

MANOLO ¡Al grano! ¿Hay novedad?

ZORRO ¡Sí! Me dió orden don Conrado para que le aguarde aquí a media noche un coche de alquiler.

MANOLO Extraña orden, por cierto.

ZORRO Tendrá relación, sin duda, con los amores contrariados de mi nuevo amo... Creo que trata de raptar a su prometida.

MANOLO Esto complica el negocio.

ZORRO No lo creas... Además, esa señorita debe desaparecer al mismo tiempo que su novio. Recuerda las órdenes de don José. Ahora, en cuanto el coche...

MANOLO ¿Será el que guía éste? (Por Mateo.)

ZORRO Precisamente.

- MANOLO Siendo así...
- ZORRO ¡Sí! Todo irá a pedir de boca.
- MATEO ¡Quién sabe! Los señoritos notarán, sin duda, que sigo camino distinto del que me indiquen, y van a promover un escándalo.
- MANOLO Una vez dentro del coche quedarán a nuestra merced, y les impondremos silencio.
- MATEO Pero un grito puede comprometernos.
- MANOLO De un solo grito nadie hace caso, y no llegarán a dar el segundo. Además, a aquella hora nadie habrá por aquí que pueda estorbarnos. (Los serenos, que van a sus barrios respectivos, atraviesan la escena.)
- MATEO ¿Y los serenos?
- MANOLO ¡Bah! Esos avisan su proximidad cantando las horas, y...
- MATEO ¿Pero el del barrio?...
- ZORRO (Señalando al sereno que se supone del barrio, pues se queda en escena.) ¡Mira! ¿Ves?
- MATEO Sí. (Un transeunte se acerca al sereno; con él cruza un apretón de manos, demostrando amistad íntima, y desaparecen los dos al poco tiempo.)
- ZORRO Pues no te quiebres el magín... Todo está previsto.
- MATEO ¡Ah! Ya comprendo.
- ZORRO Ahora, separémonos, pues no hay que perder tiempo.
- MATEO Voy por mi coche.
- ZORRO Y yo, a ocupar mi puesto.
- MANOLO Te acompaño.
- ZORRO Como quieras. ¡Vamos! (Vanse.)

ESCENA IV

ANA; luego, CONRADO.

- ANA ¡Se habrá el cielo apiadado al fin de mí! Si Carlos vuelve a la buena senda me quedan todavía días de dicha. ¡Ah! Si

don Pedro de Fonseca no hubiese faltado a su palabra empeñada no estaría yo viuda, y acaso contara con pingües riquezas... Al menos uno de mis hijos heredaría lo que de derecho nos pertenecía... Pero si él sospechara que yo... ¡Ah, no! Para él sólo soy su nodriza... ¿Pero no es ilusión? ¡Es Conrado! ¿Qué le traerá aquí a estas horas y con esta noche?

(En efecto, ha aparecido Conrado. Busca a alguno y se apercibe de Ana.)

CONRADO ¡Ana!

ANA ¡Ah! ¡Señorito!

CONRADO ¿Conque es cierto cuanto acaban de decirme? ¿Cómo creer que hubieses llegado a ese extremo de miseria sin recurrir a mí?

ANA Perdone el señorito... Yo no quería importunarle.

CONRADO No fuera impertinencia recordarme mi deber para contigo. Pero es tiempo todavía. (Le ofrece algunos billetes de su cartera.)

ANA ¡Oh! ¿Qué hace usted? Guárdese ese dinero, que no puedo aceptarlo.

CONRADO ¿Qué te lo impide? ¿Qué es ese misterio de que te rodeas y que no acierto a desentrañar?

ANA Ese dinero abrasaría mis manos al tocarlo.

CONRADO No insisto, pues; pero me pesa haber tenido una decepción. ¿Cómo solicitar una merced de quien se obstina en no recibir las mías?

ANA ¡Oh! ¡En este caso, diga usted! Exija de mí lo que quiera. Le serviré de rodillas.

CONRADO ¿Cómo vas a servirme sin aceptar antes lo que te ofrezco? Para mi servicio necesitarás dinero.

ANA Con esta condición puedo aceptarlo, pero sólo lo estrictamente necesario.

CONRADO Necesitarás más de lo que crees ; no te obstines, pues, en rehusarlo.

ANA Si así lo quiere...

CONRADO Toma. (Le entrega los billetes.) Oyeme, ahora ; vengo en tu busca, pues sólo de ti puedo fiar. Como soy inmensamente rico, me creen dichoso los que no aciertan a comprender que el oro es, con frecuencia, un obstáculo para la dicha... Amo a una joven cándida y bella como los ángeles ; pero se oponen a nuestra unión. Mi padre me impone un matrimonio que me repugna, y el de mi amada, sólo por razones de delicadeza extremada pone obstáculos a nuestra dicha.

ANA ¿Y qué piensa usted hacer?

CONRADO Mañana deben embarcarse ella y su padre para América, y por lo tanto, sólo dispongo de esta noche para raptarla.

ANA ¿Raptarla?

CONRADO En apariencia, pues tú quedarás guardando de su honra, mientras que Enrique Galcerán, el prometido de mi hermana, logre la reconciliación de nuestras familias respectivas.

ANA Pero esto es una locura... ¿Lo ha pensado usted bien?

CONRADO Estoy resuelto.

ANA Yo no sé si debo...

CONRADO ¿Qué mejor compañera para la mujer que amo?

ANA ¿Pero me asegura usted casarse después con ella, mientras sea digna de su cariño?

CONRADO ¡ Oh, sí ! ¡ Te lo juro !

ANA ¡ Pues fíe en mí ! ¿Qué debo hacer?

CONRADO Al rayar el alba te dirigirás con ella a una torre sita en San Gervasio, cuyas señas voy a darte. (Escribe en su cartera.)

ESCENA V

Dichos y MANOLO.

MANOLO ¡Hola! ¿Ana con un señorito?... ¡Pero si es don Conrado!... Si pudiera... ¡Ah! ¡Aquí! Fingiré leer. (Saca un periódico y lee a la luz de la farola, que le oculta.)

CONRADO ¡Estas son las señas! Oye ahora mis instrucciones. Ella, al salir de su casa, se dirigirá hacia aquí. A esta hora ninguna otra mujer habrá que venda aquí periódicos, por lo que no es probable que te confunda con otra. Se aproximará a ti, y te preguntará: —«¿Se llama usted Ana?» Y tú le contestarás: —«¿Es usted Amelia?» Acuérdate de su nombre.

ANA Lo recordaré.

CONRADO La conduces a tu casa, y en ella aguardaréis la hora del alba.

ANA He comprendido bien; pero usted, entre tanto...

CONRADO Yo la seguiré a corta distancia, por lo que pudiera ocurrir; pero no la acompañaré, pues temo el acecho de gente mercenaria, y vernos juntos daría que sospechar.

ANA ¿Y después?

CONRADO Después, ya seguro de que ella está contigo, subiré a un coche que debe esperarme aquí para conducirme a Moncada, donde esperaré los acontecimientos. Tú, en señal de que todo ha ocurrido conforme a mis deseos, clavarás en la nieve, al pie de la farola, ese porta-lápiz. (Al indicarle el sitio se fija en Manolo.) ¡Oh! ¡Lo que temí! Nos están acechando.

ANA (A Manolo.) ¿Qué hacías aquí?

MANOLO ¿Qué hacía? ¿Pues no lo ve usted? Estaba leyendo.

ANA Descuide usted, Conrado; éste es un amigo de confianza.

CONRADO Pues no te olvides del porta-lápiz. Esta señal me probará que no nos ha hecho traición. Adiós, Ana. (Vase.)

ANA Dios le guíe, don Conrado.

ESCENA VI

ANA y MANOLO.

MANOLO Por lo visto creyeron ustedes que les acechaba.

ANA Razón había para ello.

MANOLO Pues sólo he oído sus últimas palabras, y que usted le llamaba don Conrado... ¡Don Conrado!... Éste, según me dijeron, es el nombre del señorito a quien sirvió usted de ama de cría.

ANA Sí, en efecto...

MANOLO En lo que me he fijado, además, es en su rostro. ¡Qué parecido con Carlos!... ¡Vamos! ¿No es usted algo más que su nodriza? ¿No habrá algún misterio en todo eso?

ANA ¿Qué quieres decir?

MANOLO ¡No se haga la inocente! Cualquiera, al ver su semejanza con Carlos, va a dudar de que sean hermanos mellizos.

ANA ¡Pues te equivocas! Ese señorito es don Conrado de Fonseca, mientras que Carlos...

MANOLO ¿Qué nombre ha pronunciado? ¿Fonseca? Pues la cosa es clara.

ANA ¿Cómo?

MANOLO Que a cierto don Pedro de ese apellido, según se dijo, le substituyeron un niño en la cuna.

ANA ¡Oh! ¿Cómo sabes eso?

MANOLO Esa pregunta es una confesión. ¿En vez de desmentirlo pregunta cómo lo sé? Eso prueba que no es usted ajena a todo ello.

- ANA Pero si yo no he dicho...
- MANOLO Vamos, hablemos con franqueza. ¿Quién le asegura que algún día no corra don Conrado algún peligro? ¿Y si por casualidad pudiera yo evitarlo, nada haría si fuese usted sólo su nodriza, cuando daría por él mi sangre si fuese usted su madre.
- ANA ¡Ah!... Manuel... ¡No!... ¡No puedo!
- MANOLO Acabe usted, puesto que ya empezó.
- ANA (¡Oh! Quién sabe si hoy...) ¡Haz cuanto puedas por él!
- MANOLO Eso es como decirme...
- ANA ¿Has dicho que darías por él tu sangre?
- MANOLO Y no lo niego ni retiro la palabra.
- ANA Entonces, pruébamelo.
- MANOLO ¿Cómo?
- ANA ¡Jurándolo!
- MANOLO ¿Jurarlo? Pues bien, sí: ¡lo juro!
- ANA Por la memoria de tu madre.
- MANOLO ¡Sea! Por la memoria de mi madre.
- ANA ¡Confío en ti! Me aparto de aquí por breves instantes. Si entre tanto... ¡No, queda tiempo todavía!... Vuelvo al momento. (Vase.)
- MANOLO No me hubiera metido en mal aprieto a ser yo uno de esos papanatas que creen en la eficacia de los juramentos... Sin embargo, es lo cierto que a pesar de mi despreocupación ese juramento me hace daño... ¡Nada! Mejor hubiera sido no haber jurado... Si pudiéramos deshacernos de don Conrado sin matarle... ¡No! No hay manera de... ¡No es posible! Y lo más grave es que debe seguir la misma suerte esa señorita que... Don José arguye bien; ella tendrá sus secretitos con su novio, y esos pudieran ser el hilo que condujera al ovillo... ¡Pero matarla... no! Eso es demasiado fuerte... ¡Ah! ¡Buena idea! Mi primera intención, corregida y aumentada, era la mejor... Por algo había yo prevenido a la Cierva, y

no andará lejos... ¡Ah! ¡Sí! ¡Ella es!
¡El infierno la conduce aquí!

ESCENA VII

MANOLO; LA CIERVA importunando a PEPE. Después, EL ZORRO,
rondas de vigilancia, transeuntes, etc., etc.

PEPE Le digo que Dios la ampare, que no im-
 portune.

CIERVA ¡Ay, qué tacaño!

MANOLO ¡Cierva, ven!

CIERVA ¿Tú?

MANOLO Sí, que no nos oigan. (Se apartan al foro.)

PEPE ¡Otra conquista! Pues señor, me he ga-
 nado a pulso la fama de irresistible...
 Pero ¿por qué habrá elegido esa señori-
 ta tan pésima noche y este sitio para la
 cita?... No importa: la esperaré. (Oyese
 parar un coche.) ¡Calle! Ha parado un co-
 che... Pero nadie se apea de él. Yo que
 creí... (Pasea por la escena.)

MANOLO Vaya, Cierva, no hay tiempo que per-
 der. Mira ya el coche de Mateo.

CIERVA Vé sin cuidado.

MANOLO Que el diablo venga en tu ayuda. (Vase la
 Cierva.)

ZORRO (Acercándose a Manolo y a media voz.) ¡No te
 acerques al coche! No des que sospechar.

MANOLO A tiempo llegas.

ZORRO ¿Cómo anda eso?

MANOLO ¡Como una seda! Sé la manera de des-
 hacernos de la *chavala* sin *deshauciarla*.

ZORRO ¿De qué modo?

MANOLO Déjalo de mi cuenta. (Aparecen los del rondín.)
 ¡Diantre! ¡La ronda!

ZORRO ¡Malhaya! ¡Habrán olido algo! Y,
 por si fuera poco, ¿qué espera ahí esa
 gente?... (Por algunos transeuntes que habían sa-
 lido antes y forman grupo aparte.)

MANOLO Esos van a detenerse poco tiempo.

ZORRO Pero don Conrado no debe tardar.
MANOLO ¿Y si no lográsemos...?
ZORRO ¡Quíá! Ni que se interpusiera nuestra madre.
MANOLO (Recordando su juramento.) (¿Nuestra madre?)
ZORRO ¿Qué te pasa?
MANOLO Pensaba cómo separar a don Conrado sin matarle.
ZORRO No hay otro medio.
MANOLO ¡Sí! Dices bien... No podríamos...
ZORRO ¡Apartémonos! (Se retiran al foro.)
PEPE ¡Caramba! Mi Dulcinea tarda más de lo regular. (Se fija en el grupo de transeuntes.) Pero, ¡calle! He aquí mis amigos de café... ¿Será eso una burla? ¡No! Vienen a presenciar mi audacia... Mañana seré el héroe de su conversación. (Pasea otra vez.)
ANA- (Apareciendo.) Me he dado prisa en volver... No habrá pasado todavía... (Observa la escena.) ¡Ah! Allí a la luz del farol diviso una mujer. Se dirige hacia aquí... ¿Será ella?

ESCENA ÚLTIMA

Dichos. LA RUBIA; luego, LA CIERVA; más tarde, AMELIA; al poco tiempo, JERÓNIMO, y al final, EL SERENO

MANOLO Zorro, fijate en aquella mujer. (Por la Rubia.)
ZORRO ¿Para qué?
MANOLO Vas a verlo. (La Rubia habrá salido por la derecha; por su porte se adivina en ella a una víctima de la trata de blancas. Se dirige a Ana.)
RUBIA ¿Se llama usted Ana?
ANA ¡Yo soy! ¿Se llama Amelia?
RUBIA ¡Sí! Vamos a donde sea.
ANA (Con extrañeza.) (Esa mujer es la prometida de Conrado...)
RUBIA No vacile usted... Deje el porta-lápiz en el lugar convenido.
ANA ¡Sea! ¡Ah! ¡Hijo mío! ¡Quiera el cie-

lo que no contribuya a tu desgracia !)

(Deja el porta-lápiz al pie de la farola.)

ANA ¡ Vamos ! (Vanse por la izquierda.)

MANOLO ¿ Te has fijado ?

ZORRO Sí.

MANOLO Pues ya está dado el primer paso.

ZORRO Pero esa gente no se aleja...

MANOLO ¡ Ni los del rondín !

CIERVA (Sale por la derecha con periódicos.) *La Correspondencia*, que ha llegado de Madrid.

ZORRO ¿ La Cierva vendiendo periódicos ?

MANOLO Sí.

ZORRO ¡ Ah ! Ahora comprendo...

MANOLO ¿ Qué te parece ?

ZORRO Que sobra gente aquí, y don Conrado...

MANOLO (¡ Ojalá no acuda !...) (Dan las doce.)

ZORRO ¡ Las doce !

MANOLO (A no ser por éste...) (Por el Zorro.)

PEPE Si tarda algo más me retiro a llorar mi fracaso... ¡ Pero no hay duda ! ¡ Ella es !

(Se dirige a Amelia, que aparece por la izquierda, recatándose el rostro.) Señorita...

AMELIA Sírvase usted dejarme libre el paso.

PEPE (¿ A que no es ella ?)

MANOLO (Al ver que Amelia busca alguno en escena.) Observe ahora.

AMELIA (Después de fijarse en la Cierva y dirigirse a ella.)

¿ Se llama usted Ana ?

CIERVA ¿ Es usted Amelia ?

AMELIA ¡ Sí ! ¡ Yo soy !

CIERVA Pues véngase conmigo.

AMELIA ¿ Con usted ?... (¿ Esta mujer la nodriza de Conrado ?)

CIERVA ¿ Recela usted ?

AMELIA Supongo que me conducirá a un hogar honrado.

CIERVA ¡ Ya lo creo que sí, y muy honrado !...

(¡ Tú lo verás !) (Vanse por la derecha.)

ZORRO Eso nos ha salido a pedir de boca.

MANOLO Sí, pero lo demás...

ZORRO No confiamos.

MANOLO (¡ Maldición ! ¡ Ya está aquí !)

CONRADO (Aparece por la izquierda y se dirige hacia la farola.)
¡ Ah, el porta-lápiz ! Amelia se ha encontrado con Ana.

ZORRO ¡ Y no poder darle caza !...

CONRADO ¿ Por dónde habrán ido ?... Por esta parte no se las ve... (Por la izquierda.) ¡ Ah !... Tal vez... (Desaparece por la parte indicada.)

ZORRO Si el diablo no viene en nuestra ayuda...

JERÓNIMO (Viste como el final del acto anterior. Le acompaña un agente. Se dirige a los de la ronda, y señalando a Pepe les dice :) ¡ Ola ! ¡ Prendan a este buena pieza ! Es uno de los autores del robo de la joyería Torruella.

PEPE ¿ Yo ? ¡ Están en un error ! Yo soy un hombre honrado.

JERÓNIMO ¡ Lo veremos después ! Ahora, sujetadle. (Los agentes se disponen a asegurar a Pepe.)

PEPE ¡ No ! ¡ No me aten ustedes ! Les seguiré de grado.

TRANSEUN. ¡ Por Dios, señores ! Que le toman por otro.

JERÓNIMO Eso no les incumbe a ustedes... Si quieren algo síganle al depósito.

TRANSEUN. ¡ Sí ! ¡ Allí iremos ! (Vanse los agentes conduciendo a Pepe. Los demás les siguen.)

JERÓNIMO (A su acompañante.) Que lo suelten antes de llegar. Lo conveniente era despejar la plaza. (Les siguen a distancia.)

ZORRO Esta es la nuestra. (Vuelve Conrado.)

MANOLO (Está de Dios.)

CONRADO ¿ Por qué calle habrán ido ? No sé qué temor me embarga... ¿ Pero a qué este recelo ? ¿ No estaba en su sitio el porta-lápiz ? ¡ No debo temer ! Ana velará por Amelia. Vamos al coche. (Vase.)

ZORRO A dentro con él.

MANOLO (¡ Oh ! ¿ Qué hacer ?)

ZORRO ¿ Vacilas ? No pareces el mismo que otras veces.

MANOLO ¿ Quién ? ¿ Yo ? ¡ Bah ! Verás como me porto. (Siguen a Conrado.)

CONRADO (Desde dentro, después de una pausa.) ¡ Socorro !

¡ Favor ! (Otra pausa. Oyese arrancar el coche. Un reloj público señala un cuarto para la una. Sale el sereno, que viene algo achispado.)

SERENO

Las doce y cuarto... ¡ Sere... (Recuerda que antes nevaba, por lo que no acaba de decir sereno. Tiende la mano para cerciorarse que en aquel momento no está nevando, y tambaleándose, sólo lo suficiente para que se note que está borracho, dice:) ¡ Nublado !

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Tres años después

Sala espléndidamente amueblada. Puertas al foro y laterales. Balcón o ventanas. Mesa escritorio, arca de guardar caudales, panoramas, etc., etc.

ESCENA PRIMERA

MATEO, abriendo fraudulentamente una carta. Luego, ENRIQUE. Mateo, que, como los cocheros de aquella época, usaba patillas en los actos anteriores, en éste y en los restantes va completamente afeitado.

MATEO (Después de cerrar la carta, temeroso de que le sorprendan.) Lo que sospeché. Por lo visto, don José exprime aún el negocio por su cuenta prescindiendo de nosotros. Pero no ha contado con la huésped. Ya le enseñaré yo... Pero ¡alerta! Aquí está el amo.

ENRIQUE (Muy preocupado.) ¿El correo?

MATEO Acaban de traerlo.

ENRIQUE Retírate.

MATEO (Ahora me lo explico todo.) (Vase.)

ENRIQUE (Después de otra, abre la carta que leyó Mateo.) De don José. (La lee.) Esto es insoportable. Ese hombre quiere convertirme en su esclavo. Me avisa que vendrá a las diez, y que si no le recibo se presentará Conrado... ¡Conrado! Esto hubiera sido an-

tes la causa de la pérdida de mis ilusiones; hoy causaría mi ruina y mi deshonra.

ESCENA II

ENRIQUE y ANGELA.

ANGELA Enrique.

ENRIQUE ¡Ah! ¡Angela! ¿Qué quieres?

ANGELA Vengo en tu busca para que bajes conmigo al jardín.

ENRIQUE Eso en cuanto acabe...

ANGELA No admito demora. El día de hoy me pertenece. ¿Es que has olvidado que es mi cumpleaños? Por lo visto esto te importa poco, pues cuando debiera irradiar tu rostro la alegría andas, como siempre, taciturno y melancólico.

ENRIQUE ¡Mi Angela!

ANGELA ¿Qué ocurre? ¿Por qué ocultarme tus disgustos? ¿Tengo yo secretos para ti? ¿No te cuento mis penas?

ENRIQUE ¿Penas, tú?

ANGELA Sí, a causa de Conrado, de mi pobre hermano. ¿Qué habrá sido de él?

ENRIQUE ¿Serías más feliz si estuviera aquí?

ANGELA ¿Quién lo duda?

ENRIQUE Y no sería menor mi dicha, aun cuando pasase a ser suya la mayor parte de nuestros bienes, ya que sólo somos usufructuarios de su fortuna mientras no transcurran seis años de su desaparición. Esa fué la última voluntad de tu padre.

ANGELA ¿Pero qué importaría eso? ¿Acaso no nos queda mi parte de herencia?

ENRIQUE Sí, pero como no he estado afortunado en mis especulaciones...

ANGELA Me lo dijiste, pero con el usufructo de nuestras fábricas.

ENRIQUE Repito que la suerte no acompañó a mis

empresas, y si en esas circunstancias quedara en descubierto...

ANGELA ¡ Me asustas !

ENRIQUE ¡ No te alarmes ! No llegaremos a tanto.

ANGELA Y en tal caso te quedaría siempre mi cariño.

ENRIQUE ¡ Angela mía ! (Va a pagarle su cariño, cuando un reloj de sobremesa da las diez.) ¡ Las diez ! (La hora en que ese miserable...)

ANGELA Cómo corre el tiempo... Y el ramo que cada día... Vamos, dame el brazo y bajemos al jardín.

ENRIQUE Como quieras. (Aparece Mateo.)

ESCENA III

Dichos y MATEO.

ENRIQUE ¿Qué ocurre?

MATEO Su agente de negocios solicita ser recibido.

ENRIQUE (¡ Él !)

ANGELA Pues no le recibas. Díle que...

MATEO Dice que es caso de urgencia.

ENRIQUE Ya lo oyes, algo apremiante, sin duda. Acabaremos pronto.

ANGELA Sí, procúralo... No te hagas esperar mucho. ¡ Adiós ! (Vase.)

ENRIQUE Que pase este señor.

MATEO Ese señor esperará también, porque es preciso que espere.

ENRIQUE ¿No te he dicho que pase? ¿O es que te propones acabar con mi paciencia?

MATEO Sólo deseo que me oiga cuanto tengo que decirle.

ENRIQUE Bien, en cuanto acabe con ese caballero...

MATEO Entonces estaría ya dado el golpe de gracia, puesto que no es su agente el que le espera, sino...

ENRIQUE ¿Quién? Acaba.

- MATEO ¡ Su cómplice !
ENRIQUE ¡ Mateo !
MATEO ¡ Sí ! Su cómplice, que viene a darle cuenta de algo que afecta a don Conrado.
ENRIQUE ¡ Oh ! ¡ Calla !
MATEO Callar. Bonita manera de perder tiempo... Muy al contrario, ¡ hablemos !
ENRIQUE ¿ Qué te propones ?
MATEO Sacar a usted del atolladero en que se ha metido. Don José viene a exigirle diez mil duros ; deme usted a mí esa cantidad y estaremos corrientes.
ENRIQUE ¡ Vete ! ¡ Sal de mi presencia !
MATEO Si no le pido al contado ese dinero ; me lo entregará usted cuando se haya desligado de don José.
ENRIQUE ¿ Qué quieres decir ? ¿ Es que hay manera de acabar con sus exigencias ?
MATEO ¡ Seguramente ! Ahora empieza usted a comprender.
ENRIQUE Si así fuera...
MATEO Pues así es.
ENRIQUE En este caso, cuenta con la suma.
MATEO ¿ En serio ?
ENRIQUE ¡ Palabra de honor !
MATEO Es lo que me basta ; y sépalo usted : aun cuando don José le amenace con la vuelta de don Conrado, ése no volverá ; los muertos no usan esas genialidades.
ENRIQUE ¡ Cómo ! Tú sabes...
MATEO Como que tomé parte en el negocio. Al pobre se le condujo hasta una barcaza que hacía el contrabando en la costa... ¡ Eramos antiguos conocidos del patrón ! ¡ Valiente bruto ! ¡ El negrero de peores tripas ! Él se hizo cargo de Conrado.
ENRIQUE Continúa.
MATEO No fueron muy caritativas las órdenes que se le dieron... Que en llegando a alta mar le amarraran a un galápago de plomo y le arrojasen al agua para que los peces acabaran la jornada.

- ENRIQUE ¿Y se cumplió esa orden?
MATEO Las de esa especie se cumplen siempre ; y tanto fué así, que un tal Manolo, el hombre de confianza de don José, embarcó también, a fin de que don Conrado no sobornara al patrón... Encargue usted que le canten un *requiescat*. Don Conrado descansa sus fatigas en el fondo del mar.
- ENRIQUE Pero... ¿es eso cierto?
MATEO Se lo juro a usted.
ENRIQUE ¿Pero qué garantía?
MATEO ¿A qué viene esa palabra? ¿Garantía? ¿La quiere usted mayor cuando si aparece don Conrado yo no cobro un ocha-vo?
- ENRIQUE ¡Confía, pues !
MATEO Claro que sí, porque usted no ha de faltarme impunemente a su palabra. ¿Digo a don José que pase?
- ENRIQUE ¡ Sí ! Acabemos de una vez. (Vase Mateo.)

ESCENA IV

DON ENRIQUE y JERÓNIMO.

- ENRIQUE Ahora estaremos frente a frente.
JERÓNIMO (Sale caracterizado como en el primer acto.) Ya sabía yo que me recibiría.
- ENRIQUE Le recibo para oír una vez más sus locas pretensiones.
- JERÓNIMO ¿Permite usted que me siente? Otras veces usted me lo indicaba.
- ENRIQUE Otras veces usaba usted de mayor cortesía.
- JERÓNIMO Uso siempre la misma.
- ENRIQUE En fin, sea usted breve.
- JERÓNIMO Lo seré. Como recordará usted, convenimos en que una vez don Conrado en mi poder le fuera respetada la vida ; pero que hasta después de efectuado el matrimo-

nio de usted no le sería devuelta la ansiada libertad.

ENRIQUE ¡Sí! Efectivamente.

JERÓNIMO Pero como por cuestión de interés me indicó usted la conveniencia de que pasara algunos años en el *retiro*, que no apareciera su cuñado hasta que no tuviese usted la obligación de rendirle cuentas...

ENRIQUE ¡Sea más breve aún!

JERÓNIMO Cedí a sus deseos, previniéndole que los gastos que se ocasionaran correrían de su cuenta; pero a lo que veo, después de haber satisfecho religiosamente durante tres años cuanto estipulamos, olvida hoy sus sagrados compromisos.

ENRIQUE Con personas de su ralea estoy relevado de cumplirlos.

JERÓNIMO Mil gracias por el concepto que le merezco, pero debo advertirle que se equivoca usted. Los lazos que nos unen no se rompen fácilmente. Antes se rompe el grillete del presidiario.

ENRIQUE ¿Qué puede usted contra mí? En mi poder el documento que cometí la imprudencia de firmarle, quedo a salvo de sus acusaciones..

JERÓNIMO ¿Pero quién le dice que parten de mí esas acusaciones? ¿Iba yo a perderme sólo por el gusto de perderle? ¡No! Otro se encargará de ello.

ENRIQUE ¿Otro?

JERÓNIMO Seguramente don Conrado.

ENRIQUE ¡Los muertos no acusan!

JERÓNIMO Pero sí los vivos, y don Conrado se cuenta entre su número.

ENRIQUE Estoy convencido de lo contrario, pues de ser así, se hubiera ya presentado.

JERÓNIMO Pues lo hará en breve. Observe usted.
(Va a la ventana y agita un pañuelo.)

ENRIQUE ¿Qué significa esto?

JERÓNIMO ¡Nada! ¡Que evoco a los muertos! Us-

ENRIQUE ted asegura que don Conrado murió, y...
JERÓNIMO ¡Salga usted inmediatamente!
 Señor mío, vengo en representación del
 verdadero dueño de esta morada, y el ad-
 ministrador no es quien para arrojarme
 de ella.
ENRIQUE ¡Basta ya de osadía!

ESCENA V

Dichos. ANGELA; luego, MATEO.

ANGELA ¡ Enrique ! ¡ Oh, qué sorpresa !
ENRIQUE ¡ Angela !
ANGELA Subía por la escalinata del jardín, cuan-
 do he visto apearse de un coche...
ENRIQUE ¿ A quién ? ¡ Acaba !
ANGELA ¡ A Conrado ! Corro a abrazarle. (Vase.)
ENRIQUE (¡ Estoy perdido !)
MATEO (Saliendo.) Un caballero desea hablar con el
 señor.
ENRIQUE ¡ Allá voy ! (¿ Qué es esto ?) (Vase.)
JERÓNIMO (Disponiéndose a salir.) Yo, entre tanto...
MATEO ¡ Un momento ! A usted le conozco yo.
JERÓNIMO ¿ Tú ? ¿ Tal vez servirías en casa del mar-
 qués de... ?
MATEO No, por cierto.
JERÓNIMO O tal vez cuando estaba en la dirección
 de Seguros ; en el Banco...
MATEO ¡ Esto ! De cuando estaba usted en el
 banco... de los acusados.
JERÓNIMO ¡ Eh !
MATEO Y aun de otra parte mejor... De presidio.
JERÓNIMO ¡ Ah ! ¡ Mateo ! (Reconociéndole.)
MATEO Sí, Mateo ; su cochero predilecto. No se
 sorprenda usted... He aprovechado algo
 de sus lecciones... También yo entiendo
 de disfraces.
JERÓNIMO (El diablo te confunda...) Y bien, ¿ qué
 quieres ?
MATEO Nada, por ahora... Después veremos...

Ya le buscaré a usted. Puede, pues, salir.

JERÓNIMO Por el jardín. Sería conveniente...

MATEO Pues vamos por allá. (Tú caerás en el garlito.)

JERÓNIMO (Lo que es esta vez no te me escapás.)
(Vanse.)

ESCENA VI

CARLOS, en elegante traje de viaje. ANGELA, ENRIQUE y criados.

ANGELA ¡ Oh, qué dicha, Conrado ! ¡ Cuánto te
llorábamos creyéndote muerto ! (Al criado.)
Que nos sirvan algo, Tomás. (El criado les
sirve pastas y vinos.) Al fin te vemos otra vez
entre nosotros.

CARLOS ¡ Sí, hermana mía ! ¡ Oh ! ¡ Qué grato
placer experimento !

ANGELA ¡ Y yo, qué feliz soy ! Ven de nuevo a mis
brazos.

CARLOS (En sus brazos.) ¡ Es ella ! La que yo salvé
de una muerte segura... ¡ La que yo amo !
¡ Y es mi hermana !)

ANGELA ¿ Pero qué te pasa ? Parece que te propo-
nes imitar a Enrique en estar triste, me-
ditabundo...

CARLOS ¿ Yo ? ¡ No ! Pensaba...

ANGELA ¿ En papá, sin duda ?

CARLOS Sí, efectivamente. ¿ Cómo no está entre
nosotros ?

ANGELA ¡ Pobre papá ! Hace ya más de un año que
murió.

CARLOS ¡ Murió ! (Finge enjugarse los ojos.)

ENRIQUE (Que le observa.) (Pero este hombre no llora.)

ANGELA ¿ Y tú ? ¿ Cómo has estado tanto tiempo
apartado de nosotros ? ¿ Qué te ocurrió,
Conrado ?

CARLOS Algo inaudito, extraordinario... Pero no
hablemos de ello... Hay cosas que son
para olvidarlas. ¿ No eres de mi parecer,
Enrique ?

- ENRIQUE ¿Yo? ¿Y qué sé? (¿Sospechará?) Pero acaso tengas razón... ¡Ea! ¡Brindemos a tu vuelta feliz! (Llenan los vasos y brindan.)
- ANGELA ¡Ah! ¡Qué día tan hermoso el de hoy!
- CARLOS ¿Hermoso?
- ANGELA ¿La ausencia te ha quitado la memoria. ¿Ignoras que hoy es mi cumpleaños?
- CARLOS ¡Ah, perdona el olvido! Pero hay que festejar mi vuelta y ser tus días... Daremos un baile, en el que serás la reina de la hermosura.
- ANGELA ¡Querido hermano!
- CARLOS ¿Qué os parece?
- ENRIQUE Que es una idea excelente para presentarte a los amigos, y aunque sin tiempo casi para preparar la fiesta, se celebrará. Con dinero se logra todo.
- CARLOS Pláceme oírte, pues eso me demuestra que han aumentado mis rentas bajo tu dirección.
- ENRIQUE Así es, en efecto.
- CARLOS ¿Las fábricas?...
- ENRIQUE Compitiendo con los productores extranjeros. Lástima que el que inventó nuestra maquinaria...
- CARLOS ¿Qué?
- ENRIQUE Que se suicidó... ¿No lo recuerdas?
- CARLOS ¡Sí! Lo que se me olvidó es cómo se llamaba.
- ENRIQUE Rovira... Ramón Rovira.
- CARLOS (El marido de Ana... ¿Qué significa esto?)
- ANGELA ¡Pobre Ramón! Se suicidó porque papá, en un momento de obcecación, le negó su parte en los negocios, según parece que convinieron.
- ENRIQUE Pero esto no consta en ninguna parte.
- ANGELA ¡Oh, sí! ¡Consta!
- ENRIQUE Se habló de un contrato privado, pero que papá no llegó a firmar.

- ANGELA ¿Y si lo hubiese firmado antes de morir?
ENRIQUE ¡No es posible!
ANGELA Pues sí, y yo soy la depositaria de esa escritura, que debía salir a luz si Conrado hubiese tardado seis años en volver.
ENRIQUE ¿Y no me habías dicho nada?...
ANGELA Perdona, Enrique... Tal vez fuí injusta contigo, pero temí...
ENRIQUE ¿Entonces, la mitad de las ganancias, junto con los intereses devengados, hubieran sido para Ana?
CARLOS Y de ella serán, en efecto.
ENRIQUE ¡Conrado!
CARLOS ¡No quiero lo que no me pertenezca!
(¡Ella me sirvió de madre!... Así pago sus cuidados.)
ENRIQUE (¡Si pudiera quedarme solo!...) ¿Quieres que bajemos al jardín?
CARLOS Me es igual.
ENRIQUE Daremos por él un paseo.
ANGELA Y por cierto que ha de sorprenderte agradablemente.
CARLOS Pues vamos.
ANGELA Se conservan aún las plantas exóticas que eran tu pasión.
CARLOS (¿Cuáles serán esas plantas?)
ANGELA Dame el brazo, Conrado.
ENRIQUE Id, ya os sigo. (Vanse.)

ESCENA VII

MATEO; luego, ENRIQUE.

- MATEO ¡Ja, ja, ja! Buena traxada para don Enrique a no reconocer yo a Carlos en el supuesto Conrado... Pero ¡calle! Vuelve el amo. (Queda al paño.)
ENRIQUE He hallado manera de alejarme sin despertar sospechas... ¡Ah! ¡Qué contra-tiempo!... ¡No! No hay otra solución. Si Conrado se obstina en satisfacer a

Ana lo que dice pertenecerle, el desfalco se descubre inevitablemente, y yo no puedo vivir con la amenaza de la deshonor. Don José tendió bien sus redes. Mi salvación está en sus manos... ¡Sí! Sólo él puede... Pero ¿y si se niega, después de lo ocurrido... ¡Oh! Si se niega... ¡Estoy resuelto! Su vida o la mía. (Saca una caja del escritorio.)

MATEO (Bien hacía velando por mis diez mil duros... Esa es la caja de las pistolas... Torpe he sido en no pedirle veinte mil...)

ENRIQUE (Después de sacar de ella una pistola vuelve la caja a su sitio.) ¡Ahora, valor! (Guarda la pistola y se dispone a salir.)

MATEO ¿Quiere el señor oirme un momento?

ENRIQUE ¡Mateo! (Con ira.)

MATEO No se enfade conmigo. Vengo sólo a recordarle...

ENRIQUE ¿A recordarme? ¿Conque después del engaño pretendes aún...?

MATEO ¿Engaño?

ENRIQUE ¡Sí! Tú afirmaste que don Conrado había muerto.

MATEO ¡Ya lo creo! ¡Y bien muerto está!

ENRIQUE ¡Miserable!

MATEO Convénzase el señor, de que si se engaña no es por mi culpa.

ENRIQUE ¿Qué quieres decir con eso?

MATEO Que ese caballero no es don Conrado. Es, sí, muy parecido a él, pero esto no basta.

ENRIQUE ¿El engaño otra vez?

MATEO Como si no conociera yo a ese intruso... Verdad es que se ha pulido mucho... Si le hubiese conocido usted cuando frecuentaba el cafetín de la calle de Gínjol. (1)

ENRIQUE (¡Oh! ¡Qué rayo de luz! Allí le vi yo.)

MATEO ¡Silencio! La señora.

(1) Si la representación no es en Barcelona, nómbrese otra calle: la de Tapias, por ejemplo, o la del Olmo.

ESCENA VIII

Dichos y ANGELA.

ANGELA ¡ Enrique ! Te esperamos.

ENRIQUE. ¡ Angela !... ¡ Oyeme ! Creo que somos víctimas de una infamia, pues sospecho que este que dice ser tu hermano no sea más que un impostor.

ANGELA ¡ Enrique !

ENRIQUE Ruega por Conrado, que debió morir el día mismo de su secuestro.

ANGELA ¿ Y quién te asegura ?...

ENRIQUE Mateo ha reconocido a ese miserable.

MATEO Así es, señora. Su nombre es Carlos, y hay algo que no me deja dudar de su identidad. ¿ Se han fijado ustedes en la cicatriz de su mano derecha ?

ANGELA ¿ Una cicatriz ?

MATEO Sí, señora ; pues es a consecuencia de un mordisco de un caballo.

ENRIQUE ¿ Pero a qué viene ?...

MATEO És un joven valiente, y para que los señores juzguen de su arrojo les referiré la causa de su herida. Era un día de Navidad ; venía por el paseo de Gracia un coche con los caballos desbocados.

ANGELA (¡ Cielos !)

MATEO El cochero había sido despedido del pescante y el coche hubiera rodado a la Riera de Malla, a no ser por ese mozo, que, con grave riesgo de su vida logró contener a los caballos.

ANGELA (¡ Él !)

MATEO Y lo mejor del lance es que se enamoró perdidamente de la señorita que ocupaba el carruaje, y tanto es así, que...

ANGELA ¡ Oh ! ¡ Basta !

ENRIQUE ¿ Te convences, al fin ?

ANGELA Aun no, Enrique.

ENRIQUE Pues vas a convencerte cuando regrese de hablar a don Gabriel, el fiscal.

ANGELA ¿Qué te propones?
ENRIQUE Sé lo que debo hacer; vente conmigo, Mateo.
MATEO (¿A que no me olvida, ahora?)
ENRIQUE (Doblo la suma.) (Aparte los dos; vanse.)

ESCENA ÚLTIMA

ANGELA, EL CRIADO. Luego, ROQUE.

ANGELA ¡Dios mío! ¿Qué hacer? ¡Ah! ¡Qué idea! Conrado. (Al correr en su busca aparece el criado.)
CRIADO Señora.
ANGELA ¿Qué quieres?
CRIADO Roque, el cochero, viene a recibir órdenes.
ANGELA (¡Ah!) Díle que pase. (Vase el criado y aparece Roque.)
ROQUE (Es ya anciano.) ¿Señorita?
ANGELA No enganches. (Roque va a retirarse.) Espera. ¿Te acuerdas del día en que, hace tres años, se desbocaron los caballos en el paseo de Gracia, cuando corrí peligro de muerte?
ROQUE ¡No lo recuerde la señorita! ¡Estuve torpe! Fué un día aciago.
ANGELA Tú sabes, sin duda, quién fué el arrojado joven que evitó la catástrofe.
ROQUE Señorita, yo...
ANGELA ¡Debes saberlo! ¿A quién, si no, entregaste mi gratificación?
ROQUE Perdone la señorita. Aquel dinero fué para los pobres.
ANGELA No te comprendo.
ROQUE Su salvador no necesitaba de remuneraciones.
ANGELA ¡Cómo no, siendo un obrero!
ROQUE ¡En apariencia! Diré la verdad toda a la señorita. Yo, como recordará, había caído del pescante, si bien pude llegar hasta

donde había quedado el carruaje en el momento en que la multitud se llevaba, no sé si herido, al valeroso joven; pero tuve tiempo para reconocerle... Era el señorito.

ANGELA. ¡Él! ¿Y no me dijiste?...

ROQUE. No debí callarlo; pero recuerde la señorita las circunstancias. El señorito tenía amoríos muy a disgusto del padre de ustedes. Entonces vestía traje de obrero, lo que me demostró que no quería ser conocido.

ANGELA. Pero debiste advertirme...

ROQUE. Creí deber mío consultarlo al señorito; pero se obstinó en negar su participación en el suceso, y opté por callar.

ANGELA. ¡Basta! Puedes retirarte. (Roque saluda y vase.) ¡Oh! ¿Qué hacer? ¡Terrible dilema! Pero, sea o no mi hermano, debo librarle a toda costa... Él salvó mi vida a riesgo de la suya... Sé cuál es mi deber. El cielo es quien me inspira.

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La vuelta al hogar

Otro salón. Puertas al foro y laterales. En lugar conveniente, una hornacina con la imagen de la Virgen. Un espejo a la derecha. Durante el acto óyense los acordes de una orquesta.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE, MATEO; luego, ANGELA.

- ENRIQUE ¿Está todo preparado?
MATEO Sin olvidar el menor detalle.
ENRIQUE ¿Sabes la consigna ?
MATEO A los que vengan de parte del juez...
ENRIQUE Los conduces por la escalera interior hasta ese aposento. (La del segundo término izquierda.)
MATEO ¿Y en cuanto a Carlos?
ENRIQUE Procura que no sospeche nada, para que más fácilmente...
MATEO Comprendo (Sale Angela.) ¡ La señora !
ENRIQUE Retírate. (Vase Mateo.) Angela.
ANGELA ¿Conque estás dispuesto a entregar a ese desgraciado a los tribunales?
ENRIQUE ¿Desgraciado le llamas, cuando seguramente a no ser por él tu hermano estaría entre nosotros?
ANGELA ¿Y si fuera, a su vez, víctima de una maquinación odiosa?
ENRIQUE Los tribunales lo pondrán en claro. El juez espera ya : hay que dejarlo a su arbitrio.
ANGELA ¡ Enrique ! .(Música dentro.)

- ENRIQUE El baile empieza. En el salón esperan.
ANGELA ¡ Oh, por piedad !
ENRIQUE Acuérdate de tu hermano. Hasta ahora.
No tardes. (Vase.)
ANGELA No hay salvación para él. Enrique no
cede. Si le dijera que soy yo la mujer a
quien salvó la vida... ¡ No ! Enrique sabe
que se enamoró de ella, y celoso, sin
duda... Empeoraría acaso la situación...
¡ Oh ! ¿ Qué hacer ? ¿ Qué partido to-
mar ? (Sale el criado anunciando.)
CRIADO Ana, la que fué la nodriza del señorito,
solicita verle.
ANGELA Que pase, y avisa a mi hermano que aquí
le esperan. (Vase el criado.) ¡ Esa mujer será
su tabla de salvación ! (Vase.)

ESCENA II

ANA, introducida por EL CRIADO. Luego, CARLOS.

- CRIADO Sírvase aguardar. Avisaré al señorito.
ANA ¡ Por fin le vuelvo a ver ! Él aquí, y Car-
los, dichoso en Tarragona. ¿ Puede haber
otra madre más venturosa ?... ¡ Un espe-
jo ! (Se mira en él.) ¡ Cuánto he envejecido !
CARLOS (Saliendo.) ¡ La que fué mi nodriza ! ¿ A
qué vendrá esa mujer, con quien no con-
tábamos ?... La astucia me valga. (Al verla
en el espejo.) ¡ Es Ana ! Conque ella misma
fué la que me substituyó por su hijo en la
cuna ?... Disimulemos. Ana.
ANA ¡ Ah ! ¡ Don Conrado ! ¡ Cuando todos llo-
rábamos su muerte !... ¡ Qué grande es
mi alegría al volverle a ver !... ¡ Cuánto
debe usted haber sufrido !
CARLOS ¡ Mucho..., mucho ! Pero no me hables del
pasado... Me encanta el porvenir.
ANA Dice usted bien. ¿ A qué hablar ahora
de... ? Y tanto más cuando todo ello pudo
ser providencial.

- CARLOS ¿Providencial? No te comprendo.
ANA Sí, porque usted a estas horas estaría casado con... No quisiera decírselo, pero es preciso.
- CARLOS ¡Habla, pues!
ANA Aquella mujer que me confió, y que debía ser su esposa, no era digna de usted.
- CARLOS ¿Aun piensas en eso? Aquello fué una ráfaga de amor pasajero.
ANA Pero...
- CARLOS No obstante, agradezco tu celo, y ruego que no te ofendas si te dejo... Los invitados extrañarían mi presencia y... Mañana nos veremos otra vez, y podré dedicarte mayor espacio de tiempo.
- ANA ¿Mañana?...
- CARLOS Como ésta es hora tan poco a propósito para...
- ANA Voy a retirarme; pero quisiera antes...
- CARLOS ¿Qué?
- ANA Estrechar su mano... Hace tanto tiempo que...
- CARLOS Tienes razón; perdona si...
- ANA ¿Me permite usted besarla?
- CARLOS Ana...
- ANA (Fijándose en la cicatriz.) ¿Pero qué es eso? ¿Me engañan mis ojos, o...
- CARLOS ¡Acaba!
- ANA ¡Esa cicatriz!... ¡Oh! No me cabe duda... ¡Carlos!
- CARLOS ¡Oh! (Receloso.)
- ANA ¡Ah! ¡Tu turbación te vende!
- CARLOS ¡Ana! ¡Por Dios!
- ANA ¡Ana! Qué poco sabes tú el mal que me causa este nombre en tus labios... ¿Por qué no me llamas madre?
- CARLOS ¡Oh! ¡Cállese usted!
- ANA ¡Sí, callaré! Yo no quiero tu perdición, pero reniego de ti.
- CARLOS ¡Oh!
- ANA ¿Qué hiciste de Conrado?
- CARLOS ¡Acabemos de una vez! Sé la infamia de

que me hizo usted víctima... Usted no es mi madre. Su hijo de usted es el que ocupaba mi puesto... Yo soy Conrado de Fonseca.

ANA ¡ Oh ! ¡ Calla ! ¡ No lo digas !

CARLOS ¿ Le extraña a usted que haya descubierto su infamia ? No había allí ningún testigo... Sólo dos niños de maravilloso parecido... Heredero el uno de la inmensa fortuna ; el otro, hijo de usted... ¡ Sí ! Su hijo, del que trocaba usted la suerte al trocar la cuna...

ANA ¡ Ah ! No fué así.

CARLOS ¡ No fué así, pero fué !... Usted dirá cómo.

ANA Ven conmigo y te lo diré todo.

CARLOS No saldré de aquí sin saberlo antes.

ANA Si advierten...

CARLOS ¡ Nadie nos acecha ! ¡ Hable usted ! ¡ Lo exijo !

ANA ¡ Ya que así lo quieres, sea ! El desaparecido era tu propio hermano ; el verdadero Fonseca murió en la cuna.

CARLOS ¿ Y usted lo substituyó ?

ANA ¡ No ! Lo substituyó su misma madre... Yo no era la nodriza. Os criaba a ti y a tu hermano..., ¿ cómo admitir un tercero ?

CARLOS ¡ Es verdad ! ¡ Siga usted !

ANA Don Conrado, el heredero de los Fonseca, murió en la Garriga, mientras su padre estaba en América, y como la muerte del pobre niño comprometía sagrados intereses, la infortunada madre creyó deber suyo ocultarla hasta a sus próximos parientes. Esto fué cosa fácil en los primeros momentos, pues en aquella población los Fonseca eran desconocidos ; pero debía buscarse otro niño que ocupase el lugar del muerto, y se me propuso la substitución. Dudé, no obstante, pero al fin, creyéndolo un medio que me depara-

ba la suerte para que uno de mis hijos heredara la inmensa fortuna que en parte nos había sido usurpada, acepté, rehusando para mí cuanto me ofrecieron, pues aquel dinero hubiese abrasado mi mano como fruto de un crimen... ¡ Antes preferí mil veces la miseria !

CARLOS ¿Y don Pedro, ignoró la ocurrido?
ANA ¡ No ! Su esposa se lo reveló a su llegada a Barcelona.

CARLOS ¿Y aprobó lo hecho?
ANA Le fué preciso. La muerte de Conrado comprometía su fortuna. Por eso era doña Angela la heredera universal de don Pedro, si bien éste, después, en descargo de su conciencia, que le acusaba de la muerte de tu padre, varió el testamento.

CARLOS (Después de un instante de reflexión.) ¡ Sí ! ¡ Así debió ser ! De otra manera no se explica nuestro extraordinario parecido...

ANA ¿Dudas aún?

CARLOS ¡ No ! ¡ Ya no dudo !

ANA Vente conmigo, pues.

CARLOS Lo prometí y cumplo mi palabra. (Agita una campanilla. Sale Mateo.) Mi gabán ; mi sombrero.

MATEO ¿Va a salir el señorito?

CARLOS Sí. (Mateo sonríe maliciosamente y vase.)

ANA Salgamos de aquí, donde nunca debiste entrar.

MATEO (Sale con el gabán y sombrero pedidos.) El gabán...

¿Quiere el señorito que enganchen?

CARLOS ¡ No ! Puedes retirarte. (Vase Mateo.)

ESCENA III

CARLOS, ANA y ANGELA. Luego, ENRIQUE y MATEO.

CARLOS ¡ Cuando usted quiera ! ¡ Vamos !

ANGELA (Apareciendo.) ¿Vas a salir, Conrado?

CARLOS ¡ Sí ! Ana me dice...

ANGELA Pues no es por ahí por donde debe usted salir.

- CARLOS ¡ Ese lenguaje !...
- ANGELA Omitamos palabras : usted no es mi hermano. Usted usurpa su derecho civil, cuyo delito la ley castiga con el presidio.
- CARLOS ¡ Cielos !
- ANGELA ¡ Abandone esta casa ! ¡ Aun es tiempo ! Dentro de poco no le será posible...
- CARLOS ¿ Huir ?
- ANA ¡ Ah, hijo mío !
- ANGELA (Con extrañeza.) ¿ Hijo le llama ?
- ANA Ya lo ha oído usted. Le llamo hijo, y él me hace feliz llamándome madre... Es tanta su semejanza con su hermano de usted, a quien con mi sangre...
- ANGELA ¡ Bien, basta ! No perdamos tiempo. He aquí la llave del jardín ; tómela usted y que el cielo le proteja.
- ANA ¡ Ah, sí ! ¡ Vamos ! (Enrique y Mateo están al paño.)
- CARLOS Señora, sabiendo que no me pertenece el nombre de Fonseca saldré de aquí, pero no huyendo como un miserable. Soy yo ahora quien reclama la presencia del juez... Yo nombraré a todos cuantos anhelaban comerciar conmigo. Yo creí ejercer un derecho, pero visto mi error, no saldré de aquí bajo el peso de una acusación... ¡ Quiero antes vindicarme ! (Enrique avanza. Mateo desaparece.)
- ANA ¡ Oh, sí !
- ANGELA Ahora reconozco...
- ENRIQUE Lo que yo debo a mi vez reconocer.
- ANA ¡ Ah ! ¡ Enrique !
- ENRIQUE ¡ Esta es mi mano ! (Tiéndela a Carlos, que la estrecha entre la suyas.)
- CARLOS ¡ Oh ! ¡ Gracias !
- ENRIQUE Queda, pues, vindicado para con nosotros ; pero si en algo estima el sosiego de esta casa no intente nada por esclarecer los hechos.
- ANGELA Estas palabras, Enrique...
- ENRIQUE Sé lo que me digo. Además, se crearía

usted tantos enemigos, que acabarían por aniquilarle. (Así me salvo.)

CARLOS Al darme usted la mano me probó que creía en mi caballerosidad.

ENRIQUE Y así es, en efecto.

CARLOS Pero no lo demuestran sus palabras.

ENRIQUE ¿Qué se propone usted? ¿Acusar a otros del delito en que se le ha cogido *infraganti*? ¿Lo ha reflexionado usted bien? Pienso que para acusar son necesarias pruebas.

CARLOS Es verdad.

ENRIQUE ¡No las tiene! Adopte mi consejo: salga por el jardín, y que Ana le acompañe. Por ella sabré su residencia, y sea ésta la que fuere cuente usted con mi amistad.

CARLOS ¡Oh! (No convenciéndose aún.)

ENRIQUE Además, esto se arreglará como en familia, y...

ANA ¡Carlos! (Suplicándole.)

ENRIQUE Piense que no le queda tiempo que perder.

ANGELA ¡Oh, sí! Yo se lo suplico.

CARLOS (Después de reflexionarlo.) ¡Señora, partiré!

ANGELA ¡Oh! ¡Gracias!

ENRIQUE ¡Por fin! (Va a observar a la segunda de la izquierda.) (El juez lo habrá oído todo.) (Queda algo apartado.)

ANGELA (A Carlos.) (Esté seguro de que nunca olvidaré que me salvó la vida.)

CARLOS ¡Oh!

ANA ¡Era ella!

ANGELA Modérese usted.

ENRIQUE (Volviendo al grupo.) No infundamos sospechas, ¿Creo que habrá usted comprendido?...

CARLOS ¡Sí!

ENRIQUE Parta usted pronto.

ANA (Pobre hijo mío.) (Carlos vacila aún, pero al fin va a salir por la derecha.)

ENRIQUE ¡No! Por allí...

CARLOS ¡ Es verdad ! Vámonos, madre. (Salen precipitadamente.)
ENRIQUE (¿ Madre, la llama?... Es que caso...
¡ Ah !... Yo lo sabré...)
ANGELA Enrique.
ENRIQUE Ya has visto... No he sido rencoroso.
ANGELA ¡ Oh ! ¡ Gracias !
ENRIQUE ¡ Vamos al salón ! (Vanse.)

ESCENA IV

MANOLO y EL CRIADO.

MANOLO (Viste a la americana; usa jipijapa.) Déjate de cumplidos... Cuando te digo que soy amigo de la familia...
CRIADO Pero comprenda que sin decirme su gracia...
MANOLO ¡ Mi gracia ! Pues en valiente aprieto me pones... No sabría cual escoger, pues tengo muchas. Conque ya lo sabes... Aquí me quedo hasta que llegue el amo. (Se sienta.)
CRIADO El señorito está en el salón.
MANOLO ¿ Qué dices ? Que está en el... ¡ Vaya ! Puedes ir a tus quehaceres.
CRIADO Pero...
MANOLO Cuando digo que... ¡ Pero ya caigo ! ¿ Te mes echar después algo de menos ? ¡ Puedes irte confiado !... ¡ Palabra de honor !
CRIADO Entonces avisaré...
MANOLO Avisa al diablo aunque sea. Somos buenos amigos. (Vase el criado.)

ESCENA V

MANOLO, luego MATEO.

MANOLO Pues señor, don Conrado quedará contento de mí... (Música dentro.) ¡ Anda ! Están de fiesta, y no cuentan con este convidado llovido del cielo. ¡ Ea ! Preparémonos. Alguien viene. (Se asea con petulancia.)

- MATEO (Saliendo con el criado, que se retira.) ¿Es usted quien desea hablar con los señores?
- MANOLO A ellos, sí; pero no a un pillo como tú.
- MATEO ¡Manolo!
- MANOLO ¡Nos hemos reconocido! ¡Chócala!
- MATEO (Después de observar por la cerradura de la segunda puerta izquierda.) (Ya salió el juez.) (A Manolo.) ¿Quién pensara verte por aquí?
- MANOLO ¡Eso digo yo! El mismo demonio no creyera hallarte en esta casa.
- MATEO Ya sé a lo que vienes.
- MANOLO ¿Estás seguro?
- MATEO ¡Claro que sí! De algo ha de valernos el ingenio... Vienes a que don Enrique te pague el haberte embarcado a fin de que el patrón de marras cumpliera su palabra de echar el pato al agua. ¿No es eso?
- MANOLO ¡Eso! Precisamente eso, a no ser todo al revés de cuanto has dicho.
- MATEO Manolo.
- MANOLO Para que lo sepas: don Conrado está en Barcelona.
- MATEO ¡Don Conrado en Barcelona! Entonces es que nos has vendido.
- MANOLO ¡Eso sí que no! ¿Cómo podía venderos si ni de balde os querría nadie?
- MATEO ¿A qué viniste, pues?
- MANOLO A prevenir a doña Angela, a fin de que la sorpresa... ¿Entiendes? ¿Por dónde anda don Enrique? ¡Pronto! Don Conrado no debe tardar.
- MATEO ¿Pero es eso cierto?
- MANOLO ¡Y tan cierto! Yo mismo dí al patrón la orden de que no le matara...
- MATEO ¡Manolo! (Amenazador.)
- MANOLO ¡Eh! ¡No te precipites!
- MATEO ¿Y nos delatarías, sin duda?
- MANOLO A ninguno de nosotros. En cuanto a don Enrique, el caso era diferente. Además, alguno debía pagar los platos rotos... Pero no temas; don Conrado, por no afli-

gir a su hermana y por no comprometerme, no diré esta boca es mía.

MATEO (¡ Ah ! ¡ Buena idea !) Siendo así... Sin embargo, ¿sabes lo que haría, en tu lugar?

MANOLO ¿Qué?

MATEO Tratar a la vez con don Enrique. Lo que importa es exprimir del todo esa naranja.

MANOLO No está mal pensado.

MATEO Si te resuelves a ello, yo te llevaré a su presencia ; pero debes acceder a todo cuanto se te proponga.

MANOLO ¡ Accedo ! ¡ Anda, acompáñame !... (Así sabré de qué se trata.)

MATEO ¡ Vamos, pues ! (Ahora, mis veinte mil duros no corren tanto riesgo.) (Vanse.)

ESCENA VI

CONRADO y EL CRIADO.

CONRADO ¡ Pero es extraordinario lo que usted me dice !

CRIADO No es de extrañar, señorito ; pero como ignorábamos que hubiese usted salido.

CONRADO ¿ Salido yo, que hace ya tres años que falta de esta casa y que ésta es la vez primera que vuelvo a ella ?

CRIADO (¿ Si se habrá vuelto loco ?...)

CONRADO ¿ Sabe usted si la señorita está preparada para recibir la nueva de mi vuelta al hogar ?

CRIADO ¡ Seguramente ! (Pues señor, lo dicho.) Con su permiso pasaré recado.

CONRADO Vaya usted sin demora. (Vase el criado.)
¡ Por fin estoy entre vosotros, recuerdos de mis mejores días ! He sabido la muerte de mi padre al llegar de nuevo a Barcelona. ¡ Ah ! ¡ No haber podido cerrar sus ojos !... Eso y el recuerdo de que Enrique me hizo traición... Con todo, fué por salvar a su padre de la ruina y quizás de la muerte... Dios quiera que pue-

da aún perdonarle... Aquí está Angela.
(Va a recibirla.)

ESCENA VII

CONRADO y ANGELA.

ANGELA ¿Qué significa su presencia aquí otra vez? ¿Por qué ha vuelto?

CONRADO ¡Angela!

ANGELA ¿Qué quiere usted? Dígalo, pero sea breve.

CONRADO ¿Qué quiero? ¿Que sea breve? ¿Es esto un sueño?

ANGELA ¡Carlos!

CONRADO ¿Carlos, dijiste? ¿Tanto es tu despego hacia mí que ni mi nombre recuerdas? ¡Carlos!... ¿Es que desvarío?... ¡No! ¡Tú eres Angela! Esta es la casa donde nací... Esta la imagen ante la que aprendí a rezar... ¡Ah! ¡Por piedad, hermana mía!... ¿Por qué no me recibes en tus brazos? ¿Por qué no me pagas con el tuyo mi cariño?

ANGELA No ignora usted cuanto hice por salvarle; pero si el amor que en mal hora le inspiré...

CONRADO ¿Pero qué dices, desdichada? Mi razón o la tuya se extravía. ¡Oh! ¡Por Dios! ¡Angela, vuelve en ti! ¿No me reconoces? (La coge de la mano.)

ANGELA (Desasiéndose de él.) ¡Suélteme usted!

CONRADO Soy yo, Conrado, que vuelve a vosotros después de tan larga ausencia... Soy aquel a quien nuestra madre te recomendó al morir... ¿No lo recuerdas? «Si huérfanos quedáis—nos dijo—vela por ella, Conrado; y tú, Angela, tenle por guía, pues hasta estar casada, él debe ser para ti el único amparo.»

ANGELA ¡Oh! Estas palabras...

CONRADO ¿También las olvidaste? ¡Dios mío!

(Junta sus manos en ademán de implorar al cielo. Angela se fija en ellas.)

ANGELA ¡No las olvidé, no! Por ellas te reconozco. ¡Conrado!

CONRADO ¡Hermana mía! (Abrázanse.)

ANGELA Perdona si dudé un momento. ¡Ah! Si supieses... ¡No! Después te diré... Ahora, que Enrique, que todos... Voy en su busca.

CONRADO ¡No! ¡A Enrique, no! Nada le digas.

ANGELA ¿Por qué no, hermano mío?

CONRADO ¿Por qué?... Porque nos robaría estos instantes de dicha que quiero sólo para mí.

ANGELA Tiempo habrá para todo.

CONRADO Cierto, pero... (Música dentro.)

ANGELA Deja que vaya.

CONRADO Vé si quieres; pero antes, dime: ¿qué objeto tiene esta fiesta?

ANGELA ¿Qué objeto tiene?... (Titubea.)

ESCENA VIII

Dichos y MANOLO.

MANOLO Celebrar el cumpleaños de la señora.

ANGELA ¿Quién es ese hombre?

CONRADO Es un amigo al que debo la vida.

ANGELA ¡Oh! ¡Gracias, caballero!

MANOLO No me dé usted las gracias, señora... Dáselas a... ¡Vaya, lo dicho! A mí no debe usted dármelas.

ANGELA No comprendo...

MANOLO ¡No es extraño! Tampoco me comprendo yo. Pero vamos al grano. Don Conrado, es conveniente que salga usted al momento de aquí.

CONRADO ¿Salir yo?

ANGELA ¿Pero por qué causa?

MANOLO Señora, ¿sentirá usted que le diga que su marido es un malvado?

ANGELA ¡Estas palabras!

MANOLO Pues ya lo he dicho; sí, es un malvado,

y algo horrible trama contra el señorito.
ANGELA ¡ Oh !
CONRADO ¡ Habla ! ¡ Pronto !
MANOLO ¡ No hay tiempo que perder ! ¡ Vámonos ! ¡ Se acercan !
CONRADO ¡ He aquí mi puesto !
MANOLO Pues el mío está donde se respire más libremente, donde pueda velar por usted... Sería imbécil caer los dos en la misma ratonera... (Yo daré con Carlos.) (Vase.)

ESCENA IX

ANGELA, CONRADO y ENRIQUE.

ENRIQUE ¿ Cómo es esto ? ¿ Usted aun en mi casa ?
ANGELA ¡ Oh, por Dios, Enrique ! ¡ Si es Conrado ! ¡ Mira su mano ! No está en ella la cicatriz.
ENRIQUE ¿ Y qué prueba eso ? Ese hombre sigue con su engaño... ¡ Es un miserable !
CONRADO (Pronto a arrojarle sobre Enrique.) ¡ Enrique !
ANGELA ¡ Oh, por Dios, Conrado !
CONRADO ¡ Aparta !
ANGELA ¡ Oyeme antes ! Es preciso que lo sepas todo.
ENRIQUE Angela, repara que...
ANGELA ¿ Por qué no he de decírselo ?
ENRIQUE Porque va a reirse de tu credulidad.
ANGELA ¡ Enrique !
CONRADO ¡ Acaba de una vez !
ANGELA ¡ Sábelo ! Los mismos que sin duda te apartaron de nuestro lado, aprovechándose de tu ausencia y de tu parecido con otro, trataban de usurpar tu nombre y tu fortuna.
CONRADO ¡ Oh ! ¡ Qué infamia !
ANGELA Pero ya descubierto su intento criminal...
ENRIQUE Sí, arrancada la careta a los culpables, sólo el juez debe tener contacto con ellos, no prosigas, Angela.
CONRADO ¿ Pero es posible que seas tú quien me

acuse, cuando deberías temblar a mi presencia?

ENRIQUE ¡ Ira de Dios !

CONRADO ¡ Sábelo, Angela ! El es el causante de mi largo destierro.

ANGELA ¡ Tú !

ENRIQUE ¡ Oh !

CONRADO ¡ Sí, tú ! Y yo te había perdonado ; pero te interpones otra vez a mi paso, y veremos quien de los dos caerá en la lucha.

ENRIQUE ¡ Vana amenaza ! ¿ Olvida, acaso, que Angela oyó de sus propios labios lo que motiva su presencia aquí, como lo oyeron el juez y testigos apostados ? ¡ Qué indigno proceder el suyo ! Cuando le facilito yo mismo los medios para la fuga pretende aún...

CONRADO ¡ Sí ! Pretendo probar a la faz del mundo que eres un miserable.

ENRIQUE ¡ Miserable yo !

ANGELA ¡ Conrado ! ¡ Por favor !...

CONRADO ¿ Cómo llamarte, pues ? ¿ Qué calificativo darte a ti, al honorable Enrique de Galcerán, que en su criminal egoísmo, a fin de que heredara su esposa, hizo secuestrar al hermano de ésta para que le mataran ?

ENRIQUE ¡ Para que le mataran, no !

CONRADO ¡ Para que le mataran, no ! Al fin confiesas.

ENRIQUE Hemos terminado. Ven conmigo, Angela.

ANGELA ¿ Contigo, yo ? ¡ Jamás !

ENRIQUE Eres mi esposa y me debes obediencia.

CONRADO ¡ No ! Los viles como tú no tienen derecho al cariño de un ángel. La esposa que no debe abandonarte ¿ sabes cuál será ? La infamante cadena.

ENRIQUE ¿ Esto a mí ? Ahí va mi respuesta. (Le da una bofetada.)

CONRADO ¡ Oh !

ANGELA ¡ Enrique !

CONRADO ¡ Firmaste tu sentencia de muerte !
ANGELA ¡ Ah ! ¡ Conrado ! Por el llanto que he
derramado por ti.
ENRIQUE ¡ No ruegues, Angela !
CONRADO (Luchando por desasirse de Angela.) Si quiero
librarte de la afrenta... Si no quiero que
seas la esposa de un miserable... Ha de
morir a mis manos. (Enrique ha agitado la cam-
panilla. Aparecen Mateo y criados, que contienen a
Conrado.)

ESCENA X

Dichos, MATEO y criados; luego, EL COMISARIO y agentes.

ENRIQUE ¡ Mateo ! Que entren esos señores. (Sale
el comisario.)
COMISARIO ¿ Es usted quien pretende ser don Con-
rado de Fonseca ?
CONRADO Juro ante Dios que ése es mi nombre.
COMISARIO Eso se verá después ; síganos usted.
CONRADO ¿ Yo ?
COMISARIO Se lo suplico.
ANGELA Pero ¿ qué va usted a hacer ? ¡ Es mi her-
mano !
CONRADO ¿ Quieren ustedes mejor testigo ?
ENRIQUE (Al comisario.) ¡ Cumpla usted su deber !
CONRADO ¡ Miserable ! (Al abalanzarse sobre don Enrique
se interponen los criados y los agentes que aparecen.
Sale Ana por la primera izquierda.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, ANA; luego, EL JUEZ.

ANA ¡ Oh ! ¿ Qué pasa aquí ?
ENRIQUE (Por Ana, al verla.) (¡ Maldita seas !)
ANA ¡ Cielos ! ¡ Don Conrado !
CONRADO ¡ Oh, Ana ! A tiempo llegas. Tú atestigua-
rás quien soy.
ANA ¡ Oh, sí ! ¡ Sí ! Es el señorito Conrado.
ENRIQUE (¡ Oh ! Me salvé.) ¡ No finja usted : éste
es su hijo !
ANA (Titubeando por la sorpresa.) ¿ Mi hijo ? ¡ Ah, no !

ENRIQUE Él la llamó a usted madre al salir de aquí.
Lo oímos bien.

ANA Pero si no era el señor... Mi hijo es... el otro.

CONRADO (¿El otro?)

JUEZ (Saliendo por la segunda derecha.) Un momento, señores.

ENRIQUE ¡El juez!

JUEZ (A Ana.) Usted salió acompañando al que dice ser su hijo; díganos, pues, dónde se halla, y esto aclarará la cuestión.

ANA ¿Dónde se halla?... ¡No sé! Se alejó de mí después de darme esta carta para los señores. Seguramente en ella...

ENRIQUE (Abriendo a su pesar la carta que le entrega Ana.)
(¡Estoy perdido!)

CONRADO ¡Hay providencia!

ENRIQUE (Después de leer.) ¡Es en vano! En esta carta me dice que no se sabrá jamás de él.

ANA }
CONRADO } ¡Oh! (Contrariados.)

JUEZ (A Ana.) En este caso, señora, sea usted sincera, y la creemos bajo fe de juramento. Jure, pues, ante esta imagen que este caballero es indiscutiblemente don Conrado de Fonseca.

ANGELA Júrelo, Ana.

ANA ¡Lo juro, sí! (Se dispone a hacerlo.)

JUEZ Jure usted que no es su hijo.

ANA (Vacilando.) ¿Que no es mi hijo?

JUEZ ¡Sí! Júrelo usted.

ANA (Va a tender las manos, pero vacila, y cae de rodillas.) ¡Oh, no puedo! ¡No puedo! ¡Hijo mío!

CONRADO ¡Ana! ¡Por Dios!

ENRIQUE (¿Qué misterio es éste?) (A una señal del juez los agentes se apoderan de Conrado. Angela se desmaya, Enrique sonríe.)

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

El pañuelo de Angela

Parte del jardín del palacio Fonseca. Una alta tapia divide la escena.

Un portalón, con puerta de madera, sirve de comunicación con la calle. En el jardín, una glorieta recubierta de yedra, una mesa, sillas rústicas, bancos de piedra, etc., etc. La acción, en la mañana siguiente al actor anterior.

ESCENA PRIMERA

LA CIERVA, EL ZORRO y transeuntes.

CIERVA (Pordioseando junto al portalón.) Una limosnita, caballero... Dios le pagará la caridad. (Los transeuntes se alejan sin socorrerla.) Vaya, no es este sitio a propósito para pedir limosna... No sé quién me sacó de la Vi-reina.

ZORRO ¡ Cierva ! (Saliendo.)

CIERVA ¿Otra vez? Por lo que veo, no transcur-re media hora sin que vengas a importunarme.

ZORRO ¡ Claro ! Como que cuatro ojos ven siempre más que dos... Ya ves, te ayudo en la faena.

CIERVA ¿ Embustes conmigo ?

ZORRO Éa, pues, voy a serte franco. Como que no lejos de aquí venden un vinillo muy

capaz de resucitar a un muerto, temíamos...

CIERVA ¿Que me metiera en la *tasca*? ¿No es eso?

ZORRO Y que después creyeras ver una cosa viendo otra, como sucedió ayer.

CIERVA ¿Vuelta a la misma canción?

ZORRO ¿Crees aún que Carlos salió con su madre por esta puerta?

CIERVA ¡Claro que sí!

ZORRO ¿Pero cómo pudo ser que le prendieran dentro?

CIERVA Porque entraría después por la escalera principal.

ZORRO No es probable.

CIERVA ¿Y estás seguro de que le prendieron?

ZORRO Como lo estoy de que tiene presidio para rato.

CIERVA ¿Pero de todo eso, a ti qué te importa?

ZORRO A mí nada, pero sí a don Jerónimo.

CIERVA ¿Tu jefe?

ZORRO ¿Mi jefe?

CIERVA Sí, desde que perteneces a su ronda.

ZORRO ¡Bien, cállate!

CIERVA ¿No quieres que se sepa?... Haces bien; como que cualquier día os arrastran a todos...

ZORRO ¿Estás segura?

CIERVA ¡Sí, lo estoy! Los *buenos* siempre hallamos, al fin, nuestro merecido.

ZORRO Pero siguiendo tu modo de razonar, tu porvenir no será muy halagüeño.

CIERVA ¿Qué sabes tú?

ZORRO ¿Qué sé? Poca cosa, pero mira, cuida de tu mano.

CIERVA (Lleva vendada la diestra.) ¿Qué? ¿Por un simple mordisco? Eso no tiene importancia... Como si el perro hubiese estado rabioso..., ¡y no lo estaba!

ZORRO Claro que no; pero ya te he visto, y me retiro. Dentro de poco nos volveremos a ver.

CIERVA ¡ Vete enhoramala !
ZORRO Si entre tanto ocurre algo...
CIERVA Sé dónde hallarte.
ZORRO ¡ Hasta pronto !
CIERVA ¿ Conque no os fiáis de mí? Pues en el
 pecado vais a llevar la penitencia. Vea-
 mos si es tan delicioso como aseguran ese
 vinillo... Pero, ¡ calle! Carlos viene ha-
 cia aquí, cuando dijo el Zorro que... ¿ Si
 se les habrá subido a ellos el vino a la
 cabeza?... ¡ Ea ! No espantemos la caza...
 ¿ Qué le traerá? (Se aleja.)

ESCENA II

MANOLO y CARLOS. Luego, LA CIERVA.

MANOLO Suerte ha sido el encontrarte.
CARLOS ¡ Sí, en efecto ! Iba a ausentarme para
 siempre de Barcelona... ¡ Ah ! ¡ Maldición
 sobre ti y cuantos pensabais lucrar con-
 migo !
MANOLO No te falta razón para eso ; pero ¡ qué
 diantre !, a lo hecho, pecho. Vamos ahora
 a lo importante.
CARLOS Sí, dices bien ; tal vez lleguemos a tiem-
 po todavía. Doña Angela recibió, sin
 duda, el aviso.
MANOLO Entregué su carta a Roque, el cochero,
 que debió cumplir el encargo.
CARLOS Esta es la hora en que, según me dijo,
 acostumbra bajar al jardín.
MANOLO ¿ Estás resuelto?
CARLOS ¡ A todo, hasta a perderme ! (¿ Qué menos
 puedo hacer por mi hermano?)
CIERVA (Avanzando.) (Nada se oye desde allí.)
MANOLO Se acercan. ¡ Ah ! ¡ La Cierva ! Déjame
 con ella.
CARLOS Pero...
MANOLO Sé lo que me hago. (Se separan. Carlos pasea,
 impaciente, y observa por la cerradura del portón.)

- CIERVA ¡ Calle ! ¿ Eres tú, Manolo ? A poco no te saludo... ¡ Cualquiera te reconoce con ese jipijapa !... ¡ Chico, pareces un americano auténtico !
- MANOLO ¡ Cómo ha de ser !
- CIERVA Pero ¡ caramba ! ¿ Dónde estabas metido ? No se te veía.
- MANOLO Como que me tocó la china gorda. He estado a la sombra.
- CIERVA Alguna buena acción mal recompensada. ¿ Y Carlos, también ?
- MANOLO También, pero salimos con bola blanca.
(Es lo mismo que decir: salimos habiendo salvado el fruto del robo.)
- CIERVA Siempre es bueno salvar los ahorrillos, porque supongo... ¡ Pero estás inquieto ! ¿ Qué te pasa ?
- MANOLO Nada, que se nos ha metido algo bueno entre ceja y ceja.
- CIERVA Ah..., vamos. Comprendo. Vais a golpear en buen yunque.
- MANOLO Y, a lo que veo, tú, pordioseando todavía.
- CIERVA ¿ Qué voy a hacer ? Como no se presente alguna chapuza...
- MANOLO ¡ A propósito ! ¿ Te acuerdas de aquella joven que hace tres años...
- CIERVA Vaya si me acuerdo... ¿ La señorita Amelia ?
- MANOLO ¿ Qué hiciste con ella ?
- CIERVA ¡ Lo que debía ! Le busqué una buena pensión..., ¿ comprendes ? Pero la muy taimada huyó de allí al poco tiempo, y a no ser por los de la ronda, que la volvieron al redil... ¡ Como esos chupan siempre... y en todo !
- MANOLO ¡ Bien ! Acaba.
- CIERVA Poco queda que decir, porque su escapatoria le valió el ser llevada al *convento*.
- MANOLO ¿ Al convento ? ¿ A cuál ?
- CIERVA ¿ A cuál ? En esto se conoce que has es-

tado de veraneo mucho tiempo. ¿Nada sabes de ese convento? ¿Es verdad?

MANOLO

¿Pero qué quieres decir?

CIERVA

Que ese convento no es de monjas ni de frailes. Se hace en él moneda falsa, y los que entran allí ya no salen jamás... Si de eso le viene el mote.

MANOLO

¿Pero quién te ha contado esa filfa? ¿No comprendes que no habrá quien se atreva a hacer moneda para no disfrutarla?

CIERVA

¡Cierto! Pero se dicen tantas cosas, que... Lo que te afirmo es que a esa señorita la llevaron allí, y puedes echarle un galgo... Los mozos de la Escuadra todo lo husmean para dar con ese escondrijo, y siempre en balde.

MANOLO

¡Ah! ¡Desgraciada Amelia!

CIERVA

¿Qué? ¿Te arrepientes ahora? Pues me parece que debieras haberlo pensado antes.

MANOLO

(¡Fuí un infame!)

CARLOS

¡Manolo! (Aparte a Manolo.)

MANOLO

¿Qué quieres? (Idem a Carlos.)

CARLOS

Angela está en el jardín.

CIERVA

¿Qué dice?

MANOLO

Nada, que se nos pasa el tiempo.

CARLOS

Anda, y espérame en la plaza.

MANOLO

(Me llevaré a esa tía bruja; no me fío de ella.) (A la Cierva.) ¡Vamos! Vente conmigo.

CIERVA

¿A dónde?

MANOLO

A contemplar el mar, paseando por la muralla.

CIERVA

¡No! Voy al Borne, que es sitio más concurrido, y hay que salir al encuentro de las buenas almas.

MANOLO

Pues entonces hasta otro día. ¡Adiós! (Vase receloso.)

CIERVA

¡Adiós! Yo también me largo de aquí... Hasta más ver, Carlos.

CARLOS

¡Vete al diablo!

CIERVA (No me alejaré mucho... Bueno es estar alerta.) (Vase.)

ESCENA III

ANGELA, en el jardín; CARLOS, en la calle. Luego, EL CRIADO; después, LA CIERVA.

ANGELA No sé por qué vacilo... Sin embargo, Carlos es sólo quien puede evidenciar la inocencia de Conrado... ¡Sí! Es necesaria esta entrevista.

CARLOS (Al fin desapareció.) (Llama al portón.)

ANGELA ¡El! ¿Qué hacer? Si alguien me viera... Si me observasen...

CRIADO Señora. (Saliendo.)

ANGELA En la glorieta deben estar las flores que cortó el jardinero para los ramos. Confecciónelos usted mismo.

CRIADO Como ordene la señora. (Entra en la glorieta. Angela abre el portón.)

ANGELA Entre usted.

CARLOS ¡Gracias, señora!

ANGELA He recibido su carta y cumpla sus deseos.

CARLOS No creía volverla a ver tan pronto y por tan triste motivo.

ANGELA ¡Carlos!

CARLOS Debo advertirle que sé cuanto ha pasado en esta casa desde mi salida... Sé la llegada de su hermano y la acusación que pesa sobre él... Tenía en mejor concepto a su marido de usted.

ANGELA ¡Ah! (Reconvención.)

CARLOS Perdón si he podido molestarla. Sólo he venido por si es posible salvar a don Conrado, pues estoy dispuesto a todo.

ANGELA ¡Ah! ¡Usted! ¡Qué noble proceder! (La Cierva va a escuchar junto al portón.)

CARLOS ¡Ah, señora! Usted fué para mí el ángel de redención... Antes de que mis ojos se fijaran en usted era yo un miserable.

Estaba en la pendiente del vicio, iba a rodar hasta el abismo, y su imagen logró contenerme... Ciertamente que el librar a su hermano de usted será mi condena, el presidio tal vez, pero no importa. No es una sentencia lo que infama: lo infamante es el crimen.

ANGELA ¡Ah! ¡Carlos, por favor!

CARLOS Con presentarme al juez, don Conrado quedará libre de esa acusación que amenaza su libertad y su porvenir, y a eso estoy resuelto; pero considere que mi infeliz madre quedará sin apoyo el tiempo que dure mi cautiverio... Sea usted el báculo de su vejez; no deje usted que esa pobre anciana abomine algún día de su hijo.

ANGELA ¡Oh! No tema por ella. Yo seré su sostén... ¡Sí! ¡Se lo juro!

CARLOS Gracias, señora. Le quedo agradecido, pues me prueba con eso que de mí guardará un grato recuerdo, como jamás se borraré su imagen de mi mente.

ANGELA Salve usted a Conrado, y yo le prometo hacer por usted y por su madre cuanto hiciera por la mía y por mi hermano.

CARLOS ¡Cúmplase, pues, mi destino! ¡Sé cual es mi deber! Adiós, señora.

ANGELA ¿Dónde va usted?

CARLOS ¡A presentarme al juez! Estoy resuelto.

ANGELA Acepto ese sacrificio de su parte, pero no ahora... Cuando hayamos apurado todos los medios.

CARLOS Pero considere...

ANGELA Queda aún mi testimonio. Los jueces no pueden estar tan obcecados que después de oírme condenen a un inocente.

CARLOS ¡Ah, señora! Acepte sin vacilar mi sacrificio, pues es la salvación; ya que para salir triunfantes en la empeñada lucha los miserables apelarán a todo; y si es usted un obstáculo para sus designios...

ANGELA ¡ Oh ! No tema usted. Yo sabré guardarme.

CARLOS . ¡ Pues bien, sea !, pero no fiemos mucho en nuestras propias fuerzas. Tenemos necesidad de un abogado de recta conciencia, a quien no ciegue el brillo del oro, pues tenga usted por seguro que tratarán de sobornarle.

ANGELA ¡ Oh ! No sobornarán a don Claudio Roca.

CARLOS Elije usted bien ; he oído de él, y sé que es un hombre honrado, ¿pero a pesar de sus achaques se encargará de ese proceso?

ANGELA Si yo se lo pido, sí. Y por no perder tiempo... ¡ Tomás !

CRIADO (Saliendo de la glorieta.) ¡ Señora !

ANGELA Perdone usted si he dudado un momento. (Al criado.) Diga a Roque que enganche.

CRIADO Advierto a la señora que don Enrique ha dado esa misma orden, pero quedan disponibles Pablo y Teodoro ; si quiere la señora...

ANGELA ¡ No ! No les diga nada, y mande recado a Ana que la espero, pues debe acompañarme. (Vase el criado.) Carlos : necesito un carruaje y un cochero de su confianza que me conduzca a Moncada, donde accidentalmente reside el abogado.

CARLOS Cuanto usted mande, señora.

ANGELA Pues que espere cuanto antes mejor en la plaza de Palacio.

CARLOS ¿ Pero cómo reconocerá usted el carruaje que?...

ANGELA Tome usted mi pañuelo. Subiré al coche cuyo conductor lo tenga en la mano.

CARLOS ¡ Ah, señora ! No sabe usted el placer que siento al servirla.

ANGELA ¡ Quiera el cielo guiarle !...

CARLOS ¡ Adiós, señora ! (Sale a la calle. Doña Angela entra en la glorieta. Al fijarse en la Cierva.) ¿ Usted aquí?

- CIERVA ¿Eres tú, Carlos? ¿Has dado en el clavo?
- CARLOS Si dice una sola palabra de cuanto haya oído, ¡ay de usted!
- CIERVA ¡Pero hijo mío! Soy una pobre vieja que no hace daño a nadie.
- CARLOS Ciertó. (¿Qué puedo temer de ella?) (Vase.)
- CIERVA Pues no ha podido guardar el pañuelo en sitio más a propósito para... (Acción de robárselo.) Avisaré al Zorro. (Vase.)
- ANGELA (Sale de la glorieta con un ramo no acabado de confeccionar.) Terminaré antes los ramos para la Virgen... Que ella guíe mis pasos.

ESCENA IV

DON ENRIQUE y ANGELA.

- ENRIQUE Angela.
- ANGELA ¿Tú?
- ENRIQUE Deseo hablarte, pues debemos ponernos de acuerdo.
- ANGELA ¿De acuerdo?
- ENRIQUE Sí. He reflexionado y comprendo que no debí acusar a tu hermano, pero me ofusqué... Creí que no podía contar con su generosidad para que olvidara...
- ANGELA ¡Para que olvidara tu infamia!... Acaba la frase.
- ENRIQUE No pretendo aminorar mi culpa, y si con mi sangre pudiera borrarla...
- ANGELA ¿Es decir que te pesa?
- ENRIQUE ¡Sí, me pesa!
- ANGELA Siendo así, reconocerás como hermano mío al infeliz Conrado?
- ENRIQUE ¡No es posible! Sería confesar mi culpa. Hay que seguir la acusación.
- ANGELA ¡Enrique!
- ENRIQUE Todo me fuerza a ello. Es imprescindible.
- ANGELA Pues bien. ¡Yo le reconoceré!

- ENRIQUE ¿Y si resultara que no es tu hermano?
ANGELA ¿Es que te propones alguna nueva infamia?
- ENRIQUE Sospecho de una intriga de la que procuraré atar todos los cabos, por si los tribunales absuelven a Conrado.
- ANGELA Es que tendrán de absolverlo oída mi declaración.
- ENRIQUE ¡Eso fuera mi condena! Considera que eres mi esposa.
- ANGELA La esposa de un malvado.
- ENRIQUE ¿Eh? ¡Basta! Quiero que me obedezcas ciegamente.
- ANGELA ¡Vana amenaza!
- ENRIQUE ¡No lo creas! A tal extremo he llegado, que me causo horror a mí mismo, y no repararía en otro crimen por encubrir el primero. (Cogiéndola por el brazo.)
- ANGELA ¡Me haces daño!... ¡Suéltame!
- ENRIQUE ¡Sí! Te dejo, pero medita, y acaso después seas más razonable. Antes de que anochezca quiero saber tu última resolución. (Vase.)
- ANGELA ¿Mi resolución? Está tomada. Ahora, a ver al abogado; después, a ponerme bajo la salvaguardia del juez. (Vase.)

ESCENA V

JERÓNIMO y EL ZORRO.

- JERÓNIMO No ha sido en vano cuanto oyó la Cierva.
ZORRO Carlos anda más listo de lo que presumíamos.
- JERÓNIMO ¿Pero estás seguro de que ama a doña Angela?
- ZORRO ¡Segurísimo!
- JERÓNIMO Es lo que me importaba saber. Don Enrique recibirá dentro de poco mi carta. Le cito en su jardín... Dentro de la casa las paredes oyen. No sé lo que resolveré-

- mos, pero bueno será estar prevenidos.
¿El pañuelo de Angela?
- ZORRO Antes de media hora estará en mi poder. He mandado seguir a Carlos, y aunque sea a la fuerza... Como son de la ronda...
- JERÓNIMO Que lo prendan y que lo guarden en lugar seguro.
- ZORRO Sólo falta que usted se entienda otra vez con don Enrique, y en cuanto a doña Angela...
- JERÓNIMO Condúcela a la quinta de la montaña.
- ZORRO Pero alguna mujer debe cuidar de ella.
- JERÓNIMO Que cuide la Cierva.
- ZORRO ¿La Cierva? Me parece que será por poco tiempo, porque el perro que la mordió ha muerto rabiando.
- JERÓNIMO Tiempo habrá para sustituirla.
- ZORRO ¿Y cree usted que doña Angela estará segura en la quinta?
- JERÓNIMO Sí; pero si se obstina en resistir siempre, nos queda como último recurso el *convento*. (Don Enrique aparece en el jardín seguido del criado, al que da sus órdenes.) ¡Pero silencio!
- ZORRO ¿Qué ocurre?
- JERÓNIMO Vigila los contornos. (Mira por la cerradura, mientras el Zorro vigila que no les sorprendan.) ¡Es él! Si convenimos en...
- ZORRO ¡Descuide usted! (Vase a una seña de Jerónimo.)
- ENRIQUE (Al criado.) ¿Has comprendido? Para nadie estoy en casa.

ESCENA VI

ENRIQUE y JERÓNIMO.

- ENRIQUE Es mucha su osadía... ¿Qué me querrá aún? (Jerónimo llama al portón.) ¡El, sin duda!
- (Abre.) Pase usted.
- JERÓNIMO (Pasando al jardín.) Por lo visto se ha vuelto usted razonable y comprende que soy

yo el único que puede sacarle del atolladero.

ENRIQUE Omita usted palabras.

JERÓNIMO ¡Que me place! No he venido aquí para charlar, y hay que aprovechar el tiempo.

ENRIQUE Acabe usted.

JERÓNIMO Amigo mío, jamás creyera que osara usted a tanto. Ha llegado al extremo de acusar de usurpador a su cuñado, y, por si no bastara, me recibe a mí con malos modos. ¿No sabe usted que puedo anotarle presentando al fingido Fonseca, que cantará de plano, y que aun me queda contra usted el recurso supremo... aquel documento que...

ENRIQUE ¿Qué documento?

JERÓNIMO El que firmó usted.

ENRIQUE Está destruído.

JERÓNIMO No lo crea usted, y en prueba, (Lo saca de su cartera.) mírelo usted.

ENRIQUE ¡Es posible!...

JERÓNIMO Como que el que destruyó usted estaba tan bien imitado... Pero el auténtico...

ENRIQUE ¡Maldición!

JERÓNIMO ¡Ah, amigo mío! No se escapa tan fácilmente de entre mis uñas.

ENRIQUE ¿Qué quiere, pues, de mí?

JERÓNIMO Sacarle del conflicto.

ENRIQUE Pero exigirá...

JERÓNIMO Bien poca cosa. Sentémonos.

ESCENA VII

Dichos y MANOLO, en la calle.

MANOLO (Mientras don Enrique y Jerónimo toman asiento.)
¿Habrá ya salido Carlos?... Veamos.
(Mira por la cerradura.) ¡Diablo! A buena ocasión llego. (Queda observando.)

JERÓNIMO En primer lugar me firmará usted este documento (Lo saca de su cartera.), en el cual se declara culpable de lo que ocurre y que

le devolveré al entregarme doble suma de la que le pedía ayer.

ENRIQUE ¿Firmar eso para devolvérmelo falsificado? ¡No! Mañana le entregaré a usted...

JERÓNIMO Ha de ser ahora, pues es imprescindible que sin tardar sepa yo a qué atenerme.

ENRIQUE Ahora no me es posible.

JERÓNIMO Pues hemos terminado. O la firma, o la suma al contado y sin vacilaciones, porque será tarde.

ENRIQUE Me faltó una vez a su palabra, y...

JERÓNIMO Pues para asegurarse quédese con un trozo del papel en blanco que resta, y le servirá de contraseña.

ENRIQUE ¡Es en vano!

JERÓNIMO ¿Es su última palabra?

ENRIQUE ¡La última!

JERÓNIMO (Con autoridad.) Pues dése usted a prisión, para que aclare lo del documento anterior.

ENRIQUE ¿Quién es usted para tanto?

JERÓNIMO (Quitándose los postizos.) El jefe de la ronda.

ENRIQUE ¡Tarrés!

JERÓNIMO ¡El mismo!

ENRIQUE ¿Pero no advierte usted que se pierde conmigo?

JERÓNIMO El compromiso lo contrajo cierto José Alsina, persona para mí desconocida.

ENRIQUE ¿Pero si por el primer documento soy ya su esclavo, para qué quiere dos?

JERÓNIMO Con el primer documento pudiera usted escapar, y quiero tenerle bien cogido.

ENRIQUE ¡Miserable!

JERÓNIMO Dos minutos le restan. De no decidirse será usted detenido por los de la ronda.

ENRIQUE ¡Oh, espere! Voy a firmar. (Coge el documento y va a retirarse.)

JERÓNIMO No, no se moleste usted. Traigo pluma y tintero. (Saca pluma y tintero del bolsillo.) Firme sobre esta mesa.

ENRIQUE (Estoy perdido.) (Firma y se queda con un trozo del papel firmado.)

JERÓNIMO ¡Corriente, pues! Ahora es preciso que nadie salga por la puerta principal de esta casa. Esconda usted la llave y diga que se extravió.

ENRIQUE Pero...

JERÓNIMO Nada tema usted. Haga lo que le digo, y mañana nos volveremos a ver en este mismo sitio y a esta misma hora.

ENRIQUE Le aguardaré.

JERÓNIMO (Caíste en el garlito.) (Va a salir.)

MANOLO (Va a salir.) (Deja franca la puerta. Jerónimo sale a la calle y se fija en Manolo.)

JERÓNIMO (¿Nos habrá oído?...)

ENRIQUE En último extremo siempre me queda el plomo de una pistola. (Vase.)

ESCENA VIII

MANOLO y JERÓNIMO.

MANOLO (Se fijó en mí, pues le abordo.) ¡Don José!

JERÓNIMO ¡Manolo!

MANOLO ¡El mismo!

JERÓNIMO ¡El que nos traicionó! (Busca en sus bolsillos.)

MANOLO Si estima usted la vida no busque arma alguna. (Le apunta una pistola.)

JERÓNIMO ¿Qué quieres?

MANOLO Eso que le firmó don Enrique.

JERÓNIMO ¡Cómo! ¿Viste?...

MANOLO Sí. Por la cerradura.

JERÓNIMO ¡Vaya! ¡El paso libre!

MANOLO ¡El papel, o le abraso!

JERÓNIMO ¡Imbécil!... Toma. (Le ofrece una bolsa.)

MANOLO No pierda usted el tiempo, pues si alguien dobla la esquina le doy gusto al dedo. ¡Vamos! ¡Deprisa! Y si quiere algo, véase después con Carlos.

JERÓNIMO ¿Con Carlos? (¡Oh, excelente idea!)

¿Es decir que no me queda otro recurso?

MANOLO ¡Ninguno!

JERÓNIMO ¿Sabes cuánto contiene esa bolsa?

MANOLO Ni me importa. ¡ Pronto ! ¡ El papel !
JERÓNIMO ¡ Tómallo, pues ! (Dáselo.)
MANOLO Hemos terminado ; pero no olvide que si
me pasa algo, puedo perderle.
JERÓNIMO No temas. (Mío es el desquite.)
MANOLO ¡ Ahora, a buscar a Carlos ! (Vanse por distintas partes.)

ESCENA IX

EL ZORRO, ANGELA y ANA.

ZORRO (Viste de cochero. Se ha fijado en Manolo.) ¡ No me cabe duda ! ¡ Era Manolo ! ¿ Qué le trae por aquí ? Pero nada habrá oído, y saldremos con bien. Hace ya tiempo que la suerte va con nosotros. (Saca el pañuelo de Angela de uno de sus bolsillos.) Aquí está el pañuelo. Pues señor, no halaga mucho eso de esperar... ¿ Será por mucho tiempo ? (Angela y Ana aparecen en el jardín y van a abrir el portón.)
ANA Eso de haberse extraviado la llave de la otra puerta...
ANGELA No importa. Saldremos por ésta, como otras veces.
ZORRO (¡ Son ellas ! ¡ Al avío !) (Se dirige a ellas mientras cierran el portón.) ¿ Necesitan un coche, las señoras ?
ANGELA ¡ Ah ! ¿ Es usted quien... (Después de fijarse en el pañuelo.)
ZORRO Aquí está la seña. El coche no era conveniente que esperara en la plaza de Palacio. Por eso aguardo aquí.
ANGELA ¡ Vamos ! Llegamos a tiempo. (Vanse.)

ESCENA ÚLTIMA

CARLOS. Después, MANOLO, y al final, LA CIERVA.

CARLOS ¡ No hay duda ! Hemos sido víctimas de una infamia... ¡ Maldita Cierva !... Por suerte he podido escapar, y podré sin duda...

- MANOLO ¡ Carlos ! (Presuroso.)
CARLOS ¿Qué quieres?
MANOLO O fué ilusión, o Angela y tu madre han caído en un lazo. Las he visto subir a un coche que guiaba el Zorro.
CARLOS ¡ Oh, están perdidas !
MANOLO Se trata sólo de evitar sus declaraciones a favor de don Conrado, pero será en vano... Mira. (Le enseña el documento.)
CARLOS (Después de leerlo.) ¡ Oh, sí ! ¡ No hay duda !
¡ Se salvó ! ¿ Pero cómo lograste...
MANOLO ¡ No perdamos tiempo ! ¡ Con esto al juez.
CARLOS ¡ Oh, sí ! ¡ Vamos !
CIERVA (Saliendo.) ¡ Al fin te hallo !
CARLOS ¡ Es usted una infame !
CIERVA Bonita manera de recibirme, cuando traigo una carta para ti. (Dásela.)
CARLOS ¡ Veamos ! (La lee.) ¡ Maldición ! ¡ Perdió todo !
MANOLO ¡ Oh ! ¿ Qué dices ?
CARLOS ¡ Oye ! (Lee.) « Si usas del documento que te entregará Manolo, o intentas algo para libertar a don Conrado, ruega por doña Angela y por tu madre. Están en mi poder.—*José Alsina.* »
MANOLO ¡ Vil ! ¡ Miserable !
CARLOS (A la Cierva.) ¡ Ay de usted si no logro arrancarlas de su poder ! ¡ Oh ! Entonces...
MANOLO ¡ Oh ! ¿ Cómo lograrlo ?
CARLOS ¡ Dios quiera inspirarme ! Yo encontraré sus huellas. Ven conmigo. (Vanse.)
CIERVA ¡ Buscad ! ¡ Buscad ! Ni en las entrañas de la tierra estarían mejor guardadas. (A un transeunte.) ¡ Una limosnita !... ¡ Dios le pagará la caridad, señorito !... (Vase importunándole.)

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

El convento

Un subterráneo. Por entre los barrotes de una reja empotrada en la pared del foro se ven algunos peldaños de una escalera ruínosa por la que se baja a la escena. Dos puertas a la derecha; la del segundo término, chapeada de hierro y asegurada con fuertes cerrojos; es la de entrada al subterráneo. A la izquierda, la que comunica con la fábrica de moneda falsa, también con cerrojos; otra lateral en primer término. Un pozo con cubo y polea. Un armario en que se guardan vasos y botellas. Bancos y mesas en desorden. Un farol colgado del techo ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA

LA RUBIA y otras mujeres; COSME y monederos. Al levantarse el telón uno toca la guitarra y una mujer acaba de cantar. Cosme lee un libro raído; los monederos, la Rubia y demás mujeres, al rededor de la mesa. Todos visten harapos, y por su faz amarillenta demuestran el estado más miserable.

VARIOS ¡ Bravo ! ¡ Muy bien !
MONE. 1 Ha cantado de *buten* !
MONE. 2 ¡ Venga otra copla !
MONE. 1 ¡ Que cante ahora el jilguero ! (Por la Rubia.) No ha cantado todavía.
RUBIA ¡ No ! ¡ Hoy no ! Me siento mal.
MONE. 2 ¡ Eso es pamplina !
MONE. 1 Lo que es, un desaire. ¿ Te sientes mal ?
 Pues voy a darte la medicina. (La amenaza.)

RUBIA ¡ No, no ! Ya cantaré.

MONE. 1 ¡ Anda, perezosa !

RUBIA (Canta.)

Triste lloraba mi madre
viendo a mi hermano morir ;
cuánto más llorar debiera
el día que yo nací.

MONE. 2 ¡ Vaya una copla ! Se parece a un oficio
de difuntos.

COSME No pidáis alegrías al que llora.

MONE. 1 Gracias al diablo que has dicho esta boca
es mía. Creí que te habías vuelto mudo.

COSME Al ver como tratáis a esa pobre...

MONE. 1 ¡ Pues que cante, si quiere !

MONE. 2 Como que parece que jamás haya roto
ningún plato... Pero dejemos eso y vaya
otra ronda.

MONE. 1 ¡ Dices bien ! ¡ El vino es la alegría ! ¡ A
llenar los vasos ! (A la Rubia.) ¿ Y tú, no
quieres ?

RUBIA Sí.

MONE. 1 Pues toma un vaso y apúralo de un trago.
(La Rubia apura un vaso.) ¡ Así me gustan las
mujeres !

RUBIA (Cuanto más beba, más pronto acabará
todo.)

MONE. 2 A ver si así tus cantos suenan a fiesta.

MONE. 1 ¿ Y tú no quieres, Cosme ? ¡ Por tu despe-
dida ! Ya que vas a separarte de nos-
otros...

COSME No tengo sed.

MONE. 1 Parece que no sientes mucho dejarnos.

MONE. 2 ¡ Claro ! Nada te importa de nosotros...
Lo importante para ti es que sales rico.

COSME No lo creáis. Los alcances que me corres-
ponden de ese maldito negocio serán para
los pobres.

MONE. 1 ¿ Para los pobres ? ¡ Vaya ! ¡ No digas
sandeces ! Bien ganado tienes el dinero
para que otros, con sus manos limpias...

COSME A saber antes lo que era eso, hubiera pre-
ferido el presidio.

- MONE. 1 ¿Sabes que si te oyera el Zorro no sales hoy?
- MONE. 2 Y si, como es ya costumbre, viene borracho...
- COSME Pues no hablemos de eso.
- MONE. 2 Estás malhumorado... ¡Ah, ya caigo!... No está aquí la Chiva, y tú, no teniéndola cerca...
- COSME ¿La Chiva? Dejadla en paz.
- MONE. 1 ¿Es que ya te aburre? Lo he notado. Desde que trajeron aquí a aquella señora no pareces el mismo. Pero créeme, no pienses en ella. Cada uno debe contentarse con lo que le corresponde. Aquella es la parte del capitán, que para que no se lo roben guarda aquí su tesoro. (Señala la primera puerta de la derecha.)
- COSME ¡Guardarlo en esta mina!...
- MONE. 1 Que es el lugar más seguro. Pero si echabas de menos a la Chiva, aquí la tienes.

ESCENA II

Dichos y AMELIA. Viste miserablemente, como los demás.

- AMELIA ¿Cómo es eso? ¿Aquí, sin contar conmigo?
- MONE. 2 ¡Pues se contaba! Cosme no ha bebido porque tú no estabas.
- AMELIA Beberé yo por él. Dame tu vaso.
- MONE. 2 Tómallo, prenda. (Se lo llenan y ella lo apura.)
- MONE. 1 ¡Vamos, alégrate, Cosme! Tienes ahí a tu media naranja.
- COSME ¡No te ocupes de mí!
- MONE. 1 Despídete de ella... Hoy se marcha, Chiva.
- AMELIA ¿Que se marcha?
- RUBIA (¡Dichoso él!)
- MONE. 1 Terminó el contrato. ¡Pero al avío! No tardará el Zorro, y si nos halla mano sobre mano... (Se levantan.)

MONE. 2 ¿Te quedas, Cosme?
COSME Sí. Para mí acabó eso.
MONE. 2 Adiós, y no hagas como los otros que salieron, que no se acuerdan de nosotros.
COSME ¡Adiós! (Se despiden todos de Cosme, y vanse por la segunda izquierda.)
RUBIA ¿Y de mí no te despides?
COSME ¿Por qué no? (Le da la mano.)
RUBIA Es tan poco la mano...
COSME ¡Infeliz!... Ven. (La abraza. Vase ella llorando.)

ESCENA III

AMELIA y COSME.

AMELIA (Después de una pausa.) ¡Nos dejan solos!...
COSME ¿Temes acaso?
AMELIA ¿Temer?... ¿Qué puedo yo temer?
COSME ¡Desgraciada! Pero, óyeme: aprovechemos los instantes que me restan de estar aquí.
AMELIA Y bien. ¿Qué quieres decirme?
COSME Lo que otras veces... Que te conocí en otros tiempos... Tu nombre es Amelia.
AMELIA ¡No! Aquella Amelia que conociste ha muerto.
COSME ¡No, vive todavía! Podrá creer lo contrario quien no comprenda el lenguaje de las lágrimas. Los muertos no lloran.
AMELIA ¿Llorar yo? Eso en otro tiempo. Mira mis ojos. ¡Secos! Siempre secos.
COSME ¡Por Dios, Amelia! Tú me crees un ser despreciable como los demás que aquí moran, y no fías en mí... Debiste comprenderme.
AMELIA ¡Cosme!
COSME ¡Conozco tu intento! Deseas ser libre, y sé que cuando te alejas de nosotros es para preparar tu fuga.
AMELIA (Me habré yo misma traicionado.) ¿Huir yo? ¿Y a dónde iría? Lejos de aquí sería

mirada con desprecio, mientras que en este recinto soy la reina.

COSME Háblame como si fuera tu hermano... Puedo librarte.

AMELIA (Me tiende un lazo.) ¿De qué has de librarme tú? ¡Bah! No me hables de eso. ¡Quiero morir aquí!

COSME ¿Pero por qué dudas? ¡Oh, yo te lo juro! No fué el crimen lo que aquí me trajo... No sabes aún la infamia que conmigo cometieron esos miserables.

AMELIA Decís todos lo mismo.

COSME Quiero que me oigas y que me juzgues.

AMELIA ¿Vas a contarme esa... infamia?

COSME Sí.

AMELIA Te oiré aunque no te crea.

COSME ¡Vas a creerme!... ¡Estoy seguro!

AMELIA ¡Acaba de una vez!

COSME Oyeme, pues. Un día quiso mi mala suerte que fuese sorprendido en un garito infame. Llevaba oculta una navaja, y ese fué mi solo delito. Quedé bien pronto en libertad; pero a los ojos de los de la policía era un ser sospechoso. Otro día se me ofreció trabajo de escultor, pues éste es mi oficio, en una quinta en construcción, dejando a mi cargo el oratorio. Estaba citado frente a una casa situada en Gracia, donde debían reunírseme otros operarios que, como yo, iban en busca de trabajo... No falté a la cita; pero con sorpresa mía bien pronto comprendí que no eran tales operarios los que allí se reunieron, y que su intento era escalar la casa para el robo. Quise separarme de ellos, pero era ya tarde. Una descarga de los de la ronda, allí apostados, había dejado sin vida a los supuestos obreros. Yo, herido levemente, fuí condenado a Barcelona, acusado de tentativa de robo en cuadrilla. Me dijeron que pagaría con el presidio mi delito... Al oírlo, no sé qué pasó en mí... ¡Qué no hu-

biera hecho. para librarme de esa afrenta !... Entonces, don José, pues así dice llamarse el amo de esta mina, de esta fábrica de moneda falsa, me propuso la fuga, a condición de que invirtiera el tiempo que debería pasar en presidio en una obra secreta, pero laudable, y que al terminar el plazo saldría rico... No sé cómo, pero acepté, y aquí fui conducido... Tú sabes lo demás y el horror que me causa todo eso, pues es preferible mil veces el grillete a estar sepultado vivo entre ese montón de podredumbre humana.

AMELIA

¡ Podredumbre ! Como si no fuera lo mismo en todas partes, aquí y fuera de aquí.

COSME

Pero con todo, yo sabía que un día u otro saldría libre... ¡ Pero tú no saldrás jamás ! Aquí enterrarán tu cuerpo como los de otras desgracias, y por eso tenía trazado el plan para librarte de ese ominoso yugo !... ¡ Ya lo ves ! Yo te lo confío todo sin temor de que me traiciones. ¡ Ah ! ¿ Por qué no eres franca conmigo?... ¿ Por qué dudas aun?

AMELIA

¡ No ! ¡ Ya no dudo ! Oyeme pues... Pero alguien viene. Es el Zorro.

COSME

¡ Maldito sea ! (Oyense los acompasados golpes de la máquina de acuñar, que no cesan hasta el final.)

ESCENA IV

Dichos y EL ZORRO. Antes se le ha visto, a través de la reja, bajar por la escalera del foro.

ZORRO

¿ Todavía estás tú aquí ? ¿ No oyes que trabajan los demás ?

COSME

Yo acabé el contrato.

ZORRO

¿ El contrato ? ¡ Vaya ! Fíjate en que llevo esta vara, y...

COSME

¡ Sí, ya voy ! (¡ Oh ! En cuanto salga libre ¡ ay de vosotros !) (Vase.)

- AMELIA ¡ Qué cruel eres !
ZORRO ¿ Cruel ? Pues peor que aquí estaría en presidio.
- AMELIA ¡ Quién sabe !
ZORRO Lo que sé es que siempre sales en su abono. ¿ Acaso le preferirías a mí ?
- AMELIA ¡ No, no ! Bien lo sabes. Yo soy tuya.
ZORRO ¡ Lo dudo !
AMELIA Pero te amaría más si me dieras la libertad.
- ZORRO ¿ Libertad ? Acaso la obtengas con condiciones.
- AMELIA Las que quieras.
ZORRO Ve si te agradan. Serás para nosotros lo que fué la Cierva.
- AMELIA ¡ Ah, sí ! Comprendo.
ZORRO Saldrás cuando te plazca. Podrás pasar temporadas lejos de aquí... Vendrás sólo cuando sea necesaria tu presencia. En una palabra, serás libre.
- AMELIA ¡ Y todo te lo deberé a ti ! ¡ Oh, cuánto he de quererte !
- ZORRO Pero debes responder de tu silencio. Por allí arriba ignoran lo que aquí abajo pasa y han de ignorarlo siempre.
- AMELIA ¡ Callaré ! ¡ Yo te lo juro !
ZORRO Nosotros no fiamos en juramentos.
- AMELIA ¿ Qué quieres, pues ?
ZORRO Hasta hoy fuiste nuestra víctima ; mañana serás nuestra cómplice.
- AMELIA ¡ Oh ! Haré lo que quieras.
ZORRO Piénsalo bien.
- AMELIA Estoy dispuesta a todo.
ZORRO ¡ Mira que arriesgas en ello la vida !
- AMELIA ¿ Y qué me importa la vida ?
ZORRO Pues bien : hoy necesitamos de ti.
- AMELIA ¿ Hoy ?
ZORRO Sí. Acaba Cosme su contrato ; saldrá para no volver, y debemos asegurarnos de que no dirá palabra de... .
- AMELIA ¡ Sí ! Cosme callará.

ZORRO ¡Ya lo creo! Callará como han callado tantos otros. (Algo cínico.)

AMELIA ¿Qué quieres decir?

ZORRO Dijiste que estabas dispuesta a todo por tu libertad.

AMELIA ¿Puedes dudarlo?

ZORRO ¿Sabes lo que se acostumbra hacer cuando uno termina?

AMELIA ¡Nada más sencillo! Saldar cuentas y brindar por la prosperidad del que sale.

ZORRO ¡Eso! Se brinda, pero con vino envenenado, que tú debes servir.

AMELIA ¡Cielos!

ZORRO La muerte es la única que guarda los secretos.

AMELIA (¡Dios mío!)

ZORRO Hoy termina Cosme. Aunque digas lo contrario, algo sientes por él... Si sales bien de esa prueba, serás libre.

AMELIA ¡Oh!

ZORRO ¿Pero vacilas? Considera que es ya tarde para volverte atrás... ¡Sabes ya demasiado!

AMELIA ¡Pero es monstruoso!

ZORRO Eso es lo que se te exige a cambio de tu libertad.

AMELIA ¿Llamas libertad a una vida de remordimientos?

ZORRO ¡Esos se ahogan con vino! ¡Haz como yo!

AMELIA ¿No dices que me quieres? Pues huyamos de aquí... Eso fuera la dicha.

ZORRO ¡La dicha no es para mí! Mi voluntad es esclava de otro... ¡De don José! ¡Por él diera mi vida! Por él no vacilaría en partirte el corazón, si eso le salvara... ¡Por él, todo!

AMELIA (¡No hay esperanza!)

ZORRO ¡Concluyamos!

AMELIA (No hay otro medio.) ¡Acepto!

ZORRO Piensa que una traición de tu parte no te salvaría.

AMELIA ¡ Soy tuya en cuerpo y alma !
ZORRO Siendo así, abre ese armario. (Abrelo Amelia.) Dame esa botella que tiene encarnado el rótulo. (Dásela Amelia y él vierte en ella el contenido de una redomita.) ¡ Ya está ! Vuélvela a su sitio, y cuida bien de la llave del armario.

AMELIA ¡ Oh ! (Vacila.)
ZORRO ¡ Pronto ! (Amelia hace lo indicado.) No te sorprenda después que nosotros bebamos de la misma botella... Será para que no sospeche ; pero habremos tragado un contra veneno propio para el caso. Ahora... (Cierra la puerta que comunica con el taller.)

AMELIA ¿ Qué haces ?
ZORRO Te incomunico hasta el momento oportuno. (Oyese un silbido.) La seña de don José. Vete a tu cuarto, y hasta muy pronto. (Amelia se dirige a la primera izquierda y el Zorro vase por la puerta de salida, viéndosele, a poco, cruzar el foro. Amelia vuelve a la escena.)

AMELIA ¡ Infeliz Cosme ! He de salvarle a toda costa... Pero ¿ cómo?... ¡ Ah ! Nada más fácil que cambiar el vino de la botella. (Se dirige al armario, pero retrocede.) ¡ No ! No es posible ahora... ¡ Inspírame, Dios Santo ! (Vuelve a la primera izquierda.)

ESCENA V

JERÓNIMO y EL ZORRO.

JERÓNIMO (Después de cerrar la puerta con llave.) (Me hiciste esperar mucho.

ZORRO Sólo he oído una seña.

JERÓNIMO De fijo estarías bebiendo... Eso va a perderte.

ZORRO No lo crea usted. ¡ Eso me salva !

JERÓNIMO ¿ Cumpliste mis órdenes ?

ZORRO ¡ Ya lo creo ! La botella del rótulo rojo queda ya preparada, y la Chiva substituirá a la Cierva.

JERÓNIMO Es la mejor para el caso, pero no te descuides.

ZORRO ¿Y usted, trae nuevas?

JERÓNIMO Cuatro malas por una buena.

ZORRO Pues empiece por ésta.

JERÓNIMO Que nos hemos salido con la nuestra. Don Conrado ha sido sentenciado por usurpación de derecho civil. En cuanto a las malas, te diré que arrastran por las calles a los de mi ronda, que la revolución es un hecho consumado, y que la reina Cristina abandonó Madrid, quedando en el poder los progresistas.

ZORRO Pues si nos cogen...

JERÓNIMO Nada temas; antes, los dos... (Indica que huirán.)

ZORRO ¿Huiremos?

JERÓNIMO ¡Sí, pero ricos!... ¡Muy ricos!... Justo es que pague tu fidelidad.

ZORRO ¡Y no dude de ella!

JERÓNIMO Muy al contrario; procura, pues, estar prevenido para partir al día siguiente de saldar nuestras cuentas con don Enrique.

ZORRO ¿Con don Enrique? ¿Pero tiene usted otra vez en su poder el documento que le firmó?

JERÓNIMO ¡Sí! Gracias a mis amenazas, Carlos creyó inminente el sacrificio de su madre y de doña Angela, y por salvar sus vidas... Mira el documento. (Lo muestra.)

ZORRO Sí, en efecto...

JERÓNIMO Esa firma vale para nosotros una fortuna.

ZORRO ¿Y Ana? ¿Qué vamos a hacer ahora con ella?

JERÓNIMO Está ya libre. Firme la sentencia de don Conrado, era inútil su detención.

ZORRO ¿Y en cuanto a doña Angela?

JERÓNIMO Ésta es otra cosa. Su terquedad hizo que fuera conducida aquí, y de aquí no se sale sin haberse antes perdido el rastro. Vere-

mos lo que hay que hacer. Ahora puedes irte a descansar.

ZORRO Voy, pues, pero... (Va al armario y lo halla cerrado.) ¡Mala bomba!... ¿Trac usted consigo la llave del armario?

JERÓNIMO ¿Para qué la quieres?

ZORRO Para llevarme mi compañero, mi espantapenas.

JERÓNIMO Procura que no sea éste el amigo que te venda. (Le da un manojo de llaves. El Zorro abre el armario, saca una botella, y después de devolver las llaves vase.)

ESCENA VI

JERÓNIMO; luego, AMELIA.

JERÓNIMO Ya no puedo fiarme de ti. El vino te pierde, y no has de arrastrarme en tu caída. (Va hacia el armario.) Este es su vino favorito... ¡Como ha de ser! Siento darte este pago, pero es preciso. (Vierte el contenido de un pomo en una botella.) Señalaré la botella... No es preciso; lleva etiqueta azul y es la única que queda. Bueno fuera que cayera yo en mis redes. (Cierra el armario.)

AMELIA (Saliendo y aparte.) Me pareció oír... ¡Ah, don José!

JERÓNIMO (Esa quizá... ¡No! No ha visto nada.) ¿Eres tú? ¿Qué quieres?

AMELIA ¿Yo? ¡Nada! Pero oí ruido, y...

JERÓNIMO ¿Conque vigilabas? Ya sabía yo que podíamos contar contigo. Oye: toma esta llave. (La saca del manojo.) Es la del aposento de la prisionera. Yo estaré ausente algunos días, y procura que nada le falte durante mi ausencia. Trátala como se merece por su categoría... Es nada menos que doña Angela de Fonseca. ¡Adiós! (Abre la puerta del taller valiéndose de otra llave del manojo y desaparece por allí.)

ESCENA VII

AMELIA; luego, ANGELA.

- AMELIA ¡ Doña Angela de Fonseca ! ¡ Oh ! ¿ Es acaso la Providencia quien la trajo aquí, junto a la víctima de su hermano ? La tengo en mi poder... Su honra está en mis manos... ¡ Ah ! Es preciso que sepa quien soy yo, y quien fué el causante de mis males... (Abre la primera derecha.) Puede usted salir, señora. Estoy sola.
- ANGELA (Sale.) ¿ Qué quiere usted de mí ?
- AMELIA Señora, en otro tiempo me llamaban Amelia... Fíjese usted en mí... ¿ No me reconoce ?
- ANGELA ¿ Dice que se llama Amelia ?... (Se fija en ella.) ¡ Oh ! Usted fué la prometida de mi hermano.
- AMELIA ¡ Sí ! Fuí la prometida de un miserable que comerció con mi honra.
- ANGELA ¡ Oh, no ! ¡ Eso no es posible ! No lo crea usted.
- AMELIA ¿ Que no lo crea ? Como si todo cuanto veo a mi alrededor no fueran pruebas irrecusables de su infamia... Si hasta su misma nodriza era una traficante en la trata de blancas.
- ANGELA ¡ Su nodriza ! ¡ Ah ! La han engañado villanamente.
- AMELIA ¿ Que me engañaron ?
- ANGELA ¡ Amelia !
- AMELIA No me llame usted así. Ya no tengo derecho a ese nombre. Ahora soy la Chiva.
- ANGELA ¡ Infeliz !
- AMELIA ¡ Infeliz, sí ! Usted ignora, sin duda, lo que es una mansión como aquella a la que fuí conducida... Dicen que allí domina el vicio... ¡ Desdichadas ! Lllaman vicio a lo que es esclavitud... El vicio es libre... Allí hay rejas.

- ANGELA ¿Pero qué quiere usted de mí?
- AMELIA ¿Qué quiero? ¡Nada, ya! Lo que quería, lo que anhelaba, era la venganza, y la veo lograda.
- ANGELA ¡Oh! ¿Qué dice usted?
- AMELIA Dentro de poco tiempo será usted, como yo, una víctima de la deshonra.
- ANGELA ¡Me horroriza usted!... ¿Es que delira?
- AMELIA No deliro, señora. ¡Oh! ¡Hay Providencia! ¡Hay Alguien que hace pagar a usted la culpa de su hermano.
- ANGELA ¿Y si él fuese inocente de esa infamia?
- AMELIA ¿Inocente? No se burle de mi desgracia, señora.
- ANGELA ¡Oh, Amelia! Sépalo usted. El es también desgraciado.
- AMELIA ¡Y qué me importa! Que pague su villanía.
- ANGELA No; pues mientras usted caía en un lazo infame, caía él en otro.
- AMELIA No debo creerlo.
- ANGELA Se lo juro a usted por lo más santo. Mi hermano está procesado y acaso sentenciado ya, siendo inocente. Sólo yo podía salvarle con mi testimonio, y para evitarlo me tienen aquí reclusa hace tantos días.
- AMELIA Pues a ser como asegura usted, la miserable hubiera sido la nodriza de Conrado.
- ANGELA ¿Qué dice usted?
- AMELIA Que ella fué la primera que comerció con mi honra.
- ANGELA ¿Y está segura de que fué ella?
- AMELIA Así me lo dijo Conrado.
- ANGELA ¿Se llamaba Ana?
- AMELIA Sí, y por mote la Cierva?
- ANGELA ¿La Cierva? ¿La desgraciada que me custodió antes de ser aquí conducida y que murió rabiosa?
- AMELIA Murió de rabia, sí.

- ANGELA Pues no fué ella su nodriza, ni la Cierva se llamó Ana.
- AMELIA ¡ Ah! ¿ Me lo jura usted?
- ANGELA ¡ Sí, se lo juro! ¿ Me cree ahora? ¿ Duda de Conrado todavía?
- AMELIA ¡ Debo creerla, sí! ¿ Qué le valiera a él esa infamia?... ¡ No, no debo ya dudar!
- ANGELA Si hubiera manera de salir de aquí, se lo probaría plenamente.
- AMELIA ¡ Salir de aquí! Hace ya tanto tiempo que lo procuro en vano... ¡ He perdido ya toda esperanza!
- ANGELA ¡ Oh, quién sabe! Confiemos en Dios.
- AMELIA ¡ Dios no oye nuestros ruegos!
- ANGELA ¡ Infeliz! ¿ Duda usted de su misericordia?
- AMELIA Aquí he acabado por dudar de todo.
- ANGELA ¡ No dude usted! Dios no puede abandonarnos... Espere usted un milagro de su omnipotencia.
- AMELIA ¿ Un milagro? ¡ Ja, ja, ja! (Ruido de voces en el taller.) Pero ¿ qué es eso? (Va a observar por la cerradura.)
- ANGELA ¿ Qué significa?
- AMELIA Retírese usted.
- ANGELA Pero...
- AMELIA No pierda un momento, y si cree usted en algo, rece con fervor... ¡ rece!
- ANGELA ¡ Oh, sí! Confío en Dios.
- AMELIA ¡ El quizá nos oiga! (Vase Angela.)

ESCENA VIII

AMELIA.

(Después de observar.) No me engañé... Llegó el momento. No perdamos tiempo. Corramos el cerrojo para que no me sorprendan. (Corre el cerrojo y después abre el armario, del que toma la botella del rótulo encarnado.) Esto al pozo. (Tira el contenido.) ¿ Con qué

llenarlo ahora? ¡Ah! Con el vino que bebe el Zorro... Diré que me lo he bebido yo. (Llaman a la puerta del taller.) ¡Llaman! ¡Apresurémonos! (Llena la botella vacía con el vino de la del rótulo azul.) ¡Ya está! ¡Sea ahora lo que Dios quiera! (Deja la botella del rótulo encarnado en su mismo sitio, y con la del rótulo azul ya vacía en la mano va a abrir la puerta del taller, fugiéndose borracha.)

ESCENA IX

AMELIA, JERÓNIMO y COSME.

JERÓNIMO Pero ¿es que no querías abrir?

AMELIA ¡Ja, ja, ja!... (Risa estúpida.)

JERÓNIMO ¡Ah, ya comprendo!

COSME ¡Infeliz!

JERÓNIMO Pero a pesar de todo puede servirnos... Aquí saldaremos nuestras cuentas.

COSME Donde usted quiera.

AMELIA ¡Ja, ja, ja!...

JERÓNIMO Ríe cuanto quieras, pero sírvenos. Esta las toma alegremente. ¡Pronto! ¡Pluma y tintero!... A la vez trae una botella y dos vasos. Date prisa.

COSME Yo no beberé.

JERÓNIMO ¡Cómo es eso! Cuando yo convidó no se me desaira.

COSME Como usted quiera, pero...

JERÓNIMO (A Amelia.) ¿Qué tardas? ¡Esa!... ¡Cualquiera! Ahora los vasos. (Amelia sirve de la botella del rótulo encarnado.)

AMELIA ¡Ja, ja, ja!...

JERÓNIMO (Sacando su cartera.) ¡Pues vamos a la cuenta! Aquí, en legítimos billetes del banco...

AMELIA (Pasando junto a Cosme.) ¡Valor!

COSME ¿Eh?

JERÓNIMO ¿Qué es eso?

COSME Nada, que al ver tanto dinero...

JERÓNIMO Pues, como te decía... Pero llenemos los vasos... Sirvenos, Chiva. (Chiva les sirve. Jerónimo la observa con disimulo.) En esta cartera van los diez mil duros que estipulamos, según creo.

COSME ¡Sí! ¡Así fué!

JERÓNIMO Cuéntalo. (Bebe de su vaso.)

COSME (¡Ha bebido! Yo que sospeché..) (Mientras Cosme cuenta los billetes, Jerónimo apura el contenido de un pomo que trae a prevención.)

AMELIA ¡Ja, ja, ja!... (Lo ha observado.)

COSME (Después de contar.) Está corriente.

JERÓNIMO Pues pon la firma en este recibo, a fin de dar cuenta... (Cosme firma.) Muy bien. (Guarda el recibí.) Ahora brindemos a tu prosperidad.

COSME No es que sea desaire, pero...

JERÓNIMO ¡Ja, ja, ja! Temes, acaso, que... He bebido ya dos veces y vuelvo a llenar el vaso. (Amelia va a servirle.) No te molestes. Me sirvo yo mismo.

AMELIA (¿Sospechará?)

JERÓNIMO A tu salud.

COSME ¡Gracias! (Rehusando el vaso.)

JERÓNIMO ¿No bebes? ¡Voto al infierno!

COSME ¡No se enfade!... (¿Qué debo temer cuando ha bebido ya dos veces?...) (Bebe.)

AMELIA ¡Ja, ja ja!

COSME (¡Pobre mujer!)

JERÓNIMO ¡Gracias al diablo! Voy a dar orden de que te acompañen... (Ya no revelarás nuestro secreto.) ¡Adiós! Anda, Chiva.

AMELIA ¡Ya voy! (Lleva aun la botella en la mano.)

JERÓNIMO Pero, ¿es que has bebido de esta botella?

AMELIA Sí... Del vino que bebe el Zorro.

JERÓNIMO (¡Fatalidad!)

AMELIA Pero, ¿por qué se turba?

JERÓNIMO ¿Yo? ¡Por nada! (¡Es una lástima! ¡Pobre chica!)

AMELIA ¿Qué quiere usted decir?

JERÓNIMO ¿Qué quieres que diga?... ¡Adiós!

(¡Qué diantre! El contraveneno era sólo suficiente para mí.) (Vase por el taller, cerrando rápidamente la puerta.)

ESCENA X

AMELIA y COSME.

- AMELIA ¡Cosme! Da gracias al cielo que he logrado salvarte...
- COSME ¿Tú?
- AMELIA ¡Sí! Don José te cree envenenado.
- COSME ¡Oh!
- AMELIA Pero he cambiado el vino, y ahora veremos lo que hay que hacer.
- COSME ¿Pero es esto cierto? ¿Estás segura de lo que dices?
- AMELIA ¡Sí, segura!
- COSME Será aprensión sin duda, pero no sé qué siento.
- AMELIA ¡Sí, sí, aprensión! Al pozo fué la pócima... Pero, calla... Oigo pasos... Sin duda va a volver para sacarte de aquí... Finge los efectos del breva.
- COSME ¡Oh, sí! ¡Dices bien! Gracias, Amelia.
- AMELIA ¡Pronto! ¡Se acercan! (Va a observar.)
- COSME ¡Socorro! ¡Me abraso!
- AMELIA ¡Así, así!
- COSME ¡Agua! ¡Por caridad! ¡Agua!
- AMELIA ¡Sigue, sigue!
- COSME ¡Dios mío!... Pero, ¿qué es esto? ¿Es que estoy en realidad envenenado?
- AMELIA ¡Oh, no vienen aún!
- COSME ¡Ah! ¡Madre mía, ya no te veré más!
- AMELIA ¡Oh! ¡Se alejan!...
- COSME Morir, cuando todo iba a sonreirme otra vez... ¡Oh, qué agonía! ¡La muerte, por piedad!
- AMELIA ¡Y no abren aún!
- COSME ¡Yo muero, Amelia! ¡Yo muero!
- AMELIA ¡Qué ansiedad!
- COSME ¡Agua!... ¡Agua!... ¡Socorro!...
- AMELIA ¡Calla! No finjas ya.

- COSME ¡ Si no finjo, Amelia ! ¡ Estoy envenenado realmente !
- AMELIA ¡ Cielos ! ¡ Envenenado, tú ! ¡ Oh, misericordia, Señor !
- COSME ¡ Agua !... ¡ Dame agua !
- AMELIA ¡ Oh ! (Llena un vaso con el agua del cubo y Cosme bebe con avidez.)
- COSME Júrame que no eres cómplice de esos miserables.
- AMELIA ¡ Oh, te lo juro !
- COSME Pues saldrás libre de aquí para que salves de morir como yo a esos desgraciados.
- AMELIA ¡ Oh ! ¡ Habla ! ¡ Pronto ! Si volviera...
- COSME Acabaría la vida antes que yo. (Va al pie de la reja y desentierra una pistola.)
- AMELIA ¡ Una pistola !
- COSME ¡ Sí ! Se la quité al Zorro mientras dormía, y la creyó perdida. (Va a forcejar la puerta del taller.) ¡ Ah ! A no estar cerrada...
- AMELIA Corramos los cerrojos por esta parte... Que no nos sorprendan. (Lo hace.) ¡ Habla !
- COSME ¡ Oh ! ¡ Me abraso !... Oye : esta reja está limada... Con un pequeño esfuerzo puede franquear el paso. Todo lo tenía preparado para huir contigo. Junto a la pistola guardaba las limas. Cuando sea de noche huye de aquí. El pasadizo que se ve comunica con una casa desmantelada y podrás fácilmente por ella salir a campo libre...
- AMELIA Pero si el Zorro...
- COSME ¡ No temas ! A estas horas ya estará ébrio como acostumbra. ¡ Huye ! Denuncia ese ominoso lugar, y salva a los demás.
- AMELIA ¿ De modo que esos barrotes ?...
- COSME Sí. Cederán fácilmente.
- AMELIA ¡ Gracias, Dios mío ! ¡ Gracias, Cosme !

- ¡Te deberé la vida! ¡Y no poder salvarte!... (Forcejea la reja.)
- COSME ¿Qué vas a hacer? ¿Quieres que todo sea en vano? Has de esperar a la noche.
- AMELIA ¡No! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ah!... ¡No puedo!
- COSME Pero considera...
- AMELIA ¡Aun puedo tal vez salvarte!
- COSME No arriesgues por mí tu vida.
- AMELIA No debo esperar más. Se trata, al mismo tiempo, de salvar a un inocente, y me dices que espere...
- COSME Si así lo quieres, ¡sea! (Forcejean los dos.)
¡Oh, Dios mío! ¡No puedo más!...
¡Yo muero!
- AMELIA ¡Señor, no nos abandones! ¡Ah!... (Ceden los barrotes, pero Cosme cae convulso.) ¡Cosme!
- COSME ¡No pierdas un instante! ¡Nada puedes hacer por mí! ¡Sálvate tú!
- AMELIA ¡Cosme! (Se arrodilla junto a él y le besa, después va a llamar a Angela.) Salga usted, señora.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos y ANGELA; después, el ZORRO.

- AMELIA ¡Dios hizo el milagro! Está franco el camino.
- ANGELA ¡Oh, gracias, Dios mío!
- ZORRO (Aparece dando traspiés, y lleva la botella vacía en la mano.) ¿Qué es esto, Chiva?
- ANGELA ¡Oh! ¡Todo perdido!
- ZORRO (Al fijarse en Angela.) ¡Oh! ¿Esta también?... (Va a detenerla, pero Amelia le sujeta por la espalda. Cosme, que sigue inadvertido por el Zorro y doña Angela, hace esfuerzos para levantarse.)
- AMELIA (A Angela.) ¡Huya usted, antes de que me obligue a soltarle!
- ANGELA ¡Pero dejarla!...

- AMELIA Yo la seguiré. ¡ Pronto !
ZORRO Tú verás como me libro de ti, y entonces...
- AMELIA ¡ Huya usted ! ¡ Aun es tiempo !
ANGELA ¡ Pero sin usted !...
- AMELIA ¡ Hágalo por su hermano !
ANGELA ¡ Oh, sí ! No debo dudar.
AMELIA ¡ Quiera el cielo guiarle !
ANGELA ¡ Adiós, hermana mía ! (Vase.)
- ZORRO ¿Quieres soltarme?
AMELIA ¡ No ! Aunque me mates.
ZORRO ¿Aun que te mate? Pues, toma. (Con la mano que le queda libre logra sacar un puñal, con el que hiere a Amelia en un costado.)
- AMELIA ¡ Ah ! (Cae.)
ZORRO Ahora... la otra. (Va a salir, pero Cosme, que consiguió levantarse, le apunta la pistola.)
- COSME ¡ Atrás !
ZORRO ¡ Mil rayos !
COSME ¡ Quieto ahí ! ¡ Tu vida está en mis manos ! (Cuadro. Oyese golpear a la puerta del taller)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SEPTIMO

¡ Justicia !

• La decoración del acto tercero.

ESCENA PRIMERA

ANGELA y EL CRIADO.

- ANGELA ¿Cumplió el encargo?
CRIADO Lo mejor que he sabido. No debe tardar Ana en venir.
- ANGELA ¿Pero se puede salir sin riesgo a la calle?
CRIADO Sí, señora ; todo ha vuelto a su estado normal, y a no ser que se pesque a alguno de los de la ronda de Tarrés y lo arrastre el populacho...
- ANGELA ¡ Jesús !
CRIADO Les van dando caza como a las fieras. Esta mañana han hecho materialmente pedazos a uno de los subcabos, apodado el Zorro.
- ANGELA (¡ El Zorro !)
CRIADO ¿Manda algo más la señora?
ANGELA No. Puede ya retirarse. (Vase el criado.) Mi resolución es acertada. Mi marido y yo no podemos vivir en un mismo techo... Todo me recordaría su infamia. ¡ Pobre hermano mío ! ¡ Sentenciado a presidio !

¡ Oh ! No sufrirá la condena... Yo haré que se decrete la revisión del proceso... Pero acusar a mi marido... Inspírame, Virgen santa.

ESCENA II

Dicha y ENRIQUE.

ENRIQUE Angela.

ANGELA ¡ Cómo ! ¿ Se atreve aún...

ENRIQUE Un día u otro debía sincerarme, y quiero que sea hoy. Debes oirme.

ANGELA ¿ Oírte ? (Siempre con marcado desdén.)

ENRIQUE Debo poner la cuestión en su verdadero terreno. Acaba apenas un proceso en el que, bien a pesar mío, he tomado parte, y ya me veo amenazado con otro en el que no la he tomado tan activa como supones. Me refiero al de tu secuestro.

ANGELA ¿ Y viene usted a mí protestando de su inocencia ?

ENRIQUE Sí, pues es un absurdo creer que yo mismo propalase esas calumnias que eran mi deshonra a la par que la tuya.

ANGELA A no conocerle como le conozco podría creerle. Pero ¿ qué importancia tiene para usted que se diga de una mujer honrada lo que de mí se dijo ? La policía sigue las huellas de la desaparecida ; hace pocos días le vieron pasar la frontera acompañada de un joven muy conocido en la alta sociedad de Barcelona... Más tarde, según la misma policía, se nos vió en París, y por fin, en el Havre, donde embarcamos para América. Eso carece de importancia para usted... Lo importante era que el tribunal, ante una conducta tan anómala, prescindiera de mis declaraciones y sentenciase a un inocente... He aquí lo que convenía a sus planes y lo que consiguió.

ENRIQUE Juro ante Dios no ser yo el autor de tanta villanía. Y cómo pude serlo, si hubo momentos en que, mal aconsejado por los celos, llegue a creer... ¡Perdónamelo, Angela!... Llegué a creer cierto lo que se decía... Pero yo desenmascararé al que ha osado a tanto, y le pediré estrecha cuenta de tu honra ultrajada. ¡Yo te lo juro!

ANGELA Jure lo que quiera, pues será en vano mientras no llegue su *heroísmo* hasta reconocer por hermano nuestro a ese infeliz que gime bajo el peso de una sentencia infamante.

ENRIQUE Eso no puede ser, pues no es Conrado el que así osa llamarse, sino un hermano mellizo del desventurado Carlos.

ANGELA ¿Hermano de Carlos? ¿En qué funda usted esa creencia, que supongo fruto de su imaginación?

ENRIQUE En que Ana, nodriza de Conrado, es la madre de Carlos; y para que veas que no son conjeturas, puedo presentarte pruebas.

ANGELA ¿Pruebas?

ENRIQUE Una irrecusable. La partida de defunción de tu hermano, ocurrida en la Garri-ga hace veintidós años. (Se la entrega.)

ANGELA ¡Oh! ¡Dámela!

ENRIQUE No hay duda que fui imprudente al acusarle de usurpación, pero era forzoso romper de una vez con ese intruso que vino a robarnos lo que de derecho nos corresponde.

ANGELA Si usted, con lealtad y por ese documento, hubiese probado la usurpación, hubiera obrado como un caballero; pero ahora toda excusa es vana: se portó usted como un miserable.

ENRIQUE ¡Basta ya! ¡Basta de insultos! Si usted es la dueña de esta casa yo soy su marido; nuestra separación no es un hecho

real todavía... Yo le brindo con la paz ; si usted prefiere la guerra, sea, y ¡ ay del vencido !

ANGELA Sólo puedo darle el desprecio por respuesta.

ENRIQUE ¡ Angela !... (La amenaza furioso. Sorprendida Angela, preparándose a su defensa, deja el papel que retenía en la mano sobre el sofá. Sale el criado. Enrique procura contenerse.)

CRIADO Ana espera a la señora.

ANGELA Voy al momento.

ENRIQUE ¡ Cómo ! ¿ Vas a recibirla cuando fué la culpable de esa substitución ?

ANGELA ¡ No ! No pudo ser ella, pues en aquella época no estaba a nuestro servicio. Además, comprendo ahora el significado de las postreras palabras de mi padre, por las que no debe olvidar que Ana tiene derechos sagrados en esta casa, y que es de malvados el excusar el cumplimiento de la voluntad de los muertos. (Vase. Al pasar junto al criado le dice con arrogancia :) Diga usted que enganchen. (Vase el criado.)

ESCENA III

ENRIQUE, y luego, MATEO.

ENRIQUE ¡ La voluntad de los muertos ! Los derechos de Ana... Ignoras que las escrituras firmadas por tu padre están en mi poder. Las guardaba por si era posible un arreglo ; pero ya que... (Abre la caja de caudales, saca de ella unos pliegos, que rasga en diminutos pedazos.) He aquí lo que resta de los derechos de Ana.

MATEO (Saliendo y sentándose descaradamente.) Aquí me tiene usted a sus órdenes.

ENRIQUE ¿ Qué quieres ?

MATEO Pregunta más original. ¿ Olvida lo que convinimos ?

- ENRIQUE Me tiene ya aburrido tu insolencia.
- MATEO ¡Y a mí su calma! Además, habiéndose abierto de nuevo cierto proceso, me conviene poner tierra de por medio, y como estoy sin fondos... ¿Usted comprende?
- ENRIQUE Sí, pero como convinimos, puede sobrevenir...
- MATEO No puede sobrevenir nada.
- ENRIQUE ¿Qué sabes tú?
- MATEO ¡Vaya si sé! La revolución ha abierto las puertas de las prisiones, y don Conrado salió a la calle.
- ENRIQUE ¡Pues razón de más!
- MATEO ¡Pues razón de menos! Salió, se fué a las barricadas, y allí...
- ENRIQUE Acaba.
- MATEO A causa de un balazo está de cuerpo presente en el hospital de la Santa Cruz.
- ENRIQUE ¡Muerto!
- MATEO ¡Por toda su vida! Ahora sí que los pater-noster que le rece no caerán en el vacío.
- ENRIQUE ¡Oh! Si fuera cierto...
- MATEO Podemos ir a verlo si quiere, pero juntos... Yo no le abandono a usted... Seré su sombra.
- ENRIQUE ¡Sígueme, pues!
- MATEO Estoy a sus órdenes. (Murmillos dentro.)
- VOCES ¡Matadlo! Es de la ronda.
- ENRIQUE ¡Eh! ¿Qué es esto?
- MATEO El pueblo, que va saldando sus cuentas.
- VOCES ¡Es Tarrés! ¡Es Tarrés!
- ENRIQUE ¿Oyes? Es a Tarrés a quien persiguen. (Miran por la ventana.) ¡Oh! ¡No hay duda!
- MATEO ¡Es él! ¡Está perdido!
- MATEO Van a arrastrarlo, como han hecho con el Zorro.
- ENRIQUE (Y sin tener en mi poder... ¡Oh!)
- MATEO Pues me gusta la franqueza... Se nos ha metido en casa.
- ENRIQUE Es un sagrado para él. ¡Vé! ¡Da la orden! Yo aquí le espero.

MATEO (¡ Oh ! Si pudiera...)
ENRIQUE ¡ Pronto ! (Vase Mateo.)

ESCENA IV

ENRIQUE ; luego, JERÓNIMO.

ENRIQUE Es sin duda el infierno quien le trae...
 ¡ Debíamos saldar hoy nuestras cuentas y seguramente lleva encima cuanto me concierne ! Es preciso el disimulo. Ni una palabra que recuerde ofensas recibidas ; yo las vengaré después entregándolo al furor popular.

JERÓNIMO (Sale descompuesto.) ¡ Gracias ! No esperaba menos de usted.

ENRIQUE Esta es la casa de un amigo.

JERÓNIMO ¿ De un amigo ? No troquemos los nombres. Estoy en la casa de un hombre a quien no le conviene mi muerte mientras tenga en mi poder lo que en manos ajenas sería su perdición.

ENRIQUE Le aseguro que...

JERÓNIMO No perdamos el tiempo, pues me conviene salir de aquí.

ENRIQUE ¿ Salir ?...

JERÓNIMO Sí, pero con ciertas precauciones. Por lo tanto empieza por contar esa suma, mientras busco en mi cartera lo que tanto le interesa.

ENRIQUE Perfectamente ; aquí está la caja, y...

JERÓNIMO Pues hagamos el cambio.

ENRIQUE (No escaparás con el dinero.) (Cuenta un fajo de billetes.) Uno, dos, tres, cuatro mil...

JERÓNIMO (Buscando los documentos.) ¡ Uno... y dos !

ENRIQUE Aquí tengo reunida la cantidad.

JERÓNIMO Vea, pues, si está esto corriente mientras recuento...

ENRIQUE Perdone usted ; pero como tengo razón para dudar de cuanto de usted procede, no le entregaré ni un solo billete sin que

me cerciore antes de la autenticidad de esos documentos.

JERÓNIMO Está en su derecho. Supongo guardará usted el pedacito de papel que aquí falta...

ENRIQUE Seguramente.

JERÓNIMO Cerciórese, pues. (Enrique saca el pedacito de papel mencionado.) ¡Perfectamente! Este es el papelito. Lo reconozco por este borrón. (Enrique comprueba las dos partes.) Pero... ¿qué es esto? (Al ver que no ajustan los pedazos.)

ENRIQUE ¿Ve usted como acerté al prevenirme?

JERÓNIMO (Pero quién pudo... ¡Ah! Esto es obra de Carlos... La imitación es perfecta...)

ENRIQUE ¿Qué dice usted a eso? ¡Veamos! ¿Qué haría usted con el que pretendiera por segunda vez engañarlo villanamente?

JERÓNIMO Pero si no comprendo cómo es eso... Este pliego estuvo siempre bajo mi custodia... ¡Puedo jurarlo!

ENRIQUE Entrégueme el auténtico y le ofrezco más oro.

JERÓNIMO Si pudiera salir por el jardín...

ENRIQUE (Cerrando la puerta.) ¡Ah, no! ¡Es mi prisionero! A una orden mía se franquearán las puertas de esta casa, y ya sabe usted el fin que le espera. (Aumenta el vocerío.) ¿Oye usted? Las voces no cesan. ¡Decida al fin! Poco tiempo le queda para salvarse.

JERÓNIMO (¡Astucia, pues!) ¡Ja, ja, ja! Por lo visto creyó que llevarla conmigo ese documento... De usted debo temerlo todo, y tanto es así, que si tardo en salir, o muero en esta casa, su perdición es segura. El que guarda el pliego auténtico le dará curso si antes de anoecer no recibe de mí una contraorden.

ENRIQUE ¡Oh!... (Vacila.)

JERÓNIMO (Me salvé.)

ENRIQUE Pues bien, firme usted esa contraorden, y que se entregue el pliego al portador. Persona de mi confianza irá por él, pues usted no saldrá de aquí.

JERÓNIMO ¡Ganemos tiempo!) El que vaya debe salir de Barcelona.
ENRIQUE Saldrá.
JERÓNIMO Escribiré la orden.
ENRIQUE Aquí mismo.
JERÓNIMO Perfectamente. (Siéntase y escribe.)
ENRIQUE ¡Mateo! (Llamándole.)
JERÓNIMO (Antes de que vuelva ya habrá pasado la borrasca.)

ESCENA V

Dichos y MATLO.

MATEO Mala visita tenemos. En el vestíbulo esperan los mozos de la Escuadra.
ENRIQUE ¡Ah! ¿Conque me ha traicionado? (A Jerónimo.)
JERÓNIMO No lo crea usted. Es a mí a quien buscan. Se me acusa de complicidad en los enormes crímenes cometidos en no sé qué mina, y el juez ha dictado órdenes contra mí.
ENRIQUE ¡Oh!
JERÓNIMO Pero no crea usted ganada la partida, porque si me prenden llevando conmigo el primer pliego firmado por usted, y teniendo el segundo en lugar seguro...
ENRIQUE Salga usted por el jardín.
JERÓNIMO ¡Es tarde! De fijo habrá por allí quien vigile la salida.
ENRIQUE Entonces...
JERÓNIMO Los mozos ignoran nuestra complicidad, y no dudarán de su palabra. Ocúlteme, y dígales que había procurado mi escapatoria con anterioridad.
ENRIQUE ¡Está bien! Entre usted ahí. (En una lateral.) Tú con él, Mateo.
JERÓNIMO ¿Teme acaso?
ENRIQUE No ignore usted que es mi prisionero.
JERÓNIMO ¡Sí, lo soy! Pero su interés está en que

yo me salve. (Entran por la puerta indicada. Aparece el criado anunciando.) La autoridad.

ENRIQUE Que pase.

ESCENA VI

ENRIQUE y MANOLO, de subcabo de los mozos de la Escuadra, seguido de algunos individuos de esa institución.

ENRIQUE ¿Ustedes en mi casa?

MANOLO Venimos en cumplimiento de nuestros deberes. Se ha introducido aquí un sujeto contra quien tenemos auto de prisión.

ENRIQUE Lo siento, pues llegan ustedes tarde... Creyéndolo sólo blanco del furor popular he dado orden de que se le franqueara la puerta del jardín, y seguramente...

MANOLO Tal vez lleguemos a tiempo todavía. El pueblo rodea la casa, y nuestro hombre no se habrá aventurado a salir. No obstante, con su permiso, nosotros saldremos por allí; y de paso, salvando nuestra responsabilidad, veremos si quedó oculto en el jardín. Mande usted que nos acompañen.

ENRIQUE Este criado está a sus órdenes.

MANOLO Adelante. (Vanse los mozos guiados por el criado. Manolo dice aparte a un mozo que queda rezagado:) ¡Alerta! El pájaro está aquí.) (A don Enrique.) Ahora, entre los dos...

ENRIQUE ¿Qué quiere usted?

MANOLO Advertirle que alguien vendrá a visitarle. Atiéndale bien, y esté seguro que es el único que puede salvarle.

ENRIQUE ¿Salvarme? ¿Y de qué?

CONRADO (Apareciendo.) Vas a saberlo.

ENRIQUE ¡Carlos!

MANOLO Hasta muy pronto. (Vase.)

ESCENA VII

ENRIQUE y CONRADO.

ENRIQUE ¿Tiene usted la osadía de volver a esta casa?

CONRADO ¡ Porque es la mía ! El que decíais usurpador ha muerto. Una avalancha popular abrió las puertas de la cárcel y lo ha pagado con la vida. Si los tribunales le condenaron como a falso Fonseca deberán juzgarme a mí como el verdadero.

ENRIQUE Pero no lo es.

CONRADO ¿Qué sabe usted?

ENRIQUE ¡ Carlos !

CONRADO ¡ No ! ¡ Yo no soy Carlos ! ¡ Carlos ha muerto !

ENRIQUE ¿ Ha muerto ?...

CONRADO ¡ Sí ! Al ser firme la sentencia que sobre mí hizo usted pesar, un sacerdote se presentó en mi celda para fortalecer mi abatido espíritu. Una vez terminada su sagrada misión volvió a salir... Pero si alguno se hubiese fijado en ello hubiera visto que si al entrar aquel sacerdote tenía en la mano una honda cicatriz, al salir ninguna señal había en sus manos, como ocurre con las mías.

ENRIQUE ¡ Oh ! ¡ Tú ! ¡ Conrado !

CONRADO Conrado, sí, que viene a acusarte con pruebas terminantes... Mira este pliego. La firma es tuya.

ENRIQUE ¿ Pero es esto un sueño ? ¿ Cómo está este pliego en tu poder ?

CONRADO Carlos me lo entregó para confundirte.

ENRIQUE ¡ Oh, no ! ¡ Mientes ! ¡ No puede ser ! Esta confesión en poder de Carlos, y por salvarte perder él su libertad..., ¡ su vida !
¡ No ! Esto no es verosímil.

CONRADO No lo es para ti, incapaz de ningún sentimiento noble y elevado... Podía per-

derte, pero eso era perder al mismo tiempo a su madre y a Angela, y entre perderlas y perderse, optó por lo segundo, a fin de que se probara que era yo el verdadero Fonseca.

ENRIQUE ¡El verdadero Fonseca! ¡Ja, ja, ja! El verdadero murió... He aquí la copia del obituario. (Indica el documento que quedó olvidado sobre el sofá.)

CONRADO (Después de leerlo.) ¡Oh! ¿Pero quién soy, entonces?

ENRIQUE ¡Pregúnteselo a Ana! Ella debe de ser su madre.

CONRADO (Anonadado.) ¡Dios mío, Dios mío!

ENRIQUE ¡Ya lo ves! Ningún vínculo te liga a nosotros; pero si quieres sacar algún partido de la situación te aconsejo que me entregues este pliego.

CONRADO ¡Arráncamelo con la vida, si te atreves! ¡El marido de la mujer a quien tanto tiempo he dado el nombre de hermana no ha de acabar su vida en un presidio! ¡Ha de morir a mis manos!

ENRIQUE ¡Desvarías!

CONRADO ¡No! Sea Fonseca o no lo sea, tú eres el causante de mis desdichas todas, y en ti las vengaré.

ENRIQUE ¿Es esto un reto?

CONRADO ¡Sí!

ENRIQUE ¡Vana quimera! ¿Batirme yo contigo? ¿Con el hijo de una sirvienta?... ¡Ja, ja, ja!

CONRADO ¡Miserable!... ¡Oye, pues! En esta misma casa recibí de ti una afrenta, y hoy debo devolvértela. ¡Sí! ¡El hijo de esa humilde mujer, de esa sirvienta, te escupe al rostro a ti, Enrique de Galcerán!...

ENRIQUE ¡Oh! ¡Basta ya! ¡Tu vida es poco para saciar mi cólera!

CONRADO ¡Salgamos!

ENRIQUE ¡No! ¡Aquí mismo! (Cierra la puerta del foro)

y de la segunda derecha.) Si mueres, te habré matado en defensa propia, como se mata a un ladrón.

CONRADO Y si eres tú el vencido me pierdo irremisiblemente... ¡Pero no importa! ¿Qué me resta en la vida?

ENRIQUE Toma esta espada. (Después de tomar dos de la panoplia.)

CONRADO ¡Oh! ¡Así te quiero! ¡Voy a saciar mi venganza!

ENRIQUE ¡Ay del vencido! ¡En guardia! (Cruzan los aceros.)

CONRADO (Después de breves momentos de lucha.) ¡No atacas con vigor! ¡Tu mano tiembla!

ENRIQUE ¡El coraje me ciega!

CONRADO ¡Tu muerte está cercana! (Le acorrala, y próximo a herirle aparecen Jerónimo y Mateo.)

ESCENA VIII

Dichos. JERÓNIMO y MATEO. Luego, MANOLO y los mozos.

JERÓNIMO (¡Esta es la nuestra!) (Aparte entre los dos.)

MATEO (Pero...)

JERÓNIMO (¡Esta escritura hará nuestra fortuna!)
(A traición sujetan a Conrado.)

CONRADO ¡Traición!

JERÓNIMO ¡No quitamos ni ponemos rey!

MATEO Pero es justo ayudar al que mejor pague.

ENRIQUE ¡Oh! ¡Pronto!

JERÓNIMO Sujétale tú bien... ¡Ea! Venga ese pliego. (Mateo le sujeta. Jerónimo registra su pecho.)

CONRADO ¡Infames! ¡Canallas!

JERÓNIMO Chitón, si aun tienes apego a la vida.
(Golpes a la puerta del foro.)

CONRADO ¡Socorro! ¡Socorro!

ENRIQUE (Amenazándole con la punta del acero.) ¡Calla!

CONRADO ¡Ah!

JERÓNIMO ¡Aquí está el pliego!

ENRIQUE Venga. (Se abre con estrépito la puerta del foro aparecen Manolo, el criado y los mozos, llegando a

tiempo de apoderarse del pliego que procuraba guardarse Jerónimo. El criado abre la segunda puerta de la izquierda.)

MANOLO ¡A lo que parece llegamos oportunamente! ¡Ea! Asegurad a esos pajarracos.
(Los mozos aseguran a Jerónimo y Mateo.)

JERÓNIMO (Al reconocerle.) ¡Manolo!

MANOLO Para lo que guste usted mandar.

ENRIQUE (¡Fatalidad!)

MATEO (Por Manolo.) ¡Traidor! ¡Siempre traidor!

MANOLO ¡Qué vas a hacerle! Caprichos de la suerte. ¿Están bien asegurados? Sacadlos por el jardín. Por allí peligran menos.

JERÓNIMO ¡Oh! ¡Si salgo libre!

MANOLO Claro que saldrá usted.

JERÓNIMO ¿Sí?

MANOLO ¡Ya lo creo! Cuando haya extinguido su condena en un presidio. Eche usted a andar y menos retóricas. (Los mozos se los llevan por el foro, quedando, no obstante, Manolo y otros dos mozos en escena. A don Enrique.) Mande usted enganchar. Tendremos el honor de que nos acompañe.

ENRIQUE ¿Yo preso?

MANOLO Sí, para que nos explique... (El contenido del pliego.)

CONRADO ¡Oh, no! ¡Aun es tiempo! ¡Sálvate de la afrenta!

ENRIQUE ¡Jamás! ¡Mi afrenta es la vuestra! Ella me venga.

MANOLO ¡Oh! No será, porque antes permitiré que... A ver. (Avanza un mozo.) Por decoro de su nombre este caballero debe librarse del presidio. Al salir dejadle que se escape. (Esto, si bien es aparte al mozo, se supone que lo oye Enrique.)

ENRIQUE ¡Ah!

MOZO ¡Nada más fácil! La casa está próxima a la Esplanada; al franquearnos la puerta del jardín puede muy bien...

MANOLO ¡En marcha, pues! (Me has comprendido.)

ENRIQUE (¡ Ah ! Mio es el desquite.) ¡ Vamos !
(Vanse por el foro.)
CONRADO ¡ Gracias, Manolo ! Dos veces le soy deudor de la vida.
MANOLO Y aun no he saldado con usted mi deuda. Pero alguien viene. ¡ Es la señora ! Permita que la reciba.

ESCENA FINAL

Dichos. ANGELA y ANA.

ANGELA ¿ Qué es esto ? ¿ Qué ocurre aquí ?
MANOLO Señoras...
ANA ¡ Ah ! ¡ Manolo !
MANOLO El mismo, señora Ana ; pero este caballero...
ANGELA ¿ Qué veo ? ¡ Carlos !
ANA ¡ Hijo mío !
CONRADO ¡ Madre, madre ! Esta es la primera vez que así la llamo. (La abraza.)
ANA ¡ Carlos !
CONRADO Carlos tenía una cicatriz en la mano derecha... ¡ Mire las mías !
ANA }
ANGELA } ¡ Conrado !
CONRADO ¡ Conrado murió ! He aquí su partida de defunción. Yo no tengo derecho alguno en esta casa.
ANGELA ¡ Oh, sí ! Los tienes, y yo debo darte cuenta de ellos. ¿ Dónde está Enrique ?
CONRADO Angela...
MANOLO Perdone la señora, pero...
ANGELA ¿ Qué significa esto ? ¡ Enrique ! ¡ Enrique !
CONRADO ¡ Oh ! ¡ No le llames ! ¡ Tu esposo partió !
MANOLO Esta es la verdad, señora, pero creo preferible decírsela... escueta.
ANGELA Hable usted, por piedad.
MANOLO Don Enrique va preso.
ANGELA ¡ Preso !

- ANA ¡ Dios piadoso !
CONRADO Preso, sí, pero no te alarmes ; procura-
rán su evasión.
MANOLO Era preciso impedir que recayera sobre
usted su afrenta, y...
ANGELA Y habéis decretado su muerte.
CONRADO ¿ Qué dices ?
ANA ¡ Cielos !
ANGELA Van a asesinarle impunemente al tratar
de evadirse.
MANOLO ¡ Señora !...
CONRADO ¡ Angela !...
ANGELA ¡ Ana ! ¡ Que no desenganchen ! (A Mano-
lo.) ¡ Guénos usted ! Es forzoso evitar...
(Oyense dos disparos.)
MANOLO Es ya tarde, señora.
ANGELA ¡ Oh ! (Se desmaya.)
ANA ¡ Dios mío ! (La socorre.)
CONRADO ¡ Oh ! ¡ Corre ! ¡ Vé ! Tal vez los dispa-
ros no fueron certeros, y quien sabe si...
MANOLO Le hubieran rematado. Estas cosas, o ha-
cér-las bien o no hacerlas.
CONRADO ¡ Muerto ! ¡ Supremo Dios !
MANOLO ¡ Se hizo justicia !

TELÓN

FIN DEL DRAMA

86.128.
A. Fochs Arbós

La alondra y el milano

Melodrama en ocho actos y doce cuadros



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

LA ALONDRA Y EL MILANO

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Reservados todos los derechos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

LA ALONDRA Y EL MILANO

MÉLODRAMA EN 8 ACTOS Y 12 CUADROS, ESCRITO EN
PROSA E INSPIRADO EN LA PELÍCULA DE IGUAL
TÍTULO PROPIEDAD DE LA CASA «GAUMONT»

POR

AUGUSTO FOCHS ARBÓS



17 1-119
on folios

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915

TÍTULO DE LOS CUADROS

Acto 1. ^o —Cuadro 1. ^o	LA PLEGARIA DE UN ÁNGEL.
» 2. ^o	» 2. ^o ¡SOLA EN EL MUNDO!
» 2. ^o	» 3. ^o EL RAPTO.
» 3. ^o	» 4. ^o EN LAS GARRAS DEL BUITRE.
» 4. ^o	» 5. ^o EL REGRESO DEL HÉROE.
» 5. ^o	» 6. ^o EL DÉBIL CONTRA EL FUERTE.
» 6. ^o	» 7. ^o LA GUARIDA DE LOS APACHES.
» 7. ^o	» 8. ^o EL MILANO Y LA ALONDRA.
» 7. ^o	» 9. ^o EL NIÑO DETECTIVE.
» 7. ^o	» 10. AL BORDE DEL ABISMO.
» 8. ^o	» 11. COGIDO EN LA TRAMPA.
» 8. ^o	» 12. EL VALOR DE UNA NIÑA.

- 5 -

Al inteligente empresario y notable actor

don Emilio Guilemany

*dedica esta obra. en prueba de afecto y
gratitud*

EL AUTOR

REPARTO

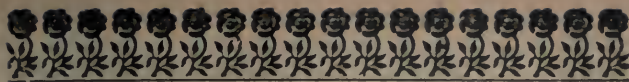
PERSONAJES

ACTORES

	Años	En el teatro Apolo de Barcelona	En el teatro La Princesa de Valencia
<i>Odette</i>	10	Niña Redondo .	Niña Estrada.
<i>Luisa d'Arigni</i>	30	Sra. Puchol . .	Sra. Vega.
<i>Genoveva</i>	50	» Bayona . .	» Quevedo.
<i>La directora de la Pen-</i> <i>sión Molière</i>	10	» Gassó . .	» Roca.
<i>Una señora</i>		» Guitart . .	» Puig.
<i>La ayudante</i>	30	» Riera . .	» Martínez.
<i>Camila</i>	25	» Valero . .	» Martínez.
<i>El capitán Rodolfo d'A-</i> <i>rigni</i>	35	Sr. Rojas . .	Sr. Parreño.
<i>El Melindres</i>	17	» Delor . .	» Parreño (II.)
<i>Pablo el Usurero</i>	41	» Perelló . .	» Olivar.
<i>Crispin</i>	45	» Carnicero .	» Martí.
<i>El teniente Santiago</i> <i>d'Arigni</i>	31	» Estrems .	» Bozzo.
<i>El ministro de la Guerra</i>	50	» Baduell .	» Aragonés.
<i>José (Criado).</i>	60	» Mer . .	» Crespi.
<i>El Greñas</i>	35	» Torres . .	» Aragonés.
<i>El Lagartija</i>		» Sierra . .	» Belda.
<i>El coronel André Du-</i> <i>berge</i>		» Castells .	» Santamarta.
<i>El comisario de policía.</i> <i>Tabernero</i>		» Sierra . .	» Crespi.
<i>El Tarugo</i>		» Casanova .	» Santamarta.
<i>Guarda-paseos</i>		» Laporta .	» Agustín.
<i>Guardia 1.º</i>		» Crespo . .	» Crespi.
<i>Cochero</i>		» Castells .	» Enrique.
		» Crespo . .	» Santamarta.

Dignatarios, transenantes, apaches, policías, etc , etc.

La acción, en París. Epoca actual.



ACTO PRIMERO

Cuadro I

La plegaria de un ángel

Sala semi-despacho, amueblada lujosamente. A la derecha, la del actor, una mesa escritorio estilo moderno. A la izquierda, un velador y sillas. Sillones, cortinajes, tapices, rinconeras con arbustos, etc. En el fondo, una ventana baja abierta de par en par, al través de la cual se apercibe el jardín. A la derecha, puerta de entrada

ESCENA PRIMERA

LUISA y SANTIAGO.

LUISA ¿Trae alguna noticia de la guerra, el periódico?

SANTIAGO Los árabes no dejan de atacar a nuestras tropas. Ultimamente se ha librado un combate muy encarnizado en el zoco de Zeymur, en el que nosotros tuvimos numerosas bajas y el enemigo hizo gran número de prisioneros. (Arrojando el periódico con rabia sobre la mesa.) ¡Maldita harka!... ¡Mientras quede uno de ellos, no cejarán en sus propósitos! La semilla de la insurrección encuentra terreno abonado en el suelo africano..., y mientras no se extirpe de raíz, no dejará de producir venenosos frutos.

LUISA ¡ La guerra !... ¡ Cuántas zozobras y cuántas lágrimas nos cuesta ! ¿ Qué fecha trae el telegrama ?

SANTIAGO Está fechado esta mañana, pero el combate tuvo lugar ayer, a primeras horas de la tarde.

LUISA ¿ Y no habla de si tomó parte en la refriega el batallón de Rodolfo ?

SANTIAGO ¡ No !... Sólo se limita a reseñar el hecho. (Levantándose.) Esta noche probablemente traerá la lista de los muertos y heridos, y sabremos el nombre de los batallones que han tomado parte.

LUISA Hace ya ocho días que no hemos recibido carta de Rodolfo, y esa tardanza empieza ya a inquietarme.

SANTIAGO Tranquilízate... Rodolfo no es ningún novato, y ha sufrido ya su bautismo de sangre. Después de todo, es su carrera, ¡ qué diablo ! y si aspira a ascender en ella, es menester que se acostumbre a oír silbar las balas en sus oídos. Si siempre estuviera pegado a tus faldas no pasaría nunca de su grado de capitán.

LUISA ¡ Si supieras cuánto odio le tengo a esa carrera ! ¡ Pensar que para prosperar en ella es preciso afrontar el peligro de continuo, y exponerse a caer muerto o herido !... Sí... ¡ sí... Adivino lo que vas a decirme : « La Patria », « el honor », esas grandes frases que los hombres invocáis en los momentos supremos, para acallar las quejas de nosotras, débiles mujeres... Y cuando una bala se lleva uno de los seres queridos ¡ qué remedio nos queda sino someternos y llorar en silencio !

SANTIAGO ¡ Pobre Luisa !... Te complaces en agrandar tus temores. Rodolfo nació, como yo, para la carrera de las armas. Nuestro padre, general del ejército, nos inculcó ya desde pequeños esos principios..., y fuimos creciendo, respirando una atmósfera

guerrera... ¿Qué tiene de extraño que una vez en estado de abrazar una carrera eligiéramos la de las armas? El quiso seguir las huellas de nuestro padre, y aspiró a ser general; yo, acaso menos ambicioso, y dando rienda suelta a mis inclinaciones, preferí dedicarme a la marina de guerra, y me considero contento y orgulloso con mi grado de teniente de navío. El mar ha ejercido siempre sobre mí una gran atracción, y ardo en deseos de reingresar de nuevo a bordo. Los dos meses de licencia que paso a vuestro lado van a expirar dentro de ocho días, y no tardaré en poder contemplarle a mi sabor. ¡Sólo me falta que tú nos abandones!... ¿A quién tendré entonces para confiarle mis penas y mis temores? ¿Quién me infundirá valor?

LUISA

ESCENA II

Dichos, ODETTE y GENOVEVA. Odette entrará, corriendo y saltando, en compañía de su aya Genoveva: ésta se quedará en el dintel de la puerta. Odette correrá a arrojarle en brazos de su madre.

ODETTE

¡Buenos días, mamá! (Volviéndose hacia Santiago.) ¡Buenos días, tío! Si supieras lo que acaba de ocurrir... (Por Genoveva.) ¡Vamos, Genoveva, no estés tan triste, mujer!... (Soltando la carcajada.) ¡Cuidado si se te ha puesto colorada!... (Por la nariz de Genoveva.) ¡Ya verás lo que ha ocurrido! Estábamos jugando en el jardín con Genoveva... ¡Si hubieras visto qué resoplidos daba ésta, cada vez que tenía que agacharse para recoger la pelota!... ¡La pobre derramaba cada gota de sudor que daba lástima..., cuando de pronto, ¡zas! le di con la pelota en mitad de la nariz! ¡Calcula si sería fuerte el golpe, que se

- cayó de espaldas al suelo ! ¡ El trabajo que nos costó luego levantarla !... Tuvo que venir el jardinero, y por poco mide él también el suelo. (Por Genoveva.) Vamos, mujer, no te desesperes. Esto con unos bañitos de árnica se te curará. ¡ Ja, ja, ja !
- LUISA (Severa.) ¿Cómo es eso, Odette? ¿Acabas de cometer una mala acción y aun te ríes? ¿Qué significa ésto?... ¿Acaso tienes mal corazón?...
- ODETTE (Confusa.) ¡ Mamá !...
- GENOVEVA (Corriendo hacia la niña y cogiendo sus manos entre las suyas. La niña apoyará su cabeza sobre el pecho de Genoveva.) Vamos, señora, no la riña usted ; lo ha hecho sin querer, ¿no es verdad, hija mía?
- LUISA ¡ Pídele perdón a Genoveva !
- ODETTE (Con la voz temblorosa y a punto de llorar) ¡ Perdón !
- LUISA Ahora dame un beso. (La niña se arrojará en los brazos de su madre.) Y usted, Genoveva, vaya a curarse del golpe.
- GENOVEVA Si no me duele apenas, señora... Lo que siento es que hayan reñido a la niña por mi culpa... ¡ No valía la pena..., no valía la pena ! (Vase Genoveva.)

ESCENA III

Dichos menos Genoveva.

- LUISA ¡ Pobre mujer ! Quiere tanto a Odette, que se arrojaría al fuego por salvarla. Difícilmente se hallaría otra tan fiel y que la quisiera tanto.
- ODETTE Yo también la quiero..., y no ha sido culpa mía si la pelota le dió de pleno en la nariz. ¡ Yo no lo hice expresamente !
- SANTIAGO No se hable más del particular ; el asunto se halla ya suficientemente debatido. (Abriendo los brazos, en los que se arrojará la niña.)

Vamos a ver, señorita ; me parece que ya es hora de que abrace usted a su tío.

ODETTE ¡ Con mucho gusto, tío !

SANTIAGO ¡ Tío ! ¡ Ahora mucho mimo..., pero así que vuelva usted la espalda, ya no vuelve usted a acordarse del santo de mi nombre ! ¡ Cuidado si es usted olvidadiza !

ODETTE ¡ Eso no es verdad..., y por lo que veo, os habéis propuesto todos hacerme pasar un mal rato !... De sobras sabes que yo te quiero !

SANTIAGO ¡ Vamos, apriete usted bien fuerte..., así !... ¡ Cuidado, chiquilla..., por poco me estrangulas !... ¡ Me has deshecho el nudo de la corbata ! (Soltando a la niña para arreglarse la corbata. Odette, avanzando hacia Luisa, que permanece triste y cabizbaja.)

ODETTE ¿ Por qué estás triste, mamá ? ¿ Estás todavía enfadada conmigo ?

LUISA (Abrazándola.) ¡ No, hija mía, no... no es por esto !

ODETTE ¡ Ah, ya adivino !... Como que hace tantos días que no recibimos carta de papá, tienes miedo que le haya ocurrido alguna desgracia... ¡ Pobre papá !... Si supieras las ganas que tengo de volver a verle... ¡ Quiera Dios que dentro de poco vuelva de la guerra victorioso !

SANTIAGO Y con los galones de coronel..., ¿ no es verdad, Odette ? (Estrechando las manos de la niña con efusión.) Tú también sientes arder en tus venas el amor patrio ; lo leo en tus miradas. Si hubieses sido un muchacho, habrías seguido la carrera de tu padre y de tu tío, y con el tiempo te hubieras engalanado con el fajín de general.

LUISA (Abrazando a la niña.) No, no..., basta ya con su padre... Por este lado le doy gracias a Dios por haberme dado una niña. ¡ Bastantes tormentos tengo que pasar ahora ! Entonces tendría que sufrir por los dos,

y mi corazón no tendría fuerzas para resistirlo.

SANTIAGO Como se conoce que tú no eres de los nuestros. ¡Tú no sientes el santo amor a la patria!

LUISA Pero siento amor a los míos, y sufro ante el temor de perderlos. La patria ama mucho a sus hijos..., pero, a pesar de amarlos tanto, no vacila en sacrificarlos. ¡Dime tú de otra madre que sacrifique a sus hijos!

ODETTE Mama, mamá, tranquilízate..., yo no quiero verte sufrir.

LUISA ¡Pobre hija mía! Tenéis razón; mis temores carecen de fundamento. Tu padre regresará dentro de poco, y ya no volverá a separarse de nosotros. ¿Acaso no somos bastante ricos? ¿Para qué exponer la vida de continuo, cuando se tiene una esposa y una hija que lloran lejos del ausente? ¡No..., yo haré lo posible para que renuncie a su carrera, y no pararé hasta conseguirlo! Aunque tú te opongas... ¡Si es preciso luchar, lucharé con todas mis fuerzas! (Santiago hará un gesto de desagrado. En este momento entrará un criado y entregará una carta a Luisa.)

ESCENA IV

Dichos y JOSÉ (criado).

JOSÉ Acaban de traer esta carta.

LUISA (Se apodera de la carta y lanza un grito de alegría al reconocer la letra del sobre.) ¡Es de Rodolfo, reconozco su letra!... ¡Gracias, Dios mío! (El criado saludará y saldrá.)

ODETTE (Saltando de alegría.) ¡Carta de papá! ¡Carta de papá! ¡Qué contenta estoy!

SANTIAGO (Sin poder dominar su impaciencia.) ¿Qué dice?

LUISA (Después de haber recorrido la carta con la vista.) Escuchad: «Idolatrada esposa: Perdo-

na que no te haya escrito antes, pero de algunos días a esta parte andamos completamente desorientados, sin parar nunca en punto fijo. Los árabes siguen haciendo de las suyas, y no pasa día que no nos tiendan alguna emboscada, de las cuales nos libramos fácilmente. Hasta ahora no hemos tenido ningún combate formal, y nuestra vida transcurre en medio del mayor aburrimiento. Si a lo menos se nos presentara ocasión de sentar las costuras a esos malditos hijos de Mahoma !... Pero los muy renegados nos andan siempre buscando, y cuando nos tienen delante escurren el bulto como gallinas. Yo creo que eso se va a acabar dentro de poco. Los musulmanes carecen de armas y municiones, y no pueden sostenerse en pie de guerra por mucho tiempo. Si tales presentimientos fuesen ciertos, no sería de extrañar que dentro de un par de meses me embarcara para Francia y volviera a estrecharos contra mi corazón... ; Si supieras los deseos que tengo de volver a veros ! Cuando me contestes, háblame de la niña, y cuéntame todo lo que hace... Si ha crecido mucho y si se acuerda de mí. Dile que yo no la olvido ; y antes de entrar en acción, le ruego a la Virgen para que me libre en bien y pueda volver a verla. No soy más extenso porque ha sonado el toque de retreta y ya todo el mundo se ha recogido en el campamento. Saluda a Santiago, y tú ya sabes que no te olvida tu esposo—*Rodolfo*.» (Al acabar de leer la carta se secará algunas lágrimas.)

SANTIAGO

LUISA

ODETTE

¿Qué es eso?... ¿Lagrimitas otra vez?

Ahora son de alegría, Santiago. ; Esas lágrimas no amargan, como las otras !

¿ Dice que volverá dentro de dos meses?

¿ Si fuera cierto !... Sí, sí ; el corazón me dice que no tardaremos en verle aparecer

por esta puerta. No llores más, mamá. Ya verás tú cuán pronto transcurrirán estos dos meses... ¡No te darás cuenta, que ya habrán pasado!

LUISA ¡Dos meses! ¡Dos meses aún de eterna angustia, de cruel zozobra!

ODETTE ¡Qué lástima que uno no pueda hacer correr el tiempo a su antojo! ¡Si yo supiera que dándole vueltas a las agujas del reloj había de pasar más pronto!...

LUISA (Sonriendo a pesar suyo.) ¡Pobre hija mía!

SANTIAGO (Que se habrá puesto pensativo.) ¿Qué fecha trae la carta?

LUISA (Leyendo la fecha.) Está fechada el cuatro, en Lomas de Tetuán. ¿Por qué lo preguntas?

SANTIAGO Por simple curiosidad únicamente.

ODETTE Ahora que ya sabes que a papá no le ha ocurrido nada, es menester que te muestres alegre y contenta, o sinó Dios se ofendería de verte llorar, tanto cuando tienes motivo como cuando no... Vamos a ver si a Genoveva se le ha calmado el dolor, y de paso le leeremos la carta de papá. La pobre, estoy segura que se alegrará, porque ella también le quiere mucho. (Acercándose a Santiago y dándole un golpe en la espada.) ¡Adiós, títo...; ya ves como no me olvido de ti! (Y apoderándose luego de la mano de su madre, desaparecerán las dos por el foro.)

ESCENA V

SANTIAGO; después, JOSÉ. Santiago, al quedar solo, se apoderará del diario, y después de haberlo recorrido con la mirada se quedará de nuevo pensativo.

JOSÉ (Entregando una tarjeta a Santiago.) Este caballero pide permiso para saludar al señor.

SANTIAGO (Después de haber leído la tarjeta; muy sorprendido.) ¿Qué significa? ¡El coronel Andréé Du-

berge!... Que pase, que pase inmediatamente. (El criado saldrá, volviendo a entrar al poco rato, acompañado de André Duberge, ayudante del ministro de la Guerra. El criado saludará y saldrá.)

ESCENA VI

SANTIAGO y ANDRÉE DUBERGE.

SANTIAGO (Saliendo al encuentro del coronel y saludándole militarmente.) ¡ Mi coronel !

ANDRÉE (Con voz ligeramente emocionada.) Caballero, no debe usted agradecerme mi visita. ¡ Soy portador de una triste nueva !

SANTIAGO ¡ No comprendo !

ANDRÉE La vida nos reserva algunas veces crueles decepciones, y descarga sobre nosotros golpes mortales... ¡ pero los hombres que, como usted, tienen la suerte de poder ostentar con orgullo un nombre glorioso, deben revestir su corazón del valor necesario para soportar unas y otros ! Es menester, señor teniente d'Avigni, que apele usted a todo su valor, porque una gran desgracia acaba de herir a su familia.

SANTIAGO ¡ Cómo ! ¿ Acaso mi hermano ?...

ANDRÉE El capitán Rodolfo d'Avigni acaba de batirse valerosamente en el zoco de Zeymur, cubriendo de gloria a las armas francesas... ¡ El valor desplegado por él en aquella acción ha rayado en heroicidad, y su nombre, de hoy en adelante será citado como el de un héroe !... Pero no siempre acompaña al valor la fortuna... (Sacándose de la cartera un telegrama y entregándoselo a Santiago, que se apoderará de él con mano temblorosa.) He ahí, señor oficial, el telegrama que se acaba de recibir del general en jefe de nuestro ejército de operaciones en Africa... (Santiago, vencido por el dolor y la emoción, tendrá que apoyarse en una silla. Devolviendo el telegrama.)

SANTIAGO ; No puedo..., no puedo !

ANDRÉE (Corriendo a sostenerle.) ; Valor, señor d'Avigni ! Oiga usted el telegrama que el general en jefe dirige al señor ministro. En medio de la terrible desgracia que le hiere, el comportamiento observado por su hermano debe servirle de lenitivo a su dolor. (Leyendo.) «Señor ministro de la Guerra.—En el combate de que di cuenta a V. E. en el zoco de Zeymur, tuvimos que deplorar, además de las bajas ya relatadas, la del bizarro oficial capitán Rodolfo d'Avigni, que dando muestras de un valor a toda prueba, se batió denodadamente contra el enemigo. En esta refriega, de extrema violencia, hubo de deplorarse la pérdida del bizarro oficial, cuyo cuerpo no pudo ser hallado entre las bajas, suponiendo que los árabes debieron de llevárselo mal herido para rematarlo, según en ellos es costumbre. Con la desaparición del capitán d'Avigni la patria ha perdido uno de sus hijos más preclaros, y su muerte llenará de luto a la Francia.»

SANTIAGO ; Mi pobre hermano ! ; Mi pobre hermano !

ANDRÉE (Estrechando la mano a Santiago.) ; Resignación, señor oficial ! Es menester que usted, dando pruebas de valor y de entereza de ánimo, prepare poco a poco a la infortunada mujer que hasta ahora se ha titulado esposa del capitán d'Avigni. Piense que de hoy en adelante debe ser usted firme sostén, no solamente de ella, sino también de su hija. ; Usted es quien debe infundirle resignación en su dolor !

SANTIAGO El dolor que experimente será tanto mayor cuando aun no hará un cuarto de hora que ha recibido una carta de su esposo, participándole que se hallaba en perfecta salud y con deseos de abrazarlas

pronto. ¡La pobre mujer, estoy seguro que no resistirá este golpe!

ANDRÉE

Dios da fuerzas en la desgracia... (Disponiéndose a marchar.) Señor d'Avigni, he cumplido con mi dolorosa misión, y ruego a usted que me perdone ser el portador de tan triste noticia. Nada me resta ya que decirle, señor d'Avigni, sino testimoniarse el dolor que tanto al señor ministro como a mí nos embarga por la desgracia acaecida.

SANTIAGO

(Con la voz embargada por la emoción.) ¡Gracias! ¡Gracias!

ANDRÉE

(Desde la puerta, estrechando afectuosamente la mano del oficial.) ¡Valor, amigo mío, valor! (Vase el coronel lateral derecha. Santiago permanecerá de pie, inmóvil, ante el dintel de la puerta por donde ha desaparecido el coronel. En este momento entrará Luisa, alegre y satisfecha, agitando en el aire la carta de su esposo. Sin fijarse en la actitud de Santiago, abriendo un cajón de la mesa y depositando en él la carta.)

ESCENA VII

SANTIAGO y LUISA.

LUISA

¡Anda a reunirme con las otras, carta querida! ¡Quiera Dios que pronto llegue un día en que al fijar en vosotras la vista no sea con el corazón oprimido como lo hago ahora, y teniendo a mi lado a aquél a quien amo tanto! ¿Por qué estás tan triste y pensativo? (Santiago hará un signo negativo.) ¿No te alegra a ti también la carta de Rodolfo? ¡Ya has oído lo que dice! Probablemente dentro de dos meses volveremos a estrecharlo en nuestros brazos. ¡Lástima que tú, entonces, ya no estarás a nuestro lado!... Probablemente te hallarás navegando. (Levantándose y dirigiéndose a él.) ¿Cómo no te cansa esa vida,

Santiago? Siempre separado de los tuyos, surcando los mares, y expuesto a hallar una tumba en el Océano. (Fijándose de pronto en la actitud dolorosa de Santiago.) Pero, ¿qué tienes? ¿Por qué no me contestas?

SANTIAGO (Haciendo inauditos esfuerzos para dominar su emoción.) ¡No puedo, no puedo!...

LUISA Tus ojos se hallan empañados de lágrimas. Santiago... ¿qué ha sucedido? Responde... (Santiago, vencido por la emoción, se dejará caer sobre una silla, sollozando.) ¡Lloras!... ¿Acaso Rodolfo?... ¡Habla, habla, por piedad!

SANTIAGO (Apoderándose de las manos de Luisa y apretándolas entre las suyas.) ¡Perdóname, Luisa, perdóname! ¡Soy un cobarde! ¡El dolor me ha vencido! Yo, que debo infundirte valor y darte fuerzas para sobrellevar tu desgracia, me he dejado abatir como un niño... (Secándose los ojos y aparentando firmeza.) Pero eso ya pasó, ¿oyes, Luisa? ¡Ya vuelvo a recuperar todo mi valor; ya vuelvo a ser fuerte! (Apoderándose de las manes de Luisa y atrayéndola hacia sí.) Y tú también, ¿lo oyes? ¡Tú también debes tener valor y mostrar firmeza! ¡Dios acaba de descargar sobre nosotros un golpe cruel!

LUISA ¿Ha muerto Rodolfo? (Santiago baja la cabeza sin contestar.) ¿No contestas?... ¿Luego es verdad?... ¡Oh, habla, habla!... ¡La angustia me devora! ¿Ha muerto mi esposo?

SANTIAGO Sí.

LUISA (Cayendo sin fuerzas y presa de la mayor desesperación sobre una silla.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

SANTIAGO (Acercándose a ella y apoderándose de una de sus manos.) ¡Valor, hermana mía! ¡Dios lo ha querido! Hace un momento que acabo de recibir la infausta nueva... El propio delegado del ministro ha venido a notificármela. Rodolfo d'Avigni ha muerto en el campo de batalla, luchando como un va-

liente. La fortuna, que le había sonreído otras veces, le ha abandonado esta vez. ¡ Esta es la suerte del soldado !... ¡ Dichosos los que, como él, han sabido rodear su nombre de una aureola de gloria !

LUISA ¡ Mi pobre esposo !... ¡ Mi pobre esposo !
¡ Ya nada me resta sino morir !

SANTIAGO ¡ No !... ¡ Hay que sobreponerse a la desgracia apelando a todo nuestro valor ! Hay algo en el mundo que reclama de ti, que te obliga a la vida. Piensa en tu hija..., en este ángel de candor que bate las alas en torno tuyo en demanda de protección. Tú no puedes disponer de tu vida, porque tu vida es suya. Por ella es por quien debes poner una mordaza a tu dolor y seguir ocupando tu puesto al lado de la pobre huérfana. ¡ Piensa lo que sería de ella si tú murieses ! ¡ No, hermana mía ! El dolor no debe hacerte olvidar del deber, y éste te manda que vivas.

LUISA (Con la voz embargada por los sollozos.) Mi vida era él, y ya no existe... ¿ Cómo quieres que viva si él se ha llevado mi vida ? (En este momento aparece Odette por la puerta del foro, alegre y vivaracha, llevando en brazos una muñeca de gran tamaño.)

ESCENA VIII

Dichos y ODETTE.

ODETTE (Corriendo hacia su madre.) ¡ Si supieras, mamá, lo contenta que estoy ! ¡ Como si fuera poco la carta de papá, acabo de recibir otra alegría. Lulú, la muñeca que creía perdida, ha aparecido debajo del sofá de la sala. ¡ La pobrecita habrá pasado un miedo esta noche !... Pero, ¿ qué es eso, mamá ?... ¿ Por qué lloras ? ¿ Acaso no nos ha escrito papá diciéndonos que estaba

bueno y que volvería dentro de poco? ¿No te alegra a ti el regreso de papá? Yo, nada más que de pensar que volveré a verle, me siento tan alegre..., tan alegre..., que no haría más que correr y saltar todo el día! ¡Vamos..., enjuga esas lágrimas y alégrate como yo!... ¡Yo no quiero que estés triste!

LUISA ¡Pobrecita mía, pobrecita! (Estrechando a la niña entre sus brazos y redoblando sus sollozos.)

ODETTE (Extrañada, desprendiéndose de los brazos de su madre.) ¿Lloras aún? ¿Pero... por qué? Mamá, mamá, ¿qué tienes?

SANTIAGO (¡Luisa, por piedad..., hazlo por ella..., no te abandones a tu dolor!)

ODETTE (Recelosa y pensativa, abandonando la muñeca sobre una silla.) ¿Qué significa? (Fijándose en el telegrama, que permanecerá sobre la mesa. Observando antes si la vigilan, y apoderándose del telegrama. Después de haberlo leído prorrumpirá en un grito.) ¡Papá ha muerto! ¡Papá ha muerto!

LUISA (Corriendo hacia la niña y estrechándola entre sus brazos.) ¡Hija mía! ¡Hija mía! (Pausa. La niña llorará amargamente. Santiago, apoderándose de las manos de la niña y estrechándolas entre las suyas; arrodillándose a los pies de Luisa, que sostendrá a la niña en su regazo.)

SANTIAGO Valor, hija mía, valor. ¡Piensa que si él ha muerto te queda tu madre y te quedo yo, que nos esforzaremos en hacerte dichosa!

ODETTE (Con voz entrecortada.) ¡Pobre papá! ¡ya no volveré a verle más!

SANTIAGO Tu papá ha muerto en el cumplimiento de su deber, tú ya empiezas a ser mayorcita y puedes comprenderme. ¡En la guerra, hija mía, es preciso morir antes que rendirse! Si en vez de haber arrostrado la muerte hubiese desertado de su puesto, se hubiera portado como un cobarde, Mientras que ahora todo el mundo alaba su memoria, y tú debes considerarte or-

gulososa de ser su hija. (Odette, como si esas palabras le hubieran infundido valor, cesará de llorar, y procurando contener sus sollozos, exclamará:)

ODETTE ¡No llores, mamá, no llores! Papá está en el cielo y no debemos llorar por él.

LUISA (Esforzándose en dominar su dolor.) ¡Oh, sí, tienes razón! ¡No son lágrimas las que le hacen falta!... ¡Reza, hija mía, reza por él! ¡Las oraciones de los ángeles llegan más pronto a Dios! (Odette, al oír estas palabras, caerá de rodillas, y, juntando las manos y con gran fervor, balbuceará:)

ODETTE Padre nuestro, que estás en los cielos... (Interrumpiéndose de pronto, como vencida por la emoción, prorrumpirá en sollozos, exclamando, mientras que Santiago y Luisa continúan de pie ante la niña en actitud dolorosa.) ¡Pobre papá! ¡Pobre papá!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Cuadro II

¡Sola en el mundo!

Telón corto, representando una antesala de la pensión Molière. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

SANTIAGO y AYUDANTA.

AYUDANTA ¿A quién debo anunciar?

SANTIAGO Al teniente Santiago d'Avigni. (La ayudanta saluda y sale, apareciendo al poco rato la directora de la Pensión Molière.)

ESCENA II

SANTIAGO y DIRECTORA.

SANTIAGO (Devolviendo el saludo que le hará la directora.)
¿Tengo el honor de hablar con la directora de la Pensión Molière?

DIRECTORA. Servidora.

SANTIAGO El asunto que me obliga a molestarla, señora, es altamente triste y doloroso. Soy el teniente de navío Santiago d'Avigni, hermano del infortunado capitán d'Avi-

gni, muerto hace dos meses en el campo de batalla.

DIRECTO. Conozco esta triste historia, caballero. La noticia de la muerte del capitán d'Avigni produjo en Francia consternación general, y yo fui la primera en lamentarla.

SANTIAGO ¡Gracias, señora! El capitán d'Avigni dejó, al morir, a su esposa y a su hija; ¡y he aquí lo más terrible! Aquella, que adoraba en su marido, y había concentrado en él toda su vida... (Deteniéndose de pronto, como dominado por la emoción.) Perdón, señora..., pero el recuerdo es tan doloroso, que no soy dueño algunas veces de dominar mi emoción.

DIRECTO. Tranquilícese usted, caballero... Comprendo su profundo pesar.

SANTIAGO María Luisa, la esposa de mi hermano, recibió, con la muerte de éste, golpe tan rudo, que a pesar de llamar en su auxilio a todas sus fuerzas no logró resistirlo. Su naturaleza delicada cedió ante la fuerza de su desgracia, y hace ocho días...

DIRECTO. ¡Valor, caballero!

SANTIAGO Mi pobre hermana bajó al sepulcro a reunirse con su esposo.

DIRECTO. (Después de una pausa.) ¡Caballero..., no debe usted dejarse abatir por el dolor!

SANTIAGO Yo, que jamás he temblado ante las balas, que me he jugado la vida tantas veces, ahora me siento cobarde; y mis ojos, que jamás habían derramado una lágrima, se nublan de continuo por el llanto.

DIRECTO. ¡Hay que ser fuerte, y apelar a nuestra fuerza de voluntad!... ¿Y esa niña?

SANTIAGO Por ella he venido precisamente, señora. Como si las desgracias que pesan sobre mí no fueran bastantes, esta mañana he recibido una orden del ministro de Marina en la que me manda reingresar en mi puesto a bordo dentro de las veinticua-

tro horas, con rumbo hacia el Extremo Oriente. ¡Y ahí tiene usted, señora..., que la pequeña Odette, que hace dos meses contaba con el apoyo y protección de sus padres y la mía, ahora va a quedar completamente sola y abandonada! ¡La pobrecita apenas cuenta 10 años, y se halla necesitada de cariño! La doble pérdida que acaba de sufrir exige que se la trate con la mayor dulzura, a fin de derramar algún consuelo en su corazón lacerado; y como no me es posible abandonarla al cuidado de gente extraña y mercenaria, pues la única a quien podría confiarla es a su vieja aya Genoveva, y ésta es de edad muy avanzada para prodigarle los cuidados y darle la educación que se requiere, he pensado, señora, acudir a usted para que se sirva admitirla en su pensión..., en espera de que se mostrará usted para con ella todo lo benévola y cariñosa de que es susceptible su bondadoso corazón.

DIRECTO. Desde luego, caballero. La desgracia de esta pobrecita huérfana me ha conmovido profundamente. ¡Márchese usted tranquilo! Su sobrina será atendida y educada conforme requiere su estado y condición..., y tanto yo como las demás profesoras nos esforzaremos, con nuestros cuidados y consuelos, en hacerle menos dolorosa la terrible pérdida que ha sufrido.

SANTIAGO (Estrechándole la mano.) ¡Gracias, señora; no esperaba menos de su bondad! En cuanto a las condiciones...

DIRECTO. Sírvase usted acompañarme a mi despacho, y...

SANTIAGO ¿Podrá ingresar la niña ya desde luego en la pensión?

DIRECTO. Inmediatamente.

SANTIAGO Entonces, permítame usted que vaya a buscarla.

DIRECTO. ¿Ha venido, acaso, con usted?

SANTIAGO La he dejado en compañía de su aya en el automóvil.

DIRECTO. En este caso, no es menester que usted se moleste. (Haciendo sonar un timbre.) Mandaremos a buscarlas. (A la ayudanta, que entrará en aquel momento.) Diga usted a la señora que ha quedado, junto con una niña, en el automóvil de este caballero, que haga el favor de acompañarla..., que las estamos esperando. (La ayudanta saludará y saldrá.) ¿Permanecerá usted mucho tiempo ausente, caballero?

SANTIAGO ¡Quién sabe! Yo nunca puedo decir, al embarcarme, cuándo volveré. En nuestra carrera no hay fechas.

DIRECTO. Ya procuraremos que su sobrina no le eche de menos. (Indicándole el camino.) Por aquí, caballero..., ¡será cuestión de unos minutos! (Vanse lateral izquierda.)

ESCENA III

AYUDANTA, ODETTE y GENOVEVA. Tanto Odette como Genoveva vestirán de riguroso luto; la niña llevará la muñeca, también de luto, en brazos.

AYUDANTA ¡Pasen ustedes! La señora directora vendrá en seguida. Acaba de salir en este instante con el papá de esta señorita.

ODETTE (Con tristeza.) ¡No es mi papá! ¡Mi papá ha muerto!

AYUDANTA ¡Perdón!... Yo ignoraba...

GENOVEVA De nada, señorita.

AYUDANTA Con su permiso. No tendrán ustedes que aguardar mucho. (Vase.)

ESCENA IV

ODETTE y GENOVEVA.

GENOVEVA (Visiblemente conmovida, contemplando a la niña con profunda tristeza.) ¿Te encuentras mal, hija mía?

ODETTE No. (Dando muestras de gran firmeza.)

GENOVEVA ¿Te gustará quedarte en esta casa?

ODETTE Tío Santiago lo quiere...

GENOVEVA Yo vendré a verte con frecuencia, ¿lo oyes?... y me lo explicarás todo.

ODETTE Sí.

GENOVEVA Aquí hay muchas niñas y jugarás con ellas.

ODETTE No..., ya tengo a mi muñeca para jugar.

GENOVEVA (Abrazándola.) Si te hacen estudiar demasiado, me lo dirás cuando venga a verte, y yo hablaré con la directora. Aquí todas las niñas están muy alegres, y durante el recreo se entregan a toda clase de juegos. Estoy segura de que cuando hayan pasado algunos días, y cuentes con algunas amigas, te divertirás tú también y te reirás como ellas.

ODETTE (Con los ojos bajos.) No..., ellas se ríen porque tienen a sus papás; yo no los tengo, no puedo reirme.

GENOVEVA (Abrazándola.) Vamos, es menester que no estés triste... Las otras niñas se burlarán de ti.

ODETTE ¡Cómo quieres que no lo esté!... Hasta ahora te he tenido a ti y al tío Santiago, y con vosotros podía hablar de papá y mamá: ahora, qué voy a quedarme sola, ¿con quién hablaré de ellos? Tendré que contárselo todo a la muñeca. ¿No es verdad, Lulú, que hablaremos las dos? Tú eres una niña muy buena, y te hallas

siempre dispuesta a escucharme. ¡Lástima que no sepas hablar! Cuántas cosas me dirías entonces, ¿no es verdad?... Tú sí que no te burlarías de mi tristeza, como las demás niñas.

GENOVEVA (Sin poder contener las lágrimas.) ¡Pobrecita!
¡Pobrecita!

ESCENA V

Dichas. SANTIAGO y DIRECTORA.

SANTIAGO (Cogiendo a la niña de la mano.) Ahí tiene usted, señora, a su nueva alumna. Odette..., abraza a esta señora. Ella también te querrá mucho y cuidará de que seas feliz.

DIRECTO. (Abrazando a la niña.) ¡Qué hermosa es! ¿No es verdad, pequeña, que seremos buenas amigas? A mí me gustan mucho las niñas formales y sericitas como tú. Estoy segura que serás muy estudiosa, ¿no es verdad? (La niña hará una señal afirmativa.)

SANTIAGO No la esfuerce usted mucho en el estudio, señora... Se halla tan reciente todavía...

DIRECTO. Sí, sí, comprendo. ¡Haremos que se distraiga! ¡Aquí no se aburrirá! ¡Tenemos toda clase de juegos! ¡Ya verás cuán alegre y divertido pasas el tiempo!

SANTIAGO Odette, hija mía. Ha llegado el momento de separarnos. Acuérdate que me has prometido tener valor. ¡Abrázame, hija mía! (Entregándole una cadena de oro de la que penderá un medallón, y colgándosela del cuello.) En este medallón se encierran los retratos de tus padres. Consérvalo siempre en tu poder, y piensa que ellos desde el cielo se hallan velando por ti.

ODETTE (Prorrumpiendo en sollozos.) ¡Tío! ¡tío!...

SANTIAGO (Con la voz entrecortada por la emoción, esforzándose en conservar su serenidad.) ¡No llores! ¡Esta separación no ha de ser eterna! No temas...; yo te escribiré con frecuencia..., y espero que tú, que ya sabes escribir, no dejarás de contestarme. Mi viaje probablemente no será largo..., y cuando vuelva, yo te prometo que no volveré a separarme de ti. Vamos, hay que tener valor... (Desprendiéndose de los brazos de la niña y secándose las lágrimas.) ¡Señora, cuide usted bien de ella! Es mi único afecto en el mundo. (A Genoveva, que durante esta escena llorará amargamente.) ¡Vamos, Genoveva, despídete de ella!... ¡Tú, a lo menos, podrás verla de vez en cuando, y no debes consolarte!...

GENOVEVA (Abrazando a la niña.) ¡Hija mía! ¡Hija mía!

SANTIAGO (Tratando de separar a Genoveva de la niña.) Basta, basta... ¡hay que terminar esta escena!

ODETTE (Sollozando.) Vendrás a verme, ¿no es verdad?

GENOVEVA Sí, sí.

SANTIAGO (Arrastrando a Genoveva por el brazo.) ¡Adiós, Odette, adiós! (Vanse directora, Genoveva y Santiago. Odette, extendiendo los brazos hasta la puerta por donde han desaparecido Santiago y Genoveva, con la voz embargada por los sollozos.)

ODETTE ¡Tiíto! ¡Tiíto! ¡Genoveva! (Apoderándose, de pronto, de la muñeca que habrá dejado sobre una silla y abrazándola estrechamente.) ¡Ya estamos solas, Lulú! ¡Ya no me queda más que a ti en el mundo! (Al acabar de pronunciar estas palabras prorrumperá en sollozos.)

MUTACIÓN

Cuadro III

El rapto

Una de las avenidas del parque Monceau. A derecha e izquierda, grandes hileras de árboles y macizos de flores. A ambos lados de la gran avenida, cuya prolongación se extiende por el foro, sendas matas de arbustos. En primer término, un banco de piedra.

ESCENA PRIMERA

AYUDANTA ¿No quieres dar un paseo por el parque?

ODETTE (Sentándose con la muñeca en brazos.) No; me encuentro algo fatigada y prefiero descansar.

AYUDANTA Ya sabes que el doctor te ha recomendado hacer mucho ejercicio, y es menester cumplir sus prescripciones.

ODETTE ¡Ya las cumplo! ¿Acaso no salimos todas las tardes?

AYUDANTA La señora directora pone mucho empeño en atender a tu salud. Ésta hace algún tiempo que se halla algo quebrantada, y es menester que hagas los posibles para reponerla. El paseo que damos todas las tardes por orden del médico es uno de los primeros cuidados que debes observar, y si en vez de pasear nos sentamos..., no vale la pena de salir del colegio. (Cogiéndola suavemente del brazo.) Vamos; la tarde está ya al caer y no debemos entretenernos.

ODETTE ¡No..., no... : hoy no tengo ganas de paseo!

AYUDANTA ¿Y si te pones peor?

ODETTE ¡No importa!

AYUDANTA ¡Ah!... ¿De manera que no te importa caer enferma? ¿Y si te mueres?

- ODETTE ¡ Mejor !... ¡ Así iré a reunirme con papá y mamá !
- AYUDANTA ¿ Por qué dices eso, Odette ? ¡ Dios puede castigarte ! ¡ Cuando se ha llevado a tus papás Él sabrá por qué lo ha hecho ! ¡ Hay que tener resignación ! (Abrazando a la niña.) Vamos..., sécate las lágrimas y coge la muñeca.
- ODETTE (Apoderándose de la muñeca, que habrá dejado sobre el banco.) ¡ Pobre Lulú !... El otro día se la dejé a Gabriela, y por poco la rompe ; se le cayó al suelo, y fué un milagro que no le partiera la cabeza. (Abrazando a la muñeca.) ¡ Qué sería de mí si ella me abandonara !
- AYUDANTA (Cogiendo a la niña de la mano.) Vamos, vamos..., no perdamos el tiempo.
- ODETTE (Deteniéndose de repente y poniéndose a escuchar.) ¿ Ha oído usted ?
- AYUDANTA ¿ Qué ?
- ODETTE Ruido de pasos sobre las hojas secas...
- AYUDANTA ¿ Y qué tiene eso de extraño ?... Será alguien que viene a pasear como nosotras. El parque Monceau no es ningún desierto.
- ODETTE Lo raro es que por más que miro no se distingue a nadie.
- AYUDANTA (Tirándole de la mano.) ¿ Vas a tener miedo, ahora ? Si seguimos entreteniéndonos así nos vamos a quedar hoy sin paseo. Ya sabes que la directora quiere que estemos de regreso antes de cerrar la puerta. (Vanse las dos lateral derecha.)

ESCENA II

PABLO EL USURERO y EL LAGARTIJA.

- PABLO ¿ Las has visto ?
- LAGARTIJA Sí... ¿ Y crees tú que volverán ?
- PABLO ¡ Claro que sí ! ¡ Todas las tardes hacen lo mismo ! Se dirigen por la avenida de los Tilos hasta dar la vuelta a la glorieta,

y luego deshacen el camino, saliendo del parque por la puerta central. Dentro de poco se hallarán de vuelta.

LAGARTIJA ¿Y estás seguro de no dar el golpe en falso?

PABLO ¡Eso ni se pregunta! Ya sabes que yo soy zorro viejo y poseo el don de los negocios. Los informes que he podido procurarme no pueden ser mejores.

LAGARTIJA Pues manos a la obra, que yo ardo ya en deseos de emprender algún negocio que valga la pena. ¡De algún tiempo a esta parte apenas si se trabaja! Antes aun se operaba algo, pero lo que es ahora, anda todo de patas arriba; y si esto continúa no nos quedará otro remedio que meter nos a hombres honraos.

PABLO ¡Bah!... Aquí lo que hace falta es saber aprovechar la ocasión cuando se presenta, y para esto precisa tener olfato y pupila. Tú has vivido hasta ahora en una esfera muy reducida, y te conviene sacudir las alas para volar con libertad. Desengáñate: los monederos y los relojes ya no dan ni para un cuartillo de aguardiente..., y hay que recurrir a otros medios. (Sacándose un puñal del cinto, acariciándolo.) He ahí el más seguro. Sabiéndolo manejar con suavidad y ligereza, tienes adelantada la mitad del camino para llegar a la cumbre de la fortuna. Lo que ocurre es que el aprendizaje cuesta caro, y si te descuidas... vas a parar con tus huesos en la guillotina. Pero si aprendes con un buen maestro, como yo, por ejemplo, yo te respondo que con pocas lecciones te hallas ya en disposición de servirte de él.

LAGARTIJA (Con cierta repugnancia.) ¿Va a ser preciso emplearlo ahora?

PABLO ¡No tengas miedo! Cualquiera diría que te estremeció su presencia. (Guardándose el puñal.) ¡Como se conoce que no estás

acostumbrado todavía! Cuando haga algún tiempo que estés en mi compañía... ya verás tú cómo desaparecen esos repulgos..., y una vez hayas sentado plaza no tardarás en ser un buen soldado.

LAGARTIJA ¿Y dices que hemos de apoderarnos de la niña?

PABLO Sí, y fíjate bien en mis instrucciones. El golpe debe darse con la mayor rapidez. Mientras yo me apodero de la niña, tú te arrojas sobre la ayudanta, aplicándole a la boca el pañuelo de cloroformo... ¡y la mujer caerá sin soltar un grito! La noche se nos va echando encima por momentos, y a estas horas no hay peligro de que nadie venga a interrumpirnos.

LAGARTIJA Si así fuera... (Llevándose la mano al cinto.)

PABLO ¡Naturalmente!... A mí no me prueba estar a la sombra, y en cuanto a ti, supongo que no vas a querer que te *enchiqueren*.

LAGARTIJA Mal debut tendría entonces...

PABLO En tal caso, ¡ya lo sabes!... (Haciendo ademán de clavar un arma.) ¡Recto y al corazón! Si te tiembla el brazo estás perdido.

LAGARTIJA ¡Silencio! ¡Mira! (Señalando en dirección a la lateral derecha.)

PABLO El guarda. No hay que alarmarse. Ya verás tú cómo se arregla esto.

ESCENA III

Dichos y GUARDA.

PABLO (Saludando al guarda.) Buenas tardes. ¿Me hace usted el favor de un poco de fuego? (El guarda entregará a Pablo el cigarro que fumaba y éste encenderá el suyo. Devolviéndole el cigarro.) Hay poca gente por ahí.

GUARDA No es extraño. Hoy todo el mundo ha ido a Longchamps a presenciar las carreras...

- PABLO ; Es verdad ! ; La gente se vuelve loca por las carreras de caballos ! Yo no he sido nunca aficionado a ese sport. A mí se me parte el corazón cada vez que presencio alguna caída..., y raro es el día que no se tiene que lamentar alguna.
- GUARDA ; Tiene usted razón !... A mí tampoco me gusta divertirme a costa de la vida de los demás.
- PABLO De sobra se conoce que tiene usted buen corazón... ¿ No es verdad, Sebastián, que el señor tiene cara de hombre de bien ?
- LAGARTIJA ; Eso salta a la vista ! El señor sin duda debe haber sido soldado, ¿ no es verdad ?
- GUARDA (Con cierto orgullo.) ¿ En qué lo ha adivinado usted ?
- LAGARTIJA No cuesta mucho trabajo adivinarlo. ; Aquel que no ha servido en el ejército no tiene el porte marcial y el continente aguerrido de usted ! Aunque quisiera usted disimularlo no le sería posible.
- GUARDA (Enorgullecido.) Veo que tiene usted buen golpe de vista.
- PABLO (Alargándole la mano.) Permita usted que le estreche la mano ; yo he servido también, y cuando encuentro un veterano como usted me siento atraído hacia él sin poderlo remediar. Los hombres que han empleado su vida en el servicio de la patria son los más dignos de respeto y consideración.
- GUARDA (Estrechando las manos de Pablo.) Gracias, señores, gracias. Siento tener que separarme de ustedes, pero...
- PABLO Lo comprendo... ; El deber lo reclama ! No haga usted ningún cumplido ! Nosotros nos quedaremos todavía un rato. ; El silencio y la soledad de estos lugares convidan al reposo y a la meditación !
- GUARDA Mi gusto sería poder hacerles compañía, ; pero hay que vigilar ! Si supieran usted-

des el sinnúmero de granujas que andan sueltos por ahí...

PABLO ¡Duro con ellos, pues! ¿Y ahora va usted a hacer la ronda por el otro lado del parque?...

GUARDA ¡Qué remedio! ¡Hay que recorrerlo todo! ¡Hasta la vista, señores! (Vase.)

ESCENA IV

PABLO, LAGARTIJA.

PABLO (Sin poder contener la risa.). ¿Qué te ha parecido?

LAGARTIJA ¡Magnífico!... El hombre se marcha encantado, y ni por asomo sospecha de nosotros.

PABLO Y no hay peligro de que vuelva por ahí en mucho rato. Para que los negocios den el fruto apetecido hay que saber adular y poseer el don de gentes. Esta es una de las condiciones indispensables en la carrera..., y si quieres prosperar en ella, es menester que no lo olvides.

LAGARTIJA ¡Descuida! Ya has visto como le he lavado la cara con lo del soldado.

PABLO Por ser novel en el oficio no te has portado del todo mal. (Cogiendo al Lagartija del brazo y arrastrándolo hacia la lateral izquierda.) ¡Mira!

LAGARTIJA Se dirigen hacia aquí.

PABLO Ha llegado el momento. (Señalando uno de los macizos de plantas que existirán a ambos lados de la escena.) ¡Escóndete ahí detrás!... ¡Yo me ocultaré en el otro! Serenidad, y mucho cuidado en espantar la caza. (Ambos se ocultarán, como se indica, detrás de los macizos.)

ESCENA V

Dichos. ODETTE y AYUDANTA.

AYUDANTA (Llevando a Odette de la mano.) Ha anochecido más pronto de lo que creía. ¡La directo-

ra debe estar ya con ansia por nosotras !
¡ Es menester apresurar el paso ! (En este momento Pablo el Usurero y Lagartija saldrán de detrás de los arbustos, y mientras éste avanzará sigilosamente hasta colocarse detrás de la ayudanta, Pablo se colocará enfrente de ésta, interceptándole el paso.)

PABLO

Perdón, señorita... ¿Quiere usted hacerme el favor de decirme qué hora es? (Haciendo una seña al Lagartija. El Lagartija se arrojará sobre la ayudanta, aplicándole a la boca el pañuelo con cloroformo, mientras Pablo el Usurero se apoderará de la niña.)

ODETTE

¡ Socorro ! ¡ Socorro !

PABLO

(Aplicándole un pañuelo en la boca.) ¡ Yo te haré callar ! (Cogiendo Pablo el Usurero a la niña en brazos, y disponiéndose a marchar por la lateral derecha. Lagartija, soltando a la ayudanta, privada de conocimiento sobre el banco de piedra.)

LAGARTIJA

¿ Si la habrán oído ? (Arrojando al suelo el Lagartija la muñeca que la niña Odette sostenía en sus brazos.)

PABLO

¡ No tengas miedo !... ¡ Fuera estorbos !

LAGARTIJA

(Dándole un puntapié a la muñeca.) ¡ Buen viaje ! (Durante todo este cuadro habrá ido anocheciendo paulatinamente, y al llegar a ésta última escena la obscuridad empieza a reinar en el escenario.)

PABLO

¡ Despachemos ! ¡ La barraca del tío Crispín será una jaula segura para esta pajarita ! (Vanse los dos, llevándose a la niña por la lateral derecha.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Cuadro IV

En las garras del buitre

Interior de la barraca del tío Crispín. En primer término, y ocupando el ala izquierda, una banqueta de zapatero, encima de la cual permanecen varios útiles del oficio: algunos pares de zapatos viejos se hallarán esparcidos por el suelo: al lado de la banqueta, un banco de madera. En el foro, puerta de entrada, y ocupando el ángulo de la derecha, un jergón de paja cubierto por una manta. Tres o cuatro sillas de enea se hallarán distribuidas por la habitación. A la izquierda, puerta lateral que comunica con otra habitación. Un quinqué de petróleo ilumina la estancia.

ESCENA PRIMERA

CRISPÍN y EL MELINDRES.

CRISPÍN (Entregando al Melindres un par de zapatos.) Toma ese par y llévalo a su destino... ¿Ya sabes?... en el segundo del once de esta misma calle..., el violinista. ¡ Si rompe tantas cuerdas de violín como zapatos no le arriendo la ganancia ! ¡ Este ya es el tercer par que le remiendo en lo que va de mes !... Irá pisando siempre piedras de canto. (Dando un empujón al Melindres, que se habrá puesto una chaqueta.) Listo..., no gastas tú pocos cumplidos para salir a la

calle. ¡Ni que tuvieras que ir al Eliseo, a despachar con el presidente!

MELIN. ¡No voy a salir en mangas de camisa, con el frío que hace!

CRISPÍN (Irónico.) ¡Cuidado con el señorito, no vaya a coger una pulmonía! (El Melindres, con el par en la mano, se dispondrá a marchar.)
Aguarda. No vayas a dejar el calzao sin haber cobrado su importe. Serías muy capaz de hacerlo. A gandul y bobalicón no hay quien te gane.

MELIN. No tenga usted cuidao.

CRISPÍN Y no te entretengas mucho ¡je! que no te mantengo para que te pases el día parao delante de los escaparates. (El Melindres vase por el foro.)

ESCENA II

CRISPÍN. Luego, PABLO EL USURERO y ODETTE.

CRISPÍN (Dirigiéndose hacia la mesa y echándose un vaso de vino, pasándose la manga por los labios, después de apurarlo.) ¡Ah! ¡Esto hace entrar en calor! (En este momento llamarán a la puerta.)
¿Quién va?

PABLO (Desde fuera.) ¡Soy yo: abre! (Crispín abre la puerta y entra Pablo con la niña Odette en brazos.)

CRISPÍN ¿Qué es ese fardo que traes?

PABLO Poca cosa... (Acercándose al oído de Crispín.)
Eso es... el Perú..., que acaba de colarse por la puerta de tu casa. ¿Dónde la suelto?

CRISPÍN (Señalando al jergón.) Déjala ahí, encima de este jergón. (Pablo hará lo que se indica.) ¿Dónde te has encontrado esa paloma?

PABLO (Sentándose y haciendo seña a Crispín para que se siente.) Siéntate y escúchame: el negocio se lo vale.

CRISPÍN Desembucha, que soy todo oídos.

PABLO (Señalando a la niña, que continúa desmayada.) ¿Tú ves a esa niña?

- CRISPÍN ¡ Claro que sí !... No creo tener telarañas en los ojos.
- PABLO Pues bien... Esa niña es un filón, que si lo sabemos explotar puede hacer llover sobre nosotros una fortuna.
- CRISPÍN Venga esa lluvia, que dispuesto estoy a aguantar el chaparrón.
- PABLO Mira tú lo que llevaba colgado del cuello. (Enseñándole el medallón.)
- CRISPÍN ¡ Bonita alhaja !
- PABLO Esa joya hace presumir que sus padres deben ser ricos.
- CRISPÍN ¡ Probablemente !
- PABLO ¿ Empiezas a comprender ?
- CRISPÍN ¡ A Dios gracias, tengo buen olfato ! Y tú piensas guardarla esperando que la reclamen. Entonces te presentas tú... y exiges un buen rescate. ¿ No es ése el plan que te has formado ?
- PABLO ¡ Distes en el clavo ! ¡ El negocio, por lo que ves, no es despreciable ! Ahora sólo se trata de saber si tú te hallas dispuesto a guardar la chiquilla.
- CRISPÍN ¿ Yo?... ¿ Y por qué no te encargas tú de ella ?
- PABLO ¡ Yo soy demasiado conocido !... Ya sabes que la policía me anda siempre a las vueltas. ¡ Si me vieran con una niña empezarían a sospechar !
- CRISPÍN Es verdad.
- PABLO Mientras que tú puedes tenerla en tu compañía sin que nadie se aperciba de ello. Nadie se acuerda de ti.
- CRISPÍN Eso es lo que consiguen los hombres honraos... : que todo el mundo les olvide. Para crearse popularidad, hay que sentar plaza de granuja.
- PABLO (Dándole un golpe en la espalda.) ¡ Me río yo de tu honradez !... ¡ Valiente lagarto eres tú !
- CRISPÍN Y si acepto el trato, ¿ qué es lo que voy ganando con ello ?

PABLO (Sacándose un billete del bolsillo y desdoblandolo a la vista de Crispín.) Por de pronto, este *pápiro* de cien..., y si la muchacha se vende a buen precio... no te quejarás de mí. ¡Ya sabes que no soy roñoso!

CRISPÍN (Apoderándose del papel.) Eso es hablar con propiedad. (Alargándole la mano.) ¡Chócala!

PABLO ¿Sellao el trato?

CRISPÍN ¡Sellao! Y ahora... acepta un vaso de vino. Los negocios hay que remojarlos para que salgan bien. (Ofreciéndole un vaso de vino; él beberá también.)

ESCENA III

Dichos y MELINDRES.

MELIN. Buenas noches.

CRISPÍN ¿Te han pagao?

MELIN. (Entregando el dinero a Crispín.) Sí. (Fijándose de pronto en la niña, que continúa desmayada sobre el jergón. Acercándose a ella y pasándole la mano por la frente, prorrumpiendo en un grito de espanto.) ¡Está muerta! (Pablo y Crispín se volverán rápidamente.)

PABLO ¿Qué dices, imbécil?

MELIN. (Colocando la mano sobre el corazón de la niña.) ¡No..., no..., su corazón late todavía! Sólo se halla desmayada. (Dirigiéndose hacia una jofaina y empapando un pañuelo en agua; luego frotará con él las sienes de la niña.) ¡Pobrecita!... ¡Qué hermosa es! (Pablo y Crispín, sin preocuparse ya de la niña, continuarán su conversación en voz baja, amenizándola con sendos tragos. La niña abrirá poco a poco los ojos. Al volver en sí dirigirá la mirada en torno suyo, exclamando:)

ODETTE ¡Papá! ¡Mamá!... ¿Dónde estáis?

MELIN. Llama a sus padres. ¿Qué habrá sido de ellos? (Al oír la voz de la niña, Pablo volverá la cabeza.)

PABLO ¡Hola! ¿Ya te has despertado? (Dirigién-

dose hacia ella.) ¡Cuidado si tienes el sueño fuerte! (Apartando de un empujón al Melindres.) ¡Aparta tú de ahí, mil hombres!

MELIN. (Juntando las manos, suplicante.) ¡No le haga usted daño; no le haga usted daño!

PABLO (Irónico.) ¡Hola!... ¡Por lo visto te interesa la muchacha! No tengas miedo, que no me la comeré. (Dándole a la niña una palmada en la espalda.) ¿Por qué me miras con esos ojos tan asustaos? ¿Me has tomao, acaso, por algún ogro? (Señalando a Crispín.) ¿Ves a este señor? De hoy en adelante es menester que hagas cuanto te diga, porque de lo contrario haría correr el tirapié. Yo vendré a verte de vez en cuando; y si lloras y no eres obediente... te las entenderás conmigo. Conque así... ¡mucho ojo! Aquí no nos andamos con muchos cumplidos, ¿no es verdad, tío Crispín?

CRISPÍN (Cogiendo una correa de encima el taburete de trabajo.) ¡Que lo diga ése!... (Señalando al Melindres.) ¿Eh, Melindres?

PABLO (Por la niña.) ¡Parece un palomino atontao!

CRISPÍN ¡Ya me encargaré yo de despabilarla, no te preocupes!

ODETTE (Echando a llorar.) ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

MELIN. (Corriendo hacia ella.) ¿Lo ven ustedes?... ¡ya la han hecho llorar!... Claro, hablándole de ese modo... (La niña, al ver al Melindres, cesará de llorar y se abrazará a él.)

CRISPÍN ¡Pobrecita! ¡Otra vez nos pondremos guantes para hablarle!

PABLO (Señalando a los dos niños.) ¿Sabes que forman un grupo interesante?

CRISPÍN (Cogiendo brutalmente al Melindres por un brazo y arrojándole junto al taburete de trabajo.) ¡Largo de ahí!... ¡A trabajar!... ¡En mi casa no quiero gandules! Odette, sin separar la mirada del Melindres, como adivinando en él un protector, permanecerá callada y medrosa.)

PABLO (Dirigiéndose hacia la puerta, acompañado de Crispín.) Mucho cuidado, pues, y hasta la vista.

CRISPÍN Descuida ; sé lo que me toca hacer. (Vase Pablo. Crispín cerrará la puerta tras él.)

ESCENA IV

ODETTE, MELINDRES y CRISPÍN.

CRISPÍN (Acercándose a la niña y cogiéndola de una mano. La niña, atemorizada, le mirará con ojos asustados, sin atreverse a hablar.) Deja que te contemple. ¡Hola, hola !... ¡Vaya un vestido majo que traes puesto !... Pues, y las botas, respunteadas y todo. De éstas no las hago yo... Es demasiada finura para mis manos.

ODETTE ¡ Suélteme usted, suélteme !... ¡ Yo no sé quién es usted !... ¡ No le conozco !

CRISPÍN ¡ No te apures por eso ! Ya me irás conociendo. ¡ Ya oíste al otro ! Conmigo hay que ser buena muchacha, porque de lo contrario... Por de pronto, quítate ese vestido, y mucho cuidadito con chistar. ¿ No me has oído ?

ODETTE ¡ Quieroirme ! ¡ Quieroirme !

CRISPÍN ¿ Y a dónde, pimpllo..., si se puede saber ?

ODETTE (Llorando.) ¡ Quieroirme al cielo, con papá y mamá !

CRISPÍN ¡ Caramba !... ¡ Si que piensas ir lejos ! ¡ Vamos, desnúdate..., tiempo te quedará para gimotear !

ODETTE ¿ Desnudarme ?

CRISPÍN Sí. Aquí hay una temperatura muy alta, y no hace falta llevar tanta ropa. Aligérate ya. (Sacudiéndola por el brazo.) ¿ No me has comprendido ?

ODETTE (Llorando.) ¡ Me ha hecho usted daño !

MELIN. (Levantándose, con acento trémulo de ira.) ¡ Oh, no !... ¡ Pegarle, no ; pegarle, no !

CRISPÍN ¡Hola!... ¿quién te ha dao a ti vela en ese entierro? ¡Cúdate de tu trabajo! A mí los gallos me gustan en el asador... y a los que me ponen cara sé cortarles la cresta cuando conviene. (Apoderándose de la correa de encima del taburete. A la niña.) Despa-cha... El tiempo es oro, y es menester aprovecharlo. (Amenazándola con la correa.) ¿Te desnudas o no?

ODETTE (Aterrorizada, apresurándose a quitarse el vestido.) Sí, sí.

CRISPÍN Así me gusta..., que seas obediente. (Apoderándose del vestido que se habrá quitado la niña, y examinándolo detenidamente.) ¡Está fla-mante!... A mal vender... lo menos da-rán veinte francos. Ahora, quítate los za-patos.

MELIN. (Levantándose y adelantando hacia Crispín.) ¡Oh, no; eso, no!

CRISPÍN ¡Otra vez!... ¡Qué mal bicho te ha pi-eado esta noche! Mira... que le andas buscando tres pies al gato, y como se me hinchen las narices, te va a doler de ver-dad.

MELIN. ¿No comprende usted que es inhumano y cruel lo que hace? ¡Despojar de sus ropas a esta pobre niña! Con el frío que hace. ¿Quiere usted que se muera?

CRISPÍN No tengas miedo... El frío es sano y abre el apetito. Vamos..., descálzate ya... ese par de perlas finas. Lo menos, voy a sacar de él para un litro de dulce. No tengas cuidado: si eres buena muchacha ya te dejaré probar una copita.

MELIN. ¡Oh, por piedad!... ¿Acaso no tiene us-ted corazón?

CRISPÍN ¿Por donde te descuélgas tú ahora? ¡Corazón!... ¡Con eso no se saca ni para una copa de aguardiente! Apártate, y déjate ahora de palabras tiernas.

MELIN. ¡No..., no..., yo no puedo consentirlo.

CRISPÍN Apártate he dicho.

MELIN. ¡ Aunque me mate no me iré ; ya estoy acostumbrado a los golpes ! Me ha pegado usted tanto... que ya no me asustan sus amenazas...

CRISPÍN ¡ Ah !... ¿ Conque no te asustan ?... Aguarda un poco. Por última vez : ¿ quieres irte ?

MELIN. Desista usted de su empeño... y no tendrá usted que volver a repetirlo.

CRISPÍN (Descargándole un golpe en la frente con la correa.) ¡ Toma, pues..., y vuelve a meterte en lo que no te importa ! (El Melindres se llevará la mano a la frente y caerá medio desmayado sobre una silla : la sangre correrá de la herida.)

ODETTE (Temblando de miedo y contemplando al Melindres, llena de lástima.) ¡ Sangre ! ¡ Sangre !

CRISPÍN (Quitándole las botas a la niña.) Y como no te estés quieta, vas a probar también mi correa. (Colocando el vestido y los zapatos dentro de un pañuelo, atándolo luego por los cabos.) ¡ Y ahora... a ganar el jornal !

ODETTE ¡ Tengo frío ; tengo frío !

CRISPÍN Métete en la cama y te calentarás... Hasta luego, y chitón. ¡ Papá Crispín tiene malas pulgas ! (Vase por el foro, cerrando la puerta con llave.)

ESCENA V

ODETTE, MELINDRES.

MELIN. (Llevándose la mano a la frente, de donde brota la sangre.) ¡ Qué dolor !... ¡ Qué dolor !

ODETTE (Acercándose a él.) Aguarda. (Aproximándose a la jofaina, mojando el mismo pañuelo que antes habrá hecho servir el Melindres para ella, y restañándole con él la herida. El Melindres respirará con más libertad.)

MELIN. Gracias.

ODETTE ¿ Se te alivia ?

MELIN. Sí. (Estrechando la mano de la niña.) ¡ Qué buena eres !

- ODETTE ¡ Tú también... eres bueno ! ¡ Por defenderme a mí te han herido ! ¡ Si supieras la pena que me has dado !
- MELIN. No te acuerdes ya de ello. Ya se me pasó el mal. (Atrayéndola hacia sí.) Dime, ¿ cómo te llamas ?
- ODETTE Odette... ¿ Y tú ?
- MELIN. Yo... Andrés... Pero por apodo me llaman el Melindres.
- ODETTE Yo te llamaré siempre por tu nombre, ¿ quieres ?
- MELIN. ¡ Sí !... Y al oírlo pronunciar de tus labios me sonará más dulce. (La niña, como si fuera víctima de un desvanecimiento, apoyará la cabeza en la palma de la mano.) ¿ Qué tienes ? Te has puesto pálida.
- ODETTE No es nada..., ya se me pasará. (Melindres, corriendo hacia un armario, y apoderándose de un pedazo de pan, entregándoselo a la niña.)
- MELIN. Ya adivino. ¡ Tienes hambre !... Toma... Lo encontrarás algo duro.
- ODETTE (Comiendo el pan con avidez.) ¡ No, no..., está muy bueno !
- MELIN. (Contemplándola con tristeza.) ¡ Pobrecita !
- ODETTE Ahora tengo sed.
- MELIN. (Ofreciéndole un cántaro de agua.) ¡ Bebe ! (La niña beberá.)
- ODETTE (Estrechando las manos de Melindres.) ¡ Gracias, gracias ! ¡ Qué bien me encuentro ahora ! Vámonos ya. El hombre malo puede venir de un momento a otro y volvería a pegarte..., y yo no quiero que te peguen.
- MELIN. No podemos salir.
- ODETTE ¿ Por qué ?
- MELIN. (Señalándole la puerta.) ¡ La puerta está cerrada con llave !
- ODETTE ¿ Y debemos permanecer aquí toda la noche ?
- MELIN. Sí. (Pausa.)
- ODETTE ¿ Y hace mucho tiempo que tú estás en esta casa ?
- MELIN. Mucho.

ODETTE ¿Y tus papás..., por qué no te llevan con ellos?

MELIN. (Con tristeza.) Yo no tengo padres.

ODETTE ¿Han muerto?

MELIN. Sí.

ODETTE ¡Como los míos! ¡Pobre Andrés! (Abrazándolo.) A ti no te sabrá mal que yo te hable de ellos, ¿no es verdad?

MELIN. No.

ODETTE ¿Y no te burlarás de mí, como las niñas del colegio?

MELIN. Al contrario... Los recordaremos juntos... y mezclaremos nuestras lágrimas. Dios, sin duda, te ha interpuesto en mi camino para ampararte y defenderte, y desde hoy he de considerarte como a una hermana.

ODETTE Sí, sí..., nos amaremos mucho. Yo te amo ya..., como si siempre te hubiera conocido. ¡Si supieras cuántas ganas tenía de encontrar alguien que me quisiera!

MELIN. ¡Pobre Odette! Pronto empezó el sufrimiento para ti.

ODETTE Ahora ya no me asusta la desgracia; al oírte a ti me parece oír la voz de mis padres. ¡Y ahora que recuerdo..., voy a enseñarte sus retratos! ¡Ya verás qué guapos eran! (Al aperebirse de que le falta el medallón prorruñpirá en sollozos.) ¡Me lo han robado!

MELIN. ¿El qué?

ODETTE El medallón que contenía los retratos de mis padres. ¡El único recuerdo que tenía de ellos!

MELIN. ¡Miserables! ¡Miserables!

ODETTE ¡Todo me lo han quitado! ¡Mi muñeca también! ¡Pobre Lulú! ¡Pobre Lulú!

MELIN. ¡No te desconsueles! ¡Ya te compraré otra!

ODETTE (Extrañada.) ¿Tú... tienes dinero?

MELIN. Sí. Cuando voy a entregar algún par, a

veces me dan alguna propina, y de ese modo he logrado reunir algún dinero.

ODETTE (Abrazándole.) ¿Sabes que ha sido una suerte el encontrarte?... ¡Estoy segura que papá y mamá, que me miran desde el cielo, deben sentir gran alegría, y dan gracias a Dios por haber hecho que te hallara en mi camino! Tú no te separarás nunca de mí, ¿no es verdad?

MELIN. No, no..., pero debes estar muy fatigada y necesitas descansar. Echate aquí..., sobre este jergón. (La niña hará lo que se indica.) Debes tener frío, ¿no es cierto?

ODETTE No, no.

MELIN. (Quitándose la chaqueta y arropando con ella a la niña.) Sí, sí. En esta barraca reina una temperatura glacial. ¿Estás bien, ahora?

ODETTE (Sentándose en la cama y echándole los bracitos al cuello.) Sí; pero ahora serás tú el que tendrá frío.

MELIN. ¡No te preocupes por mí! Yo ya estoy acostumbrado.

ODETTE ¿Y si viene el hombre malo?

MELIN. ¡No te dé ningún miedo! ¡Yo no me separaré de tu lado! Vamos, duerme tranquila... ¡El sueño repondrá tus fuerzas! (La niña se irá quedando poco a poco dormida. Contemplando a la niña dormida con infinita expresión de ternura; levantando luego la mirada al cielo.) ¡Dios mío, Dios mío!... Dame fuerzas para proteger a este ángel. ¡No me abandones, Señor. (En este momento se oirá meter la llave en la cerradura y entrará Crispín dando traspiés con una botella de aguardiente en la mano.)

ESCENA VI

Dichos y CRISPÍN. Crispín, colocando la botella sobre la mesa, fijándose luego con Melindres.

CRISPÍN ¿Y la chavala?

MELIN. (Sacándole a la niña y haciéndole seña de que se quite) ; No la despierte usted !

CRISPÍN ; La has hecho acostar en tu cama ! Y tú, ¿dónde vas a dormir esta noche?

MELIN. Yo... , dormiré en una silla.

CRISPÍN No va a estar poco bien la señorita ; ni que fuera una marquesa. (Destapando la botella de aguardiente y bebiendo un trago) ¿Quieres?

MELIN. No.

CRISPÍN (Sacándose un puñal de monedas y enseñándolas a Melindres) ; Mira... cuánta metralla ! Hoy el jornal ha sido bueno... , pero no todos los días caen palomas para desplumar.

MELIN. (¡ Miserable !)

CRISPÍN (Volviendo a beber, y ya completamente borracho.) Vaya un néctar... ; Haces mal en no querer probarlo ! ; Esto alegra la vida... , y para las penas, no hay medicina mejor ! (Deteniéndose, de pronto, delante de la cama donde descansa la niña.) ¿Qué haces ahí, sin mover pie ni mano ? ; Tienes miedo de que te soplen a la muchacha ! ; Valiente guardián se ha escogido !

MELIN. ; Calle usted, por Dios !...

CRISPÍN Bueno... ; Habrá que darle gusto al señorito !... ; Ya me callo ! ; Estás ahora contento?... ; Pero antes quiero que pruebes un buche de esta ambrosía de los dioses ! ; Estamos ? ; Se me ha puesto entre ceja y ceja... , y yo soy muy testarudo ! (Dándole la botella para que beba.) ; Toma... , ya verás lo que es canela !

MELIN. (Rechazando la botella.) ; He dicho que no ! ; El licor me hace daño !

CRISPÍN (Con la obstinación de la embriaguez.) Si no empinas el codo te arrojó esta silla. (Apoderándose de una silla y haciendo ademán de arrojarla.)

MELIN. ¿Pero no le digo a usted que me hace daño?

CRISPÍN ; Ah ! ¿No?... ; Pues toma ! (La silla arrojada por él irá a caer a los pies de la cama.) ; Siento no haberte dao... , para curarte de tus melin-

dres ! (La niña, al ruido que habrá hecho la silla al caer, se habrá despertado, y al ver a Crispín lanzará una exclamación de terror, abrazándose al Melindres.)

ODETTE ¡ El hombre malo ! ¡ El hombre malo !

CRISPÍN ¿ Qué es eso ? ¡ Tienes miedo !

MELIN. ¡ Váyase usted ! ¡ Váyase usted !

CRISPÍN ¿ Que me vaya ? ... Eso es arrojarme de mi casa. ¡ Me gusta !... ¡ Ya estoy viendo que va a ser preciso complacerte ! Lo ordenas con un tono que casi casi da miedo ! ¡ Vaya con el gigante Goliath ! (Echándose a reir, completamente borracho.)

ODETTE (Apretándose al cuello de Melindres.) ¡ Tengo miedo !

MELIN. ¿ No lo oye usted ? ¡ Retírese !... ¿ No comprende que está usted borracho ?

CRISPÍN ¿ Eh ?... ¿ Qué has dicho ?... ¡ Eso sí que no lo tolero ! ¿ Yo borracho... , borracho ? ¡ Eso no es verdad ! Yo no me emborracho nunca, ¿ lo oyes ?... A mí no se me sube el vino a la cabeza... , y si piensas que no tengo fuerzas para sostenerme, estás equivocado... (Acercándose al Melindres y dándole un golpe en la espalda.) Si quieres probarlo... , vamos ahora mismo a medir nuestras fuerzas... y veremos quién tiene más... ¿ Estás conforme ?

MELIN. Apártese usted, apártese...

ODETTE (Juntando las manitas.) No le haga usted daño.

CRISPÍN Miren la rapazuela cómo lo defiende. ¡ Pronto te ha caído en gracia ! Y a mí, ¿ no me abrazas ? (Aproximándose a ella.) Yo también tengo derecho a ello... Pronto... , o sino va a correr el palo.

MELIN. Déjela usted, o de lo contrario... (Sin poder contener por más tiempo la cólera que hierve en su pecho.)

CRISPÍN ¿ Me haces cara ?... ¡ Así me gusta !... ¡ Los hombres deben tener sangre en las venas ! (Disponiéndose a luchar con él.) ¡ Vere-

mos qué tal te portas!... ¿A qué esperas?

ODETTE ¡No, no! ¡Yo no quiero que te pelees con él!

CRISPÍN ¡Pues te advierto que si él se niega va a ser preciso que te dejes abrazar! ¡Una de dos! ¡Escoge!

MELIN. ¡Y bien!... Puesto que usted se empeña...

CRISPÍN Veamos... cómo la defiendes... (Después de una breve lucha Crispín le dará un fuerte empujón tirándole al suelo.) ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya con el coloso!... ¡A la primer embestida ya se desploma! ¿Sabes que tienes unos puños de hierro? (Dirigiéndose hacia la mesa, cogiendo la botella y empujando con ella.) Si bebieras aguardiente... se te quitaría esa flojedad... (Después de haber bebido.) ¡Ajá!... Esto da vigor! (Odette habrá corrido a auxiliar a Melindres.)

ODETTE ¿Te ha hecho daño?

MELIN. No.

ODETTE (Señalando a Crispín, que después de haber vuelto a apurar el contenido de la botella caerá sobre la mesa.) ¡Se duerme!... (Fijándose de pronto con el Melindres, que llorará en silencio.) ¿Lloras? (Abrazándolo tiernamente.) Yo no quiero que llores.

MELIN. (Con la voz entrecortada por los sollozos.) ¿Por qué Dios me hizo tan débil y enfermizo? ¡Miserable de mí, miserable!

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Cuadro V

El regreso del héroe

La misma decoración del primer acto.

ESCENA PRIMERA

GENOVEVA y JOSÉ.

- JOSÉ (Acercándose a Genoveva, que permanece de pie ante la ventana.) ¡ Genoveva !
- GENOVEVA ¿ Ya estás de vuelta, José? Y bien..., ¿ se ha conseguido averiguar algo?
- JOSÉ ¡ Nada ! Cuantas pesquisas ha practicado la policía han resultado inútiles.
- GENOVEVA ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío !
- JOSÉ Tranquilízate, Genoveva. Piensa que de un momento a otro puede llegar el capitán, y es menester demostrar entereza, para que no adivine de momento la verdad.
- GENOVEVA ¿ Qué dirá cuando sepa que su hija ha desaparecido? Como si no fuera bastante el dolor producido por la muerte de su esposa..., al enterarse de ello su desesperación no tendrá límites. Mas le valiera haber muerto entre los árabes.
- JOSÉ Confiesa, Genoveva..., que ha sido un

verdadero milagro el que escapara con vida del poder de aquellas tribus sanguinarias. Su reaparición ha llenado de júbilo a toda la Francia. ¡Si vieras a la gente cómo se arremolina por la calle para presenciar su llegada! Se le prepara un recibimiento entusiasta. (Sacándose un periódico del bolsillo y disponiéndose a leer.) Escucha, escucha lo que dice el periódico de esta mañana: «Un héroe.» ¿Qué te parece el epígrafe? «El capitán Rodolfo d'Avigni, que, como saben nuestros lectores, cayó heroicamente a la cabeza de una compañía cuando la toma de Zeymur, y fué dejado por muerto en el campo de batalla, ha sobrevivido a sus heridas. Hecho prisionero de los árabes y guardado por éstos como rehén, ha conseguido evadirse después de un año de cautiverio. Su energía y su robusto temperamento le han salvado. ¡El capitán, rodeado de una aureola de gloria y popularidad, regresa hoy a Francia. Al anunciarlo con inmenso júbilo... esperamos que todos aquellos que sientan arder en sus venas el santo amor a la patria acudirán a recibir al héroe, tributándole el aplauso que se merece.» ¿Eh?... ¿Qué dices de esto?

GENOVEVA Sí, sí... Yo también ardo en deseos de estrecharle entre mis brazos... ¿Pero qué le diré cuando me pregunte por su hija? ¿Qué palabras de consuelo y resignación hallaré para calmar su dolor..., si el mío es tan grande que no hallo manera de mitigarlo? (En este momento se oirá un gran ruido proveniente de la calle, que irá aumentando gradualmente.)

JOSÉ (Acercándose al balcón.) ¿Oyes?... La multitud prorrumpe en gritos y aclamaciones... ¡Es él..., lo distingo a lo lejos!... ¡Ya se acercan! (En este momento de oirán gritos de:

"¡Viva el capitán d'Avigni!" "¡Viva nuestro héroe!"
Abriendo el balcón y asomándose.) ¡Ya están ahí!
¡Míralo, Genoveva, míralo! ¡Ahora se
apea del carruaje!... ¿Oyes cómo lo vi-
torean? (En este momento se oían algunos vivas y
una salva de aplausos. Prosigue con voz emocionada.)
¡Tiemblo de emoción al pensar que va a
llegar de un momento a otro! (De pie en
el umbral del balcón.) Ha entrado ya en el
portal. Valor, Genoveva, valor...; que no
lea en tu rostro la fatal noticia. (En este
momento entrará Rodolfo d'Avigni, de uniforme, segui-
do del ministro de la Guerra, de Andree Duberge y al-
tos dignatarios. Al entrar dirigirá una mirada a su
alrededor como si buscara algo. Genoveva, al verle, hará
ademán de besarle la mano, pero él le abrirá los bra-
zos, en los que aquélla se precipitará.)

ESCENA II

Dichos. CAPITÁN D'AVIGNI, MINISTRO, ANDREE DUBERGE
y comparsas.

CAPITÁN ¡A mis brazos, mi buena Genoveva! (Des-
prendiéndose de los brazos de Genoveva y estrechando
afectuosamente a José.)

JOSÉ (Sin poder contener las lágrimas.) ¡Señor!
CAPITÁN (Con la voz embargada por la emoción.) He sabido
la noticia de la muerte de mi buena y
querida María Luisa. (Designando al ministro.)
El señor ministro acaba de notificármela.
Dios ha descargado sobre mí un golpe
cruel..., pero aun me queda un consuelo,
mi hija Odette, mi adorada hija. Vé a
buscarla; ardo en deseos de estrecharla
entre mis brazos.

GENOVEVA ¡Señor!...

CAPITÁN ¿Por qué no me obedeces? ¿No me has
oído, que te pido a mi hija?... Corre, co-
rre a buscarla.

GENOVEVA ¡Dios mío! ¡Dios mío!

CAPITÁN (Acercándose a ella fuera de sí.) ¿Qué significa? ¿Qué le ha ocurrido a mi hija? ¿Ha muerto también?

GENOVEVA (Con la voz embargada por el llanto.) No, no...

CAPITÁN Entonces...

GENOVEVA Odette, señor, ingresó hace poco en un colegio por orden del señor teniente d'Avigni..., que debía reingresar a bordo.

CAPITÁN ¿Y bien?

GENOVEVA Y hace algunos días, señor..., la niña ha sido robada.

CAPITÁN ¿Qué estás diciendo?... Pero ¿y la policía, nada ha logrado descubrir?

GENOVEVA ¡Nada, señor! Todo cuanto se ha intentado ha resultado inútil.

CAPITÁN (Dejándose caer anonadado sobre una silla.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! Esto es ya demasiado.

MINISTRO (Acercándose al capitán y estrechándole la mano.) ¡Valor, amigo mío...; hay que ser fuerte ante la desgracia! ¡Usted, que tantas pruebas ha dado de valor, no se deje abatir ahora por el sufrimiento! (En este momento el público, que se supone estacionado al pie del balcón, volverá a prorrumpir en gritos y aclamaciones y los gritos de: "¡Viva el capitán d'Avigny!" "¡Viva héroe de la Francia!", se oirán ensordecedores.)

CAPITÁN (Levantando la cabeza con amarga tristeza.) ¡Amarga ironía de la vida! ¡Mientras mi corazón se despedaza por el dolor me aclaman entusiasmados! ¡Si supieran cuán crueles resuenan en mis oídos esas aclamaciones! (El público seguirá vitoreando al capitán, llamándole al balcón para aclamarle.)

MINISTRO (Cogiendo del brazo al capitán.) ¡Piden que salga usted al balcón! ¡Hay que sacrificarse, amigo mío!

CAPITÁN ¡Tiene usted razón! Los dolores más crueles no son, los que he sufrido en mi cautiverio, sino los de ahora. Las balas de los árabes no hacen tanto daño como los gritos de esa muchedumbre entusiasmada. (El capitán, acompañado del ministro, se

asomará al balcón, saludando; la multitud, al verle, redoblará su griterío.)

GENOVEVA (Secándose las lágrimas.) Su dolor me parte el corazón...

JOSÉ ¿De qué le ha servido luchar tanto? ¡Triste recompensa la que le reservaba el destino! (El capitán, apoyado del brazo del ministro, se retirará del balcón, al paso que el murmullo de la gente se irá apagando.)

CAPITÁN (Sentándose desfallecido.) ¡Gracias, señor ministro! ¡Jamás podré olvidar la afectuosa acogida que me ha dispensado el gobierno!... Sírvase usted testimoniarme mi gratitud, haciéndole presente que mi brazo y mi vida estarán siempre al servicio de la república.

MINISTRO El gobierno, señor capitán d'Avigni, estima en lo que valen sus relevantes méritos..., y para recompensarlos me encarga que le haga a usted entrega de estas insignias. (Apoderándose de las insignias de la legión de honor, que un ordenanza sostendrá sobre un almohadón de terciopelo.)

CAPITÁN ¡La cruz de la legión de honor! ¡Yo no soy digno de tan alta distinción!

MINISTRO (Imponiéndole las insignias.) Los hombres que, como usted, han servido a la patria derramando su sangre por ella, deben ser señalados en el libro de la historia con letras de oro... (Abrazando al capitán.) ¡La Francia se honra con tales hijos!

CAPITÁN (Con la voz embargada por la emoción.) Señor ministro: Dios ha juntado la mayor alegría de mi vida con el más grande dolor. (Estrechándole las manos con efusión.) ¡Gracias, gracias!... Jamás podré olvidar tales pruebas de afecto y consideración.

MINISTRO Y ahora..., amigo mío, sólo me resta recomendarle a usted resignación. Su hija se encontrará, no lo ponga usted en duda. Yo mismo me avistaré con el inspector general de policía, a fin de que

ponga en movimiento a todos sus agentes. ¡ Serénese usted ! El corazón me dice que no tardará usted en estrecharla entre sus brazos.

CAPITÁN Gracias, gracias. (El ministro se adelantará hacia la puerta. Los demás dignatarios, al pasar por delante del capitán, le estrecharán la mano uno a uno, inclinandose ante él.)

MINISTRO (Saludando desde el dintel de la puerta.) ¡ Señor capitán d'Avigni !...

CAPITÁN (Saludando militarmente.) ¡ Mi general !... ¡ Señores !... (Todos saldrán, seguidos de José.)

ESCENA III

CAPITÁN y GENOVEVA.

CAPITÁN (Adelantándose hacia Genoveva y estrechándole la mano.) ¡ Genoveva !... ¡ Mi buena Genoveva ! Por fin nos han dejado solos... Háblame de ella. Cuéntamelo todo... ¡ Quiero saberlo todo !

GENOVEVA Señor...

CAPITÁN ¿Cuánto tiempo hace que robaron a mi hija?... ¡ Habla !

GENOVEVA Ocho días, señor. Hoy hace ocho días que la directora de la Pensión Molière vino a revelarme, con voz alterada, la terrible desgracia. Según la relación que aquélla me hizo, Odette, que se hallaba algo delicada de salud, iba todas las tardes, por orden del médico, a dar un paseo en compañía de una ayudanta ; y, según ésta, la última tarde que salió con la niña, y al emprender el regreso al colegio, después de haber dado el habitual paseo por el parque Monceau, dos desconocidos les atajaron el paso, arrojándose uno de ellos sobre ella, y aplicándole un pañuelo con cloroformo ; y cuando acudieron a auxiliarla y logró recobrar los sen-

tidos, ¡ la niña había desaparecido ! Cal-
cule usted, señor, el dolor y la desespera-
ción que se apoderó de mí al recibir
semejante noticia.

CAPITÁN Lo comprendo, mi buena Genoveva, lo
comprendo.

GENOVEVA Inmediatamente di orden a José de que
fuera a poner el hecho en conocimiento
del comisario de policía, a fin de que prac-
ticaran cuantas pesquisas fueran necesá-
rias, como así se hizo, y hasta ahora...

CAPITÁN Nada se ha descubierto, ¿no es verdad?

GENOVEVA Nada, señor. Todo sigue envuelto en el
más impenetrable misterio.

CAPITÁN ¿Y la niña se hallaba contenta en la pen-
sión?

GENOVEVA ¡ Ah, señor !..., en cuanto a esto, lo pon-
go en duda. La pobrecita desde la muerte
de su mamá no hacía más que llorar, y
el día que ingresó en la pensión...

CAPITÁN ¿Qué?... ¿Qué?

GENOVEVA (Llorando.) ¡ Se abrazó llorando a mi cue-
llo, diciéndome que quería ir al cielo con
su papá y su mamá ! (Pausa.)

CAPITÁN ¡ Pobre hija mía ! Pero ¿con qué objeto
se apoderaron de ella?

GENOVEVA Según lo que yo presumo, la niña habrá
sido robada por alguien que la conserva
en su poder con la esperanza de sacar
provecho de ella.

CAPITÁN ¡ Sí..., sí..., tienes razón !... ¡ Esto debe
ser !... ¿Pero cómo averiguar? ¿Cómo?
(Como asaltado de una idea repentina.) Se me ocu-
rre una idea. ¿Y si mandara poner un
suelto en los periódicos dando las señas
de la niña y ofreciendo por ella un buen
rescate? ¿Qué te parece?

GENOVEVA ¡ Oh, sí, sí !... Me parece lo más acer-
tado.

CAPITÁN (Sentándose ante la mesa y disponiéndose a escribir.)
Ahora mismo voy a redactar el suelto.
Toda mi fortuna daré, si es preciso, con

tal de recobrar a mi hija. ¡Qué me importa el dinero sin ella!

ESCENA IV

Dichos y JOSÉ.

JOSÉ (Deteniéndose ante el dintel de la puerta.) ¡Señor!
CAPITÁN ¿Qué hay, José?
JOSÉ Un hombre de mala catadura solicita permiso para hablar con el señor.
CAPITÁN (Con sorpresa.) ¿Connigo? ¿Y dices que...
JOSÉ Es de aspecto algo sospechoso, y yo, si fuera del señor, no le recibiría.
CAPITÁN (Pensativo.) ¿Y si fuera...? ¡Al contrario! Díle que pase en seguida. Tal vez me trae noticias de mi hija. (José saludará y saldrá.)

ESCENA V

CAPITÁN y GENOVEVA.

GENOVEVA Tenga usted cuidado, señor... Acaso trate de tenderle alguna emboscada.
CAPITÁN No tengas miedo. En tal caso sabré defenderme. (Asegurándose de que su revólver está cargado y colocándolo de nuevo en el cinto.) Déjame ahora, mi buena Genoveva..., y pídele a Dios que me haga hallar pronto a mi hija. (Vase Genoveva.)

ESCENA VI

CAPITÁN, JOSÉ y PABLO EL USURERO.

JOSÉ Señor..., he ahí el sujeto que solicita hablar con usted.
CAPITÁN (Haciendo seña a José de que se retire.) ¡Retírate! (José saluda y vase.)

ESCENA VII

CAPITÁN y PABLO EL USURERO.

- CAPITÁN Acérquese usted y diga lo que se le ofrece.
- PABLO Ante todo permita usted, señor capitán, que le felicite a usted por su bravura. Yo he sido uno de los que han acudido a su llegada y que con mayor entusiasmo han vitoreado a usted.
- CAPITÁN Bien, bien ; dejemos eso...
- PABLO Es usted muy modesto.
- CAPITÁN Le ruego a usted que se explique ; tengo el tiempo muy limitado y puedo disponer de pocos instantes ; así es...
- PABLO Lo comprendo... Después de una ausencia de tanto tiempo se hallará usted impaciente por volver a ver a los amigos y relatarles sus hazañas. ¡ Es muy natural y no me sorprende ! (El capitán, levantándose de repente, sorprendido por el tono irónico con que hablará Pablo el Usurero.)
- CAPITÁN ¿ Qué significa ?
- PABLO No se incomode usted, capitán... Voy a explicarme..., ¡ y quién sabe si después de haber oído mi explicación no demostrará usted tanta prisa !
- CAPITÁN (Mostrándole el revólver.) ¡ Le advierto a usted que estoy prevenido !
- PABLO ¿ Por quién me ha tomado usted, señor capitán ? Yo soy un hombre honrado..., y aunque no cubra mi pecho con tantas condecoraciones como usted, no por eso dejo de ser hombre de honor.
- CAPITÁN Acabemos.
- PABLO ¿ Cómo quiere usted acabar si aun no hemos empezado ?
- CAPITÁN Y bien...
- PABLO ¿ Cómo se conoce que es usted militar ! Los asuntos no pueden llevarse a la ba-

yoneta ; hay que tratarlos despacio y con tiempo. (El capitán hará un gesto de impaciencia.)
; Voy a calmar su impaciencia !... ; Yo sé donde se halla su hija de usted !

CAPITÁN ¿Qué ha dicho usted?... ¿Es eso cierto?
PABLO ¿Lo ve usted como ya va interesándole el asunto? ; Tan cierto como aun no hace dos horas que me he separado de ella !

CAPITÁN ; Entonces no se negará usted a devolvérmela !

PABLO ; Ah !... Eso ya es otro cantar, y es menester sentar los puntos sobre las ies.

CAPITÁN (Haciendo ademán de sonar un timbre.) Yo le obligaré a usted.

PABLO Le advierto a usted que si da orden de detenerme su hija desaparecerá para siempre.

CAPITÁN ; Oh !... ¿Entonces, por qué se niega usted a devolvérmela?

PABLO ; Me gusta ! Usted podrá entender mucho de estrategia, señor capitán, pero lo que es de negocios se halla usted muy atrasado.

CAPITÁN Explíquese usted con claridad.

PABLO ¿Se figura usted que después de haber mantenido a su hija durante todo este tiempo se la voy a devolver sin recibir ninguna indemnización? No soy ningún *panoli*, y sé sacar el jugo a los negocios.

CAPITÁN Y bien..., diga usted la suma a que crea tener derecho..., y terminemos de una vez.

PABLO Es que tal vez va a parecerle a usted algo crecida.

CAPITÁN No importa. (Haciendo ademán de sacarse la cartera.) ; Hable usted !

PABLO Pues bien..., con cincuenta mil francos me daría por satisfecho.

CAPITÁN ¿Qué ha dicho usted? ¿Está usted loco?

PABLO ; Ya me sospechaba yo que la encontraría usted exagerada ! ; Pero usted no sabe los trabajos y molestias que me ha ocasionado.

nado la niña ! ¡ Hay cosas, créalo usted, que no se pagan con dinero !

CAPITÁN ¡ Necio de mí ! ¡ Ya debí pensarlo desde un principio ! ¡ Márchese usted si no quiere que le haga prender inmediatamente !

PABLO ¡ Cómo ! ¿ Me cree usted acaso un impostor ?

CAPITÁN Usted, no sé por qué conducto, ha averiguado que mi hija había desaparecido, y se ha dicho : vamos a ver a este capitán y hagámonos pasar por el raptor de su hija. ¡ Perturbado como se halla por el dolor creerá a pies juntillas cuanto le diga y soltará fácilmente el dinero ! ¿ No es eso?... Ya ve usted cuán fácilmente he descubierto todo su plan.

PABLO No está mal discurrido.

CAPITÁN Márchese usted ya, márchese...

PABLO ¿ Y si para disipar sus dudas le mostrara cierto objeto?...

CAPITÁN ¿ Qué quiere usted decir ?

PABLO (Enseñándole el medallón robado a la niña.) ¿ Reconoce usted este medallón ?

CAPITÁN ¡ El medallón con el retrato de mi esposa y el mío ! ¿ Cómo se halla en su poder esta joya?... Conteste usted.

PABLO ¿ No lo adivina usted todavía ? ¡ Este medallón era el que llevaba pendiente del cuello su hija de usted ! ¿ Quiere usted ahora, para acabar de convencerle, que le diga el nombre de su hija ?

CAPITÁN Sí, sí.

PABLO La niña se llama Odette, tiene diez años y tiene el cabello negro.

CAPITÁN ¡ Oh, sí, sí !... Es ella..., no me cabe duda. Ahora veo claramente que no me engaña usted.

PABLO ¡ Gracias a Dios !... ¡ Y cuanto le ha costado a usted convencerse !

CAPITÁN ¡ Vamos..., vamos en busca de la niña !

PABLO (Con mucha calma.) ¿ Se halla usted dispuesto a soltar el parné ?

CAPITÁN ¡Cincuenta mil francos... , comprenda usted que es exorbitante!

PABLO ¿Acaso la vida de su hija no vale más?

CAPITÁN ¡Sí, sí, tiene usted razón! ¡Daré todo cuanto usted quiera!

PABLO ¡Así me gusta! Oiga usted ahora lo que precisa hacer. Esta noche acuda usted a las diez al muelle de Orleans. Allí habrá un hombre que le conducirá a donde se halla su hija. Yo estaré también, y fácilmente arreglaremos el negocio.

CAPITÁN ¿Hasta la noche?... Tener que aguardar tanto...

PABLO ¡Qué importa!... ¡Puesto que tiene usted la seguridad de volver a verla! ¿Convenido?

CAPITÁN ¿Y si tratara usted de tenderme un lazo?

PABLO ¿Con qué objeto?... ¿No se halla usted dispuesto a entregar el dinero?... ¿Entonces?... No se olvide, sobre todo, de llevar un talonario de cheques... Es un requisito indispensable.

CAPITÁN Bien, bien...

PABLO (Adelantando hacia la puerta.) ¡Y no trate usted de hacerme seguir ni de denunciarme, porque ya sabe usted que si me prenden la niña desaparecerá para siempre!

CAPITÁN ¡Hija mía!

PABLO Hasta la noche, pues..., y no se olvide usted que debe acudir solo a la cita. Tenga presente a lo que se expone caso de hacerse acompañar o de dar aviso a la policía.

CAPITÁN ¡Basta, basta!

PABLO Y ahora, señor capitán, permita usted que le reitere mi felicitación y le dé las gracias por el favor que me ha dispensado al recibirme usted en su casa. Si en algo puedo ser a usted útil, ya sabe usted que estoy a su disposición. (Saluda profundamente desde la puerta y vase lateral izquierda.)

ESCENA VIII

CAPITÁN, GENOVEVA y JOSÉ.

CAPITÁN (Corriendo al encuentro de Genoveva.) ¡Genoveva!... ¡Genoveva!... ¡Mi hija vive!... Estoy seguro de ello... ¡Alégrate!... ¡Dentro de poco podremos estrecharla en nuestros brazos!

JOSÉ (Que entrará en aquel momento.) ¿Qué dice usted, señor?... ¿Será posible?

GENOVEVA ¿Y sabe usted dónde se halla?

CAPITÁN Todavía no..., pero no tardaré en saberlo. Este hombre que acaba de salir me ha prometido entregármela esta misma noche.

GENOVEVA ¡Con tal de que no sea un engaño!

CAPITÁN ¡No! Me ha enseñado el medallón que contiene el retrato de Luisa y el mío.

GENOVEVA ¡Oh, sí!... ¡El mismo que le entregó a la niña el señor teniente d'Avigni al ingresar en la pensión! ¿Luego será verdad?... ¡Volveremos a verla!... ¡Gracias, Dios mío, por habérmela devuelto!

JOSÉ Y ese hombre... habrá exigido una fuerte suma, ¿no es verdad?

CAPITÁN Sí..., pero ¿qué importa? ¿Qué significa el dinero al lado de la vida de mi hija? (Estrechando las manos de Genoveva y de José.) ¡Ah, mis buenos amigos!... He ahí el único momento de felicidad que he tenido al regresar a mi patria... ¡El amor paternal nos hace ser egoístas! Gloria, honores, riquezas..., ¡qué vale todo eso comparado con un beso de nuestros hijos!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

CUADRO VI

El débil contra el fuerte

La misma decoración del tercer acto. Quinqué encendido.

ESCENA PRIMERA

ODETTE y CRISPÍN.

(Crispín permanece ante la mesa ocupado en cortar grandes rebanadas de pan, que mojará en un tazón de café con leche que tiene delante, las cuales comerá con avidez. Odette permanece sentada sobre el jergón que le sirve de cama y contempla al zapatero comer con ojos hambrientos; levantándose de pronto, venciendo su timidez y acercándose medrosamente a Crispín.)

- ODETTE ¡ Tengo hambre !
- CRISPÍN (Sin dejar de comer.) ¿Tienes hambre? Tú, por lo visto, estarías comiendo todo el día. ¿Acaso no has comido esta mañana?
- ODETTE Una rebanada de pan mojada con aceite que me dió Andres.
- CRISPÍN ¿Te parece poco? ¡Yo, cuando tenía tu edad, ya me ganaba la vida..., y tú no sirves más que para comer y dormir !
- ¡ Habrá que despabilarte ! ¡ El oficio no da para mantener gandules !
- ODETTE ¿Por qué no me hace usted trabajar?

¿Acaso yo me opongo? Desde que estoy aquí aun no he salido una sola vez a la calle..., y me tiene usted como prisionera. ¡Déjeme usted salir... y yo me buscaré trabajo!

CRISPÍN Eso es lo que tú quisieras, ¿no es verdad?... Que te abriera la puerta para volar. ¡Vaya si es lista la chiquilla! ¡Pues por ahora no te queda otro remedio que continuar encerrada! Más adelante, ya veremos.

ODETTE Entonces, ¿cómo quiere usted que trabaje sin salir?

CRISPÍN ¿Acaso no trabajo yo y no me muevo de casa? Aprende a cortar suelas, a clavetear... ¡Para eso no se necesita estar al aire libre!

ODETTE Ya sabe usted que el otro día quise hacerlo y me corté con la cuchilla. ¡Soy muy débil y me faltan las fuerzas!

CRISPÍN ¡Bonita excusa! ¡De ese modo se ahorra uno trabajar, y sigue comiendo la sopa boba! ¡Allá tú! Cuando te apriete el hambre no te andarás con remilgos.

ODETTE (Llorando.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

CRISPÍN ¡Eso es! ¡Ahora lagrimitas! A mí no me conmueves con tus jeremiadas...

ODETTE (Con la voz entrecortada.) ¡Déme usted un pedazo de pan, aunque sea duro! ¡Tenga usted lástima de mí!

CRISPÍN ¡Trabaja!

ODETTE ¿Pero no ve usted que tengo la mano mala y no puedo manejar la cuchilla?

CRISPÍN ¡Excusas!... ¡Yo no me dejo engatusar!

ODETTE ¡Dios mío..., dadme fuerzas! (Al ir a manejar la cuchilla con la mano vendada lanzará un grito de dolor.) No puedo, no puedo...

CRISPÍN ¡Vaya si es delicada la señorita! Cuando se tiene el cutis tan fino hay que dedicarse a marquesa. (En este momento entrará el Melindres; lleva en la mano un envoltorio, que procura esconder a las miradas de Crispín.)

ESCENA II

Dichos y MELINDRES.

MELIN. Buenas noches. Tome usted. (Entregando a Crispín un puñado de céntimos.) ¿Qué tiene la niña?... (Odette permanece llorando en un rincón; al oírle volverá la cara.)

CRISPÍN ¡Y a mí qué me cuentas!

MELIN. ¿Por qué llora? ¿Le ha pegado usted?

CRISPÍN No; pero aunque así fuera, ¿a ti qué te importa? ¡Ya me va cansando tanto interrogatorio! (Fijándose de pronto en el lio que Melindres lleva en la mano.) ¿Qué traes en ese lio?

MELIN. (Procurando ocultarlo.) Nada.

CRISPÍN ¿Nada... y lo escondes? (Acercándose.) ¡A ver..., a ver qué tesoro es ése que tratas de ocultar a mis miradas!

MELIN. ¿Qué interés tiene usted en saberlo?

CRISPÍN ¿Qué interés? Uno muy natural: ¡el de satisfacer mi curiosidad!... ¿No quieres dármelo?

MELIN. No insista usted.

CRISPÍN (Cogiendo a Melindres de un brazo y apoderándose del envoltorio.) ¡Cuidado si eres terco! ¡Contigo hay que acabar siempre por enseñarle las uñas! (Deshaciendo el lio y descubriendo una muñeca.) ¡Hola!... ¡Una muñeca de cartón! ¡Muy bien! (La niña se habrá acercado contemplando la muñeca con infantil alegría.) ¿En eso te gastas tú el dinero?... ¡Vaya con el Rotschild! ¡No sabía yo que fueras tan rico!

ODETTE ¡Qué bonita! ¡Qué bonita!

CRISPÍN (Dando un empujón a la niña.) ¡Apártate tú, holgazana!

MELIN. ¡Para ella la he comprado; entréguesela usted!

CRISPÍN ¿Que se la entregue?... Antes es menester que me digas tú de dónde has sacado el dinero para comprarla.

- MELIN. De las propinas que me dan.
CRISPÍN. ¡ Mentira ! ¡ Esa muñeca la has comprado con mi dinero ! ¿ Crees tú que me caigo de un nido ? ¡ A Dios gracias, tengo buena pupila !
- MELIN. ¡ Eso no es verdad !... Yo le juro a usted que no es verdad. El dinero lo he ganado yo.
- CRISPÍN. ¿ En qué quedamos : lo has ganado o te lo han dado ? ¿ Lo ves como tú mismo te descubres ?
- MELIN. ¡ El dinero era mío..., yo no soy ningún ladrón !
- CRISPÍN. Sabe Dios las veces que me habrás robado sin que yo me apercibiera.
- MELIN. Me insulta usted porque sabe que soy débil y no puedo defenderme. ¡ Si fuera fuerte como usted no me insultaría !
- CRISPÍN. ¡ Eso sí..., de humos no te faltan ! ¡ Sabes que si quisiera podría aplastarte con el pie, y chillas más que una cotorra ! A fanfarrón y deslenguao no hay quien te gane.
- MELIN. ¡ Oh, basta !... Devuélvame usted la muñeca.
- CRISPÍN. ¿ La muñeca?... ¡ Tienes razón ! ¡ La señorita necesita entretenerse ! (Tirándola al suelo.) ¡ Tómalala... y dásela para que no se aburra !
- MELIN. (Recogiéndola del suelo.) ¡ Le ha roto usted una pierna !
- CRISPÍN. ¡ Qué lástima ! ¡ Tendrás que comprarle unas muletas ! (Dirigiéndose a la mesa y echándose un vaso de vino; luego lo apurará y volverá a llenarlo. Melindres, entretanto, entregará la muñeca a la niña; ésta la abrazará.)
- ODETTE. (A Melindres, por la muñeca.) ¡ Gracias, gracias ! (Crispín, apoderándose de la botella y el pan y dirigiéndose hacia la lateral izquierda, al Melindres.)
- CRISPÍN. No te olvides de despertarme mañana a las seis. ¡ Hay que trabajar..., ya que otros no lo hacen ! (Deteniéndose en el momento

de ir a franquear el dintel. Acercándose a la puerta y cerrándola con llave, guardando ésta en el bolsillo. Mirando a la niña, que continuará con la muñeca en brazos.) (¡El pájaro podría levantar el vuelo!) (Acercándose luego al quinqué y apagando la luz.) ¡Para dormir no hace falta luz! (Luego desaparecerá por la lateral izquierda.)

ESCENA III

ODETTE y MELINDRES.

- ODETTE ¿Se ha marchado? (En voz baja.)
MELIN. (Levantándose y acercándose a la lateral izquierda.)
 Sí.
- ODETTE ¿Qué haces?
MELIN. Escuchar... Ahora se está acostando.
ODETTE ¡Acércate..., no me dejes sola!
MELIN. Aguarda... (Después de una pausa.) Ya se
 acuesta. (Aproximándose a la mesa y encendiendo
 la luz.)
- ODETTE ¡Ten cuidado!
MELIN. No hay peligro... (Acercándose luego a la niña
 y abrazándola.) ¿Te gusta la muñeca?
- ODETTE Sí..., pero por su culpa te han reñido...,
 y eso me sabe mal. Yo no quiero ocasionarte disgustos.
- MELIN. ¡Qué importa! ¡Lo principal es que tú
 estés contenta!
- ODETTE (Contemplando a la muñeca.) Mírala..., parece
 que sonríe... ¿Qué nombre quieres que
 le ponga?
- MELIN. ¡El que tú quieras!
ODETTE Pues entonces la llamaré Lulú, como la
 otra. ¿Te gusta?
- MELIN. Sí.
- ODETTE (Pensativa.) Lulú...
- MELIN. ¿En qué piensas?
- ODETTE En nada.
- MELIN. No quiero que estés triste... ¿Lo oyes?
- ODETTE (Abrazándolo.) ¿Por qué había de estarlo?

¿No te tengo a ti? ¿No tengo a mi muñeca? (En este momento la niña sufrirá como un desvanecimiento.)

MELIN. ¡Te has puesto pálida!... ¿Qué tienes?

ODETTE ¡Nada!... ¡no te asustes!

MELIN. ¿No has cenado todavía?

ODETTE No.

MELIN. ¡Aguarda! (Dirigiéndose hacia el jergón y sacando de debajo una botella de leche y un pedazo de pan; dándole el pan a la niña.) ¡Toma!

ODETTE (Comiendo el pan con avidez.) ¡Gracias!

MELIN. ¡Pobrecita! ¡Tenías hambre!

ODETTE Sí.

MELIN. Y él... se ha negado a darte...

ODETTE Sí.

MELIN. ¡Infame! (Llenándole un vaso de leche y dándole para que beba.) ¡Ahora, bebe!

ODETTE (Con alegría.) ¿Leche?

MELIN. Sí.

ODETTE (Después de haber bebido.) ¡Qué buena es! ¡Cuánto tiempo hace que no la había probado!... Desde que estaba en el colegio... ¿Cómo has hecho para comprarla?

MELIN. (Dándose importancia.) ¡Es una sorpresa que quería darte!... Por esto no te había dicho nada. Ya verás..., es toda una historia. Esta mañana salí yo, como de costumbre, para ir a entregar el trabajo: iba yo triste y preocupado pensando de dónde sacaría el dinero para comprarte la muñeca que te había prometido..., porque aunque le he dicho a papá Crispín que yo tenía dinero, ¡no lo creas! El poco que tenía me lo había gastado estos días en comprar pan para ti.

ODETTE ¡Pobre Andrés!

MELIN. Cuando de pronto veo un remolino de gente que se dirige hacia donde yo estaba. Iban todos muy alegres enarbolando banderas y prorrumpiendo en gritos y aclamaciones. Sin saber cómo, me vi

arrastrado por la gente, y tan distraído estaba que no vi que entre el grupo venía un carruaje; ¡y al darme cuenta de ello, me encontré en medio de los caballos..., a punto de ser pisoteado!

ODETTE ¡Oh, Dios mío!

MELIN. Entonces di un grito y el cochero aun tuvo tiempo para tirar de la rienda y detener a los caballos. Cuando me repuse del susto, oí que una voz me preguntaba si me había hecho daño... Era el caballero que, junto con otros, vestidos de uniforme, ocupaba el carruaje, y al cual vitoreaba la gente. Yo le respondí que no, y entonces él me entregó una moneda de cinco francos. Y ahí tienes explicado el porqué he podido comprarte la muñeca.

ODETTE ¡Vaya un susto que te llevarías!

MELIN. ¡Oh, sí..., muy grande...; pero después le di gracias a Dios por haberme proporcionado los medios de verte contenta!

ODETTE ¡Qué bueno que eres, qué bueno! (Después de una pausa.) ¿Y el caballero vestido de uniforme, no pudiste averiguar quién era?

MELIN. Si. Luego se lo pregunté a un transeunte. Me dijo que era un capitán que regresaba victorioso de la guerra..., ¡y por eso lo vitoreaban.

ODETTE ¿Un capitán?... ¡Como papá! Pero a él lo mataron, y no lo volveré a ver más.

MELIN. ¡No te vuelvas a poner triste! ¿Quieres creermelo?... acuéstate ya, necesitas descansar.

ODETTE (Echándose vestida sobre la cama.) ¿Y tú, no te acuestas?

MELIN. Luego..., cuando estés dormida.

ODETTE Dame la muñeca.

MELIN. ¡Toma! (Haciendo lo que se indica.)

ODETTE (Colocando la muñeca a su lado.) Ven acá, Lulú... Hay que ser buena muchacha... ¿lo oyes?... o sino me enfadaría. (Tapán-

dola.) Así, para que no tengas frío...
Y ahora, a dormir. (Abrazando al Melindres.)
¡Cuánto te quiero!

MELIN. ¡Y yo a ti...; más de lo que te figuras!
(La niña se irá quedando poco a poco dormida. El Melindres, que habrá permanecido con la mano de Odette entre las suyas, se levantará entonces, y apoderándose del pan que la niña habrá dejado, lo comerá con avidez. En este momento llamarán a la puerta. Melindres, al oír llamar, apagará la luz, y se echará en el jergón, al lado de la niña, aparentando que duerme.)

ESCENA IV

Dichos. CRISPÍN y PABLO EL USURERO.

PABLO (Desde fuera.) ¡Abrid! ¡Soy yo!
CRISPÍN (Desde dentro.) ¡Ya va! (Saliendo por la lateral izquierda y dirigiéndose a abrir la puerta.) ¿Eres tú, Pablo?

PABLO Sí.

CRISPÍN (Abriendo la puerta.) Entra. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

PABLO (Sentándose junto a la mesa, y dirigiendo una mirada al jergón donde descansa la niña.) Vaya si es tarde. Las nueve de la noche. ¡Por lo visto os acostáis como las gallinas!

CRISPÍN Es que uno está cansado de trabajar todo el día.

PABLO (Con sorna.) Sí..., comprendido. (Señalando a la niña.) ¿Duerme?

CRISPÍN Sí.

PABLO ¿Qué tal se ha portado estos días?

CRISPÍN Bien. Al principio le dió por llorar, pero después ha acabao por acostumbrarse..., y ahora está más suave que un guante. (Acercándose.) ¿Hay novedades?

PABLO (Después de una pausa.) Sí. Ha llegado el momento de sacarle tajada al negocio.

CRISPÍN ¿Qué quieres decir?

PABLO ¿Estás seguro de que nadie puede oírnos?

- CRISPÍN Seguro.
- PABLO (Señalando al Melindres.) ¿Y el gachó ese?
- CRISPÍN No hay cuidao... ¡Duerme como un tronco! Suelta ya la *sin hueso...*, que me tienes sobre brasas.
- PABLO Pues bien... ¡Acabo de encontrar al padre de la niña!
- CRISPÍN ¿Verdad?
- PABLO ¡Como lo digo...; y se trata nada menos de un personaje muy encumbrao! (El Melindres, al oír esto, levantará la cabeza para oír mejor, sin que los dos interlocutores se aperciban.)
- CRISPÍN (Radiante.) ¿Sabes cómo se llama?
- PABLO Sí..., pero el nombre me lo reservo por ahora. En los negocios hay que andar con mucha prudencia.
- CRISPÍN ¿Tienes miedo de que yo te usurpe el puesto?
- PABLO No..., pero cada cual sigue su sistema... y yo no me separo del mío. Ninguna necesidad hay de proclamar el nombre.
- CRISPÍN Guárdatelo en el buche, ¿a mí qué? Con tal de que se me pague mi trabajo... ya me doy por contento.
- PABLO En cuanto a eso, sí, y largamente...; ¡y sin más tardar, porque el asunto marcha al vapor!
- CRISPÍN ¿De veras?... ¿Y crees tú... que el otro aflojará los cordones? ...
- PABLO Hago más que creerlo... ¡Tengo la seguridad... y por eso he venido!
- CRISPÍN Explicate.
- PABLO Esta noche, a las diez, me he de ver con el interfecto, ¿comprendes?... y, como es natural, el hombre querrá que le devuelva a la niña...
- CRISPÍN ¡Naturalmente!
- PABLO ¡Yo, una vez haya cobrado mis honorarios, para qué quiero a la muchacha! Así es que ha llegado el momento de devolver la paloma a su nido.
- CRISPÍN ¿Y vienes ahora por ella?

- PABLO Sí.
- CRISPÍN (Quedando un momento pensativo.) Sí que has esperado tarde.
- PABLO Por el día tuve mucho qué hacer. . y luego ; qué más da una hora que otra ! (Fijándose en la actitud recelosa de Crispín.) ; Se me antoja que recelas algo !... ¿ Acaso te has figurao que trato de dártela con queso ?
- CRISPÍN Es que la niña lleva ya aquí algunos días, y la manutención corre. ; Tú no sabes lo que come la muchacha ! ; Tiene un estómago que no se cansa nunca de engullir..., y yo llevo hechos ya muchos gastos !... ; Uno es pobre... y no es justo que me quede luego pegado a la pared !
- PABLO ; Vaya si eres desconfiao ! Para que veas que no es filfa. (Abriendo la cartera y entregándole un billete de cien francos.) Ahí va ese billete..., y ya es el segundo que te llevo dado... ¿ Crees tú que si yo no viera claro en el asunto, iba a desprenderme así como así de esos *cartelones* ?
- CRISPÍN (Guardándose el billete.) Yo no quise decir que desconfiara..., y me sabría mal que...
- PABLO Bueno, bueno... ; despierta a la muchacha... y despachemos... La ocasión la pintan calva.
- CRISPÍN De todos modos, si el negocio va bien, supongo que no parará esto aquí.
- PABLO ; No, hombre, no... descuida !
- CRISPÍN (Acercándose a la cama donde descansan los niños ; sacudiendo al Melindres por el brazo.) ; Levántate..., ya volverás a echarte después !

ESCENA V

Dichos. ODETTE y MELINDRES.

- MELIN. (Restregándose los ojos, como si hubiese dormido.)
¿ Qué ocurre ?
- CRISPÍN ; Ya lo sabrás luego ! ; Despierta a la *mocosa* !
- MELIN. ¿ A estas horas ?

- PABLO (Irónico.) ¿Te parece tarde?
- MELIN. No ; pero hace poco que se acostó, y está todavía en el primer sueño.
- PABLO Pues mira..., en el primero o en el segundo, preciso es que se despierte.
- CRISPÍN ¿Lo haces tú, o lo hago yo? (Cogiendo la correa y aciendo ademán de ir a despertarla.)
- MELIN. (Corriendo hacia la niña y sacudiéndola por un brazo suavemente.) ¡No, no !... ¡ Odette ! ¡ Odette !... (La niña abrirá los ojos medio dormida, y al ver a los dos miserables los cerrará de nuevo, llena de miedo.)
- PABLO ¡Vamos, abre ya esos quinqués ! ¿Sabes que me parece que ha enflaquecido?
- ODETTE ¿Qué quieren de mí?... (Abrazándose al Melindres.) ¿Por qué ha vuelto ese hombre?
- MELIN. ¡Me mira como si quisiera comérseme con los ojos !... ¡Tengo miedo !
- PABLO ¡No tiembles..., yo te defenderé !
- ODETTE Levántate ya, y disponte a seguirme.
- PABLO ¡No, no... ; yo no quiero ir con él !... ¡Yo no quiero separarme de ti !
- PABLO ¿Conque ésas tenemos?... (Acercándose a ella.) ¿Por qué no quieres venir conmigo? ¿Tienes miedo, acaso, de que te pegue? No tengas cuidado. Yo te prometo que si eres buena y obediente, no te pesará el haberme seguido.
- ODETTE (Más conformada y señalando al Melindres.) ¿Y él, vendrá también con nosotros?
- PABLO ¡El, no ! El tiene que quedarse a hacer compañía a papá Crispín, que es viejo y necesita de sus cuidados. Vamos, despacha... ; el tiempo pasa, y no debemos entretenernos.
- ODETTE (Sin soltar al Melindres, que la tiene estrechamente abrazada.) ¡No, no..., yo quiero quedarme con él ! ¡Si es preciso trabajar ya trabajaré..., ya haré todo lo que se me mande !
- PABLO ¡Vaya si eres terca !... ¿Y si te digo que viniendo conmigo volverás a ver a tu

papá..., que es para llevarte con él, por lo que quiero que me sigas..., te resistirás aún?

ODETTE ¡Esto no es verdad! ¡Usted miente!
¡Mi papá ha muerto..., mi papá está en el cielo!

PABLO ¡Concluyamos! Puesto que por las buenas no quieres obedecerme, preciso será que lo hagas por las malas. (Dando un empujón al Melindres.) ¡Suéltala ya..., bastantes contemplaciones he tenido!

MELIN. ¡Oh, no..., no conseguirá usted que me separe de ella. Ella es todo mi bien sobre la tierra, y ella ha sido la única que se ha mostrado buena y cariñosa conmigo..., y cuando los demás me despreciaban y me maltrataban se ha compadecido de mí y me ha consolado. Calcule usted si la querré. ¿Y ahora quiere usted quitármela tal vez para siempre, para hacerla aún más desgraciada de lo que es? ¡No... eso no lo hará usted...; sería preciso que no tuviera entrañas! (Arrojándose a los pies de Pablo, que lo contempla sonriente.) ¡Yo se lo suplico a usted por lo que más quiera en este mundo! ¡No se la lleve usted, no se la lleve!... ¡Si ella me abandonara, me moriría!

PABLO Muy bien... (A Crispín, que durante este tiempo habrá permanecido junto a la mesa, llenando de vino los vasos.) ¿Qué te parece? ¡El gachó se explica como un abogado! ¿Sabes que si te hubieras dedicado al foro, hubieras salido una lumbrera? ¡Lástima que seas tan esgalichao y tan enclenque..., que en tocante a elocuencia, ni el mismo Cicerón!

MELIN. ¡No se burle usted!

CRISPÍN ¡No le hagas caso! A éste le ha dao una pasión fulminante por la melindrosa ésa... y necesita que le den una ducha para refrescarle la sangre...

PABLO. Pues para calmar esas fogosidades no hay como la zarzaparrilla, ¿me entiendes? Conque así, lo mejor que puedes hacer es comprarte un frasco. (Cogiéndole de un brazo y arrojándolo brutalmente contra la pared.)

MELIN. ¡Miserable!

ODETTE. (Extendiendo los brazos hacia él.) ¡Andrés!... ¡Andrés!... (El Melindres hará ademán de correr hacia ella.)

CRISPÍN. (Interceptándole el paso.) ¡Alto ahí!... (Arrojando a Pablo una manta que habrá sobre una silla.) Toma esa manta... y envuelve con ella a la chiquilla de manera que no escandalice...

PABLO. (Apoderándose de la manta.) Tienes razón..., así concluiremos más pronto.

ODETTE. (Pugnando por desasirse de las manos de Pablo.) ¡Socorro!... ¡Socorro!...

PABLO. ¡Vaya un modo de alborotar!... ¡Ni que fueran a llevarte al patíbulo! Suerte que yo tengo un juguete que para hacer callar a los revoltosos se pinta solo. (Sacando un puñal y haciéndolo relucir ante los ojos asustados de la niña.) ¿Qué te parece?... Como vuelvas a dar otro chillido... él se encargará de hacerte callar en el acto.

MELIN. ¡Suélteme usted, suélteme!... (Tratando de desasirse de Crispín, que lo tiene sujeto por las muñecas.)

PABLO. (Envolviendo a la niña con la manta, sin que aquella, aterrorizada, oponga resistencia.) Parece que se te han calmado ya aquellos bríos... (Levantando a la niña en brazos. Al intentar colocar el puñal en la faja, aquél se le caerá al suelo.) Ahora, en marcha. (Al pasar por delante del Melindres, éste logrará desprenderse de los brazos de Crispín y se colocará ante la puerta del foro, interceptando el paso.)

MELIN. No..., no se la llevará usted... Primero tendrá que pasar por encima de mí.

- PABLO Apártalo, Crispín...; el maldito va a hacer que se entere la vecindad.
- CRISPÍN (Cogiendo al Melindres de un brazo, y a pesar de la resistencia de aquél, apartándolo de la puerta.) ¡Cómo vuelvas a chistar, te estrangulo! (Pablo, entretanto, desaparecerá con la niña.)
- ODETTE (Desde fuera, gritando.) ¡Andrés!... ¡Andrés!...
- MELIN. (Adelantando, enloquecido, hacia la puerta, ante la cual se habrá colocado Crispín defendiéndola.) ¡Se la lleva!... ¡Apártese usted!... ¡Apártese!
- CRISPÍN ¿Estás loco?
- MELIN. ¡Sí..., estoy loco! ¡Déjeme usted pasar, o no respondo de mí!
- CRISPÍN (Con sorna.) ¿Y qué harás si no te obedezco?... ¡Me gustaría verlo!
- MELIN. ¡Mire usted que estoy desesperado..., y la misma desesperación me dará fuerzas! Ahora... ya no soy el mismo de antes..., el ser débil y enclenque que usted gobernaba a su antojo y a quien llenaba de golpes... ¡Siento que la sangre hierve en mis venas, y un volcán arde en mi cabeza! ¡Apártese, le digo, o haré yo mismo que me obedezca!
- CRISPÍN ¡Insensato!
- MELIN. (Fijándose de repente en el puñal que Pablo habrá dejado caer al suelo.) ¡Ah!... ¡Dios me lo envía! (Agachándose a cogerlo.) ¿No quiere usted apartarse?
- CRISPÍN No.
- MELIN. (Arrojándose sobre Crispín y clavándole el puñal en el corazón.) ¡Pues bien, le apartaré yo! (Crispín caerá al suelo sin lanzar un grito. Melindres, abriendo la puerta, al tiempo de ir a franquear el umbral.) Y ahora..., ¡que Dios me proteja!

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

Cuadro VII

La guarida de los apaches

Interior de un figón o taberna. Ocupando el testero de pared comprendido entre la puerta de entrada, foro, y el ángulo de la izquierda, el mostrador, servido pobremente. En primer término derecha del actor, una mesa de madera, rodeada de algunas sillas de enea. En el lado opuesto, un velador de mármol y dos sillas. Un quinqué colgado del techo ilumina la habitación. A derecha e izquierda, puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

EL LAGARTIJA, EL GREÑAS, CAMILA y TABERNERO.

GREÑAS (Acodado sobre la mesa, mientras despacha un vaso de vino.) ¿Y crees tú que todo eso del cuento de la niña no va a resultar pan mojado? A mí me da mala espina que tarde tanto Pablo el Usurero.

LAGARTIJA (Consultando el reloj.) El nos ha citao aquí para las diez, y aun faltan cinco minutos para la hora justa. Conque, no hay por qué desconfiar, y en lo tocante a lo de la niña... yo puedo dar fe de que es verdad, porque fui parte interesada en el asunto.

- GREÑAS ¿Y tú crees que el padre va a aflojar la mosca?
- LAGARTIJA Esto es ya harina de otro costal. Pero según el usurero, el individuo va a venir aquí a hacer entrega de los monises.
- GREÑAS ¿Y tú crees que se expondrá a venir solo y a meterse en la boca del lobo? ¿Sabes que no las tengo todas conmigo, y me temo que nos vaya a hacer alguna jugarreta? Si diera aviso a la policía...
- LAGARTIJA No tengas miedo..., no lo hará, porque sabe que, caso de hacerlo, su hija sería la víctima.
- GREÑAS Yo, por lo que pueda ocurrir, ya he venido prevenido. (Sacando un puñal y haciendo jugar el resorte.) Con esta bicoca encima se halla uno más en su centro.
- CAMILA ¡Guárdate eso para otra ocasión, que aquí no va a hacer falta! Pablo me ha prometido que no se derramaría ni una sola gota de sangre, y no es menester llamar al mal tiempo, como tú lo haces.
- GREÑAS ¿Qué..., te da escalofríos la vista de la sangre? ¡mi reina!
- CAMILA Sí... ¿para qué ocultarlo? ¿Acaso te figuras que soy como tú, que por un quitame allá esas pajas escabechas a un hombre?
- GREÑAS ¡Y qué quieres hacerle si he nacido sanguinario! Yo, cuando me paso una semana sin asestar un golpe ya me parece que me falta algo. ¡Es como otro vicio cualquiera! Hay quien disfruta bebiéndose una botella de coñac, o requebrando a una buena hembra... A mí me da más gusto cuando suelto un golpe... de esos que me han acreditao entre la gente del bronce... en los que la víctima cae sin dar un chillido patas arriba lo mismo que un carnero degollao. ¡Entonces es cuando se muestra el arte y la habilidad! ¡Si yo tuviera una lista con los nombres de

los que he despachao para el otro mundo, no había tiempo en una hora para leerla de arriba a bajo! .

CAMILA ¿Y aun te alabas?

GREÑAS ¿Qué quieres hacerle? Todo el mundo tiene sus miajas de amor propio, y cuando se presenta la ocasión, uno recuerda con gusto sus hazañas.

CAMILA (Con horror, mirándole las manos, como si temiera verlas manchadas de sangre) ¡Vaya si eres atroz!

GREÑAS ¿Por qué me miras las manos? (Mostrándoselas.) Cualquiera diría que tienes miedo de ver sangre en ellas. No tengas cuidao. Hace más de quince días que llevo ya sin trabajar, y se hallan limpias y finas como las de un señorito. Si esta calma dura mucho tiempo, voy a perder la costumbre de servirme de la navaja... ¡y la pobrequilla va a criar moho en la hoja!... ¡Por eso es menester que esto se anime..., porque a mí me conviene hacer ejercicio!

CAMILA ¡Me das horror! Yo creo que en vez de hombre eres una fiera.

GREÑAS ¡Puede!... ¡y, por lo que pueda ser, no te arrimes demasiado, que podría darte un zarpazo! (Camila se aparta con horror.)

LAGARTIJA ¡Déjala!... Las mujeres no entienden de esas cosas, y no es menester perder el tiempo en inútil palabrería! (Señalando el reloj.) Mira..., las diez y cinco... ¡Ya se ha retrasao cinco minutos!

CAMILA No tengáis miedo, que no faltará. Pablo es hombre de palabra, y cuando promete una cosa la cumple. A mí me ha prometido, si se arregla el negocio, comprarme un traje de seda y un gorro con plumero de los que se estilan ahora, y estoy segura de que me los compra.

LAGARTIJA Cuidado si vas a ir maja, con todo este aparato. Ya estoy viendo que va a ser

- preciso darte el tratamiento de excelencia y saludarte hasta el suelo.
- CAMILA ¡Búrlate cuanto quieras! Tú no serás nunca capaz de hacer semejantes regalos a una mujer.
- LAGARTIJA No. Yo, cuando me veo demasiado acorralao, sé escurrir el bulto sin soltar prenda. ¡Por algo me llaman Lagartija!
- CAMILA Tú lo que eres es un *lipendi*. Pero, afortunadamente no todos son como tú.
- GREÑAS (Irónico.) ¡Tu Pablo, pongo por caso!
- CAMILA ¡Y a mucha honra!
- GREÑAS ¿Y de dónde vas a sacar tú eso?
- CAMILA ¿El qué?
- GREÑAS ¡La honra!
- CAMILA ¡Vaya si tienes gracia! Si cuando requiebras a una mujer no sabes soltarle más que esos piropos, se va a quedar la pobre ilusioná para toda su vida.
- TABERNE. (Entreabriendo la puerta.) ¡Ahí viene Pablo con la niña!
- GREÑAS ¡Gracias a Dios, ya era hora!

ESCENA II

Dichos. PABLO y ODETTE.

- TABERNE. (Pasando primero él y abriendo la puerta a Pablo.)
¡Entra!
- PABLO ¡Buenas noches!
- LAGARTIJA ¿Traes el lastre?
- PABLO Sí. (Señalando a la niña, que se habrá dormido.)
Ahí viene dormida!
- CAMILA (Acercándose a la niña y contemplándola.) ¡Qué linda es!
- PABLO (Entregándole la niña.) Déjate ahora de lindezas y carga con ella, cuidando de que no se despierte.
- CAMILA (Recibiendo a la niña en sus brazos.) ¿Quieres decir que se halla dormida? ¡Yo más bien creo que está desmayada!

PABLO Es igual. Cuando convenga ya haremos que vuelva en sí. Por ahora vale más que no gruña. (A Camila.) ¡Vamos, ahueca! Cuando sea menester ya te llamaremos... ¡y no te separes de ella para nada! (Camila sale con la niña por la lateral izquierda.)

ESCENA III

Dichos menos Camila y Odette.

GREÑAS (Echándole a Pablo un vaso de vino.) Bebe... debes estar cansao.

PABLO (Apurando el vaso.) Tú dirás..., con ese fardo en brazos un cuarto de hora...

LAGARTIJA ¿No te ha seguido nadie?

PABLO No... ¡El lugar es muy apartao... y no hay quien se exponga a circular a horas tan avanzadas!

GREÑAS (Enseñándole el puñal.) ¿Qué?... ¿Van a ser precisos mis servicios?

PABLO No. El hombre firmará el cheque, sin necesidad de recurrir a tales medios. Cuando vea a la niña y se convenza de que no le hemos engañao, se allanará a todo.

GREÑAS ¡Lástima!... ¡A mí que me convenía entrar un poco en calor! ¡Otra vez será! ¿qué le haremos?

LAGARTIJA ¿Le has encargao que traiga el talonario de cheques?

PABLO Por supuesto... ¿Acaso soy algún primo? (En este momento la puerta del foro se entreabrirá, y la cabeza del Melindres aparecerá por ella, volviendo a cerrar en seguida. Los cuatro hombres, engolfados en la conversación, no verán nada.)

GREÑAS Y en cuanto a la parte que nos corresponde, supongo que se nos hará efectiva dentro de las veinticuatro horas. ¡Esa es una condición que es preciso dejar bien sentada! A mí me gusta llevar las cosas con claridad.

PABLO No tengas miedo. Ya sabéis que aunque me apode el Usurero, no me gusta gananciar a costa de los amigos. Tan pronto como yo cobre, cobraréis. Ahora, lo que hace falta es tener *pupila*... y no olvidarse de las instrucciones que os he dado.

LAGARTIJA Descuida. (En este momento se oirá un silbido prolongado.)

PABLO Ya está ahí. (A los demás, que se habrán levantado.) ¡Serenidad y diplomacia!

TABERNE. (Que habrá corrido a la puerta.) Ahí viene el Tarugo con el individuo.

PABLO ¡Que pase!... Le haremos los honores que se merece.

ESCENA IV

Dichos. CAPITÁN D'AVIGNI, TARUGO.

TARUGO (Desde la puerta inclinándose ante el capitán.) ¡Pase usted, señor capitán!... He ahí a los amigos, que le esperan a usted. (Capitán, con las manos en los bolsillos y lanzando a su alrededor miradas de desconfianza.)

CAPITÁN Buenas noches. (Tarugo, a una seña de Pablo, desaparecerá por el foro.)

PABLO Sea usted bien venido, señor capitán..., y permítame usted que le presente a estos amigos... (Señalando al Lagartija.) Este que ve usted se apoda el Lagartija... (El Lagartija se inclinará ridiculamente delante del capitán.) Un buen muchacho cuando no está de mala luna, y sobre todo cuando el negocio marcha bien. (Haciendo un gesto de apoderarse de algo.) Su especialidad son los monederos y los relojes. Tiene para ello tal ligereza, y lo hace con tanta gracia, que no posee rival. ¡Usted mismo, si la casualidad le interpone algún día en su camino, no podrá menos de reconocerlo y de ala-

bar su maestría ! (Señalando al Greñas.) Este otro, conocido por el Greñas, ya pica más alto... y se dedica al negocio al por mayor. Su habilidad estriba en los golpes hondos, llamados de remate. (Haciendo ademán de clavar un cuchillo.) Para ello demuestra poseer raras aptitudes, y goza fama de valiente y temerario. Como usted ve..., los dos son personas de alta consideración y respeto, y dignos por todos conceptos de su estimación.

GREÑAS

Y si al señor capitán le son necesarios nuestros servicios ya sabe que puede disponer incondicionalmente de nosotros.

CAPITÁN

(Con sequedad, sin intimidarse.) ¡Basta !... ¡No he venido para gastar el tiempo en palabras innecesarias ! (Por Pablo.) Usted me ha prometido entregarme a mi hija, y por ella vengo.

PABLO

Y dispuesto me hallo a entregársela.

CAPITÁN

¿Dónde está?

PABLO

(Señalando la lateral derecha.) Allí, encerrada en aquella habitación, esperando impaciente el momento de arrojarle en sus brazos.

(El capitán, que se habrá sentado, se levantará entonces, haciendo ademán de dirigirse a la puerta indicada. Pablo, junto con los tres compinches, le cerrará el paso.)

PABLO

(Con exagerada finura.) ¡Todavía no, señor capitán, todavía no ! Siento tener que hacerle aguardar..., pero antes ya sabe usted que es preciso llenar una pequeña formalidad. Supongo que no se habrá usted olvidado del talonario de cheques.

CAPITÁN

¡Y bien..., concluyamos ! (Sacando el talonario del bolsillo y depositándolo sobre la mesa ; los tres bandidos se acercarán, contemplando el talonario con ojos codiciosos.)

PABLO

(Apoderándose de encima del mostrador de tintero y pluma y depositándolo sobre la mesa.) Ahí tiene usted, señor capitán, los documentos necesarios, y perdone usted esa

fórmula sin importancia. (El capitán, que durante todo este tiempo habrá sostenido con la mano derecha una pistola; la abandonará sobre la mesa para firmar; el Lagartija se deslizará entonces por detrás de la mesa y adelantará el brazo por encima del hombro del capitán para apoderarse del arma, pero aquél, que iba a firmar el cheque, se apercibirá de la acción y colocará la mano sobre el revólver. El Lagartija, haciéndose el distraído, se alejará chupando su cigarro.) Supongo que no se habrá usted olvidado de la cantidad.

CAPITÁN
PABLO

Cincuenta mil francos, ¿no es eso?
Perfectamente; veo que tiene usted memoria. (Capitán, disponiéndose a firmar el cheque; al ir a poner la firma se detendrá, como asaltado de una duda.)

CAPITÁN
PABLO
CAPITÁN

¿Y quién me asegura que después de firmar el cheque cumplirá usted su palabra?

PABLO
CAPITÁN

¿No tiene usted confianza?
Las amistades de usted no son para inspirarla a nadie.

PABLO

Voy a desvanecer sus dudas en el acto. (Al tabernero, que permanece junto a la puerta del foro.) Díle a Camila que salga con la niña..., pero sin moverse del umbral de esta puerta. Ahora verá usted a su hija. (Al Greñas y al Lagartija.) (Mucho ojo... y tratad de cerrarle el paso.)

LAGARTIJA Descuida.

ESCENA V

Dichos. ODETTE y CAMILA. Pablo, señalando a la niña, a quien Camila llevará de la mano.

PABLO

Aquí tiene usted a la niña... ¡Ya ve usted como no intento darle gato por liebre!
(Odette, al reconocer a su padre, loca de alegría, tenderá hacia él sus brazos, pero Camila tirará de ella, obligándola a retroceder.)

ODETTE

¡Papá!... ¡Papá! (Capitán, avanzando un paso

hacia ella, pero al intentar avanzar otro, el Greñas y el Lagartija lo cogerán cada uno de un brazo, obligándole a retroceder. Pablo le mete mano al bolsillo y se apodera de su revólver.)

CAPITÁN ¡ Hija mía ! ¡ Hija mía ! (Debatiéndose.)
¡ Soltadme, soltadme !...

PABLO Antes es menester que nos firme usted el cheque.

CAPITÁN ¡ Oh, sí..., todo lo que queráis !

ODETTE ¡ Papá, papá..., llévame contigo !

PABLO (A Camila.) Retírate ya..., y cuidado con soltarla.

ODETTE (Pugnando por desasirse de Camila.) No, no...,
¡ yo quiero ir con mi papá !... ¡ Yo quiero ir con mi papá !

PABLO (A Camila.) ¡ Tápale la boca para que no chille ! (Camila se retirará con la niña, haciendo lo que Pablo le indica.)

CAPITÁN ¡ Una pluma !... Pronto, y devolvedme a mi hija.

ESCENA VI

Dichos menos Odette y Camila.

PABLO (Presentándole la pluma al capitán.) Ahí tiene usted la pluma, señor capitán, y no se olvide usted de poner la cantidad en letras bien gordas.

CAPITÁN (Después de haber firmado, alargando el cheque a Pablo.) ¡ Tome usted !

PABLO (Después de haber leído.) Muy bien ; tiene usted un hermoso carácter de letra. (Guardándose el cheque.)

CAPITÁN ¡ Mi hija ! ¡ Mi hija !...

PABLO (Con mucha calma.) ¡ Cuidado que es usted impetuoso ! ¿ No es verdad, compañeros, que el señor capitán tiene un genio muy vivo ?

GREÑAS Es una pólvora.

CAPITÁN ¿ Qué aguarda usted ahora ?... ¿ No le he

entregado a usted el cheque? ¿Por qué, pues, no me devuelve a mi hija?

PABLO Paciencia..., que todo se andará. (Capitán, echando mano al bolsillo para apoderarse del revólver.)

CAPITÁN Si no me la devuelve usted en el acto... (Al apercibirse de que se lo han quitado hará un gesto de desesperación.)

PABLO (Enseñándole el revólver.) No se moleste usted en buscarlo. Esta arma en sus manos constituía un grave peligro, y por esto me he apresurado a desembarazarlo de ella. Podía darle a usted la ocurrencia de probarla con alguno de nosotros..., y yo no quiero que por mi culpa lleve usted ningún crimen en su conciencia. Aun tendría usted que darme las gracias por haberle evitado este remordimiento.

CAPITÁN ¿Qué quieren ustedes ahora?

PABLO Se trata de una insignificancia..., y ahora que se halla usted dispuesto..., lo mismo le será poner una firma que poner dos. ¡Como usted puede comprender, cincuenta mil francos repartidos entre cuatro resultan una miseria para cada uno..., y como a nosotros no nos gusta trabajar de balde, será menester que duplique usted la cantidad.

CAPITÁN ¡Miserable!

GREÑAS ¡Los tiempos están muy malos, señor capitán, y cuando cae algún negocio hay que aprovecharlo! Nosotros no tenemos la culpa de que todo se haya encarecido... y de que lo que antes se cobraba uno hoy se cobre dos.

CAPITÁN Estoy en vuestro poder... y no tengo más remedio que someterme. (Sentándose ante la mesa y firmando otro cheque; arrancando luego el talón y entregándoselo a Pablo.) ¡Tomad! (Pablo va para coger el cheque, pero Lagartija, más listo, se apodera de él y se lo guarda en el bolsillo.)

LAGARTIJA Dispensa..., pero cuanto más amigos más claros.

GREÑAS (Acercándose al Lagartija.) De este *cacao* me corresponde a mí la mitad. ¿Estamos?

LAGARTIJA ¡Se sobreentiende!

GREÑAS (Metiendo mano a la navaja.) Es que cómo te descuides... (Haciendo ademán de cortar el cuello.)

LAGARTIJA ¡No hay peligro!

CAPITÁN (Guardándose el talonario.) Y ahora, ¿me entregará usted a mi hija?

PABLO ¡Quién lo duda! Ya debe estar usted impaciente por estrecharla contra su corazón. (Acercándose al Lagartija y al Greñas.) ¡Mucho cuidado! Así que veáis que se adelanta hacia la puerta...

LAGARTIJA ¡Comprendido!

CAPITÁN (Levantándose impaciente.) ¿A qué espera usted?

PABLO (Avanzando hacia la puerta.) ¡Ahora mismo voy a llamarla! ¡Ha llegado el momento de cumplirle a usted mi palabra! (En este momento el Greñas y el Lagartija, provistos de unas cuerdas que habrán recogido de un rincón, se arrojarán por la espalda al capitán, obligándole a caer en la silla y atándole de pies y manos.)

CAPITÁN ¡Ah, bandidos! ¡A mí..., socorro!

PABLO Tapadle la boca con un pañuelo. (El Lagartija hará lo que se indica.) ¡Así, para que no alborote! (Asegurándose de que las cuerdas se hallan bien amarradas.) ¿Ya está bien amarrado?...

GREÑAS Eso ni se pregunta. Tú podrás enseñarme a mí de freir espárragos, pero en cuanto a amarrar fuerte y bien te quedas tú en pañales. (Sacándose la navaja y haciendo ademán de ir a clavársela al capitán.) Ahora sólo falta, para que la fiesta sea completa, darle el golpe de gracia.

PABLO (Sujetándole el brazo.) ¡Detente! ¿Para qué derramar sangre inútil?

GREÑAS Así no le quedarían ganas de *cantar*. (Levantando de nuevo el brazo.) Resulta tan sencillo...

PABLO ¡Tú, si no olfateas sangre ya no estás contento !

GREÑAS ¡Es que me aturde ! Hay quien se emborracha de vino... ; yo me emborracharía de sangre.

PABLO Calla. (Quitándose el sombrero y saludando irónicamente al capitán.) Señor capitán, perdone usted si nos hemos visto obligados a emplear tales procedimientos, pero la seguridad del negocio lo exige. Podía ocurrírsele a usted dar aviso a la policía..., y al ir a cobrar los cheques ésta, que no peca de cortés, amarrarnos como usted se halla en este momento. Esto, como usted comprenderá, hubiera resultado bastante desagradable. Mañana, cuando tengamos el dinero en el bolsillo, nos apresuraremos a librarle a usted de sus ligaduras, deseándole toda suerte de felicidades.

LAGARTIJA (Saludando al capitán con sorna.) ¡A sus órdenes, señor capitán !...

GREÑAS (Saludando y colocándose la navaja en el cinto.) ¡Lástima que no hayamos podido trabar más hondo conocimiento ! Estoy seguro que hubiera usted quedado satisfecho de mis servicios. (Golpeando sobre la navaja. En este momento el tabernero, que habrá permanecido en la calle vigilando, entrará desaforado.)

ESCENA VII

Dichos. TABERNEIRO, CAMILA.

TABERNE. ¡La policía ! ¡La policía ! (Téngase presente que el capitán permanecerá de cara al público, y, por consiguiente, de espaldas a la puerta de la habitación donde se halla encerrada la niña. En la escena se producirá un gran tumulto. Pablo, entrando rápidamente en el cuarto donde permanece la niña.)

PABLO ¡Maldición ! (Vase. Casi instantáneamente volverá

a salir con la niña en brazos, la que llevará un pañuelo atado a la boca, desapareciendo con ella por la lateral derecha.)

GREÑAS (Dirigiéndose hacia la puerta del foro.) ¡Corramos, corramos!

TABERNE. ¡Deteneos!... Si os ven salir por aquí, se os echarán encima al momento.

GREÑAS ¿Entonces cómo escapar?... (Señalando la puerta por donde ha desaparecido Pablo.) ¿No hay ninguna salida por este lado?

TABERNE. ¡No hay más salida que la que da a la calle!

LAGARTIJA ¡Estamos perdidos!

CAMILA ¡Dios mío! ¡Dios mío!

LAGARTIJA (Dirigiéndose hacia la puerta.) ¡Probemos!... Vale más salirles al encuentro... que no dejarnos coger aquí como ratones.

GREÑAS ¡Tienes razón! ¡Vamos! (En el momento en que irán para abrir la puerta del foro aparecerá el Melindres seguido de los agentes; éstos se echarán encima de los tres miserables y de Camila, maniatándolos.)

ESCENA VIII

Dichos. MENLINDRES, COMISARIO y policías.

MELIN. (Abriendo la puerta del foro.) ¡Por aquí, señor comisario! (Al ver al capitán correrá hacia él, desatándole de sus ligaduras.)

COMISAR. ¡Armas al suelo!

MELIN. ¡Ah, miserables!

COMISAR. (A los agentes, señalando a los cuatro detenidos.) ¡Llévalos!

GREÑAS Lo que es esta vez no me libro de la guillotina! (Mutis.)

ESCENA IX

Dichos. Después, PABLO y ODETTE.

CAPITÁN (Estrechando las manos del Melindres.) ¡Gracias! ¡Gracias! (Levantándose.) ¡Mi hija! ¡Mi hija!

MELIN. ¡Cómo!... ¿Odette?...
CAPITÁN Sí.
MELIN. ¿Dónde se halla?
CAPITÁN (Señalando la puerta lateral derecha.) ¡Allí..., corramos! (El capitán, Melindres y el comisario desaparecen por la lateral derecha. Al quedar la escena sola aparecerá Pablo el Usurero llevando a la niña en brazos y dirigiéndose hacia el centro de la escena, se agachará y levantará, valiéndose de un cuchillo que antes habrá cogido de encima la mesa, la tapa de una trampa que existirá disimulada en el suelo, desapareciendo por ella con la niña y volviendo a cerrar tras él.)

ESCENA X

CAPITÁN, MELINDRES y EL COMISARIO.

CAPITÁN (Gritando.) ¡Odette!... ¡Odette!...
MELIN. ¡No responde! ¡El miserable se la lleva de nuevo! (El capitán apóyase en el hombro del comisario, como si se viera acometido de algún vahido.)

CAPITÁN ¡Fatalidad!
COMISAR. (Sosteniéndolo.) ¡Capitán!... Se halla usted muy débil y necesita reponer sus fuerzas. Permita usted que le acompañe en el automóvil que nos ha traído, hasta su casa, y deje a nuestro cuidado la tarea de buscar a su hija.

CAPITÁN (Apoyándose en el brazo del comisario.) ¡Sí!...
¡Me siento desfallecer!

COMISAR. Vamos. (El capitán, deteniéndose antes de llegar a la puerta, señalando al Melindres.)

CAPITÁN ¿Y tú?... ¿Y tú?

MELIN. ¡Yo me quedo! El corazón me dice que no debo marcharme de aquí!

CAPITÁN Posees un alma grande y generosa y jamás podré olvidar lo que has hecho por mí. (Entregándole una tarjeta.) ¡Toma! Ahí tienes las señas de mi casa. No dejes de ir a verme. (Estrechándole la mano.) ¡Adiós, y

que la suerte te acompañe ! (Vanse el capitán y el comisario.)

ESCENA XI

MELINDRES solo.

(Levantando la mirada al cielo.) ¡ Dios mío no me abandones ! (Luego girará la mirada a su alrededor, como tratando de descubrir algo. De pronto prorrumpirá en un grito; en el suelo, entre las junturas de la trampa, habrá descubierto un mechón de cabellos de la niña. Agachándose y apoderándose de él.) ¿ Un mechón de cabellos del mismo color que los suyos ? Ya no me cabe duda... ¡ El miserable ha huído por ahí ! (Apercibiendo el cuchillo que Pablo habrá abandonado en el suelo y disponiéndose a levantar la tapa de la trampa.) ¡ Dadme fuerzas, Señor ! (Consiguiéndolo al fin con grandes esfuerzos.) ¡ Por fin ! (Disponiéndose a descender por el interior de la trampa.) ¿ A dónde conducirá esto?... ¡ Qué importa ! ¡ Aunque sea en las mismas entrañas de la tierra yo arrancaré a la niña de las garras de ese miserable ! (Dice, y desaparece por el hueco de la trampa al tiempo que cae el telón.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SEPTIMO

Cuadro VIII

El milano y la alondra

Una choza de trapero. En el suelo se hallarán esparcidos varios trapos y papeles. En la pared, y colgadas de los clavos, algunas prendas de vestir en mal uso. En un ángulo de la pared, un cesto con unas cuerdas, las que irán sujetas a las asas del mismo por unos garfios, tal como lo usan los traperos. Junto al cesto, una escalera de mano, medio oculta entre las prendas de vestir. Adherida a la pared, entre el ángulo de la derecha y la puerta lateral del mismo lado, una mesa o tocador de madera con un espejo colocado de pie sobre la mesa. En el foro, la puerta de entrada, y en la parte superior de la pared del foro, un ventanillo de cuatro palmos de alto por tres de ancho, por donde recibe la luz el cuarto.

ESCENA PRIMERA

PABLO y ODETTE.

PABLO (Después de haber cerrado la trampa y de depositar la niña al suelo.) Quieta ahí y punto en boca. Al primer graznido que des te corto la campanilla.

ODETTE (Llorando, en voz baja.) ¡ Papá ! ¡ Papá !...

PABLO (Dirigiéndose hacia la mesa de madera, abriendo el cajón, sacando de él una barba postiza y empezando a caracterizarse.) Llama, llama, que trabajo le mando si consigue dar con tu paradero. A estas horas debe estar dado a todos los diablos y poniendo en pie de guerra a todos los sabuesos de París ; pero por

- muY buen olfato que tengan no darán con la madriguera de Pablo el Usurero.
- ODETTE ¿Por qué no quiere usted dejarme ir con mi papá? ¿Qué mal le he hecho yo para que me trate usted tan cruelmente? ¡Mi papá vive, y usted no tiene derecho para retenerme lejos de él! (Viendo que el otro hace un ademán colérico, juntando las manos en ademán suplicante.) ¡Sea usted bueno y generoso, y tenga lástima de mí!
- PABLO ¿Y crees tú que tu padre me perdonaría el haberte robado?... que bastaría decirle, poniéndote por delante: «Tome usted: ahí va eso», para que se diera por satisfecho?... Si fuera tan cándido que me dejara conmover por tus lamentaciones, yo mismo me arrojaría en la boca del lobo. De esta hecha se me quitaba el hipo para siempre. (Haciendo ademán de cortarle el cuello.)
- ODETTE No tenga usted miedo; él es muy bueno, y como yo intercedería por usted, estoy segura que le perdonaría.
- PABLO (Ocupado en caracterizarse) Bueno, bueno; tú sigue cantando, que yo, por mi parte, no pierdo el tiempo.
- ODETTE (Con desesperación.) ¡Todo es inútil con usted!
- PABLO Por esto lo mejor que puedes hacer es cerrar el pico y conformarte. No tengas miedo, no voy a tenerte encerrada; al contrario. Dentro de una hora habremos dejado París.
- ODETTE ¿Dejado París?... ¡Huir de mi papá!...
- PABLO Sí, huir. A lo menos por algún tiempo. Más adelante, ¡quién sabe!... Puede que aun me dé el capricho de ir a hacerle una visita.
- ODETTE ¿Y a dónde trata usted de llevarme?
- PABLO ¡Maldita goma!... (Por el bigote.) Estoy viendo que se me va a despegar de un momento a otro. Por de pronto, a Niza.

¡Ya verás qué país tan hermoso!... (Tanteando la cartera por encima de la ropa.) Aun me quedan algunos monises y vamos a gastárnoslos alegremente. Allí dicen que hay un casino en donde se juega fuerte... Veremos si me da el naípe por probar fortuna. ¡Quién sabe si volveré hecho un nabab!... Hace tiempo que me está dando vueltas la idea de ir a dar un paseo por allí, y ahora voy a aprovechar la oportunidad.

ODETTE No, yo no quiero irme. Si trata usted de llevarme gritaré; gritaré tan fuerte, que mis gritos atraerán la atención de la gente y lo castigarán a usted por retenerme contra mi voluntad.

PABLO (Acercándose a ella y pegándole un pellizco en un brazo.) ¿De veras?... No te creí tan rebelde... Afortunadamente yo poseo un remedio contra tu enfermedad.

ODETTE ¡Ay! ¡Me ha hecho usted daño!

PABLO Por poco te quejas... Vuelve a repetir lo que has dicho..., y a la segunda toma voy a cargar la dosis de tal modo, que se te van a quitar las ganas de gallear para siempre.

ODETTE ¡Madre mía! ¡Madre mía!...

PABLO En cambio, si me prometes ser dócil y obediente no te quejarás de mí.

ODETTE ¡Oh, sí, sí!... Yo haré todo lo que usted quiera; pero, por piedad, no vuelva usted a pellizcarme. ¡Me ha hecho usted mucho daño!

PABLO ¡Cuidado si eres delicada! ¡Ya verás, cuando haga un par de meses que estés conmigo a donde va a parar toda esa finura y esa melosidad que ahora gastas!... A mí me gusta la gente fuerte, y no hecha de alfeñique, como tú. (Quitándose el levitón que llevará puesto y poniéndose una blusa larga y remendada que recogerá de una silla.) ¿Crees ahora que tu padre podría reconocerme?...

- ODETTE No, no...
- PABLO Quedas tú todavía, y como no siempre se puede andar por los subterráneos... y va a ser preciso asomar las narices a la luz, es menester recurrir a otras medidas.
- ODETTE (Apartándose a medida que él se acerca. Medrosa.) ¡No me haga usted daño!... ¿Qué quiere usted decir?...
- PABLO ¿Daño?... ¡Al contrario!... (Apoderándose del cesto que se ha hecho mención.) ¿Ves este cesto?... Todo se reduce a que te escondas en él, cuidando de no asomar la cabeza ni una sola vez, porque en tal caso... (Apoderándose de un grueso bastón de traperero.)
- ODETTE ¡No, no!...
- PABLO Vamos; no hay que entretenerse.
- ODETTE Y he de permanecer mucho tiempo ahí dentro?
- PABLO El tiempo suficiente para llegar a mi casa. Allí nos cambiaremos de ropa y nos pondremos otras más adecuadas para emprender el viaje. ¿Acaso te habías figurado que íbamos a viajar con estos andrajos?... Vamos, vivo, que el tiempo urge y falta una hora tan sólo para salir el tren. (Cogiendo a la niña por debajo de los sobacos y metiéndola en el cesto.) Pesas más de lo que yo creía... (Cargándose el cesto.) ¡No debes ir poco bien a cuentas mías!... ¿Y aun te quejas de tu suerte?... (Abriendo la puerta.) ¡En marcha! Y ahora... desafío a toda la policía de París a que den con Pablo el Usurero. (Vanse.)

ESCENA II

MELINDRES solo.

(La escena quedará sola breves momentos; de pronto se verá levantarse lentamente la tapa de la trampa, y la cabeza de Melindres asomará por ella. Dirigiéndose con su mirada investigadora a su alrededor y con

desesperación.) ¡Nadie!... (Saltando dentro de la habitación y dejando caer la tapa de la trampa.) Y, no obstante, preciso es que haya pasado por aquí... ¡Dios mío! ¿Vais a hundirme de nuevo entre las tinieblas, después de haberme hecho entrever un rayo de esperanza?... (Gritando.) ¡Odette! ¡Odette!... (Con desesperación.) ¡La soledad y el silencio reinan en torno mío!... Iluminad mi entendimiento, Señor: ¡que aperciba un destello de luz, por muy débil que sea! (Fijándose de pronto en el levitón que llevaba Pablo; apoderándose de él y registrándolo.) ¡Ah!... (Apoderándose de una tarjeta y leyéndola.) He ahí la huella que pedía. «Pablo Bouchard, calle de Orleans, número doce, París.» (Dirigiéndose hacia la puerta del foro.) ¡Caíste en el lazo, miserable! ¡Y ahora, corramos!... ¿Qué puede sucederme? ¿Perder la vida?... ¿Qué me importa si logro salvarla a ella?..

MUTACIÓN

Cuadro IX

El niño detective

Telón corto representando una calle de París.

ESCENA ÚNICA

MELINDRES y GUARDIAS 1.º y 2.º

MELIN.

(Desfallecido y jadeante, apoyándose en un farol para no caer.) ¡No puedo más..., me siento desfallecer!... ¡He confiado demasiado en

mis fuerzas !... ¿De qué me sirve el valor si he nacido enfermizo y débil como una mujer?...

GUARDIA I (Aproximándose a él y colocándole la mano sobre el hombro.) ¿Qué es esto?... ¿Se ha puesto usted malo? ¡Cualquiera diría que iba usted a desmayarse !...

MELIN. (Pasándose la mano por la frente.) Ya me encuentro mejor... Ha sido un ligero desvanecimiento.

GUARDIA I (Disponiéndose a marchar.) Siendo así...

MELIN. ¡ Oh, no se marche usted, señor agente ; yo se lo ruego !

GUARDIA I ¿Necesita usted de mis servicios?

MELIN. Sí. ¡ Se trata de detener a un miserable ! Vea usted..., en esta tarjeta se hallan escritas las señas del domicilio de Pablo Bouchard. ¿Sabe usted quién es?

GUARDIA I ¡ Pardiez ! ¿Pues no he de saberlo?... Pablo Bouchard, alias el Usurero..., el raptor de la hija del capitán d'Avigni... ¿Y está usted seguro de que las señas son exactas?

MELIN. Segurísimo.

GUARDIA I Entonces no hay más que hablar. Es preciso cortarle las alas a esa ave de rapina.

(En este momento Pablo, con el cesto a cuestas, atravesará la escena, desapareciendo por la lateral izquierda.

PABLO (Clavando una mirada a! Melindres.) ¡ Otra vez el maldito jiboso !... ¡ Husmea, husmea, que por muy buen olfato que tengas no conseguirás dar con el rastro ! (Desaparece.)

MELIN. (Apoyándose en el agente.) Vamos, señor agente, vamos... No hay que perder tiempo.

GUARDIA I ¿Se encuentra usted ya más aliviado?

MELIN. Sí; y dispuesto a secundarle en todo lo que haga falta.

GUARDIA I Aguarde usted... De sobras se conoce que es usted un mozo valeroso ; pero antes de obrar precisa preparar el terreno. El golpe es arriesgado y hay que tomar precauciones. (Haciendo seña a un agente que en

este momento atraviesa la escena.) ¡Hola, Dubois !... (El otro se acercará.) Se trata de cortar el vuelo a un pájaro de cuenta. (Mos trándole la tarjeta.) Fíjate en estas señas... Calle de Orleans, número doce. Telefonea, desde el puesto más próximo, al comisario de policía para que acuda, en compañía de una pareja, al lugar indicado.

MELIN. De paso, que telefonee al capitán d'Avigny, avenida de los Campos Elíseos, número quince.

GUARDIA 1 ¿Te has enterado?

GUARDIA 2 (Cuadrándose.) Perfectamente, mi sargento. (Vase guarda segundo.)

GUARDIA 1 Y ahora, mi joven amigo, cuando usted quiera. Yo también ardo en deseos de sentarle las costuras a ese mala pieza que tanto ha dado que hacer a la policía ; ¡quiera Dios que no nos salga el tiro por la culata !

MELIN. Vamos. ¡ El corazón me dice que saldremos victoriosos !

MUTACIÓN

Cuadro X

Al borde del abismo

Una plazoleta circundada a ambos lados por varios edificios y limitada al fondo por una calle que se prolongará a la lejos. En primer término, el portal de una casa señalada con el número doce.

ESCENA PRIMERA

PABLO y ODETTE.

PABLO (Deteniéndose frente al número 12, apoderándose de la llave y abriendo la puerta, asegurándose antes de que

(Señalando la salida.) ¡ Por fin !... ¡ Cuidado si pesa la condenada !... ¡ Estoy derrengado !

ODETTE (Asomando la cabeza por el cesto.) ¡ Por piedad ! ¡ Me ahogo aquí dentro !

PABLO (Dándole un golpe con el bastón.) ¡ Chitón, o te escabecho ! (Penetrando en el portal.) ¡ Tiempo te quedará para tomar el aire ! (Desaparecen, volviendo a cerrar la puerta por dentro.)

ESCENA II

MELINDRES y GUARDIA.

MELIN. (Señalando la casa.) Esta es... Vea usted el número grabado junto a la puerta. No es posible la equivocación.

GUARDIA I (Consultando la tarjeta.) En efecto : número doce... ¡ Muy bien ! Coloquémonos uno a cada lado de la puerta, y al primero que intente salir cuyas señas coincidan con las de Pablo el Usurero, cortémosle la retirada. A propósito... Aun no me ha dado usted las señas del interfecto. En la comisaría debe existir su filiación, pero a mí ya se me ha olvidado. ¿ Es alto o bajo ?

MELIN. Alto, de facciones fuertes y pronunciadas ; va afeitado, tiene el pelo rojo y encrespado...

GUARDIA I Muy bien ; no se me despintará.

MELIN. ¿ Pero usted cree conveniente aguardar a que salga ? ¿ No sería mejor penetrar en la casa y caer sobre él de improviso ? ¿ Quién nos asegura que cuando tratemos de apoderarnos de él no sea ya tarde ? Tal vez la casa posea alguna otra salida y logre escapar sin ser visto... ¡ Yo ya no aguardo más ! (Haciendo ademán de llamar a la puerta.)

GUARDIA I (Deteniéndole por un brazo.) No hay que ser temerario. Si se tratara de cometer un

acto de valor yo sería el primero de marchar al frente. Pero ahora, ¿qué vamos a buscar en ello? Una derrota vergonzosa. Vea usted la puerta... Se halla cerrada con llave, y seguramente atrancada por dentro. Para penetrar en el interior sería preciso llamar a golpes, pues no creo que tenga usted la pretensión de derribarla; y suponiendo que nos abriera, ¿cree usted que Pablo, antes de dejarse prender, no apelaría a todas las medidas imaginables? La casa, por lo que se ve, se compone sólo de planta baja, y todo hace suponer que la habita un solo inquilino. Una vez dentro, ¿quién nos responde de que volviéramos a salir? Pablo es muy astuto y hay que andar con mucho tiento si queremos apoderarnos de él.

MELIN. ¿Y si entre tanto hace desaparecer a la niña?

GUARDIA I No hay cuidado. Si se halla dentro de la casa yo respondo de que no saldrá libre de ella. Ahora falta asegurarnos de si realmente se halla dentro.

MELIN. ¿Dónde quiere usted que se haya refugiado?

GUARDIA I ¡Quien sabe! Con esta clase de prójimos no sabe nunca uno a qué carta quedarse. Pero no hay que impacientarse, porque dentro de poco saldremos de dudas. ¿No lo dije?... (Señalando la calle del foro.) Por allí viene el señor comisario en compañía de dos agentes.

MELIN. ¡Ah, por fin! Y el capitán d'Avigny...
¡Ah! ¡Voy a recibirle!

GUARDIA I Dice usted afeitado y pelo rojo..., ¿no es esto?

MELIN. Sí, sí... (Corriendo al encuentro del capitán.)

GUARDIA I No hay peligro de que se me escape. (En este momento se entreabrirá la puerta y un caballero elegantemente vestido y cubierto con un abrigo de pieles, de cabello cano y bigote y patillas blancas, apare-

cerá en el umbral dando la mano a la niña, vestida con un gorro y abrigo de terciopelo. El agente, después de echarles una ojeada, les hará el saludo militar, abriéndoles paso respetuosamente. El caballero y la niña desaparecerán por la lateral derecha.) No creí que estuviera la casa tan bien habitada. Este debe ser un pez de los gordos.

ESCENA III

Dicho. COMISARIO, CAPITÁN D'AVIGNY, MELINDRES
y agentes.

MELIN. Por aquí, señores, por aquí.

COMISAR. ¿Estás seguro de no equivocarte?

MELIN. No. Dentro de poco podrá usted estrechar a su hija contra su corazón. Señor comisario, ésta es la casa habitada por Pablo el Usurero. Si quiere usted apoderarse de él es menester no perder tiempo.

COMISAR. ¿Está cerrada la puerta?

MELIN. Sí; pero no importa. Si no contesta a nuestros golpes la derribaremos.

GUARDIA Perdone usted, señor comisario: la puerta se hallaba cerrada hace un instante, pero ya no lo está.

MELIN. ¿Cómo?...

GUARDIA Un caballero que acaba de salir en compañía de una niña la ha dejado abierta.

MELIN. (Trémulo y excitado.) ¿En compañía de una niña?... ¿Y por dónde se ha ido?... ¡Pronto!

GUARDIA (Señalando la lateral derecha.) Por allí. Mire usted; si tiene buena vista aun podrá apercibirles. Ahora hacen señal a un auto y se disponen a montar en él.

MELIN. (Lanzando un grito.) ¡Es ella, la reconozco! ¡Odette! ¡Odette!...

CAPITÁN (Corriendo tras de Melindres.) ¡Hija mía!...
COMISAR. ¡Vamos!
MELIN. No tema usted, capitán... ¡He jurado salvar a su hija y sabré cumplir mi juramento! (Desaparece rápidamente por la lateral derecha, seguido de los demás.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SÉPTIMO



ACTO OCTAVO

Cuadro XI

Cogido en la trampa

Telón corto representando una de las avenidas de un parque en Niza.

ESCENA PRIMERA

MELINDRES.

(Dejándose caer en el banco.) ¡Nada!... ¡Todo sigue envuelto en el misterio! Odette, ¿qué habrá sido de ti?... ¿Hasta cuándo ha de durar esta cruel incertidumbre? Hay momentos en que el desaliento y la desconfianza se apoderan de mí, y no obstante, fuerza es que cumpla mi juramento. El capitán d'Avigny aguarda el regreso de su hija, y ha cifrado en mí su esperanza. Yo no debo flaquear ni retroceder. Mientras que quede un soplo de mi vida éste debe ser para Odette. (En este momento una señora elegantemente vestida atravesará la escena. Al llegar a la lateral derecha, y sacando un pañuelo de dentro del manguito, lo agitará en el aire, como despidiéndose de alguien. Al sacar el pañuelo le caerá un monedero, sin que ella se haya apercibido. Después, volverá a coger el pañuelo y desaparecerá por la lateral derecha. Melindres se levanta.) Emprendamos de nuevo la tarea, y quiera Dios que mis pesquisas no resulten hoy

también infructuosas. (En este momento se fijará en el monedero y se agacha para cogerlo.) ¿Un monedero?... (Vacila antes de abrirlo.) ¿Y acaso contenga dinero?... (Abriéndolo.) ¡Oh, cuántos billetes !... Con uno solo de ellos sería ya rico... y podría acallar el hambre que me devora. (Como luchando con la tentación.) Si yo quisiera... (Fijando una mirada investigadora a su alrededor.) Nadie ha visto como lo cogía... (Rechazando con energía la idea de apropiárselo.) Pero no... Eso sería apropiarme de lo que no me pertenece. Este dinero debe tener un dueño, y mi deber es buscarlo para devolvérselo ; si me lo guardaba cometería un robo, y yo no quiero ser ladrón. Vamos a la comisaría de policía ; se halla al doblar la esquina... Allí se encargarán de reintegrarlo a su destino. (En este momento la misma señora de antes aparece por donde se fué, dirigiendo investigadoras miradas al suelo, como si buscara algo. Al ver a Melindres se detendrá, interrogándole.)

ESCENA II

MELINDRES y SEÑORA.

SEÑORA (¡ Dios mío, Dios mío !... ¿Dónde lo habré perdido?...) Usted perdone. ¿Hace mucho rato que permanece usted aquí?

MELIN. Unos diez minutos a lo sumo.

SEÑORA ¿Y no ha visto usted por casualidad un monedero de piel con broche de plata? Estoy segura de que antes de sacarme el pañuelo del manguito para saludar a mi amiga lo llevaba. Probablemente se habrá caído entonces.

MELIN. (Entregándoselo.) ¿Es acaso éste, señora?

SEÑORA (Apoderándose de él.) El mismo. ¡No es poca fortuna el que usted lo haya encontrado !
¡ Gracias, muchas gracias !

MELIN. Ahora mismo iba a depositarlo en la comisaría.

SEÑORA (Entregándole una moneda de oro que sacará del monedero.) Tome usted... Jamás podré olvidar su noble comportamiento. (Melindres, después de vacilar un instante, aceptará la moneda. Ella, después de saludarle, desaparecerá por la lateral derecha.)

MELIN. (Fijándose en la moneda y lanzando un grito.) ¡Cómo!... ¿Una moneda de oro?... Sin duda no se habrá apercibido... (Avanzando hacia la lateral derecha y gritando.) ¡Señora!... ¡Señora!...

SEÑORA (Reapareciendo.) ¿Qué se le ofrece a usted, amigo mío?

MELIN. (Confuso, mostrándole la moneda) Perdone usted, señora, pero acaba usted de darme una moneda de oro, y seguramente debe usted haberse equivocado. (Entregándosela.) Tome usted, señora.

SEÑORA (Sonriendo afablemente.) No, amigo mío, no me he equivocado. ¿Acaso cree usted que su noble acción no vale esa insignificante moneda? Los actos como el que usted acaba de realizar no se pagan con dinero. Pero ahora me apercibo de que tiene usted razón: no era ésta la moneda que debí darle..., (Saca una billete de cien francos del monedero, el cual entrega a Melindres.) sino este billete.

MELIN. (Sin saber lo que le pasa.) ¿Qué dice usted, señora?... No se burle usted de mí.

SEÑORA ¿Burlarme?... ¿Por qué motivo?... Tome usted, y si ese dinero ha de hacerle a usted feliz, bendigo la casualidad que lo ha interpuesto a usted en mi camino.

MELIN. (Contemplando el billete con inefable alegría, como si aun dudara de su felicidad.) ¿Mío todo este dinero, mío?... ¿Será posible?... ¿No estaré soñando?...

SEÑORA ¡Cuán fácilmente se hace felices a los que sufren!...

- MELIN. (Apoderándose de una de las manos de la desconocida y estrechándola con efusión.) ¡Oh!... ¡Gracias, señora, gracias! ¿Cómo podré pagarle el bien que me hace?...
- SEÑORA ¿Luego es usted muy desgraciado?...
- MELIN. (Bajando la cabeza.) Sí...
- SEÑORA En su mirada resplandece una expresión de bondad e inteligencia que predispone en su favor. Si en algo puedo servirle a usted no vacile en dirigirse a mí. ¿Hace mucho tiempo que se halla usted en Niza?
- MELIN. Ocho, días, señora, ocho días..., que los he pasado por la calles, vagando de día y noche, sin darme tregua ni reposo, y casi sin comer.
- SEÑORA ¿Pero por qué? ¿Perseguía usted a alguien?
- MELIN. Sí: a un infame, a un miserable que he jurado hacer capturar aunque me vaya en ello la vida.
- SEÑORA ¿Le ha robado a usted algo, el tál sujeto?
- MELIN. ¿Que si me ha robado?... ¡No hay fortuna, por muy cuantiosa que sea, que valga tanto como lo que él me ha robado a mí! ¡Ello era mi único afecto, mi solo consuelo en el mundo!
- SEÑORA ¿Y cómo se llama este infame?
- MELIN. Pablo Bouchard, apodado el Usurero.
- SEÑORA ¿El raptor de la hija del capitán d'Avigny?
- MELIN. (Con sorpresa.) ¿Está usted enterada?...
- SEÑORA He leído el relato en los periódicos.
- MELIN. Pues bien, bastará decirle que Odette y yo nos amamos como hermanos... ¡Calcule usted si odiaré a su raptor!
- SEÑORA Tenga usted cuidado... La lucha con ese hombre es peligrosa, y fácilmente puede usted salir derrotado. ¿Está usted seguro de que se halla en Niza?
- MELIN. Segurísimo. Como que he venido si-

guiéndole desde París, escondido en un furgón del tren... ¡Ah, si no hubiese sido por mi mala estrella !... ; Seguramente a estas horas se hallaría ya encerrado en algún calabozo ! Cuando llegamos a Niza, lo vi apearse, en compañía de la niña, y atravesar por entre la hilera de gente que se agrupaba a la llegada del tren. Yo, entonces, salté de mi escondite, me deslicé sin ser visto hasta colocarme a algunos pasos de distancia, y con ánimo de reclamar el auxilio del primer policía que me saliera al paso ; pero cuando iba a hacer señal a uno, el miserable, arrastrando a la niña en pos de él, saltó dentro de un coche, que permanecía parado frente a la estación, y desapareció rápidamente, y apenas si me dió tiempo para echar a correr detrás del carruaje. Ya iba a alcanzarles, cuando de pronto, al atravesar una de las grandes avenidas que cruzan la ciudad, otro carruaje se interpuso de por medio, y cuando pude atravesar ya el primero se había perdido de vista, y cuanto hice luego para ponerme sobre sus huellas resultó inútil. Desde entonces que vago por la ciudad sin rumbo fijo, esperando a cada momento que la casualidad haga que se cruce de nuevo en mi camino. Pero hasta ahora no he tenido esta suerte ; y a no ser por el dinero que acaba usted de darme, ya no me quedaba otro recurso que morir de hambre y de frío.

SEÑORA

No se desespere usted... Dios no puede abandonarle en su noble empresa y hará que triunfe usted en ella. (Entregándole una tarjeta.) Tome usted... Aquí tiene usted las señas de mi casa... Si en algo puedo ser a usted útil, no vacile en acudir a mí.

MELIN.

(Besándole la mano.) ; Gracias, gracias !...
(La señora hará ademán de retirarse. De pronto el

Melindres, al levantar los ojos, prorrumpirá en un grito.)

SEÑORA ¿Qué le ocurre a usted?

MELIN. (Señalando en dirección a la lateral derecha.)
¡Aquel hombre!... ¡Allá abajo!...

SEÑORA ¿Y bien?...

MELIN. No me cabe duda..., es el cochero que guiaba el carruaje que condujo a Pablo y a la niña a su llegada a Niza... Tengo bien grabadas sus facciones.

SEÑORA Se dirige hacia aquí... Interróguelo usted. El corazón me dice que será usted afortunado.

MELIN. ¿Se marcha usted, señora?

SEÑORA Me es imposible detenerme por más tiempo... No se olvide usted de ir a verme.
(Vase, después de estrecharle la mano.)

ESCENA III

MELINDRES y COCHERO.

COCHERO (Entra por la lateral derecha. Va vestido de librea y lleva patillas. Al entrar se detendrá junto al ángulo derecha, volviéndose de espaldas y alargando el brazo como si se despidiera de alguno que se supone dentro.)
No insistas, Duféi, mañana echaremos un par de copas más; hoy me es imposible. Tengo el coche en la parada y no puedo detenerme más tiempo. Adiós.

MELIN. (Saliéndole al paso.) Perdone usted, amigo...

COCHERO ¿Qué se ofrece?

MELIN. Hacerle a usted una pregunta.

COCHERO ¡Para preguntas estoy yo ahora!... ¿No ha oído usted que tengo el coche solo, y si viene el inspector me expongo a que me balde con una multa?...

MELIN. Yo se lo ruego..., se trata de algo muy importante.

COCHERO ¿Le parece a usted poco importante el que me impongan una multa? ¡Vivo, o

de lo contrario !... (Hace ademán de apartarlo.)

MELIN. (Mostrándole la moneda de oro.) ¡ Ah !... Se me olvidaba... Vea usted. Si responde usted a lo que voy a preguntarle se la regalo.

COCHERO. ¿ Oro ?... Eso ya es harina de otro costal. Desembuche usted, que soy todo oídos. ¡ Por una moneda como ésta desafío yo todas las multas del mundo !

MELIN. ¿ Hace ocho días prestaba usted servicio en la parada que existe frente a la estación ?

COCHERO. Sí...

MELIN. ¿ Recuerda usted si a la llegada del rápido de París, un hombre, ya de alguna edad, cubierto con un rico gabán negro y llevando a una niña de la mano, le llamó a usted y montó en su carruaje ?

COCHERO. Aguarde usted, deje que haga memoria... Conduce uno a tanta gente, que no tiene nada de extraño que me haga un lío, algunas veces. ¿ Qué edad tendría la niña, poco más o menos ?

MELIN. De nueve a diez años.

COCHERO. Sí, justamente..., ahora lo recuerdo... Un caballero con un abrigo de pieles... Por cierto que me llamó la atención, porque no hacía frío para tanto.

MELIN. (Con inefable alegría.) ¡ Oh, gracias, Dios mío !

COCHERO. Parece que le alegra a usted... ¿ Se trata, tal vez, de uno de su familia ?

MELIN. Prosiga usted. ¿ Recuerda a dónde les condujo ?

COCHERO. Sí. No fué corta la carrera, por cierto... Más de media hora al trote, y total no recibí más que un real de propina. De esto me acuerdo perfectamente.

MELIN. ¡ Siga usted..., pronto !

COCHERO. Está usted muy excitado... ¿ Le ocurre a usted algo ?

MELIN. No se preocupe... ¿ A dónde los llevó usted ?

COCHERO A una *villa* que se halla situada en las afueras de la ciudad, a la orilla del mar.

MELIN. ¿Reconocería usted el camino?

COCHERO ¡Buena es ésa!... ¿Quiere usted que le conduzca ahora mismo?

MELIN. No, todavía no. Primero precisa combinar un plan.

COCHERO En este caso, voy a ocupar mi puesto, y si me necesita usted, ya lo sabe: en la parada que hay junto...

MELIN. Vamos, le retengo a usted por todo el día. (Como si hablara para sí.) Primero, a la comisaría de policía, y después a telefonar al capitán d'Avigny. Tengo la seguridad de que llegará en momento oportuno. Esto es lo más acertado. ¡Gracias, Dios mío!... Hice mal en desconfiar de ti. ¡Tú no abandonas nunca a los desgraciados! (Durante este sólogoio el cochero le contemplará, como si temiera habérselas con un loco.) Vamos, no hay que perder tiempo. (Cogiendo al cochero por un brazo.) Le advierto a usted que a mí me gusta ir volando... Si es preciso, reviente usted el caballo.

COCHERO (Con ironía.) ¿Piensa usted pagármelo con la moneda de oro?...

MELIN. (Entregándole la moneda.) Esta se la prometí a usted, y yo cumplo siempre lo que prometo. Afortunadamente no todo acaba aquí. (Sacando el billete y pasándoselo por los ojos al cochero.)

COCHERO (Guardándose la moneda.) Siendo así, no tendrá usted queja, mi amo. Ni el viento va a correr más que nosotros.

MELIN. (Estrechando el billete entre sus manos.) ¡Bendito seas, dinero, cuando das armas al débil y truecas su desaliento en energía y su desengaño en esperanza! (Desaparece, seguido del cochero, por la lateral derecha.)

CUADRO XII

El valor de una niña

Interior de una quinta de recreo en Niza. La escena permanece dividida. A la derecha, un cuarto con una cama, lavabo y un par de sillas. A la izquierda, una salita con sofá, sillones, un velador, etc. Entre ambas habitaciones, una puerta de comunicación. En el foro de la sala de la izquierda, un balcón que da a un jardín.

ESCENA PRIMERA

PABLO y ODETTE.

PABLO. (Dirigiéndose hacia la niña y sacudiéndola por el brazo para que se despierte. La niña se restregará los ojos, fijando en Pablo una mirada asustada.) ¿Cómo es que aun no te has acostado?... ¿No te tengo dicho que cuando yo venga quiero que ya estés en la cama? Ya sabes que a mí no me gusta decir dos veces una misma cosa. Si mañana no te hallo ya durmiendo, no te van a quedar ganas de que te lo repita. (Quitándose el abrigo y sombrero y depositándolos sobre una silla.) ¡Maldita ruleta!... El rojo me ha sido fatal esta noche. ¡Por vida de!... ¡No me va a resultar poco caro el viaje a Niza!... ¡Y los otros sin dar señales de vida! (Levantándose y paseándose muy agitado por la habitación.) Es preciso que esto termine. Hasta ahora he podido aguardar porque no me han faltado los monises; pero ahora que éstos empiezan a escasear, es menester tomar una resolución. (Sin fijarse en la niña, que, vencida por el sueño, se habrá quedado de nuevo dormida.) El capitán aflojará de nuevo la mosca; pero es preciso obrar con tiento... La chiquilla empieza ya a resultarme una

carga pesada... Es necesario que invente algo para hacerme con el dinero y desprenderme de ella sin que yo dé la cara. Para ello es preciso combinar un nuevo plan. (Después de una nueva pausa.) ¡Qué diablo!... Ahora no estoy para inventar nada; por más que me devanara los sesos no conseguiría dar con ninguna idea. Estoy cayéndome de sueño... Mañana será otro día. (Dando un manotazo a la niña.) ¿Cómo se entiende?... ¿Te has vuelto a dormir?... Largo de ahí, si no quieres que te enseñe el camino.

ODETTE (Juntando las manos, suplicante.) ¡No me pegue usted!... ¿Qué culpa tengo yo si me he quedado dormida?

PABLO Para eso está la cama, que bien blanda y bien mullida la tienes. ¡Y basta ya de réplicas, o de lo contrario!...

ODETTE (Avanzando hacia el cuarto.) ¡Oh... no, no!... ¡Ya me marchó..., no se enfade usted!

PABLO Pareces una mosquita muerta... Cualquiera diría que no rompes un plato, y, cuidado si tienes mala intención... El otro día, si no llego a tiempo, me encuentro con la jaula vacía... ¿Por qué pretendiste escaparte? ¿Acaso te trato yo tan mal?

ODETTE ¡No, no!...

PABLO ¿Qué hubieras hecho una vez en la calle, vamos a ver?... Hubieras tenido que pedir limosna para mantenerte.

ODETTE No, eso no... No hubiera tenido valor para ello.

PABLO Yo te respondo de que así que te hubiera picado el hambre, ya te hubieras dado buena traza en tender la mano. ¡Eso es lo que a ti te haría falta: pasar hambre! Ya verías como se te ablandaría ese geniecillo rebelde que ahora gastas. Pero yo te aseguro que, como te dé de nuevo la ocurrencia de levantar el vuelo, voy a

tenerte a pan y agua unos cuantos días. ¡Así aprenderás a tenerte tranquila y a mostrarte más agradecida con los que te mantienen !

ODETTE ¡Dios mío, Dios mío !... ¿Hasta cuándo me tendrá usted encerrada en esta casa ?

PABLO ¡Cualquiera diría que esto es una cárcel !
¿Acaso no disfrutas, desde aquí, de buenas vistas ? Desde este balcón se domina todo el panorama de Niza y Monte-Carlo y el mar viene a arrullar blandamente debajo de tu balcón. En París no podías ver el mar.

ODETTE Pero tenía a mi papá. ¿Cuándo volveré a verle ?

PABLO Es menester aguardar a que marchen mejor los negocios. Vamos, basta ya de conversación, y márchate a tu cuarto ; acaso durmiendo sueños en él, y te harás la ilusión de que te hallas a su lado.

ODETTE Eso me ocurre todas las noches ; pero luego, al despertarme y ver que no ha sido más que un sueño, sufro aun doblemente.

PABLO (Sacando una llave del bolsillo y abriendo la puerta que comunica con la habitación inmediata.) Pues día llegará en que el sueño se convierta en realidad.

ODETTE ¡Cuánto tarda ese día !

PABLO Sobre todo mucho cuidado en reincidir...
(Chocando la yema de los dedos.) A la segunda intentona, el pan y agua de reglamento.

ODETTE No tenga usted cuidado... ¿Cómo quiere usted que me escape, si me tiene usted encerrada por todos lados ? (Pablo cerrará de nuevo la puerta por la parte de fuera y se guardará la llave en el bolsillo.)

PABLO Y ahora, a probar fortuna por última vez. Si la ruleta no me favorece, tendrá que proveerme de fondos el capitán. (Al desaparecer por la lateral izquierda se oírà como cierra la puerta con llave.)

ESCENA II

ODETTE.

(Al quedar sola se dirigirá hacia la cama y se despojará del delantal y los zapatos; después se subirá a la cama, valiéndose de una silla, y una vez en el lecho, se arrodillará, juntando las manos, y dirá con gran fervor:) ¡Virgen Santa del Carmen: tú, a quien siempre he querido, y a quien mi madre me enseñó a rezarte de pequeña, no te olvides ahora de mí y mándame alguno de tus ángeles para librarme de esta angustiosa situación! (Después de dichas estas palabras se acostará; casi simultáneamente se apercibirá la silueta del Melindres, trepando por la baranda de piedra del bancón y saltar dentro. Una vez de pie en el balcón, hará saltar uno de los cristales, y pasando el brazo por el hueco de aquél, levantará el pestillo y abrirá el balcón, penetrando en el interior del cuarto.)

ESCENA III

ODETTE y EL MELINDRES.

MELIN.

(Avanzando sigilosamente, guiado por la luz de la luna, que penetrará por los cristales del balcón.) ¡Señor: guía mis pasos y haz que llegue a tiempo para salvarla! He visto al Usurero salir por la puerta del jardín, y es menester aprovechar el tiempo antes no vuelva. (Al dirigirse hacia la mesa, apercibirá encima de ésta la muñeca de cartón que él regaló a la niña. Apoderándose de la muñeca.) La muñeca que yo le regalé... Probablemente ella no debe estar lejos de aquí. Si me atreviera a llamarla acaso me oiría. (Avanzando hacia la puerta lateral izquierda y tratando de abrirla.) Cerrada... (Aplicando el oído.) No se

apercibe ningún ruido. (Avanzando hacia la puerta que comunica con el cuarto de la niña.) ¡Cerrada también!... (Escuchando.) Se oye una ligera respiración... (La niña debe dormir de cara al público.) Si fuera ella... Pablo debe respirar con más fuerza... Jamás había latido mi corazón con tanta violencia. Preciso es que me atreva. (En voz baja.) ¡Odette!... ¡Odette!... (La niña, al oír esta voz, abrirá los ojos y se incorporará, luego, sobre la cama.) ¡Odette..., respóndeme!

ODETTE

¡Esa voz..., esa voz!...

MELIN.

Soy yo, que vengo a salvarte.

ODETTE

(Arrodillándose sobre la cama y tendiendo los brazos hacia la puerta. Con acento de inmensa alegría.) ¡Andrés!... ¡Andrés!... ¡La Virgen me ha escuchado!

MELIN.

(Temblando de gozo y de emoción.) ¡Ella!... ¡Calla, corazón, y ahoga tus latidos!... Odette, ¿eres tú?...

ODETTE

Sí.

MELIN.

¡Abre la puerta, pronto!...

ODETTE

¡No puedo, me hallo encerrada!

MELIN.

¡Qué hacer, Dios mío, qué hacer!... (Tratando de forzar la puerta.) ¡No puedo!...

ODETTE

¡Sálvame, sálvame!...

MELIN.

(Fijándose, de pronto, en un hacha que habrá junto a la puerta, al lado de la chimenea, destinada a cortar leña.) ¡Oh, sí!... ¡Aunque sea derribando la puerta a hachazos! ¡Yo no me marchó sin ti! (Apoderándose del hacha y descargando golpe tras golpe sobre la puerta, hasta que ésta cae a astillas, dejando un grueso boquete al descubierto.) ¡¡Por fin!!... (Odette se subirá sobre una silla, asomando la cabeza por el boquete.)

ODETTE

¡Andrés!...

MELIN.

(Apoderándose de la niña y haciéndola pasar por el boquete, estrechándola luego entre sus brazos, permaneciendo ambos estrechamente abrazados.) ¡¡Hermana mía!!... ¡Gracias, Señor, por habérmela devuelto! (Despréndese, luego de sus brazos y arrástrala hacia el balcón.) ¡Vamos;

no hay tiempo que perder ! (En este momento se abrirá la puerta lateral izquierda y Pablo aparecerá en el dintel.) ¡¡ Fatalidad !!

ESCENA IV

Dichos y PABLO.

PABLO

(Con sarcasmo.) ¡ Muy bien !... ¿ Por qué no seguís adelante?... El balcón está abierto... ¿ qué os detiene? (Avanzando hacia el Melindres y arrebatándole la niña bruscamente.) ¡ Insensato !... ¿ Creíste poder llevar a cabo tu plan sin que yo te opusiera impedimento?... ¿ Tan débil y necio me juzgaste? Bendigo la casualidad que me hizo dejar olvidada la carterá. (Apretándole por la muñeca y atrayéndole hacia sí.) ¡ Ya es la tercera vez que te interpones en mi camino ; la tercera vez que osas medir tus fuerzas conmigo, y deseaba hallarte de nuevo para hacerte pagar cara tu audacia y temeridad !

MELIN.

¡ Suélteme usted !... ¡ Su contacto tan sólo me degrada ! ¡ Aquel que, como usted, se ensaña con un ser débil e inocente, y para satisfacer su sed de oro no vacila en descender al terreno del robo y el asesinato, y sólo vive arrastrándose en el cieno ; no es digno de que nadie cruce con él la palabra, y sólo merece que le escupan al rostro, como yo lo hago !

PABLO

¿ Aun tienes valor para insultarme?

MELIN.

¡ Sí ! ¿ Qué puedes hacerme?... ¿ Quitar-me la vida?... ¡ No me importa ! La vida vale muy poco para mí. ¡ En este momento, si de los dos hay uno que tiemble, éste eres tú ! Yo estoy sereno e impasible. Y tiemblas, no por el crimen que proyectas cometer, sino por el peligro que te amenaza, por el temor de ver le-

vantarse ante tus ojos la silueta del patíbulo, al que te has hecho acreedor y al que no tardarás en rendir estrecha cuenta de tus crímenes. ¡ Si entre los dos hay un cobarde, éste eres tú ! Mátame ahora, si quieres ; no por esto dejarás de substraerte al castigo que te aguarda.

PABLO (Fuera de sí.) Puesto que tú lo quieres, ¡ sea !

ODETTE (Interponiéndose entre los dos.) ¡ Oh, no ; por piedad !

PABLO (Cogiéndola por un brazo y apartándola bruscamente.) ¡ Aparta !... ¡ Si te mezclas tú en el asunto, vas a llevar también tu parte !

MELIN. (Ebrio de rabia.) ¡ Ella, no !... ¡ El odio es contra mí y no contra ella ! ¿ A qué aguardas ? ¿ No te he dicho que no te temía ? Tú eres fuerte y robusto, y yo débil y enfermizo... ¿ Por qué vacilas ? ¿ No comprendes que la ventaja está de tu parte ? ¡ Mátame ya, que yo me juzgo dichoso si al morir logro salvarla a ella !

PABLO (Apoderándose del hacha que el Melindres habrá dejado abandonada en un rincón.) Y bien : ¡ no volverás a repetírmelo ! (Abalanzándose, con el hacha levantada, sobre el Melindres. Este retrocederá a medida que el otro avanza, tratando de esquivar el golpe.)

MELIN. ¡ Ah, traidor !...

ODETTE (Desesperada.) ¡ Socorro !... ¡ Socorro !...

PABLO ¡ Ha llegado tu última hora ! (En el preciso instante en que Pablo levantará el hacha para descargarla sobre el Melindres, quien, refugiado en un ángulo de la habitación, no hallará salida para escaparse, la puerta lateral izquierda se abrirá con estrépito, y el comisario de policía, seguido de dos agentes, penetrará en la habitación, arrojándose sobre Pablo e impidiéndole llevar a cabo su propósito.)

ESCENA V

Dichos. COMISARIO y dos agentes.

- COMISA. ¡Has caído en nuestro poder, miserable!
- PABLO ¡¡Maldición!!... (En este momento se oye la voz del capitán.)

ESCENA VI

Dichos y CAPITÁN.

- CAPITÁN (Dentro.) ¡Odette!... ¡Odette!...
- ODETTE (Tendiendo los brazos hacia su padre, que aparecerá en el dintel de la puerta.) ¡Papá!... ¡Papá!...
- CAPITÁN ¡Hija mía!... ¡Al fin puedo estrecharte entre mis brazos! (Abrazándola.)
- COMISA. (A los agentes, que habrán maniatado a Pablo.) ¡Llévadle! (Al pasar Pablo por delante del capitán éste hará un gesto como si fuese a arrojarse encima de él. El comisario le retendrá por un brazo.)
- CAPITÁN ¡Miserable!... ¡No hay tormentos bastantes con qué hacerte expiar el atroz martirio que has hecho sufrir a este ángel! Siento que la sangre invade mi cerebro y un velo cubre mi vista... ¡Suélteme usted, señor comisario; déjeme usted que le imponga yo, por mi mano, el castigo que se merece!
- COMISA. Deje usted este trabajo a la justicia, señor d'Avigny. Ella se encargará de cumplir su cometido. (A los agentes.) En marcha.
- PABLO (Con desesperación.) ¡Estoy perdido!... (Los agentes se llevarán a Pablo, seguidos del comisario.)
- CAPITÁN (Estrechando a su hija contra su corazón.) ¡Hija mía!... ¡Cuánto has debido sufrir!... Pero yo te prometo que de hoy en adelante no habrá poder sobre la tierra que lo-

gre arrancarte de mis brazos. (Fijándose en Melindres, que permanecerá de pie ante el dintel de la puerta, contemplando, con inefable alegría, el grupo formado por el capitán y su hija.) Acércate... Tú eres a quien debo la dicha que ahora experimento. Tu noble abnegación y tu valor a toda prueba me han hecho recobrar a mi hija. ¡Jamás podré pagarte lo que has hecho por mí!

ODETTE (Extendiendo los brazos hacia Melindres, en los que aquél se precipitará.) ¡Andrés !...

CAPITÁN (Abarcando a los dos en un abrazo.) Estoy seguro de que aquella santa que ahora nos contempla desde el cielo os bendice a los dos como yo lo hago. (Atrayéndolos sobre su pecho.) Así, sobre mi corazón. ¡De hoy en adelante, en vez de uno, tendré dos hijos !

TELÓN

FIN DEL DRAMA

12.127.
FRANCISCO VILLAESPESA

JUDITH

Tragedia bíblica en tres actos



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915

JUDITH

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por su autor para "Teatro Mundial".

JUDITH

TRAGEDIA BÍBLICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FRANCISCO VILLAESPESA

ESTRENADA POR LA COMPAÑÍA MARGARITA XIRGU -
EMILIO THUILLIER.



*pp. 1-70
200 julian.*

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

11 — Calle de San Pablo — 21

1915

PERSONAJES

JUDITH, viuda hebrea.
HEGLA, su sierva.
RODOPIS, cortesana griega.
HOLOFERNES, general asirio.
ELIACIM, sumo sacerdote de Israel.
AQUIOR, rey de los ammonitas.
MEGABIZES, soldado ammonita.
HERALDO asirio.
ASSUR, capitán asirio.
SHARAZER, capitán asirio.
MANASÉS, capitán israelita.
VAGAO, eunuco.
CENTINELA israelita.
ANCIANO 1.º, israelita.
ANCIANO 2.º, israelita.
UN SOLDADO HERIDO, israelita.
UN COPERIO asirio.
HOMBRE 1.º, israelita.
HOMBRE 2.º, israelita.
UN CAPITÁN asirio.
UNA VCZ.
EL CADÁVER DE OZÍAS.

Cortesanas, mujeres israelitas, capitanes, soldados, gente del pueblo, centinelas, turibularios, arpistas.

La acción, en Betulia y en el campamento de Holofernes.



ACTO PRIMERO

Una plaza en Betulia. Al foro, los ciclópeos lienzos de la muralla, y en el centro de ésta, protegida por dos fuertes torreones cuadriláricos, una de las puertas de bronce de la ciudad. A la izquierda, en primer término, resplandeciente de mármoles, el atrio del templo, sostenido por altas y pesadas columnas de granito, al cual se asciende por una espaciosa gradería. A la derecha, la fachada de la casa de Judith y la desembocadura de una amplia vía.

ESCENA PRIMERA

ELIACIM, con sus fastuosos ropajes y su tiara gemada de sumo sacerdote, orando en la gradería del templo; ANCIANOS y PUEBLO, orando también al pie de la gradería; turibularios, en el atrio, agitando rítmicamente sus turíbulo de plata, sujetos por largas cadenas de oro; músicos, acompañando la oración con sus salterios, en el primer tramo de la gradería, y CENTINELAS, inmóviles como estatuas, en las torres que custodian las puertas, embrazando sus anchos escudos y apoyados en sus largos lanzones. En las corazas y en los cascos centellea la gloria del sol.

ELIACIM (Con los brazos tendidos al cielo.).

¡Oye nuestras súplicas, Señor de Israel!

EL PUEBLO

¡Oye nuestras súplicas, Señor de Israel!

ELIACIM

Tú, que nos libraste de la servidumbre de Egipto, de nuevo no dejes caer tu pueblo en más duras y odiosas cadenas !...

¡Que no vuelvan grillos a ceñir tus pies!

Tú, que el más soberbio Faraón domaste,

hundiendo en las olas su inmenso poder
—carros y corceles, soldados y armas,
sepultado todo para siempre fué,
¡no dejes que sieguen espadas asirias,
sedientas de sangre, tu mística mies !...
¡Liberta a tu pueblo del fiero Holofernes !
¡Protege a tus hijos, Señor de Israel !

EL PUEBLO

¡Protege a tus hijos, Señor de Israel !

ELIACIM

¿Tú que en el desierto de la estéril roca
magnánimo hiciste las aguas correr,
para que bebiesen los labios sedientos,
¡haz que nuestros labios no mueran de sed,
pues el enemigo cegó nuestras fuentes
y en nuestras cisternas no hay ya que beber !
¡Tú, que a los hambrientos diste en las arenas
el maná, más dulce que panal de miel,
no dejes que mueran tus hijos de hambre,
pues en nuestros trojes no hay ya qué moler !
Taló el enemigo bosques y sembrados...
¡Ampara a tus siervos, Señor de Israel !

EL PUEBLO

¡Ampara a tus siervos, Señor de Israel !

(Resuena un clamor de trompas de guerra. La multitud se levanta
estremecida y se dirige tumultuosamente a la puerta del foro.
Sólo Eliacim y los ancianos permanecen orando en la gradería.)

EL PUEBLO (Dirigiéndose a las murallas.)

—Resuenan cercanas trompetas de guerra...

—Las huestes regresan. —Corramos a ver...

(Al centinela, que se inclina sobre el muro.)

—Centinela, dínos : ¿qué pasa en el campo?

¿qué nuevas advierten tus ojos en él?

(Se hace un profundo silencio. El centinela se vuelve a la multitud
profundamente emocionado.)

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

CENTINELA (Al pueblo.)

¡Derrota !

EL PUEBLO (Despavorido, cubriéndose el rostro con las manos.

Los ancianos se mesan las barbas. Las mujeres sollozan. Pequeño
silencio.)

¡Derrota !

CENTINELA (Continúa observando.)

Los nuestros, vencidos, huyen en tropel,

tirando las armas... Arroja el asirio
sus dardos... ¡ Son tantos, que el sol no se ve !

EL PUEBLO

—¡ Mis hijos ! —¡ Mi padre ! ¡ Mi esposo !

(Gritan y gesticulan como locos.)

CENTINELA (Con un gesto de silencio.) ¡Silencio!

ELIACIM Y LOS ANCIANOS (Cayendo de nuevo de rodillas.)

¡Ampara a tu pueblo, Señor de Israel!

CENTINELA (Vuelve a inclinarse hacia el campo. La multitud permanece inmóvil, aterrada, al pie de las murallas.)

De las altas cimas de Estelión, los nuestros,
gritando descienden a todo correr...

Allá miro a Ozías, la espada en la mano...

Tinto está de sangre su blanco corcel...

Se interpone en medio de los fugitivos
y hacia los asirios los lanza otra vez...

EL PUEBLO (Sin poder contener su entusiasmo.)

; Victoria ! ; Victoria !

CENTINELA Deshace sus filas...

Su acero la muerte siembra por doquier...

Duda el enemigo... Se retira... Huye...

y con más denuedo vuelve a acometer...

Retrocede Ozías..., pero se defiende...

¡ Una fortaleza cada roca es !...

Saltan a pedazos corazas y escudos...

La sangrè a torrentes se mira correr...

(La ansiedad del pueblo sigue atentamente el relato.)

¡ Salvóse el ejército, gracias a su arrojo,
y a nuestras murallas se viene a acoger !

EL PUEBLO

—¡Vamos a su encuentro!

—¡Vamos a su encuentro!

(Salen por la calle de la derecha.)

ELIACIM Y LOS ANCIANOS

¡ Protege a tu pueblo, Señor de Israel !

(Mientras el pueblo desfila, Eliacim desciende lentamente del atrio y se aproxima a los ancianos.)

ESCENA II

ELIACIM y LOS ANCIANOS, conversando junto a la gradería del
atrio.

ELIACIM

¡ Para el valor trocáronse en estériles
 las fecundas entrañas isrealitas !
 ¡ Si los nobles guerreros cuyos huesos
 gloriosos esta tierra fertilizan
 rasgasen sus sudarios y se alzarán
 de sus tumbas, al ver la cobardía
 de sus nietos, de nuevo, avergonzados,
 a sus viejos sepulcros tornarían !
 Les ciegan los deleites de este mundo...
 ¡ Corazones sin fe, almas vacías,
 por ahorrarse una gota de su sangre
 a la Patria y a Dios inmolarían !
 ¡ Y el Señor, ofendido con su pueblo,
 como res indefensa, le castiga
 a morir sin piedad bajo la espada
 de las feroces huestes enemigas !

ANCIANO I.^o

Del propio vientre maternal, el niño
nace corrupto ya...

ELIACIM ¡Y hasta las víboras
aman más a la tierra donde brotan
que ellos a la ciudad que les dió vida!

ANCIANO 2.^o

¡ Por un puñado de oro, hasta los huesos
de sus propios abuelos venderían !

ELIACIM

Dios en sus corazones nunca ha entrado...
Los visteis, hace poco, de rodillas,
con sus labios sin fe manchando el suelo,
pidiendo a Dios su protección divina...
¡ En sus bocas tan sólo oraba el pánico
y el temor de sentir la espada asiria
rasgar sus pobres carnes, tan inmundas,
que hasta los perros que, al nacer el día,
hozan hambrientos en los muladares,

como indigno festín despreciarían !
De Sodoma y Gomorra las infamias
en la vieja Betulia resucitan,
desafiando de Jehováh la cólera...
Mas pronto ; ay ! de la ciudad maldita
ascenderán las llamas a los cielos
y esparcirán los vientos las cenizas.

ESCENA III

Dichos y MANASÉS, que entra precipitadamente por la izquierda.

MANASÉS

¡ Eliacim !... ¡ Eliacim !... Las huestes llegan...
¡ Si vieras cuánto herido !... El pueblo grita ;
se mesa los cabellos, gime y llora ;
muerde los labios y los puños crispa...
Alguien habló de paz, y esa palabra,
como si fuese fugitiva chispa,
corre de boca en boca y se transforma
en compacta y cobarde gritería...
Para tratar la paz, tan sólo esperan
que del campo enemigo torne Ozías...

ELIACIM

¡ La infame boca que esa voz pronuncie,
la lepra se la coma !... ¡ Maldecida
por Dios será, como la estéril planta
que ni los hombres ni aun las bestias pisan !
¡ Oh Señor de Israel, grande y potente,
Señor de la Venganza y la Justicia,
pon en mi diestra el haz de vivos rayos
con el cual te mostrastes en la cima
de la montaña, cuando, al son del trueno,
diste a Moisés las Tablas de la Vida,
para abrasar con él a los traidores
que sus deberes con la Patria olvidan !
Yo les diré a esas turbas miserables
que al pensar en la paz a Dios irritan :
—¡ Desgarrad mis talares vestiduras !
¡ Pisotead esta sagrada insignia
de sumo sacerdote !—y si no logro

matar sus miedos y encender sus iras,
yo solo iré, con mis noventa años,
a clavarme en las lanzas enemigas !

(Sale, seguido de Masanés y de los ancianos, por la calle de la derecha.)

ESCENA IV

JUDITH y HEGLA, que salen de la casa de la derecha.

JUDITH Hegla, acércate a las puertas
de la ciudad. Vé qué pasa,
pues parece que del campo
alguna nueva es llegada.
Mientras desgarrado el velo
de mi viudez, desgrehadas
y cubiertas de cenizas
estas trenzas, en mi cámara
oraba al Señor, pidiéndole
la libertad de mi Patria,
algo así como un estruendo
de trompas trajo una ráfaga
de viento, al hinchar las ricas
cortinas de mi ventana,
espantando a las palomas
que en su alféizar se arrullaban.

HEGLA También su clamor he oído
mientras que con tus esclavas,
para hacer hilas y vendas,
estas manos desgarraban
tantos vestidos de púrpura
y tantos velos de plata,
que una ciudad, con su importe,
como Betulia compraras.

JUDITH ¿Para qué quiero esas ricas
vestiduras y esas galas,
si hoy son polvo bajo tierra
los ojos que se alegraban
al contemplarme con ellas
revestida y ataviada?
Si se apagó en el silencio

infinito de la nada
aquella voz que en mi oído
dulcemente suspiraba :
—¡ Qué bien sienta a tu hermosura
esa túnica bordada
de perlas, y esos collares
de zafiros y esmeraldas,
que en vez de adornar tu cuello,
con tu cuello se engalanan !...
¿ Para qué esos atavíos,
si a quien el amor le falta
todo lo demás le sobra,
y hasta las mieles le amargan,
porque llegan a los labios
mezcladas con nuestras lágrimas?...
Vé y pregunta por Ozías
a los soldados...

HEGLA
JUDITH

¿ Le amas?
¿ Amarle?... ¡ Cállate, Hegla !
No hables de amor... Tal palabra,
o se profana en mis labios,
o ella a mis labios profana,
¡ que es para el amor mi pecho
como una tumba cerrada !
¿ Qué liviandad en mí has visto,
Hegla, cuando así me hablas?
¿ Tu mano, acaso, condujo
a algún amante a mi cámara?
Al descorrer los tapices,
¿ cuándo encontró tu mirada
junto al hueco de mis sienes
otro hueco en mi almohada?...
Sitial que ocupó mi dueño,
tálamo en que reposara,
antes que otro los profane
serán pasto de las llamas...
¡ Y lo mismo que con ellos
hiciera yo con mi alma
si dejase que otro rostro
en su cristal se mirara !
HEGLA ¡ Mas, señora, como a Ozías
estimas tanto, pensaba

JUDITH

que él fuese la Primavera
que con su sol y sus auras
cubriese otra vez de rosas
el rosal de tu ventana !
Al rosal muerto no hay brisa
que resucitar le haga.
Es verdad que estimo a Ozías
por su valor. Es su espada
la defensa de mi pueblo,
y si esa espada nos falta,
caerá Betulia con ella,
pues no podrán ampararla
ni los pechos de sus hijos,
ni sus altivas murallas.

(Proféticamente con voz misteriosa.)

¡ Amor !... ¡ Para fin más alto .
Dios me tiene destinada !
Cuando todo esté perdido
para Betulia, y no haya
ni fe para sostenerla
ni valor para salvarla,
será esta mano tan débil
de mi pueblo la esperanza ;
y lo que no consiguieron
sus guerreros con las armas,
habrá de lograrlo una
mujer por su Dios guiada...
¿ Y cómo ha de amar a un hombre
quien ama tanto a su Patria ?

(Le acomete de pronto una gran agitación.)

HEGLA
JUDITH

¿ Qué tienes ? (Corriendo a ampararla.)
(Confidencialmente, con misterio.)

Escucha, Hegla.

Inmóvil y arrodillada,
sangrando bajo el cilicio
mi carne, anoche rezaba
en mi alcoba, a los fulgores
mortecinos de la lámpara,
cuando de pronto en las sombras
miré extinguirse su llama,
cual si al soplo de unos labios
invisibles se apagara,

y sentí en mis oídos
una voz que murmuraba :
—Tú salvarás a Betulia
cuando no tenga esperanza !—
Calló la voz, y de pronto
volvió a encenderse la lámpara...
; Para salvar a Betulia
el Señor habló a mi alma !...
; Y aun a costa de mi vida,
te juro que he de salvarla !...

(Aparecen Eliacim, Aquior, ancianos y soldados por la derecha.)

HEGLA

(Imponiendo silencio.)

; Callad ! Eliacim se acerca.
El nos dirá lo que pasa.

ESCENA V

Dichas; ELIACIM, AQUIOR, ANCIANOS y dos soldados que conducen a Aquior. Penetran todos por la izquierda. Judith y Hegla se les acercan.

ELIACIM (A Aquior.)

Asilo encontrarás entre nosotros.
Contigo partiremos como hermanos
el pan, el agua y nuestra dura suerte...
Mas ¿qué móvil, Aquior, aquí te trajo?

AQUIOR

Escuchadme, Eliacim. Oid, mujeres,
y vosotros también, nobles ancianos.
Como hambrientas bandadas de langosta
sobre el tierno verdor de los sembrados
Holofernes cayó sobre nosotros
y nos marcó su hierro como esclavos,
haciéndonos dejar nuestros hogares
y a servir en sus huestes obligándonos. (A Eliacim.)
Ya sabes que estudié de los caldeos
la ciencia oculta y los conjuros mágicos
que descifran los sueños y predicen

el porvenir en los remotos astros.

(Pequeña pausa. Todos se agrupan en torno de Aquior.)

Soñó anoche Holofernes. Iba solo
por florido jardín. Sus rudas manos,
al pasar, deshojaban los rosales...
De súbito sus ojos contemplaron
una rosa más blanca que la nieve,
cuya belleza excepcional le atrajo.
Tendió la mano..., y al tocar la rosa,
oculto un áspid le mordió en la mano...

Inquieto y temeroso despertóse,
y a interpretar su sueño me llamaron.
Yo le dije :—Señor, esos rosales
que fueron deshojándose a tu paso,
son todas las ciudades que han caído
bajo el bélico empuje de tu brazo ;
y Betulia es la rosa donde oculto
áspid te hirió... Dirige tus soldados
hacia otra ciudad ; pues mientras quede
en Betulia un espíritu esforzado
que sea a su Dios fiel, jamás en ella
rechinarán las ruedas de tu carro.—

Y Holofernes, colérico, me dijo,
cruzando mis mejillas con su látigo :
—¡ Oh vil embaucador, para que veas
el pavor que me infunden tus presagios,
a Betulia te irás, y antes que muera
cinco veces el sol en los espacios,
en su plaza más amplia ha de arrancarte
la lengua, de raíz, mi propia mano.—
Sus gentes me trajeron a esos montes,,
donde, a un tronco de encina maniatado,
hace poco, al volver de la refriega,
me hicieron prisionero tus soldados.
¡ Y aquí estoy, Eliacim ! Aquí me tienes,
rey sin cetro y corona, a ti entregado,
como cautivo recental que aguarda;
tendido el cuello sobre el blanco mármol,
los fatídicos golpes del acero
que ante el ara de Dios han de inmolarlo.
Os dije la verdad, nobles varones...
¡ Permita el cielo, si os mintió mi labio;

que a mi presencia, ante mis mismos ojos,
para que sirva a mi dolor de escarnio,
mire morir mis hijos y violadas
a mis mujeres en mi propio tálamo !

ELIACIM

Tu acento, noble rey, es el acento
de la sinceridad.

(Abrazándole.)

Toma mis brazos ;
y aquí libre serás, si somos libres,
o con nosotros morirás luchando.

JUDITH (A Aquior.)

Mi casa es tuya. Fatigado vienes,
y en ella encontrarás paz y descanso.

ELIACIM

Acéptala, Aquior. Otra más noble
no hallarás en Betulia...

ANCIANO 1.º

Ni más grato
retiro...

ANCIANO 2.º

Ni mujer más generosa.

ANCIANO 1.º

Su piedad de los pobres es amparo.

ELIACIM

Más bello que su rostro sólo existe
su corazón. Si todos los soldados
que defienden los muros de Betulia
tener pudieran de Judith los ánimos,
desbaratado el enemigo huiría
por esos montes, cual tropel de gamos
que sienten en sus ancas las caricias
de los agudos dientes de los galgos.

JUDITH

No haced que se sonrojen mis mejillas
inmerecidas frases escuchando.

(A Aquior, dándole las manos.)

Mas tu faz de fatiga palidece.

Cruzarás esta puerta de mis manos,
y contigo también entre en mi casa
la bendición de Dios.

(Le hace entrar en su casa.)

¡ Quedad, ancianos,
en paz !... ¡ Que Dios nuestra ciudad ampare !

ELIACIM (Bendiciéndola.)

¡ El dirija también, Judith, tus pasos !

JUDITH (Al entrar.)

(¡ El sueño de esta noche acaso pueda
este sabio monarca interpretarlo !)

ANCIANO 1.º (Señalando a Judith.)

¡ Qué alma más generosa !

ANCIANO 2.º

¡ Otra no existe

en Betulia !...

ELIACIM

¡ Nosotros ahora vamos
a la puerta de Belma, a ver si Ozías,
vencido o vencedor, torna del campo !

(Se van lentamente por la derecha.)

ESCENA VI

SOLDADO 1.º y SOLDADO 2.º

SOLDADO 1.º ¿ Esa es Judith de Betulia ?

SOLDADO 2.º La misma. ¿ No la conoces
en lo humilde de su traje
y en lo altivo de su porte ?
En los labios del que sufre
es panal de miel su nombre,
y es la bondad de su alma,
para las manos del pobre,
manantial que no se agota
por más que sin diques corre.

SOLDADO 1.º ¿ Y es rica ?

SOLDADO 2.º Muy rica. Guarda
en su almazara y sus trojes
todo el aceite y el trigo
que en Betulia se recogen.
Sus joyas son las más bellas,
sus viñas son las mejores,
y son tantos sus rebaños
que contarlos no hay quien logre.

SOLDADO 1.º ¿ Y cómo sigue viuda,
siendo rica, bella y joven ?

SOLDADO 2.º Porque su virtud supera
a todas sus perfecciones.
Desde que murió su esposo
—ha tres años;— a los goces

de la vida renunciando,
en su cámara encerróse
lo mismo que en un sepulcro.
Y en ella las horas corren.
entre ayunos y cilicios.
y entre llantos y oraciones.
En vano a su puerta llaman
los más soberbios varones
de la ciudad, ¡hasta Ozías!,
pues del amor a los golpes,
por más que fuertes resuenen,
ni las abre, ni aun responde.

SOLDADO 1.º (Se oye un rumor de pueblo por la derecha.)
¿Pero qué pasa? (Mirando por la esquina.)

¡Las turbas

se aproximan dando voces!...

SOLDADO 2.º Siempre, después de un combate,
iguales gritos se oyen...
Se abrazan a los heridos.

Y las cabazas esconden
bajo el manto, sollozando
como mujeres, los hombres.

SOLDADO 1.º ¡Ay, qué va a ser de nosotros,
si el cielo no nos socorre!

(Penetran Eliacim y ancianos con un hombre herido y gentes del pueblo.)

ESCENA VII

Dichos. ELIACIM, ANCIANOS, PUEBLO, UN HOMBRE HERIDO,
y luego, MANASÉS y UN HERALDO.

ELIACIM

¿Cesó la refriega?

HOMBRE HERIDO En las altas cumbres

se defiende Ozías igual que un león...

Sus huestes contienen a los enemigos.

¡A todo el ejército su arrojo salvó!

Sin él, bajo el filo de la espada asiria

perecieran todos al pie de Estelión,

como las espigas en la siega caen

bajo los certeros golpes de la hoz,
y los enemigos hasta esas murallas
llegasen bramando, locos de furor,
lo mismo que un ronco río desbordado
que rompiendo el dique que lo aprisionó
se lanza a los valles y lo arrasa todo
con la fuerza ciega de la inundación.

EL PUEBLO

¡ Viva Ozías !... ¡ Viva ! (Resuena una trompa de guerra.)

CENTINELA (A Eliacim.)

Del campo enemigo

se acerca un heraldo.

(El pueblo grita.)

ELIACIM

¡ Callaos, por Dios !

¡ Abridle las puertas ! Dejadle que pase.

¡ En nombre de todos voy a hablarle yo !

(Manasés y los soldados se acercan a las puertas y las abren. En ellas aparece el heraldo. La multitud permanece muda. Por las puertas del foro se ven montañas lejanas, doradas por el sol de la tarde. El heraldo avanza lentamente, seguido de Manasés y los soldados, en actitud provocativa, hasta el centro de la escena. La multitud se abre para dejarle paso.)

HERALDO (Mirando a un lado y a otro con insolencia. El silencio es profundo.)

Gentes de Betulia, doblad las cervices,
y con vuestros labios inmundos besad
la tierra que pronto será vuestra tumba,
porque os hablo en nombre de mi general;
del noble Holofernes, señor de más pueblos
que astros tiene el cielo y arenas el mar !

Miles de ciudades cayeron al filo
de nuestras espadas. Su carro triunfal,
que arrastran diez reyes, recorre la tierra.
La muerte y la ruina caminan detrás.

Bajo nuestras férreas pisadas, el suelo
se seca de espanto. ¿ Quién resistirá
el bélico empuje de nuestros soldados ?

¡ Son tantos, que nadie los puede contar !

¡ Si avanzan, parecen montañas que ruedan !

¡ Si gritan, semejan una tempestad !

¡ Gentes de Betulia, en su nombre os brindo
la vida o la muerte, la guerra o la paz !

¡ Si antes de tres días, cual viles esclavos,
no os entregáis todos a su voluntad,

cual una tormenta de dardos y flechas
caerán sus ejércitos sobre la ciudad !
¡ Todo será nuestro ! ¡ Haciendas y vidas !
¡ De nuestros acceros no esperéis piedad !
Y vuestras esposas y vuestras doncellas,
en vasos de oro vendrán a escanciar
vuestros propios vinos, puestas de rodillas.
en el loco estruendo de la bacanal.
Y después sus labios, sobre vuestros lechos,
de amor y lujuria nos embriagarán.
¡ Vuestra negra sangre correrá a torrentes,
y dioses y templos por tierra caerán ;
y cuando los huitres acudan, voraces,
al olor de sangre, sobre la ciudad,
en la inmensa pira que lo abraza todo
como mariposas se irán a quemar...
Si os rendís, cobardes, esclavos seréis.
Si lucháis de nuevo, la muerte esperad ;
¡ que así Holofernes castiga a los pueblos
que oponerse intentan a su voluntad !

EL PUEBLO (Amenazante, al heraldo. Los soldados lo contienen.)

— ¡ En la cruz clavemos al heraldo !

— ¡ Ahorcadle !

-- ¡ Desolladle vivo !

— ¡ Aquí morirá !

— ¡ Que muera !

— ¡ Que muera !

ANCIANOS (Al pueblo.)

¡ Silencio !

EL PUEBLO

¡ Quemadle !

(El heraldo permanece en actitud desafiante.)

ANCIANOS

¡ Silencio !

MANASÉS

¡ Silencio ! Eliacim va a hablar.

(Se hace un gran silencio.)

ELIACIM (Desde la gradería.)

Dí, siervo, a tu dueño, que Betulia nunca
como vil esclava se le rendirá,
mientras haya hierros con que forjar armas
y brazos que puedan con ellas matar..
¡ Que humille en el polvo su cerviz idólatra
antes que fulmine sobre ella Jehováh,
los rayos potentes de sus justas iras

y jefe y ejércitos destruya a la par !
¡ Márchate a tu campo ! Si vuestros soldados
son tantos que nadie los puede contar,
si al andar parecen florestas de lanzas
y sus gritos fingen una tempestad,
sobre esas murallas, más firmes que montes,
su esfuerzo y sus bríos se irán a estrellar,
como en los roquedos de la abrupta playa
se estrellan bramando las furias del mar.
¡ Vete, y dí a tu amo mi respuesta, siervo,
y agradece al cielo que libre te vas !

(La multitud acoge con un murmullo de aprobación las palabras de Elacim.)

HERALDO (Sin dejar su actitud provocativa.)

¡ Por cada cabello que de mí arranquéis,
a millares vuestras cabezas caerán !

(Disponiéndose a partir.)

¡ Gentes de Betulia, mi mensaje oísteis !
¡ Vuestros miserables cuellos preparad
para el sacrificio, que antes de tres días
de Betulia sólo ruinas quedarán !

(El pueblo, enloquecido, amenaza al heraldo. Manasés y los soldados procuran contenerlo.)

EL PUEBLO

¡ Muera !—¡ Muera !—¡ Echadle una soga al cuello
y arrastradle luego por nuestra ciudad !

—¡ Con un ariete al campo enemigo
su cabeza trunca sangrando arrojad !

—¡ Como a un perro hambriento, matadlo a pe-
(Los ancianos se interponen. Eliacim desciende.) [dradas !

ELIACIM (Tendiendo los brazos a la multitud.)

¡ Por el santo y puro nombre de Jehováh,
mi voz os conjura, gentes de Betulia !
Dejadlo que salga...

EL PUEBLO (Sin dejar su actitud.) ¡ No tened piedad !

HERALDO (Con gesto de desafío.)

¡ Cobardes !

(Hay un momento en que parece que van a despedazarle. Los soldados retroceden. Uno del pueblo coge una piedra. El heraldo permanece sereno.)

ELIACIM (Interponiéndose.) ¡ Detente !

EL PUEBLO (Una mano dispara una piedra que rebota en el casco del heraldo. Se disponen a acometerle.)

¡Toma, miserable!

ELIACIM (Cubriendo con su cuerpo al heraldo.)

¡Antes de tocarle, matadme! Aquí están mi sagrada insignia y mi débil cuerpo...

¡Esta insignia y este cuerpo apedread!

ANCIANOS (Interponiéndose.)

¡Deteneos!

(El pueblo retrocede.)

ELIACIM (A los soldados.)

¡Soldados, guardad al heraldo!

Yo mismo su vida voy a custodiar.

¡Y si algún cobarde quiere herirle, antes sobre este cadáver tendrá que pasar!

(Se dirige a la puerta del foro, siguiendo al heraldo; tras él caminan los soldados, Manasés y algunos ancianos.)

EL PUEBLO

¡Dejadlo! ¡Dejadlo! Salgamos al campo de Belma.—Salgamos la hueste a esperar.

—Va a llegar Ozías. —¡Vamos a su encuentro, que es su firme brazo nuestra libertad!

(Sale el pueblo por la derecha.)

ANCIANOS (Al salir, trabajosamente apoyados en sus báculos.)

—¡Ampara a tu pueblo, Dios de los ejércitos!

—¡Libra de enemigos a nuestra ciudad!

(La escena permanece sola un instante. Por la puerta del foro, abierta, se ve el campo. Aparece Judith. Viene envuelta en un manto de púrpura, la cabeza ceñida por una diadema deslumbrante de pedrerías. La siguen Aquior y Hegla, que lleva en las manos un espejo de plata y un rico cofre con velos y joyas.)

ESCENA VIII

JUDITH, AQUIOR y HEGLA.

AQUIOR

¿Persistes en partir?

JUDITH

Señor, ¿no has visto la angustiosa tristeza de mi pueblo?

Esas madres famélicas que pasan
sollozando y mesándose el cabello,
sin dar savia a sus hijos, porque el hambre
ha cegado la fuente de sus senos.

Esas pobres viudas que sollozan
cubiertas de ceniza, como espectros,
acurrucadas sobre los umbrales,
el rigor de su suerte maldiciendo
Tanto herido que expira, revolcándose
de dolor, en su sangre, sobre el suelo,
sin que mano piadosa acerque el agua
hasta sus labios, por la fiebre secos.

Huérfanos que pululan por las plazas
como perros sin dueño...

Tanta casa vacía, y por las calles
pudriéndose, insepultos, nuestros muertos.

Secas están las fuentes y agotados
los víveres. Luchando, sucumbieron
los más valientes. En Betulia sólo
quedan mujeres, débiles enfermos,
niños y ancianos ; brazos que no pueden
ni alzar las hondas, ni esgrimir los hierros...

¿Cómo va a resistir al enemigo?

Entrarán al asalto sus ejércitos,
y aun en la poca sangre que nos queda
saciarán el furor de sus aceros.

¡ Señor, Señor, dale a mi débil brazo
el vigor de los robles y el certero
herir del rayo, para que él liberte
de pesadas cadenas a tu pueblo !

AQUIOR

¡ Calma, mujer ! ¡ Refrena tu impaciencia ;
templa tu voluntad como el acero,
para que puedas realizar triunfante
el alto fin que te destina el cielo !
Mas... ¿sabes dónde vas?

JUDITH

Donde me guía
la mano del Señor. Desde hace tiempo,
a todas horas, en mis oraciones,
la voz de Dios decíame en secreto :
— ¡ Parte al campo enemigo, Judith, parte,
que en él conseguirás librar tu pueblo !

Tú me has dicho, Aquior, que esa voz santa seguir sin treguas ni temores debo.

AQUIOR

Mas ¿qué piensas hacer?

JUDITH

No pienso nada.

Cumplir la orden divina. Y si perezco, ¿qué importa que yo muera, si mi sangre puede salvar la vida de mi pueblo?

(Dirigiéndose al cielo.)

¡ Señor, Señor, yo soy tu pobre sierva
y tus santos mandatos obedezco !

AQUIOR

Yo no quiero enfriar tus entusiasmos
con mi experiencia. Prosigue el sendero
que Dios te marca, porque estoy seguro
que tornarás triunfante de tu empeño.
Para el poder de Dios todo es posible.
Quien sacó de la nada el mar, los cielos
y la tierra, quien tantas maravillas
creó con sólo un soplo de su aliento,
¿cómo no podrá hacer, si así lo quiere,
que se convierta en realidad tu sueño,
y al gavián destroe la paloma
y devore a los lobos el cordero?
Parte al campo enemigo : y por si acaso
en alguna ocasión, como me temo,
necesitas un brazo que te ampare,
toma este anillo que ciñó mi dedo,
pregunta por Oreb, mi pobre hermano,
y a él, sin temores, en mi nombre, muéstralo.

(Le da un anillo.)

JUDITH (Colocándose el anillo. A Aquior.)

Gracias, gracias, señor.

(A Hegla.)

Tráeme mis joyas
las más hermosas ; los más ricos velos ;
todo cuanto realce mi hermosura...
Porque soy bella aún... Dame ese espejo.

(Toma el espejo y se contempla en él, admirada de su propia belleza.)

Hace ya tantos años que no he visto
en él mi rostro, que al mirarme siento
la curiosa emoción que siente el niño,

mezcla alegre de orgullo y de respeto,
al ver por vez primera en un estanque
reflejado el milagro de su cuerpo.

(Recreándose en su contemplación.)

Aun fulguran ardientes mis pupilas
como si fuesen dos diamantes negros ;
aun son bellas y puras mis facciones
y largos y ondulosos mis cabellos,
y aún florece en la rosa de mis labios
la tentación fragante de los besos.
Cíñeme mis pulseras, mis ajorcas ;
ajusta a mi tiara el largo velo ;
agobia de sortijas estas manos
y carga de collares este cuello,
blanco y suave como el de las tórtolas
que se arrullan de amor en los viñedos.

(Hegla cumple las indicaciones de Judith. Se oye a lo lejos el griterío de las turbas.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos ; ELIACIM, MANASÉS, ANCIANOS, SOLDADOS y PUEBLO
El pueblo invade tumultuosamente la escena, dando pruebas de un gran dolor. Las mujeres se mesan los cabellos ; los hombres se desgarran los mantos. Por la puerta del foro aparece el cortejo fúnebre. Delante, Eliacim y los ancianos ; después, el cadáver de Ozías, conducido por cuatro capitanes, sobre un broquel. Detrás, soldados. La gente se agrupa en torno del cadáver.

EL PUEBLO

—¡ Cayó muerto Ozías ! ¡ Cayó muerto Ozías !
—¡ Nuestras esperanzas murieron con él !
—Señor, ¿quién, ahora, salvará a tu pueblo ?
¿qué brazo robusto nos va a defender ?
—¡ Miradle, allá viene ! ¡ Cuatro capitanes
portan el cadáver sobre su broquel !—
Aun empuña el hierro su mano crispada,
como si aun quisiera defendernos ! —¡ Ved :
tiene siete heridas sangrando en el pecho

y lleva tres flechas clavadas también !—

SOLDADOS (Conduciendo lentamente el cadáver hasta la gradería.)

—¡ Paso ! —¡ Paso ! —¡ Paso !...

(El pueblo contempla el cadáver con dolor y respeto.)

EL PUEBLO (Tendiendo los brazos al cielo.)

—¡ Cayó muerto Ozías !

—Sin él, de Betulia, Señor, ¿qué va a ser?

ELIACIM (Al pie de la gradería. A los capitanes.)

¡ El cuerpo del héroe que cayó luchando
por salvar la Patria, a Dios ofreced !

Subidle hasta el atrio. A los pies del ara
santa, capitanes, sus restos tended.

(Los capitanes suben el cadáver. Solloza la gente.)

¡ Que flote el incienso ! ¡ Que giman las arpas,
y a su son, doncellas, los velos rompéd
y llorad, que ha muerto nuestro único apoyo...
¡ Cayó el valeroso león de Israel !

(Los arpistas pulsan las arpas. Los turibularios agitan los incensarios. Las mujeres rasgan, llorando, sus velos y los arrojan en la gradería.)

¡ Vosotros, soldados, jurad que a los cintos
los nobles aceros jamás volveréis
mientras en la sangre de los enemigos
la muerte del héroe vengada no esté !

(Los soldados permanecen inmóviles, abatidos. Se hace un silencio profundo. Judith, apoyada en el brazo de Aquior, contempla emocionada la escena desde el umbral de su casa.)

EL PUEBLO (Como despertando de un letargo.)

—¡ Que cese la guerra !—¡ La paz deseamos !

(Se forma un tumulto. Algunos soldados tiran sus escudos.)

UN HOMBRE (Adelantándose a Eliacim.)

Eliacim, ¿lo oyes? ¿Para qué emprender
de nuevo la guerra, si de hambre y de fiebre
los brazos no pueden las armas tener?

OTRO HOMBRE (A Eliacim.)

¡ Si cayeron tantos que pudieran juntos
formar una nueva torre de Babel !

HOMBRE 1.º

¡ No tenemos casa para tanto herido !

¡ En nuestros molinos no may ya qué moler !

HOMBRE 2.º

Cegó el enemigo fuentes y acueductos,
y Betulia entera se muere de sed.

(La muchedumbre asiente, gritando y estrechando el círculo en torno de Eliacim y los ancianos.)

ELIACIM (Con energía.)

¡ Si el hambre os acosa, morded vuestros puños ;
si la sed os quema los labios, bebed
vuestra propia sangre, antes que delante
de estos nobles restos de la paz habléis !

HOMBRE 1.º

No tenemos hierros con que forjar armas.

ELIACIM

Las tiene el asirio. Por ellas corred.

ANCIANOS (Al pueblo.)

¡ Vengamos a Ozías ! ¡ Vengad esta sangre !

EL PUEBLO

Sin fuerzas ni armas, ¿ qué vamos a hacer ?

(El pueblo grita y gime desesperadamente.)

JUDITH (Mostrándose al pueblo, fulgurante de belleza en la fastuosidad de su atavío, toda envuelta en su manto de púrpura, como bañada en su propia sangre. La tarde empieza a declinar.)

¡ Por el santo nombre del Señor, silencio !

¡ Gentes de Betulia, mi voz atended !

(Desciende hasta el centro de la escena.)

EL PUEBLO

¡ Silencio ! ¡ Silencio ! ¡ Que Judith lo ordena !

— Ella es nuestra gloria. — ¡ Nuestro amparo es !

JUDITH (Solemnemente.)

¡ En Dios confiemos ! Es verdad que Ozías
allá yace muerto sobre su broquel.

Mas ¿ qué lengua infame a decir se atreve
que las esperanzas murieron con él ?

Todo se ha perdido... pero Dios nos queda.

¿ No hundió a los egipcios ? ¿ Por qué no ha de
[hacer

que ahora, como entonces, se salve su pueblo,
si nada limita su inmenso poder ?

¿ Tenéis sed y hambre ? Saquead mis trojes ;
matad mis rebaños, mis vinos bebed,
repartid mis joyas... Es vuestra mi casa...

¡Aquí de sus puertas las llaves tenéis!

(Saca del manto un manojo de llaves de plata y las arroja a la multitud, que admirada la contempla.)

EL PUEBLO (Reaccionando.)

¡Viva Judith! —¡Viva!

JUDITH (Profética.)

Gentes de Betulia,

en vez de, cobardes, la paz pretender,
doblad las rodillas en la dura tierra
y al Señor de nuevo los brazos tended,
pidiendo que nunca nos niegue su amparo...

¡Él ha de salvarnos, si tenemos fe!

¡Lo que no pudieron conseguir los hombres,
por su Dios guiada, lo hará una mujer!

(Asciende por la gradería. La multitud atónita, se va arrodillando.)

ANCIANOS (A Judith.)

¿Qué intentas?—¿Qué intentas?

JUDITH (Al pueblo, cerca del atrio.) De rodillas todos.

Al campo enemigo me marchó. La fe
me muestra el camino. Si antes de tres días
no sois libres todos, la paz acoged!

Esperad tres soles. ¡Orad por mi suerte,
y al Señor pedidle que amparo me dé!

(Se arrodilla en el último tramo y coloca sus manos sobre el cadáver.)

¡Que yo, por la sangre caliente del héroe,
en el santo nombre del Dios de Israel,
por su gloria os juro, puesta de rodillas,
que antes de tres días ya libres seréis!

ELIACIM

¡Señor, no nos dejes de tu mano!

(Alzando los ojos al cielo. Después se vuelve a Judith.)

Díme,

en el campamento, ¿qué intentas hacer?

JUDITH (Empezando a descender la gradería.)

Yo nada sé. Cumpló de Dios los designios.

¡Vosotros, piadosos, cumplidlos también!

¡Y cuando en el campo contrario una antorcha
entre las tinieblas contempléis arder,
gritando de júbilo, a Dios dadle gracias,
porque del asirio ya libres seréis!

(A Eliacim.)

Bendigan mi frente, Eliacim, tus manos.

(Eliacim coloca sus manos sobre la frente de Judith.)

¡ La sangre de Ozías yo la vengaré !

(Se aleja, seguida de Hegla, entre la multitud, arrodillada.

¡ Adiós, pueblo mío !

(Volviendo el rostro al traspasar la puerta.)

ELIACIM (Arrodillado en la gradería.)

Oremos, oremos.

(Resuenan las arpas y ondean los incensarios.)

¡ Protege a tu sierva, Señor de Israel !

Judith, con el último rayo de sol, desaparece por la puerta del foro.)

EL PUEBLO

¡ Protege a tu sierva, Señor de Israel !

(Todos inclinan la cabeza. Hasta los centinelas, en los torreones, oran también.)

TELÓN LENTO

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La tienda de Holofernes, sostenida por cuatro pilares de bronce, que semejan troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, sedas multicolores y fabulosos tapices con escenas bárbaras de guerra y caza. En algunos de ellos se ven los espantosos suplicios a que los asirios sometían a sus prisioneros. En otros, un cortejo real. Batallas. En uno, la imagen de Gildames estrangulando un león. Al fondo de la escena, una enorme y pesada cortina de púrpuras, franjeada de oro. A la izquierda, en primer término, el trono, sostenido por los toros alados, bajo un dosel de seda roja. A la derecha, la entrada de la tienda, oculta por una cortina de púrpura. En la penumbra centellean los reflejos acerados de las armas y de los arneses. Una amplia alcatifa cubre el pavimento. En los cuatro ángulos de la tienda, cuatro lámparas de oro, y una enorme de tres brazos en el centro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

HOLOFERNES, RODOPIS, UN COPERRO, cortesanas y esclavos.
(Holofernes descansa apoyado en un codo sobre un lecho de púrpura, al lado del trono. Cerca de él, puesto de rodillas, un copero le escancia el vino. Dos esclavas, con ánforas de oro, arrodilladas también, junto al copero. En el centro de la escena las cortesanas tañen arpas y laúdes. Bajo la luz de la lámpara Rodopis canta)

RODOPIS

(Cantando.)

Amor es niño travieso
que juega con su dolor...
Se adormece con un beso...
¡ Duérmete en mi boca, amor !

HOLOFERNES (A las cortesanas.)

¡Que cesen las músicas!... ¡Escancia más vino!

(Al copero. El copero escancia el vino en una copa de oro. Holofernes bebe de un trago y se vuelve a las cortesanas.)

¡Vuestros cantos sólo pueden alegrar
a las cortesanas viejas, que su lino
hilan a la roja lumbre del hogar!

¡Entretenimiento de los indolentes,
afeminaciones de todo festín!...

¡Para los valientes,
mejor que las arpas resuena el clarín!
Oyéndole, el héroe su broquel embraza
y el corcel relincha. ¡Tan sólo a su son,
bajo la coraza,
estalla de orgullo nuestro corazón!

RODOPIS (Acercándose a Holofernes.)

Mi señor, ¿qué tienes? Si nuestras canciones
no son de tu agrado, podemos danzar...

¡Que la danza aleje tus preocupaciones
y alegren sus giros tu adusto mirar!

(Se disponen a danzar.)

HOLOFERNES

¡Que encienda a los viejos, lasciva, la danza!

¡Mis ojos tan sólo se alegran al ver,
a un bote de lanza,
bajo mi caballo mi rival caer!

Sintiendo en la alfombra saltar vuestras piernas
me aburro y bostezo de desilusión,
como en sus cavernas,
ahito de carne, bosteza el león.

(Apura la copa y se la entrega al copero.)

RODOPIS (Arrodillándose cerca del lecho.)

¡Si el canto y la danza te causan agravios,
para tus caprichos, aquí están, señor,
mis brazos, mis labios,

mis ojos de llamas y mi seno en flor!

¡Pide lo que quieras! Cuanto tengo es tuyo...

¡Mas déjame, al menos, tus plantas besar,
pues será mi orgullo,
a tus pies, besándote, de amor expirar!

HOLOFERNES

¡No calmas las bascas de mi aburrimiento!

Amor, rosa fresca del camino es...

¡ Se aspira un momento,

y al aire, marchita, se arroja después !

Y otra rosa..., y otra... Mas todas iguales...

El mismo perfume nos viene a embriagar...

¡ En vez de rosales,

me gusta cabezas humanas segar !

Para el débil, fiestas, y para el guerrero,

los potros, las lanzas y el áureo jaez...

¡ De vino, copero,

(Al copero.)

mi copa hasta el borde lléname otra vez !

(El copero vuelve a escanciar el vino y le entrega la copa.)

RODOPIS (Insinuante.)

Florece las rosas. Es la primavera.

El león sus hembras persigue... El amor,

de amor estremece la creación entera...

¿ Por qué tu leona no buscas, señor ?

HOLOFERNES

Amor aprisiona con frases melosas ;

amor, aunque dulce, cautiverio es...

¡ Podrán ser de hierros, mas nunca de rosas

serán las cadenas que opriman mis pies !

¡ Más vino, copero ! Amor embaraza,

agota el vigor...

¡ Con menos trabajo que aquesta coraza,

del cuerpo y del alma me arranco el amor !

RODOPIS

Pero amor no huye. Es niño travieso

que adora el peligro... Mariposa loca

que vuela, sabiendo que muere en un beso,

a besar las vivas llamas de tu boca.

(La besa.)

HOLOFERNES (Apartánodla despectivamente.)

Aparta tus labios... Su contacto es frío

como el de un reptil.

¡ Siempre el mismo beso nos produce hastío !

¡ Deja que el león duerma solo en su cubil !

Sueña con su presa...

Despierta... ¡ No intentes su sueño turbar !

¡ Su boca devora todo cuanto besa,

y sus garras matan al acariciar !

RODOPIS (Aproximándose de nuevo.)

Si tus garras matan, aquí está desnudo

mi seno de nieve. ¡Qué mayor placer
que, como el guerrero que muere en su escudo,
presa entre tus brazos de amor perecer!

HOLOFERNES

¡Escancia más vino! Inventad, mujeres,
caricias que puedan mis fiebres saciar.
O nuevos dolores, o nuevos placeres...
¡Algo que me abrase y me hiele al par!

(Mirando a Rodopis mientras bebe.)

Tus brazos ebúrneos, tus hombros tan blancos
que a su lado negros los armiños son;
tus turgentes senos, tus mórbidos flancos,
a mis rudos ojos dan la sensación
de esas esculturas que de las riberas
floridas de Grecia, hasta la amplitud
de nuestras ciudades, traen nuestras galeras
para que afeminen a la juventud.
Eres sólo mármol, y me maravillo,
mirando tu cuerpo labrado a cincel,
como no levanta mi mano un martillo
y ruda no abate tu torso con él,
hasta que, deshechos por mis martillazos,
tus miembros de piedra sintiese temblar,
y al suelo saltasen, rotos a pedazos,
igual que una estatua que cae de un altar.
Déjame tranquilo; no me hables de amores...
Pues, ¿cuándo ha podido soñar tu ambición,
prendido por una cadena de flores,
llevar de tus manos sujeto un león?

(La rechaza con violencia. Las cortesanas se refugian en un ángulo, temerosas de Holofernes.)

ESCENA II

Dichos, EL HERALDO, VAGAO, CAPITÁN 1.º, CAPITÁN 2.º
y capitanes.

VAGAO (Asonándose a la puerta.)

¡Señor! De Betulia regresa el heraldito,
y tus capitanes se acercan con él.

HOLOFERNES

¡ Déjalos que entren !

HERALDO (Entrando y arrodillándose ante Holofernes.)

¡ Señor !

HOLOFERNES

¡ Habla pronto !

¿ Qué respuesta dieron ?

HERALDO

Os relataré. ,

HOLOFERNES

¡ Basta de relatos ! ¿ La paz, o la guerra ?

HERALDO

La guerra prefieren.

HOLOFERNES

¡ Perros de Israel !

HERALDO

Al pueblo reunido, junto al viejo templo
de sus falsos dioses, en tu nombre hablé ;
y me amenazaron sus manos crispadas,
y más de una piedra rebotó en mi arnés.

HOLOFERNES (Alzándose violentamente.)

¡ Puesto que lo quieren, saciaré en su sangre
la sed que me abrasa ! Haré demoler
murallas y templos. Arderán sus casas,
y luego sus campos de sal sembraré.

Sobre sus escombros, para que el viajero
por siempre recuerde mi inmenso poder,
a cincel tallado, con letras de oro,

un pilar de dura piedra erigiré
que diga a los siglos : « ¡ Esta fué Betulia ;
a Holofernes quiso desobedecer...

Tuvo templos, torres, miles de habitantes,
y hoy tan sólo ruinas y sepulcros es ! »

(Volviéndose a los capitanes.)

¡ Basta, capitanes, de ocios vergonzosos ;
a vuestros soldados, prestos, dispuestos
para la contienda, que mañana mismo
a la lid de nuevo os conduciré !

¿ No os causa vergüenza que tan gran ejército
ante esas murallas detenido esté,
y que ante un puñado de hombres retrocedan
soldados que nadie vió retroceder ?

CAPITÁN 1.º

¡ Vamos al asalto !... Si tú nos conduces.
¿ qué brazo a tu brazo se puede oponer ?

CAPITÁN 2.º

¡ Aunque de Betulia fuesen las murallas
más altas y firmes que el monte de Oreb,
y las defendieran más hombres que arenas
el *Simoun* arrastra, la verás caer,
si tú nos conduces mañana al asalto,
igual que una esclava rendida a tus pies !

HERALDO

¿ Qué peto resiste tus golpes de lanza ?
¿ Qué poder iguala tu inmenso poder ?

HOLOFERNES

¡ El amor y el juego gangrenan las tropas...
Mas juro que ahora remedio pondré !

(A las cortesanas, que tiemblan.)

¡ Viles cortesanas, no más a mis brazos
con vuestros hechizos las fuerzas quitéis ;
salid de mi tienda ; y si mis pupilas
en ella a miraros llegan otra vez,
haré que os azoten hasta que la sangre
en chorros de púrpura bañe vuestra piel,
o ese cuerpo inmundo, sujeto a la cola
de cuatro caballos, descuartizaré !

(Salen medrosamente las cortesanas.)

¡ El león despierta ! ¡ Temblad, betulianos,
que mañana mismo su rugido oiréis !

(A Vagao y a los esclavos.)

¡ Traedme mi casco de oro ! Ceñidme
la espada más ancha y el más fuerte arnés !

(Los esclavos le ciñen la coraza, la espada y le dan el casco.)

¡ Escanciad, coperos, vino para todos !
Las frágiles copas de plata ronipen.

(El copero se prepara a escanciar.)

¡ El guerrero, el vino lo bebe en su casco !
¡ El vaso más digno de sus labios es !

(El copero escancia vino en los cascos.)

¡ Brindad por la guerra ! ¡ Brindad por la sangre
que en Betulia vamos mañana a verter !

(Los capitanes alzan los cascos llenos de vino.)

CAPITÁN 1.º

¡ Por ti brindaremos !

HERALDO

¡ Porque pronto mires,

señor, a Betulia rendida a tus pies !

(Salen Holofernes y los capitanes.)

ESCENA III

VAGAO y EL COPERÓ.

COPERÓ (Viendo salir a Holofernes con su séquito de capitanes.)

¡ Cómo se marcha, Vagao !...
Jamás le vi tan colérico...
Sus ojos arden en ira.

VAGAO Razón tiene para ello,
porque es baldón y vergüenza
de cuantos ciñen acero
que unas murallas tan débiles
detengan tan grande ejército.

COPERÓ ¡ En diez años de combates,
en los que fueron cayendo
al pie de nuestros corceles
tribus, ciudades y reinos,
no hubo pueblo que tuviera
la arrogancia de ese pueblo,
que hace ya más de tres lunas
que, al amparo de esos cerros
y sus débiles murallas,
paraliza nuestro esfuerzo !

VAGAO Siempre son más peligrosos
y dañan más al guerrero,
que el enemigo de fuera,
los enemigos de dentro.
La indisciplina, el desorden
y los vicios, son los nuestros.
El juego, el amor y el vino
hacen en el campamento
más estragos que la peste...
Son de Betulia el refuerzo,
pues sin ellos estaría
en nuestro poder ha tiempo,
y ni aun cenizas quedarán
de esos muros tan soberbios.

COPERO

(Bajando la voz con misterio.)

Además, entre las tropas
cunde la traición y el miedo,
y a veces basta una chispa
para causar un incendio.
Castigó a Aquior Holofernes
justamente; pero temo
que, como el rey ammonita
tiene súbditos y deudos
entre nosotros, se trame
alguna infamia en silencio.

(Bajando aun más la voz.)

Se dice que Oreb, su hermano,
se prepara...

VAGAO

¡No le arriendo
la ganancia! Cuando llegue
Holofernes a saberlo,
tendrá Oreb menos seguro
sobre los hombros el cuello
que si estuviese en el aire
suspendido de un cabello.
Además, Oreb, ¿qué gana?
¡Si su hermano Aquior ha muerto
descuartizado en Betulia,
con la ayuda de los nuestros
podrá aspirar a ceñirse
la corona de su reino!

(Resuena un clamor de trompetas de guerra.)

COPERO

(Escuchando.)

¿Oyes? Resuenan las trompas...
¿Qué ocurre?

VAGAO

Vamos a verlo.
Tal vez congregue Holofernes,
para ultimar sus proyectos,
a todos los valerosos
capitanes de su ejército...
Vámonos...

(Se dispone a partir.)

COPERO

(Viendo dos copas llenas que han quedado cerca
del trono.)

Bebamos antes.

VAGAO

(Tomando una copa y bebiendo.)
A tu salud.

COPERO

Por tí bebo.

(Salen por la entrada que habrá cerca del trono.)

ESCENA IV

JUDITH y HEGLA (encubiertas), y MEGABIZES.

MEGABIZES

¡ En mal hora llegáis al campamento !
No medraréis en él, porque Holofernes
—según he oído murmurar—acaba
de echar de su recinto a las mujeres
de vuestro oficio, y las que aquí mañana,
por interés o por olvido queden,
serán ahorcadas de esos viejos sauces
que bañan su ramaje en la corriente.
Y como así suceda, y de las ramas,
como espantajos, vuestros cuerpos cuelguen,
¡ qué buen festín van a tener los buitres !...
¡ Muchos habrá que envidiarán su suerte !

JUDITH

¿ Qué has encontrado en mí para que, osado,
tu impúdico mirar me confundiese
con esas meretrices que a la sombra
de un bardal, o a la orilla de una fuente,
al caminante, por un velo nuevo
y un puñado de dátiles se venden ?
¡ Mírame bien !

(Descorriendo el velo.)

MEGABIZES

¡ Cuanto mejor te miro,
más incitante y bella me pareces !
¡ Jamás he visto rostro como el tuyo
ni talle más gentil ! Si no estuviese
aquí, en la tienda de Holofernes... Vamos,
que sería capaz, por poseerte,
de vaciar en tus manos esta bolsa,

(Saca una bolsa de cuero con oro.)

aunque después que mendigar tuviese
de senda en senda, como esos mutilados
que al resonar los claros cascabeles
de alguna caravana, aullando salen,

y mostrando las rojas hediondecas
de sus llagas, la mano, al pasajero,
bajo sus mantos haraposos tienden...

(Se aproxima a Judith.)

JUDITH (Rechazándole con un gesto.)

¡Apártate de mí, perro sarnoso!

¡Calla tus torpes labios insolentes!

MEGABIZES

¿Porque soy un soldado me desprecias?

¿Porque mi casco en el airón no tiene
gallardas plumas, ni mi alfanje joyas,
ni es de plata mi rudo coselete?

¿Porque no visto púrpura ni seda,
yacer conmigo en un bardal no quieres?

¿Soy un viejo leproso? ¿Un etíope?

¿Que es falso el oro de mi bolsa crees?

Suspéndela en tus manos... ¡Toma y mira,
y podrás por ti misma convencerte!

(Le entrega la bolsa. Judith retrocede.)

JUDITH

¡Mucho más que tus frases injuriosas
la villanía de tu acción me ofende! (Le tira la bolsa.)

¡El oro que a mis manos dan tus manos,
mi desprecio a la cara te devuelve!

MEGABIZES (Recogiendo la bolsa y haciendo un esfuerzo para
contenerse.)

¡Si aquí no te encontrases, buena pieza,
ya sabría domar tus altiveces... (Se vuelve a acercar.)

Vamos, refrena un poco tu soberbia;
¡que ciudades más altas y más fuertes
asaltó mi valor! Sé razonable... (Judith retrocede.)

JUDITH

Si a dar un paso junto a mí te atreves,
auxilio pediré, o en tu garganta
hundiré este puñal, si nadie viene.

(Coge un puñal de un trofeo.)

MEGABIZES (Retrocediendo ante la amenaza.)

¡Basta, basta, mujer! No quiero riñas...

¡No me gusta reñir con las mujeres!

En la tienda te dejo... y, ya lo sabes,
a tu disposición mi bolsa tienes...

Que aquí te condujera Oreb me dijo...

Ya cumplí su mandato...

(Va a irse.)

JUDITH

¡ Ven !

MEGABIZES

¿ Qué quieres ?

JUDITH

¡ El hermano de Aquior !... ¿ Tú le conoces ?

MEGABIZES

¡ Cómo no conocerlo, si es mi jefe !...

Capitán más gentil no ciñe espada

ni cabalga guerrero más valiente.

¿ Lo conoces también ?

JUDITH

¡ No le conozco,

mas quiero y necesito conocerle !

MEGABIZES (Con ruda ironía.)

¡ El tendrá más fortuna que yo tuve !...

JUDITH (Descubriéndose y mostrando un brazalete.)

¿ Ves, soldado, este rico brazalete ?

MEGABIZES (Asombrado)

¡ Si llevas en tu cuerpo más tesoros

que acumulados en sus arcas tiene

Nabucodonosor en Babilonia !

JUDITH

Pues bien : tuyo será si me prometes

decirle que Aquior...

MEGABIZES (Con ansiedad y misterio.) ¡ Habla más bajo,
que peligrar nuestras cabezas pueden !

¿ Has visto a mi señor ? ¿ Aun vive ?... Habla.

JUDITH (Mostrándole el anillo de Aquior.)

¿ Conoces este anillo ?

MEGABIZES

Lo vi siempre

en sus dedos... ¡ Oh, deja que la mano

que ahora lo lleva, arrodillado, bese !

¿ Aun vive ?

(Cae de rodillas y le besa la mano.)

JUDITH

Y vivirá, si tú me ayudas.

MEGABIZES (Alzándose.)

¡ Fiel seré a mi señor hasta la muerte !

Y si todos sus siervos y soldados

pensasen como yo, vería el jefe

del ejército asirio cómo vengan

los nobles ammonitas a sus reyes.

¡ Cobardes y cobardes ! Yo diría

al general : — ¡ Si tú no nos devuelves

nuestro señor, alzamos las banderas
en contra tuya !— En vano Oreb se enciende
de rencor y de rabia, y llora y gime,
y de ira y de furor los puños muerde...
¡ Todos dicen que aguarde !

JUDITH (Ansiosa, en voz baja.) Escucha..., escucha.
De parte de su hermano marcha a verle ;
dí que viste este anillo, y confiada
vengo a su brazo. Porque no sospechen,
que me siga en la sombra vigilante,
y que en ella mis órdenes espere.
Tú podrás avisarme cuanto ocurra.
¡ Yo te juro, si el cielo me protege,
salvar la vida de Aquior..., vengarle !

MEGABIZES (Saliendo.)

¡ Cuando cumpla tu encargo, aquí me tienes !

ESCENA V

JUDITH y HEGLA.

JUDITH (Desfallecida.)

Esclava, estoy temblando... Tengo miedo.

HEGLA

¿ De qué, señora, dí ?

JUDITH

De todo cuanto
me cerca, de mí misma. Me da espanto
mi propia voz. Y en mi camino cedo
sin fuerza, sin valor, de tal manera,
que si al correrse la tapicería
Holofernes ahora apareciera,
de miedo ante sus plantas moriría.

(Tendiendo los brazos al cielo.)

¡ Ampárame, Señor, no me abandones !
Sostén mis fuerzas y mis pasos vela...
¡ No dejes que perezca tu gacela
en esta madriguera de leones !

HEGLA

No hay remedio. Procura serenarte.
Ten, Judith, confianza en tu destino...
Si el mismo Dios te señaló el camino,
¿ cómo podrá al final abandonarte ?

JUDITH (Como si viese lo que describe.)

Salimos de Betulia. Sonreían
los niños en los muros. Los ancianos,
tendiendo al cielo, en la oración, las manos,
mi frente, silenciosos, bendecían.
Y entonces, al mirar enloquecido
mi pueblo por el hambre y por la guerra,
¡capaz mi corazón hubiese sido
del mayor sacrificio de la tierra !
Mas al mirar borrarse con la tarde
la ciudad, flaquearon mis rodillas,
y una lágrima, trémula y cobarde,
surcó la palidez de mis mejillas.

(Estremecida de horror.)

Después... ¡ de miedo el corazón estalla !
¡ El campo atravesamos, espantando
a los cuervos que estaban devorando
el sangriento festín de la batalla !
¡ Qué horror ! ¡ Qué horror ! Cadáveres, heridos
que agonizan de sed, carros volcados,
juramentos, blasfemias y gemidos,
y un galopar de potros desbocados.
Todo pasó en sangrienta pesadilla...
¡ Y la primera estrella fulgurante
que en un charco de sangre tiembla y brilla
como en manto de púrpura un diamante !
Al rodar de los carros retumbaba
la cóncava montaña. Parecía
que la bóveda azul se desplomaba
y la tierra de pánico se hundía...
¡ Aquel olor a sangre ! ¡ Aun lo respiro
en mi ropa, en mis manos y en mi aliento !...
¡ Todo a mi alrededor, Hegla, lo miro
como a través de un velo muy sangriento !
Me desmayé... ¿ Recuerdas ? La primera
patrulla nos detuvo...

HEGLA En tal instante
enmudeció tu voz, y tu semblante
tomó una mustia palidez de cera.

JUDITH

A sus jefes mis jovas deslumbraron,
y quisieron los dos hacerme suya.

Las espadas, furiosos, desnudaron... Mas llegó, por fortuna, otra patrulla ; su capitán, valiente, se interpuso entre los dos rivales cuando, fieros, iban a acometerse los aceros, y conteniendo su furor dispuso que un soldado a esta tienda nos trajera, atravesando el campamento, para que Holofernes en ella me entregara a aquel que su capricho decidiera...

(Pausa. Tendiendo los brazos al cielo.)

¡ Señor, dame valor !

HEGLA Es tiempo. Huyamos...

Protegerá la noche nuestra huída...

¡Vamos pronto, señora!

JUDITH ¿Dónde vamos,
si la espada nos cierra la salida?

HEGLA

¿Qué vas a hacer?

JUDITH (Recuperando la energía.)

Desafiar la suerte
y ser conmigo misma inexorable...

¿Por salvar esta vida miserable,
mi pueblo voy a condenar a muerte?

¡ De los asirios nunca será esclavo !...

(Alzando el puñal.)

¿Ves el puñal que al aire se levanta?

¡Al entrar Holofernes se lo clavo
hasta la guarnición en la garganta!

(Esconde el puñal.)

HEGLA

¿No temes que después la turba fiera,
ansiosa de vengar su sangre, vaya
a Betulia y no deje ni siquiera
una piedra segura en la muralla?

ESCENA VI

Dichas; ASSUR, SHARAZER y CAPITANES.

CAPITÁN (Señalando a Judith.)

¡ Allí la tenéis !

SHARAZÉR (Señalando a Judith.)

¡Aquí la tenemos!

Sobre estos escudos vamos a jugar
la cautiva. Todos el juego veréis...

¡Aquí, capitanes, los dados están!

(Tiende el escudo y sobre él los dados. Se disponen a jugar.)

¡Juguemos! ¡Juguemos!

ASSUR Antes de jugarla,
tengo que advertiros que yo la apresé.

SHARAZÉR

Mi mano primero desgarró su túnica...

Dílo tú, cautiva...

(A Judith.)

JUDITH Señor, no lo sé.

SHARAZÉR

¿Qué tú no lo sabes? En la encrucijada,

¿quién te ha dado el alto? Vamos, dílo, ¿quién?

ASSUR

¿No fui yo? Contesta...

JUDITH Señor, no recuerdo.

SHARAZÉR

Yo rasgué tu manto.

ASSUR Yo tu velo alcé.

SHARAZÉR

¿Tampoco recuerdas?

ASSUR ¿Eres muda?

SHARAZÉR

¡Habla!

UN CAPITÁN VIEJO

¡Dejadla que hable! Responde, mujer.

JUDITH

Tan sólo recuerdo que entre los soldados
que me detuvieron a los dos hallé.

¡Que los dos quisisteis desgarrar mi túnica,
y a los dos, en vano, piedad supliqué!

CAPITANES (Interviniendo.)

¡Jugadla! ¡Jugadla!

SHARAZÉR

Que rueden los dados,
y a aquel que le toque, se la lleve.

(Se dispone a tirar los dados.)

ASSUR

¡Bien!

La partida acepto. ¡Nos la jugaremos,
pero ya os he dicho que yo la apresé!

SHARAZÉR (Levantándose.)

¡ Mientes !

ASSUR (Cogiendo por un brazo a Judith.)

¿ Que yo miento?... ¡ Pues ahora es mía !

SHARAZÉR

¡ Por Baal te juro que mía ha de ser !

ASSUR (Desnudando la espada.)

¡ Ven por ella ! Anda... Mas mi acero empuño,
y puedes, si avanzas, tropezar con él.

SHARAZÉR (Desnudando la espada y disponiéndose a acometerle.

Los capitanes se interponen.)

¡ Puesto que lo quieres, con el mío ahora
la esclava y la vida te arrebataré !

CAPITANES

¡ Qué hacéis ! Deteneos...

ASSUR (Desafiante.)

¡ Llegá..., si te atreves !

CAPITÁN VIEJO

¡ Que dos hombres riñan por una mujer... !

(Van de nuevo a acometerse, cuando aparece Holofernes.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos; HOLOFERNES, VAGAO, COPERÓ y soldados. Los combatientes permanecen en un ángulo, con Judith y los capitanes.

HOLOFERNES (Entrando y fijándose en los dados.)

¡ Afuera, tahures, donde yo no os vea !

¡ Qué nobles ejemplos dais a los soldados !

¡ Los escudos sirven para la pelea,
pero se deshonoran jugando a los dados !

¡ Así mis mandatos respeta el guerrero !

Para hacer al juego también los honores,
sobre los escudos jugar me ahora quiero
las torpes cabezas de los jugadores !

(Todos permanecen inmóviles cerca del trono.)

Decidme : ¿ qué pasa ? ¡ Aceros desnudos
y en mi propia tienda !...

Los dados tirados sobre los escudos...

¿ Qué mala jugada movió la contienda ?

¿ Qué os pasa, guerreros ? Decid : ¿ qué tenéis ?

Entre vuestras manos tiemblan las espadas...

¿Lo que habéis perdido al juego queréis ahora, capitanes, ganar a estocadas?
Decidme: ¿qué os pasa? Hablad. ¿Estáis mu-
[dos?

Assur, ¿qué murmuras? Sharazér, ¿qué rezas?
¡Lo mismo que hago con vuestros escudos haré, si me place, con vuestras cabezas!

(Da un puntapié a los escudos y los arroja en medio de la escena.)

SHARAZÉR (Balbuciente.)

Cuando al campamento de la lid volvía a esta cortesana hice prisionera.

Que era presa suya Assur pretendía...

HOLOFERNES

¡Que dos hombres riñan por una ramera...!

SHARAZÉR

Para evitar riña todos convinimos

a la prisionera jugar a los dados...

¡A hacerlo negóse Assur... y reñimos!

HOLOFERNES

¡Que por una hembra riñan dos soldados...!

¿Tan poco oro queda en vuestra escarcela?

¿Vendisteis las armas? ¿Tan pobres estáis, cuando por las joyas de una mujerzuela vuestra noble sangre verter intentáis?

¿Se rindió Betulia? ¿Ya no hay enemigos?

¿Ya no quedan muros que asaltemos, fieros, cuando así queréis en pechos amigos probar la firmeza de vuestros aceros?

Si anhelan mujeres vuestras mocedades;

si el amor ardiente os quema en sus llamas,

mujeres tenéis en esas ciudades

donde aun no flotaron nuestros oriflamas!...

¡Ganadlas con vuestras espadas gloriosas!

Mañana en Betulia las tendréis más bellas, porque sus mujeres son las más hermosas que danzan amores bajo las estrellas!

¡Betulia sus ricos fragantes harenos a nuestros alfanjes abrirá mañana!

ASSUR (Adelantándose.)

¡Señor, un instante que escucharnos tienes!

La cautiva es una joven betuliana.

La apresó esta mano, y me corresponde,
según nuestras viejas costumbres de guerra...

SHARAZÉR (Interponiéndose.)

¡La presa fué mía!

HOLOFERNES (A Judith, que permanece inmóvil arrebujada en su manto.) ¡Cautiva, responde!

¿Quién te ha aprisionado?

JUDITH (Temblando.) (Su mirar me aterra.)

HOLOFERNES (Acercándose a Judith, que tiembla de espanto.)

Vamos, habla pronto. Dime quién ha sido...

JUDITH (Temblando.)

Los dos me apresaron...

ASSUR Mas yo fuí el primero.

SHARAZÉR

No; fuí yo...

HOLOFERNES ¡Callaos! (Imperiosamente.)

JUDITH (De rodillas.) ¡Compasión te pido,
señor, de rodillas! (Al arrodillarse se le cae el puñal.)

HOLOFERNES (Reparando en el puñal.)

Mas ¿por qué ese acero,
cautiva, escondías bajo tu vestido?

JUDITH (Procurando disfrazar su turbación.)

Señor, ese acero mi mano guardaba
para libertarme de mi negra suerte...

(Volviéndose a los capitanes.)

¡Nunca, capitanes, seré vuestra esclava,
porque al cautiverio prefiero la muerte!

HOLOFERNES (Contemplándola con admiración.)

¡Bravo arranque! ¡Alza, que mirar anhelo
si eres bella como eres arrogante! (Judith se alza.)

¡Si no lo levantas, rasgaré tu velo,
que estoy impaciente por ver tu semblante!

JUDITH (Tímidamente, alzando el velo.)

Puesto que lo ordenas, mi velo levanto.

(Holofernes queda extático contemplándola.)

HOLOFERNES (Acercándose más aún.)

Eleva, orgullosa, tu altiva cabeza...

¡Despoja tu cuerpo del peso del manto!

(Judith se despoja del manto, que cae al suelo, y aparece en todo el esplendor de su belleza.)

Jamás vi belleza como tu belleza.

(Pequeña pausa. Se aproxima y le coge una mano.)

¡ Por una mirada
de tus negros ojos,
yo diese mi espada,
mi arnés, mis corceles y mis elefantes,
mi casco de guerra,
y todas las joyas, perlas y diamantes
que en sus camarines Babilonia encierra !
¡ Tu cautivo fuera
si me encadenases con tu cabellera
en la cárcel rosa
de tus senos bellos !
¿ en dónde se alzan tus altares, diosa,
que a mis propios hijos te inmolaré en ellos ?

JUDITH (Con timidez.)

No soy cortesana.

Yo soy una pobre mujer betuliana
que huyó de Betulia. Buscando un seguro,
a tu noble tienda, señor, he venido...

¡ Paloma asustada que regresa al nido
y rama de hiedra que busca su muro !

¡ Préstame tu amparo, calma mis afanes,
si no quieres verme, ¡ oh noble guerrero !,
morir en las garras de los gavilanes
o aplastada bajo los pies del viajero !

¡ Mi señor, escucha !...

De Betulia he huído... En ella no quedan
recursos, ni armas, ni brazos que puedan
los nobles aceros blandir en la lucha.

¡ A Dios olvidaron mis torpes hermanos,
y Dios sus castigos ha puesto en tus manos !

Ayer, combatiendo, cayó muerto Ozías ;
su brazo el apoyo de Betulia era...

Sobre sus murallas, antes de tres días,
verás a los vientos flotar tu bandera.

¡ Ahórrate la sangre de bravos guerreros,
que los betulianos no son digna presa
de vuestros aceros !

¡ En la guerra cesa :

Al león, leones, pero no corderos !

¡ Que envaine la espada tu brazo bizarro !...

¿ Para qué batirlos, si antes de tres días,

entre aclamaciones, por sus amplias vías
tronarán las áureas ruedas de tu carro?

HOLOFERNES (Acercándose a ella.)

¡ Mis ojos bendigo

porque te han mirado !

¡ Mujer de Betulia, te quedas conmigo !

¡ Serás a mi lado

la flor más preciada,

la más noble ofrenda,

el botín más rico que guarde mi espada

bajo el rojo y áureo dosel de mi tienda !

¡ Vosotros, guerreros,

que con los aceros

os la disputáis,

como los tesoros

de un rico y espléndido bótín dos bandidos

si tan sólo ansiáis

las gemas, los oros

que adornan y esmaltan sus nobles vestidos,

aquí los tenéis ! Ajorcas, diademas,

áureos brazaletes, collares de gemas...

¡ De los dos es todo !... También repartíos

—¡ oh bravos soldados !—

la túnica egregia que, con sus bordados

y sus atavíos,

encubre el misterio

de sus formas bellas, como dos rivales

monarcas que parten en trozos iguales

el manto de púrpura de un glorioso imperio !

(Durante esta relación va despojando a Judith de todas sus joyas

y se las entrega, las de la derecha, a Assur, y las de la izquierda,

a Sharazér. Al final desgarrá la túnica y arroja sus pedazos a los

dos guerreros, envolviéndola en su propio manto.)

¡ La paz reine en todos ! ¡ Cesó la querella !

Fué en vano el estruendo de vuestra porfía...

Las joyas son vuestras... La mujer es mía...

¡ Y ahora, quien se atreva, que venga por ella !

(Toma en sus brazos a Judith y recorriendo la cortina del fondo,

se dispone a llevársela, mirando fieramente a los capitanes.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Reposorio de Holofernes. Al foro, una cortina de púrpura, franjeada de oro, que al descorrerse dejará ver la decoración del acto anterior, fastuosamente alhajada para un festín. A la izquierda, en primer término, una puerta que da al campo; a la derecha, otra puerta más pequeña, cubierta por un rico tapiz. Al lado de ésta un pilar de bronce, y cerca del pilar, cubierto por ricos cortinajes de púrpura, formando un pabellón cuadrangular, el lecho de Holofernes. Una lámpara de plata arde cerca del pilar iluminando la escena. Arnéses de guerra. Pielés de tigres y leones por todas partes. Tapices con asuntos bárbaros de caza y guerra. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

HEGLA y MEGABIZES, conversando con recelo junto a la puerta de la izquierda.

HEGLA

¿Vienes de la ciudad?

MEGABIZES

En este instante

acabo de llegar.

HEGLA

¿Qué te dijeron?

MEGABIZES

Nuestro plan les expuse, cuando todos, desesperados ya, faltos de alientos, a abrir las puertas al asirio estaban para rendirse a discreción dispuestos.

Dudaron de Judith.

HEGLA

¿Por qué?

MEGABIZES

Decían,

sus torpes brazos elevando al cielo,
que a traicionarnos iba, enamorada
de Holofernes. Su nombre maldijeron...

HEGLA

¡ No saben que por ella hace tres días
que el asirio detiene sus ejércitos
al pie de esas murallas !... Si quisiera
Judith, mi ama, traicionar su pueblo,
de la vieja ciudad no quedarían
ni aun frágiles cenizas en el viento !

MEGABIZES

Así dijo Aquior, y sus razones
las iras de las turbas contuvieron...
y cinco mil valientes, emboscados
en las frondosas selvas de esos cerros,
nuestra señal esperan impacientes,
conteniendo en sus manos los aceros,
para caer, aullando como lobos,
y pasar a cuchillo al campamento.

HEGLA

¿ Y las gentes de Oreb ?

MEGABIZES

Ya prevenidas,

nuestra señal aguardan en silencio...
Degollarán las guardias, las patrullas ;
las tiendas quemarán, para que el fuego
devore, con sus llamas crepitantes,
lo que dejen con vida los aceros...
Y cuando el sol alumbre esas montañas,
tan sólo quedarán del campamento
cenizas y cadáveres y humo...

¡ No hay tiempo que perder ! ; Llegó el momento !

En su tienda Holofernes esta noche,
en unión de sus más nobles guerreros,
celebra el mito de la primavera
con un festín magnífico y espléndido...

Y, como de costumbre, de la orgía
todos los capitanes saldrán ebrios.

¡ Cuando rendidos en sus tiendas duerman,
a todos, sin piedad, degollaremos !

Judith tendrá que decidir... Nosotros
su señal aguardamos ; pero temo

que todo será inútil, porque falte
a su brazo vigor y fe a su pecho.
Confiar en mujeres es lo mismo
que entregar una nave sin gobierno
a las volubles olas de los mares
y a los vagos caprichos de los vientos.

HEGLA

Una antorcha encendida en esta puerta
será nuestra señal...

MEGABIZES

¡ Ya lo veremos !
¡ A Oreb voy a avisar... y, vigilante,
junto a esa puerta la señal espero !

(Se va por la izquierda. Aparece por el foro Holofernes con su séquito.)

ESCENA II

HEGLA, HOLOFERNES, VAGAO y guardias. Hegla se detiene
al verlos.

HOLOFERNES (A los coperos.)

¡ Que para la orgía todo esté dispuesto !
¡ A mis capitanes voy a congregar !
¡ Los mejores vinos servid esta noche !
¡ Las copas más ricas al festín sacad ! (A Hegla.)
Y tu dueña, esclava, ¿ en dónde se encuentra ?

HEGLA

¡ Ha tiempo encerróse en su estancia a orar !

HOLOFERNES

Pues dile que venga... Cuando no la veo,
parecen mis ojos que ciegos están.
Yo voy un instante a dar una vuelta
por el campamento. ¡ Las arpas pulsad !...
¡ Escanciad los vinos !... ¡ Que empiece la fiesta,
que mañana vamos a Betulia a entrar !
(Sale por la izquierda con el séquito. Vagao y los coperos des-
aparecen tras la cortina del foro.)

ESCENA III

JUDITH y HEGLA. Hegla golpea la puerta de Judith; ésta aparece en el umbral.

JUDITH (Impaciente.)

¿Qué te dijo el soldado?

HEGLA (En voz baja.)

Que tu pueblo
dispuesto está para asaltar el campo.
Nuestra señal esperan tus valientes
en los cercanos montes emboscados...

JUDITH

¡ Dale, Señor, serenidad a mi alma
y certeza y vigor al débil brazo,
para que caiga, como tronco herido,
a mis pies Holofernes !

(Tiembla.)

HEGLA (Acercándose.)

¡ Judith, ánimo !

JUDITH (Suspirando, abriéndose toda a la voluptuosidad de la noche.)

¡ Yo no sé qué dulzura tiene el aire
esta noche ! ¡ Hace poco, cuando al campo,
de orar en esos bosques regresaba,
sentí un ansia de vida y un extraño
anhelo de beber en una ráfaga
el salvaje perfume de esos prados,
todos llenos de flores, cual si fueran
de algún amor resucitado el tálamo !

HEGLA (Con misterio.)

Señora, es que esta noche resucita
Adoné, el dios mancebo a cuyo paso
las ramas, y las almas y los cuerpos,
florecen otra vez... El dios sagrado
de los asirios..., el Amor..., la Vida...,
según le llaman...

JUDITH (Como ebria.)

¡ Resonaba un vago
temblor de flautas, y a sus armonías
juntaba el ruiñeñor sus dulces cánticos,
y los dos cantos juntos eran como
la música divina de los campos !
Me detuve al pasar. Miré mi rostro

en la fuente que surge entre los álamos,
y al ver pasar el agua que corría
entre las verdes ramas suspirando,
ansias sentí de desgarrar mi túnica,
y desnuda entregarme a los halagos
de la corriente, cual si fuese una
flor arrancada de su débil tallo...

(Se queda inmóvil y palidísima.)

HEGLA (Con misterio.)

Es la vida que torna. Es que no quiere
morir el corazón...

(En voz baja.)

¿Amas, acaso?

JUDITH (Espantada, como quien teme que le descubran una llaga
que oculta orgullosamente.)

¿A quién, Hegla?

HEGLA (En voz baja.) A Holofernes.

JUDITH (Palídece y le tapa la boca con la mano.)

¡ Calla ! ¡ Calla !

¿Tan vil me juzgas? Si por un milagro
su recuerdo en mi pecho penetrase,
fuera capaz mi mano

aun de arrancar mi corazón del pecho
para luego a sus pies pisotearlo...

¡No hables de amor!... Esa palabra, Hegla,
es una maldición para mis labios...

(En un arranque desesperado.)

¿Ves mi brazo tan débil?... Esta noche
a mi ciudad libertará este brazo !

(Un copero descubre la cortina. Aparece en todo su esplendor el
festín.)

ESCENA IV

Dichas; HOLOFERNES, capitanes y coperos.

HOLOFERNES (De pie en la entrada del reposorio.)

Regreso al momento...

VOCES ¡ Bebamos ! ¡ Bebamos !

HOLOFERNES (Desde la cortina.)

¡ Nobles capitanes, que empiece el festín !

VOCES

¡ Con la primavera Adoné despierta,
y toda la tierra parece un jardín !

(Los coperos escancian vino.)

HOLOFERNES

¡ Llenadme mi vaso de oro, que anhelo
brindar por Judith !...

(Avanza hacia el centro con una copa de oro colmada de vino en la mano. Judith, al ver a Holofernes, se estremece. Hegla permanece en un ángulo envuelta en su manto.)

ESCENA V

JUDITH, HEGLA y HOLOFERNES.

HOLOFERNES (Presentando un vaso a Judith.)

¡ Mujer de Betulia, consume este vaso
que mi mano pródiga para ti escanció !
¡ El vino, la amante fiebre en que me abraso,
en vez de apagarla, más viva encendió !
El vino es alegre festín de locura...
Hace a los ancianos rejuvenecer ;
¡ por eso el racimo, cuando el sol madura,
se hincha como un lúbrico seno de mujer !
De antiguas vendimias me evoca cantares...
¡ En mis mocedades fuí vendimiador,
y mis propias viñas pisé en mis lagares,
danzando al sonoro batir del tambor !
¡ La guerra me brinda vendimias mejores,
y al bañarme en sangre siento la embriaguez
que sienten, danzando, los vendimiadores
cuando los racimos salpican sus pies !
Vinos como éstos no vieron tus ojos...
Tan sólo tus vidés dan otro mejor...
¡ Aquel que en la copa de tus labios rojos,
hecho miel de besos, escancia el amor !

(Se aproxima a Judith, la cual retrocede, temblando.)

Siempre estás temblando... ¿ Qué temor te aqueja ?
¡ Mujer de Betulia, a mis brazos ven !...
¡ Apura mi vaso, pero en cambio deja
que el tuyo mis labios apuren también !

(La intenta abrazar ; ella lo esquivá.)

¡ Judith, bebe y ama !... Tus glorias son ésas...
¿ Por qué, si te busco, de mí te retiras ?
Si anhele mirarte, ¿ por qué no me miras ?
Si anhele besarte, ¿ por qué no me besas ?

JUDITH (Aproximándose humildemente.)

¡ Tiende la paloma su vuelo, asustada,
si mira en los aires cernerse el halcón ! ...
¿ Cómo, señor, quieres que ante tu mirada
no huyan las palomas de mi corazón ?
Manda cuando gustes. Soy tu pobre sierva...
La rosa entre espinas muestra su altivez ;
la violeta humilde se esconde en la hierba...
¡ Mi amor es violeta, porque es timidez !
¡ Tú a tu lado tienes
rosas a millares para tus harenes,
y para tus labios besos más preciados
que los que mis labios te pudiesen dar !
Tímida violeta que brota en los prados,
¿ cómo tus sandalias voy a perfumar ?
yo seré por siempre tu esclava sumisa ;
tras de tus miradas irá mi sonrisa
como un escudero tras de su señor.
Seguiré, sangrando, tus carros triunfales ;
seré la cisterna de tus arenales
y de tus oasis seré el ruiñeñor.
Y cuando regreses de alguna contienda,
bajo el tembloroso lino de tu tienda,
limpiarán mis manos de polvo tu arnés.
Y para que nada perturbe tu sueño,
cual perro celoso que vela a su dueño,
en tanto que duermas, velaré a tus pies !

(Apura el vaso.)

HOLOFERNES (Enloquecido.)

¡ Sigue, sigue hablando ! Flor de las mujeres,
díme lo que sueñas, dime lo que quieres,
pues para halagarte,
aun más que le pidas mi amor ha de darte !
¡ Si anhelas riquezas, a tierras lejanas
por oro y por mirras, por sedas y pieles
irán mis bajeles
y los dromedarios de mis caravanas !
Mis hordas, rugientes como tempestades,

saquearán palacios, templos y ciudades,
para regalarte, cual botín de guerra,
diademas, anillos, ajorcas, collares,
¡ todos los tesoros que oculta la tierra
y todas las perlas que ocultan los mares !
¡ Si anhelas honores,
echaré a tus plantas, para que los huelles,
los mantos de todos los emperadores
y los áureos cetros de todos los reyes !
¡ Y para alto ejemplo
del amor que, avaro, para ti atesoro,
sustentado sobre columnas de oro,
te alzaré un palacio que parezca un templo,
donde, mientras, ruda, mi mano degüella
por ti la más pura y hermosa doncella,
y flota el incienso y tañen laúdes,
surjas fulgurante de gemas, ¡ oh hermosa !
en tu altar de plata, igual que una diosa,
ante el fanatismo de las multitudes !

JUDITH (Herida en lo más vivo de su sentimiento.)

¡ Señor, no blasfemes !
Cállate... ¿ No temes
que abraze tus labios la ira del Señor?
Sólo Dios reparte premios y favores...
¿ Qué son las riquezas, qué son los honores
que como presentes me brinda tu amor
ante lo infinito de la eternidad?...
Fuera de Dios..., humo... ¡ Todo vanidad !...
También, Holofernes, mi Dios es guerrero.
La noche es su manto, el rayo es su acero,
y los huracanes sus corceles son...
¡ Y cuando retumba su carro de guerra,
se estremece el cielo, retiembla la tierra,
cual si a desplomarse fuera la Creación !

HOLOFERNES

¡ En dioses no creo !
Los buscan mis ojos, pero no los veo...
Sólo he visto piedras talladas, con nombres
antiguos y extraños, a quienes los hombres
levantan altares y van a adorar.
Todos son creaciones de picapedreros...
¡ Dioses verdaderos

no han visto mis ojos en ningún altar !
¿ Habitan los montes o los mares ? ¿ Dónde,
bella betuliana, su poder se esconde ?
Dí dónde se ocultan, que yo iré a buscarlos,
no para adorarlos...
¡ Jamás mis rodillas doblé en sus altares !
¡ Puesto que ellos causa de tantos pesares
y miserias son,
iré en son de guerra
a que le devuelvan la paz a la tierra,
o a hundir mis aceros en su corazón !

JUDITH

¡ Cállate, sacrilego ! Pon una mordaza
de hierro a tu boca, que al cielo amenaza.
¡ Dios no hay más que uno ! ¡ El Dios de Israel !
¡ Dobla las rodillas y humíllate a él !
¡ Aparta, blasfemo ! ¡ Me causas horror !...
Si tu amor ardiente no sangre inflamara,
con mis propios dientes mis venas rasgara
para que por ellas se fuese tu amor !

HOLOFERNES

Con tal que calientes mi tálamo helado,
con tal que tu boca su vino me dé,
con tal que tus ojos contemple a mi lado,
a tu Dios, de hinojos siempre adoraré...
Mañana en Betulia, al pie de su altar,
cuatrocientos bueyes ornados de flores,
y hasta mis doscientos guerreros mejores
por mis propias manos verás inmolar !

(Se oyen músicas y voces en el salón.)

¡ Adiós, betuliana, me voy a la orgía !...
¡ Ya sabes, hermosa, que capaz sería,
por un beso tuyo, de adorar tu Dios !
Al pie de tus muros planté mis reales...
¡ Oye mi mensaje ! ¡ Si dentro de dos
horas no me rindes honores triunfales,
pasaré a cuchillo la ciudad sitiada !

(Descorre la cortina y aparece el festín. Todos permanecen inmóviles a la presencia de Holofernes.)

JUDITH

¡ Mi respuesta ahora escucha, señor !

¡ Amor, nunca, nunca se rindió a la espada ;
que amor solamente se rinde al amor !

(Holofernes deja caer la cortina y desaparece.)

ESCENA VI

JUDITH, HEGLA y VOCES.

JUDITH (Como si la abandonasen las fuerzas.)

¡ Sosténme, Hegla !

HEGLA (Amparándola en sus brazos.)

¿ Qué tienes?... De repente
apagóse el fulgor de tu mirada
y mortal palidez cubrió tu frente...
Estás, Judith, tan pálida y helada
cual si del fondo de una sepultura
te acabaras de alzar en este instante...
¡ El sudario que envuelva tu hermosura
menos blanco será que tu semblante,
y tu fúnebre losa menos fría
que estas manos !... ¿ Por qué no te serenase ?

JUDITH

¡ Si me sangrasen, Hegla, de mis venas
ni una gota de sangre brotaría !

(Tendiendo las manos al cielo.)

¡ Gracias, Señor, que a respirar me atrevo !
Exhalaba su voz, cuando me hablaba,
un acre y agrio olor a vino nuevo,
que el alma y los sentidos me embriagaba.
Y hay veces que a su voz siento mi vida
encogerse medrosa de repente,
como un ave que tiembla sorprendida
por la fascinación de la serpiente.
¡ Olvidar un momento intento en vano
sus negros ojos, donde el alma asoma !...
¡ Tienen voracidades de milano
y dulces timideces de paloma !
A veces, irritado, me parece
un león que rugiendo hasta mí llega,
y de angustia mi carne se estremece,
y un obscuro pavor mis ojos ciega.

¡ Gracias, gracias, Señor ! ¡ Cuando el violento
zarpazo mi garganta amenazaba
y sobre mi semblante jadeaba
la cálida lujuria de su aliento,
tú le diste a mi voz las seducciones
de aquellas viejas reinas fabulosas
que uncían a su carro los leones
con cadenas de lirios y de rosas !

(Resuenan músicas de arpa)

HEGLA

El festín va a empezar. El arpa suena ;
quizá puedan sus mágicos cantares
serenar tu inquietud, como serena
la blanca luna a los revueltos mares.

(Judith, refugiada en los brazos de Hegla, escucha inmóvil la
música como si se fuese adormeciendo.)

UNA VOZ (Dentro, acompañada del arpa.)

Es la primavera...
la tierra florece...
¡ De amor se estremece
la Creación entera !
Son lechos de aromas
los huertos cercanos,
y en las verdes lomas
fingen las palomas
arrullos humanos.
¡ Manos sensuales,
al campo, a bañaros
de aromas carnales !
¡ Bocas lujuriosas;
al campo, a besaros,
rosas entre rosas !
La tierra cubierta
de lirios en flor...
¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

VOCES (Dentro, chocando las copas.)

¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

JUDITH (Como quien despierta de un sueño.)

¿ Esa voz de ensueño en ti no despierta
el dulce recuerdo de aquellos cantares

que, hilando, escuchamos junto a nuestra puerta,
romper el silencio de los olivares?

¿o aquellas canciones que al morir el día,
mientras que en la fuente que brota en la umbría,
nuestros rojos cántaros de agua se llenaban,
con las negras sombras del monte bajaban
llenando la tarde de melancolía?

HEGLA

¿No será que acaso de nuevo, atrevido,
amor impaciente golpea tu puerta?

¡ Le creías muerto... y estaba dormido,
y ahora a los reclamamos de esa voz despierta !

JUDITH Estremecida, poniéndole la mano en la boca.)

¡ Calla, calla, Hegla !...

HEGLA

¿Qué tienes, señora?

¡ Si el amor te ha herido,
en mis brazos llora !

(La abraza. Judith solloza en silencio.)

ESCENA VII

Dichas y MEGABIZES.

MEGABIZES (Entrando sigilosamente por la puerta de la tienda
de Judith. Las dos mujeres se estremecen.)

¡ Judith, ya no hay tiempo que perder ! ¡ Su gente
para el triunfo tiene ya Oreb preparada !...

¡ Antes que florezca la aurora en Oriente
tendrá que rendirse la ciudad sitiada,
o el fiero caudillo .

a sus moradores pasará a cuchillo !

Tu pueblo murmura ;

la gente asegura

que tú a los asirios Betulia has vendido...

Maldicen tu nombre...

JUDITH (Espantada.)

¡ Cállate !

MEGABIZES

Yo he oído

pedir tu cabeza al vulgo irritado...

¡ Dicen que a Holofernes amas en secreto,
y por él nos vendes !...

JUDITH (Con resolución.)

¡ Cállate, soldado,

que yo te prometo

que antes que en las cumbres florezca la aurora
estará mi pueblo por Judith salvado,
o le habrá llegado
a Judith su hora!
Cerca de esta tienda mi señal espera...
y libres, mañana, aquí beberemos,
la alegre llegada de la Primavera !...

MEGABIZES

Ocultos en estas montañas, confían
su vida a tu brazo... Su esperanza eres.

(Al salir, mirando desdeñosamente a Judith.)

¡ Malditos los pueblos cobardes que fían
su vida en volubles manos de mujeres !

(Judith permanece un instante inmóvil, como luchando consigo misma.)

ESCENA VIII

Todos menos Megabizes.

HEGLA

Ya llegó el instante. Señora, ¿qué hacemos?

JUDITH (Tomando una resolución desesperada y tendiendo sus
manos suplicantes al cielo.)

¡ Pedir a Dios fuerzas !... Oremos...

HEGLA

Oremos.

(Caen de rodillas mientras suena el arpa.)

LA VOZ (Judith, al escuchar la canción, se estremece, como si la
oyese sonar en su propia carne.)

Es hora de amar...

Los valles son lechos...

Se hinchán como pechos
las olas del mar...

Sobre las fragantes
floridas praderas

extended, amantes,

vuestras palpitantes

pieles de panteras,

y entre los divinos

ramajes espesos,

como de áureos vinos,

embriagaos de besos !
La tierra cubierta
de lirios en flor...
¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

VOCES (Chocando las copas.)
¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

JUDITH (Haciendo un esfuerzo terrible por recoger su fervor. Su voz tiembla, y todo su cuerpo se agita convulsivamente.)

La hora se aproxima...

¿ Dejaréis, Señor,
que tu pueblo gima
bajo las cadenas del conquistador,
y que sus guerreros sobre tu ciudad
caigan con la furia de una tempestad?...

¿ Y con sus espadas
tus hijos degüellen,
y con sus ferradas
sandalias profanen, ultrajen y huellen
la tierra bendita, las tumbas sagradas
en donde reposan los huesos gloriosos
de aquellos varones, de aquellos monarcas
de ojos de gacela y hombros de colosos
que fueron danzando detrás de tus Arcas,
fuertes y robustos cual cedros añosos
y graves y sobrios como patriarcas?...

¡ Señor, no consientas
que manos sangrientas
lleguen tu sagrado recinto a manchar,
que a tus servidores leales acuchillen,
y en tu mismo templo tus hijas mancillen,
haciendo sacrílegos lechos de tu altar !

HEGLA

¡ Que sobre su frente desolada brillen,
prestándole amparo, tus manos, Señor !...

JUDITH (Desesperadamente.)

¡ Da a mi alma alientos y al brazo vigor !

UNA VOZ (Al son del arpa. La oración muere en los labios de Judith. Cierra los ojos y toda su carne se estremece, como si en ella clavasen su aguijón todas las cantáridas del deseo.)

¡ Amor, ya no dudo !

He ungido de nardo
mi cuerpo desnudo,
y trémula aguardo
tu llegada, Amor,
para que tus brazos
desaten los lazos
de mi ceñidor !
Viajero que pasa,
si fiebre de amores
tus venas abrasa,
mi lecho es de flores...
Empuja mi puerta
y aspira su olor...
¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

VOCES (Chocando las copas.)

¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

JUDITH (Tapándose los oídos con las manos. Su voz es de desfallecimiento.)

¡ Esos melodiosos cantos me embriagan !
A sus alaridos,
de amor, Señor, presto cierra mis oídos,
antes que me hagan
cerrar las pupilas y desfallecer !...
¡ Mi alma es una alondra que a ti tiende el vuelo,
y mi carne en celo
es como una fiera que aulla de placer !...
¡ Señor, a tu sierva préstale tu ayuda ;
con tu omnipotencia su miseria escuda ;
da a mi alma alientos y al brazo vigor !...
¡ Haz que ante el peligro vencida no ceda,
para que animosa con sus manos pueda
tus santos designios realizar, Señor !

HEGLA

¡ Sus fuerzas flaquean !... ¡ Sus fuerzas sostén !

JUDITH

¡ Señor, dame alientos ! ¡ En mi auxilio ven !

UNA VOZ

Mi rosa, ya abierta,
te brinda su olor...
¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

JUDITH (Desesperadamente.)

¡ Señor, no me dejes !... Si tus justas iras
con sus impiedades mi pueblo encendió ;
si no bastan rezos, ayunos, ni piras ;
si tu sed de sangre aun no se sació,
aquí está mi cuello desnudo que espera
que el hacha le corte o el puñal le hiera...
¡ Te doy de mi sangre la más pura flor !...
¡ A tu eterna y sabia justicia me acojo !
Y si tú lo quieres, de tu altar al pie,
por salvar mi pueblo, por templar tu enojo,
con mis propias manos me degollaré !

ESCENA IX

Dichos, HOLOFERNES y capitanes.

HOLOFERNES (Aparece descorriendo la cortina. El festín está en su apogeo. Todos beben y ríen y vociferan.)

¿ Qué apuré diez jarros ?... ¡ Pues bien, todavía me bebo otros tantos !

(Al copero.)

¡ Más vino escanciad !

VOCES (A los coperos. Los coperos llenan de nuevo las copas.)

¡ Más vino, copero !

HOLOFERNES (Entrando, beodo, sostenido por Assur.)

¡ Se acabó la orgía !

(Deja caer la cortina.)

¡ Al instante esa sala despejad !

(A Assur y al copero, después de beber.)

¿ Mis piernas flaquean ? ¿ Que no es firme el paso ?

¿ Que no puedo, imbécil, mi cuerpo tener ?

¡ Dejadme..., marchaos..., o igual que este vaso vuestra sangre inmunda me voy a beber !

(Salen el copero y Assur. Holofernes, tambaleándose, busca a Judith.)

Mujer de Betulia, ¿ adónde te has ido ?

JUDITH (Mirando al cielo.)

(¡ Mi brazo y mi vida protege, Señor !)

HOLOFERNES (Aproximándose a tropezones.)

¿ Por qué a nuestro alegre festín no has venido ?

VOCES (Saliendo del salón.)

¡ Adoné, despierta ! ¡ Resucita, Amor !

ESCENA X

JUDITH, HOLOFERNES y HEGLA.

JUDITH (Aproximándose tenuemente.)

Aquí está tu sierva.

HOLOFERNES (Sujetándola por las muñecas.)

Más cerca, a mi lado...

¡ Junta con mi boca tu boca, mujer !

¡ Del festín el vino mi sed no ha saciado,
y quiero en tus labios de nuevo beber !...

¡ Mañana, cubierta de ricos joyeles,
te verá Betulia sus calles cruzar !

(La suelta, da un traspie y se sujeta del pilar.)

¿ Ves mi mano ? Es fuerte. Puede seis corceles,
sujeta a la rueda de un carro, parar.

A más de diez osos asfixié en mi pecho,
crujir en mis brazos sus huesos sentí...

Mujer de Betulia, si tu talle estrecho,
si mi amor te oprime, ¿ qué va a ser de ti ?

(Suelta una carcajada y se sienta en el lecho.)

¡ Me caigo de sueño !... Esclava, suspende
mi alfanje y mi casco de aquese pilar.

¡ De mi pecho el peso del arnés desprende,
y conmigo al lecho ven a descansar !

(Judith le quita el alfanje y el casco y los cuelga del pilar. Holofernes se desploma en el lecho.)

JUDITH (Mientras cuelga el arma.)

(¡ Señor, ya no puedo tenerme de pie !)

HOLOFERNES (Descorriendo la cortina, maquinalmente.)

Tengo sed..., me abraso... ¡ Judith, bésame !

(Como delirando entre sueños.)

La tierra se incendia... Me envuelven las llamas ;
todo danza y gira a mi alrededor...

Mujer de Betulia, ¿ por qué no me amas ?

¡ Adoné, despierta ! ¡ Resucita, Amor !...

¡ Amor !

(La voz se va extinguiendo. Judith descubre la cortina y espía.)

HEGLA

¿ Se durmió, señora ?

JUDITH (Inclinada y en voz baja.) Jadea su pecho,
y su larga barba tiembla al jadear...
Un brazo velludo desciende del lecho...
Vense entre los labios sus dientes brillar...
Entreabre los párpados y clava un instante
sus turbias pupilas, feroces, en mí...
¡ La atracción que tienen para el caminante
los negros abismos, al verlas sentí !
De nuevo en la sombra se hundió su mirada...
Sus labios parece que intentan hablar...
¡ Son como una herida, como una granada
que quiere, sangrienta, su miel destilar !

(Suenan un silbato. Judith se estremece y se separa del lecho.)

HEGLA

¿ Oyes ? El soldado tu señal espera...
¡ Que tu firme brazo proteja el Señor !...

JUDITH (Volviendo a inclinarse. Después, como arrojando una idea
que la tortura.)

¡ Sonríe !... ¡ No es posible !... ¡ no !...

(Con firmeza. Avanza resueltamente hacia el pilar, después de una
lucha espantosa, como arrastrada por una fuerza oculta e irresis-
tible.)

¡ Señor, que muera !

(Descuelga el arma, y al desnudarla se le cae al suelo. Se queda
suspensa un instante.)

HEGLA (Estremeciéndose.)

¿ Qué es eso ?

JUDITH Cayóse la espada...

(Se la ve temblar al inclinarse a recoger el arma.)

HEGLA

¡ Valor !

JUDITH

¡ Señor, dadme fuerzas...

(Avanza con la espada desnuda ; pero al ir a recorrer la cortina
se detiene aterrorizada.)

¡ Ahora no !... ¡ no puedo !...

(Retrocede ; de nuevo avanza. Hegla la sigue con la antorcha en
la mano.)

Retira la antorcha... ¡ no le quiero ver !

¡ Mirar su semblante me causa tal miedo,
que muerta en su lecho me voy a caer !...

HOLOFERNES (Soñando.)

¡ Judith !...

(Judith da un grito ; retrocede y queda pegada al pilar.)

¡ La señal ! ¡ La antorcha !

(A Hegla. Esta empuña la antorcha, abre la puerta y sale gritando. Pequeña pausa. Judith se acerca al lecho, descorre la cortina, vacila, se inclina, se arrodilla y hace ademán de recoger algo en su falda.)

ESCENA XI

JUDITH.

(Arrodillada junto al lecho.) Sangrientos despojos
que inmolé a la cólera santa del Señor ;
sanguinantes labios, inmóviles ojos,
también os conjuro, llorando, de hinojos :
— ¡ Adoné, despierta !... ¡ Resucita, Amor !

(Desenbrea la cabeza.)

¡ Qué espanto, Dios mío !... ¡ Oh boca lasciva,
que aun para besarme te miro entreabierta ;
el beso que nunca te quise dar viva,
ahora, pobre boca, te lo daré muerta !

(Se inclina y la besa, y permanece así un instante, como devorándola con sus besos.)

ESCENA XII

Dicha, ASSUR y soldados. Se oyen gritos y voces, que se van acercando.

ASSUR (Entrando por el cortinaje del foro. El salón aparece obscuro. Assur con la espada en la mano.)

¡ Pronto, señor, sálvate ! ¡ Huye en tu corcel,
porque el enemigo nos pasa a cuchillo !

(Algunos soldados invaden la escena. Judith permanece de bruces sobre el lecho.)

MEGABIZES (Entrando por la puerta de Judith, con la espada desnuda.)

¡ Victoria !

ASSUR (Deteniéndose al ir aproximándose al lecho de Holofernes.)

¿ Qué pasa ?

MEGABIZES (Acometiéndole.) ¡ Murió tu caudillo,
y tú ahora, en su tienda, morirás con él !...

(Se alejan luchando por el foro.)

VOCES

¡ Viva Judith !... ¡ Viva ! ¡ Victoria a Israel !

(Los soldados israelitas invaden tumultuosamente la escena, agitando en sus manos antorchas llameantes.)

ESCENA FINAL

Dichos, HEGLA y PUEBLO.

EL PUEBLO (Dirigiéndose al lecho de Holofernes.)

—¡ Aquí está el cadáver ! —Sus restos quememos en mitad del campo, y luego echaremos su ceniza al aire... —¡ Clavad su cabeza sobre una alta pira !... —¡ Su cuerpo arrastrad !

JUDITH (Se alza desfigurada, terrible y vengativa, recoge el arma y se interpone entre el lecho y la muchedumbre.)

¡ Atrás, miserables, que ante su fiera,

de miedo, hace poco, no osabais hablar !...
¡ Aquel que esos restos se atreva a tocar,

caerá a mis plantas como él ha caído...

(La multitud se detiene, aterrorizada.)

¡ Atrás todos !... ¡ Todos !

(Al esfuerzo parece que va a desplomarse.)

HEGLA (Corriendo a ampararla.) ¿ Qué tienes ?

(Un resplandor ilumina la escena.)

JUDITH (Tendiendo los brazos al cielo.) ¡ Señor !

tus santos mandatos mi mano ha cumplido !

¡ Por salvar mi pueblo, dió muerte a mi amor !

(Cae desvanecida en brazos de Hegla.)

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

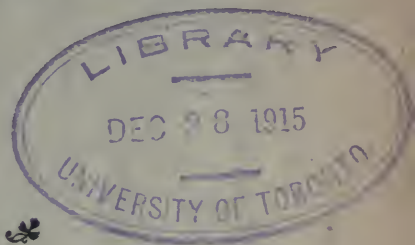
Obras publicadas por TEATRO MUNDIAL

1. LA PRINCESA DEL DOLLAR. — Bruno Güell.
2. LA OLA GIGANTE. — José Fola Igúrbide.
3. EL SEÑOR CONDE DE LUXEMBURGO. — José Zaldívar.
4. LA CAPTURA DE RAFFLES. — L. Millá y G. X. Roure.
5. EL SOL DE LA HUMANIDAD. — José Fola Igúrbide.
6. ZAZÁ. — C. Costa y J. M.^a Jordá.
7. MUJERES VIENESAS. — Pablo Parellada (Melitón González).
8. HAMLET. — Pompeyo Gener.
9. GIORDANO BRUNO. — José Fola Igúrbide.
10. EL NIDO AJENO. — Jacinto Benavente.
11. EL REY. — Enrique Henríquez.
12. PRISIONERO DE ESTADO, O LA CORTE DE LUIS XIV. —
A. Mundet Alvarez y José M.^a Pous.
13. FANTINA, O LOS MISERABLES. — A. Mundet Alvarez.
14. LA LADRONA DE NIÑOS. — Francisco Tressols.
15. LOS DIOSES DE LA MENTIRA. — José Fola Igúrbide.
16. CRISTO CONTRA MAHOMA. — José Fola Igúrbide.
17. JUVENTUD DE PRÍNCIPE. — C. Costa y José M.^a Jordá.
18. JUAN JOSÉ. — Joaquín Dicenta.
19. LA SOCIEDAD ÍDEAL. — José Fola Igúrbide.
20. LA CIZAÑA. — Manuel Linares Rivas.
21. ENTRE RUINAS. — R. Campmany y G. Giralt.
22. LA VIDA ES SUEÑO. — Refundición de Luis Millá.
23. SABOTAGE. E. Arroyo y C. Dotesio.—PASA LA RONDA. F. Llano.
24. MAGDA. — Carlos Costa y José M.^a Jordá.
25. EL PAPÁ DEL REGIMIENTO. — Felipe Pérez Capo.
26. EL ALCALDE DE ZALAMEA. — Refundición de Magnolio Juárez.
27. LOS DOS PILLETES. — Juan B. Enseñat.
28. DON JUAN DE SERRALLONGA. — Víctor Balaguer.
29. EL REY LEAR. — Juan B. Enseñat.
30. ESPECTROS. — A. Mundet Alvarez.
31. LAS CIGARRAS HORMIGAS. — Jacinto Benavente.
32. EL REGISTRO DE LA POLICÍA. — Eduardo Vidal y Valenciano.
33. EL VERGONZOSO EN PALACIO. — Refundición de L. Suñer.
34. LA FUERZA DE LA CONCIENCIA. — Joaquín García Parreño.
35. AURORA. — Joaquín Dicenta.
36. EVA. — G. Jover y J. Zaldívar.
37. EL BUFÓN. — Joaquín Dicenta (hijo).
38. EL CUCHILLO DE PLATA. — E. V. y Valenciano y Roca y Roca.
39. NICK CARTER. — Enrique Henríquez.
40. LA CENA DE LOS CARDENALES. — Francisco Villaespesa.
41. ¡JUSTICIA HUMANA! — José Pablo Rivas.
42. EL SEÑOR FEUDAL. — Joaquín Dicenta.
43. EL VERANILLO DE SAN MARTÍN. — Ramón de Saavedra.
44. EL DESDÉN CON EL DESDÉN. — Luis Suñer Casademunt.
44. AMOR DE AMAR. — CUENTO INMORAL. Jacinto Benavente.

No. 128.
ALEJANDRO DUMAS

LOS TRES MOSQUETEROS

Drama en 8 actos y 17 cuadros



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

LOS TRES MOSQUETEROS

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para «Teatro Mundial».

LOS TRES MOSQUETEROS

Melodrama episódico, en 8 actos y 17 cuadros,
de la magnífica novela del mismo título

del popular

Alejandro Dumas (P.)

escrito en prosa original

por

LUIS RACOLL



7-110
H. J. M. J. M.

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915

PERSONAJES

MILADY
CONSTANZA.
ANA DE AUSTRIA.
ABADESA.
ARTAGNAN.
ATHOS.
PORTHOS.
ARAMIS.
MR. TREVILLE.
EL CARDENAL RICHELIEU.
BONACIEUX.
BUCKINGHAM.
EL REY LUIS DE FRANCIA
ROCHEFORT.
PLANCHET.
LORD WINTER.
PATRICK.
FELTON.
POSADERO.
MOSQUETERO 1.º
IDEM 2.º
IDEM 3.º
EL VERDUGO DE AMIENS.
UN CRIADO.
FUSAL.
CABUSAC.

Mosqueteros, guardias, nobles, damas, etc.

A los directores de escena

Tomada esta obra lo más fielmente posible de la novela de Dumas, tan popular y conocida, son en ella inútiles las advertencias. Lean la novela los directores antes de montar el melodrama, y todo se lo encontrarán hecho. En cambio, sin esa lectura no hay dirección posible. Aunque el diálogo está extractado de la novela, carecerá siempre de intención exacta si no se conocen las descripciones y estudio de los caracteres que hace el novelista.

Nada más.

EL AUTOR

TITULOS DE LOS CUADROS

- I. — LA ANTESALA DE MR. TREVILLE.
 - II. — ¡Y VAN TRES!
 - III. — LOS MOSQUETEROS DEL REY Y LOS GUARDIAS DEL
CARDENAL.
 - IV. — LA GUERRA.
 - V. — LOS ESPÍAS DEL CARDENAL.
 - VI. — EL MARIDO Y EL AMANTE.
 - VII. — UN VIAJE A LONDRES.
 - VIII. — EL PUERTO DE CALAIS.
 - IX. — LO SHERRETES DE DIAMANTES.
 - X. — GRATITUD, AMOR Y RABIA.
 - XI. — ¡A LA GUERRA!
 - XII. — ATHOS.—EL CONDE DE LA FERE.
 - XIII. — FELTON.—LA SEDUCCIÓN.
 - XIV. — LA MUERTE DE BUCKINGHAM.
 - XV. — ¡POBRE CONSTANZA!
 - XVI. — EN PERSECUCIÓN DE MILADY.
 - XVII. — LA JUSTICIA DE DIOS.
-



ACTO PRIMERO

PERSONAJES

ARTAGNAN.	CABUSAC.
ATHOS.	MOSQUETERO 1. ^o
PORTHOS.	IDEM 2. ^o
ARAMIS.	IDEM 3. ^o
MR. TREVILLE.	CRIADO.
FUSAL.	UN GUARDIA.

Guardias y mosqueteros.

CUADRO I

La antesala de Mr. Treville

Despacho del señor Treville, capitán de mosqueteros. Ventanal al foro que da al patio del palacio. Puerta de entrada a la derecha y otra a la izquierda que comunica con las habitaciones interiores. Mesa a la izquierda primer término. Muebles lujosos y severos.

ESCENA PRIMERA

ARAMIS, PORTHOS, ARTAGNAN, CRIADO y tres o cuatro mosqueteros.

ARTAGNAN (Que se dirige al criado.) ¿Tendréis la bondad de decir a Mr. de Treville que el caballero Artagnan, su paisano e hijo de un su buen amigo, acaba de llegar a París y desea saludarle?

CRIADO Al momento. (Se va.)
ARAMIS Quedamos, pues, en que sois un vanidosillo, querido Porthos.
PORTHOS Y vos un hipocritón, amigo Aramis.
ARAMIS ¡Ah!... Ya que Buckingham está en Francia..., quizás en París...
PORTHOS ¡Aramis..., la reina!...
ARAMIS Es posible, pues, que deje pronto la casa de mosquetero.
PORTHOS ¡Maldiciente!

ESCENA II

Dichos y CRIADO.

CRIADO Señores, no hay audiencia. Despejad. Mr. de Treville recibirá, no obstante, a Mr. de Artagnan.
ARTAGNAN Gracias.
ARAMIS Despejemos, señores, y aguardemos la orden en el zaguán. (Van saliendo todos, en efecto, y cuando van a hacerlo Porthos y Aramis, sale Mr. de Treville y a su voz se detienen.)

ESCENA III

MR. TREVILLE, ARTAGNAN, PORTHOS, ARAMIS y CRIADO.

CRIADO Mr. de Treville.
ARTAGNAN (Adelantándose.) ¡Señor!
TREVILLE Dispensadme un instante, caballero. (Muy irritado.) ¡Athos! ¡Porthos! ¡Aramis!
LOS DOS ¡Presente!
TREVILLE ¿Sabéis, señores, lo que me ha dicho el rey anoche mismo?
PORTHOS No, señor, lo ignoramos.
ARAMIS Pero suponemos que nos haréis la merced de decírnoslo.
TREVILLE Me ha dicho que en adelante reclutará sus mosqueteros entre los guardias del cardenal.

PORTHOS Entre los guardias del... ¿Y por qué?

TREVILLE Porque advierte que el vino de su lagar necesita reforzarse con una mezcla de buen mosto.

ARAMIS (Conteniéndose.) ¡Vive Dios!

TREVILLE Y el rey tiene razón, porque, en efecto, sus mosqueteros hacen bien triste papel en la corte. Anoche mismo, el señor cardenal decía a S. M., y con cierto aire de compasión que me lastimó en extremo, que esos condenados mosqueteros, esos demonios encarnados, esos matasietes, añadió, mirándome con sus ojos de gato-tigre, se hallaban a deshora en una taberna, y una patrulla de sus guardias había tenido que arrestar a los perturbadores. Vosotros estabais allí, no pretendáis negarlo; os conocieron, y el cardenal pronunció vuestros nombres... ¡Yo me tengo la culpa, puesto que soy yo quien elige mis soldados! Vamos a ver, Aramis: ¿a qué diablos solicitasteis el uniforme, si os cuadraba mejor la sotana? Y vos, Porthos, ¿ostentáis tan hermoso tahalí de oro para llevar pendiente de él una espada de paja? ¿Y Athos? No le veo por aquí. ¿Dónde está?

ARAMIS Está muy enfermo..., muy enfermo, señor.

TREVILLE ¿Muy enfermo? ¿Qué mal le aqueja?

PORTHOS Teme él que... tenga viruelas y...

TREVILLE ¡Viruelas! Valiente patraña. ¡Viruelas a su edad! Decid mejor que está herido..., quizá muerto. ¡Conque seis guardias de su eminencia sujetan a seis mosqueteros de su majestad! ¡Por vida de!... Ya he tomado mi resolución. Ahora mismo voy al Louvre, entrego al rey mi dimisión de capitán para pedir una tenencia de los guardias del cardenal, y si me la niega... ¡me haré fraile!

PORTHOS (Furioso.) Pues bien, mi capitán... : es ver-

dad que éramos seis contra seis, pero nos cogieron a traición, y antes que tuviéramos tiempo de sacar las espadas, dos de los nuestros habían caído muertos, y Athos, gravemente herido, no podía defenderse. Ya conocéis a Athos, capitán; intentó levantarse dos veces y otras tantas cayó. No nos rendimos, nos llevaban a la fuerza y por el camino nos escapamos. Como creyeron muerto a Athos, lo dejaron abandonado sobre el campo de batalla, creyendo que no valía la pena de llevárselo. Esto es lo sucedido, capitán, ni más ni menos. ¡Qué diablos, capitán! Todas las batallas no se ganan. El gran Pompeyo perdió la de Farsalia..., el rey Francisco, la de Vairan.

ARAMIS Yo tengo el honor de aseguraros que di muerte a uno de ellos con su propia espada, porque la mía se había roto al primer encuentro, pero muerto a estocadas o a puñaladas, creo, señor, que os será igual.

TREVILLE No sabía eso... y voy creyendo que el señor cardenal anduvo algo exagerado. Yo diré al rey...

ARAMIS Pero por favor, señor, no digáis que Athos está herido; le desesperaría que la noticia llegara a su majestad, y como su herida es muy grave, por haber el acero atravesado el hombro y penetrado en el pecho, sería de temer... (En este momento aparece Athos en la puerta.)

ESCENA IV

Dichos y ATHOS.

TODOS ¡Athos!

ATHOS Me habéis llamado, señor, según me han dicho mis camaradas, y vengo a poner-

me a vuestras órdenes. ¿Qué me queréis, señor?

TREVILLE (Conmovido.) Iba a decir en este momento a estos caballeros que prohibo formalmente a mis mosqueteros que expongan sus vidas sin necesidad, porque el rey sabe que sus mosqueteros son los hombres más valientes del mundo. Dadme la mano, Athos. (Treville la aprieta fuertemente. Athos hace esfuerzos para contener un grito, y apoyándose en Porthos se desmaya.) ¡Ah!

ARAMIS }
PORTHOS } ¡Athos!

TREVILLE ¡Un médico! ¡Pronto! ¡El mío! ¡El del rey! ¡El mejor! ¡Un médico, o por Cristo que va a espirar mi valiente Athos!

(Los mosqueteros entran todos y rodean a Athos.)

PORTHOS ¡Athos!

ARAMIS ¡Cien legiones!

PORTHOS ¡Ya vuelve!

ARAMIS Ha sido la debilidad...; ha perdido tanta sangre...

ATHOS ¡Amigos míos!... ¡Capitán!...

TREVILLE ¡Diablo..., nos habéis dado un buen susto! Retiraos, retiraos, amigo mío, y descansad y curaos. Curaos bien, vive Dios, que hombres de vuestro temple no abundan. No hay orden para hoy, he de ir a palacio. Señores... (Despidiéndose.)

TODOS ¡Capitán!

ARTAGNAN (Adelantándose.) ¡Señor! (Vanse los mosqueteros.)

TREVILLE ¿Qué? ¡Ah! Dispensadme, querido paisano, si me he olvidado completamente de vos. ¿Qué queréis? Un capitán es un padre... de niños grandes. Y ya veis, estoy altamente interesado en que cumplan las órdenes del rey y del señor cardenal, sobre todo del cardenal.

ARTAGNAN (Sonriendo.) ¡Por supuesto!

TREVILLE (No es un necio.) He querido mucho a vuestro padre. ¿Qué puedo hacer por su

hijo? Despachad, no tengo tiempo que perder.

ARTAGNAN Señor, todo mi sueño, mi ilusión toda al salir de Tarbes para venir aquí, era pedirlos, en memoria de esa amistad que tenéis la bondad de recordar, un uniforme de mosquetero; pero por lo que he presenciado comprendo que semejante favor será inmenso, y temo no contar con méritos para ello.

TREVILLE Es, en efecto, un gran favor, joven... Es preciso, por decisión de su majestad, haber hecho ciertas pruebas y prestado servicios en otros cuerpos menos favorecidos que el nuestro. Pero quiero hacer algo por vos; ya os he dicho que fuí amigo de vuestro padre... Los segundones de nuestra Gascuña no suelen ser ricos... Paréceme que con lo que habéis sacado de vuestra casa no os sobraré para vivir.

ARTAGNAN (Con altivez.) ¡ Señor !

TREVILLE Bien, joven, bien; conozco esa arrogancia. Yo vine a París con cuatro escudos solamente en el bolsillo y me habría enredado a cintarazos con el que me hubiese dicho que no estaba en disposición de comprar la ciudad entera.

ARTAGNAN (¡ Cuatro escudos !... Gracias a la generosidad de mi padre yo traigo siete más... Puedo desafiar a la fortuna.)

TREVILLE Decía, joven, que necesitáis conservar vuestro caudal y a la vez perfeccionaros en los ejercicios propios de los caballeros... : equitación..., esgrima... Todo eso es muy caro, y os daré una carta para que lo adquiráis gratis en la Real Academia. Es un favor que solicitan los mejor nacidos cortesanos. Adquirid, en tanto, relaciones; venid a verme de cuando en cuando, y si puedo hacer algo por vos...

ARTAGNAN ¡ Ah, señor ! Demasiado noto en vuestra frialdad la falta que me hace la carta de recomendación que mi padre me dió para vos.

TREVILLE En efecto... Me llama la atención que hayáis hecho tan largo viaje sin ese requisito.

ARTAGNAN Lo tenía, señor ; pero me lo han robado.

TREVILLE ¿ Robado ?

ARTAGNAN En un mesón de Meung, donde estuve a descansar, un caballero se permitió reírse de mi escuálida y humilde cabalgadura. Y como el que se ríe del caballo anda muy cerca de reírse del amo, y aconsejéme mi padre que sólo permitiera reír a mi costa al rey, al cardenal y a vos, y no erais vos, ni el cardenal, ni el rey el hombre de la posada, retéle, mofóse, llegué a exasperarme hasta obligarle a combatir, y cuando cruzamos los aceros, sus criados se arrojaron sobre mí... Juro que resistí, señor, cuanto era posible, pero me alcanzó un golpe, me derribaron, y como cobardes y malandrines que eran, diéronme a su gusto hasta que perdí el sentido, no sin que dijera que en llegando acá y viéndoos, vos me vengaríais.

TREVILLE ¿ Pronunciasteis mi nombre ?

ARTAGNAN Cometí esa imprudencia y la de decir que llevaba una carta para vos.

TREVILLE Seguid.

ARTAGNAN Una vez sin sentido, lleváronme al lecho, donde me desnudaron... Entre muerto y vivo vi a aquél después hablar con una dama que llegó en litera. Oí que le decía que en un pliego llevaba las órdenes del cardenal: « Obedecedle y partid », y, en efecto, montó rápidamente a caballo..., partió..., yo volví a caer desmayado, y cuando volví en mí la carta había desaparecido de mi ropilla y el posadero me

juró que aquel hombre se la llevaba...
¡Yo le encontraré, y entonces !...

TREVILLE ¡Cosa más rara ! Decidme : ¿No tenía ese hombre una cicatriz en la cara?

ARTAGNAN ¡Sí ! Como el roce de una bala.

TREVILLE ¿Era hombre de buena presencia?

ARTAGNAN Sí... Tez pálida... cabello obscuro.

TREVILLE ¿Aguardaba a una mujer?

ARTAGNAN Con ella habló, y al darle el pliego le dijo : «No lo abráis hasta Londres.»

TREVILLE ¿Era inglesa?

ARTAGNAN La llamaba, al menos, Milady.

TREVILLE (Roche fort..., yo que aun le creía en Bruselas... ¿Qué trama esa gente contra la reina? ¿Será esto un lazo? ¿Será este hombre un espía?)

ARTAGNAN ¡Oh ! Si conocéis a ese hombre decidme, por Dios, dónde podré encontrarle, que os juro bajar al infierno, si es preciso, para arrancarle el corazón.

TREVILLE ¡Guardaos de ello, mancebo ! Si lo veis por un lado de la calle, echaos al otro, y no os empeñéis en chocar con semejante roca, porque os quebraría como frágil vidrio.

ARTAGNAN Lo cual no obsta para que si lo encuentro...

TREVILLE No lo busquéis en tanto... (¿Será un espía?) Amigo mío. El rey y el cardenal son los mejores amigos del mundo y mis dos amos, que por igual estimo y obedezco... Si tenéis, pues, alguna enemistad con esas... personas afectas a su eminencia..., despedíos de mí.

ARTAGNAN Señor, he llegado a París con propósitos iguales a los vuestros. Mi padre me encargó que sólo esos amos tolerase : el rey, el cardenal y vos.

TREVILLE (No es un espía.)

ARTAGNAN Si me habláis francamente, celebro, señor, esa igualdad de criterio ; si por verme solo, sin recomendación, habéis du-

dado de mí y no me habláis con franqueza, tal vez me pierda la mía, pero os la debo como prueba, señor, de que merezco vuestro aprecio por leal.

TREVILLE ¡ Sois un buen muchacho ! Venid por aquí a menudo, y si hay ocasión de favoreceros...

ARTAGNAN Aguardáis, y es justo, a que me haga digno de ello. Enhorabuena ; los gascones no nos hacemos aguardar mucho.

TREVILLE Os he prometido hablar al director de la Academia. Permitidme un momento y le veremos juntos. (Artagnan se dirige al ventanal del foro y da un grito de sorpresa.)

ARTAGNAN ¡ Ah ! ¡ Es él, mi ladrón !

TREVILLE ¿ Qué os pasa ?

ARTAGNAN ¡ Mi hombre de Meung ! ¡ No, no te escaparás ! (Vase corriendo.)

TREVILLE ¿ Estará loco el joven gascón ? Preciso será saberlo.

MUTACIÓN

CUADRO II

¡ Y van tres !

Telón corto, figurando el patio de entrada al palacio de Mr. Treville.

A la izquierda, puerta que figura comunicar con la escalera ; a la derecha, otra que da a la calle.

ESCENA V

Grupo de mosqueteros. Aparecen por la izquierda, ATHOS, PORTHOS y ARAMIS, hablando con los mosqueteros 1.º, 2.º y 3.º, que estaban en el despacho de Mr. Treville, y forman tres grupos con los que están en escena : uno junto a la izquierda, en el que hay Athos ; otro más hacia el centro, con Porthos, y otro casi a la puerta de la calle, en el que hay Aramis. Luego ARTAGNAN, precipitadamente por la izquierda.

Mos. 1 Quedamos, Athos, en que os curaréis

con cariño, ¿eh? Hacéis siempre falta entre nosotros.

Mos. 2 Rico tahalí, Porthos; hasta el capitán le ha echado el ojo con envidia.

Mos. 3 ¿Negáis, Aramis, vuestros amores con madama Boistracy?

ARTAGNAN (Aparece precipitadamente.) ¡Ah, no te me escaparás esta vez! (Resbala y pone una mano en la espalda de Athos, quien da un gemido y le detiene.)

ATHOS ¡Ay!

ARTAGNAN ¡Perdonadme! ¡Voy muy deprisa!

ATHOS ¿Vais deprisa? ¡Perdonadme! ¿Creéis que con eso está dicho todo?

ARTAGNAN A fe mía no lo hice adrede, y por eso os pedí que me perdonarais. Paréceme que esto basta; pero soltadme, os repito que tengo prisa, mucha prisa, palabra de honor.

ATHOS ¡Bah! Señor presuroso, a mí me encontraréis sin necesidad de correr.

ARTAGNAN ¿Dónde?

ATHOS Tras de los Carmelitas descalzos.

ARTAGNAN ¿A qué hora?

ATHOS A las doce.

ARTAGNAN No faltaré. (¡Se me va a escapar!)

ATHOS Procurad no retrasaros, porque a las doce y cuarto seré yo el que corra tras vos para cortaros las orejas.

ARTAGNAN Estaré a las doce menos diez minutos, pero soltadme.

ATHOS ¡Idos!

ARTAGNAN Gracias. ¡Ah! (De nuevo, al intentar correr, se engancha con los gavilanes de la espada en la capa de Porthos, que viene al suelo, viéndose que el medio tahalí trasero es de cuero.)

PORTHOS ¡Voto a Satanás! ¿Habéis perdido el juicio para atropellar así a las gentes?

Mos. 1 Mirad..., Porthos, que os devuelvan seis de vuestras pistolas, pues sólo medio tahalí es reluciente.

ARTAGNAN Perdonadme si...

PORTHOS ¿Acaso olvidáis los ojos cuando corréis?

ARTAGNAN No..., por eso he visto vuestra espalda.

PORTHOS Os advierto que podéis quedaros sin pellejo si miráis demasiado.

ARTAGNAN La expresión es dura y no pienso tolerárosela... cuando no llevéis capa.

PORTHOS Pues a la una, detrás de Luxemburgo.

ARTAGNAN Está bien. ¡A la una! ¡Y mi ladrón se escapa de nuevo!

MOS. 3 ¿Afirmáis vuestra inocencia?

ARAMIS Lo juro. (Se le cae el pañuelo de la mano y pone el pie encima de él. Porthos ha vuelto a su grupo, donde sigue discutiendo. Artagnan, que en el momento de salir ve el pañuelo, se acerca a Aramis y dice, tomando el pañuelo y presentándosele.)

ARTAGNAN Creo que sentiríais perder este pañuelo, caballero.

MOS. 3 ¡Ola! ¿no jurabas, discreto Aramis? ¡Pues cómo, sin intimidad, te presta madama Boistracy sus pañuelos?

ARAMIS Yo os repito...

ARTAGNAN Dispensadme si...

ARAMIS Sois un majadero, señor mío. ¿Quién os mete a recoger prendas que sujeta un pie ajeno? ¿Creéis, por ventura, que las calles de París están empedradas de batista? Habéis torpemente comprometido a una dama.

ARTAGNAN La hemos comprometido, queréis decir.

ARAMIS Vos, por recoger el pañuelo.

ARTAGNAN Vos, por dejarlo caer.

ARAMIS Es que no ha salido de mi bolsillo.

ARTAGNAN Es que lo he visto yo caer de vuestra mano.

ARAMIS Yo os enseñaré a vivir, señor gascón.

ARTAGNAN Yo os enviaré a decir misa, señor clérigo... ¡Ya he perdido el ladrón! ¡Desenvainad, vive Cristo!

ARAMIS No, ahora no, y menos en este sitio. Os mataré, pero despacito y sin ruido, donde no podáis alabaros de vuestra muerte.

ARTAGNAN Llevad, por si acaso, el pañuelo... Podríais necesitarlo para hacer hilas.

ARAMIS A las dos tendré el honor de esperaros en el juego de pelota.

ARTAGNAN Hasta las dos... ¡y van tres!

MUTACIÓN

CUADRO III

Los mosqueteros del rey y los guardias
del cardenal

La escena representa un campo.

ESCENA VI

ARTAGNAN.

Queridísimo Artagnan..., eres un necio rematado... Y héte metido en una situación difícil. Apenas llegado a París, sin conocer a nadie, y ya enfrente de los tres más valientes soldados del rey... En fin, cosa de la vida es la muerte... He aquí a mi adversario.

ESCENA VII

Dichos y ATHOS.

ATHOS Sois puntual.

ARTAGNAN Sed bien venido.

ATHOS Caballero, he avisado a dos amigos para que nos sirvan de testigos.

ARTAGNAN Yo no los traigo porque a nadie conozco en París, a donde he llegado esta ma-

ñana recomendado por mi padre a monsieur Treville... ¿Os molesta aún la herida?

ATHOS Bastante, y vuestra caída sobre mí me ha hecho mucho daño; aun me escuece el hombro.

ARTAGNAN Si me permitierais... Tengo un bálsamo, receta de mi pobre madre, verdaderamente milagroso, y...

ATHOS ¿Y qué?

ARTAGNAN Que estoy seguro que os curaría en tres días..., al cabo de los cuales me consideraría muy honrado poniéndome a vuestras órdenes.

ATHOS Pláceme vuestro ofrecimiento porque huele a caballero a la legua, cosa ya rara en estos tiempos en que la espada y la fortuna encubren tantos rufianes. ¿Pero cuándo vendrán esos perezosos?

ARTAGNAN Si tenéis prisa por despacharme, os ruego que por mí no os molestéis esperándolos.

ATHOS ¡Bella frase! Me agradan los hombres de vuestro temple, y si no nos matamos hoy uno a otro tendré después gran satisfacción en trataros... Pero ahí viene uno.

ARTAGNAN ¿Cómo? ¿Vuestro testigo es Mr. Porthos?

ATHOS El mismo. ¿Os desagrada?

ARTAGNAN De ningún modo.

ATHOS Y allí llega el otro.

ARTAGNAN ¡Mr. Aramis!

ATHOS ¡Sí! Como que nos llaman los inseparables y somos, en efecto, excelentes amigos.

· ESCENA VIII

Dichos, PORTHOS; luego, ARAMIS.

PORTHOS ¿Qué significa esto?

ATHOS Que me bato con el señor.

PORTHOS Es que yo también me bato con él.

ARTAGNAN Pero no hasta la una.

ARAMIS Y yo también me bato.

ARTAGNAN Pero no hasta las dos.

ARAMIS ¿Y vos por qué os batís, Athos?

ATHOS No lo sé precisamente. Me ha lastimado el hombro y...

ARAMIS ¿Y vos, Porthos?

PORTHOS Me bato... porque me bato..., por...

ARTAGNAN Hemos tenido una disputa sobre el modo de vestir.

ATHOS ¿Y vos, Aramis?

ARAMIS Yo, por... una cuestión de teología.

ATHOS ¿De veras?

ARTAGNAN No hemos podido ponernos de acuerdo sobre un punto de San Agustín.

ATHOS (Decididamente este muchacho tiene talento.)

ARTAGNAN Puesto que estáis aquí los tres reunidos permitidme, señores, que os dé una satisfacción.

ATHOS ¿Cómo?

PORTHOS }
ARAMIS } ¿Qué?

ARTAGNAN No me habéis entendido. Mi satisfacción es para el caso que no pueda pagaros mi deuda a los tres, porque Mr. Athos tiene el derecho de matarme el primero, lo cual quita gran parte de su valor a vuestro crédito, Mr. Porthos, y anula casi totalmente el vuestro, Mr. Aramis. Dispensadme..., pero sólo por esto, y ahora... ¡en guardia! (Desenvaina.)

ATHOS (Idem.) Hace mucho calor, y, sin embargo, no puedo quitarme el jubón, porque aun no hace mucho he sentido que salía sangre de mi herida, y temería molestar al señor ofreciendo a su vista sangre que él no ha hecho brotar.

ARTAGNAN Es muy cierto, como lo es que, vereda por mi culpa o no, siempre veré con sentimiento la sangre de tan valiente caba-

llero. Así, pues, yo también me batiré con jubón.

PORTHOS ¡Ea, ea! Basta de cumplidos y tened en cuenta que aguardamos nuestra vez.

ARAMIS Cuando tengáis que decir semejantes inconveniencias hablad por vos solo, Porthos. Por mi parte, me parece bien la cortesía entre caballeros, que no estorba a su valor.

ATHOS Cuando gustéis, joven.

ARTAGNAN Aguardaba vuestras órdenes.

ATHOS ¡En guardia!

ARTAGNAN ¡En guardia! (Salúdanse con las espadas y quedan en guardia.)

PORTHOS ¡Los guardias del cardenal!

ARAMIS ¡Envainad! ¡Señores, envainad!

ATHOS ¡Es tarde!

ESCENA IX

Dichos. FUSAL y cuatro guardias.

FUSAL ¡Hola, señores mosqueteros! Parece que nos batimos por aquí. ¿Y los edictos? ¿De qué sirven?

ATHOS ¡Sois muy generosos, señores guardias! Os respondo de que si nosotros os viéramos batiros no os lo estorbaríamos. Dejadnos continuar, pues, y os distraeremos gratis.

FUSAL Siento mucho no complaceros, pero el deber ante todo; envainad, pues, y seguidnos.

ATHOS Sentimos mucho no poder obedeceros.

FUSAL Pues bien, si no obedecéis os acometeremos.

ATHOS (A Aramis y Porthos.) Son cinco y nosotros tres..., nos vencerán y habremos de morir aquí, porque yo no vuelvo a presentarme vencido ante el capitán.

FUSAL ¿Cedéis o no?

ARTAGNAN (A Athos.) Caballero, tengo de objetar a vuestras palabras : habéis dicho que sois tres, y a mí me parece que somos cuatro.

ATHOS Pero vos no sois de los nuestros.

ARTAGNAN Es verdad, no tengo el uniforme, pero sí el alma de mosquetero ; dejadme llevar por ella.

FUSAL Hacedos a un lado, mozo ; vos podéis retiraros, os lo consentimos. Poned en salvo vuestro pellejo.

ATHOS Está visto que sois un excelente joven.

FUSAL ¡ Ea ! Acabemos de una vez.

ARAMIS Hagamos algo.

ATHOS Este joven es muy generoso.

PORTHOS ¡ Pero es tan joven !

ARAMIS Sin experiencia.

ATHOS No seremos más que tres, entre ellos un herido, y un niño, y se dirá, no obstante, que éramos cuatro hombres.

PORTHOS Sí, pero ¿ podemos retroceder ?

ATHOS Lo veo difícil.

ARAMIS Lo veo imposible.

ARTAGNAN Señores, perdonadme, ponerme a prueba y os juro por mi honor que no pienso moverme de aquí si somos vencidos.

ATHOS ¿ Cómo os llamáis, valiente ?

ARTAGNAN Artagnan.

ATHOS Pues bien. ¡ Athos, Porthos, Aramis y Artagnan : adelante !

FUSAL Por última vez, caballeros : ¿ os decidís o decidimos ?

ATHOS Ya lo estamos.

FUSAL ¿ Y qué resolución habéis tomado ?

ATHOS Vamos a tener el honor de acometeros.

FUSAL ¡ Ah ! ¿ Resistís ?

PORTHOS ¡ Vive Dios ! ¿ Os admira ?

FUSAL ¡ A ellos ! ¡ Luchemos !

ATHOS ¡ A ellos ! (Combaten casi en montón en los primeros momentos, pero luego destácanse los grupos y quedan : Aramis, luchando con dos, y Artagnan con Fusál ; Porthos y Athos con uno cada uno.)

ARTAGNAN ¡ A mí, señor valiente !

FUSAL ¡Voy a jugar con vos, niño!

ARTAGNAN Que mata como un hombre.

FUSAL ¿De veras?

ARTAGNAN ¡Vedlo!

FUSAL (Cayendo.) ¡Jesús! ¡Cabusac..., vengadme!

ARAMIS ¡Cabusac! Vengad también a este otro saco de pecados que queda vacío de alma. (Ticude a uno de los dos.)

CABUSAC Pero a mí no se me escapará éste. (Por Athos, que ha caído y se defiende, rodilla en tierra.)

ARTAGNAN ¡A mí, señor guardia! Si no, os mato.

CABUSAC (Volviéndose para batirse con Artagnan.) ¡Vive Dios, rapaz insolente!

ATHOS ¡No lo matéis, Artagnan! Tengo asuntos pendientes con él, que aplazo para cuando esté sano... Desarmadle solamente. Quitadle la espada. ¡Bravo! (La espada del guardia cae en tierra; ambos corren a cogerla. Artagnan llega antes y pone el pie encima.)

ARTAGNAN ¡Ríndete!

CABUSAC (A los suyos.) ¡Rendíos!

UNO (Que pelea con Porthos.) ¡Yo no!

CABUSAC ¿Pero no ves que serán cuatro contra ti?

UNO ¡Moriré más pronto!

CABUSAC Ríndete. Te lo mando.

UNO Eso es otra cosa; si lo mandas, eres el jefe y debo obedecer. ¡Toma! (Rompe la espada y se la arroja a Cabusac.)

ATHOS ¡Honor a los valientes! (Todos se saludan con sus espadas.)

CABUSAC Señores... (Se van.)

PORTHOS ¡Nuestra fué la victoria! Buena revancha.

ATHOS La gloria de esta jornada corresponde a Artagnan.

ARAMIS ¡Viva Artagnan!

PORTHOS ¡Corramos a casa de Mr. Treville a contarle el hecho. ¡Él os protegerá!

ATHOS Y seréis siempre nuestro amigo.

ARAMIS }
PORTHOS } ¡Siempre!

ARTAGNAN ¡ Ah ! Si todavía no soy mosquetero. Soy aprendiz, ¿no es cierto?

ATHOS Artagnan, Porthos, Aramis. Desde hoy los cuatro para cada uno y cada uno para los cuatro.

ARTAGNAN Gracias, Athos, gracias.

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

PERSONAJES

CONSTANZA.

ATHOS.

PORTHOS.

ARAMIS.

ARTAGNAN

ROCHEFORT.

BONACIEUX.

UN GUARDIA.

CUADRO IV

La guerra

Habitación de Artagnan. Puerta de entrada a la derecha, ventana en primer término; puerta a la izquierda, que conduce a las habitaciones interiores. Mesa, sillas y un armario o alacena con vasos y botellas.

ESCENA PRIMERA

ARTAGNAN, ATHOS, PORTHOS y ARAMIS, sentados y bebiendo.

ARTAGNAN Os digo que ese hombre me volverá loco.

ARAMIS ¿Pero qué ha sucedido?

ARTAGNAN ¿Qué ha sucedido? Que le he visto de nuevo, que he corrido tras él, y que al doblar una esquina ha desaparecido como si la tierra se lo hubiese tragado.

PORTHOS ¿Pero quién es?

ARTAGNAN Mi hombre de Meung. El ladrón de la carta de mi padre a Mr. Treville... En fin, bebamos. Probad ese Borgoña, y si no es exquisito decidlo y nos haremos venir otro mejor... Mi casero paga.

- PORTHOS ¿Cómo? ¡Tenéis letra abierta con vuestro casero?
- ARTAGNAN A contar desde hoy, y... perded cuidado, nos servirá cuanto queramos.
- ARAMIS Conviene usar, pero no abusar.
- ATHOS Siempre dije que Artagnan era la mejor cabeza de los cuatro.
- PORTHOS Pero ¿qué hay?
- ARTAGNAN Hay que mi casero cuenta con nosotros para vengarle o rescatar su mujer, que le han robado en servicio del cardenal y por su fidelidad a la reina. Hay, que parece que se trata de hacer venir a Buckingham para cogérles en un lazo y perderla... Hay, que el ladrón de mi casera es el mismo de mi carta, y que el marido tiene un centenar de pistolas en su bolsillo y excelentes vinos en su bodega a nuestra disposición si le servimos.
- ATHOS No parece malo el negocio... Sólo hay que contar si sus pistolas y su vino valen la pena de arriesgar nuestras cuatro cabezas.
- ARTAGNAN Tened en cuenta que hay de por medio una mujer robada.
- ARAMIS La mujer nació para ser la perdición del hombre.
- PORTHOS Cuando el hombre no es la perdición de la mujer.
- ARTAGNAN No me preocupa mi casera, a quien no conozco, pero se trata de la reina, a la que se tiende un lazo infame.
- PORTHOS ¿Por qué diablos se ha enamorado de un inglés?
- ARTAGNAN Porque es un inglés digno de ser amado por una española. Jamás vi porte más distinguido, ni aire más verdaderamente magnífico.
- ARAMIS Y ese hombre, ¿no os dijo que se trataba de hacer venir a París al amante de la reina?
- ARTAGNAN Es cierto.
- ARAMIS ¡Diablo! ¡Diablo!

- TODOS ¿Qué?
- ARAMIS ¡Escuchad! Ayer me hallaba yo en casa de... un sabio a quien suelo consultar acerca de mis estudios teológicos. Vive en un barrio desierto. En el momento que yo salía de su casa...
- ARTAGNAN ¿Qué?
- PORTHOS ¡Decid!
- ATHOS ¡Acabad!
- ARAMIS Pues... el doctor tiene sobrinas.
- PORTHOS ¡Cómo! ¿Tiene sobrinas?
- ARAMIS Una... señora muy respetable por cierto.
- PORTHOS }
ARTAGNAN } (Con mofa.) ¡Vaya!
- ARAMIS Esa... sobrina va algunas veces a ver a su tío. Ayer se hallaba en su casa cuando yo fui, y al salir juntos hube de acompañarla hasta su carroza.
- PORTHOS ¡Una sobrina de un cura en carroza!
- ARTAGNAN Sed discretos una vez siquiera, Porthos, y continuad, Aramis.
- ATHOS Esto empieza a tener interés.
- ARAMIS De pronto un hombre alto, moreno..., como el eterno desaparecido de Artagnan...
- ARTAGNAN ¡Él era!
- ARAMIS Se me acercó diciendo: «Señor duque, y vos, señora...», dirigiéndose a la dama a quien yo daba el brazo.
- PORTHOS ¿A la sobrina del cura?
- ATHOS ¡Silencio, Porthos!
- ARAMIS «Tened la bondad de subir a la carroza sin hacer resistencia ni ruido alguno...»
- ARTAGNAN ¡La habían tomado por la reina!
- ARAMIS Precisamente.
- ATHOS ¡El diablo es el gascón!
- ARTAGNAN Y a vos por Buckingham.
- ARAMIS Tal creo.
- ATHOS La verdad es que Aramis tiene el porte y aire del duque.
- PORTHOS Pero ¿y el uniforme de mosquetero?
- ARAMIS Es que yo llevaba una capa larga.

- PORTHOS ¡ En el mes de julio !
ATHOS Comprendo que la figura de Aramis engañara al espía, pero el rostro...
ARAMIS Es que yo llevaba un sombrero de alas muy anchas y caídas.
PORTHOS ¡ Cuántas precauciones para estudiar teología !
ARTAGNAN Pues bien, señores, creo que debemos ante todo buscar a la mujer de mi casero. Ellá es la clave del enigma.
PORTHOS Si lo paga bien el marido...
ARTAGNAN Y si no, no faltará quien pague. En último caso, señores, combatiremos por salvar el honor de nuestra reina.

ESCENA II

Dichos y BONACIEUX.

- BONAC. (Gritando.) ¡ Seré desgraciado ! ¡ Ah, señores, señores, salvadme ! ¡ Por el amor de Dios ! ¡ Abajo hay cuatro hombres que quieren arrestarme !
ARAMIS }
PORTHOS } ¡ A ellos !
ARTAGNAN ¡ Aguardad ! Aguardad un momento. No se necesita ahora valor, sino prudencia.
PORTHOS Pero no debemos tolerar...
ATHOS Dejad obrar a Artagnan. Por mi parte, estoy dispuesto a obedecerle.

ESCENA III

Dichos y guardias.

- GUARDIA Señores...
ARTAGNAN Entrad, señores, entrad. Estáis en mi casa, y cuantos aquí veis somos leales servidores del rey y del cardenal.
GUARDIA En tal caso no os opondréis a que cumplamos las órdenes que hemos recibido.
ARTAGNAN Al contrario. Os auxiliaremos a cumplirlas si es preciso.
PORTHOS ¿ Qué decís ?

ARTAGNAN ¡ Eres un tonto ! ¡ Cállate !

BONAC. Pero me prometisteis...

ARTAGNAN No os podemos salvar sino conservando nuestra libertad, y si resistimos nos prenderán a todos.

BONAC. Sin embargo...

ARTAGNAN Venid, señores guardias. No tengo motivo para salir en defensa del señor, al que he visto hoy por vez primera. ¡ Y con qué motivo ! Figuraos que es mi casero y ha venido a verme con la ridícula pretensión de cobrarme tres meses que le debo. (A Bonacieux.) (No digáis nada de mí, de mis compañeros, de vuestra mujer ni de la reina, o nos perdemos todos sin salvaros.) Llevadle, señores, y tenedle mucho tiempo encerrado... Eso más tardaré yo en pagarle.

GUARDIA ¡ Hase visto majadero ! ¡ Venir a pedir dinero a un mosquetero ! ¡ Ea ! A la cárcel.

BONAC. Pero señores...

GUARDIA ¡ Llevadlo !

BONAC. ¡ Seré desgraciado !

ARTAGNAN ¿ Queréis permitirme que beba a vuestra salud y a la mía ?

GUARDIA Será un honor para mí y acepto con gratitud.

ARTAGNAN Pues... ¡ a vuestra salud !

GUARDIA ¡ A la vuestra !

ARTAGNAN ¡ Y sobre todo a la del rey y a la del cardenal !

GUARDIA Gracias, y adiós, señores.

ESCENA IV

Dichos menos Bonacieux y guardias.

PORTHOS ¡ Pero qué diablo de ruindad habéis cometido ! ¡ Qué vergüenza ! ¡ Permitir cuatro mosqueteros que les arrebatan de su lado un infeliz que implora su auxilio !

¡Trincar un caballero mano a mano con un corchete !...

ARAMIS Porthos..., Athos te ha dicho que eres un majadero y soy de su opinión. Artagnan, eres un grande hombre, y para cuando ocupes el puesto de Mr. Treville solicito tu protección, a fin de alcanzar una abadía.

PORTHOS Cada vez lo entiendo menos. ¿Es decir que aprobáis lo hecho por Artagnan?

ATHOS ¡Ya lo creo! Y le felicito por ello.

ARTAGNAN Y ahora, señores, todos para uno, uno para todos, tal debe ser nuestra divisa. ¿No es cierto?

PORTHOS Sin embargo...

ATHOS }
ARAMIS } Extiende la mano y jura.

TODOS Todos para uno, uno para todos.

ARTAGNAN Por la cruz de la espada.

TODOS ¡Por la cruz!

ARTAGNAN Y ahora, cada uno a su casa y mucho ojo, porque desde este momento estamos en guerra con el cardenal.

ATHOS ¡Y guerra a muerte! ¡Adiós!

ARAMIS Aprovecharé lo que tarde en venir el chaparrón para repasar mi lección de teología.

PORTHOS ¿Con... la sobrinita del cura? ¡Hipocritón! (Mutis.)

ESCENA V

ARTAGNAN solo.

Ahora es forzoso penetrar en la plaza enemiga... No me moveré de casa. Atisbaré quien entra y quien sale de la de mi casero, y si pudiera observar en ella directamente. Veamos. El suelo es de madera... (Examinando el suelo.) Tal vez alguna rendija... ¡Ah! ¿Qué es esto? ¡Nunca había reparado! Y aquí, bajo la mesa, hay una ar-

golla... ¡ Es una trampa ! ¡ Loado sea Dios ! ¡ Comunicación perfecta ! Y un agujero bastante grande para vigilar cómodamente... A la tarea. (Mirando por la abertura.) Calle, alguien ha penetrado en la habitación ¡ Una mujer ! ¿ Tendré yo la suerte de haber encontrado la que todo el mundo busca inútilmente ? ¿ Qué veo ? ¡ Los esbirros del cardenal ! ¡ Ah, miserable ! ¡ Villanos ! ¡ Pretenden apoderarse de ella ! ¡ La amordazan ! ¡ Se la quieren llevar a la fuerza ! ¡ Ah ! ¡ Mi espada ! Por el camino más corto. Voy a dejarme, a mi vez, coger en esa ratonera. Pero ¡ ay de los gatos que cacen este ratón ! (Desaparece por la trampa. Oyense gritos y choque de espadas. Vuelve a aparecer Artagnan, y luego, Constanza.)

ESCENA VI

CONSTANZA y ARTAGNAN.

ARTAGNAN ¡ Satanás os lleve ! ¡ Subid, señora ! Nada temáis. (Aparece Constanza, a quien Artagnan ayuda a subir.)

CONSTAN. ¡ Ah ! ¡ Caballero..., gracias ! ¡ Gracias !
¡ Me habéis salvado ! ¿ Quién sois vos, bello como un arcángel que desciende del cielo para destrozar a estocadas a esos miserables que se atreven con una pobre mujer ? ¡ Oh ! Caballero, os debo la vida, la honra... Permitidme que os dé las gracias.

ARTAGNAN No he hecho, señora, más que cumplir mi deber, lo que cualquier caballero hubiera hecho en mi lugar. Nada tenéis que agradecerme.

CONSTAN. ¡ Oh, sí ! Y confío poder probaros que no habéis tropezado con una ingrata. ¿ Pero qué querían de mí esos hombres, a los que al principio tomé por ladrones ? ¿ Por qué no estaba allí el señor de Bonacieux ?

- ARTAGNAN Señora, los hombres no eran menos peligrosos que los ladrones, puesto que son agentes del cardenal, y en cuanto a vuestro esposo, está en la Bastilla.
- CONSTAN. ¡ En la Bastilla ! ¡ Dios mío ! ¿ Pero qué ha hecho ese pobre hombre, si es la inocencia personificada ?
- ARTAGNAN ¿ Qué ha hecho ? Su crimen consiste en haber tenido la fortuna y la desgracia de casarse con vos.
- CONSTAN. Conque sabéis...
- ARTAGNAN Sé que habéis sido robada.
- CONSTAN. ¿ Y sabéis quién me ha robado ? ¡ Oh ! ¡ Si lo sabéis, decídmelo ! ¿ Cómo se llama el infame ?
- ARTAGNAN ¡ Eso es lo que ignoro !
- CONSTAN. ¿ Y mi marido sabía que había sido robada ?
- ARTAGNAN Por una carta del raptor mismo.
- CONSTAN. ¿ Sospecháis la causa de ese rapto ?
- ARTAGNAN Creo que lo atribuye a motivos políticos.
- CONSTAN. Soy de su opinión. Luego, ¿ mi querido esposo nada sospecha de mí ?
- ARTAGNAN Por el contrario, señora ; se muestra orgulloso de vuestra cordura y de vuestro amor.
- CONSTAN. (Turbada.) Amor...
- ARTAGNAN Pero ¿ cómo os habéis escapado ?
- CONSTAN. Aproveché un momento en que me dejaron sola, y valiéndome de las sábanas del lecho me descolgué por una ventana, y creyendo que mi marido estaba en casa fui allí.
- ARTAGNAN ¿ Para poneros bajo su protección ?
- CONSTAN. Oh, no. Harto sé que es incapaz de hacer por su mujer lo que habéis hecho vos por una desconocida.
- ARTAGNAN Y ahora, ¿ qué vamos a hacer ? ¿ A dónde queréis que os lleve ?
- CONSTAN. Confieso que no lo sé. Mi propósito era que mi marido fuese a avisar a Mr. La-
porte para saber lo que en palacio ha ocu-

rrido de tres días acá y si puedo presentarme de nuevo a él sin peligro.

ARTAGNAN Puedo ir yo a avisarle, si gustáis.

CONSTAN. Hay una dificultad. En palacio conocen a mi esposo y le hubieran dejado pasar, pero a vos...

ARTAGNAN ¡Bah! No faltará un portero de confianza que mediante una contraseña...

CONSTAN. ¡Caballero!... ¿Y si os digo esa contraseña..., la olvidaréis tan pronto como hayáis hecho uso de ella?

ARTAGNAN Os lo juro, a fe de caballero.

CONSTAN. Os creo... Parecéis un joven honrado... Sois bravo y generoso... Además, tal vez labre vuestra fortuna.

ARTAGNAN Haré, señora, sin ninguna clase de promesas, cuanto pueda para servir al rey y complacer a la reina. Disponed de mí como de un amigo.

CONSTAN. Pues bien..., os aguardaré en lo obscuro de la esquina... Id a palacio, y en la puerta de la calle de la Escala preguntad por Germán. Le diréis estas solas palabras: «Tours y Bruselas», y se pondrá a vuestras órdenes.

ARTAGNAN ¿Qué he de ordenarle?

CONSTAN. Que avise a Mr. Laporte donde estoy y que venga a buscarme. Vos os iréis sin volver a donde me habréis dejado.

ARTAGNAN ¿Y cuándo y dónde volveré a veros?

CONSTAN. ¿Tenéis mucho empeño en ello?

ARTAGNAN Mucho... Tal vez demasiado..., porque sois hermosa como los ángeles.

CONSTAN. Pues bien..., dejadlo de mi cuenta y perded cuidado.

ARTAGNAN Fío en vuestra palabra.

CONSTAN. Fíad en ella.

ARTAGNAN Con vos queda mi corazón, en el que hasta ahora no hubo más imagen de mujer que la de mi santa madre.

CONSTAN. Caballero..., yo... os guardaré siempre un rinconcito en el mío.

ARTAGNAN El rincón de la gratitud.

CONSTAN. ¡ Sois muy exigente ! Un poquito más hondo.

ARTAGNAN ¡ Gracias, Constanza !

CONSTAN. ¡ Vamos, Artagnan !

ARTAGNAN Aguardad un momento. (Escucha al suelo.) Sí, ellos son. (Mirando por la trampa.) ¡ Ah ! ¡ Un hombre ! ¡ Mi hombre de Meung ! Y es fuerza dejarle escapar. ¡ Aquí están vuestros perseguidores !

CONSTAN. ¡ Dios mío !

ARTAGNAN (Mirando a la ventana.) No importa, la calle está libre. Tomad esta capa y este sombrero, ceñíos esta espada de mi vida. Cerraremos por fuera, y aquí quedarán presos.

CONSTAN. (Se pone la capa, el sombrero y la espada.) ¡ Dios nos proteja !

ARTAGNAN Nada temáis ; pronto, van a subir. (Vanse por la derecha y cierran por fuera.)

ESCENA VII

ROCHEFORT y guardias, que aparecen por la trampa.

ROCHE. ¡ Mil rayos ! ¡ Escapada ! ¡ Aquí estará, sin duda !

GUARDIA El diablo que vino en su ayuda lo sepa.

ROCHE. ¡ Imbéciles ! ¡ Habéis tomado por el diablo a un hombre, un solo hombre, que os ha hecho correr a cinco como un penco a cinco liebres. ¡ Vive Dios ! ¡ Bueno va a ponerse el cardenal ! ¡ Seguidme ! Es preciso registrarlo todo. No pueden haber huído. ¡ Yo estaba en la puerta de la calle y los hubiera visto huir ! Necesariamente se han escondido por estas habitaciones. Registraremos toda la casa..., la demoleremos si es preciso. ¡ Seguidme ! (Entran en las habitaciones interiores.)

ESCENA VIII

Dichos y ATHOS, por la derecha. Salen otra vez Rochefort y los guardias.

ATHOS ¡Qué extraño! Cerrada y la llave en la cerradura. ¿Qué voces son ésas?

ROCHE. (Por la izquierda.) ¡Aquí está! ¡Alto!

ATHOS ¡Cómo! ¿Es a mí?

ROCHE. ¡A vos! ¿Pensabais escapar y, sin duda, habéis visto que estaba guardada la calle? ¿Dónde está la señora Bonacieux?

ATHOS La señora...

ROCHE. La señora con quien tratabais de huir.

ATHOS (Artagnan la ha encontrado y ha huído. Démosle tiempo.)

ROCHE. ¿Queréis hablar?

ATHOS Soy poco hablador.

ROCHE. ¡Quedáis, pues, detenido!

ATHOS A vuestras órdenes.

ROCHE. Llevadlo al fuerte del Olivo.

GUARDIA Señor..., un mosquetero...

ROCHE. El diablo mismo que fuera iría a la prisión sujeto por los cuernos. Hablad antes. ¿Cómo os llamáis?... ¿Sois mudo?

ATHOS Tengo la costumbre de no hablar sino cuando se me pregunta con cortesía.

ROCHE ¿Qué queréis decir?

ATHOS Que con la gente de toga no se puede usar el lenguaje de la espada, único que yo entiendo bien.

ROCHE. ¿Lo decís porque habéis acorralado por sorpresa a cuatro alguaciles indefensos?

ATHOS (Artagnan la ha arrancado a estocadas de entre esta gente. ¡Bravo muchacho! Démosle tiempo de salvarse.)

ROCHE. ¿No contestáis?

ATHOS ¡Ya lo veis!

ROCHE. ¡Al fuerte del Olivo!

ATHOS Vamos al fuerte.

GUARDIA ¡Malo! ¡Malo! Se mezclará Mr. Trevi-

lle..., cederá el rey... Otra derrota para el cardenal.

ROCHE. Partamos. Vosotros conducid al preso; yo, a dar cuenta a su eminencia...

GUARDIA De que la pájara principal se ha escapado.

ROCHE. ¡Qué importa! Buckingham está en París.

ATHOS ¡Ah!

ROCHE. La partida no está perdida. Vamos.

ATHOS El imbécil del marido en la Bastilla, su mujer en libertad y preso yo en vez de Artagnan. ¡Valiente policía la del cardenal! Vamos, señores.

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

PERSONAJES

MILADY.

CONSTANZA.

ROCHEFORT.

ARTAGNAN.

BONACIEUX.

CUADRO V

Los espías del cardenal

Sala corta en palacio.

ESCENA PRIMERA

MILADY y ROCHEFORT.

MILADY (Saliendo de tras de un tapiz.) Imbéciles, que no saben que en palacio oyen las paredes y hablan los tapices... Se escapó el duque de la emboscada de la falsa carta... Aunque avisé a tiempo su venida a París, no han sabido los sabuesos del cardenal coger su rastro, y ahora es tarde..., muy tarde para pensar en detenerle, pero no para vengarnos de su suerte. En su entrevista con la reina le ha entregado, como recuerdo, unos herretes de brillantes, regalo de su majestad. Yo sabré arrancar alguno de su ropilla y enviarlo a Richelieu. Dentro de tres días en la corte de Londres se dará un baile al que acudirá mi lord adornándose con ellos.

ROCHE. Magnífica idea.

MILADY Que el cardenal disponga otra fiesta pala-

tina y que persuada indirectamente al rey a fin de que exija que su esposa lleve a esa fiesta la joya que ya no tiene. Alegará, sin duda, que los ha perdido, pero el cardenal puede presentar los que yo le mande, como prueba de que Buckingham posee los otros. La reina quedará deshonrada a los ojos del rey y nosotros vendidos. Tres días para llegar a Londres, otros tres para volver. Dentro siete días puede celebrarse el baile. Yo respondo al cardenal de su víctima, pero es preciso partir en seguida.

ROCHE. ¿Por qué?

MILADY ¡Venid y lo sabréis!

ROCHE. Sois un genio... infernal.

MILADY ¿Sería, si no, vuestra compañera y amiga?

ROCHE. Y aseguráis...

MILADY Que probaremos la intimidad de esa orgullosa española con el vanidoso ministro inglés a los ojos de la corte, del pueblo y del rey.

ROCHE. Vamos a ver a su eminencia. (Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO VI

El marido y el amante

Habitación en la casa de Bonacieux, encima de la cual se supone la de Artagnan. Muebles algo lujosos y en desorden por el suelo.

ESCENA II

BONACIEUX, por el foro.

BONAC. ¿Conque mi señora mujer anda metida en intrigas que tanto cuidado inspiran al cardenal? ¡Seré desgraciado! No, ahora no lo soy, no lo seré en adelante. Su emi-

nencia me ha ofrecido protección. Ya me veía para siempre en la Bastilla cuando me han llevado a su despacho y maquinamente me ha ofrecido el perdón a cambio de que cumpla mis deberes de marido. ¡Y los cumpliré, sí, señor! ¡Pues es bicocha la protección de su eminencia para rechazarla! Mi mujer es mía, me pertenece en cuerpo y alma y no debe hacer ni pensar nada que yo no sepa... y que no sepa el gran cardenal. ¡Pero qué desbarajuste de casa me han dejado esos malditos esbirros! ¡Y la bodega! ¡Casi vacía! Pongamos en orden sus restos. (Arregla los muebles.) Si no todo en orden, por lo menos quede todo a medio ordenar... Esta silla..., esta mesa. (Llaman.) ¿Llaman? Veamos. Adelante.

ESCENA III

Dicho y CONSTANZA.

CONSTAN. ¡Esposo mío!

BONAC. ¡Mi mujer! ¡Al fin habéis venido, señora!

CONSTAN. ¡Chist! Bajito y nada de recriminaciones. Tenemos que hablar.

BONAC. Hablemos.

CONSTAN. Tengo que deciros algo de mucho interés.

BONAC. Y yo preguntaros algo también muy interesante. Explicadme vuestro rapto y...

CONSTAN. ¡No se trata de eso!

BONAC. ¿Pues de qué se trata? ¿De mi prisión?

CONSTAN. Tampoco. La supe; como erais inocente no me preocupó.

BONAC. ¡Carambita! ¡Pues vaya un interés por vuestro esposo! ¿Sabéis que he pasado un día y una noche encerrado en la Bastilla?

CONSTAN. Un día y una noche se pasan pronto. Ven-gamos a lo importante. De lo que puede depender nuestra fortuna.

BONAC. Nuestra fortuna ha cambiado mucho des-

de que no nos vemos, señora Bonacieux, tanto, que no me extrañaría que dentro de algunos meses fuese la envidia de muchos.

CONSTAN. Sí, y sobre todo si seguís las instrucciones que voy a daros.

BONAC. ¿A mí?

CONSTAN. A vos. Hay una acción oculta y buena que realizar, y al mismo tiempo mucho dinero y excelente protección que obtener.

BONAC. ¿Dinero?... ¿Protección?... ¿Qué hay que hacer?

CONSTAN. Empezar inmediatamente un viaje; os daré un papel, del que no os desprenderéis por ningún concepto, y lo entregareis en propia mano de la persona a quien va dirigido.

BONAC. (¡Diablo! Esto es grave.) ¿Y a dónde he de marchar?

CONSTAN. A Londres.

BONAC. ¿A Londres? ¿Yo a Londres? Os burláis. ¡Yo nada tengo que hacer allá!

CONSTAN. Pero hay otra persona que necesita que vayáis.

BONAC. ¿Y quién es ese alguien? Os advierto que no haré nada a ciegas y que quiero saber no sólo a lo que me expongo, sino por quién me expongo.

CONSTAN. Una persona ilustre os envía. Otra persona ilustre os espera. La recompensa será muy superior a vuestros deseos. Es cuanto puedo aseguraros.

BONAC. ¡Intrigas y siempre intrigas! ¡Muchas gracias! Ahora ya estoy sobre aviso, pues el señor cardenal me ha abierto los ojos suficientemente.

CONSTAN. ¿El cardenal? ¿Habéis visto al cardenal?

BONAC. Me ha mandado a buscar.

CONSTAN. ¿Y habéis acudido a su llamamiento?

BONAC. Habéis de saber que no podía escoger entre acudir o no acudir, por cuanto me han llevado cuatro guardias, y a fe que como

entonces no conocía a su eminencia, si hubiera podido eximirme de esa visita lo hubiera hecho con sumo gusto.

CONSTAN. ¿Y os ha maltratado? ¿Os ha amenazado?

BONAC. Me ha dado la mano y me ha llamado su amigo. ¿Lo oís, señora? ¡ Soy amigo del gran cardenal !

CONSTAN. (Y yo que fiando en él he prometido salvar a la reina.) ¿Es decir que servís al cardenal?

BONAC. Sí, señora, y como leal servidor suyo no permitiré que os mezcléis en complots contra la seguridad del Estado, ni que secundéis las intrigas de una mujer que no es francesa...

CONSTAN. ¡ Es vuestra reina !

BONAC. Pero su corazón es español. ¡ Oh ! Afortunadamente está ahí el gran cardenal, que vigila por el honor y la dicha de los franceses.

CONSTAN. ¿Conque sois cardenalista? ¿Conque os ponéis de parte de los que roban a vuestra mujer e insultan a vuestra reina?

BONAC. (Con énfasis.) Los intereses particulares nada significan ante los generales ; yo estoy de parte de los que sirven al Estado.

CONSTAN. ¡ Qué sabéis vos lo que es el Estado ! Contentaos con vuestra casa y adoptad el partido que más os convenga.

BONAC. ¿Y qué dices de esto? (Sacando un talego con dinero.)

CONSTAN. ¡ Dinero ! ¿ De dónde ha salido ese dinero? ¿ Del cardenal?

BONAC. Del mismo y de mi amigo el conde de Rochefort.

CONSTAN. ¡ Pero ese hombre es el que me ha robado !

BONAC. Bien, ¿ y qué?

CONSTAN. ¡ Oh, sabía que erais avaro, cobarde y necio, pero ignoraba que fueseis también infame.

BONAC. Señora, ¿qué decís?

CONSTAN. ¡Digo que sois un miserable! ¿Conque también las echáis de político, cardenalista por añadidura? Por dinero seríais capaz de entregaros en cuerpo y alma al demonio.

BONAC. Al demonio no, pero sí al cardenal.

CONSTAN. ¡Lo mismo da! ¡Quien dice Richelieu, dice Satanás!

BONAC. Callad, señora..., podrían oiros...

CONSTAN. ¡Es verdad, y tendría que avergonzarme de vos por vuestra cobardía!

BONAC. ¿Pero qué queréis de mí?

CONSTAN. Que partáis al punto. Que desempeñéis lealmente la comisión que me digno encargaros. Sólo con esta condición lo olvido todo, os lo perdono todo y, además, os devuelvo mi amistad. Vamos ¿os decidís?

BONAC. Pero Londres está lejos...; la comisión, llena de peligros. Las intrigas me dan miedo. ¿Por qué no vais vos? A fe que creo que hasta hoy he vivido equivocado y que sois un hombre y de los más atrevidos.

CONSTAN. Y vos una mujer, una miserable mujer, estúpida y embrutecida. ¡Tenéis miedo! Pues bien, si no partís inmediatamente haré que os encierren en la Bastilla, que tanto os aterra.

BONAC. Haced que me prendan por orden de la reina y en seguida apelaré a su eminencia.

CONSTAN. ¡Ah! (He ido demasiado lejos..., está demasiado vendido.)

BONAC. Si a lo menos dijeseis qué he de ir a hacer a Londres...

CONSTAN. No es necesario, puesto que no habéis de ir.

BONAC. ¿Y... nada más tenéis que decirme?

CONSTAN. Nada más.

- BONAC. Entonces os dejo. Es tarde y he quedado en ver esta noche a un amigo...
- CONSTAN. ¡Idos! (Va a casa del cardenal... Estamos perdidos.) No me encontraréis cuando volváis..., tengo esta noche servicio.
- BONAC. ¿Hasta cuándo, pues?
- CONSTAN. Hasta pasado mañana.
- BONAC. ¡Oh, dispensad! Os amo tanto que no podría pasar sin vos tanto tiempo.
- CONSTAN. Pero...
- BONAC. Me aguardaréis... de grado o por fuerza.
- CONSTAN. ¿Qué?
- BONAC. Que voy a echar la llave y a llevármela. ¡Ja, ja, ja! ¡No dirá el cardenal que le robo su dinero! ¡El sabrá por qué queréis enviarme a Londres!
- CONSTAN. ¡Miserable! ¡Miserable!
- BONAC. (Ya fuera.) Buenas noches, señora Bonacieux!
- CONSTAN. ¡Encerrada! ¡Encerrada! Y el cardenal va a saber... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Quién salvará a la reina?

ESCENA IV

CONSTANZA y ARTAGNAN.

- ARTAGNAN (Apareciendo por la izquierda.) ¡Vos y yo, señora!
- CONSTAN. ¡El! ¡Oh, el cielo me lo envía!
- ARTAGNAN Por lo menos, vuestra buena suerte.
- CONSTAN. ¿Sabéis?
- ARTAGNAN Gracias a la abertura que sabéis comunicar mi casa con la vuestra he oído vuestro diálogo del principio al fin, y puedo venir en vuestro auxilio. Su majestad ha entregado algo a milord que interesa recobrar. ¿No es eso?
- CONSTAN. ¡Sí! ¿Pero cómo ha podido saberse?
- ARTAGNAN Es la desgracia de los reyes; no dan más que con tontos o traidores.
- CONSTAN. Su majestad está sola, ¡sola!; únicamente yo acudo en su auxilio.

ARTAGNAN Conmigo, que soy capaz de arrojarme al fuego por vos.

CONSTAN. Su majestad dió a milord doce herretes de diamantes, regalo del rey. El cardenal lo ha sabido y dentro de tres días se da una fiesta en palacio a la que el rey exige que su esposa lleve ese adorno.

ARTAGNAN Comprendo. Se necesita un hombre inteligente y valeroso que vaya a Londres y traiga esos herretes.

CONSTAN. Antes sí..., bastaba uno que pasase ignorado..., pero ahora, avisado el cardenal por el imbécil de mi esposo de que se trama ese viaje, será éste arriesgadísimo.

ARTAGNAN No temáis. Iremos cuatro para llegar uno.

CONSTAN. ¡Cuatro! Pero eso es un secreto...

ARTAGNAN Que respetarán todos como verdaderos caballeros. ¡Os lo aseguro! Dadme ese papel. Corro a casa de Mr. Treville a pedir licencia para mis compañeros, y a prevenir a éstos. Dentro de una hora estaremos en marcha, dentro de tres días su majestad lucirá sus diamantes.

CONSTAN. ¿Y qué garantía me daréis si accedo a confiaros esta misión?

ARTAGNAN El amor que os tengo.

CONSTAN. Acepto.

ARTAGNAN ¿Y qué premio me daréis vos si la llevo a cabo felizmente?

CONSTAN. ¡Oh!... Pues bien, me rindo a vuestras protestas y cedo a vuestras seguridades. Pero os juro que si me vendéis y mis enemigos me perdonan, me mataré, haciéndoo responsable de mi muerte.

ARTAGNAN Y yo os juro ante Dios, señora, que si me llegan a prender mientras me halle desempeñando la comisión que me confiáis, moriré cien veces antes que decir o hacer algo que pueda comprometer a nadie.

CONSTAN. Tomad..., tomad este saquito. Quizás no tendréis dinero.

ARTAGNAN El quizás sobra.

CONSTAN. Pues lleváoslo.

ARTAGNAN ¡ El del cardenal !

CONSTAN. El mismo.

ARTAGNAN Pardiez, que es cosa admirable que salvemos a la reina con el dinero del cardenal.

CONSTAN. La reina os recompensará.

ARTAGNAN Estoy recompensado si vos me aseguráis que no me aborrecéis.

CONSTAN. ¡ Yo !... ¡ yo ! ¡ Silencio ! Oigo voces..., se dirigen aquí... ¡ partid !

ARTAGNAN Vos conmigo..., pueden prenderos y es preciso que volváis a palacio y tranquilicéis a la reina.

ESCENA V

CONSTANZA y ARTAGNAN, arriba. Abajo, BONACIEUX y ROCHEFORT.

CONSTAN. (Mirando a la ventana de la derecha.) ¡ Mi marido !

ARTAGNAN (Mirando también.) ¡ Mi hombre de Meung !
¡ Oh, dejadme, señora ! He jurado matar a ese hombre.

CONSTAN. Vuestra vida no os pertenece..., me la habéis ofrecido..., os prohibo correr ningún peligro ajeno a vuestro viaje, en nombre de la reina y en nombre de nuestro amor.

ARTAGNAN ¿ Nuestro, habéis dicho ? Venid, desapareceremos por la trampa de mi habitación.

CONSTAN. VAMOS. (Rochefort y Bonacieux se quedan.)

BONAC. Nadie.

ROCHE. Pero ¿ y vuestra mujer ?

BONAC. No sé..., sin duda habrá vuelto a palacio.

ROCHE. ¿ No la habíais encerrado ?

BONAC. Me pareció..., tal vez no cerrara bien..., o tenga otra llave.

ROCHE. ¡ Hum !... ya me figuro por donde ha vo-

lado ! ¿Estáis cierto que en la conversaque habéis tenido con vuestra mujer no ha citado nombres propios?

BONAC. No lo creo.

ROCHE. ¿Ni a la señora de Boistracy, ni a la de Chevreuse, ni a Buckingham?

BONAC. No. Tan sólo me ha dicho que quería enviarme a Londres de parte de un personaje ilustre.

ROCHE. De todos modos habéis sido un solemnísimo tonto no fingiendo aceptar la comisión, y tomando la carta, porque... habríais salvado al Estado.

BONAC. ¡Yo !

ROCHE. Y el cardenal os hubiera ennoblecido... y enriquecido.

BONAC. ¿Os lo ha dicho?

ROCHE. Me consta que quería daros la sorpresa de un título.

BONAC. ¡ Oh !... perded cuidado ; mi mujer me adora y aun estamos a tiempo. Corro a palacio, la hago llamar, le digo que he cambiado de parecer y que serviré a la reina, tomo la carta y vuelvo a llevársela al cardenal.

ROCHE. Pues bien, no perdamos tiempo. Os acompañaré hasta allá.

BONAC. Aguardad un solo instante... Yo dejé aquí... ¡ Dios mío ! ¿ Dónde está ? ¿ Dónde ?

ROCHE. De prisa, Bonacieux.

BONAC. Si es que... no veo...

ROCHE. Pero ¿ qué os pasa ?

BONAC. ¡ Que me han robado !

ROCHE. ¡ Robado !

BONAC. ¡ Ladrones ! ¡ Ladrones !... ¡ El talego de oro ha desaparecido ! Ved si queréis mayor desgracia. Malo es que le roben a uno la mujer. Pero eso de que se le lleven el dinero, ya es el colmo.

ROCHE. ¡ En seguida al palacio del cardenal !

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

PERSONAJES

MILADY.	ANDRÉS.
ARTAGNAN.	UN ALCALDE O PREBOSTE.
ATHOS.	POSADERO 1.º
PORTHOS.	IDEM 2.º
ARAMIS.	BARQUERO 1.º
ROCHEFORT.	IDEM 2.º
UN OBRERO.	Alguaciles y obreros.

CUADRO VII

Un viaje a Londres. Plan de campaña

Saloncito corto.

ESCENA PRIMERA

ARAMIS y ARTAGNAN.

- ARAMIS (Viendo entrar a Artagnan.) ¿Vos aquí?
- ARTAGNAN Perdonadme... Ya sé que vuestra casa es un santuario, pero la urgencia del caso me obliga a allanarla y a citar aquí a nuestros amigos Athos y Porthos.
- ARAMIS ¿Qué ocurre?
- ARTAGNAN Ved esa licencia..., tomad lo necesario para un viaje de pocos días, y seguidme.
- ARAMIS Pero yo no puedo salir de París en este momento sin saber...
- ARTAGNAN ¿Lo que ha sido de ella?
- ARAMIS ¿Quién?

- ARTAGNAN La mujer que estaba aquí.
- ARAMIS ¿Quién os ha dicho que hubiera aquí una mujer?
- ARTAGNAN Yo, que la he visto.
- ARAMIS ¿Y sabéis quién es?
- ARTAGNAN Creo saberlo al menos..., como sé quien es el hombre que vino a vuestra casa a ceñir vuestro uniforme.
- ARAMIS ¡Oh!... Puesto que estáis enterado de tantas cosas..., ¿sabéis qué ha sido de esa mujer?
- ARTAGNAN Presumo que ha salido de París.
- ARAMIS Sin decírmelo...
- ARTAGNAN Por temor de que la prendieran.
- ARAMIS ¿Y por qué no me ha escrito?
- ARTAGNAN Por temor de comprometeros.
- ARAMIS ¡Artagnan, me devolvéis la vida! ¿Sabéis por qué causa vino a París?
- ARTAGNAN Por la causa que hoy nos lleva a Inglaterra.
- ARAMIS ¿Pero cuál?
- ARTAGNAN Algún día la sabréis, Aramis; pero ahora debo imitar la reserva de... la sobrina del cura.
- ARAMIS Pues bien..., puesto que ella no está en París... disponed de mí. Estoy pronto a seguiros.
- ATHOS (Dentro.) ¡Aramis!
- ARTAGNAN ¡Athos! Entrad.
- ARAMIS Una palabra. ¿No habéis hablado a nadie de esa mujer?
- ARTAGNAN A nadie.
- ARAMIS ¿Ni a ellos?
- ARTAGNAN Os lo juro.
- ARAMIS ¡Gracias, Artagnan!

ESCENA II

Dichos y ATHOS.

- ATHOS ¿Queréis decirme qué significa esto? Mr. Treville me envía una licencia de

quince días... Artagnan me cita en vuestra casa dispuesto para un viaje...

ARTAGNAN Eso significa simplemente que nos vamos.

ATHOS ¿Por el servicio del rey?

ARTAGNAN O por el de la reina, ¿qué más da?

ESCENA III

Dichos y PORTHOS.

PORTHOS ¡Cosa más rara!

TODOS ¡Porthos!

PORTHOS ¿Desde cuándo se da licencia a los mosqueteros del rey sin pedirla?

ARTAGNAN Desde que por ellos la piden sus amigos.

PORTHOS ¡Hola! ¿Ocurre algo de nuevo?

ARAMIS Sí, nos vamos.

PORTHOS ¿A qué país?

ARTAGNAN A Londres.

PORTHOS ¿A Londres? ¿Qué vamos a hacer allí?

ARTAGNAN ¡Es cosa que no puedo deciros, amigos míos! Tenéis que fiaros de mí.

PORTHOS Pero para ir a Londres se necesita dinero, y yo no lo tengo.

ARAMIS Ni yo.

ATHOS ¡Ni yo tampoco!

ARTAGNAN Pero lo tengo yo. En este saquito hay trescientas pistolas; tomaremos cada uno setenta y cinco, que es lo bastante para ir allá. Además, que no todos llegaremos.

PORTHOS ¿Por qué?

ARTAGNAN Según todas las probabilidades algunos de nosotros se quedarán por el camino.

ATHOS Según eso, vamos a emprender una campaña.

ARTAGNAN Y de las más peligrosas. Tenedlo entendido.

PORTHOS Pero ya que exponemos la vida, desearía saber por cuenta de quien.

ATHOS Siempre es un consuelo.

ARTAGNAN ¿Acostumbra el rey a darnos cuenta de sus decisiones? «Hay guerra aquí o allá, id a batiros.» Y allá vamos todos sin averiguar el porqué.

ATHOS Artagnan tiene razón. Tenemos tres licencias autorizadas por Mr. Treville y trescientas pistolas que no sé de dónde han salido. ¿Vale la vida el trabajo de hacer tantas preguntas? Artagnan, estoy dispuesto a seguirte.

PORTHOS ¡Y yo!

ARAMIS ¡Y yo!

ATHOS ¿Cuándo partiremos?

ARTAGNAN. Ahora mismo. No podemos perder un minuto.

PORTHOS Tracemos el plan de campaña. ¿Dónde vamos primeramente?

ARTAGNAN A Calais. Es la línea más directa para llegar a Londres.

LOS TRES ¡A Calais!

ARTAGNAN Ahora, oidme. Yo soy portador de una carta... a esto se reduce todo. No tengo ni puedo sacar tres copias de ella puesto que debe ir sellada. Va en este bolsillo. Si me matan, uno de vosotros la cogerá y seguirá adelante; si perece también, hará otro tanto el tercero, y así sucesivamente... Con que uno llegue, es cuánto se necesita.

ATHOS ¡Bravo, Artagnan! Iremos los cuatro juntos, armaremos a nuestros asistentes con mosquetes. Somos ocho. Si envían un ejército contra nosotros, trabaremos batalla y el que sobreviva llevará la carta.

ARTAGNAN No temo la lucha abierta... es probable que la guerra sea de arteras emboscadas... El último detalle: si alguno, a la vista de todos, cayese en una trampa..., es indispensable hacer el sacrificio de dejarle en ella y continuar el viaje. La ur-

gencia en llegar es mucho más importante que el viaje mismo.

LOS TRES Aprobado.

ATHOS ¿Cuándo partimos?

ARTAGNAN Al momento. Ya está trazado el plan de campaña. Los caballos, por mi orden, aguardan a la salida de París. ¡ En marcha !

LOS TRES ¡ En marcha !

ARTAGNAN Cuanto los hombres puedan hacer, lo haremos nosotros para cumplir nuestra misión. Ahora, sólo falta que Dios quiera ayudarnos.

ARAMIS Nos ayudará..., puesto que nos ayudamos.

ATHOS ¡ Dios sobre todo !

ARTAGNAN ¡ Dios... salve a la reina ! (Vanse.)

" MUTACIÓN

CUADRO VIII

El puerto de Calais

Playa. Una barca en el mar.

ESCENA IV

ARTAGNAN y BARQUERO.

ARTAGNAN Como presumía, mis tres amigos quedan detenidos y solo yo pude escapar de las emboscadas que nos preparó el odio de los enemigos de nuestra soberana. Sólo el canal me separa de las costas de Inglaterra. Allí es preciso que esté al rayar el día. Tiempo quedará a mi vuelta para acudir en socorro de mis valientes cama-

radas. (Al barquero.) ¡ Eh..., buen hombre !

BARQUERO ¿ Es a mí ?

ARTAGNAN A vos.

BARQUERO ¿ En qué puedo servirlos ?

ARTAGNAN Quisiera que me condujeráis en vuestra barca al otro lado del estrecho.

BARQUERO Es imposible, señor.

ARTAGNAN ¡ Imposible !

BARQUERO Por orden del capitán del puerto, dada hace una hora, está prohibido que ningún barco desamarre sin especial permiso suyo.

ARTAGNAN ¡ Ah !... ¡ Oh rabia ! Naufragar en el puerto. ¿ Y ese permiso ?

BARQUERO Lo ha negado a todo el mundo, excepto a un caballero alto, pálido, con una cicatriz en la sien.

ARTAGNAN ¡ El !

BARQUERO ¿ Le conocéis ?

ARTAGNAN Como que es mi amigo, y ese permiso es para mí.

BARQUERO En tal caso... Pero sólo recibéndolo de vuestras manos os complaceré... Es extraño. Me dijo que él lo había sacado para salir a recibir otra barca, que debe venir de Inglaterra, y que le avisase si la divisaba.

ARTAGNAN Sí, pero yo tengo aviso de que esa barca no trae lo que voy a buscar, y es preciso ir por ello...

BARQUERO Como gustéis... si tenéis el pase... ¡ Vedle, allí viene vuestro amigo !

ARTAGNAN ¿ Os llamáis ?...

BARQUERO Picod, para servirlos, señor.

ARTAGNAN ¿ No hay alguna taberna por aquí ?

BARQUERO Allí mismo, señor, a dos pasos del embarcadero.

ARTAGNAN Pues bien ; idos allá y bebed a mi salud. Apresad la barca, y dentro de unos momentos..., en cuanto hable con mi amigo, iré a buscaros para que me conduzcáis a la otra orilla.

BARQUERO ¿Con el pase?

ARTAGNAN Con el pase.

BARQUERO Daos prisa, porque en breve dispararán el cañonazo que indica el cierre del puerto, y después de él, ni con pase ni sin pase, ni vos ni nadie lograría que una lancha se hiciese a la mar. Es orden terminante y de tiempo inmemorial.

ARTAGNAN Será cuestión de minutos.

BARQUERO Entonces me llevo la barca al embarcadero, donde os será más fácil entrar en ella; tomaré una copa y os espero con los remos y la vela dispuestos.

ARTAGNAN Gracias, amigo mío. (El barquero entra en la barca y se va en ella.)

BARQUERO ¡No os olvidéis del pase, si no, no hay paso!

ARTAGNAN Descuidad... Ya se aleja. ¡Ahora... juguemos la última carta! ¡Chist... caballero!

ROCHE. ¿Es a mí?

ESCENA V

ARTAGNAN y ROCHEFORT.

ARTAGNAN A vos. (¡Mi hombre de Meung! ¡Al fin!)

ROCHE. ¿En qué puedo seros útil, joven? (¿Dónde he visto yo esta cara?... ¡Ah, es el cadete de guardias..., el gasconcillo de la venta!

ARTAGNAN Tenéis un pase que me es preciso.

ROCHE. Y a mí. He andado sesenta leguas en cuarenta y ocho horas y necesito estar en Londres mañana al mediodía.

ARTAGNAN Yo he andado lo mismo en cuarenta horas, y necesito estar en Londres mañana a las diez de la mañana.

ROCHE. Lo siento mucho, caballero; pero he llegado el primero y no pasará el segundo.

ARTAGNAN ¡ Lo siento mucho, caballero, pero he llegado el segundo y pasaré el primero !

ROCHE. ¡ Servicio del rey !

ARTAGNAN ¡ Servicio mío !

ROCHE. Parece que tenéis ganas de camorra.

ARTAGNAN Tengo ganas de pagaros vuestra infamia de Meung, y tengo necesidad de ese papel, ¡ mucha necesidad !

ROCHE. ¿ Pensáis quitármelo ?

ARTAGNAN ¿ No me quitasteis vos la carta para monsieur Treville ?

ROCHE. Vamos, será preciso romperos la cabeza.

ARTAGNAN Es un poco dura... y aquí no están vuestros criados que os ahorren ocultar vuestra cobardía con su estúpida adhesión.

ROCHE. ¡ Caballero !

ARTAGNAN ¡ Señor mío !

ROCHE. ¿ Lo queréis ? ¡ En guardia ! (Riñendo.)

ARTAGNAN ¡ En guardia ! ¡ Tomad ! ¡ Esta por Aramis !

ROCHE. ¡ No os precipitéis ! Ya veis que sé parlarlas.

ARTAGNAN ¡ Esta por Porthos !

ROCHE. ¡ Tampoco, llegó al jubón !

ARTAGNAN ¡ Esta por Athos !

ROCHE. ¡ Ah !... ¡ Jesús ! (Cayendo.)

ARTAGNAN ¡ Esa pasó del colete ! ¡ Ea, venga ahora ese papel ! (Se agacha para registrarlo, y Rochefort, dejando la espada y sacando rápidamente el puñal, tira una puñalada a Artagnan, diciendo :)

ROCHE. ¡ Esta para vos ! (Artagnan da un salto atrás y tira nueva estocada a Rochefort, diciendo :)

ARTAGNAN ¡ Infame ! ¡ Y ésta por mí ! ¡ La última es la que vale !

ROCHE. ¡ Oh !... (Se desmaya.)

ARTAGNAN ¡ No te revolverás más, vibora !... Veamos en la escarcela... ¡ Aquí está ! ¡ Un pase firmado por el cardenal y visado por el jefe del puerto, con la nota : « Unica excepción. » ¡ Oh Constanza mía ! ¡ Dios nos protege ! ¡ A Londres ! (Vase por la taberna.)

ESCENA VI

ROCHEFORT, MILADY y BARQUERO 2.^o

Milady y el barquero atraviesan la escena con una barca.

MILADY Atracaréis en el muelle y me conduciréis en la ciudad a la mejor casa de postas. Necesito estar en París dentro de dos días.

BARQUERO ¡ Será necesario volar, señora !

ROCHE. (Volviendo del desmayo.) ¡ Ah ! ¿ Qué es esto ?
¡ Herido ! ¡ Robado ! Aun será tal vez tiempo. ¡ Socorro ! ¡ Socorro !

BARQUERO ¡ Esos gritos !

MILADY ¡ Esa voz !

BARQUERO ¡ Un hombre en tierra !

MILADY ¡ Atracad !

BARQUERO ¡ Señora !

MILADY Atracad, digo.

ROCHE. Alguien viene. ¡ Socorro ! ¡ En nombre del rey !

MILADY Aguardad.

BARQUERO ¡ Allá vamos !

MILADY (Viéndole.) ¡ Rochefort !

ROCHE. ¡ Milady !

MILADY (Al barquero.) ¡ Corred ! Que vengan inmediatamente en auxilio de ese caballero.
¡ Un médico ! ¡ Una litera ! Sujetaos vos mismo la herida con mi pañuelo en tanto.
¡ Corred !

BARQUERO ¡ Corro, señora ! (Vase.)

MILADY ¡ Rochefort !

ROCHE. Estamos malditos..., avisados los amigos de la reina, acuden a Londres.

MILADY ¿ Y no les habéis cerrado el paso ?

ROCHE. Eran cuatro ; tres han quedado en el camino. Aquí no se permitía salir sin pase, que yo solo tenía ; que me acaban de robar ! ¡ Irás a Londres !

MILADY ¿ Y qué ? ¿ Cuándo es el baile ?

ROCHE. Pasado mañana.

MILADY ¡ Ah ! ¡ hemos triunfado !

- ROCHE. ¡Cómo!
- MILADY Oíd... Anoche hubo también baile en el palacio del rey de Inglaterra. Buckingham llevaba los herretes en un lazo pendiente del brazo derecho.
- ROCHE. ¿Y vos?
- MILADY ¡Le corté dos!
- ROCHE. ¡Ah..., sois un demonio... adorable!
- MILADY Los traigo conmigo y corro a París a llevárselos al cardenal. Aunque llegue el mensajero de la reina a Londres, no hay tiempo de que vuelva pasado mañana..., aunque vuelva no traerá los herretes..., aunque los traiga, faltarán dos, ¿comprendéis? Dos, que el cardenal mostrará al rey como prueba de donde se han cortado.
- ROCHE. ¡Magnífico! ¡Gracias a vos todo se ha salvado!

ESCENA VII

Dichos y BARQUERO 2.º

- ROCHE. Decidme: ¿habéis visto salir algún barco del muelle mientras ibais por esos socorros?
- BARQUERO No he visto ninguno, ni creo que pueda salir ya, porque van a disparar el cañonazo del cierre del puerto, y para largar vela y salir al canal se necesita buen rato.
- ROCHE. ¡Entonces está todavía aquí! Nada hay perdido aún. No ha salido ese gascón maldito. (Se oye un cañonazo.)
- BARQUERO ¡El cañón del puerto!
- ROCHE. ¡No saldrá! ¡Milady, a París!
- MILADY ¡Nuestra es la jornada!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

PERSONAJES

ANA DE AUSTRIA.

LUIS XIII.

CONSTANZA

EL CARDENAL RICHELIEU.

MILADY.

BONACIEUX.

ARTAGNAN.

MR. TREVILLE.

UN PAJE.

CUADRO IX

Los herretes de diamantes

El salón de baile.

ESCENA PRIMERA

CONSTANZA, apoyada en un antepecho. EL CARDENAL, MILADY, damas, caballeros, mosqueteros, etc.

MILADY ¿Os satisfacen mis servicios?

CARDENAL Señora, sois una perla.

MILADY He aquí los dos herretes. Yo misma los corté del lazo azul en que Milord los llevaba prendidos.

CARDENAL Cara me costáis, pero mucho valen vuestro genio y vuestra lealtad. Esta noche, gracias a vos, triunfaré.

MILADY Y mañana...

CARDENAL Mañana seréis duquesa.

MILADY ¡Oh, podré vengarme!

CARDENAL Vuestros enemigos son los míos, Milady... pero me dáis miedo. Si en mi venganza empleáis tales ardides y combatís con tal encono, en la vuestra seréis...

MILADY ¡ Implacable !

CARDENAL ¿ Os han hecho mucho mal ?

MILADY ¡ Mucho !

CARDENAL ¿ Amabais y os han despreciado ?

MILADY Yo no he amado jamás. Me han herido en mi orgullo, que es todo mi ser... ; me han infamado... ¡ Oh, es una historia terrible que sabréis quizá algún día..., cuando me haya vengado !

CARDENAL Por hoy soy yo el vencedor. Esperad vuestro desquite y contad conmigo para lograrlo.

PAJE ¡ Sus majestades !

TODOS ¡ Ah !

MILADY ¡ Orgullosa española..., con qué placer voy a ver pisoteados tu nombre, tu honor y tu orgullo !

ESCENA II

Dichos, LA REINA y EL REY

CARDENAL ¡ Señora ! ¡ Señor ! La Corte toda..., cuanto encierra Francia de grande, noble y valioso, esperaba el momento de saludar a sus amados príncipes..., a su encantadora reina.

ANA Gracias, cardenal.

CARDENAL (Al rey) No veo, señor, los herretes.

LUIS ¡ Otra vez ! Los veréis cardenal... Me lo ha prometido.

CARDENAL ¡ Oh, cuánta será entonces mi alegría !

LUIS ¿ De veras ?

CARDENAL ¿ Podéis dudar, señor, de que anhele como nadie borrar en el ánimo público toda sospecha..., que constituye un verdadero crimen ? Mi propio honor vería he-

cho pedazos con menos pena que la más leve mancha en el vuestro.

LUIS Mi honor, cardenal, no admite ni aun la suposición de una sombra. Entendedlo.

CARDENAL ¿Quién lo duda! ¿Sabéis que hace cinco años estuvo de incógnito en París milord Buckingham?

LUIS ¡Oh!... Ese hombre...

ANA ¿Qué tenéis, señor?

LUIS Dejadme, señora, y por mí, por vos..., poneos los herretes...

ANA Los...

CONSTAN. (Mirando a la calle, da un grito de alegría, y luego, acercándose a la reina, dice.) ¡Ah! (Sale de la escena precipitadamente.)

LUIS Sí.

CARDENAL Y en caso, señor, que los luciese...

LUIS ¿Qué?

CARDENAL ¡Contadlos!

MILADY Es tan fácil perder alguno.

ANA (Los reptiles silban.)

LUIS ¿Qué es esto?

ESCENA III

Dichos y MR. TREVILLE

CARDENAL ¡Oh! Mr. de Treville..., el más bravo soldado y el más cumplido caballero de Francia.

TREVILLE Señor cardenal... (¿Qué jugarreta me hace que así me adula?)

CARDENAL ¿Tenéis noticias de vuestros tres mosqueteros con licencia?

TREVILLE No, por cierto. No acostumbro a pedir a mis soldados cuenta de su vida cuando temporalmente dejan mis órdenes.

CARDENAL ¿Y del cadetillo... que licenció vuestro cuñado?

TREVILLE Menos, caballero.

CARDENAL (Al rey, pero alto.) Dispénsame vuestra ma-

jestad si me entretengo en tales preguntas, deber es de los ministros interesarse por los leales servidores de sus reyes, y esos cuatro hombres son un modelo de lealtad.

LUIS Acabemos, cardenal, es preciso que desvanzcáis los celos que vuestras palabras insidiosas...

CARDENAL ¡ Señor ! Cuán lejos de mi ánimo... Si insistí en rogaros que su majestad la reina luciese hoy los herretes fué simplemente porque la corte entera viese que llevaba un regalo vuestro... ; pura política ; se dice tanto que su majestad no gusta de más alhajas que las que le envía su hermano el rey de España.

ANA No es cierto..., lo que hay es que me gusta poco lucir galas costosas. ¿ No hay en Francia, señor cardenal, necesitados ? Pues mientras haya miseria en el pueblo no debe haber lujo en el trono.

LUIS Bien, bien ; no discutamos. Por última vez... Os acompañaré si gustáis al tocador por ellos, pero es preciso que esos diamantes...

ANA Esos diamantes..., señor..., no sé... dónde están... he mandado buscarlos y...

LUIS ¿ Cómo ?

MILADY (¡ Mi triunfo !)

TREVILLE (¡ Pobre mujer !

CARDENAL (Sufre, altiva desdeñosa.)

LUIS ¡ Basta !

CARDENAL ¿ Qué vais a hacer, señor ?

ANA ¡ Piedad !

MILADY (¡ El escándalo !)

TREVILLE (¡ La deshonra !)

CARDENAL (¡ La venganza !)

LUIS Ahora lo veréis. ¡ Señores ! (Alto y como llamando. Toda la corte se reúne en torno del grupo. Constanza sale precipitadamente y dice :)

CONSTAN. ¡ Señora ! ¡ Señora !

- LUIS ¿Quién se atreve?
- CONSTAN. Perdonadme, señor..., pero como su majestad había pedido con tanto interés que buscarse sus diamantes en el guarda-joyas, venía...
- CARDENAL A decir que faltan allí.
- TREVILLE Sin duda los han robado.
- LUIS }
- MILADY } ¿Robado?
- CONSTAN. No. A traerlos. ¡Aquí están!
- TODOS ¡Ah!
- CARDENAL (¿Qué es esto?)
- LUIS En efecto... Ved, cardenal.
- CARDENAL Permítame entonces su majestad que yo le ofrezca otros dos para completar el adorno.
- ANA Entonces tendré catorce.
- CARDENAL ¡Catorce!
- LUIS ¡Es claro! Ved... Los doce de mi regalo...
- TODOS ¡Los doce!
- LUIS Y los dos del vuestro.
- ANA (¡Gracias, Dios mío!)
- MILADY (¡No me explico!...)
- CARDENAL (¡No comprendo!...)
- LUIS ¡Señora! Dadme el brazo. Quiero abrir con vos el baile. Sois la más bella de las damas, la más honrada de las esposas y la más adorable de las reinas.
- CONSTAN. ¡Viva la reina!
- TODOS ¡Viva!
- ANA (Aparte a Constanza.) (En mi tocador... dentro de un instante..., un solo momento.)
- LUIS Ordenad, cardenal, que comience la orquesta.
- MILADY (¡Oh furor!)
- CARDENAL (¡Oh rabia!)
- MILADY (¡Burlada!)
- CARDENAL (¡Vencido!)
- TREVILLE Señor cardenal..., los reyes esperan.
- CARDENAL ¡Ah, sí! ¡Música! ¡Música! (En este

momento rompe la orquesta y el baile. Puede bailarse el rigodón de honor, si el director lo cree conveniente.)

MUTACIÓN

CUADRO X

Gratitud, amor y rabia

El tocador de la reina. Ha de haber, en el único término izquierda del actor, puerta con cortinajes; a la derecha, puerta también.

ESCENA IV

CONSTANZA.

¡Albricias, Dios mío! Un instante más y todo se había perdido. Es forzoso reconocer que la Providencia nos protege. La Providencia y ese hermoso mancebo, tan atrevido como afortunado... ¡Oh, se impacienta! (Muévense las cortinas de la puerta. Constanza, dirigiéndose a quien se supone que hay tras ellas, y en voz muy baja dice:) ¡Esperad! ¡Alguien viene! ¡La reina!

ESCENA V

Dicha y LA REINA.

(Muy viva esta escena, mucha acción y poca frase.)

ANA ¡Constanza..., hermana mía!

CONSTAN. Señora..., allí. (Señalando las cortinas.)

ANA Le debo la honra..., la reputación..., la vida..., y sobre todo eso, el placer inmenso de la humillación de mis enemigos.

CONSTAN. Espera.

ANA Voy. Ponte a la puerta. Vigila. (Constanza va a la puerta de la derecha. La reina se quita una sortija y va a la de la izquierda, y sin salir de la escena introduce el brazo entre las cortinas y dice:)
 ¡ Gracias ! ¡ Gracias ! ¡ Tomad ! (Se supone que dentro le besan la mano; se oye el beso.)

CONSTAN. ¡ El rey !

ANA ¡ Y Dios os bendiga ! (Apártase vivamente de la puerta. Constanza viene también al centro de la escena.)

ESCENA VI

Dichos y EL REY.

LUIS ¡ Señora ! Huís de mí la noche primera en que de mucho tiempo la felicidad no había venido a saturar de alegría mi existencia.

ANA ¡ Oh, señor, señor !

LUIS Llamadme Luis, Luis a secas. No soy aquí el rey, sino el esposo, y el esposo enamorado y suplicante.

ANA ¡ Luis mío ! Dispensadme si un momento os he abandonado. No más ; os lo juro. Toda la noche, toda la vida pasaré refugiada en vuestros brazos. Huya así hasta esa apariencia de desvío que han aprovechado los reptiles para verter en vuestro corazón gotas amargas de su baba ponzoñosa. Sois mi esposo, Luis, sois mi dueño, mi dueño único y adorado, mi rey, mi señor. Y ahora, dispensadme si entré un momento a reñir a esta muchacha, por el descuido de no haber tenido a tiempo dispuestas mis joyas.

LUIS ¡ Oh, sed hoy indulgente ! ¡ Sois siempre tan buena ! En esta noche de venturas sin fin, no debe haber nadie ofendido ni triste a nuestro lado. Perdonadla.

ANA Ya lo oís. El rey intercede por vos. Os perdono, y como en toda la noche no volveré a separarme de su lado, quedáis libre de servicio hasta mañana.

CONSTAN. ¡Gracias, señora!

LUIS Venid, Ana; quiero que todo el mundo sepa que me hacéis el más feliz de los mortales. Quiero que Francia entera sepa que sois el arca santa en que guarda la vida el segundo heredero del gran Enrique IV. Venid. (¡ Si no fuera tan altiva !)

ANA Vamos. (¡ Si no fuera tan débil !)

ESCENA VII

CONSTANZA y ARTAGNAN.

CONSTAN. ¡ Se van !... ¡ Se fueron !... ¡ Libre al fin !
¡ Fuerzas, Señor, para defenderme de mí misma ! (A la puerta de cortinas.) Salid.

ARTAGNAN ¡ Constanza mía !

CONSTAN. ¡ Artagnan !

ARTAGNAN ¡ Diablo !... después de sesenta leguas a caballo corridas en doce horas, este rato de gazapera resulta un poco molesto.

CONSTAN. ¿ Sesenta leguas en doce horas ?

ARTAGNAN Como lo oís, hermosa. Hace veinticuatro escasas que llegué a Londres, ¡ ay ! dejando tres compañeros tendidos en el camino.

CONSTAN. ¿ Tres ? Tendidos...

ARTAGNAN ¡ Y gracias que yo lo cuento ! En fin ; llegué a Londres, fuíme al palacio de milord, diciendo al ayuda de cámara : « Anunciad al duque que desea verle el joven que hace cinco noches le desafió en el puente nuevo. » « ¡ Extraña recomendación ! », objetó aquel pánfilo. « Ya veréis que es tan buena como otra cualquiera », repliqué ; y, en efecto, se me hizo pa-

sar adelante. Entro, doy la carta, la lee milord. ¡Demonches; le dolía mucho separarse de aquella única prenda...—son sus palabras...—de amor infinito!

CONSTAN. ¡Oh, callad!

ARTAGNAN Quiso besar por última vez aquel recuerdo, y nos apercibimos al abrir la caja de que los herretes no eran más que diez.

CONSTAN. ¿Diez? ¿Sólo había diez?

ARTAGNAN Diez sólo, y como él sabía que eran doce...

CONSTAN. ¡Qué horrible trama!

ARTAGNAN Pero milord es un gran señor de veras, que sabe hacer las cosas a lo príncipe. Yo os lo afirmo. Llamó a su joyero, con todas las herramientas, lo encerró en una habitación y le dijo: «No saldréis, ni comeréis, ni beberéis, ni veréis a nadie, ni nadie os verá, hasta que hagáis dos herretes de diamantes iguales a estos.» «¡Se necesitan ocho días, señor!...» «¡Pues yo los necesito en ocho horas!...» y se hicieron en ocho horas. Al otro lado del estrecho me aguardaban cuatro caballos soberbios con jaezas magníficas, y saltando de uno en otro, y en una sola jornada, he podido correr sesenta leguas en doce horas y llegar a tiempo de salvar la honra de nuestra generosa soberana.

CONSTAN. ¡Tan a tiempo!

ARTAGNAN He aquí, querida, toda la ciencia de la vida... Llegar a tiempo... La fortuna, el amor, la felicidad..., todo tiene su cuarto de hora propicio.

CONSTAN. Ciertamente.

ARTAGNAN ¡Ah!... pues, por el amor que os tengo..., por lo pasado..., por lo porvenir, que nadie sabe qué sorpresas nos reserva, ¿no me permitiréis acompañaros?

CONSTAN. ¡Cómo! ¿Esta noche? Pero... después de sesenta leguas a caballo... necesitaréis descansar.

ARTAGNAN ; Eh !... nada de eso. Decidme que preferiríais mi amor a otras sesenta leguas de aquí, y os juro correrlas aun en menos tiempo.

CONSTAN. Esperad... Dejadme ir a mis habitaciones... Después..., mañana...

ARTAGNAN ; Mañana ! ¿Estáis bien segura de que el señor cardenal no nos hará ahorcar esta noche?

CONSTAN. ; Oh !... ; Veremos !... ; Esperad ! (Vase.)

ESCENA V

ARTAGNAN ; luego, MR. TREVILLE.

ARTAGNAN ; Pero no me desesperéis, por Dios !
; Está hecho ! (Mirando la sortija que se supone le dió la reina a través de las cortinas.) El viaje bien valía la pena, pero la soberana sabe agradecer y pagar. He aquí una sortija que debe ser un talismán que nos abra las puertas de la fama y de la riqueza. El diamante es magnífico..., y en el aro grabadas las armas reales de España... Muéranse de envidia los que la vean !
; Ah, Mr. Treville !

TREVILLE Os buscaba, mi valiente paisano.

ARTAGNAN ; A mí ? ¿Sabíais ?...

TREVILLE Suponía..., nada más que suponer que estaríais en la fiesta... y que podríais necesitar en ella mi consejo.

ARTAGNAN ; Vuestro ? Siempre, señor.

TREVILLE Os veo muy favorecido... por los joyeros. (Por la sortija.)

ARTAGNAN En efecto... Ved..., es una joya que se me ha regalado y que admirará todo París en mi dedo. Es la celebridad...

TREVILLE Y la Bastilla.

ARTAGNAN ; Eh !

TREVILLE Vine a ofreceros un consejo.

ARTAGNAN Que acepto.

TREVILLE Pues bien... No vaciléis. Vended deprisa, al primer joyero con que tropecéis, esa sortija.

ARTAGNAN Pero...

TREVILLE Y hasta el momento de venderla llevadla con el diamante hacia dentro. Y después... salid de París..., disfrutad completa vuestra licencia.

ARTAGNAN ¡Salir de París!

TREVILLE ¿No valen la pena vuestros amigos de que hagáis un viaje para saber su suerte?

ARTAGNAN ¡Oh! Tenéis razón... ¡Athos, noble Athos! ¡Porthos! ¡Aramis!, a quien dejé en el camino. Antes de amanecer os juro que saldré en su busca.

TREVILLE Muy bien, joven; en tanto, guardaos... Os habéis creado terribles enemigos que están en plena desesperación y son capaces de todo.

ARTAGNAN ¡Bah! La reina...

TREVILLE ¿La habéis visto?

ARTAGNAN Sólo su brazo mórbido y torneado..., su mano, en que he puesto respetuosamente mis labios.

TREVILLE Pues bien..., ella ni aun eso ha visto de vos... Los poderosos, amigo Artagnan, son tremendos usureros del favor que dispensan. Como creen egoístamente que todo se les debe, nada agradecen sino en el instante que lo aprovechan. La reina...

ARTAGNAN La reina es buena.

TREVILLE Pero os vería arcabucear mañana, imposible..., tal vez secretamente satisfecha de perder quien posee su secreto.

ARTAGNAN Me ponéis en cuidado.

TREVILLE ¿Salís al amanecer?

ARTAGNAN Saldré.

TREVILLE Dios os proteja, y creed que soy vuestro amigo..., vuestro mejor amigo. Vuestro padre os diría lo que yo... ¡Partid!
(Vase Treville.)

ARTAGNAN ¡Diablo! ¡Diablo!... No es esto tan be-

llo como yo creía. De modo que he arriesgado veinte veces mi vida, he perdido tres amigos, tres hermanos del alma, he burlado el maquiavelismo del más hábil urdidor de intrigas palatinas y diplomáticas..., del gran cardenal, en fin, para verme al fin solo..., con un puñado de oro por toda paga, y obligado a ocultar mi odisea como si fuera un crimen... ¡Diablo! ¡Diablo!... Si no fuera por el amor de Constanza creería que he hecho una mala jugada... Por fortuna ella me recompensará con creces... ¡Tarda mucho!... Si yo supiera por donde diablos topar con ella... Veamos... Yo vine a este escondite por un pasadizo estrecho..., al fin creo que están sus habitaciones. ¡Dios alumbré mi camino! ¡Constanza! ¡Constanza! (Vase.)

ESCENA VI

CARDENAL y MILADY.

CARDENAL ¿Pero comprendéis esto, señora?

MILADY ¡Oh, no; y me vuelvo loca!

CARDENAL ¡Me han humillado y vencido, pero juro que serán terribles mis represalias!

MILADY ¿No adivináis quién?

CARDENAL Una mujerzuela de la servidumbre..., un endiablado cadete gascón..., tres mosqueteros del rey.

MILADY Esa mujer...

CARDENAL No nos estorbará mañana.

MILADY En cuanto a ellos...

CARDENAL Es preciso que sean míos. ¡Yo les pagaré tan alto, que me sean adictos, y con ellos... ¡oh! con ellos seré invencible! Ahora vamos a comenzar la revancha de la derrota de hoy. Esta misma noche quedará declarada la guerra a Inglaterra.

MILADY ¿La guerra?

CARDENAL A muerte. No caben en Europa dos pueblos ambiciosos, como no caben en el mundo dos hombres que aman a una misma mujer. ¡Francia o Inglaterra! ¡Buckingham o yo!

MILADY ¡Chist!

CARDENAL ¿Qué?

MILADY Callad... Me ha parecido oír ruido tras esa cortina.

CARDENAL Tras... Veamos... ¡Oh! el cadete gascón y la camarista de la reina.

MILADY Van, sin duda, a celebrar nuestra derrota.

CARDENAL ¡Oh..., dejadles soñar, reír, Milady..., la vida es corta... Mañana es posible que se busquen y no se encuentren.

MILADY (Con rencor.) ¡Esa mujer!... ¡Esa mujer!

CARDENAL ¿Y bien? Haced que la llamen con cualquier pretexto..., que se separen un momento... y disponed de ella.

MILADY Gracias, cardenal... ¡No se verán más, lo juro! (Vase.)

CARDENAL Vamos a dar al rey la grata noticia... Mañana habrá estallado la guerra. Me lo llevaré a la campaña. Es preciso separarlo de esa mujer, de esa altiva y ardiente española que lo haría su esclavo... Eso sería mi caída..., mi ruina..., tal vez mi muerte. ¡Necios los que creen ganar al rey contra el ministro, sin ver que el ministro es la cabeza y el rey el espejo que refleja mi voluntad... Ese muñeco ante quien os postráis, es mi esclavo... ¡El rey soy yo! (Vase.)

ESCENA VII

CONSTANZA y ARTAGNAN.

ARTAGNAN Os digo que eso no puede ser. Que no os dejo... ¡Al diablo el servicio!

- CONSTAN. Pero si me llaman..., no sé para qué...
Idos... ; si os vieran aquí... ; Mi marido !
¡ Os amo, sí ; os amo, pero marchad !...
¡ Os avisaré, os lo juro !... ; Idos !... ; Mi
marido !... ; Yo os avisaré, os avisaré !...
¡ Os amo, sí, os amo !...
- ARTAGNAN ¡ Constanza, adiós ! (Vase.)

ESCENA VIII

CONSTANZA y BONACIEUX.

- BONAC. (Entrando.) Hola, mi buena y cariñosa ma-
dame Bonacieux ! ; Tan sola !...
- CONSTAN. Aguardo órdenes.
- BONAC. Acaba de decirme el señor cardenal que
dé por revocadas cuantas os conciernen.
Esta noche, agradecido a vuestros ex-
celentes servicios, os deja en libertad, y
yo vengo a buscaros.
- CONSTAN. ¿ Vos ? (¿ Qué infamia nueva preparan ?)
- BONAC. ¡ Yo, vuestro maridito, vuestro dueño...,
de cuya casa huís por los techos, como
las brujas van el sábado a Barahona !
- CONSTAN. ¡ Lo que sabéis !
- BONAC. ¡ Oh !... desde que soy amigo del gran
cardenal he aprendido mucho..., y he
cambiado mucho. Ya veis ; antes siem-
pre era desgraciado..., ahora soy feliz.
- CONSTAN. ¿ Siempre ?
- BONAC. Menos cuando estoy separado de vos.
- CONSTAN. Hasta' os habéis vuelto galante.
- BONAC. ¡ Ya lo veréis ! Como que a la puerta de
palacio nos aguarda una carroza.
- CONSTAN. ¿ ¡ Una carroza ! ?
- BONAC. Sí..., para que vayamos como dos seño-
res a pasear.
- CONSTAN. ¿ A estas horas ?
- BONAC. ¿ Creéis que sólo en palacio se divier-
ten ? Os equivocáis. El pueblo..., ese
buen pueblo de París, se divierte también

al aire libre..., más allá de las barreras. Os llevaré..., bailaremos..., cenaremos en una hostería. ¡Ya veréis qué noche tan agradable!

CONSTAN. Pero yo no puedo...

BONAC. Sí podéis... Vaya si podéis; como que también nos esperan cuatro amigos de su eminencia, que si hicieseis la descortesía de no querer acompañarnos se enfadarían mucho.

CONSTAN. (¡Es un lazo! ¿Pero dónde me llevan?)

BONAC. ¡Ea! Venid, señora... La resistencia es inútil y peligrosa.

CONSTAN. ¿Eh?

BONAC. Para vos... y para él.

CONSTAN. Para él. ¿Qué decís?

BONAC. Que mi amable inquilino, el cadete gascón, puede pagar cara toda tentativa de vuestra parte. ¡Lo sé todo, señora!

CONSTAN. ¡Ah!

BONAC. ¡Lo sé todo! (¿Qué será todo? El cardenal me encargó mucho que dijese eso en tono hueco y campanudo..., y parece que hace efecto...) ¡Lo sé todo!

CONSTAN. Vamos..., vamos donde queráis..., pero que a él no le suceda una desgracia, porque... ¡os acordaríais de mí!

BONAC. ¡Cómo, señora! ¿Os atrevéis? Pues no os he dicho que ¡lo sé todo!?

CONSTAN. Vamos. (¡Artagnan! ¡Artagnan! ¿Te habré perdido para siempre?)

BONAC. Vamos... Y que conste, señora... ¡Lo sé todo! (Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO XI

¡A la guerra!

El salón regio. Iluminación espléndida. Orquesta.

ESCENA IX

LOS REYES, CARDENAL, TREVILLE, damas y cortesanos.

CARDENAL ¡ Señor ! ¡ Señores ! El honor de la gran nación francesa lo exige... La guerra está declarada.

TODOS ¡ Viva Francia !

LUIS ¡ Pues bien, sea la guerra ! Mañana, a la campaña, pero esta noche, señores, a la fiesta. ¡ Divirtámonos como hombres galantes ; mañana lucharemos como soldados valientes ! ¡ Alegría ! ¡ Regocijo ! ¡ Felicidad ! ¡ Por el futuro delfín !

TODOS ¡ Viva !

CARDENAL (¡ Un delfín ! ¡ Oh, calla, corazón..., no estalles de celos, que te necesito para la venganza !) ¡ A la fiesta, señores !

TREVILLE ¡ Viva el rey ! (Orquesta.)

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO



ACTO SEXTO

PERSONAJES

MILADY.

ARTAGNAN.

ATHOS.

LORD WINTER.

PLANCHET.

POSADERO.

CUADRO XII

Athos.—El conde de la Fere

El patio de una posada.

ESCENA PRIMERA

POSADERO.

Esto no puede sufrirse... Esto no puede tolerarse... Esto me arruina... Ocho días más así, y adiós, parroquia..., adiós, crédito... ¡Eh! ¿Quién?

ESCENA II

Dicho y ARTAGNAN.

POSADE. Caballero...

ARTAGNAN ¿Me conocéis?

POSADE. No tengo ese honor...

ARTAGNAN Pronto olvidáis a los caballeros a quienes tomáis por monederos falsos.

POSADE. ¡ Ah ! Perdonadme... ¿ Soís vos ? ¿ Volvéis ?...

ARTAGNAN Vuelvo a preguntaros qué habéis hecho de mi compañero.

POSADE. ¡ Ah, no me habléis de eso, señor ! La desdicha ha caído con él sobre mi casa.

ARTAGNAN ¿ Pero qué ha sido de ese caballero, so granuja ?

POSADE. Dignaos escucharme, monseñor, y sed clemente. He aquí lo ocurrido : Yo tenía orden de deteneros..., había gente prevenida para ello..., se arrojaron, como visteis, sobre vosotros, huísteis, y quedamos luchando con él.

ARTAGNAN ¡ Vive Dios ! Pero acabad, ¿ Vive ?

POSADE. Luchando en retirada hacia el interior tropezó con la boca de la bodega, que estaba abierta, cayó en ella, y cerró por dentro la trampa, dejando sobre el campo de batalla dos muertos y dos heridos.

ARTAGNAN ¡ Ah, bravo, Athos !

POSADE. Como estábamos seguros de que no podría escapar, lo dejamos en paz.

ARTAGNAN Sí. No se le quería matar, sino prender únicamente.

POSADE. ¡ Justo Dios ! ¿ Prenderlo ? El sí que se ha prendido... Una vez encerrado me fuí a ver al gobernador, para darle cuenta de lo sucedido, creyendo haber merecido una buena recompensa.

ARTAGNAN ¡ Miserable !

POSADE. Señor..., hay que servir al que manda. Figuraos de qué humor me pondría oyendo decir a su excelencia : « Sois un estúpido ; se os mandó detener a uno, y ése ha volado. » Por lo visto me había equivocado.

ARTAGNAN Sí. Os habíais equivocado.

POSADE. Se me ordenó no decir una palabra de lo ocurrido bajo severas amenazas, y volví a casa resuelto a dar la libertad a vuestro amigo, pero ¡ ay ! cuando se la ofrecí

me contestó furioso..., atrancó más la puerta y...

ARTAGNAN ¿Pero dónde está Athos?

POSADE. ¡En la bodega, señor!

ARTAGNAN ¡Cómo! ¡Villano! ¿Le tenéis todavía en la bodega?

POSADE. ¡Bondad divina! Es él que no quiere salir. ¡Yo tenerle!... ¿Pues sabéis lo que hace allí? ¡Si pudierais hacerle salir, os lo agradecería toda la vida! ¡Os adoraría como a mi santo patrón! Figuraos que allí están todos mis excelentes vinos, todas mis provisiones selectas. Que él no deja entrar a nadie, ni sacar nada, y hace ocho días que yo no puedo dar de comer ni de beber a mis parroquianos. ¡Si esto sigue, me arruina!

ARTAGNAN Bien lo merecéis, por cierto.

POSADE. ¡Monseñor! Sacadlo de allí, por los clavos de Cristo. Pensad que estoy desesperado. ¡Si hasta mis ahorrillos tengo allí escondidos!

ARTAGNAN Confío en favoreceros.

POSADE. ¡Así Dios os proteja!

ARTAGNAN ¿Dónde está la bodega?

POSADE. Allí, en aquel pasillo.

ARTAGNAN Llamad.

POSADE. ¡Señor Athos! ¡Señor Athos!

ATHOS (Dentro.) ¡Lléveos el diablo!

POSADE. Hay aquí un amigo vuestro.

ATHOS No tengo amigos.

ARTAGNAN ¡Athos!... ¡Athos!... ¡Soy yo!

ATHOS ¡¡¡Artagnan!!! Allá voy.

POSADE. ¡Gracias, Dios mío!

ESCENA III

Dichos y ATHOS.

ATHOS ¡Artagnan!

ARTAGNAN ¡Athos! ¿Qué es eso? ¿Os tambaleáis?
¿Estáis herido?

- ATHOS ¡ Cá ! Lo que estoy es borracho, ¡ borracho perdido ! ¡ A fe de mosquetero ! ¡ Vive Dios, amigo posadero ! ¡ lo menos me he bebido ciento cincuenta botellas !
- POSADE. ¡ Misericordia ! (Mutis.)
- ARTAGNAN ¿ Por qué hacéis esto, Athos ? Vos, el más valiente y noble de los mosqueteros del rey, el caballero sin tacha, a quien no se conocen jamás deudas, ni amoríos ; a quien la vida sonríe, y, sin embargo, siempre triste y huraño, buscáis en la embriaguez un placer denigrante..., como si os refugiaraís en ella de un gran dolor, de una de esas desdichas que agotan una vida y un bravo corazón.
- ATHOS Artagnan... ¡ Vino ! ¡ Más vino !
- ARTAGNAN Athos..., hay otras dichas..., el amor.
- ATHOS ¿ Tenéis amante ?
- ARTAGNAN ¡ Oh !... ¡ una criatura divina !
- ATHOS No las hay, Artagnan ; todas son humanas.
- ARTAGNAN ¡ Y me ama tanto !
- ATHOS ¡ Inocente ! No hay hombre que no haya creído como vos que le ama su querida, ni le hay a quien su querida no haya engañado.
- ARTAGNAN Excepto a vos, que nunca la habéis tenido.
- ATHOS ¡ Yo ! Es verdad, Artagnan..., yo no la tuve, a mí no me han engañado... Bebamos, Artagnan, bebamos.
- ARTAGNAN No beberéis más... Os embrutecéis, os...
- ATHOS Y decidme : ¿ y Porthos y Aramis ?
- ARTAGNAN Les he libertado, como vengo a hacer con vos mismo, y están ya camino de París.
- ATHOS Entonces, podéis descansar. Vino, posadero.
- POSADE. ¿ Vino ? Pero señor, si habéis dado al traste con mi bodega.
- ATHOS Pues entonces hablaremos. Quiero contaros una historia de amor, a vos, que os sentís enamorado. Es una historia entre-

tenida y curiosa que os puede enseñar algo... Veréis. Érase en el Bervy..., en mi provincia, donde un señor, noble como el rey mismo, joven, rico y lleno de ilusiones y esperanzas, se enamoró. El conde—¿os he dicho que era un conde? se enamoró a los 25 años, por primera y única vez, de una muchacha de diez y seis primaveras, hermosa... ¡como el amor mismo! candorosa, ardiente... No enamoraba, enloquecía... Vivía la bella en una aldea con un hermano cura... Ambos eran forasteros... Nadie sabía de donde procedían, pero al verlos tan hermosa a ella..., tan religioso a él, nadie preguntaba... El conde pudo seducirla... pero era hombre honrado y prefirió hacerla su esposa. El necio, el tonto, el estúpido... ¡se casó!

ARTAGNAN ¿Por qué no, si la amaba?

ATHOS ¡Aguardad! Se la llevó a su palacio..., la convirtió en la primera señora de la provincia... y... hay que hacerle justicia, sabía sostener perfectamente su papel de gran dama.

ARTAGNAN Proseguid.

ATHOS Prosigo. Cierta día, yendo de caza con su marido..., cayó del caballo y se desmayó. Corrí... Corrió el conde a socorrerla, y como el vestido la sofocaba rasgó con su puñal la tela, dejando desnudo un hombre... ¿A qué no adivináis lo que tenía la bella, la pura, la cándida paloma, en aquel hombre?

ARTAGNAN ¿Cómo queréis que lo adivine?

ATHOS Pues tenía... grabada... ¡una flor de lis!

ARTAGNAN ¡Jesucristo!

ATHOS Aquella mujer infame estaba marcada por la mano del verdugo.

ARTAGNAN ¡Qué horror!

ATHOS El ángel era un demonio. La candorosa

joven... ¡había robado los vasos sagrados de una iglesia !

ARTAGNAN ¿Y qué hizo el conde?

ATHOS El conde era un gran señor..., tenía alta y baja jurisdicción sobre sus tierras y vasallos... Acabó de desgarrar las ropas de la condesa, le ató con ellas las manos a la espalda... ¡y la colgó de un árbol !

ARTAGNAN ¡Cielos ! ¡Athos ! ¡ Un asesinato !

ATHOS Nada de eso..., justicia. ¿Veis como necesitamos más vino? Esa historia n-e ha curado de las mujeres bellas, poéticas y enamoradas. ¡Dios os conceda otro tanto !
¡Bebamos !

ARTAGNAN ¡No ! ¿Y su hermano?

ATHOS ¿El cura? Pregunté por él para ahorcarlo también, pero me había tomado la delantera y desapareció, como desapareció el cuerpo colgado de la infame.

ARTAGNAN ¿Y se ha sabido quién era ese miserable?

ATHOS El primer amante y el cómplice de la hermosa. Un hombre de bien que se había fingido cura para casar a su querida y dotarla de una posición brillante. ¡Supongo que lo habrán descuartizado !

ARTAGNAN ¡Dios mío ! ¡Dios mío ! ¡Pobre Athos !

ATHOS ¿Pero no bebemos ? ¡Bah ! Los jóvenes de hoy no saben beber, y, sin embargo, vos sois de los mejores. ¡Vino, posadero, vino !

ESCENA IV

Dichos y POSADERO

POSADE. ¡Vino ! ¿Y de dónde he de sacarlo ? ¡Señor ! ¡Me habéis perdido !

ARTAGNAN ¿Qué decís?

POSADE. No sólo, señor, se ha bebido ciento cincuenta botellas, sino que ha roto otras tantas. De cincuenta salchichones ape-

nas me quedan dos jamones..., quesos, todo está echado a perder. ¡Ah, pero me pagaréis! ¡Me pagaréis, o haré una que sea sonada!

ATHOS ¿Cómo..., villano...? ¿te atreves?

POSADE. ¡Estoy desesperado! ¡Perdido!

ARTAGNAN Bien os estaría por vuestra conducta..., pero tranquilizaos, se os pagará... ¿Qué es eso?

POSADE. Un jinete que a rienda suelta se dirige aquí... ¡Se apea, señor!

ESCENA V

Dichos, PLANCHET

PLANCHET ¿Está aquí Mr. de Artagnan?

ARTAGNAN ¡Planchet!

PLANCHET ¡Señor! ¡Qué desgracia, señor! ¡Qué desgracia!

ARTAGNAN ¿Desgracia?

PLANCHET Como ordenasteis, me quedé esperando ocasión de decir a madama Bonacieux el objeto de vuestro viaje y lo rápido de vuestro regreso.

ARTAGNAN ¿Y has tenido noticias?

PLANCHET Ayer, señor..., vino la señora a casa.

ARTAGNAN ¡Constanza!

ATHOS ¡Mujeres! ¡Mujeres! ¡Prefiero el vino!

PLANCHET Vino, señor, y preguntó por vos con un interés...

ARTAGNAN Sigue... ¡alma mía!

PLANCHET Y cuando iba a darle vuestros encargos...

ARTAGNAN ¡Qué! ¡Acaba!

PLANCHET Aparecen unos esbirros..., la sujetan..., la conducen por fuerza a una carroza y desaparecen todos como una mala visión.

ARTAGNAN ¡Jesús! Pero dónde...

PLANCHET ¡El diablo lo sabe! El diablo y una mujer..., una señora rubia, hermosa, muy elegante que capitaneaba aquella chusma y

a la que oí decir,, cuando se llevaban a la prisionera... : «Me vengué de los dos ; no se verán más !»

ARTAGNAN ¿Cómo? ; Una mujer !

PLANCHET Una dama.

ATHOS Todas son hembras.

ARTAGNAN Pero ¿qué puede ser esto?

ATHOS ; Una traición !

PLANCHET ; Una venganza !

ARTAGNAN Una venganza, sí ; ¿pero de quién? ¿Qué mujer es ésa?

PLANCHET Por las trazas de los corchetes juraría, señor, que en todo ello anda el cardenal.

ATHOS ; El cardenal !

ARTAGNAN ¡ Ah ! ; Eso es ! ; Constanza ! ; Constanza mía ! Te he perdido ; oh, corramos a París.

ATHOS Al revés, huyamos de París.

ARTAGNAN ; Sólo allí puedo encontrar su pista !

ATHOS ; Por eso ! ; Necio ! ; No es mejor perderla cuando aun tenéis la ilusión de su amor, que perderla luego, cuando el desencanto os ennegrezca el alma? Quedaos y bebed conmigo.

ARTAGNAN ; Al contrario ! ; Athos ! Por nuestra amistad. ; Partamos !

ATHOS ¿Lo queréis?

ARTAGNAN ; Os lo suplico !

ATHOS Pues bien, aguardad un solo momento que coja mis armas y en marcha. (Se va.)

ARTAGNAN ; Oh desesperación ! ; Constanza ! ; Yo te encontraré aunque haya de revolver el mundo, derribar al cardenal y escalar las gradas del trono !

PLANCHET ; Señor ! ; Señor ! ; Ah, señor !

ARTAGNAN ¿Qué pasa ahora?

PLANCHET Mirad..., de aquella silla de postas se apean un caballero y una dama.

ARTAGNAN ¿Y bien?

PLANCHET Que esa dama..., esa dama...

ARTAGNAN ; Concluye !

PLANCHET ; Es ella ! ; Señor ! ; Es ella !

ARTAGNAN ¿Quién?

PLANCHET ¡La ladrona de madame Bonacieux!

ARTAGNAN ¡Ah! ¡Entonces el cielo me la envía!

ESCENA VI

Dichos, MILADY, LORD WINTER y, a su tiempo, ATHOS

LORD ¡Ah de la casa! ¡Pasad, hermana mía!

ARTAGNAN ¡Oh!

PLANCHET ¡Prudencia, señor!

LORD Descansaremos mientras mudan el tiro y luego continuaremos nuestro viaje.

MILADY Pero esa precipitación..., esa rávida venida por mí, ese empeño de llevarme a toda prisa a Inglaterra...

LORD Señora..., sois la viuda de mi hermano. La condesa de Winter, un título que significa la mitad de la brillante historia inglesa. Nuestra nación rompe hostilidades con Francia. ¿Debéis ni podéis decorosamente vivir en París? Mi nombre, mi nobleza, me obligan a combatir por mi patria, ¡puedo sucumbir!...

MILADY ¡Oh... milord!

LORD Tenéis un hijo que ha de heredar ese título y ese nombre. ¿Quién sino vos debe estar a su lado y al frente de nuestra casa en la eventualidad de que eso ocurra? Además, señora..., no debo ocultaros que en Londres se extraña vuestra conducta..., tanto viaje rápido y misterioso. Mi mejor amigo, mi hermano del alma, milord Buckingham...

ARTAGNAN ¡Buckingham!

LORD Me ha hecho respecto a eso indicaciones...

MILADY ¿Él? ¿Sospecha...?

LORD ¿De qué, señora?

MILADY Oh..., de... esos viajes.

LORD Únicamente presume que sois demasiado

amiga del gran enemigo de nuestra patria..., del duque rojo, de Satanás con capelo, del cardenal Richelieu.

MILADY ¡Yo! ¿Y vos creéis?

LORD ¡Yo! Yo no puedo creer que la condesa de Winter manche su nombre..., porque ese nombre es mío y lo lavaré con sangre.

ARTAGNAN Pues bien..., lord Winter.

LORD ¿Quién sois?

MILADY ¿Qué queréis?

PLANCHET ¡Señor!

ARTAGNAN Soy un caballero, un hombre honrado que viene a deciros que esa mujer...

LORD ¡Señora!

ARTAGNAN Que esa mujer no es la amiga, es el instrumento del cardenal Richelieu.

MILADY ¡Infamia!

LORD ¿Estáis loco?

ARTAGNAN Os daré, cuando gustéis, cuenta de mi razón con la espada; ni busco ni rehuyo un lance. No es mi intento insultaros, sino por el contrario defenderos de la traición miserable que se cobija bajo vuestro propio techo, que se encubre con vuestro propio apellido.

MILADY ¿Cómo? ¿Toleráis hablar a ese miserable? ¿Tanto ha decaído la sangre de los Winter? ¡Matadlo!

ARTAGNAN ¡Calma..., señora! Os acuso formalmente de ser la espía del cardenal..., la ladrona de los dos herretes de brillantes con los que se pretendía deshonar a la reina de Francia..., la secuestradora de la leal camarista de esa reina, ¡de Constanza Bonacieux!

MILADY ¡Qué infame tejido de calumnias!

LORD Caballero..., pensad que estáis hablando de la esposa de mi hermano muerto..., de la madre de mi sobrino único, de una dama inglesa.

ARTAGNAN El secuestro se ha verificado en mi pro-

- pia casa, y este fiel criado ha visto y oído a esa señora.
- MILADY Sois un villano embustero, y ya que no me venga quien debe, yo misma os escupiré al rostro.
- ARTAGNAN ¡Y yo, a pesar de ser mujer, si no me decís dónde está Constanza, juro que os exsartaré en mi espada como una sabandija venenosa!
- LORD Basta, caballero. Dadme inmediatamente cuenta de esos insultos. (Sacando la espada.)
- ARTAGNAN Con sumo gusto. ¡Planchet! Evita que esa víbora se nos escape mientras mato al señor.
- ATHOS (Habrá aparecido algo antes. Muy solemne.) Un momento.
- MILADY ¡Cielos! ¡Esa voz!
- ATHOS ¿Sois el hermano político de esta mujer?
- MILADY (Aterrada.) ¡Él! ¡Él!
- LORD ¡Lo soy!
- ARTAGNAN ¿Qué es esto?
- ATHOS ¿De cuando data ese conocimiento y esa boda?
- MILADY ¡Misericordia!
- LORD Uno y otro son casi simultáneos, de hace cinco años!
- MILADY (¡Oh..., si habla!... ¡Mi puñal!)
- ATHOS Pues bien, esa mujer no pudo casarse con vuestro hermano, porque la querida del hermano del verdugo de Amiens estaba casada con el conde de La Fere.
- MILADY ¡Muere, miserable! (Arrojándose, puñal en mano, sobre Athos. Artagnan la detiene por los hombros, luchan un momento, cae la manteleta y deja al descubierto Milady el hombro marcado con una flor de lis azul. Artagnan le quita el puñal.)
- ARTAGNAN ¡Ah, víbora!
- LORD ¿Qué decís? ¡Dios eterno!
- MILADY ¡Soltadme! ¡Ah!
- ATHOS ¡Mirad!
- LORD } ¡La flor de lis!
- ARTAGNAN }

ARTAGNAN ¡ Pobre Athos ! ¡ Pobre amigo mío !

LORD ¡ Era una infame marcada por el verdugo !

PLANCHET ¡ Jesucristo !

MILADY ¡ Oh, no me matéis !

LORD ¡ Mataros ! ¡ Sería bien poco castigo, señora !

MILADY ¡ Si vivo sabré vengarme !

LORD ¡ Deshonrado ! ¡ Deshonrado !

ARTAGNAN ¡ Qué horror ! ¿ Qué habéis hecho ?

ATHOS Mi deber. (Todo rapidísimo. Las frases primeras durante la breve lucha de Milady y Artagnan, luego simultáneas las de todos los personajes, de modo que sea un rayo el final, para producir el efecto. Telón rápido también.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEXTO



ACTO SEPTIMO

PERSONAJES

MILADY.	EL CARDENAL.
WINTER.	ROCHEFORT
ARTAGNAN.	FELTON
ATHOS.	BUCKINGHAM.
PORTHOS.	PATRICK.

En Londres y en La Rochela

CUADRO XIII

Felton.—La seducción

Decoración corta, sala de piedra, puerta a la derecha. Mesa y un taburete.

ESCENA PRIMERA

MILADY y LORD WINTER

LORD ¿Es decir, mujer infame, que habéis arras-
trado por el fango de vuestra asquerosa
ignominia el nombre más respetable de
Inglaterra? ¿Que después de ser sacríle-
ga e infame, la querida de un cura y la
mujer de un noble, vinisteis a nuestra
casa pasando por inocente para manchar
el tálamo de mi hermano? ¿Que sois fran-
cesa y pasáis por inglesa, que sois carde-
nalista y lleváis un apellido británico e

ilustre, y que al amparo de la ley pretendéis que pase mi título, mi casa, mi fortuna a un desdichado hijo del acaso, del placer y del crimen? ¡Oh, no será!

MILADY ¡Vuestra indignación sería justa si lo que os han dicho fuese verdad!

LORD ¡Pero desgraciada! ¿y esa marca infamante en vuestro hombro?

MILADY Registrad todos los tribunales de Francia, en ninguno encontraréis mi sentencia.

LORD ¿Y vuestro terror ante vuestro primer marido?

MILADY ¡Le creía muerto!

LORD No quiero condenaros sin pruebas terminantes, aunque basta lo probado, lo confesado por vos misma, para daros cien muertes..., pero mientras recurro y compruebo todos los detalles de vuestra historia quiero privaros de hacer el mal que con tanta abundancia habéis repartido.

MILADY ¿Cómo?

LORD Felton.

ESCENA II

Dichos y FELTON

FELTON ¡Señor!

LORD Escucha bien, ¡esta mujer es una infame!

MILADY ¡Señor!

LORD ¡Callad! Una infame, una víbora a la que es preciso aplastar. Mientras ese instante llega debe inutilizársela. Te la confío. De ningún modo saldrá de esta habitación. ¿Lo oyes? Bajo ningún pretexto. Aunque debiera morir. Aunque el mundo entero la reclamase.

FELTON ¡No saldrá!

LORD Y ahora me voy tranquilo. Emplead si podéis vuestras seducciones con este hombre... Serán inútiles. Felton me pertene-

ce... Sabe que su vida me responde de sus actos.

MILADY

¡ Sois un tirano !

LORD

¡ Ja, ja, ja ! ¿ Os vais a hacer la víctima ? ¿ Comenzáis, acaso, vuestra comedia ? Hoy salen nuestros soldados para la Rochela. Voy a despedirlos con el rey y la corte toda. Felton..., lo dicho.

FELTON

Descuidad, señor.

LORD

Hasta luego..., mi querida cuñada.

ESCENA III

MILADY y FELTON

MILADY

¡ Miserable ! ¡ Miserable !

FELTON

Señora, os ruego que no insultéis a mi protector, a mi segundo padre:

MILADY

¿ Vuestro?... Scréis, acaso, tan miserable como él ?

FELTON

¡ Señora !

MILADY

¡ Dejadme !

FELTON

Imposible. No me moveré de aquí hasta el regreso de lord Winter ; son sus órdenes.

MILADY

Ocultaos al menos, libradme de vuestra odiosa presencia y callad, ahorradme el dolor de oídos, ¡ cómplice inconsciente de mi desgracia ! (Felton se retira al foro.)
(¡ Oh..., este cautiverio sería muy largo y su final harto trágico... ¡ No ! ¡ Quiero vivir !... ¡ Quiero vengarme de todos ! El cardenal estará desesperado sin noticias mías. Mis hombres no acabarán con el gascón si creen que les abandono... Constanza saldría del convento si la reina llegara a saber dónde está... Es preciso que todo eso no suceda. El cardenal me perdería. Conoce toda mi historia..., esa horrible historia en que palpitan todos los crímenes de de la Fere..., amigo del gas-

cón..., el gascón me conoce, sabe mi historia. ¡Estoy perdida, perdida sin remedio si un golpe audaz no me libra de toda esa gente! Mi cuñado tiene mala mano para elegir servidores... Desde que me vió sus ojos me buscan sin cesar y se llenan de llamas que súbitamente desaparecen... Es fanático..., casi loco..., lo haré mi esclavo... ¡Veamos!) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy! Pero sufro por vos, Señor, y el sacrificio ¿qué me importa?

FELTON ¡Señora!

MILADY ¿Vos otra vez?

FELTON Milord Winter, que es católico como vos, no os prohibirá rezar a vuestro gusto... Inmediato a esta habitación hay un oratorio y...

MILADY (¡Es puritano!) ¿Yo? Bien sabe mi cuñado..., ese católico corrompido, que no soy de su secta. En eso estriba su odio.

FELTON ¿Pues a qué religión pertenecéis?

MILADY Lo diré el día que haya sufrido bastante por ella... Sólo ese día.

FELTON ¿Por ella?

MILADY ¡Oh, Dios mío! ¡Perdonad a mis enemigos, que son los vuestros, como yo los perdono!

FELTON Pero...

MILADY ¿Pues cuál creéis que es la causa de la persecución que sufro? Tengo un hijo, un hijo que ha de llevar el nombre y título de Winter y a quien éste quiere católico como él, pero soy su madre y de buen grado renunciaría a la fortuna, al esplendor..., pero de ningún modo a la gloria de mi hijo. Quiero que como yo sea puritano y por eso me separen de él, me encierran, me martirizan.

FELTON ¡Qué infamia!

MILADY ¡Oh! Es una historia tristísima la mía,

caballero. Un miserable que ocupa el primer puesto en Inglaterra...

FELTON ¡Buckingham!

MILADY Ese... Enamorado de mí, ha querido hacerme su querida..., y mi cuñado... Lord Winter, veía esa infamia con placer porque podría proporcionarle algunos de esos vanos y ridículos honores mundanos... Yo abomino a los enemigos de mi religión y Buckingham es su perseguidor más cruel.

FELTON ¡Oh, sí! Ese hombre merece la muerte.

MILADY (¡Ya es mío!) El Señor ha extendido su mano sobre él y no se librará del castigo que merece.

FELTON ¡Dios es misericordioso, pero es justo!

MILADY Al pedir su castigo, bien sabe el Señor que no lo pido por mi propia venganza, sino por la emancipación de todo un pueblo. ¡Por favor, señor, dadme un instante vuestro cuchillo..., habréis salvado mi honor.

FELTON ¡Mataros vos! ¡Mataros vos!

MILADY ¡Ah!... he revelado mi secreto. ¡Mi hijo, obligado a aceptar lejos de su madre una fe falsa! ¡Yo condenada a ser por la violencia pasto del lúbrico deseo de un monstruo enemigo de mi Dios! ¡Matadme antes, por piedad! ¡Matadme!

FELTON ¡Mataros!

MILADY (No está convencido aún. O he estado poco expresiva o sobrado precipitada.)
¡Señor! ¡Señor! ¡Tened compasión de mí! y en todo caso... ¡hágase vuestra voluntad!

FELTON Señora..., calmaos. Tales infamias no se llevarán a efecto mientras yo pueda ser-viros.

MILADY (¡Ya es mío!) ¿Vos? ¿Pero vos no sois su cómplice, su instrumento?

FELTON ¿Yo?

MILADY ¡Vos! Cómplice, sí, de ese hijo de Belial

que se llama lord Winter, puesto que me dejáis en sus manos, en manos de mis enemigos, de los enemigos de Inglaterra, de los enemigos de Dios... Cómplice de ese Sardanápalo a quien los ciegos llaman Buckingham y los creyentes Ante-Cristo.

FELTON ¡ Yo entregaros a Buckingham ! ¡ Jamás !

MILADY ¡ Tienen ojos y no ven ; oídos y no oyen !

FELTON ¡ Oh !... ¿ pero cómo libertaros ?...

MILADY ¡ Escuchad ! En breve pasará por ante esas ventanas el tirano...

FELTON ¡ Sí !

MILADY Pues bien..., dejadme un momento entonces vuestro cuchillo y abrid la puerta... ¡ Seré Judit ! Moriré vengando a mis hermanos !

FELTON ¡ Oh ! ¡ hermana mía !

MILADY ¿ Cómo ? ¡ Vos ! ¿ Seríais acaso ?

FELTON ¡ Sí ! ¡ Soy puritano como vos ! ¡ como tú ! y arde en mi pecho furioso el fuego de la indignación contemplando la insolencia de ese monstruo de liviandad... Pero... tenéis razón. ¡ Es preciso el martirio para la redención, sólo que no sois vos la que irá a él, sino yo, ¡ yo !

MILADY ¡ Vos ! ¡ Tú ! ¡ Oh, no, no, no lo consentiré... Avisaré a todos..., gritaré.

FELTON Es inútil. ¡ Yo, el que habrá librado al mundo de esa horrible plaga ! ¡ Yo el que habré salvado a mi pueblo de su estúpida tiranía. ¡ Yo le mataré ! ¡ Por mí..., por ti..., por nuestro Dios ! (Vase.)

MILADY ¡ Mi Dios ! ¡ Fanático insensato..., mi Dios es la venganza y el que me ayuda a vengarme... Pero ¡ dónde ha ido ! Es preciso no perder el tiempo, hacer un esfuerzo supremo. Hace diez días que salí de Francia..., el sitio de La Rochela debe estar ya formalizado. El cardenal espera mis noticias. ¡ Vuelve !

FELTON Perdonad, hermana... ; he ido sólo en

vuestro obsequio. (Vuelve con un capotín de marino.)

MILADY
FELTON

¿Eh?

Escuchad... Hay en el puerto un capitán de barco... el de «La buena nueva», que es amigo mío, que es mi hermano. Nada puede negar que se le pida en nombre mío.

MILADY
FELTON

¿Y bien?

Os pondréis este capote, os echáis la capucha y salís conmigo.

MILADY
FELTON

Pero...

Una vez fuera nos separamos, yo iré en busca del ministro. Vos, en busca de ese barco, y a bordo me esperáis. El capitán hará cuanto queráis con esa sortija que os cedo y que es el sello de una asociación religiosa secreta a que ambos pertenecemos. ¡Me esperaréis hasta las nueve... Si a esa hora no he ido a reunirme con vos partiréis... sola.

MILADY
FELTON

Pensad que tal vez os detengan y...

¡La vida no vale lo que la gloria! ¡Partamos! Ya lo sabéis..., ¡hasta las nueve!

MILADY

(¡Estúpido! ¡Ah!... libre por fin... Ahora a Francia; al convento donde está la amante de Artagnan a dar cima a mi venganza.) ¡Partamos!

MUTACIÓN

CUADRO XIV

La muerte de Buckingham

Gabinete en el palacio de Buckingham.

ESCENA IV

BUCKINGHAM y PATRICK.

PATRICK

¡Señor! Viene un joven oficial que desea veros, de parte de lord Winter,

BUCKING. Hacedle que pase, Patrick.
PATRICK Pasad.

ESCENA V

Dichos y FELTON

FELTON ¡ Señor !

BUCKING. ¿ Por qué no ha venido el barón en persona ? Le aguardaban por la mañana.

FELTON Me ha encargado que diga a vuestra excelencia que le perdonéis, pues le impide abandonar el castillo...

BUCKING. Lo supongo..., la vigilancia con su prisionera.

FELTON ¿ Sabéis ?

BUCKING. Todo, y voy a daros la orden que le ofrecí para que sea conducida a uno de los presidios del reino.

FELTON ¿ Cómo ?

BUCKING. Lord Winter es muy generoso. Yo no dejaría sobre la tierra rastro de la miserable criatura que se hace llamar condesa de Winter y que en la realidad se llama sólo Carlota Backson.

FELTON ¿ Cómo ?

BUCKING. Tomad la orden.

FELTON ¿ Y la habéis firmado sin escrúpulo de conciencia, milord ?

BUCKING. ¿ Qué decís ?

FELTON Que vuestra ruindad llega al extremo de enviar a presidio a la mujer que no se rinde a vuestro lascivo antojo.

BUCKING. ¡ Estáis loco !

FELTON No lo estoy, milord, y sé perfectamente que habéis querido abusar de esa pobre mujer que ahora llamáis Carlota Backson y que sabéis perfectamente que es la condesa de Winter, milady Angélica Villiers de Winter !

BUCKING. ¡ Señor oficial ! Salid al punto de aquí y

- constituíais arrestado hasta nueva orden.
- FELTON Os pido..., os exijo la orden de libertad de esa dama a quien habéis querido deshonrar.
- BUCKING. ¡Yo! Salid, o llamo y hago que os arrojen mis gentes de aquí.
- FELTON No llamaréis, y cuidado, milord. Ved que estáis en las manos de Dios.
- BUCKING. En las del diablo, queréis decir.
- FELTON Firmad esa orden de libertad.
- BUCKING. ¡Nunca!
- FELTON La firmaréis a la fuerza.
- BUCKING. ¿A la fuerza? ¿Os estáis burlando de mí?
- ¡Patrick!
- FELTON ¡Firmad!
- BUCKING. ¡Jamás!
- FELTON ¿Jamás?
- BUCKING. ¡Patrick! ¡Guardias! ¡Hola!

ESCENA VI

Dichos y PATRICK

- PATRICK ¡Milord!... ¡una carta de Francia!
- BUCKING. ¡De Francia!
- FELTON ¡Dios lo quiere! (Hiriéndole.)
- BUCKING. ¡Ah, traidor! ¡Me has muerto!
- PATRICK ¡Socorro! ¡Al asesino!
- FELTON ¡Oh..., por aquí!

ESCENA VII

Dichos y LORD WINTER

- LORD ¡Atrás, desdichado!
- FELTON ¿Vos?
- LORD ¡Me lo figuraba! ¡Llego demasiado tarde! ¡Guardias! ¡Sujetad a ese hombre!
- ¡Milord! ¡Milord!
- BUCKING. ¿Y ella..., Winter?

LORD ¡ Se ha fugado !

BUCKING. Que se lo lleven..., encerradlo... ¡ Ahí !
(En una habitación lateral donde lo meten.) Y ahora Winter, ¡ que entre el mensajero de Francia !

LORD ¡ Señor !

BUCKING. Me muero, Winter..., pero quiero esa carta antes.

ESCENA VIII

Dichos, ARTAGNAN.

BUCKING. ¿ Vos ?

ARTAGNAN ¡ Milord ! ¿ Herido ? ¡ Ah, qué gran desdicha !

BUCKING. ¡ Vos ! ¿ Es... de ella ?

ARTAGNAN ¡ De ella ! Pero ¡ ay, demasiado tarde !

BUCKING. ¡ Ah..., no podré saber lo que me dice !
Dios mío..., ¡ me muero !

LORD Animo, milord... Un médico.

BUCKING. ¡ No ! ¡ Solos..., solos nosotros ! Decid, valiente joven.

ARTAGNAN Milord..., he abandonado el campamento para traeros esta carta.

BUCKING. Mi recompensa...

ARTAGNAN Estoy recompensado. A cambio de ella se me dice dónde 'está encerrada la mujer que adoro... Ya veis si me pagan espléndidamente.

LORD Pero los peligros han vuelto.

ARTAGNAN ¿ Vuestra cuñada ?

LORD ¡ Se ha escapado !

ARTAGNAN ¡ Maldición !

LORD ¡ Convirtiendo a mi mejor servidor en el asesino de mi mejor amigo !

BUCKING. No puedo... Leedme, Winter, por Dios, esa carta... ¡ Deprisa ! ¡ Me muero !

LORD «Milord. (Lee.) Por todo cuanto he sufrido desde que os conocí os ruego que acabéis esa guerra inicua con pretexto de

religión y causa del amor que me tenéis. No pesen sobre él las maldiciones de dos pueblos, no lo manche la sangre de tantos inocentes. Velad por vuestra vida, que está amenazada y que me será grata desde el momento en que no me vea obligada a consideraros como un enemigo. Vuestra affma. Ana.»

BUCKING. ¿No... tenéis... otra cosa que decirme de viva voz?

ARTAGNAN Sí, milord... ¡pero bien inútil ya! La reina me ha encargado que os previniese que os guardaseis, pues se tramaba vuestro asesinato.

BUCKING. ¿Y nada más?... ¿Nada más?...

LORD Joven. (¡Se muere!)

ARTAGNAN ¡Y... que os ama siempre!

BUCKING. ¡Ah! ¡Gracias! ¡Gracias! Patrick, trae ese cofrecillo donde estaban los herretes de brillantes.

PATRICK ¡Señor!

BUCKING. ¡Tomad! Las únicas prendas que tenía de ella..., ese cofrecillo y esas dos cartas..., devolvédsele todo a vuestra reina, y como postrer recuerdo... añadiréis... ¡ese cuchillo! (Se arranca el cuchillo de la herida y muere.)

PATRICK ¡Ah!

LORD ¡Muerto!

ARTAGNAN ¡Muerto!

LORD Sí..., y esa mujer, libre.

ARTAGNAN ¿Sabéis que se ha intentado asesinarme tres veces en su nombre?

LORD Es preciso vengar al duque... ¡Yo lo haré, amigo mío!

ARTAGNAN ¿Y el asesino?

LORD ¡Allí!

ARTAGNAN ¡Salid!

ESCENA IX

Dichos, FELTON, entre los guardias.

ARTAGNAN ¡ Desdichado ! Mirad vuestra obra y sabed que habéis sido un vil instrumento de una odiosa criatura, sacrílega y criminal... ¡ Os lo juro por mi honor por la sangre de ese pobre muerto !

LORD Sufre el castigo ahora sólo, ¡ miserable ! pero te juro por la memoria de mi hermano a quien tanto amé, que tu cómplice no se ha salvado.

FELTON ¡ Dios lo ha querido !

TELÓN

FIN DEL ACTO SÉPTIMO



ACTO OCTAVO

PERSONAJES

MILADY.	PORTHOS.
CONSTANZA.	ARAMIS.
ABADESA.	LORD WINTER.
ARTAGNAN.	ROCHEFORT.
ATHOS.	EL VERDUGO DE LILLE.

CUADRO XV

¡Pobre Constanza!

Sala en un convento. Puerta a la derecha segundo término, otra a la izquierda primero, y otra más pequeña en segundo. Cuadros de asuntos religiosos. Una mesa en primer término izquierda, y junto a ella, un sillón de baqueta.

ESCENA PRIMERA

MILADY y ABADESA.

- MILADY : Ya sabéis, señora : orden del cardenal.
ABADESA : Podéis decir a su eminencia que serán cumplidas sus órdenes.
MILADY : Decidme : ¿no hay alguna salida oculta, por si fuera preciso?
ABADESA : Sí : al extremo de este corredor hay, en la tapia del huerto, una puerta que comunica con el exterior. Esta es la llave, tomad.
MILADY : Está bien ; ahora haced llegar hasta aquí a la reclusa por la cual vine. Necesito ha-

blar con ella. Decidle que una amiga desea verla.

ABADESA Al momento. (Vase.)

ESCENA II

MILADY.

De nada va a servirles el salvoconducto del cardenal que me arrebataron. ¡Oh..., les heriré en el corazón! Me han tratado peor que a cualquiera de sus criados que les traicionase... Han sido siempre un estorbo en mi camino. Athos me hizo ahorcar... No fué culpa suya si escapé con vida... Artagnan mostró quien era a Winter... Los dos conocen el secreto de la flor de lis... ¡mancha maldita! ¡Los dos morirán!

ESCENA III

Dicha, ABADESA y CONSTANZA.

ABADESA ¡ Señora !

CONSTAN. ¡ Señora !

MILADY ¡ Oh..., pasad, pasad, amiga mía !

CONSTAN. ¡ Vos mi amiga !

MILADY Dejadnos, madre abadesa. (Mutis la abadesa.) ¡ Yo ! Yo soy vuestra amiga, como no tenéis otra.

CONSTAN. Permitidme...

MILADY ¿ Dudarlo? No. No quiero permitirlo, y voy, por el contrario, a desvanecer todas vuestras dudas. ¿ Me habéis visto dirigiendo vuestro secuestro?

CONSTAN. ¡ Sí !

MILADY Pues bien, fué en vuestro obsequio. Me fingí amiga del cardenal porque sé que quería asesinaros.

CONSTAN. ¡Asesinarme !

MILADY ¡Sí ! Porque sabéis el secreto de los amores de la reina y de los desprecios de ésta al cardenal. Porque fuísteis la que, presentando los herretes en el baile, evitasteis la perdición de la soberana.

CONSTAN. ¡Mil veces lo haría !

MILADY ¡Bien, hermosa niña, muy bien ! Yo quise evitar vuestra muerte y la impedí.

CONSTAN. No os lo agradezco. Vivir así separada y sin noticias de cuánto se ama ¿no es peor que morir ?

MILADY Ya me lo agradeceréis cuando sepáis que quise conocer vuestro retiro precisamente para decirlo a una persona que de otro modo hubiera enloquecido buscándoos.

CONSTAN. ¡Ah ! ¿Otra persona ?

MILADY Un valiente y gallardo mancebo.

CONSTAN. ¡El !

MILADY ¡El caballero de Artagnan !

CONSTAN. ¡Artagnan ! ¿Conocéis a Artagnan ?

MILADY Soy su mejor amiga.

CONSTAN. ¿Su... amiga ?

MILADY ¡Oh..., no tengáis celos, bella Constanza ! Soy precisamente su amiga porque amo, como vos amáis a ese valeroso joven, a otro joven, íntimo, inseparable amigo del gascón y mosquetero de su majestad.

CONSTAN. ¡Ah !

MILADY Por eso me fingí cardenalista y furiosa enemiga vuestra... Para decir a mi amante... : «¡Adorado Aramis !...»

CONSTAN. ¡Aramis !

MILADY ¿Le conocéis ?

CONSTAN. No, señora, pero he oído en efecto a Artagnan llamarle uno de sus mejores amigos. El mejor después de Athos.

MILADY ¡Ya veis que no os engaño ! Pues bien, quería decirle a Aramis : «Haz feliz a tu amigo : Constanza está aquí y le adora.»

CONSTAN. ¡Oh, sí ! ¡Le adoro !

MILADY Preparaos a recibir una gran noticia.

- CONSTAN. ¡Cómo! ¿Qué queréis decir?
- MILADY Que tal vez hoy mismo le veáis.
- CONSTAN. ¿A él? ¿A mi Artagnan? ¡Ah, eso sería demasiada dicha! ¡Un hermoso sueño de felicidad!
- MILADY Sin embargo, es verdad.
- CONSTAN. ¿Vendrá? ¿Estáis segura?
- MILADY ¡Vendrá... hoy mismo!
- CONSTAN. ¿¡Hoy!?
- MILADY Tal vez dentro de un momento, con sus tres amigos, para sacaros de aquí.
- CONSTAN. ¡Ah! ¿Es cierto? ¿Es cierto?
- MILADY ¡Silencio! ¿No oís?
- CONSTAN. ¡Nada oigo..., nada!
- MILADY El galopar de unos caballos.
- CONSTAN. ¡Gran Dios! ¡Van a ahogarme los propios latidos de mi corazón!
- MILADY ¡Ea! ¡Valor, valor! Pensad que vais a ser salvada, y salvada por él y para él.
- CONSTAN. ¡Sí! Todo por él. ¡Con esa sola palabra me habéis devuelto el valor. ¿Les veis, acaso?
- MILADY Venid. Mirad. Allá, en lo hondo del camino..., una nube de polvo...
- CONSTAN. ¡Nada veo!... ¡La vista se me oscurece!... ¡Tiemblo!...
- MILADY Mirad bien y... esperad... La emoción... Aquí hay un vaso de agua..., con unas gotas de un calmante... Yo tengo aquí uno en este frasquito. ¡Tomad, bebed!
- CONSTAN. ¡Sí, sí! ¡Fuerzas, Dios mío! (Bebe.)
- MILADY (¡Ya estoy vengada!)
- CONSTAN. Me siento mejor. ¡Ah! ¡Allí! ¡Allí!... ¡Ya le veo! ¡Ya le veo!... ¡Artagnan! ¡Artagnan!
- MILADY (No hay tiempo que perder. Por aquí.)
(Mutis por el pasadizo.)
- ARTAGNAN (Dentro.) ¡Constanza! ¡Constanza! ¡Constanza mía!... ¿Dónde estáis?
- CONSTAN. ¡Aquí!... ¡Aquí, Artagnan!... Señora... ¡No está!... ¿Qué es esto? La alegría..., la... Siento una angustia..., una opre-

sión. ¡Arde mi cabeza! ¡Oh..., voy a morirme! ¡Artagnan!

ESCENA IV

CONSTANZA, ARTAGNAN, ATHOS, PORTHOS, ARAMIS y WIN-
TER, atropelladamente por el foro. Más tarde, LA ABADESA.

ARTAGNAN ¡Constanza! (Abrazándose.)

CONSTAN. ¡Oh, Artagnan, amado mío! ¡Al fin has venido! No me habían engañado ¡Eres tú! ¡Tú!

ARTAGNAN Sí, Constanza mía; por fin estamos reunidos.

CONSTAN. Ya me había dicho ella que vendrías.
¡Cuán feliz soy!

ARTAGNAN ¿Ella? ¿Quién es ella?

LORD ¡Dios mío!

ATHOS ¡Presiento algo horrible!

CONSTAN. ¡Ella! Mi amiga y compañera. La amada de Aramis.

TODOS ¿De Aramis?

ARAMIS ¿!!! Mi amante!!!?

LORD ¿Qué trama es ésta?

ATHOS ¡Su nombre! ¡Su nombre!

CONSTAN. No lo sé..., pero... ¡Jesús! ¡Se me va la cabeza! ¡Pierdo la vista!

ARTAGNAN Acudid, amigos. Tiene las manos heladas y desfallece en mis brazos.

CONSTAN. ¡Me siento morir!

PORTHOS ¡Socorro!...

ARAMIS ¡Mirad el agua sobrante de este vaso!
(Se habrá vuelto verde.)

ATHOS ¡Oh, no es posible! ¡Dios no permitirá tan espantoso crimen!

ARTAGNAN ¡Agua! ¡Agua!...

ATHOS ¡Pobre mujer!... ¡Pobre mujer!

ARTAGNAN ¡Ah, parece volver en sí! ¡Gracias, Dios mío!

ATHOS Señora. ¡En nombre del cielo! Decidme: ¿quién ha bebido de ese vaso?

CONSTAN. Yo..., caballero...; es un calmante. ¡Me lo dió... ella!

ATHOS ¿Pero quién es ella?

CONSTAN. ¡Ah! ¡Ya me acuerdo! La abadesa dijo que se llamaba... ¡la condesa de Winter!

ATHOS ¡Condenación!

ARTAGNAN ¡Fuego de Dios!

ARAMIS ¡Ella!

LORD ¡Milady!

PORTHOS ¡Satanás!

ARTAGNAN ¡Athos! ¡Athos! ¿Creéis?...

ATHOS ¡Lo creo todo! (Todos estos bocadillos simultáneos.)

CONSTAN. ¡Artagnan! ¡No me dejes! ¡No te vayas! ¡Ya ves que me muero! ¡No te veo! ¿Dónde estás?

ARTAGNAN ¡Por Dios! ¡Corred! ¡Pedid auxilio!

PORTHOS ¡Socorro!...

ATHOS Es inútil.

CONSTAN. ¡Sí..., socorro..., socorro!...

ARTAGNAN ¡Constanza!... ¡Constanza!...

CONSTAN. ¡Artagnan!... ¡Te amo!... ¡Te espero... allí! (Señala el cielo y muere.)

TODOS ¡Ah!

ARTAGNAN ¡Muerta! ¡Muerta! ¡Jesús! (Cae desmayado.)

ATHOS ¡Artagnan! ¡Querido Artagnan!

LORD ¡El infierno protege a esa mujer!

PORTHOS } ¡Artagnan! ¡Artagnan!

ARAMIS }

LORD ¡Ya vuelve!

ATHOS ¡Amigo mío! ¡Sé hombre! Las mujeres se demayan y lloran; los hombres se vengan.

ARTAGNAN ¡Oh, sí, sí! Para vengarla estoy pronto a seguirte.

ATHOS ¡Madre abadesa!

ABADESA (Saliendo.) ¿Llamabais? ¡Jesús! ¿Qué es eso?

ATHOS Ya lo véis, señora: un cadáver que confiamos a vuestra piadosa solicitud.

ABADESA ¿Pero cómo?...

- ATHOS Otra mujer la ha envenenado, ¿oís? y de este horrible crimen...
- ABADESA ¡No soy responsable, señor! Nada sabía... Vino la condesa en nombre del cardenal con un caballero alto..., pálido...
- ARAMIS ¡Rochefort!
- ARTAGNAN ¡El..., siempre él! ¡Ese hombre es mi fatalidad!
- ATHOS ¿Pero ella, esa mujer, dónde está?
- ABADESA Acaba de partir en silla de posta.
- ARTAGNAN ¡A caballo!
- ATHOS ¿Para dónde?
- ABADESA Señor..., no sé si deba...
- ATHOS ¡Hablad, señora, en nombre del cielo!
- ABADESA Pues... cuando el caballero salía se le cayó un papel que decía solamente: «Armentiers», escrito por la dama.
- ATHOS ¡Armentiers!... ¡Dios es infinitamente grande! ¡Allí!
- ARAMIS Y bien, señores: que dirija la expedición Artagnan; la víctima era su amante.
- LORD Pero la criminal es mi cuñada. La dirigiré yo.
- ATHOS ¡Ni uno ni otro! La dirigiré yo..., y respondo del éxito... Esa infame criatura es... ¡mi mujer!
- TODOS ¡Su mujer!
- ARTAGNAN ¡Athos! ¡Querido Athos!
- ATHOS ¡A mis brazos! (Se abrazan.) Y ahora, en marcha, caballeros... ¡Descansa en paz, pobre niña! ¡La justicia de Dios será cumplida! (Mutis.)

MUTACIÓN

CUADRO XVI
La persecución de Milady

ESCENA V

ARTAGNAN, ATHOS, PORTHOS ARAMIS, LORD WINTER
y PLANCHET.

ARTAGNAN Imposible, los caballos no pueden ya dar un solo paso. Nuestros vestidos están calados.

ATHOS También yo creo preciso el apearnos aquí, pues no lejos de este sitio estarán apostados nuestros criados. Y además, aquí debe reunírse nos una tercera persona.

ARTAGNAN ¿Quién es?

ATHOS Uno que no tiene menores motivos de olvidar a esa mujer. Aquí está Planchet.

PLANCHET Señor...

ARTAGNAN ¿Qué sucede? ¿Ha abandonado Armen-tiers?

ATHOS Amigo Artagnan, permitidme que sea yo quien pregunte, ya que me encargasteis de la expedición. ¿Dónde está?

PLANCHET Hacia Lys.

ATHOS ¿Sola?

PLANCHET Sola.

ATHOS Tendremos que andar una media legua escasa.

PORTHOS En marcha, pues.

ATHOS Aguardad un momento.

ARTAGNAN ¿Qué lo impide?

ATHOS (Mirando a la ciudad.) Nada, pues ya llegó el que debía unirse a nuestra compañía. (Aparece un caballero envuelto en una ancha capa encarnada y cubierto el rostro por un sombrero de anchas alas.) Seáis bien venido. En marcha.

PORTHOS (¿Quién será?)

ARAMIS (Poco hemos de tardar en saberlo.) (Vanse.)

CUADRO XVII

La justicia de Dios

Amplia habitación en una posada. Gran ventana al foro que da al campo, desde la cual se ven las orillas del Lys, a través de la cual vense brillar los relámpagos. Una sola puerta a la izquierda, segundo término.

ESCENA VI

MILADY.

Bien. Rochefort vendrá al amanecer con el dinero pedido... Mañana estaré ya lejos... ¡Hermoso abrazo nupcial el de Artagnan y Constanza! ¡Ja, ja, ja!... (Rayo y trueno.) ¿¡Eh!? Creía haber sentido... ¡Bah, es la tempestad que recrucece! Satanás muestra esta noche al mundo su faz sombría. ¡La tempestad es él! Dios... ¡Bah!... Dios es una hermosa ficción para encadenar a los débiles. ¡Su justicia! ¡Su bondad! ¡Su protección!... Ana de Austria, adúltera, es reina. Yo... soy condesa; Richelieu es cardenal... ¡Dios! ¡Ja, ja, ja!... (Rayo y trueno.) ¡Eh!... ¿Otra vez? Ahora estoy casi cierta... Algún ruido que no es el de la tempestad he sentido bajo la ventana. ¡Veamos! (Salta la ventana y entra Athos por ella.) ¡Ah!...

ESCENA VII

MILADY y ATHOS.

ATHOS	Buenas noches, queridísima esposa.
MILADY	¿Vos?... ¿¡Vos!?
ATHOS	¡Yo! ¿No me esperabais? ¡Bah! Siempre es agradable la sorpresa, y voy a pro-

porcionáros la muy grande, porque traigo conmigo algunos amigos que os regocijará el ver... ¡ Sube, Artagnan !
MILADY ¡ Artagnan !
ATHOS Que os viene a traer noticias de su adorada Constanza.
MILADY (¡ Estoy perdida !)
ATHOS ¡ Subid, Winter !
MILADY ¡ Lord Winter !
ATHOS Que os trae noticias de su hermano..., de Buckingham, de Felton. Subid, Aramis ; subid, Porthos. Esos no os traen recuerdos personales, pero acompañan a un antiguo conocido vuestro...
MILADY ¿ Mío ?
ATHOS Muy antiguo. ¡ Subid !

ESCENA VIII

MILADY, ATHOS, PORTHOS, ARAMIS, ARTAGNAN, WINTER y UN HOMBRE envuelto en una capa y cubierto con antifaz rojo.

MILADY (¡ Oh..., no hay salvación !)
ATHOS ¿ A quién buscábais aquí, señores ? Yo, por mi parte, buscaba y encontré a Ana de Brucil, que se llamó primeramente condesa de la Fere, y después Carlota Backson, condesa de Winter.
MILADY ¡ Yo soy ! ¡ Yo soy ! ¿ Qué me queréis ?
ATHOS Juzgaros, señora, con arreglo a vuestros crímenes. Acusad, señores.
ARTAGNAN Ante Dios y los hombres acuso a esta mujer de haber envenenado a Constanza Bonacieux, muerta ayer noche.
PORTHOS }
ARAMIS } ¡ Lo atestiguamos !
ARTAGNAN La acuso de haberme querido asesinar, primero con unas botellas de vino de España, que me envió en vuestro nombre. Dios me salvó, pero murió un infeliz que

se llamaba Brisson. Después, comprando dos miserables, que dispararon sobre mí al llegar al campamento.

ARAMIS }
PORTHOS } ¡ Lo atestiguamos !

ATHOS Os toca a vos, milord.

LORD Ante Dios y los hombres acuso a esta mujer de haber hecho asesinar al duque de Buckingham, seduciendo a su asesino Felton, que en estos momentos paga con su cabeza el crimen de esta furia. La acuso de que, habiéndola nombrado mi hermano su heredera, pereció a los tres días repentinamente, y con todos los síntomas que acabo de ver en la muerte de Constanza.

TODOS ¡ Qué horror !

LORD ¡ Asesina de Buckingham ! ¡ Asesina de Felton ! ¡ Asesina de mi hermano ! Pido justicia contra vos, y si no hay quien la haga, declaro que me la haré por mi propia mano, aunque tenga que cortarla después por haberse manchado con vuestro contacto.

ATHOS ¡ Ahora me toca a mí ! Yo me casé con esta joven cuando aun era soltera... Me casé contra el parecer de mi familia ; le di mi hacienda y mi nombre ; llegó un día que descubrí que esa mujer estaba infamada : tenía una flor de lis en el hombro izquierdo.

MILADY ¡ Oh ! Desafío a que se encuentre el tribunal que pronunció tan infame sentencia. Desafío a que se encuentre al que la ejecutó.

VERDUGO ¡ Silencio ! A mí me toca responder a eso ! (Descubriéndose.)

MILADY (Aterropeada.) ¡ Oh, no, no ! ¡ Es una aparición infernal ! ¡ No es él ! ¡ Socorro ! ¡ Socorro !

TODOS ¿ Pero quién sois ?

MILADY ¡ El verdugo de Lille ! ¡ El verdugo de Lille ! ¡ Oh, perdón, perdón !

TODOS ¡ El verdugo !

VERDUGO Sí, soy el verdugo de Lille, y he aquí mi historia : Esa mujer fué en otro tiempo monja en el convento de benedictinas de Semplemar. Un sacerdote joven era el cura de la iglesia de aquel convento. Esta mujer lo sedujo, y a pesar de los votos de ambos, sagrados e irrevocables, vivieron en el crimen, robando los vasos sagrados del templo para huir, pero fueron detenidos y encarcelados. A los dos días, esa mujer sedujo al hijo del carcelero y huyó, pero el sacerdote fué condenado a ocho años de presidio y a ser marcado con el hierro infamante. Yo era, como esa mujer dice, el verdugo de Lille, y tuve que marcar al culpable, y el culpable... ¡ era mi hermano !

TODOS ¡ Jesucristo !

VERDUGO Entonces juré que impondría la misma pena a su cómplice, y en efecto, la alcancé y le estampé esa marca indeleble. Mi hermano logró escaparse a su vez y obtuvo un pequeño curato en el Beny, donde vivía con ella, pasando por hermanos. Allí le ofreció su mano el conde de la Fere, y ella abandonó al que había perdido, por el que iba a perder. Mi hermano, desesperado, volvió a constituirse preso, y se ahorcó de la reja de su calabozo.

ATHOS Señor Artagnan. ¡ Qué pena pedís contra esa mujer ?

ARTAGNAN ¡ La muerte !

ATHOS ¿ Y vos, señor de Winter ?

LORD ¡ La muerte !

ATHOS Vosotros sois sus jueces, Porthos y Aramis. ¿ A qué la condenáis ?

PORTHOS }
ARAMIS } ¡ A muerte !

ATHOS ¡ Ana de Bruil, condesa de la Fere, Car-

lota Backson, condesa de Winter : vuestros crímenes han cansado a Dios y a los hombres ! ¡ Si sabéis alguna oración, rezadla, porque vais a morir !

MILADY ¡ Sois unos cobardes ! ¡ Unos miserables !
¡ Os reunís seis para degollar a una mujer ! Pues bien, tened en cuenta que si no soy socorrida, seré vengada.

ATHOS ¡ Vos no sois una mujer, sois un demonio que devolvemos al infierno !

MILADY ¡ Pero yo no quiero morir ; soy aun joven !

ARTAGNAN La mujer que envenenasteis en Berthune era más joven que vos.

MILADY ¡ Entraré en un convento !

VERDUGO ¡ Estuvisteis en uno y salisteis perdiendo a mi hermano !

MILADY ¡ Oh, piedad ! ¡ Piedad !

ATHOS ¡ Verdugo, esa mujer está condenada ; haced vuestro oficio !

VERDUGO ¡ Venid !

MILADY ¿ Dónde ? ¿ Dónde me lleváis ?

VERDUGO No es justo manchar con vuestra sangre una casa honrada. Venid, al río.

MILADY (¡ Oh..., si llegara Rochefort !) ¿ Qué hacéis ?

VERDUGO ¡ Ataros !

MILADY ¡ Perdón ! ¡ Perdón !

TODOS ¡ Llevadla ! ¡ Llevadla ! (Vase el verdugo, que se lleva casi arrastrando a Milady.)

ESCENA IX

ARTAGNAN, ATHOS, ARAMIS, PORTHOS y LORD WINTER.

MILADY (Oyese su voz desde el foro.) ¡ Socorro !... ¡ Socorro !... ¡ Socorro !...

ARTAGNAN ¡ Oh..., esa mujer no puede morir así..., sus gritos desgarran el alma !

ATHOS ¡ Artagnan : os quiero como a un hijo, pero si dais un paso hacia la orilla del río

os atravesaré el corazón con mi espada !
(Abre la ventana y un relámpago ilumina a Milady y al verdugo, a los que se ve en una barca en medio del río.)

MILADY ¡Piedad ! ¡ Artagnan ! ¡ Piedad !

ATHOS (Desde la ventana.) ¡ Verdugo, haz tu deber !
Señora, a las puertas de la muerte os perdono el mal que me habéis hecho. ¡ Así Dios os lo perdone !

LORD ¡ Y yo !

ARTAGNAN ¡ Y yo ! (Vuelve a brillar otro relámpago, y a su luz vese el verdugo que tiene suspendida por los cabellos la cabeza de Milady.)

ATHOS ¡ Queda cumplida la justicia de los hombres !

ARTAGNAN ¡ Constanza, ya estás vengada ! (Suena un trueno, otro rayo ilumina el foro, y cae el telón.)

FIN DE LA OBRA

26.728.
Serafín y Joaquín Alvarez Quintero

EL AMOR QUE PASA

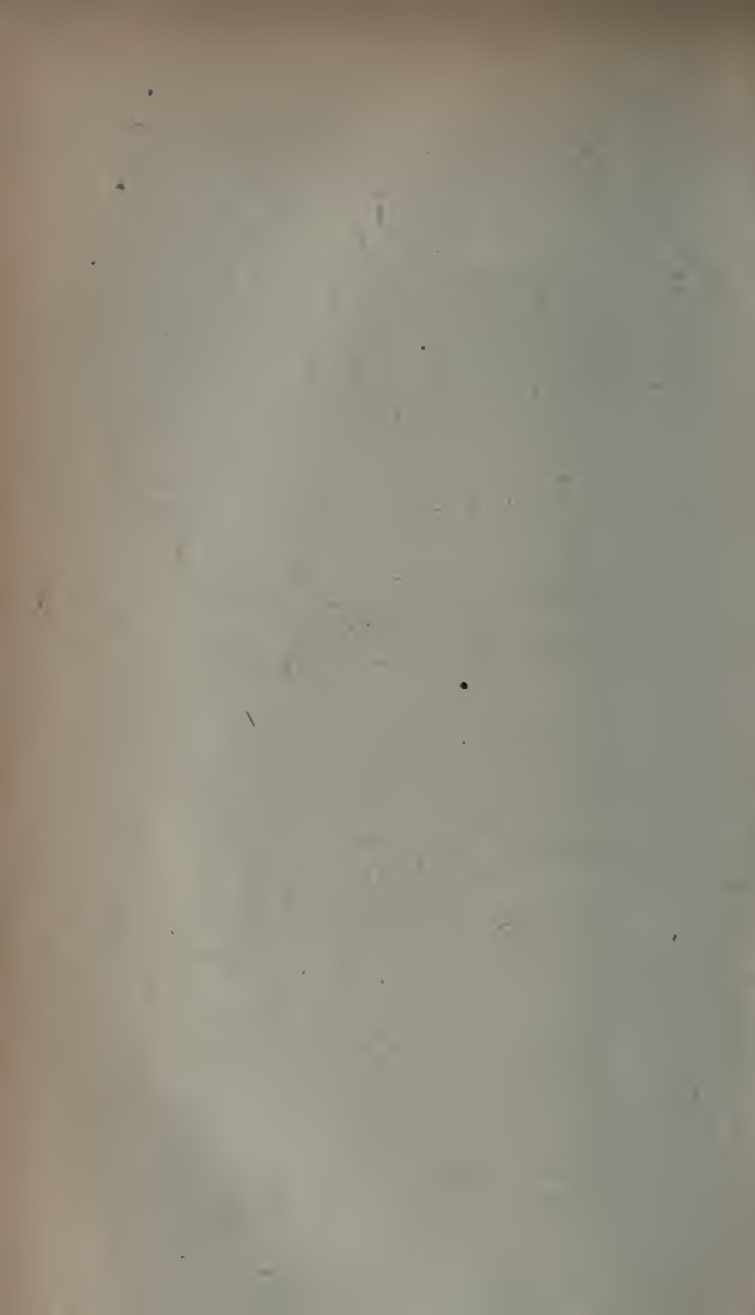
Comedia en dos actos



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1915



EL AMOR QUE PASA

EL AMOR QUE PASA

COMEDIA EN DOS ACTOS

DE

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero

Estrenada en el Teatro Odeón, de Buenos Aires, el
10 de Setiembre de 1904



pp 1-67

200 p. l. b.

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por sus autores para TEATRO
MUNDIAL.

A Don Juan Valera

Los autores

UNA CARTA (*)

Sres. don Serafin y don Joaquín Alvarez Quintero.

Mis bondadosos y queridos amigos: Con grande satisfacción y contento he recibido la amabilísima carta de ustedes, fecha 12 del corriente, y los ejemplares de la preciosa comedia El amor que pasa que me envían ustedes de presente. Mucho agradezco este obsequio, y más aún, porque me lisonjea en extremo la distinción que ustedes me hacen dedicándome obra literaria tan dichosamente inspirada, que al punto me he hecho leer, oyéndola con extraordinario deleite. En los caracteres de los personajes hallo variedad muy graciosa. En el conjunto, mucha armonía; y en todo el cuadro, una representación exacta de la realidad, sin excluir por eso la dulce y delicada aunque algo melancólica poesía que así en Arenales del Río como en el cercano pinar embalsama el ambiente.

Aunque en El amor que pasa no pretenden ustedes probar ninguna tesis, ni demostrar nada, lo cual aplaudo yo con toda mi alma, la lectura de la obra

(*) No resistimos al deseo de honrar esta nueva edición de EL AMOR QUE PASA con la carta con que el inolvidable maestro de las letras españolas, a quien la dedicamos, premió nuestra modestísima oferta.—N. de los AA.

sugiere y despierta no pocos pensamientos y sentimientos transcendentales, y estimula el espíritu a plantear problemas harto dificultosos de resolver, y muy propio asunto de la poesía por lo mismo que nadie los resuelve. ¿Cómo remediar el evidente desequilibrio que a menudo se nota, no sólo en Arenales del Río, sino también por dondequiera, entre la cultura y elevados afectos de la mujer y la ruda y prosaica grosería del hombre, a quien ella no puede menos de amar y de desear por compañero?

En fin, la comedia de ustedes es muy bonita, lo real y lo ideal están en ella admirablemente enlazados y fundidos, y yo estoy muy ancho de que ustedes me la hayan dedicado.

Soy siempre de ustedes afectísimo y agradecido amigo,

JUAN VALERA

REPARTO

Personajes

Actores

MAMÁ DOLORES	Balbina Valverde.
SOCORRITO	Concha Ruiz.
CLOTILDE	Clotilde Domus.
CURRA	Leocadia Alba.
LA GITANA	Matilde Rodríguez.
JUANITA	Matilde Rodríguez Menéndez.
ANDREA	Luisa Beltrán.
ISABEL	Carmen Blanco.
ÁLVARO	José Calle.
DON RUFINO	José Rubio.
EL TONTO MEDINA	José Santiago (1).
GASPAR	Ricardo Simó-Raso.

Todos, a excepción de Alvaro, hablan con acento andaluz.

(1) En Madrid substituyó al señor Santiago, en la representación de este papel en el teatro Lara, el señor Barraycoa.



ACTO PRIMERO

Gabinete bajo, de confianza, en casa de don Rufino Valcárcel, adinerado labrador de Arenales del Río, pueblo andaluz. Una puerta vidriera al foro y otra a la izquierda del actor. A la derecha, amplia ventana enrejada, que arranca desde el suelo, y cuyo hueco viene a ser como una prolongación del gabinete. Tocando a los hierros, en el frente y en los costados, puertas y puerrecillas de cristales; en el muro, puertas de madera. En el centro del gabinete, una mesa con tapa de mármol. Al foro, un piano y una consola. Sillas que hacen juego con la consola, y algunas de rejilla. Dos mecedoras y una silla baja. Sobre la consola, el piano y la mesa, varios retratos en caballetes, un álbum, algunos jarrones con flores del tiempo y un par de caracoles de mar. En las paredes, dos o tres retratos antiguos, al óleo. Lámpara de luz eléctrica colgada en medio de la escena. Estera de juncos. Es a la caída de la tarde.

Mamá Dolores sentada a la ventana, que es su observatorio, y una de cuyas puertas de cristales tiene abierta, monologuea comentando todo lo que ve en la calle. Don Rufino pasea, monologuando también, entre los vapores de la digestión y de la borrachera "sorda" que tiene siempre encima. De cuando en cuando se dirigen sus observaciones el uno al otro. Mamá Dolores es una señora muy vieja y muy limpia, con rodete postizo y coña de seda. Don Rufino, su marido, es un señor algo más viejo que ella, pero que se conserva entero y fuerte. Desaliñado en el vestir, se tñe muy mal el pelo y el bigote; y lo encendido y llameante de sus narices y carrillos delatan la poca estimación en que tiene el agua.

RUFINO Bien... bien... Está bien... ; Pschá!...
Otra golondrina... Digo que está bien...
requetebién...

Aquellas que aprendieron nuestros nombres...

¡Pschá!... Y así va todo... y ande yo caliente... y viva la gallina, y viva con su pepita... ¡Pschá! Parece que tengo quince abriles.

DOLORÉS Allá van los tres... Capullos, sinvergüenzas... A la tabernilla, de seguro... Cochinos... Míralos : ya entraron. A salir como tres pellejos... ¡Qué juventud ! ¡ qué pollería !... Indecentones... (Andrea, criada de la casa, sale por la puerta del foro y se va por la de la izquierda, roja de llorar y extremando un tanto los sollozos, como para inspirar interés. Mamá Dolores, al verla pasar, le dice.) Cierra bien, no se cuele aquí Pepa.

RUFINO La vida es la vida... Mentira... patraña... El momento presente : no hay más. A ti te lo digo, Antonio, para que lo entiendas, Pedro... Pedro en castellano, *Petrus* en latín, *Pierre* en francés, *Pietro* en italiano, *Peter* en inglés, y el que sepa más lenguas que lo diga... ¡Pschá!... Y el mundo dando vueltas...

DOLORÉS Qué mala cara tiene hoy María Remedios... Adiós. Adiós. Cada día ve menos esa chiquilla. Digo, ¿le parece a usted? Mira, Rufino, mira la mujer de Jenaro cómo va. Pero que ese hombre le consienta...

RUFINO (Asomándose un momento a ver a la señora en cuestión.) Mucho, mucho... También sé decir en siete lenguas lo que es Jenaro.

DOLORÉS (Saludándola muy expresivamente.) Vaya usted con Dios... (Concluyendo la frase para sí.) grandísima chulona. Va sin enaguas esa mujer... Apriétate más la falda, hija mía, que se te señalen hasta las venas. Anda, no seas tonta... Escandalosa... rabanera... Adiós, Ramoncillo. Y dile a tu hermana que te zurza los pantalones. Buenas tar-

des... Buenas tardes... Buenas tardes, María. Ya vuelve la gente del campo.

RUFINO *En el campito llueve,
mi amor se moja...*

DOLORS ¿Cómo? ¿Qué decías?
No hablaba contigo.

RUFINO *Quien fuera chaparrito
lleno de hoja.*

DOLORS Adiós, Meléndez. Dios me perdone ; pero el sacristán nuevo me parece un poquito...
(Con fino ademán da a entender que le parece afeminado.) Allí viene ya Socorrito. Gracias a Dios : me aburro de estar sola. Y el Tonto Medina viene detrás de ella.

RUFINO ¡ Oh, qué placer ! El Tonto es mi hombre.

DOLORS Claro : es tan borrachón como tú... Buen par de bigardos estáis.

(Salen por la puerta del foro Socorrito y el Tonto Medina. Socorrito viene con un traje muy sencillo de color vivo, y un mantón de espuma puesto en forma de chal. El Tonto Medina, que la sigue, viste de americana y sombrero flojo. La ropa le está grande. Habla con cierto esfuerzo, tartamudea al romper, y es un tanto gangoso.)

SOCORRO Esto de que en todo Arenales no haya más hombre que haga el amor que el Tonto Medina es para pensar en los fósforos con aguardiente.

DOLORS ¡ Ja, ja, ja ! ¿Cómo estás, hijita?
(Se besan. Socorrito se sienta a su lado.)

TONTO El... el... el caso es que lo mismo dicen todas, y cuando falto yo me mandan buscar, mamá Dolores.

DOLORS Di tú que sí, Juanillo.

RUFINO Di tú que sí. ¡ Eres el capitán Montoya !

TONTO ¡ Ji, ji ! E... e... ellas lo negarán, pero la que más y la que menos sueña conmigo por la noche.

- SOCORRO Ay, ya lo creo : yo, todas las noches. Y si duermo siesta, en la siesta también.
- TONTO E... échalo a broma. Yo... yo la saco por mí, que me acuesto pensando cada noche en una ; y sueño con ella sin remedio.
- DOLORES Bueno, sí ; pero no nos vayas a contar lo que sueñas, tú.
- TONTO ¡ Ji, ji !... Ve... ve... verá usted : la otra noche, sin ir más lejos...
- DOLORES A ver si te callas, sinvergüenza. Rufino, llévate a éste.
- SOCORRO Lléveselo usted, don Rufino. Que no sueñe en voz alta.
- RUFINO ¿Cómo si me lo llevo? ¡ Encantado ! Y que no está él suspirando por otra cosa.
- TONTO Pues... pues no piense usted que lo hago por la bebida. Es que en ninguna parte lo paso más a gusto que con usted.
- RUFINO Sin que me lo jures lo creo. Modestia aparte, ¿sabes? (Yéndose con él hacia el foro.) Porque mira : en este pueblo, Juanillo, no hay más que dos hombres que tengan vergüenza.
- TONTO Sí, sí, sí, señor : muy bien dicho : dos nada más : usted y yo.
- RUFINO No : mi hermano y yo. Tú no has tenido nunca vergüenza.
- TONTO ¡ Ji, ji !
- RUFINO Ni ninguno de tu familia tampoco.
- TONTO ¡ Ji, ji ! ¡ Y lo gracioso es que es verdad ! ¡ Em... empezando por mi hermana ! ¡ Ji, ji !...
- (Don Rufino y él se van riéndose escandalosamente por la puerta del foro, hacia la izquierda.)
- DOLORES Y siguiendo por tu padre, y por tu tía, y por toda tu parentela, cochino.
- SOCORRO Es mucho tonto. Digo, tonto... No crea usted que es tan tonto.
- DOLORES ¿Me lo vas a contar a mí?
- SOCORRO Se figura que siempre está jugando a la gallina ciega.

DOLORS ¿Cómo no viniste esta mañana, Socorrido?

SOCORRO Porque estuve en las monjas.

DOLORS ¡Ay, es verdad!

SOCORRO Si viera usted qué mal rato pasé... ¡Pobre Carolina! Hace una impresión ver a una muchacha tan bonita que se encierra allí para no salir más... Porque cuando se encierra una fea no se siente tanto...

DOLORS Claro que no. Yo no he querido ir, por lo mismo.

SOCORRO Mire usted: hubo un instante, cuando le cortaron el pelo, aquel pelo tan lindo que tenía esa criatura, que me entró una angustia, una cosa tan rara... Vamos, yo me eché mano al moño, creyendo que me lo cortaban también. No sé a quién se le habrá ocurrido que para adorar a Dios sea preciso quedarse pelona. Luego le quitaron las joyas, las flores. A mí me parecía que le iba doliendo cada cosa que le quitaban. Le digo a usted que pasé un rato... Bueno, y la pobrecita de la madre llorando como una Magdalena.

DOLORS Me lo figuro. ¡Lástima de niña! Y sin vocación de monja, ¿sabes tú? Porque esto es lo gordo. ¡Claro! Si lo que yo no sé, con estos pollos de Arenales, como no hay una toma de hábito cada día... Borregos, curdones, zambullos...

SOCORRO ¡Cuidado con la vida que llevaba la pobre Carola!...

DOLORS La que todas lleváis: la que llevas tú. Sólo que tú eres de las que se resignan.

SOCORRO ¿Qué remedio? ¿Voy a empezar a tirar piedras por la calle, para que me tomen por loca? Cargar con un ganso de estos del pueblo, no cargo. Dios me libre. ¿Esposa del Señor? No me lo merezco. Me tira mucho el mundo, mamá Dolores. Lástima que no me dejen arreglarlo a mi gusto, que estaríamos todos en la gloria.

DOLORES Y Carolina aquí con nosotras, y no en el convento, ¿verdad?

(Detrás de la ventana, en la calle, asoma Clotilde.)

CLOTILDE Mamá Dolores.

DOLORES ¡ Clotildilla ! ¿ No entras ?

CLOTILDE ¿ Podrá llevarme luego María Rosa ?

DOLORES Sí, pimpollo. Mira que la pregunta... Entra, entra.

CLOTILDE (Como hablando con un criado que no sale.) Vete, Antonio. Luego me acompañarán de aquí.

(Desaparece de la ventana y llega a poco por la puerta del foro. Viste mantón y traje semejantes a los de Socorrito.)

DOLORES Me hace gracia esta Clotildilla. Lleva el diablo en el cuerpo.

SOCORRO Es una manera de inventar cosas... No tenía precio para novelista por entregas.

CLOTILDE (Saliendo.) ¿ Qué será de nosotras el día que nos falte mamá Dolores ? (La besa.) ¿ No es verdad, Socorrito ?

(Se besan las dos. Clotilde se sienta al otro lado de mamá Dolores.)

SOCORRO Como que es la única señora tratable que hay en el pueblo.

CLOTILDE Calla, mujer. Si aquí parece que tratarse cuesta dinero. Acabo de pasar por casa de Julia Peña, y tiene ya la puerta cerrada.

DOLORES Eso es para no gastar luz eléctrica. Desde que la han instalado, hija, hasta leen el periódico a oscuras. (Se ríen las tres.) Dicen ustedes... Yo sí que les agradezco que vengan a acompañar a esta vieja pilonga.

CLOTILDE Pues le advierto a usted que aunque tuviéramos novios vendríamos lo mismo.

DOLORES Sí, sí, novios. De eso hablábamos ésta y yo. Andan por las nubes. Por supuesto, a la que hay que oír es a la Chata. Está rabiosa. Dice que el gobierno debe tomar cartas en el asunto ; y que si la vida se ha puesto cara, y el matrimonio se

hace imposible, que quiten los consumos, y a ver cómo se arregla eso.

CLOTILDE Yo le propuse el otro día que sacáramos un santo a paseo, como cuando hace falta que llueva.

SOCORRO Sí; pero a eso dice que los santos nos llevan la contraria, porque no han tenido novia nunca.

DOLORES Ella lo que quiere a todo trance es un motín; una algarada. Romper los cristales de todas las casas donde haya un soltero. Yo le he dicho que cuente conmigo: que como arme una manifestación, yo llevo la bandera. Sí, hija, sí; porque los noviazgos han de estar en sazón, y las muchachas, como las flores, tienen su punto. Y se pasa un año, y se pasa otro, y se pasa otro... y se va la juventud antes que lo penséis.

CLOTILDE Dígamelo usted a mí, que cumpla los años de cuatro en cuatro.

DOLORES ¡Chiquilla!

SOCORRO ¿Es posible eso?

CLOTILDE Como lo oyes. Mira: yo tengo ahora diez y nueve. Pues los primeros que cumpla—¡horrorízate! serán veintitrés.

SOCORRO ¿Veintitrés?

CLOTILDE ¿No ves tú que los años bisiestos van de cuatro en cuatro, y yo nací en un veintinueve de febrero?

(Las otras dos sueltan la risa.)

DOLORES ¡Pero qué cosas sacas!

CLOTILDE A mí, después de todo, más que lo de los novios me preocupa lo de los años; porque como novio siempre tengo el que me da la gana...

SOCORRO De imaginación.

CLOTILDE A falta de los de carne y hueso, llenan su sitito los pobres. Yo sostengo correspondencia con tres y cuatro novios a la vez. Y con un inglés he estado a punto de casarme. Hasta expuse el equipo en una

tienda de Sevilla. Aquel muchacho me gustaba. Si como era de mentira llega a ser de verdad, nos casamos.

DOLORS También fué una lástima, mujer.

CLOTILDE Me llevo la noche entera escribiendo cartas y tarjetas postales. Y me divierto mucho, porque como escribo también las contestaciones, ¡ me digo unas cosas !...

DOLORS ¿ Habéis estado esta tarde en la estación ?

SOCORRO Yo no : hace dos tardes que no voy.

CLOTILDE Yo sí. En Arenales no hay más diversión ni más esperanza que ver pasar los trenes... Y tú no debías faltar nunca, aunque sólo fuera por gratitud.

SOCORRO ¡ Qué tonta eres !

DOLORS ¿ Por gratitud, dices ?

CLOTILDE Usted considere : ¡ el único novio que ha tenido lo ha tenido en el tren !

DOLORS (Sorprendida.) Eso no lo sé yo.

SOCORRO Me da mucho coraje recordarlo. Ni fué mi novio. ¡ Ojalá ! Fué un muchacho moreno, con cara de muy apasionado, que pasó un año en época de ferias... y se conoce que le gusté.

CLOTILDE ¡ Cuidado con aquella mirada que te clavó en la nuca ! Yo creí que te iban a arder todos los pelitos del coraje.

SOCORRO Al año siguiente volvió a pasar. Me saludó... y nos sonreímos.

CLOTILDE Emociones anuales.

DOLORS Pues es todo un pasaje novelesco.

SOCORRO Al tercer año bajó al andén y me regaló unos claveles. ¿ Te acuerdas, Clotilde ?

CLOTILDE ¡ Digo !

SOCORRO Pero casi no pudimos hablar, porque como aquí no para ningún tren de viajeros más de cinco minutos... Que en eso sí tiene razón la Chata : llega un tren con personas, y apenas se detiene ; llega un tren con carbón, con tablas o con borregos, y lo tenemos tres horas delante.

CLOTILDE Mientras peor huelen los trenes, más se paran.

DOLORES Calla tú. (A Socorrito, con interés.) ¿Y al otro año, no pasó también tu desconocido?

SOCORRO Sí, mamá Dolores ; pasó... con una señora, dos amas y dos niños iguales iguales, con las cabezas muy chiquitas : parecían dos papas.

DOLORES ¡ Jesús, qué final más desastroso ! Ni siquiera te miraría, ¿verdad?

SOCORRO (Suspirando.) Más que nunca. ¡ Como que hasta entonces creo yo que no le gusté de veras a aquel hombre !

DOLORES Es natural : si la mujer le iba a traer al mundo dos papas cada año...

CLOTILDE Con la agravante de la cara de la mujer.

SOCORRO Hija, no, que era muy agradaciada.

CLOTILDE ¿Agradaciada? Mamá Dolores, no le exagero a usted : coja usted al organista de las monjas, quítele usted las gafas negras, tírele usted del labio de abajo... y ahí la tiene usted ya.

(Risas. Andrea sale de nuevo por la puerta del foro y se va por la de la izquierda, en la misma actitud lastimosa que antes, con una bandeja de ropa blanca recién planchada en las manos.)

SOCORRO ¿Qué le pasa a Andrea?

CLOTILDE ¿Va llorando?

DOLORES Llorando va. Pero no sé lo que le pasa. Lleva así seis días. Y yo no le pregunto ; porque luego sale con unas tonteras... ¿Qué diréis que le costó el sábado una llantina?

CLOTILDE ¿Qué?

DOLORES Pues que Pepa parió tres gatos, y ninguno era negro. Es tonta ; es tonta.

(Torna a salir Andrea por la puerta de la izquierda, y se encamina al foro, sin dejar los sollozos ni el hipo.)

SOCORRO Andrea.

ANDREA Zeñorita.

SOCORRO ¿Qué le sucede a usted?

- ANDREA Usté carcule, zeñorita : cuando una yora azina, no zerá zin motivo.
- DOLORES Bueno, pero ¿qué motivos son ésos? Te estoy viendo llorar toda la semana.
- ANDREA Los pobres también zentimos nuestras cozas...
- CLOTILDE ¿Está usted mala acaso?
- ANDREA No, zeñorita...
- DOLORES ¿Es algo de tu novio?... (Andrea rompe a llorar sin consuelo.) ¡Acabáramos! Puse el dedo en la llaga.
- SOCORRO ¿Pero tiene novio?
- CLOTILDE Si aquí en Arenales no tienen novio más que las criadas. El día que yo me canse me pongo a servir.
- DOLORES Bueno, ¿y qué es lo que le pasa a tu novio?
- ANDREA (Gimoteando.) ¡Que ze lo yevan !
- DOLORES ¿Qué?
- ANDREA ¡Que ze lo yevan, zeñorita !
- DOLORES No comprendo
- ANDREA ¡Que ze lo yevan a zerví ar rey !
- SOCORRO ¿Sí?
- CLOTILDE ¡Pobrecito !
- SOCORRO ¡Pobrecita ella, que se queda sin él !
- DOLORES Las cosas de España : a un hombre que tiene su novia, se lo llevan a servir al rey. ¡Qué país !
- SOCORRO A servir al rey no debían ir más que los viudos.
- CLOTILDE ¡Tampoco !
- ANDREA Y es lo que yo digo, zeñorita : mi Manoliyo a mí podía darme el avío... y ar rey no va a zervirle pa na.
- DOLORES ¡Es claro !
- ANDREA Nosotros creímos que ar tiempo de alegá tar vé ze libraría por inuti : pero da la cazualidá de que está más zano que una pera.
- DOLORES ¿Entonces no ha podido alegar?
- ANDREA Ha alegao que padece de arferecias...
- CLOTILDE ¿Y padece?

- ANDREA ¡ No lo quiera Dios, zeñorita ! Un mes ha estado yendo a reconocimiento. .
- DOLORES ¡ Como si hubiera estado cinco !
- ANDREA Ezo no ; porque también ha alegao que ez hijo de viuda, y tampoco le ha zervío pa na.
- DOLORES No será hijo de viuda.
- ANDREA ¡ Ya lo creo ! ¡ Zu madre era viuda cuando ze cazó !
- DOLORES Bueno, bueno, sasiégate. Eso les pasa a todos. Además, ahora no hay guerras. Dentro de dos años vuelve, y ha corrido mundo. El servicio les conviene a los hombres.
- ANDREA Pué zé que tenga usté razón... Ustés perdonen, zeñoritas... (Yéndose por la puerta del foro.) ¡ Pobrecito mío ! ¡ Gofetá que ze pierda en er cuarté, gofetá que ze encuentra !
- DOLORES ¿ Están ustedes viendo como es tonta ?
(Sale por la puerta de la izquierda el Tonto Medina.)
- TONTO Ma... mamá Dolores.
- DOLORES ¿ Qué quieres ?
- CLOTILDE Hola, Juanillo. .
- TONTO Ho... ho... hola, rosa de mayo. Don.. don... don Rufino, que vaya usted allá.
- DOLORES Si me llama para pedirme más vino, se equivoca ; porque no se lo doy.
- TONTO No... no es para eso.
- DOLORES Sí es para eso. ¿ Conoceré yo el paño ?
- TONTO No... no es para eso... Si... si... si fuera para eso me iría yo con usted, y voy a quedarme con las niñas.
- DOLORES Buen tunarra estás tú. A ver qué quiere el borrachón de mi marido. (Vase por la puerta de la izquierda.)
- TONTO (Riéndose candorosamente.) ¡ Ji, ji ! No... no la llama... ¡ Ji, ji ! No... la llama... Le... le... le he dicho eso para que me dejara solo con ustedes.
- SOCORRO Ay, qué gracia.
- CLOTILDE ¿ Te parece el tonto ?

- TONTO Ven... ven... vengo a cogerle un pellizco a cada una... ¡ Ji, ji !
- SOCORRO Acércate y verás.
- TONTO Si... si tú tienes más ganas que yo...
- SOCORRO Acércate, acércate...
(El Tonto se acerca: la muchacha huye. Corren un poco por la escena, y luego la emprende con Clotilde en la misma forma.)
- TONTO No... no te libra nadie. ¡ Ji, ji !
- SOCORRO Sí; que ya me cogiste.
- TONTO No... no te libra nadie. ¡ Ji, ji ! Y si no es a ti es a esta otra.
- CLOTILDE Estás tú fresco.
- SOCORRO Mira, vamos a tener formalidad.
- CLOTILDE Sí; vamos a jugar a algo serio.
- TONTO E... e... eso también me gusta. Ju... jugaremos a los matrimonios, Clotildita. Anda: tú y yo nos hemos casado esta tarde... y ya se han ido todos los convidados. ¡ Ji, ji !... (Va a abrazarla.)
- SOCORRO (Sujetando al Tonto.) ¡ Eh ! ¡ eh ! ¡ Que quedo yo !
- TONTO ¡ Ji, ji !
- CLOTILDE Para jugar a los matrimonios sobra una.
- TONTO Al... contrario: están las cabales. Una es mi mujer y la otra es la que me gusta.
- SOCORRO Este tonto dice a veces unas sentencias...
- CLOTILDE ¡ Lástima que sea tonto ! ¿ Verdad ?
- TONTO ¡ Ji, ji ! Es lo que les ocurre a todos los casados del pueblo. ¡ Em... empezando por mi padre !
- SOCORRO ¡ Pero qué sinvergüenza eres, Juanillo !
(Curra y Juanita, madre e hija, llegan por la puerta del foro. Vienen también con trajes sencillos y ligeros, y mantones de espuma en forma de chal. La madre habla por los codos. La niña apenas habla, y cuando lo hace es con una voz "engolada" que da angustia oír.)
- CURRA Ave María, qué oscuridad. No sé cómo pueden ustedes... Luz, luz, luz. (Enciende la lámpara.) ¿ Quién está aquí ? Digo, ¿ eh ?

Ahora me lo explico : el Tonto con las niñas.

TONTO ¡ Ji, ji ! ¡ O... o... ole lo bueno !

CLOTILDE Juanita, mira qué flores más bonitas traes.

JUANITA ¿ Te gustan ?

CURRA Niña, cierra la ventana, que nos van a ver desde la calle.

(Juanita obedece.)

TONTO (A Juanita.) Vi... vivan las rositas de abril... ¿ Cuán... cuán... cuándo me vas a dejar que te dé un beso ?

CURRA Mira, Tonto : como me la hagas llorar, como anoche, del bofetón que te doy te vuelvo listo.

TONTO ¡ Ji, ji !

CURRA ¿ Y mamá Dolores ?

(Sale mamá Dolores a tiempo por donde se fué, y cierra la puerta.)

DOLORES Aquí está mamá Dolores, que le va a plantar un soplamocos a aquel embustero.

TONTO ¡ Ji, ji !

DOLORES ¿ Pues no me engaña el niuy granuja ? (A Curra.) ¿ Cómo sigue Magdalenilla ?

CURRA Bien. Ya está bien. Becerra es el que tiene un catarro atroz... Esta noche me voy a escape.

(Se sientan todos menos Juanita, que juega por la escena.)

JUANITA ¿ Vamos a jugar a las cartas rusas ?

CLOTILDE Déjate de cartas ahora.

SÓCORRO Somos muy pocas hoy. Si hubiera venido Isabelita...

TONTO Pa... para jugar a algo, al escondite.

DOLORES Nos dedicaremos a la tijera.

CURRA A propósito. Se me olvidaba decírselo a ustedes. He hecho los imposibles por traer a Pepillo Gallardo. Inútil. Ni arrastrado viene. (Imitándolo.) « Déjeme usté a mí de curzileo. » Eso fué todo lo que se le ocurrió.

- DOLORES Animal, borricote, rucho. ¡Qué taífa de pollinos!
- CLOTILDE Cuando yo venía para acá, tuve que pasarme a la otra acera huyendo de Luisillo Moreno, que traía una curda que iba bordando la calle con los pies.
- SOCORRO Mayor la llevaba ayer tarde el sinvergüenza del hermanito, que tiene menos años.
- CURRA Pues Miguelón, el primo, se ha cerrado en que no estudia, y en que no estudia, y en que no estudia. Y no estudia.
- DOLORES Como que ése es carne de noria.
- CURRA ¡Ah! ¿Y lo que he sabido? A Pepe Cònde me lo ha pescado una de Morón.
- SOCORRO Buen provecho le haga.
- CLOTILDE No la envidio. Es un hombre que lastima la vista de rubio que es.
- SOCORRO Yo tengo que buscarle la luz como a los retratos antiguos.
- DOLORES Lo de menos sería el color si tuviera vergüenza.
- CURRA (Pegándole al Tonto con el abanico.) Juanillo, no te duermas, que luego cuesta Dios y ayuda despertarte...
- TONTO No... no me duermo: es que estoy pensando.
- JUANITA ¿Vamos a jugar a la lotería?
- CLOTILDE ¿Quién se ocupa de juegos, tonta?
- CURRA ¡Jesús, qué chiquilla! No le gusta más que jugar. Y ya tiene edad de otra cosa.
- JUANITA Pues si me distraigo...
- DOLORES Déjala que no se meta a mujer, que tiempo le queda.
- CURRA Si fuera ella sola, no tendría yo prisa... Pero aguardan quince detrás. Y mientras ésta no se case, no visto a ninguna de largo. Aunque me critiquen. Y cuidado que Candelarilla y Josefilla están ya pidiendo una cuarta más en el vestido. Todavía Candelarilla se defiende mejor, porque es finita. Pero la otra... la otra, con quince

años, es una vergüenza : tiene más pan-torrillas que yo.

TONTO ¡ Ca !

CLOTILDE La que está preciosa es Carmela.

DOLORES Ah, Carmelilla. Sí. ¿Carmelilla no es la de los ojos claros?

CURRA No. Carmelilla es la de la naricilla respingoncilla. Ésta se refiere a Rosarillo.

CLOTILDE Justo : a Rosarillo.

CURRA Son chocheces de madre, pero me tiene vuelto el juicio. Es una divinidad de cara y de cuerpo. Hay que verla desnuda.

TONTO ¡ Bueno !...

CURRA (Pegándole otra vez.) ¡ Sinvergonzón ! Consuelillo es más morenilla, pero en cambio está mejor formada. Y de la que espero mucho, mucho, mucho, es de Manolilla. Y de Asuncioncilla también.

DOLORES ¿Cuál es Manolilla?

CURRA ¿Manolilla he dicho? Yo misma me confundo. Lolilla he querido decir. Manolilla se llamará la que tenga el año que viene. Por la tía de Becerra.

SOCORRO ¿Pues sabe usted lo que le digo, señora? Que si en vez de Manolilla, Asuncioncilla, Candelarilla, Josefilla, Lolilla y toda esa caterva, hubiese usted traído al mundo a Periquillo, Antoñillo, Eduardillo, Paquillo y Joselillo... hasta quince, a estas horas tenía usted una calle en el pueblo.

CLOTILDE ¿Una calle? ¡ Una estatua !

CURRA ¡ Ay, qué graciosa ha estado ! Se lo diré a Becerra. Yo, lo más que puedo hacer, es tener ahora quince varones.

DOLORES Entonces sí que va a necesitar la calle : ¡ para que viva la familia !

(Se ríen todos.)

JUANITA ¿Vamos a jugar a «encendido te lo doy, si apagado me lo das, prenda pagarás»?

CURRA No, hija ; esta noche no jugamos a nada.

TONTO En... en todo caso al escondite.

SOCORRO A lo que vamos a jugar es a irnos.

- DOLORRES ¿Tan pronto? ¡Claro! Si hubiera pollos que las distrajeran a ustedes, no se irían... Pero estas tertulias son de pan con pan.
- TONTO ¡Que... que estoy yo aquí, mamá Dolores!
- DOLORRES Animales, borricos: no saben hablar más que con pindongas. Ven a una señorita y echan a correr asustados. ¡Ay, qué cambio ha dado este Arenales del Río! En mis tiempos había aquí un manojo de muchachos que daba gusto. Mi Rufino era de lo menos saliente, y ya ven ustedes qué figura tiene todavía... A caballo daba gloria verlo. Los Carnavales de aquí eran famosos en Andalucía... Venían familias de Cádiz, de Sevilla, de Huelva... En el casino se armaba una fiesta y un baile por menos de nada... Siempre había pretexto para divertirse y pasarlo bien. Lo que ocurre cuando hay sociedad. Los muchachos finos solían darnos serenatas muy bonitas a las pollas más principales. Porque esto que sucede aquí ahora, de que la hija del tío Pitijerve, que no es de clase, ni lo será nunca, se pasee por la plaza con las demás... ¡esto no se ha visto en el mundo! Todavía me acuerdo yo de una estudiancina... ¡Ah!... Becerra se acordará también. (Cantando, peor que en sus tiempos.)

*A tu puerta hemos llegado
cuatrocientos en cuadrilla,
si quieres que te cantemos
saca cuatrocientas sillas.*

(Aplausos.)

CLOTILDE ¡Muy bien!

SOCORRO ¡Muy bien!

DOLORRES Les digo a ustedes que en Arenales del Río se podía vivir.

(Silencio. Las muchachas se quedan pensativas.)

SOCORRO Bueno ; pues nos iremos con tan agradable sabor de boca.

(Se levanta. Luego se van levantando las demás.)

CLOTILDE Sí, vámonos. ¿Quién me lleva a mi casa?

DOLORES Andrea, María Rosa... Cualquiera.

CURRA ¿Para qué? Yo te dejo al pasar. Y a ti también, Socorro. Si es mi camino.

SOCORRO Ea, pues vamos.

(Coge cada una su mantón y se lo pone. Mientras, llega Andrea sollozando aún, a anunciarle una visita a mamá Dolores.)

ANDREA Zeñorita.

DOLORES ¿Qué hay?

ANDREA Un cabayero pregunta por usted.

DOLORES ¿A estas horas? ¿Quién es?

ANDREA No lo conozco. Dice que viene de aquí, de Cañaverá.

DOLORES ¡El demonio del hombre ! Ese es uno que me quiere vender unos borregos, y yo no quiero comprarselos, y me trae loca. Que entre ya y lo desengaño del todo.

(Vase Andrea.)

SOCORRO Conque, mamá Dolores, hasta mañana.

DOLORES Hasta mañana, hijita.

CLOTILDE Hasta mañana.

DOLORES Adiós. Tantas cosas a tu madre. Dile que se deje ver de cuando en cuando. Adiós, Curra. Que se alivie Becerra.

CURRA Gracias, mamá Dolores.

JUANITA Buenas noches, mamá Dolores.

DOLORES Adiós.

TONTO Ma... ma... mamá Dolores, descansar.

DOLORES Adiós, mala persona.

TONTO ¡Ji, ji ! Esta noche voy a soñar con Socorrito.

(Al ir a marcharse por la puerta del foro aparece Alvaro en ella. Todas, la propia mamá Dolores también, hacen un movimiento de sorpresa.)

DOLORES (Pues no es quien yo creía... No conozco...)

(Socorrito, Clotilde, Curra, Juanita y el Tonto van marchándose por este orden, y dedicando sendas cortesías al recién llegado, a las que él contesta respetuo-

amente. Así que desaparecen todos, avanza un poco hacia mamá Dolores y la saluda.)

ALVARO Señora, buenas noches.

DOLORES Buenas noches.

ALVARO Usted me perdonará si vengo a hora inoportuna, dadas las costumbres de estos pueblos.

DOLORES No, señor, no...

ALVARO Sin duda estoy hablando con la dueña de la casa : doña Dolores Feijóo.

DOLORES Yo misma soy. ¿Me conoce usted?

ALVARO No tenía ese gusto.

(Vuelve Socorrito.)

SOCORRO Mamá Dolores, con permiso.

DOLORES ¿Qué quieres?

SOCORRO (Hablando con ella, pero sin quitarle ojo a Alvaro.)

¿El molde de la carne de membrillo, me lo envía usted a casa, o mando yo por él?

DOLORES Yo te lo mandaré : no te ocupes de ello.

SOCORRO Mejor será : porque como tengo esta cabeza... Hasta mañana.

DOLORES Hasta mañana. (Diablo de piruja...) (Vase Socorrito haciéndole a Alvaro una nueva cortesía.) Y yo, ¿con quién tengo el honor?...

(Vuelve Clotilde, como Socorrito.)

CLOTILDE Mamá Dolores.

DOLORES ¿Qué hay?

CLOTILDE Por supuesto, si viene mi madre, dígame usted que me ha llevado Curra... No vaya a armar una de sus novelas.

DOLORES Descuida.

CLOTILDE Hasta mañana.

DOLORES Adiós. (Vase Clotilde, repitiendo también la cortesía.) Le preguntaba a usted... Pero tenga la bondad de sentarse. (Se sienta ella.)

(Vuelven Curra y Juanita, como las otras.)

CURRA Mamá Dolores : ¿don Rufino está bueno, verdad? Como esta noche no ha salido.

DOLORES Sí, sí : está bueno. Gracias.

CURRA Que usted descanse.

DOLORES Adiós.

ALVARO Veo que es usted una madre casi universal...

DOLORES Je, je. En el pueblo, toda la pollería... Y la segunda reserva también...

(Vuelve asimismo el Tonto Medina, por no ser menos.)

TONTO Ma... ma... mamá Dolores.

DOLORES ¿Qué se te ofrece, hijo de mi alma?

TONTO ¿A... a... a cuántos estamos hoy, por una disputa?

DOLORES A trece. Vete y déjame en paz, majadero.

TONTO Hasta mañana. (Vase.)

DOLORES Bien ; a ver si nos entendemos nosotros...
(Alvaro mira a la puerta.) No ; ya no hay más : esté usted tranquilo. Cosas de los pueblos... Ha llamado la atención su visita. Siéntese usted, y dígame quién es y el objeto que aquí lo trae.

(Se sienta Alvaro. Es un muchacho fino, simpático, elegante, sencillo, de muy abierta fisonomía. Viene en traje de montar a caballo. Trae fusta y sombrero flexible.)

ALVARO ¿Es usted buena fisonomista?

DOLORES Psch... regular. No lo he sido mala ; pero ya tengo los ojos cansados, como los perros viejos.

ALVARO ¿Y no le recuerdo a usted a nadie? Míreme usted bien.

DOLORES Déjeme usted que me ponga las gafas : me ha metido usted en curiosidad. (Se pone las gafas, lo mira detenidamente y se las quita luego.) No caigo... Y el caso es que yo juraría... Pero no, no caigo. Ríase usted, que dicen que riéndose se coge mejor el aire de las personas. (Alvaro se ríe de buena fe.) Nada ; ni riéndose. No es cosa de hacerlo a usted llorar, para ver si así...

ALVARO Sería difícil que usted me reconociera. No me ha visto nunca, y la persona por quien puede recordarme murió hace tantos años... Usted fué muy amiga de Pastora Velázquez, ¿verdad?

DOLORS ¡ Pastora Velázquez !... ¡ Ya lo creo !...
 ¿ Es usted su hijo ?

ALVARO Su hijo soy.

(Se estrechan las manos con emoción.)

DOLORS Ahora que lo sé, lo veo claro. Tiene usted la misma cara de ella. La nariz, los ojos... Y la voz, la voz... Más que nada la voz. ¡ Jesús, Jesús ! Pero ¿ cómo había yo de caer ?... Pastora se fué de aquí hace más de treinta años... Ella era mucho más joven que yo ; casi le doblaba la edad... Pero fuimos íntimas. ¡ Qué simpática y qué buena era la pobre !

ALVARO Murió siendo yo un chiquillo todavía. Pero no tan chiquillo como para olvidar lo mucho que me hablaba de usted, de este pueblo, de esta casa... ¿ Y su marido de usted ? ¿ Vive ?

DOLORS A Dios gracias. No lo parte un rayo. Ni a mí tampoco. Ahora lo llamaré. Nos hemos acartonado los dos, y yo no sé cuándo vamos a morirnos. Esta es la verdad. ¿ Cómo se llama usted ?

ALVARO Alvaro.

DOLORS Ah, como su padre. ¿ Recuerda usted a su padre ?

ALVARO No. Ya sabe usted que, antes de nacer yo, salió de España con mi madre, perseguido, acusado por aquellas calaveradas políticas...

DOLORS Ya lo sé. Lo vendieron los que él creía sus amigos. Era un hombre de corazón. Inflexible, terco, exaltado. Daba pena verlo rodeado de aquella pillería. De puro bueno, parecía loco algunas veces.

ALVARO Y lo era, desde el momento en que creía que todos los hombres eran como él.

DOLORS Diga usted, Alvaro : ¿ usted—o he perdido yo los memoriales—nació en alta mar, camino de América ?

ALVARO Sí, señora. Tuve la cuna mejor mecida que ha tenido nadie.

DOLORÉS Sólo que su madre de usted hubiera preferido mecérsela ella.

ALVARO Eso sí. En tierra firme. A los dos años de emigración, mi pobre padre, hartó de la vida...

DOLORÉS Fué una gran desgracia. Lo supe.

ALVARO A los hombres como él, los arroja del mundo el desencanto.

DOLORÉS ¿Y a usted se lo llevaron a París, con su tío César?

ALVARO No; entonces no. Años después, cuando murió mi madre.

DOLORÉS ¿Ahora vive usted con su tío?

ALVARO No, señora; mi tío también murió. Me he quedado solo.

DOLORÉS ¿Solo?

ALVARO Sí. Y vivo errante, de aquí para allá, viajando casi siempre. En ningún lugar paro mucho tiempo. Por temperamento soy volandero, inconstante... Aborrezco la estabilidad. Me gusta vivir sin echar raíces en el suelo. Si ya por naturaleza no fuera así, lo sería por reflexión. El recuerdo de mi padre me aparta de las cosas y de los hombres. Prefiero tratarlos de lejos, por encima... De todo y de todos, me contento con ver la espuma. La espuma es agradable.

DOLORÉS ¿Y a qué ha venido usted a Arenales del Río, si no es indiscreción?

ALVARO A Arenales del Río, a conocerla a usted solamente.

DOLORÉS Muchas gracias.

ALVARO A Cañaveral, aparte la venta de unas tierras de poco valor, me ha traído el deseo, contenido hasta ahora, de ver el pueblo en donde nacieron mis padres; en donde acaso debí yo nacer. A mí, que viaje tanto, me remordía la conciencia ya de no haberlo visto.

DOLORÉS Pues ha cambiado mucho. El pueblo es otro. Como éste.

ALVARO Ya, ya he podido observarlo. La casa que fué nuestra es hoy una fundición de hierro. Mudanzas del tiempo, que juega a su antojo con las cosas y con los hombres.

DOLORES Mire usted qué dolor de casa.

ALVARO Y yo, que en mi adolescencia tuve mis puntas y ribetes de revolucionario—de tal palo tal astilla,—que no quería dejar en el mundo piedra sobre piedra, he sentido una tristeza muy honda al no ver, en mi visita a Cañaveral, la casa de los señores de San Miguel tal y como me la pintaba mi madre.

DOLORES Calle usted, calle usted... El progreso hace cada paparrucha...

(Pausa breve.)

ALVARO Usted tuvo hijos, ¿verdad?

DOLORES Tuve tres; pero murieron pequeñitos. El mayor, de seis años.

ALVARO ¡Qué lástima!

DOLORES Por eso miro con tanta ilusión a esa pollería que usted ha visto antes. Ya que no quiso Dios conservarme los míos...

(Se oye a don Rufino gritar dentro.)

RUFINO ¡Eh! ¿qué es esto? ¿Qué pasa aquí?

DOLORES Ahí viene mi marido. Y me parece que no viene solo.

(Llega, en efecto, don Rufino por la puerta del foro, con su "compañera" habitual e inseparable.)

RUFINO Pero, Dolores, ¿esta noche no se cierra la puerta?

DOLORÉS Pero, Rufino...

RUFINO (Reparando en Alvaro, que se ha levantado.) ¡Ah! Usted dispense.

DOLORÉS (Presentándolos.) Aquí tiene usted a mi esposo. (¡Que viene bueno!)

ALVARO Muchísimo gusto....

RUFINO (Esforzándose en aparecer fresco como una lechuga, y altamente correcto.) El gusto siempre es mío...

DOLORÉS Fíjate en este señor, a ver si lo conoces.

RUFINO Sin fijarme : con verlo nada más me basta. Ya sé quien es. ¡ El hijo del comandante de la remonta de Estepilla !

ALVARO No, señor...

DOLORES Siempre habías tú de apearte por las orejas.

ALVARO ¿ Me parezco yo en algo a ese caballero?

RUFINO En nada.

DOLORES Entonces...

RUFINO Lógica. De mis labios no sale una palabra que no tenga lógica. Días pasados, el señor comandante de la remonta de Estepilla tuvo a bien decirme : cuando menos lo espere usted irá a visitarlo el mayor de mis hijos. Verá usted qué caso más raro : no se parece en nada a mí. Lógica. Llego a este recinto, me sorprende su presencia de usted, no tiene usted ni un pelo del comandante de la remonta de Estepilla, y digo : Tate : su hijo. ¿ Hay lógica?

ALVARO Sí, señor ; rectilínea. Eso es indudable.

DOLORES Entérate, Rufino : éste que ves aquí es el hijo de un gran amigo tuyo. Y lleva su mismo nombre : Alvaro San Miguel.

RUFINO ¿ Alvaro San Miguel? ¡ Ah !... Quien pensara... Déme usted un abrazo.

(Se abrazan.)

DOLORES Qué visita más inesperada, ¿ verdad?

RUFINO Y más agradable.

ALVARO Para mí lo es mucho.

RUFINO Yo fui de los leales, amigo mío. De los contados leales a su papá.

ALVARO Lo sé, lo sé ...

RUFINO Pobrecillo. Un gran corazón. (A su mujer.) Mira que ha crecido este muchacho, Dolores.

DOLORES Pero, hombre, si tú no lo has conocido hasta ahora...

RUFINO ¿ Y eso qué? ¿ No salta a la vista que ha crecido? Lógica, lógica.

DOLORES (Considerándolo cosa perdida.) Ay, ay, ay...

- ALVARO (¡Qué borrachera tiene encima este buen señor !)
- DOLORES Siéntese usted, Alvaro.
- ALVARO No ; ya no. Es tarde. Mañana nos veremos. Yo he de permanecer aquí un par de días.
- RUFINO Sí, hombre, sí. ¿Qué menos? Le enseñaremos a usted el pueblo y sus alrededores ; comerá usted un día con nosotros ; prepararemos una jira...
- DOLORES ¿Usted viene a caballo, no?
- ALVARO Sí, señora.
- DOLORES ¿Y de aquí vuelve usted a Cañaveral?
- ALVARO Justamente.
- DOLORES Pues el último día que pase usted aquí iremos al *Pinar*, que es una finca nuestra, a mitad de camino. Un sitio muy hermoso.
- RUFINO Muy hermoso.
- DOLORES Allí merendamos, y desde allí sigue usted su viaje.
- ALVARO Perfectamente. Agradezco infinito la idea.
- RUFINO ¿Es usted aficionado al arte?
- ALVARO Un poco.
- RUFINO Ah, pues en Arenales hay alguna curiosidad... Tenemos el castillo de la Luz, que en cada agujero encierra una leyenda... Tenemos la torre del Pico, famosa en la guerra con los franceses... Y en la iglesia hay algo también. Verá usted un Greco.
- DOLORES A mí el Greco me parece un mamarracho muy gordo ; pero, en fin, éste, que lo entiende, dice que es magnífico, y los ingleses que lo ven se ponen a hacer aspavientos...
- RUFINO ¿En dónde para usted?
- ALVARO En la fonda de la Palma. Me ha llevado a ella un criado que viene conmigo y que conoce el pueblo.
- RUFINO ¡ Hombre, por Dios ! Véngase usted acá.

ALVARO No, no ; mil gracias ; no. Eso de ninguna manera.

DOLORES ¿Por qué no?

ALVARO No se hable más de ello. Lo agradezco como si lo aceptara. Y si ustedes no tienen qué mandarme...

RUFINO Sí tal : que haga usted el favor de esperar un segundo, que voy por mi sombrero para acompañarlo a usted a su casa.

ALVARO Por Dios, no se moleste...

RUFINO No es molestia ; pero ojalá lo fuera, para tomármela por usted. Vuelvo, vuelvo en seguida.

ALVARO Gracias, señor.

(Vase don Rufino por la puerta del foro, hacia la izquierda. Momentos antes se oye a lo lejos el rumor de voces y guitarras de una ronda de mozos que van cantando. Durante esta escena continúa oyéndose, siempre lejos. Son los quintos nuevos, que piden para pasar la noche de fiesta, y que cantan las coplas siguientes :)

*Disen que te vas er lunes,
no te vayas hasta er martes,
que tiene mi corasón
muchos consejos que darte.*

—
*Aunque me voy, no me voy ;
aunque me voy, no me ausento ;
aunque me voy de palabra
no me voy de pensamiento.*

(Viene Andrea por la puerta del foro, tan compungida como siempre.)

ANDREA Zeñorita.

DOLORES ¿Qué quieres, mujer?

ANDREA ¿Me deja usté dí a la esquina, que están pazando por ayí los quintos que ze van mañana? Desde aquí ze lez oye : escuche usté.

DOLORES ¿Va con ellos tu novio?

ANDREA Zí, zeñora.

- ALVARO ¿Se le llevan a usted el novio al servicio?
ANDREA Mañana ; zí, zeñó.
ALVARO ¡Qué desgracia más grande !
ANDREA Y ahora va con loz otros, cantando y pi-
diendo pa pazá la noche divertíos.
DOLORES Ea, pues anda, anda ve a donde quieras.
Pero no tardes.
ALVARO Espere usted. Puesto que van pidiendo
los muchachos, lléveles usted para que be-
ban.
(Le ofrece un billete.)
DOLORES Alvaro, por Dios.
ALVARO ¡ Señora ! Tome, tome.
ANDREA ¿Lo tomo, zeñorita ?
DOLORES Tómallo.
ANDREA Ay, pos muchas gracias. Yo les diré a los
mozos que es de un zeñorito mu guapo.
ALVARO Ahora soy yo el que da las gracias.
(Vase Andrea por la puerta del foro.)
DOLORES ¡ Bueno se van a poner el cuerpo ! Tendrá
usted la culpa de que fusilen a cuatro o
seis.
(Vuelve don Rufino por donde se marchó, sombrero en
mano.)
RUFINO Listo. A sus órdenes.
ALVARO A su disposición. (Don Rufino le da el sombrero,
que antes dejó Alvaro en una silla.) Gracias. (Des-
pidiéndose.) Mamá Dolores... yo también
quiero darle a usted este tratamiento...
DOLORES De nadie lo recibo con más gusto. Créa-
me usted. La satisfacción que me ha pro-
ducido el verlo, no tengo que decírsela.
Seremos amigos ; muy amigos.
ALVARO Lo somos ya.
RUFINO Amigos en español, *amis* en francés, *ami-*
ci en italiano, *amici* en latín...
DOLORES Bueno está, bueno está de idiomas.
ALVARO Mamá Dolores, hasta mañana.
DOLORES Hasta mañana.
RUFINO ¿Vamos ?
ALVARO Vamos.
RUFINO Usted delante.

ALVARO Como usted quiera.
(Se van por la puerta del foro hacia la derecha. Socorrito, Clotilde, Curra, Juanita y el Tonto Medina salen por la puerta de la izquierda, uno detrás de otro, en cómica fila, con los ojos llenos de preguntas. Mamá Dolores se sorprende y hasta se asusta un poco. Los cinco la rodean y le hablan casi simultáneamente.)

CLOTILDE Oiga usted, ¿es soltero?

DOLORES ¿Eh?

SOCORRO ¿Va a estar mucho tiempo en Arenales?

DOLORES ¡Jesús!

CURRA ¿Este es hijo de aquel famoso San Miguel?...

JUANITA Es guapo, es guapo.

TONTO ¿Le... le toca a usted algo, mamá Dolores?

DOLORES Por supuesto, sois el mismo demonio.

SOCORRO ¿Está solo en el mundo, verdad?

CLOTILDE Es un tipo muy interesante.

CURRA Muy simpático, muy distinguido.

JUANITA Es guapo, es guapo.

TONTO Un... un rival; como si lo viera.

(Alvaro se presenta por la puerta del foro, de improviso. Movimiento de sorpresa y de cierta vergüenza en todos.)

ALVARO Me olvidaba... (Reparando con extrañeza en el cuadro.) ¿Eh? (Sonriéndose.) Me olvidaba la fusta...

DOLORES Ah, la fusta. Sí...

(Las muchachas se apresuran a dársela.)

ALVARO Hasta mañana.

DOLORES Hasta mañana.

(Alvaro saluda reverentemente desde la puerta. A su cortesía, contestan también saludando todos: Socorrito, con una sonrisa muy dulce; Clotildita, con una postura de minué; Curra, como si ya fuera su suegra; Juanita, azorada; mamá Dolores, con afabilidad, y el Tonto, como Dios le da a entender. Mientras cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Un pinar en las inmediaciones de Arenales del Río. Apenas se filtra el sol por entre los árboles. En el suelo, hacia la izquierda, un tronco viejo que hace veces de banco.

Aparece solo el pinar. De la parte de la derecha vienen, de cuando en cuando, alegres risas de muchachas. Por la izquierda salen a poco Alvaro y mamá Dolores, conversando.

ALVARO Hermoso día estoy pasando, mamá Dolores. Lástima que se acabe... y que sea el último que paso entre ustedes.

DOLORES El sitio es precioso, ¿verdad?

ALVARO El sitio y la casa. Si yo fuera hombre dado al matrimonio se la pediría a usted para la luna de miel.

DOLORES ¿Ah, sí? Pues cuenta con ella, por si acaso. Te cojo la palabra. Ve tú a saber si con el tiempo...

ALVARO Es difícil. Considero una desgracia muy grande que no le guste a uno más que una mujer. ¡Hay tantas y tantas bonitas!... Y como usted comprende, por el hecho insignificante de casarme yo con una sola no han de volverse feas todas las demás. Y desde ese momento estoy perdido: porque donde haya una mujer bonita, allí me tiene usted a mí. Para todo, absolutamente para todo... menos para casarme con ella.

DOLORES Quien ama el peligro, en él perece. Tú caerás, Alvaro.

ALVARO Lo sentiría por mi mujer. Iba a vivir alarmadísima, la pobre.

DOLORES ¡Ja, ja, ja!

ALVARO De nada, por agradable que sea, quiero quedar harto en la vida. Y muchísimo menos de la mujer. Primero que llegue el hastío—que llega—me voy yo. Me gusta adorarlas, pero como ha dicho el poeta,

*así, de prisa, de prisa,
todo al vuelo, todo al vuelo...*

¿Ve usted de la manera cómo se pasan las páginas de un libro predilecto? Pues igual. Eso son para mí las mujeres: páginas de una obra... que no sé los tomos que tendrá, pero que ojalá tenga muchos. Las voy pasando, pasando, y una me hace reír, y otra me interesa, y otra me encanta, y otra me conmueve... Pero...

*así, de prisa, de prisa,
todo al vuelo, todo al vuelo.*

DOLORES ¿Sabes que me vas resultando un punto filipino?

ALVARO ¡Ja, ja, ja!

DOLORES Con todo, creo que harías un casadito muy aceptable. Me agradaría que te pescara una de aquí. (Se sienta.)

ALVARO Ya no hay tiempo. Dentro de una hora me marchó... Pensé quedarme con ustedes tres días y llevo siete.

DOLORES Esas cosas... El diablo las enreda.

ALVARO No, no; que no las enrede, porque me marchó.

DOLORES Vamos, que si se empeñara Socorrito...

ALVARO (Alarmado.) ¿Eh?

DOLORES No te asustes, hombre. No me niegues que Socorrito no te parece a ti ningún costal.

ALVARO No, señora; no me lo parece. Ni Socorrito, ni Clotilde, ni Isabel, ni María...

- DOLORS No, no, no ; no generalices. Socorrito.
- ALVARO Pues ¡qué diablo ! tiene usted razón : Socorrito. Es una muchacha interesante. Por bajo de la capa de su conversación, ligera y graciosa, se advierte el espíritu de una mujer que siente y que piensa.
- DOLORS Y que sufre.
- ALVARO En fin, señora, ingenuamente le declaro a usted que la encuentro tan hechicera, tan atractiva... que me voy esta tarde.
- DOLORS Si te oyera el borrachón de mi marido te saldría con que eso no tiene lógica.
- ALVARO ¿Dice usted que sufre Socorrito? ¡ Ya lo creo !
- DOLORS Socorrito... y todas las muchachas del pueblo. Es cosa que entristece el ánimo pensar en ellas. ¿ Tú sabes la taifa de zanguangos que hay en Arenales? Yo me indigno. Borricotes, estúpidos, gañanes, zampatortas...
- ALVARO En efecto : existe una diferencia esencial entre hombres y mujeres : la he notado. Como también he podido observar a mi paso por aquellas calles, que detrás de cada ventana hay siempre una mujer que mira... y que espera. Y deja uno las ventanas atrás, y sigue sintiendo los ojos que lo miran hasta que desaparece de la calle.
- DOLORS Es verdad ; es mucha verdad. ¡ Pobrecitas mías !
- ALVARO A propósito. ¿Quién es una morena enlutada, de ojos muy negros...? Vive en una calle a cuya entrada hay un Cristo viejo con una lamparilla.
- DOLORS Ah, sí ; ya sé quién dices. Si vuelves a pasar por allí encomiéndate al Cristo. Tres veces se ha casado ya esa morena.
- ALVARO ¡ Sopla !
- DOLORS Y ahora va a cargar con un tendero, cuatro veces viudo. El duelo a muerte le dicen en el pueblo.
- ALVARO ¡ Ja, ja, ja !

DOLORES Aquí se da mucho ese tipo, no creas. ¡ Hay cada lagartona, con el colmillo retorcido !... ¡ Ah ! Viudas, mal casadas... con poquísima vergüenza casi todas ellas...
(Sale el Tonto Medina por la derecha, a tiempo de oír las últimas frases.)

TONTO ¡ Em... empezando por mi tía !...
(Se ríen los tres.)

DOLORES Este tonto dice unas cosas...

TONTO ¡ Al... Alvaro ! ¡ Al... Alvaro !

ALVARO ¿ Qué hay ?

DOLORES (Levantándose.) ¿ Qué ha de haber ? Que te echarán de menos las muchachas.

TONTO E... eso mismo ; que han hecho ya el columpio.

ALVARO ¿ Han hecho ya el columpio ?

TONTO Sí... sí, señor. Mírelo usted.

ALVARO ¡ Es verdad ! ¡ Pues si es una obra magna ! (Gritando.) ¡ Voy en seguida ! ¡ Voy !
(A mamá Dolores.) ¿ Se queda usted ?

DOLORES Sí. A ver si saco de la bodega a Rufino, que debe de estar a estas horas hecho un mosquito.

ALVARO Lo está, lo está. A mí se ha empeñado en emborracharme. « Que naranja del cuarenta y ocho, que un vinito ajerezado especial, que aguardiente de caña... » ¡ Porque mezcla que es una perdición !

TONTO ¡ Ji, ji !
(Don Rufino grita dentro, lejos, hacia la izquierda.)

RUFINO ¡ Alvaro ! ¡ Alvaro !

TONTO A... ahí viene.

ALVARO No, pues no me pesca. Mamá Dolores, líbreme usted de él.

DOLORES ¡ Pendón de viejo ! Te digo que me tiene frita.

ALVARO (Hacia la derecha, como antes.) ¡ Voy ! ¡ voy !
(Se va corriendo.)

RUFINO (Un poco más cerca.) ¡ Alvaro !

DOLORES ¡ Calla ! (Al Tonto.) ¿ Tú no te meces ?

TONTO No... no, señora... Me mareo mucho...

DOLORES Ya.

RUFINO ¡ Alvaro !
DOLORES (Yéndose por la izquierda.) ¡ Que te calles, hom-
bre ! ¡ No quiere más vino ! Y hace bien.
TONTO ¡ Ji, ji !... Se... se ha creído lo del mareo.
 ¡ Y no está mal mareo !... (Se tumba en el suelo
de cara a la derecha.) Desde aquí tendido, con
el ir y venir del columpio... ¡ Ji, ji !... (Oyese
la primera copla. El Tonto sigue con el cuerpo y la ca-
beza el movimiento del columpio, y se ríe y da gritos
semisalvajes. Pasa el gran rato el hombre.)

Voz *En er jardín de tu casa
sinco jazmines cogí,
y eran los sinco sentidos
que tengo puestos en ti.*

TONTO ¡ Digo ! ¡ digo ! ¡ Cómo engañan esas de
la cara finita ! (Sale Andrea por el primer término
de la derecha con un cantarillo lleno de agua. A pesar
de los días transcurridos sigue sollozando.) ¡ An...
Andrea !

ANDREA ¿ Qué quíe ustedé ?

TONTO (Incorporándose.) ¿ Me... me das un bucheci-
to de agua ? En el mismo cántaro la bebo.

ANDREA Tome ustedé la que quiera. (Le acerca el cán-
taro y le da de beber. El Tonto, mientras, no deja de
hacerle alguna caricia en los brazos.)

TONTO ¡ Qué rica ! ¡ qué rica ! Dios te lo pague.
¿ Pe... pero vas llorando ?

ANDREA Zí, zeñorito... Las cozas de la vía...
(Vase por la izquierda. Sale Gaspar, también por el
primer término de la derecha, y atraviesa la escena.
El Tonto lo detiene un momento.)

TONTO ¿ Bus... buscas a tu amo ?

GASPAR No, zeñó, zeñorito. Ya zé que está ayí en
er columpio. Muchas gracias. (Vase por la
izquierda.)

TONTO No... no hay de qué darlas, hombre. (Ma-
liciosamente.) Me... me parece a mí... me...
me parece a mí... El hombre es fuego, la
mujer estopa... vie... viene el diablo y so-

pla. (Se oye otra copla dentro, y el Tonto vuelve a su balanceo.)

VOZ *Anda y pregúntale a un sabio,
si te sabe respondé,
si pena más er que quiere
o er que no sabe queré.*

TONTO (Levantándose de repente muy incomodado, como si hubiera visto al demonio, y dando vueltas inquieto por la escena.) ¡Mal... maldita sea la peste !... ¡ Ya... ya está ahí esa bruja ! ¿ Que no hemos de tener fiesta sin ella ? ¡ Pues no me la dice, y no me la dice, y no me la dice ! (Sale por la derecha la gitana, desarrapada y sucia. Trae sobre la cabeza una canasta que deja después en el suelo. El Tonto le huye, todo temblón y descompuesto, pero no se escapa de su presencia, que en cierto modo le atrae. Siguen a la gitana, con algazara y risas, Socorrito, Clotilde, Juanita, Isabel y Alvaro. Las muchachas muy adornadas con flores del campo.)

GITANA Ven acá tú, no juyas ; que no me como a naide.

TONTO ¡ A... a ver si te estás quieta !

GITANA Pero, ¿ quién te ha tocao, güen moso ?

TONTO Ve... vete a vender canastas y déjanos.

SOCORRO Lo que es hoy te dice la buenaventura, Juanillo.

ALVARO Sí, sí ; yo tengo que oírse la.

TONTO Se... se la dirá al ladrón de su abuelo...

A... a mí no me la dice.

GITANA Cáyate ya y no ofendas, que nadie se ha metío contigo. Asércate, hurón.

TONTO ¡ Ve... ve... vete ya !

GITANA (Remedándolo.) Asércate, codorní : que hablas a gorpes.

CLOTILDE Anda, Juanillo, que te la diga.

ISABEL Pero ¿ por qué no quiere ?

ALVARO ¿ Por qué es ese miedo ?

JUANITA Yo no sé.

SOCORRO Porque un día le adivinó una cosa mala que había hecho.

CLOTILDE Por eso, por eso no quiere.

- GITANA Pero si ahora le ví a desí la personiya resalá que está penando por esos güesesitos. Ven acá tú, presioso, que tienes ojos de caramelo chupao.
- TONTO La... la... la persona esa, la sé yo mejor que tú. Que se la diga a usted, Alvaro; que se la diga a usted.
- ALVARO No, no; a usted primero.
- SOCORRO ¿Usted también le teme?
- ALVARO ¿Yo?
- CLOTILDE Sí, si le teme; le ha bajado el color.
- ISABEL ¡Que se la diga!
- SOCORRO ¡Que se la diga!
- JUANITA ¡Que se la diga!
- TONTO ¡Que... que se la diga! ¡Que... que se la diga!
- CLOTILDE ¡Le teme! ¡le teme!
- ALVARO ¿Que le temo? ¡A ver, gitana: ven aquí!
(Presentándole la mano izquierda, palma arriba.)
Dime lo que me va a pasar en este mundo, si lo sabes.
- GITANA Sí que te lo diré, jermoso; que tienes planta de enamorao y bigote de gavilán.
- CLOTILDE ¡Jesús! ¡Bigote de gavilán!
(Risas de todas.)
- TONTO ¡Co... como a mí!... ¡Lo... lo mismo que a mí! ¡Bi... bigote de gavilán!
(Nuevas risas.)
- GITANA ¿Te quiés cayá, inclusero; que no te pones ropa a la medía, y te vas a salí por una manga?
- ALVARO Bueno, bueno, ahora me toca a mí.
- SOCORRO Callarse.
(Rodean a la gitana y la oyen con supersticioso interés.)
- GITANA (Cogiendo con una mano la de Alvaro y diciendo, como si en la palma leyera.) En er nombre sea de Dios, que donde está su nombre no hay mar ninguno, y lo que de Dios venga, güeno tiene que sé. Tú, jermoso, tienes un corasón que no te cabe dentro er pecho. Er vé lástimas, no es pa ti. Lagrimita que

elante e ti se errame, lagrimita que secas tú con tu pañuelo. Dadivoso me eres, jasta lo liberá, porque viniste ar mundo en pañales de sea, y tira mucho lo hereao. Una penita mu honda te mina la vía, pero tú no se la cuentas a naide, porque quieres er sufrí pa ti solo. Lo que no consiga de ti una jembra, no lo consigue persona en er mundo. Las palabritas de mié que salen de tu boca, son toas pa las mujeres, que te oyen engolosinás. Una rubia mu rubia, esportiya e salero, sueña toas las noches contigo metía en sus sábanas; pero ayí se pué está yorando, que los tus pensamientos son pa una morena con dos ojos recortaos der manto e la Virgen que en toas partes los pone menos en ti. Rencorosiyo no me eres, pero esto ya te trae una mijiya desasonao. Si pasiensia tienes y largo esperas, quisás argún día se te logre a ti tu capricho; pero has de quitarte de engreí a ninguna otra mujé con palabritas durses. Roando er tiempo, tendrás tres hijos y los tres serán curas. Ar que bien te desee, bien le deseo; ar que mar te quiera, los ojos se le sarten; que te lo mereses to por rumboso, y tienes bigotiyo de charó, risita de afortunao, planta de granaero y patitas de bailao. Y ahora, échame una limosnita pa los *churumbeles*, salao.

ALVARO ¡ Ya lo creo! ¡ Después de tantísimo piropo! Toma, mujer, toma...

TONTO ¡ Lo... lo mismo que me dijo a mí: patitas de *bailaor*! ¡ Saca dinero!

CLOTILDE ¿ Conque tres hijos y curas los tres? ¡ Mire usted que es desgracia la nuestra!

SOCORRO Mujer, los hijos de Alvaro ya no nos alcanzan a nosotras.

ALVARO Oye, tú: eso de los hijos curas, ¿ no lo podríamos arreglar?

GITANA Ponme aquí una moneíya de plata, sim-

pático to, que tienes bigotiyo de hule, y yo te contaré lo que no sabes...

ALVARO No, no; la cosa había de ser desinteresada.

GITANA (A Isabel.) ¿Te la digo a ti, amapola der campo?

ISABEL A mí no, a mí no.

GITANA (A Juanita.) ¿Y a ti, paloma mensajera?

JUANITA Tampoco.

GITANA (A Socorrito.) Pos te la ví a desí a ti, botón de rosa.

SOCORRO Me la has dicho ya varias veces y nunca has acertado. El morenito con lunares no acaba de llegar.

GITANA (A Clotilde.) Ea, graciosa, entonces te la digo a ti.

CLOTILDE ¿A mí? Te la digo yo a ti primero. Hasta al gato de mi casa le he dicho yo ya la buenaventura...

GITANA Pos darme unas perriyas más, corasones de asuca, que ni por causaliá se vende una canasta, y me esperan ayí tres *chorreles* con las bocas abiertas como los guirripatos en er nío.

ALVARO ¿Tres hijos tienes?

GITANA Tres me viven, y uno que está encargao.

TONTO ¡Men... mentira! ¡Men... mentira!

GITANA ¡Mala puñalá te den; no te cayera más castigo que alimentarlos! Vamos, señó, ¿me echa usté esas perriyas, por la salú de estos luseros?

ALVARO ¡No faltaba otra cosa!

GITANA Dios se lo pague a usté, galán.

SOCORRO Y déjanos, déjanos.

CLOTILDE Ya sabes el camino.

TONTO (Desazonado.) ¡Sí, hombre, sí; que se largue ya! ¡Qué pesada se pone!

GITANA ¿Pero no te has muerto toavía, feo to?

(Se enzarzan la gitana y el Tonto. Ella, mientras se va, no para de echarle maldiciones, a las que él contesta más alterado cada vez. Los demás se ríen de la escena.)

- TONTO ¡ A tu casa, a tu casa ! ¡ Ma... ma... mala persona !
- GITANA Miálo to temblando : está más nervioso que un flan.
- TONTO ¡ Porque no quiero nada con brujas !
- GITANA Anda, esaborío : ¡ condenao te veas a estrená botas !
- TONTO ¡ O te vas o te miento la bicha !
- GITANA (Corriendo furiosa detrás de él.) ¡ Torsías te jagan de la lengua pa ensendé las luses, roñoso ! ¡ Comío de picores te encuentres... y tenga que rascarte yo !
- TONTO ¡ Largo ! ¡ largo !
- GITANA ¡ Mala sangre ! ¡ malas ideas ! ¡ Permita Dios que se te caiga la barriga antes de comé ! Ea, güenas tardes. (Vase por la derecha.)
- TONTO ¡ Pues, hombre ! ¡ Pues estamos aquí divertidos con la bruja esa ! En cuanto se aleje un poco le tiro un peñasco ! (Se va como en acecho de la gitana, buscando una piedra.)
- ALVARO ¡ Ja, ja, ja ! ¡ Pero qué odio más cómico el que le tiene a la gitana !
- SOCORRO Lo saca de quicio. Y como ella no hay fiesta en el campo donde no se presente, y a él le pasa lo mismo, siempre los tenemos que oír.
- JUANITA (A Isabel.) ¿ Vámonos otra vez al columpio ?
- ISABEL Vámonos. (A las otras dos.) Y ustedes, ¿ no vienen también ?
- CLOTILDE Ahora.
- (Se marchan por la derecha Isabel y Juanita. Por la izquierda vuelve a salir Andrea.)
- ANDREA Zeñorita Zocorro.
- SOCORRO ¿ Qué hay ?
- ANDREA (Secretamente.) La zeñorita Dolores...
- (Hablan bajo, aparte.)
- CLOTILDE (A Alvaro.) ¿ De manera que, según la gitana, usted viene a ser un mariposón ?
- ALVARO La gitana no ha dicho eso.

CLOTILDE Ha dicho que tiene usted buenas palabritas para todas...

ALVARO Sí, pero...

(Continúan hablando en voz baja.)

ANDREA Lo que quiere es que, zin que naide ze fije, vaya usté ayá.

SOCORRO ¿Está en la casa?

ANDREA Zí. Con er zeñorito don Rufino.

SOCORRO Pues voy en seguida. ¿Qué me querrá mamá Dolores?

(Se va por la izquierda, seguida de Andrea, que no deja de sollozar.)

CLOTILDE Se va Socorrito.

ALVARO Sí. Se va.

CLOTILDE Pero no se apure usted, que vuelve.

ALVARO ¿Apurarme? ¿Por qué? Es usted demasiado maliciosa. Tiene usted una imaginación muy propensa a salirse de la realidad.

CLOTILDE Para eso es imaginación. ¿Quiere usted que vayamos al columpio?

ALVARO Vamos.

CLOTILDE Yo no estoy de humor de mecirme. (Se sienta.)

ALVARO Como me lo propone usted...

CLOTILDE Deseaba saber hasta qué punto le interesa a usted mi conversación. Y ya he visto que le importa muy poco.

ALVARO Se equivoca usted completamente.

CLOTILDE La pícara imaginación.

ALVARO Y además, es usted injusta conmigo. Porque ya debía saber que me deleita oírla.

CLOTILDE ¡Jesús, María y José! Baje usted un poco más la voz, que hay eco.

ALVARO ¿Y qué que haya eco?

CLOTILDE Que repite lejos las cosas, y alguien se pudiera enterar...

ALVARO ¿De que hablamos? (Sentándose a su lado.) Por mí que se enteren. ¿Acaso me recato yo nunca para hablar con usted? ¿No nos han visto todos muchas veces en alegre

palique? Pero, en fin, por si el temor al eco no es por mí, sino por usted, siempre que tenga que decirle a usted que me encanta—¿lo oye usted? que me encanta—bajaré la voz. (Diciendo y haciendo.) Y para que el misterio sea absoluto, me acercaré a usted lo más posible... hasta donde usted me consienta...

CLOTILDE (Deteniéndole con un ademán.) Así está ya bien. (Pausa.) ¡Ay!...

ALVARO Chito... Cuidado con el eco.

CLOTILDE Ahora soplabla el viento y no había temor... ¿Le gusta a usted el ruido del viento entre los pinos?

ALVARO Mucho.

CLOTILDE ¿No es verdad que parece que está detrás el mar?

ALVARO Justamente: la impresión es esa.

CLOTILDE Oiga usted ahora.

(Escuchan los dos.)

ALVARO Sí, sí... El mismo rumor de las olas.

CLOTILDE Yo hasta huelo a marisco. Mi nariz también tiene fantasía.

ALVARO ¡Ja, ja, ja!

CLOTILDE ¡Qué lástima que en realidad no esté el mar ahí junto, y no haya una barca en la orilla!

ALVARO ¿Prefiere usted el mar al campo?

CLOTILDE Prefiero siempre lo que no tengo.

ALVARO ¿Vive usted de ilusiones?

CLOTILDE Y gracias. Y la ilusión presente es la de un paseíto por el mar.

ALVARO ¿Conmigo?

CLOTILDE Claro. Si no se asusta usted de las olas.

ALVARO Nací sobre ellas.

CLOTILDE ¿Por supuesto, en un buque?

ALVARO Naturalmente.

CLOTILDE Sí; porque usted no tiene cara de ser pescado.

ALVARO Favor que usted me hace. ¿Y no le inquieta a usted la idea de naufragar conmigo?

- CLOTILDE A mí, no. ¿Y a usted conmigo?
- ALVARO Tampoco. No ha entrado nunca en mis temores el de naufragar.
- CLOTILDE ¿Lleva usted salvavidas?
- ALVARO Nunca.
- CLOTILDE Pues mucho ojo.
- ALVARO Bien que con usted valía la pena de arros-
trar el naufragio.
- CLOTILDE ¿Verdad que sí?
- ALVARO ¡Qué ansiedad! ¡Qué emociones! ¿Eh,
Clotilde? ¡Mire usted que el momento de
hundirse la barca entre la espuma de las
olas revueltas!...
- CLOTILDE (Entusiasmada.) ¡Ay, qué bien! ¿Usted lo
preferiría de noche, no?
- ALVARO Ya lo creo.
- CLOTILDE Noche oscura, cerrada. ¿Y un rayo, es-
taría mal?
- ALVARO Si nos cogía por medio, sí.
- CLOTILDE Bueno, pues entonces, sin rayo: con
luna. Una luna muy blanca, muy blan-
ca...
- ALVARO Muy blanca.
- CLOTILDE Me sostendría usted a mí entre sus bra-
zos...
- ALVARO La sostendría a usted con uno nada más,
para ir nadando con el otro hasta ganar
la orilla.
- CLOTILDE Eso es. Yo iría como traspuesta, ¿ver-
dad? pero dándome cuenta de todo.
- ALVARO Y yo la alentaría a usted contantemen-
te: «¡Animo, Clotilde; ya vamos a to-
car la orilla!»
- CLOTILDE Y yo le diría a usted entre lágrimas:
«¡Sálvese usted, Alvaro! ¡Déjeme usted
que perezca yo sola!» Porque habría un
momento de gran peligro, en que usted,
agotadas las fuerzas, estaría a punto de
rendirse.
- ALVARO Sí; pero entonces, yo cambiaría de bra-
zo mi dulce carga, y vuelta a nadar... a

nadar... a nadar... ¡ Oh !... ¡ Qué escalofrío al pisar tierra !

CLOTILDE ¡ Y qué catarro al día siguiente ! (Se ríen los dos a carcajadas.) ¡ En Arenales no se iba a hablar de otra cosa en mucho tiempo ! (Sale mamá Dolores por el foro y se detiene contemplando el grupo de Alvaro y Clotilde, que charlan animadamente.)

DOLORES (Lo que yo me temía. Y lo malo es que a éste la que le hace *tipitín* es Socorrito. Y ésta con su charla, va a distraérmelo. Y una por otra, la casa por barrer. Me la llevo. ¡ Vaya si me la llevo !) (Con jovialidad.) Hola, hola...

CLOTILDE ¡ Mamá Dolores !

DOLORES ¿ Qué hacen ustedes aquí solitos ?

CLOTILDE Secándonos.

(Ella y Alvaro se ríen.)

DOLORES ¡ Chiquilla !

ALVARO Acabamos de naufragar. (Se levanta.)

DOLORES ¿ Cómo, cómo, cómo ? Ah, ya. Siempre serán las fantasías de ésta. ¿ Y Juanita ? ¿ Y la otra ?

CLOTILDE Se fueron al columpio. Allí están. Mírelas usted : deshojando margaritas.

DOLORES Para ver si se casan o no se casan.

CLOTILDE Es gana de preguntárselo a las flores. Ya saben que no.

DOLORES Bueno : ¿ vamos nosotras a lo nuestro ?

CLOTILDE ¿ A lo nuestro ? ¿ Y qué es lo nuestro ?

DOLORES A la ermita : a ver al Patriarca San José. Siempre que venimos al *Pinar* vamos las dos juntas. Es tu devoción.

CLOTILDE (Con poquísimas ganas de cambiar a Alvaro por San José.) ¿ No hará mucho calor todavía, mamá Dolores ?

DOLORES ¿ Calor ? Tú estás loca. Sopla un aire riquísimo. Además, el camino está lleno de árboles.

CLOTILDE Creo que han talado mucho.

DOLORES Mejor. Así nos sorprende la novedad. ¿ Vamos ?

- CLOTILDE (Sin moverse.) Lo que usted quiera.
- DOLORES Vamos.
- CLOTILDE (Resistiéndose.) El caso es que no llevo pañuelo para la cabeza. Y no voy a entrar en el templo con el moño al aire.
- DOLORES Te pones un papel. Y si no, la sacristana te dará un pañuelo.
- CLOTILDE ¿Y usted cree que yo me echo encima un pañuelo de la sacristana? ¡Uf! ¡qué asco!
- DOLORES Precisamente es una mujer que se lava la cabeza todos los días.
- CLOTILDE A saber con qué.
- DOLORES Con aguarrás. No tengas aprensión ninguna. Vámonos, vámonos antes que sea más tarde.
- CLOTILDE (Agarrándose a la última tabla.) Oiga usted. ¿Sigue allí el monaguillo tuerto? Porque si sigue, yo no voy.
- DOLORES ¿Qué ha de seguir, criatura? Al contrario. Ahora hay uno que tiene dos ojos así: como un buey. Parece el dos de oros.
- CLOTILDE ¿Y vamos a dejar aquí a Alvaro?
- DOLORES ¿Y qué van a decir las otras muchachas si nos lo llevamos?
- ALVARO Yo estoy a las órdenes de ustedes y de San José.
- DOLORES Muchas gracias. Tú te quedas aquí. ¡No faltaba más! Conque, en marcha, Clotilde.
- CLOTILDE (Levantándose al fin.) ¡A ver si nos sale al encuentro el lagarto del otro día!
- DOLORES Como ya nos conoce, le diremos: «Amigo, buenas tardes. Páselo usted bien.»
- CLOTILDE ¿Y no hay tarántulas?
- DOLORES ¡No! ¡Ni hormigas! Anda, anda. Hasta luego, Alvaro.
- ALVARO Hasta luego.
- CLOTILDE (Con pena.) Hasta luego, Alvaro.
- DOLORES Vamos a ver a San José bendito
- CLOTILDE (Yéndose como a remolque.) Vamos a ver a San

José bendito... que bien podía haber venido aquí.

DOLORES ¡ Niña ! (Pobrecilla : yo lo considero. Va como si la llevaran al patíbulo.)

(Se alejan por el foro, hacia la izquierda. Alvaro las mira ir fijamente. Clotilde vuelve el rostro más de una vez.)

ALVARO Diablo de muchacha... Es graciosa de veras... Y de qué malísima gana va a ver a San José bendito. (Pasea abstraído, hablando solo.) No, no olvidaré yo fácilmente los días de Arenales... ¿Y la otra? ¿Dónde andará la otra? (La busca con la vista.) Bah ; es lo mismo... ¡ Qué bonita es ! ¡ Y qué resignación más triste y más disimulada la suya al abandono de los hombres !... Esperar, esperar... Tener el alma llena de amor, y pasar sin amor la vida...

(Llega por la izquierda Gaspar.)

GASPAR Zeñorito.

ALVARO (Sin verlo.) ¡ Pobres mujeres !... Siempre a merced de nuestro egoísmo, de nuestra ligereza...

GASPAR Zeñorito Arvaro.

ALVARO ¿ Eh ? ¿ Qué quieres ?

GASPAR Que con permizo de usté me paece mu mala zeñá que esté usté hablando zolo.

ALVARO Muy mala, Gaspar, indudablemente.

GASPAR Güeno, pos usté dirá : ¿ enziyo, o nos queamos ?

ALVARO No te entiendo.

GASPAR ¿ Nos queamos, o enziyo ?

ALVARO ¡ Ah !

GASPAR Porque zi hemos de hacé noche en Cañaverá, y no queremos reventá a las bestias, hay ya que dí penzando en irze. Zon dos horas largas de camino, y er zó paece que tiene priza esta tarde.

(Alvaro pasea pensativo. Después, encarándose con Gaspar, le dice :)

ALVARO Ensilla.

GASPAR (Contrariado.) ¿ Que enziye ?

- ALVARO Sí.
- GASPAR Está bien. (No se mueve.)
- ALVARO ¿Qué esperas?
- GASPAR Na. Ya me voy. (Volviéndose de pronto.)
¿Cómo ha dicho usted?
- ALVARO No he abierto mis labios. (Gaspar se rasca.)
Ay, Gaspar; ¿sabes que creo que no tienes maldita la gana de irte?
- GASPAR Ninguna, zeñorito. Y con permizo de usted, me voy oliendo que usted tampoco.
- ALVARO Tampoco. Pero, ¿qué vamos a conseguir con quedarnos un par de días más? Nada absolutamente. Apareja los caballos. Saldremos de aquí dentro de media hora.
- GASPAR To zea por Dios. No pué uno tomarle apego a na de este mundo... Y pa mí qué la Pimienta va a zentirlo.
- ALVARO ¿Quién es la Pimienta?
- GASPAR La Pimienta le he puesto yo a eza zeñorita menuíya e cuerpo... Ya zabe usted cuár digo: eza que ze abanica con las pestañas. ¡La que a usted le gusta, qué rodeos!
- ALVARO Bien está. Ensilla.
- GASPAR Ahí viene zu mercé. Místela con er rabiyo el ojo. Místela qué zuavita anda: paece un torito de papé que lo han azoplao.
- ALVARO Calla, hombre.
(Sale Socorrito por la izquierda, haciéndose la desentendida.)
- GASPAR ¡Ejém!
- ALVARO (En tono terminante.) Gaspar.
- GASPAR (La jicimos.) Zeñorito Arvaro.
- ALVARO No te detengas. Dispón los caballos, que hemos de estar esta noche en Cañaveral, y va siendo tarde.
- GASPAR Zí, zeñó.
- ALVARO Y avísame cuando estén listos.
- GASPAR Zí, zeñó. (Yéndose por la izquierda.) (Quien manda, manda; pero me hace la misma gracia que raspá en la paré con un cuchillo.)

- SOCORRO ¿Es decir que el mal no tiene remedio?
- ALVARO Socorrito. ¿El mal? ¿Qué mal?
- SOCORRO Le llamo el mal a su marcha de usted esta tarde. Para usted, diga lo que quiera, acaso no lo sea; para nosotras, estas infelices *pueblerinas*, lo es desde luego perder la amistad, o por lo menos la compañía, de un muchacho tan simpático y tan fino como usted.
- ALVARO Muchas gracias. ¡Qué nube de flores!... Mi amistad no la perderá usted nunca, Socorrito. Aunque esté en el último pico de los Alpes seré amigo de usted. La compañía... fuerza es que la perdamos los dos: usted la mía, y yo la suya. Vine a Arenales por dos días, y llevo siete.
- SOCORRO Seis.
- ALVARO Siete; perdone usted.
- SOCORRO Seis; usted perdone. Llegó usted en la noche del martes.
- ALVARO Tiene usted razón. Ni sé el día en qué vivo.
- SOCORRO Por eso yo me encargo de recordárselo.
- ALVARO Estoy en las Batuecas. A lo mejor creo que ya se acerca Semana Santa, y empiezo a ver por las calles gente con careta, y me encuentro con que estamos en Carnaval.
- SOCORRO ¿Ah, sí? ¿De manera que para usted no hay fechas?
- ALVARO Fechas, no. Recuerdo las cosas... los nombres... ¿Qué más da abril que mayo?
- SOCORRO Sin embargo, hay yo no sé qué encanto en poder decir o pensar alguna vez: tal día, a tal hora, en tal sitio... hoy hace un año... dos... Quizás esto no vaya tampoco con ustedes los volanderos, los inquietos, los que viven mucho y en muchas partes... Pero desde luego va con nosotras las solitarias, las olvidadas, las pobres *pueblerinas*... (Se sienta.)

- ALVARO La palabra *pueblerina* ; me hace una gracia !
- SOCORRO Es exclusivamente mía ; pero puede usted emplearla cuando guste. Le doy a usted licencia.
- ALVARO Pues la voy a utilizar en seguida. (Siéntase junto a ella.) ¿Será indiscreto preguntarle a usted, *pueblerina* simpática, ya que hablamos de fechas, cuáles son en su vida las que recuerda con mayor ilusión?
- SOCORRO Mire usted, lo va usted a saber ahora mismo : el día que me subí el moño, una ; cuando tuve la pierna mala, y fui a la ermita a llevarle una pantorrillita de cera a San José, dos ; la primera vez que me metí en el tren para ir a Madrid, tres ; una cosa que no puede decirse, cuatro ; otra cosa que se puede decir, pero que no se la digo a usted, cinco ; y... y... Bueno, seis.
- ALVARO Me ha escamoteado usted las tres últimas de una manera aviesa.
- SOCORRO En eso está el chiste. Y que ciertos secretos, cuanto más guardados, más valen. Les da el aire y se chafan. Son de una cosa muy sutil.
- ALVARO Castiga usted mi curiosidad, avivándola.
- SOCORRO Sí, porque a usted le interesa mucho lo que yo callo.
- ALVARO Cuando se lo pregunto...
- SOCORRO Ganas de hablar.
- ALVARO No ; no soy tan frívolo, Socorrito. De veras me interesa usted ; me interesan sus cosas... Tal vez más de lo que usted presume.
- SOCORRO (Con ironía.) Siendo así, es una verdadera lástima que tenga usted que irse.
- ALVARO ¿Se burla usted? ¿También va usted a dudar que siento marcharme?
- SOCORRO La cara que pone usted es de sentirlo mucho.
- ALVARO Pues la cara dice la verdad. Mucho lo

siento. Y casi me atrevo a asegurar que usted lo sabe.

SOCORRO ¿Yo?

ALVARO Sí.

SOCORRO Lo más que sé, es que usted ahora se hace la ilusión de que lo siente. Pero usted lo verá, Alvaro: con el polvo que levante su caballo por el camino, se borrará primero el *Pinar*, y luego Arenales del Río, y después nosotras, y la casa de mamá Dolores... y todo, todo: usted lo verá.

ALVARO Me supone usted muy ligero de condición.

SOCORRO Usted tiene la culpa. Más de una vez, hablando conmigo de cosas... así... un poquillo interesantes, me ha dicho que le gusta saltar, correr, gustar de todo muy a prisa, pasar, pasar, pasar...

ALVARO Pasar no es olvidar, Socorrito. Precisamente me agrada pasar, para no llevarme sino lo amable, lo mejor de las cosas. Lo primero que dan todas las cosas siempre es lo mejor. Hay quien ve la flor en el árbol, y se contenta con mirarla, esperando a que cuaje el fruto. Yo, no: yo cojo la flor y me voy.

SOCORRO ¿En busca de otra?

ALVARO No sé.

SOCORRO Pues pensando así, mañana no se acuerda usted de Arenales.

ALVARO Mañana, y pasado, y siempre. Yo no podré decir: «Tal día... a tal hora... Hoy hace un año... dos...» Pero como llevo el recuerdo en el corazón, adonde quiera que yo vaya, el recuerdo irá conmigo. Y si quiere que le diga entera la verdad, va usted a oirla: rodando el tiempo, de todas mis emociones, de todos mis recuerdos de Arenales del Río, quedará uno solo como expresión de todos ellos: el de usted.

SOCORRO ¿El mío?

- ALVARO Sí. Las impresiones agradables de la vida, las memorias gratas, se mezclan, se confunden, se borran al correr de los días ; pero siempre de cada caso, de cada aventura o desventura, queda algo que se siente vivir, que alienta, que acaricia. Y yo podré olvidar todos los momentos de Arenales ; pero éste no lo olvido. Y yo podré olvidar todo cuanto aquí he visto ; pero sus ojos de usted, no.
- SOCORRO ¿Mis ojos no, Alvaro ? ¿Por qué ? ¿No son como todos ?
- ALVARO Para mí, no.
- SOCORRO Pues, ¿qué tienen ?
- ALVARO Lo que más me gusta de los ojos : que llo-
ran sin que nadie lo vea.
- SOCORRO ¿Que lloran ?
- ALVARO Sí.
- SOCORRO ¿Y usted cómo sabe que lloran, si dice
que nadie lo ve ?
- ALVARO Si no se supiera más que lo que se ve, al-
gunas veces no se sabría nada.
- SOCORRO Eso es verdad. Ni siquiera se sabría espe-
rar. (Silencio.) Me da vergüenza decirle a
usted una cosa... (Se levanta.)
- ALVARO (Siguiéndola.) Dígamela usted.
- SOCORRO No...
- ALVARO ¿Por qué le da vergüenza ?
- SOCORRO Porque sí : no hay más.
- ALVARO Entonces no ha debido usted ponerme la
miel en los labios.
- SOCORRO Ahora va usted a hacerme creer que le im-
porta mucho.
- ALVARO Mucho me importa. Y le ruego a usted
que venza su escrúpulo, y me diga lo que
quiera que sea. (Socorro calla.) ¿Me lo dirá
usted ?
- SOCORRO Preferiría que usted lo adivinase...
- ALVARO Soy tan torpe... tan torpe...
- SOCORRO Si es usted muy torpe... ¿qué remedio?...
se lo diré yo.
- (De improviso preséntase Gaspar por la izquierda.)

- GASPAR Los cabayos están ya como pa retratarlos, y yo esperando na más que usted me diga: «¡Arre!»
- ALVARO ¿Cómo? ¿Qué?
- GASPAR Que ya estamos listos: que cuando usted quiera zalimos pitando.
- ALVARO Corriente. Bueno, pues... Después de todo, lo mismo dan las cinco y media que las seis y media.
- GASPAR Lo mismo dan, zeñorito: con una campaná ca una.
- SOCORRO ¡Ja, ja, ja!
- GASPAR A la zeñorita le ha hecho gracia.
- ALVARO Calla. Tú, aunque sea de noche, ¿conocerás el camino como el Padrenuestro?
- GASPAR ¡Muchízimo mejó que er Padrenuestro! Zobre que vamos a tené una luna más grande que una zandía de Utrera. No ze ezazone usted.
- ALVARO Pues vete allá y espéranos.
- GASPAR ¿Espéranos?
- ALVARO Espérame, hombre. Me he equivocado. Vete.
- GASPAR ¡Ejém! (Vase, mirando a Socorruto.)
- ALVARO Conque, vamos a ver: ¿qué era eso?
- SOCORRO Dejémoslo ya. Se marcha usted dentro de un cuarto de hora...
- ALVARO ¿Y qué tiene que ver? Por lo mismo. Seriedad, Socorruto. Usted me prometió decírmelo, y no debe faltar a su promesa. (Mirando hacia la izquierda y contrariado.) ¡Ay, Dios de Dios! ¡Esto sí que es temible!
- SOCORRO ¿Qué?
- ALVARO ¡No nos van a dejar! ¡Don Rufino que me persigue y viene ahí!
- SOCORRO ¡Qué pesado se pone!
- ALVARO Y yo, que ya no vivo hasta que usted me diga eso...
- SOCORRO ¡Jesús, qué novelero es!... ¡Que no vive!
- ALVARO Si nos pudiéramos ocultar... esconder...
- SOCORRO ¿Escondernos?... Sí.

ALVARO ¿Sí? ¿Dónde?
SOCORRO Aquí cerca: detrás de la fuente. Venga usted. Es un sitio que está muy oculto.
ALVARO Vamos, vamos. ¿Me dirá usted?...
SOCORRO Venga usted, hombre; que llega don Rufino.
ALVARO Pero ¿me dirá usted?...
SOCORRO Por aquí, por aquí...

(Se van uno tras otro, sigilosamente, por el primer término de la derecha. Por la izquierda viene don Rufino, dado a los diablos y achispado, naturalmente.)

RUFINO ¡Esto es una vergüenza! ¡Esto no me ha pasado a mí nunca! Y como Rufino me llamo que se la voy a jugar de puño. De mí se escurre, pero a ver cómo se escurre de las muchachas. (Mirando hacia la derecha y llamando a gritos.) ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Aquí todas! ¡Tú, ilustre tonto, ven también! ¡Venid! ¡Venid corriendo!... Ya le diré yo a ese mocito lo que es canela. El es muy dado a la galantería... Cogíte, cogíte.

(Acuden sucesivamente Juanita, Isabel y el Tonto Medina.)

JUANITA ¿Qué es lo que quiere usted, don Rufino?

ISABEL ¿Qué pasa, don Rufino?

TONTO Por... por qué nos llama usted, don Rufino? Es... estaba echando una siestecilla...

RUFINO ¿Y las otras?

JUANITA Las otras, por ahí andarán.

ISABEL Pero ¿qué sucede?

RUFINO Sucede que me veo en el ridículo más espantoso; que no ha habido persona, personilla ni personaje que pise el *Pinar*, que no salga tambaleándose de mi bodega; y que ha venido a última hora ese niño bonito, y se me va a ir tan fresco. ¿Eh? ¿Qué tal? ¿No es esto un descrédito para mis vinos? ¿Eh? ¿No es esto

un bochorno para mí? ¿Eh? ¡En esa bodega han hincado el pico veinte generaciones! Mi padre me contaba que el propio don Rafael del Riego (Entonando el himno de su nombre.), el de tachín, tatatata chinta, salió gritando: «¡Vivan las caenas!» ¡Cómo llevaría el cuerpo de líquido! ¿Y he de consentir yo que ese don Amadís de tres al cuarto se vaya de aquí como una lechuga? ¡Antes ciegue que tal vea! ¡O lo emborrachamos entre todos esta tarde, para que no se vaya, o se ha perdido el amor propio.

TONTO ¡Muy bien dicho; sí, señor, muy bien dicho!

JUANITA ¿Y qué vamos a hacer nosotras?

ISABEL Eso pregunto yo.

RUFINO Afearle su conducta; beber delante de él para avergonzarlo...

TONTO ¡Ahí, ahí!...

RUFINO Obligarlo a que beba por galantería...

TONTO ¡Ahí, ahí!...

RUFINO Comprometerlo a brindar con ustedes...
¡En una palabra: no parar hasta verlo a gatas!...

TONTO ¡Ahí, ahí!...

RUFINO Y si nos hallamos con que a ustedes las desaira también, entonces... entonces ya será cosa de cuadrarse y de mandarlo al cuerno. Cuerno en español, *corne* en francés, *corno* en italiano, *curnu* en latín, etcétera, etcétera, etcétera.

(Llegan por el foro mamá Dolores y Clotilde, jadeantes las dos, y se sientan apenas llegan.)

JUANITA Aquí está Clotilde.

ISABEL Y mamá Dolores.

RUFINO ¡Mejor que mejor! Pero ¿qué les pasa?

ISABEL ¿Qué es eso, Clotilde?

JUANITA ¿Qué le sucede a usted, mamá Dolores?

TONTO ¿De... de dónde vienen tan corriendo?

CLOTILDE (Soltando un suspiro.) ¡Ay!... De la ermita.

RUFINO. ¿De la ermita?

DOLORES Sí. De darle un susto a San José... Porque el buen señor nos ha visto entrar con la lengua fuera... y nos ha visto salir lo mismo... y se habrá puesto en lo peor.

JUANITA ¿Pero no les ocurre nada?

DOLORES Nada. Esta, que tenía una prisa atroz por llegar...

CLOTILDE No se nos echara la noche encima, ¿sabes? ¿Y Alvaro?

RUFINO ¿Alvaro? ¡Escucha!

CLOTILDE (Levantándose.) ¿Qué?

RUFINO ¡Friolera! No te asustes. ¿Qué te parece a ti la ideíta de alegrarlo en la bodega un poquillo para que no se vaya esta tarde?

CLOTILDE ¡Superior! ¿qué ha de parecerme? ¡Choque usted, don Rufino!

DOLORES Eres Barrabás.

CLOTILDE Pero ¿dónde está Alvaro?

TONTO Yo... yo no sé... Yo me quedé dormido hace un rato...

JUANITA Y ésta y yo jugando a las chinas.

DOLORES ¿Y Socorro? ¿Dónde está Socorro? (se levanta.)

TONTO Es... estará con Alvaro.

CLOTILDE ¿Con Alvaro? Pero ¿dónde?

(Todos miran a todas partes.)

DOLORES Puede que en la casa.

RUFINO No; en la casa, no. Vengo yo de allá.

DOLORES Pues ¿en dónde se han metido esas criaturas?

CLOTILDE Por aquí no se ven.

TONTO ¡Ji, ji!

DOLORES No te rías.

CLOTILDE Cuando le dije a usted que todavía veníamos despacio, mamá Dolores...

TONTO ¡Ji, ji!

JUANITA ¿Se habrán caído al pozo, que está a ras del suelo?

DOLORES ¡Hija, Ave María! ¡Qué atrocidad!

CLOTILDE (Dando un grito de pronto.) ¡Ay!

TODOS (Estremeciéndose.) ¿Qué?

CLOTILDE Que sí... que tiene ésta razón....

- DOLORES ¿Cómo?
CLOTILDE Que al venir para acá, he oído yo lamentos, como de una persona que se ahogaba...
- ISABEL ¡Ay! no me lo digas...
DOLORES Mira, mira, calla, por Dios. Esas son tus cosas...
- RUFINO (Gritando desentonadamente, como quien pide auxilio.)
¡Socorro!
DOLORES No alarmes, Rufino.
TONGO No... no alarme usted.
RUFINO Lógica: la muchacha, ¿no se llama Socorro?
- CLOTILDE Vamos a buscarlos, Dios mío.
JUANITA A buscarlos; eso.
DOLORES Lo que es yo no estoy ya tranquila.
ISABEL Ni yo.
JUANITA Ni yo.
RUFINO Pero no ir todos juntos: vamos cada uno por un lado. Lógica. Yo voy por aquí.
¡Socorruto!
- TONGO Y yo por aquí. ¡Alvaro! ¡Socorruto!
JUANITA Y por aquí nosotras. ¡Alvaro!
ISABEL ¡Socorruto!
DOLORES Clotildilla, no me dejes tú.
CLOTILDE ¡Socorro! ¡Alvaro!
DOLORES ¡Alvaro! ¡Socorruto!
- (Se dispersan llamando sin cesar a Alvaro y a Socorro, en varias direcciones. Las voces se oyen cada vez más lejos y al cabo se pierden. Por la izquierda sale Gaspar.)
- GASPAR ¡Camará qué voces! Ze conoce que mi zeñorito y la Pimienta ze han perdido por ahí... Me alegro. Azí nos queamos. Ca uno tiene zus razones pa no queré irze. (Mirando hacia la derecha.) ¡Pero zi zalen de detrás de la fuente!... ¡Ay qué gracia!... ¡Y ze vienen riyendo!... ¡Y los demás, mientras, creyendo que se han zuicidao!... ¡Ja, ja, ja! (Se aparta un poco, disimuladamente. En efecto, llegan por la derecha Alvaro y Socorruto.)

ALVARO Conste que la hago a usted responsable de este revuelo.

SOCORRO Desde luego lo soy : no se preocupe usted. Allá que piensen lo que quieran. Hablemos de lo que nos importa. ¿Usted dice que me promete...?

ALVARO Prometido está.

SOCORRO Sabremos el uno del otro.

ALVARO Sabremos. Esta amistad nuestra no se acaba porque nos dejemos de ver.

SOCORRO No se acaba. De mí respondo.

ALVARO Y yo de mí. Cuanto ocurra en mi vida que valga la pena de que usted lo sepa, lo sabrá.

SOCORRO Lo que a mí me pase, que deba y pueda yo contarle a usted, se lo contaré siempre. Veremos quién se cansa primero.

ALVARO Yo no he de ser.

SOCORRO Ni yo tampoco.

(Se estrechan las manos... y a su contacto advierten que fácilmente se trocaría su amistad en amor, si ya no lo es. Se miran en silencio. Luego se separan. Alvaro pasea la vista por la escena y repara en Gaspar.)

ALVARO (Con resolución.) ¿Los caballos?

GASPAR Listos.

ALVARO ¿Están ahí los viejos que guardan la finca?

GASPAR Ahí están.

ALVARO Pues voy a decirles adiós, que ya es hora. Ven conmigo.

(Se va por la izquierda, mirando a Socorrito que baja los ojos. Gaspar lo sigue.)

GASPAR (Como si se lo dijera a Socorrito, pero sin dirigirse a ella.) ¿Qué le vamos a hacé?

SOCORRO Se va... Y no vuelve, no... Por cumplir conmigo, me escribirá una semana... dos... un mes... un año. Luego... (Pausa.) ¡Qué fatigada estoy !... Tengo una desazón... un malestar... (Siéntase.) ¡Cómo ha adivinado que lloro !... Pero se va... se va... Hubiera sido preferible no conocerlo... No ; eso no.

(Van volviendo sucesivamente los demás personajes: el Tonto Medina, Isabel, Juanita, mamá Dolores, don Rufino y Clotilde, muy agitados, cada cual por un sitio, y al ver a Socorrito, se sorprenden de hallarla sola y tan tranquila.)

TONTO ¡ Me... me... me gusta, hombre !

SOCORRO ¿ Qué ?

TONTO ¡ Que... que... que me gusta ! ¡ Todos como locos buscándote, y tú aquí echando un sueño !

SOCORRO ¿ Has vista qué alma ?

TONTO ¿ Y Alvaro ?

SOCORRO Qué sé yo.

ISABEL Socorrito, ¿ pero estás aquí ?

SOCORRO Me parece. ¿ No me estás viendo ?

ISABEL ¿ Y Alvaro ?

SOCORRO Hija mía, no sé.

ISABEL ¡ Ay qué susto, qué susto !

SOCORRO ¡ Vaya por Dios, mujer ! (Se levanta.)

JUANITA ¡ Socorrito !

SOCORRO ¿ Qué ?

JUANITA Dame un abrazo.

SOCORRO Toma.

JUANITA Creíamos que te habías perdido.

SOCORRO Mujer, soy chica, pero no me pierdo tan fácilmente.

JUANITA ¿ Y Alvaro ?

SOCORRO ¡ Dale con Alvaro ! ¡ Qué sé yo !

DOLORES ¡ Socorrito ! ¿ Ya pareciste ? ¡ Ay, qué carrera ! ¡ qué carrera ! ¿ Y Alvaro ?

SOCORRO Mamá Dolores, no lo sé. ¡ Ni que yo tuviera nada que ver con Alvaro !

DOLORES ¿ Cómo ?

RUFINO Ah, pero ¿ está aquí esta mona ?

SOCORRO Aquí está esta mona : ¿ qué pasa ?

RUFINO ¿ Y Alvaro ?

SOCORRO ¡ Dichoso Alvaro ! ¿ Pero soy yo la niñera de Alvaro ?

CLOTILDE ¡ Socorrito !

SOCORRO ¡ Clotilde ! (Tapándole la boca.) ¡ Calla ! ¡ No sé dónde está Alvaro !

CLOTILDE Hija, no te enfades.

SOCORRO Dispensa, hija ; pero es mucho llegar todos con el mismo pto : «¿Y Alvaro? ¿y Alvaro? ¿Dónde está Alvaro? ¿dónde está Alvaro?» Y como a mí no me gustan los rompecabezas, ni Alvaro es mi sombra, ni soy yo la suya, no tengo obligación de saber en dónde está Alvaro. Se concluyó.

DOLORES Ay, qué humorcito se te ha puesto, *piruja*.

SOCORRO Pues no son más que los chispazos, mamá Dolores.

CLOTILDE Pues cuando una está así, en lugar de pegarla con las amigas, se mete en la cama, se planta un botijo de agua caliente a los pies, y se echa a dormir.

RUFINO O se bebe media bota de vino añejo, e ídem, ídem, ídem.

SOCORRO (Viendo venir a Alvaro por la izquierda.) ¡Vaya !
¡Tranquilícense ustedes ! ¡Aquí está Alvaro !

RUFINO Y en faz de fuga, como dijo el poeta.
(Alvaro se presenta, en efecto, dispuesto a marcharse.)

DOLORES ¡Alvaro ! ¿Pero qué es esto? ¿La de vámonos?

SOCORRO La de vámonos, no : la de se va.

CLOTILDE Menos mal si fuera la de vámonos.

ALVARO ¿Qué remedio? Llegó la hora, mamá Dolores. Tentado estuve hace un momento de montar en mi jaca, y escapar de aquí sin despedirme, para evitar este mal rato.

RUFINO Amigo, a mí me la ha jugado usted serrana.

ALVARO ¡Ja, ja, ja !

RUFINO ¡Yo que hubiera querido que saliera de aquí como para caerse del caballo !

ALVARO Gracias por la intención, don Rufino.

TONTO ¡To... todavía estamos a tiempo !

ALVARO No, no. Ya me voy. (Comienza a despedirse de todos en medio de la general tristeza.) Mamá Dolores...

- DOLOROS Adiós, hijo. Yo ya no te vuelvo a ver más.
- ALVARO ¿Cómo que no? Usted nos va a enterrar a todos. Sin contar con que yo pronto vendré otra vez por aquí.
- DOLOROS Sí, sí. Te veo. Toma. (Le da un paquetito.)
- ALVARO ¿Qué es esto?
- DOLOROS Ríete de mí o haz lo que mejor te parezca. Es un pedacito del manto de la Virgen. Está bendito. Cuando tengas un mal pensamiento, lo besas, y se te va en seguida.
- CLOTILDE ¡Mamá Dolores! ¿Qué ha hecho usted? ¡Ahora es cuando no se casa este hombre nunca!
- (Se ríen todos.)
- SOCORRO Para eso no le hace falta amuleto.
- ALVARO Gracias, mamá Dolores. Don Rufino...
- RUFINO No soy rencoroso : queda usted perdonado por esta vez. Pero como yo vuelva a cogerlo por mi banda, sale usted de la bodega entre cuatro.
- ALVARO Tendré en ello un verdadero honor. Juanito...
- TONTO Mu... mucho gusto en haber conocido a usted. En... en Arenales, calle del Ventisquero, tres y cinco, deja usted un tonto a su disposición. ¡Ji, ji!
- ALVARO Gracias. Muchas gracias. Yo, en donde pare, estoy a la de usted. Isabelita...
- ISABEL Alvaro...
- ALVARO Que no se agranden los hoyitos de la cara ; que así están muy monos... y prometen dar mucho ruido.
- ISABEL Sí, sí.
- ALVARO Juanita, tantas cosas a su mamá. Y póngame usted una postal cuando encuentre ese novio seriecito, formal, bondadoso y un poco tenedor de libros, con que sueña.
- JUANITA Bueno, bueno, se la pondré.
- ALVARO Clotildita, salud... y hasta que naufraguemos juntos.

- CLOTILDE No caerá esa breva. Viaja usted con mucho corcho, hijo mío.
- ALVARO ¡Ja, ja, ja! Socorrito... ¿Lo dicho?
- SOCORRO. Lo dicho. Adiós, Alvaro.
- ALVARO Adiós.
- CLOTILDE Tú, ¿qué es lo dicho?
- SOCORRO Nada.
- ALVARO Conque, mil felicidades a todos, y hasta pronto. Prometo volver. No soy ingrato. Adiós, mamá Dolores. (Vase.)
- DOLORES (Conmovida.) Adiós, hijito.
- GASPAR (Asomándose.) Vaya, güenas tardes, y que haiga zalú.
- RUFINO Adiós.
- DOLORES Buenas tardes.
- SOCORRO Adiós.
- CLOTILDE Adiós.
- (Todos miran hacia la izquierda, donde se supone que Alvaro y Gaspar montan en sus caballos y parten.)
- TONTO ¡Qué... qué bonita jaca lleva Alvaro!
- JUANITA Preciosa.
- DOLORES (A las muchachas.) Me afligen estas despedidas. Siento que venga nadie a verme.
- SOCORRO Todo el que se va parece que se lleva algo de uno.
- CLOTILDE Menos mal si deja algo también. Toma y daca...
- TONTO Ya... ya parten.
- DOLORES Adiós...
- RUFINO Adiós, Alvaro... ¡Otra vez será Troya, amigo!
- TONTO Adiós, adiós.
- (Las muchachas los despiden con las manos.)
- DOLORES Ahora van a desaparecer un momento, y aparecerán luego por delante del pino grande. Preparar los pañuelos.
- (Pausa.)
- DOLORES Esperar, esperar un poco. Mirarlos allí.
- SOCORRO Adiós.
- CLOTILDE Adiós.
- RUFINO ¡Buen galope llevan!
- (Todos gritan y los saludan con los pañuelos.)

DOLORS Otra vez se ocultan. Ahora volverán a verse por junto a la casita, nada más que un segundo, y ya los perderemos de vista para siempre.) (Nueva pausa. Todos miran.) Allí van.

(Agitan los pañuelos en silencio. Después, dejan caer los brazos con desaliento y cambian todos de sitio y de expresión. Socorrito y Clotilde se sientan, pensativas y tristes, en el tronco; Juanita e Isabel quedan también impresionadas: mamá Dolores mira a unas y a otras; don Rufino se lleva al Tonto del brazo por la izquierda.)

RUFINO Me parece a mí que está indicado... ¿eh? que por el buen viaje... ¿eh? Una copita.

TONTO ¡De... de acuerdo! Una copita.

Andrea, que momentos antes ha salido, rompe a llorar con amargura.)

DOLORS Chiquilla, ¿qué te pasa?

ANDREA (Entre sollozos.) ¡Que cuando me iba conzolandando de lo del uno... ze me yevan al otro!

DOLORS ¿Y quién es el otro?

ANDREA Er criaio der zeñorito Arvaro, que me había pedío la converzación.

DOLORS Bah, bah, bah. Pues ya veo que te consuelas pronto. (A las muchachas.) Pero ¿qué es eso, niñas? Parece que os han dado cañazo.

CLOTILDE No. (Pausa brève.) ¿Qué tienes tú, Socorro?

SOCORRO Lo que tú.

(Se besan.)

DOLORS (Al público.) Pasó el amor por Arenales del Río... Ya veis lo que deja tras sí. Pues así anda el mundo. Compasión para estas pobrecitas... y para todas las desheredadas del amor.

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

10. 120
G. JOVER y E. ARROYO

La tragedia de Baskerville

Drama policiaco en cinco actos



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

LA TRAGEDIA DE BASKERVILLE

Esta obra es propiedad, y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

LA TRAGEDIA DE BASKERVILLE

Drama policiaco en cinco actos, el último dividido
en dos cuadros, arreglo de la novela
EL PERRO DE BASKERVILLE

por

GONZALO JOVER y ENRIQUE ARROYO

Estrenado en el teatro Trueba, de Bilbao, el 7 de Abril de 1915 y
representado posteriormente en los teatros Principal, de
San Sebastián; Parisiana, de Santander; Diundurra,
de Gijón; Campoamor, de Oviedo, etc., etc.



BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21 — Calle de San Pablo — 21

1915

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

BERYL.	Srta. Ziu.
SEÑORA BARRYMORE	Sra. Camarero.
CLARA LYONS	Srta. Larrea (M.)
SHERLOCK HOLMES.	Sr. Comes.
WATSON.	» Socías.
ENRIQUE DE BASKERVILLE.	» Del Cerro.
STAPLETON.	» Farnós.
EL DOCTOR MORTIMER.	» H. del Río.
BARRYMORE.	» Sender.
FRANCKLAND.	» Camarero.
SELDON.	» Ratia.
UN COCHERO.	» Martí.
UN ORDENANZA DE TELÉGRAFOS.	» Ratia.
UN CRIADO.	» Santander.

*La acción, en Inglaterra. Época actual. Lados, los
del actor.*



ACTO PRIMERO

Despacho en casa de Sherlock Holmes, en Londres. Mesa, estanterías, con libros, butacas, sillas, etc. Al foro izquierda, una ventana, y a la derecha, una chimenea. Sobre la mesa del despacho, una cafetera de plata bruñida y un frasquito. Enfrente y apoyado en la pared, un bastón.

Holmes, sentado, saca de uno de los cajones de la mesa una jeringuilla, a la que ajusta una aguja de las que se usan para inyecciones. Después de dejarse al descubierto el brazo derecho, se aplica una. El doctor Watson entra por la derecha.

ESCENA PRIMERA

HOLMES y WATSON.

WATSON Buenos días, querido Holmes
HOLMES Llega usted a tiempo, amigo Watson, si quiere que le aplique una inyección.
WATSON ¡No, gracias !... ¿Y hoy de qué es? ¿De morfina o de cocaína?
HOLMES Cocaína al siete por ciento.
WATSON ¡Ay, amigo Holmes, mal se quiere usted! Por proporcionarse una excitación momentánea del cerebro llegará usted a la completa atrofia de todas sus envidiables facultades. No hablo como amigo, sino como médico, y como tal soy responsable de la vida de usted. (Watson se habrá sentado cerca de donde se halla el bastón, que coge y examina, precisamente de espaldas a Holmes.)

HOLMES (Sin volverse.) Los efectos secundarios para mí carecen de importancia. Y hablemos de otra cosa. ¿Qué opina usted de ese bastón, que examina con tanta curiosidad?

WATSON ¿Pero cómo sabe usted lo que hago? ¿Tiene usted ojos en el cogote?

HOLMES Lo que tengo es una cafetera de plata bruñida delante de mí.

WATSON Magnífico espejo.

HOLMES (Volviéndose.) Vamos a ver... ¿Qué ideas le sugiere a usted ese bastón?

WATSON Veamos. (Coge el bastón y lo examina.) Grabado en el puño : «A Jaime Mortimer. Recuerdo de sus amigos del C. C. H., 1894.» Que su dueño se llama Jaime Mortimer, no tiene duda.

HOLMES Como que el bastón le sirve de tarjeta.

WATSON Creo que Mortimer es médico. El bastón es clásico en esa facultad. Mortimer debe ser un hombre de edad y apreciado de sus amigos, puesto que le hacen esta clase de regalos.

HOLMES Continúe.

WATSON Es médico de provincia y hace sus visitas a pie..., porque el bastón está muy estropeado y no lo llevaría ningún médico de Londres. Estas iniciales C. C. H. me figuro que son de alguna sociedad benéfica que le hizo el regalo.

HOLMES Todas esas deducciones serían acertadísimas si algunas no fuesen completamente desacertadas.

WATSON ¿Cree usted?

HOLMES No se ofenda. Soy el maestro. Indudablemente Mortimer es un médico de provincia.

WATSON Luego es acertado.

HOLMES Hasta ahí. Las iniciales C. C. H. están clarísimas, amigo mío. Dicen : «Charing Croos Hospital». No puede haber pertenecido al cuerpo oficial de sanidad de ese hospital, porque para eso hace falta una

buena clientela en Londres, y teniéndola en la capital, no la hubiera abandonado para irse a provincias. ¿En qué situación pudo estar, pues? Salió hace cinco años, según la fecha del puño. De modo que ha de ser joven y no viejo, como usted opina, amigo Watson. El doctor Mortimer es un joven de menos de treinta años de edad, de carácter amable, poco ambicioso y distraído. Posee un perro, un sabueso de pelo rizado...

WATSON (Con asombro.) ¿Cómo puede usted precisarlo?

HOLMES Porque le estoy viendo a la puerta de la calle. En este momento su dueño sube la escalera. (Timbre.) Adelante, doctor.

ESCENA II

Dichos y MORTIMER. Es joven. Usará gafas.

MORTIMER (Viendo su bastón.) ¡Ah, mi bastón! ¡Cuánto me alegro! Creí haberlo perdido. Es un regalo que mis compañeros, los alumnos del hospital de Charing Croos, me hicieron cuando me casé.

HOLMES ¿De modo que fué con motivo de su boda?

MORTIMER Sí. Al terminar mi carrera me casé y tuve que abandonar el hospital. Perdí la esperanza de alcanzar una buena clientela en Londres, y como necesitaba crearme un hogar, me fuí a provincias.

HOLMES Presentado doctor... Mi colega Watson. Y ahora, ¿quiere usted decirme el objeto de su visita?

MORTIMER He venido a consultarle un asunto de suma gravedad. ¿Conoce usted la leyenda de los Baskerville?

HOLMES No, por cierto.

MORTIMER Pues présteme atención, y usted también,

señor Watson. Es una cosa interesantísima... Hace próximamente un siglo, Hugo de Baskerville habitaba su castillo, en el condado de Devonshire. Era un calavera sin freno. Un libertino sin conciencia. Encaprichóse por la hija de un hacendado vecino. Ella le rechazó, honrada, pero él, aprovechando una ausencia del padre y los hermanos, asaltó la casa y raptó a la doncella.

WATSON Es una novela romántica.

MORTIMER Le ayudaron en la empresa seis compañeros tan malvados como él... Una vez de regreso a Baskerville, celebraron su hazaña entregándose a una orgía vergonzosa. Tanto, que aterrada la jovenzuela, se arrojó por una ventana, huyendo campo a traviesa.

HOLMES ¡Hurra la heroína!

MORTIMER Atravesó parte del horrible páramo próximo al castillo. Hugo, ciego de coraje, dispuso que se la cazase como a una fiera. Se soltó la trailla. Los siete miserables montaron a caballo y azuzando a los perros se lanzaron en persecución de la fugitiva.

WATSON ¡Un gran final de prólogo de melodrama!

MORTIMER No se burle usted, señor Watson, y aguarde hasta el final. La luna brillaba en el azul purísimo del cielo, iluminando la tristeza y la soledad del páramo. Los cazadores siguieron el rastro de la niña. Hugo se adelantó a todos, jinete en una yegua negra..., que apareció de repente sueltas las bridas y sin caballero al lomo. Un ¡ay! lastimero rasgó el silencio del espacio... Corrieron todos en la dirección que el eco señalaba al grito y vieron con horror a Hugo entre las patas de un enorme dogo negro que arrojaba llamas por los ojos, y a grandes dentalladas desgarraba la carne del pecho de su presa. Hu-

yeron todos a su vista..., y al volver al castillo encontraron la trailla de regreso. Todos los perros traían en la boca algún despojo de la infeliz víctima.

WATSON ¡Muy bien narrado!

MORTIMER La Biblia dice que los pecados de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta generación, y la leyenda afirma que el famoso dogo maldito vela en el páramo la ocasión de la venganza, y que a sus dientes y garras perecerán todos los descendientes de Baskerville.

HOLMES ¿Y qué parte quiere usted que desempeñe yo en ese cuento fantástico?

MORTIMER No he terminado. Muerto Hugo quedó el castillo abandonado por sus dueños, hasta que sir Carlos, su sobrino, habiendo adquirido en el Africa del Sur una gran fortuna, regresó hace dos años, restaurando espléndidamente su posesión. Sir Carlos murió hace dos meses de una manera singular.

WATSON ¿Singular?

HOLMES Permítame. Recuerdo el hecho... No tuvo que intervenir la justicia... La muerte de sir Carlos fué debida a causas naturales. Un padecimiento del corazón...

MORTIMER Pero el ataque lo sufrió una noche..., en el páramo, la víspera del día en que, por consejo mío, debía regresar a Londres.

HOLMES Vamos llegando al fin.

MORTIMER Sir Carlos había cobrado un miedo horrible a la leyenda. Era supersticioso. Todas las noches oía los ladridos del famoso dogo en el páramo. ¿Cómo salió la noche de su muerte a un lugar que le espantaba? Su cadáver se encontró a cincuenta pasos de la verja del castillo. Cerca de él había huellas de un perro... Fué el terror lo que le causó la muerte.

WATSON ¡Ah, diablo!

HOLMES Síga, síga usted.

MORTIMER Sir Carlos era el mayor de los tres hermanos ; el segundo murió joven y fué padre de Enrique, hoy heredero de los Baskerville. El menor..., Róger, fué el calavera de la familia. Murió en África. Enrique es el último vástago de esa raza, y llegó anoche de América, con el propósito de hacerse cargo de la herencia de su tío. Y he aquí mi consulta. ¿Debe o no ir a la casa solariega?

HOLMES Debe ir.

MORTIMER Es mi opinión. ¿Pero y la leyenda?... Sólo le he hecho prometer que antes veríamos a usted y le pediríamos protección.

HOLMES Que otorgo. Es mi deber. Vaya usted a por sir Enrique y llévase ese perro, que está arañando la puerta desde que usted entró.

MORTIMER No se escapa nada a su observación.. Volveremos en seguida. Cuestión de unos minutos. Servidor de ustedes.

ESCENA III

HOLMES y WATSON.

HOLMES ¿Y bien? ¿Qué le parece a usted, amigo Watson?

WATSON No conozco ese distrito.

HOLMES (Extendiendo sobre la mesa un mapa, que examina con una lupa.) Vea usted. Este castillo está situado en el centro. A la derecha, el páramo solitario. Dentro de un radio de cinco millas no existen sino escasísimas viviendas, en Lafter Hall. El naturalista Stapleton debe vivir en alguna casucha aislada. A catorce millas se halla el presidio de Princetown.

WATSON Debe ser un sitio poco agradable.

HOLMES Y muy peligroso.

WATSON ¿Cree usted en el perro diabólico?

- HOLMES Creo que el diablo bien puede tener agentes de carne y hueso..., aun en forma de perro. Se nos presentan dos problemas. ¿Se ha cometido un crimen? ¿Por quién y por qué? Lo averiguaremos.
- WATSON Si sir Carlos murió del corazón...
- HOLMES Se puede matar a un hombre aterrorizándolo, hasta que su corazón salte en pedazos. Indudablemente sir Carlos corrió hasta que se agotaron sus fuerzas y se rompió su aneurisma. Esto es todo.
- WATSON ¿Y de qué huía?
- HOLMES Indudablemente estaba loco de miedo antes de empezar a correr. Vió algo en el páramo que le causó esa locura. ¡El maldito perro! ¿Pero por qué aquel hombre supersticioso y cobarde salió al páramo de noche? Y precisamente la víspera de abandonar aquellos lugares. Alguien le obligó a ir. Comienzo a ver claro.
- WATSON Tiene usted más suerte que yo, lo confieso.
- HOLMES Un momento. (Rápido, se acerca a la ventana, siguiéndole Watson.) Nuestros dos visitantes se apean de un carruaje.
- WATSON ¿Va usted a observar?
- HOLMES Sí, quizás alguien los siga.
- WATSON No se ve a nadie... en toda la calle... ¡Un coche!
- HOLMES ¡Ah!
- WATSON Asoma un hombre... Un hombre de barba negra y poblada... Ahora mira hacia esta ventana... El coche sale a escape.
- HOLMES Nos ha visto... y sale huyendo. ¡Ese hombre es el asesino de sir Carlos de Baskerville! ¿Se ha fijado usted en el número?
- WATSON La verdad..., no.
- HOLMES Eso es elemental, amigo Watson. Es el

ESCENA IV

Dichos, CRIADO; luego, MORTIMER y ENRIQUE DE BASKERVILLE.

- CRIADO (Con bandeja y tarjetas.) Estos señores...
- HOLMES Que pasen. (Entran Mortimer y Enrique. Este llevará traje de viaje a cuadros, muy vistoso, que el público tenga que fijarse en él. Casco blanco.)
- MORTIMER Con permiso. Me aguardaba cerca... Señores..., el señor Enrique de Baskerville.
- ENRIQUE Que tiene el honor de saludar al famoso detective Holmes.
- MORTIMER A quien tiene algo nuevo que advertir.
- HOLMES ¿Cómo? Apenas ha llegado usted a Londres y ya está usted mezclado en aventuras?
- MORTIMER Quizás se trate de una broma. Vea usted este anónimo, que llegó a mis manos esta mañana. (Entregándoselo a Holmes.)
- HOLMES ¿Quién sabía que había de hospedarse usted en el hotel a donde está dirigido el sobre?
- ENRIQUE Nadie. Yo mismo no lo sabía, hasta después de encontrarme con el doctor Mortimer.
- WATSON ¿Pero el doctor se hospedaría allí?
- MORTIMER No, estaba en casa de un amigo.
- HOLMES ¡Diablo! Hay quien se interesa mucho por usted, sir Enrique. (Leyendo.) «Si aprecia la vida o la razón se alejará del páramo.» Sólo la palabra «páramo», está escrita a mano; las demás están recortadas del artículo de fondo de *The Times*. ¿Está por ahí el de ayer?
- WATSON Aquí está.
- HOLMES Veamos. (Hojea.) Es un artículo sobre la libertad de comercio... ¡Ah! Oigan ustedes este párrafo: «Si se aprecia esta razón se alejará del peligro de una vida mísera.» ¿Eh? ¿Qué tal?

MORTIMER No entiendo una palabra.

HOLMES ¿Pero no ven ustedes la construcción del párrafo? Las palabras recortadas... «si... aprecia... razón... se alejará... del... vida...»; sólo falta la palabra «páramo», y como no la han encontrado en el artículo, la han escrito a mano, desfigurando la letra.

ENRIQUE ¡Verdad! ¡Oh, maravillosa intuición!

HOLMES Práctica. Esta letra sólo la usa el *The Times* en los fondos.

MORTIMER ¿De modo que usted opina que alguien cortó de ese diario con unas tijeras...

HOLMES Con las uñas. ¡Fíjese usted en los bordes: qué mal pegados! Esto es obra de una mujer. Sir Enrique, existe una mujer que le protege, que sabe cuándo ha llegado usted y dónde se hospeda. Está pegado con desigualdad..., con prisa..., con agitación... ¿A quién temía la generosa anónima? ¡Ah! Una observación. Esa señora está en un hotel.

MORTIMER ¿Cómo adivina usted eso?

HOLMES En su casa tendría tijeras, en el hotel no se encuentran siempre a mano... Además, si examina usted detenidamente la letra verá que quien la escribió tenía mala pluma y peor tinta. La pluma ha tropezado dos veces. En una casa donde se lee *The Times* no hay tan pésimo servicio de escritorio. En los hoteles es siempre detestable.

ENRIQUE ¿Pero, quién es ella?

WATSON Cuando se sepa eso se sabrá todo.

HOLMES Una advertencia, sir Enrique. En Londres les persiguen y vigilan. ¿No lo ha notado usted, doctor?

MORTIMER No por cierto. ¿Quién pudo seguirnos?

HOLMES No lo sé. ¿Entre los vecinos y conocidos de Dartmoor, hay alguno que tenga barba negra muy poblada?

- MORTIMER Si, Barrymore..., el criado de sir Carlos, tiene la barba poblada y negra.
- HOLMES ¡Ah! ¿Y dónde está Barrymore?
- MORTIMER En el castillo, es el administrador...
- HOLMES Necesitamos saber si positivamente está allí o ha venido a Londres.
- MORTIMER ¿Y cómo saberlo?
- HOLMES Por medio de un telegrama. Verá usted. (Escribiendo.) «¿Está todo dispuesto para sir Enrique?» Esto es suficiente. Lo dirigimos a Barrymore, castillo de Baskerville. ¿Cuál es la estación más cercana?
- MORTIMER Gripen.
- HOLMES Bueno. Otro despacho al jefe de telégrafos. «Entréguese en propia mano el telegrama a Barrymore. Si se halla ausente devuélvase a su procedencia.» De esta manera sabremos bien pronto si el administrador está o no en el castillo.
- ENRIQUE Perfectamente.
- HOLMES (Entregando los despachos a Watson.) Es una comisión delicada que le encargo a usted, querido Watson. En seguida se dirige usted a la agencia Wilson, y que el recadero, llamado Cartwright, visite los hoteles de los alrededores del que ocupa sir Enrique, y a pretexto de que necesita ver el papel desperdiciado de ayer, porque se ha extraviado un telegrama, que registre los cestos, a ver si encuentra la hoja interior del *Times* que tiene unos pequeños recortes en el artículo de fondo.
- WATSON Comprendido.
- HOLMES Si damos con ella, daremos con él. Son dos fuerzas contrarias, pero unidas. El asunto va tomando forma y ya llega a ser coherente.
- WATSON ¡Entonces, hurra! Cumpliré los encargos sin perder minuto. (Mutis foro.)

ESCENA V

HOLMES, MORTIMER y SIR ENRIQUE.

- HOLMES Ahora voy a telefonar a la prefectura. Necesito saber algo muy importante. (Llamando al teléfono, que está encima de la mesa del despacho.) «Con la prefectura.» (Timbre.) ¿Es la prefectura? Bien. Soy Holmes. Dígame: el coche número 2174 ¿a qué cocheras pertenece? (Pausa.) Bien. Muchas gracias. (Nueva llamada al teléfono.) Vamos a hacer venir al cochero que ha conducido a su incognito enemigo, sir Enrique. (Timbre.) ¿Son las cocheras de Shepley Yard? Desearía saber el nombre del cochero que conduce el número 2174. Bien, Dígale, en cuanto regrese a las cocheras, venga en seguida al 11 de Baker Street. Gracias. (Cuelga el auricular. A sir Enrique.) ¿Y durante su estancia en el hotel, no le ha ocurrido algo anormal, que llamara su atención?
- ENRIQUE Según la importancia que se dé a las cosas...
- HOLMES Todo, por insignificante que parezca, es importantísimo.
- ENRIQUE Pues bien.. Anoche compré un par de zapatos, que me puse en el hotel, dejando los usados sobre una mesita de la alcoba. Esta mañana fui a ponérmelos y advertí que uno de ellos había desaparecido.
- MORTIMER Eso no vale la pena. Ya parecerá.
- HOLMES No, doctor. No parecerá. ¿Y dice usted que el zapato robado era viejo?
- ENRIQUE Viejo, no, pero lo había usado bastante. Mire usted, será una tontería, pero me ha molestado mucho.
- HOLMES Crea usted que vale la pena de pensar en ello. El asunto de usted, sir Enrique, es de lo más complicado. Relaciono la pér-

dida de su zapato con la muerte de su tío, y creo que de los muchos casos en que he intervenido durante mi profesión de detective, tal vez no se encuentre uno de solución tan difícil. No obstante, tenemos más de un hilo en la mano, y ellos nos llevarán al esclarecimiento de la verdad.

ESCENA VI

Dichos y WATSON.

- WATSON (Entrando.) Cumplidos todos los encargos.
- HOLMES Bien, Watson. (A Enrique.) Permita usted, sir Enrique, que insista sobre un punto de verdadera importancia. ¿Qué opinión le merece el tal Barrymore?
- ENRIQUE Tanto él como su mujer, según el doctor, son personas muy honradas.
- HOLMES ¿Heredó algo ese Barrymore a la muerte de sir Carlos?
- ENRIQUE El y su mujer 500 libras cada uno.
- HOLMES ¿Sabían los Barrymore si sir Carlos pensaba dejarles ese dinero?
- MORTIMER Sí, lo había dicho muchas veces... Pero supongo, Holmes, que no mirará usted con prevención a todo el que haya recibido dinero de sir Carlos... A mí mismo me dejó mil libras.
- HOLMES ¿De veras? ¿Y a quién más favoreció?
- MORTIMER Legó pequeñas sumas a diversas personas..., gran número de limosnas. El resto de sus bienes pasó entero a sir Enrique.
- HOLMES ¿Y asciende el capital?
- ENRIQUE A setecientas cuarenta mil libras esterlinas.
- HOLMES (Con asombro.) ¡Magnífico patrimonio! Bien puede uno arriesgarse para ganar esa partida. Una última pregunta. ¿Si sir Enrique falleciese antes de contraer matrimonio y tener hijos, quién lo heredaría?

MORTIMER Como Roger Baskerville no tuvo hijos legítimos..., ni se sabe de ningún hijo natural reconocido..., la fortuna pasaría íntegra a los Desmond, primos lejanos de los Baskerville. Juan Desmond es un sacerdote anciano.

HOLMES ¿Lo ha visto usted alguna vez?

MORTIMER Sí, por cierto. Fué a visitar a sir Carlos... renunciando una pensión que éste le brindaba. Es persona de aspecto venerable y hace vida de santo.

WATSON ¿Y ese sacerdote heredaría a sir Enrique?

MORTIMER Si éste no disponía otra cosa.

HOLMES ¿Ha hecho usted testamento?

ENRIQUE No..., ni he pensado en ello.

HOLMES Pues vaya usted a Baskerville, pero no solo.

ENRIQUE El doctor Mortimer viene conmigo.

HOLMES No es eso. El doctor ha de atender a su clientela..., a su casa. Usted necesita de una persona que no le abandone ni un solo instante.

ENRIQUE ¿Por qué no usted mismo?

HOLMES Imposible. Tengo demasiado que hacer en Londres, pero puedo recomendar a mi discípulo más aprovechado. El doctor Watson me substituirá perfectamente. Es un enamorado de la escuela de Holmes.

ENRIQUE Venga usted, Watson. Se lo agradeceré sinceramente.

WATSON Tendré una gran satisfacción en encargarme del asunto. Naturalmente, bajo la dirección de mi maestro.

HOLMES Sí. Escribame usted todos los días, sin perdonar ningún detalle de cuanto observe. Si yo lo estimara necesario iría a ayudarle, pero sólo en un caso extremo. Londres me necesita.

ENRIQUE Pues bien, señor Watson. Saldremos esta noche a las 10'50.

ESCENA VII

Dichos y EL CRIADO. Luego UN COCHERO.

- CRIADO Señor... Hay un cochero...
- HOLMES ¡ Ah, sí ! El número 2174. Que entre.
- COCHERO (Entrando.) Muy buenas. Acabo de recibir aviso de la oficina central, comunicándome que un caballero de esta casa preguntaba por el número 2174. Hace siete años que soy cochero y nadie me ha dado hasta hoy la mejor queja. Así, vengo a saber qué es lo que de mí desea.
- HOLMES Yo no tengo queja alguna de usted, buen hombre ; al contrario, tengo a su disposición media guinea si contesta a lo que he de preguntarle.
- COCHERO ¡ Vamos ! ¡ No ha amanecido mal el día ! Usted dirá.
- HOLMES Bien. Dígame usted lo que sepa acerca de un individuo a quien trajo esta mañana hasta esta casa, siguiendo a estos caballeros. (Por Mortimer y Enrique.)
- COCHERO Poco puedo decirle. Me parece que sabe usted tanto como yo mismo. Me dijo que era detective y que no dijera nada de él.
- HOLMES ¿ Que era detective ?
- COCHERO Sí, señor.
- HOLMES ¿ Cuándo dijo a usted eso ?
- COCHERO Cuando se apeó del coche.
- HOLMES ¿ Y no le dijo a usted su nombre ?
- COCHERO Sí, por cierto.
- WATSON ¿ Cómo se llama ?
- COCHERO Sherlock Holmes.
- TODOS ¡ ¿ Eh ! ?
- HOLMES (Riendo.) ¡ Ja, ja, ja ! ¡ Un golpe bien dado, Watson ! (Al cochero.) Sherlock Holmes soy yo.
- COCHERO Ya me lo había figurado, pero digo la verdad. Yo le creí. Me llamó en Trafalgar Square a las nueve y media de la mañana.

Me dijo que necesitaría de mí todo el día y me ofreció dos guineas. ¿A qué está uno? Primero fuimos al hotel North, donde esperamos hasta que salieron estos caballeros, los cuales alquilaron un coche. Cumpliendo sus órdenes, les seguimos, hasta que se detuvieron frente a esta casa. No había hecho más que parar cuando el detective, abriendo la ventana delantera, me gritó que saliese a escape para la estación de Waterloo. Yo fustigué el caballo. En diez minutos llegamos. Se apeó. Me pagó las dos guineas y me dijo: «Tal vez le interese a usted saber que ha estado a las órdenes del bien conocido detective Sherlock Holmes.»

HOLMES ¿Y no ha vuelto usted a verle?

COCHERO No, señor. Entró en la estación y yo volví a la cochera.

HOLMES ¿Recuerda usted sus señas?

COCHERO No muy bien... Representaba unos cuarenta años..., color regular..., estatura regular... De carnes estaba regular... Barba negra y poblada. Eso es todo.

HOLMES Tenga usted media guinea, y si puede traerme alguna vez más informes, le daré la otra media.

COCHERO Muchas gracias, señor. Muchas gracias. Usted es el verdadero Sherlock Holmes.

HOLMES ¿En qué lo conoce usted?

COCHERO En que paga menos que el otro porque lo crean. (Mutis.)

HOLMES ¡Un hilo roto!

. ESCENA VIII

Dichos y CRIADO

CRIADO Señor. Dos telegramas.

HOLMES A ver. Este es para mí... Este, para usted. (Dándoselo a Enrique.)

- WATSON Vamos..., nuevos datos.
- HOLMES (Leyendo el suyo.) «Visitados todos los hoteles barrios Charing Croos. Imposible encontrar hoja cortada *Times*. — Cartwright.»
- ENRIQUE Y el mío. Vea usted. «Entregado su telegrama a Barrymore en el castillo.—Jefe, Grimpe.»
- HOLMES ¡ Dos hilos menos ! Nada hay que anime tanto como un caso en que todo sale al revés. Hay que buscar una nueva pista, Watson. ¡ Si yo pudiera ir !
- MORTIMER Haga usted un esfuerzo.
- ENRIQUE Un verdadero sacrificio.
- HOLMES No puedo..., no puedo...
- ENRIQUE (Levantándose para marcharse.) Al menos nos acompañarán ustedes a almorzar al hotel Charing Croos.
- WATSON Bien pensado. Almorzaremos juntos.
- HOLMES Perfectamente. Dentro de media hora me tienen ustedes allí.
- WATSON ¡ A ver si eso me inspira a mí también !
- HOLMES Cuidado, Watson. Este es un asunto gravísimo.
- ENRIQUE ¿ Pretende usted asustarnos ?
- HOLMES Pretendo prevenirles.
- MORTIMER ¿ Realmente cree usted que hay peligro ?
- (Todos ya habrán llegado hasta la puerta del foro.)
- HOLMES Esta vez tropezamos con un enemigo tan astuto como nosotros. A mí acaba de vencerme. Pero yo aseguro a ustedes que la revancha será digna de Sherlock Holmes ! (Acompañando a todos hasta la puerta y despidiéndose.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El castillo de Baskerville. Sala antigua de aspecto severo. Ventanas altas y estrechas con cristales de color. En el foro, gran puerta vidriera a la terraza. Detrás, el jardín. A cada lado del foro, un retrato antiguo de caballero, uno con barba. Laterales. Muebles de lujo. Chimenea, encendida. Al levantarse el telón la vidriera del foro está abierta. De noche. El aparato eléctrico encendido.

ESCENA PRIMERA

BARRYMORE, SEÑORA BARRYMORE, ENRIQUE, MORTIMER
y WATSON.

BARRYMO. Por aquí, señores, por aquí.

S. BARRY. Pase, sir Enrique.

ENRIQUE (Contemplando la estancia.) ¡Nunca había visto el castillo de mis mayores! ¡Qué impresión tan profunda me causa el pensar que en esta casa han vivido mis antepasados, desde hace más de dos siglos!

MORTIMER Es un hermoso castillo. No me atrevo a decir que alegre... por la leyenda. En realidad, sólo el páramo, lleno de pantanos cenagosos, donde un paso en falso cuesta una vida, es lo temible, y ahora, por fortuna, está bien vigilado.

S. BARRY. ¿Vigilado?

WATSON Sí. Al dar vuelta a un recodo del camino, hemos encontrado a un soldado de caballería, que con el rifle en el antebrazo vi-

gilaba el sitio por donde pasábamos. Le preguntamos la causa de su estancia allí y me contestó que obedecía a que un preso de Princetown se había fugado hace tres días, y un escuadrón vigilaba los caminos y estaciones en su busca.

BARRYMO. ¿Sabe usted quién es?

WATSON El autor del asesinato de Notting-Hill. Un crimen horrendo, en el que intervino mi amigo Holmes; el asesino fué cruelmente bárbaro.

MORTIMER Bueno, mi querido Enrique. Queda usted en su casa y yo me voy a la mía. Es muy tarde.

ENRIQUE ¿No se queda usted a comer?

MORTIMER Gracias. Mi mujer me espera. Para cuanto usted necesite queda Barrymore a sus órdenes. Salud y hasta la vista. (Mutis.)

ESCENA II

Dichos menos Mortimer

BARRYMO. ¿Desea el señor comer en seguida?

ENRIQUE ¿Está todo preparado?

BARRYMO Lo estará al momento. Tanto mi mujer como yo, tendremos mucho gusto en servirle, mientras permanezcamos en el castillo.

ENRIQUE ¿Desean ustedes, acaso, marcharse?

S. BARRY. Si el señor lo permite...

ENRIQUE Pero su familia ha servido a la mía durante mucho tiempo. Yo sentiría empezar la vida aquí rompiendo lazos consagrados.

BARRYMO. También lo sentimos nosotros, señor, pero queríamos mucho a sir Carlos y su muerte nos impresionó tanto... Ahora hallamos muy triste casa y alrededores.

ENRIQUE ¿Y qué piensan ustedes hacer?

BARRYMO. Gracias a la noble generosidad de sir Car-

los podemos establecer un modesto comercio y habíamos pensado irnos a la capital de la provincia. Pero no queremos molestar más al señor. Esta habitación es su dormitorio. Y aquí a la derecha se ha dispuesto el de su amigo, el señor Watson.

ENRIQUE Perfectamente. Vayan ustedes preparando en el comedor lo necesario. (Mutis Barrymore y su mujer.)

ESCENA III

WATSON y ENRIQUE.

WATSON La casa es triste.

ENRIQUE Es que nosotros venimos preocupados.

WATSON Yo, mucho, en efecto. Antes de entrar he oído sollozos de mujer. En la casa no hay más mujeres que la señora de Barrymore que cuando hemos entrado nos ha recibido sonriente... ¿Qué significa el sollozo de antes y la sonrisa de después? Barrymore usa la barba, no diré igual, pero lo menos parecida a la del hombre que seguía a usted en Londres. Al que Holmes cree autor del robo de su zapato viejo. ¡Si ese hombre hubiese estado en Londres!

ENRIQUE ¿Cómo habría recibido aquí el telegrama que usted puso?

WATSON No sabemos si, en efecto, lo recibió. A veces los jefes de estación se equivocan engañados por los ordenanzas. Es raro que Holmes no nos haya indicado medio de saberlo a punto fijo.

ESCENA IV

Dichos y UN ORDENANZA DE TELEGRAFOS.

ORDENAN. Dispensen ustedes. ¿El señor Watson?

WATSON Yo soy.

ORDENAN. Este telegrama para usted.

- WATSON Dígame. ¿Usted trajo ayer un telegrama para el señor Barrymore?
- ORDENAN. Sí, señor. Yo mismo... No hay otro ordenanza.
- WATSON ¿Se lo dió usted a él personalmente?
- ORDENAN. No, señor.
- ENRIQUE ¿Eh?
- ORDENAN. A su mujer, que me ofreció entregárselo en seguida.
- WATSON ¿No vió usted a Barrymore?
- ORDENAN. No, señor. Su mujer me dijo que estaba en la huerta.
- WATSON Basta. Puede usted retirarse.
- ORDENAN. Con su permiso. Conste que en nuestra estación no queda telegrama alguno sin entregar a los interesados. Yo sé cumplir con mi deber. (Mutis.)

ESCENA V

WATSON y ENRIQUE.

- ENRIQUE. ¡Mucho !
- WATSON Él lo cree así... Pero la verdad, nos queda la duda de si Barrymore estuvo ayer en Londres y ha llegado un tren antes que nosotros. ¡Es preciso vigilar a ese hombre !
- ENRIQUE Los sollozos de su mujer..., sus deseos de marcharse del castillo... No lo perderé de vista. Le aguardo a usted en el comedor.
- WATSON Soy con usted al momento. (Mutis Enrique.)

ESCENA VI

WATSON. Luego, STAPLETON.

- WATSON (Leyendo el telegrama.) Es de Holmes. «Vigílelo usted todo. Desconfíe de todos. Telegráfíe a diario extensamente. He pen-

sado en el asunto de sir Enrique. El criminal está a su lado.» (Entra Stapleton. Es rubio, completamente afeitado, un poco calvo, algo excéntrico en el vestir. Lleva una red de cazar mariposas y una bolsa de viaje pendiente del cuello.)

STAPLET. Bien venido, señor Watson.

WATSON (Volviéndose.) ¿Eh?

STAPLET. Perdone usted mi atrevimiento, pero aquí en el páramo no esperamos a la formalidad de las presentaciones. Es fácil que haya usted oído hablar de mí a nuestro común amigo Mortimer. Soy Stapleton..., naturalista..., cazador de mariposas...

WATSON Su red me lo había indicado. Pero, ¿cómo sabía quién era yo?

STAPLET. Acabo de encontrarme con Mortimer, quien me ha indicado que había usted venido con el señor Baskerville. No conozco a sir Enrique..., pero como usted no tiene el aire de la familia...

WATSON En efecto, sir Enrique está en el comedor.

STAPLET. ¿Y ha llegado sin novedad?

WATSON Perfectamente.

STAPLET. Temíamos todos que se hubiese negado a venir para habitar el castillo, después de la trágica muerte de sir Carlos... Pero supongo que sir Enrique, joven y fuerte, no será supersticioso...

WATSON En absoluto.

STAPLET. ¿Usted conoce la leyenda?

WATSON La he oído referir.

STAPLET. Es admirable como cunden entre el pueblo las fábulas más necias. Hay quien asegura haber visto el perro fantástico en el páramo. ¡Lo que puede la preocupación y la ignorancia!

WATSON ¿Usted no cree?...

STAPLET. No soy un sabio precisamente, pero un necio tampoco. La leyenda, no obstante, mis advertencias, causó mucha impresión a sir Carlos. Se me figura que ella fué la

causa de su triste fin. ¡Pobre amigo mío! Tenía los nervios tan excitados, que la vista de un perro cualquiera alteraba su semblante y agitaba su corazón. Hacía mucho que yo temía un desastre, y le aconsejé lealmente que abandonase el castillo. ¡No puede usted imaginarse cuánto le queríamos! (Pequeña pausa.) ¿Qué opina usted del asunto de Sherlock Holmes?

WATSON ¿Usted sabe?...

STAPLET. ¡Hombre! Lo que todo el mundo. Sería inútil fingir que no sabíamos quien es usted, señor Watson. El primer discípulo del gran detective, cuya fama ha llegado a este viejo rincón de Inglaterra. Cuando usted ha venido, es indudable que su maestro ha tomado cartas en el asunto... ¿Creen ustedes en un crimen?

WATSON No puedo contestar a su pregunta.

STAPLET. Lo creen ustedes. ¡Y, a decir verdad, algo he sospechado yo!... ¡Pero si es tan absurdo!... ¿Vendrá el gran Holmes a visitarnos?

WATSON Le es imposible abandonar ahora Londres.

STAPLET. ¡Caramba, cuánto lo siento! Él hubiera puesto en claro lo que para nosotros es un enigma. En cuanto a sus indagaciones, señor Watson, si en algo puedo servirle, espero que me mande con entera franqueza. Quizá, como práctico en el país, pudiera ayudar a usted con algún indicio o consejo.

WATSON No he venido, sino a visitar a mi amigo sir Enrique. Aquí no actúo de policía.

STAPLET. ¿Desconfía usted? Hace bien en ser prudente y discreto. Prometo no volver a hablar del asunto. Esto no impedirá que seamos buenos amigos. Tengo el gusto de ofrecerle mi casa. Vaya usted alguna vez y le presentaré a mi hermana.

- WATSON. ¿Conoce usted a fondo el páramo?
- STAPLET. No tiene secretos para mí. Mis gustos estrambóticos me han llevado a escudriñarlo todo. ¡Pocos tan prácticos como yo!
- WATSON. ¿Tan difícil es de conocer?
- STAPLET. Mucho. Oculta el páramo el famoso charco de Grimpen. Un paso mal dado allí es la muerte, lo mismo para el hombre que para los animales. Aun en las estaciones secas es peligroso atravesarlo... pero en las lluviosas es horrible... A pesar de todo, hay algunos intrincados senderos por los que un hombre ágil puede pasar..., yo los he descubierto.
- WATSON. Algún día los estudiaré yo.
- STAPLET. ¡No lo intente usted, por Dios! Yo sería el culpable de su desgracia. Le aseguro que le sería imposible volver con vida. Si yo lo he conseguido ha sido a fuerza de estudiarlo detenidamente y... (Se oye fuera un aullido prolongado y triste.) ¿Oye usted?... ¿oye usted?...
- WATSON. ¿Qué es eso?
- STAPLET. La superstición dice que es el perro-lobo de la leyenda de los Baskerville, que pide la entrega de su víctima. Lo he oído varias veces antes de morir sir Carlos, pero nunca tan fuerte como ahora.
- WATSON. ¿Usted no cree en eso?
- STAPLET. No, señor. Pero, ¿qué otra cosa puede ser?
- WATSON. La voz de algún ser viviente.
- STAPLET. No creo que ninguno se atreva a vivir en las cuevas próximas al páramo. Son verdaderas cavernas, a propósito sólo para refugio de bandidos... Mas me he entretenido demasiado... Voy a saludar a sir Enrique. Con su permiso. (Mutis.)

ESCENA VII

WATSON, luego, MISS BERYL; después, STAPLETON.

WATSON Un poco extravagante..., pero excelente sujeto. (Entra miss Beryl, con precaución; mira a todos lados, y convencida de que Watson está solo, se dirige a él emocionada. A media voz.)

BERYL ¡Caballero!... (Watson sorprendido.)

WATSON ¡Señora!...

BERYL Márchese. Márchese a Londres inmediatamente.

WATSON ¿Yo? ¿Por qué causa?

BERYL No puedo explicarme... Pero por Dios, se lo ruego... Márchese y no ponga más los pies en el páramo... ¡Ah! ¡Mi hermano! ¡Silencio!

STAPLET. ¡Hola, Beryl!

BERYL Mortimer me dijo que estabas aquí.

STAPLET. Ya dije a usted... Aquí no guardamos formalidades en las presentaciones. Plena confianza, costumbres sencillas..., vida campestre...

BERYL Así lo decía sir Enrique.

STAPLET ¿Le has visto?

BERYL ¿No es este caballero?

WATSON Se ha equivocado usted, miss Beryl...; soy un simple plebeyo, amigo de sir Enrique. Me llamo Watson.

BERYL (Contrariada.) ¡Ah!... En ese caso... (Aparte a Watson.) retiro mis palabras.

WATSON (¡Es tarde!)

BERYL Creía hablar a sir Enrique.

STAPLET. Poco habrás podido decirle en tan poco tiempo. Yo le he dejado ahora mismo para ir al comedor en busca de sir Enrique, pero no le he encontrado. Parecerá a usted un raro capricho que hayamos elegido este punto de residencia... Sin embargo, mi hermana y yo lo pasamos muy bien.

- BERYL Si..., preferimos la soledad al bullicio.
- STAPLET. No es todo virtud... Entra por mucho la necesidad... Antes de venir aquí tuve un colegio establecido en el norte de Inglaterra. No me fué bien... Se desarrolló una epidemia y murieron tres muchachos... No conseguí rehacerme de aquel rudo golpe y perdí mucho dinero. Aquí, con mis aficiones a la botánica y a la zoología, encuentro ancho campo para trabajar... Esta explicación obedece al gesto de extrañeza que he creído notar en usted al dirigirse a mi hermana.
- WATSON En efecto..., este sitio debe parecerle un poco triste..., aburrido...
- BERYL Yo no me aburro nunca. .
- STAPLET. Tenemos una buena biblioteca... y excelentes amigos, como Mortimer. ¡Y sir Carlos cuando vivía !... ¡ Oh, le echamos mucho de menos ! ¡ Ah, sir Enrique ! ¡ El mismo porte de nobleza del difunto !... (Llamando.) ¡ Sir Enrique !... (Mutis lateral.)
- WATSON (A Beryl.) Ahora explíqueme usted sus palabras.
- BERYL Olvídelas. Ninguna relación tienen con usted. Creí hablar a sir Enrique.
- WATSON Soy su amigo. Su protector. ¿ Por qué desea usted tan vivamente que regrese a Londres ?
- BERYL Un capricho de mujer.
- WATSON Muy raro.
- BERYL Como circula la fantástica leyenda del perro vengador. Soy mujer... No puede usted extrañar que tenga miedo a todo lo fantástico y extraordinario.
- WATSON Sólo una pregunta. ¿ Por qué temía usted que su hermano oyese sus advertencias ?
- BERYL Mi hermano desea que habite en el castillo su dueño, porque de ello depende el bienestar de los labradores del país. Por eso se incomodaría si supiese que yo ha-

bía indicado algo que pudiese alejar a sir Enrique. (Dentro se oye hablar.) Vienen.

WATSON Ahora soy yo el que ruego a usted. ¡Ni una palabra de esto!

ESCENA VIII

Dichos, STAPLETON y ENRIQUE

ENRIQUE Amable vecino... Encantado de conocerle.

STAPLET. ¡Oh, sir Enrique!... Es usted digno sobriño de su tío. Mira. Mira, hermana... Este es el heredero legítimo de aquel excelente amigo sir Carlos. ¡El señor de Baskerville! ¡Mi hermana Beryl, caballero!...

ENRIQUE Señorita... Verdaderamente le doy las gracias al cielo por haberme conducido a este sitio, que no pude soñar tan favorecido de la bondad y la hermosura.

BERYL Caballero...

ENRIQUE Crea usted, señorita, que mi admiración por su belleza es sincera.

STAPLET. ¡Nada de galanterías! Completa confianza. Su tío de usted me honraba con ella.

ENRIQUE Me consta, y mi amistad no será menos firme. Según me dijo Mortimer, mi buen tío le tenía a usted encargado el reparto entre los pobres de algunas limosnas.

STAPLET. Sí. Sir Carlos, que era bondadoso en extremo, me dispensaba ese honor. ¡Le han llorado de veras los pobres de la comarca!

ENRIQUE Me hará usted igual obsequio. Quiero ser también amigo de los desgraciados.

BERYL Eso prueba su noble corazón.

ENRIQUE ¡Oh, señorita! ¡Quién no se sentiría bueno a su lado! La felicidad es generosa, y ver a usted es ya un principio de felicidad.

- STAPLET. Bueno, bueno ; pero los señores han de comer aún...
- BERYL. Vámonos entonces.
- ENRIQUE. ¿No nos favorecerán ustedes aceptando un puesto en nuestra mesa?
- STAPLET. Es demasiado tarde... Nuestra casita está lejos. El páramo, de noche es poco seguro. Otro día..., otro día..., ¿verdad, hermana?
- BERYL. Lo que tú dispongas.
- ENRIQUE. Entonces, mañana.
- STAPLET. Convenido..., pero a condición de que pasado honrarán ustedes nuestra humilde casa y nuestra modesta mesa.
- ENRIQUE. Aceptado.
- STAPLET. Pues hasta mañana. Sir Enrique..., señor Watson..., vamos a ser muy buenos amigos. No es que me alabe, pero crean ustedes que, salvo mi manía inofensiva de atrapar mariposas, soy hombre de pocos defectos... Llanote..., enamorado de la naturaleza...
- ENRIQUE. (Yo lo empiezo a estar de su hermana...)
- BERYL. Entretenemos demasiado a estos caballeros. Buenas noches.
- STAPLET. Eso es. Buenas noches.
- ENRIQUE. Barrymore, (Sale éste.) acompañe a los señores.
- STAPLET. ¡ Oh ! No hay para qué... Sin molestia de nadie... Conocemos perfectamente el camino. (Mutis con Beryl.)

ESCENA IX

ENRIQUE, WATSON y BARRYMORE

- ENRIQUE. ¡ Y bien, amigo Watson ! He ahí una preciosa muchacha.
- WATSON. Ya hablaremos de eso. Diga usted, Barrymore : ¿ usted recibió ayer el telegrama de sir Enrique, anunciando su viaje?

- BARRYMO. Sí, señor. Claro está.
- WATSON ¿Se lo entregó a usted el mismo ordenanza?
- BARRYMO. (Vacila.) Diré a usted... No, señor. A mí me lo entregó mi mujer.
- WATSON Pero usted pondría la contestación.
- BARRYMO. Tampoco. Le dije a mi mujer lo que había de contestar y ella se encargó de hacerlo.
- WATSON Basta. Vamos al comedor.
- BARRYMO. No puedo comprender, caballero, el motivo de sus preguntas..., pero supongo no haber incurrido en alguna falta, para desmerecer la confianza de sir Enrique.
- ENRIQUE Nada de eso.
- BARRYMO. ¿Ni mi mujer tampoco?
- ENRIQUE Al contrario. La tengo por persona digna y respetable.
- WATSON Es mi opinión también.
- BARRYMO. Es un poco exagerada en lo tocante a devoción. No tiene otro defecto. Creo haberla hecho feliz.
- WATSON (Rápido.) Entonces, ¿por qué llora?
- BARRYMO. ¿Llora? ¿Mi mujer?
- ENRIQUE ¿Usted no lo sabe?
- BARRYMO. Ni lo creo.
- WATSON Yo aseguro a usted que anoche, desde la avenida del castillo, oímos sollozos.
- BARRYMO. El señor confundió los ruidos. Le parecieron sollozos los rumorcillos del aire entre las hojas... La noche es melancólica en el campo.
- WATSON Puede ser, puede ser que me equivocara.
- ENRIQUE Pero, ¿no comemos?
- WATSON Vamos allá... Que sirvan ya, Barrymore. (Mutis de éste.)

ESCENA X

ENRIQUE y WATSON.

- WATSON (Media voz.) Es preciso redoblar la vigilancia.

ENRIQUE ¿Desconfía usted de los Barrymore?
WATSON Sí.
ENRIQUE No veo el motivo. Sin embargo, los sollozos eran verdad.
WATSON Y lo han negado.
ENRIQUE Es poco agradable vivir desconfiando de nuestros mismos servidores.
WATSON No hay servidor más leal que un buen revólver. ¿Lleva usted el suyo?
ENRIQUE Siempre va conmigo. No es cosa de abandonarle en este lugar de augurios tan siniestros.
WATSON Pues prevenido a todo. Venga usted..., comamos y vigilemos. (Mutis.)

ESCENA XI

SEÑORA BARRYMÖRE y MR. FRANKLAND. Pausa. Entran por el foro.

S. BARRY. El señor está ocupado...

FRANK. ¡ Bueno ! ¡ Y para eso me he dado yo una caminata de cuatro millas ! ¡ Y tengo que volver de noche cerrada a Safter Hall, cruzando el páramo ! ¡ Es una delicia ! ¡ Y estando infestado de criminales !

S. BARRY. ¿Qué dice usted?

FRANK. Que se refugia en el páramo un fugado de presidio. Ya comprenderá usted que no es precisamente una recomendación que incite a cruzar a pie y de noche cuatro millas de mal camino ! (Empieza fuera la tempestad.) ¡ Exponerse a dar de cara con un asesino..., un ladrón..., un...

S. BARRY. Un desdichado.

FRANK. ¡ Zapateta ! El desdichado es el que tropieza con él. O con el famoso perro lobo de los Baskerville. Le he oído aullar al atardecer. Y luego..., hace una media hora apenas..., por estas inmediaciones.

S. BARRY. ¡ Madre de Dios ! ¡ Cuando acaba de llegar el nuevo amo !

- FRANK. Sí, es un buen aviso, para que se largue. Si no es una broma de las gentes de Safter Hall... ¡Malas gentes, señora Barrymore! Pero con estas malditas leyes británicas las malas gentes son las que triunfan y viven. A mí me han arruinado.
- S. BARRY. Le ha arruinado a usted su manía de pleitear.
- FRANK. El pueblo es un estúpido.
- S. BARRY. ¡Esa misma opinión tiene de usted el pueblo!
- FRANK. ¡Me la pagarán! Por de pronto ya tienen en el páramo un fugado de presidio, que se les irá comiendo los rebaños res a res.
- S. BARRY. No hará tal. Sería descubrirse y perderse.
- FRANK. ¡Vivirá del aire, si a usted le parece!
- S. BARRY. En fin. ¿Entra usted o no?
- FRANK. No, señora. Estarán comiendo... No sería discreto. Hará usted presentes mis respetos y los de mi hija a sir Enrique y al señor Watson. No se olvide usted de mi hija. Creo que necesita algún dinero para su pleito de divorcio. El difunto sir Carlos la favoreció más de una vez... Puede que sir Enrique haga lo mismo. Bueno es ir preparando el terreno. Volveré en ocasión más propicia. ¡Salud! (Fuera, un relámpago.) ¡Zapateta!
- S. BARRY. ¡El señor nos proteja!
- FRANK. Amén. A ése no se le puede poner pleito. Pero ¿cree usted que no lo merecería? Coge a uno a cuatro millas de su casa, sin paraguas..., de noche y teniendo que atravesar el páramo, infestado de ladrones y asesinos...
- S. BARRY. Si quiere usted un paraguas y unos zuecos...
- FRANK. Gracias... Sería abusar. Si los tomara prestados, la gente creería que no los tenía propios. Eso molestaría mi dignidad. ¡Achis! ¡Ya me he constipado!
- S. BARRY. Lo mejor que puede usted hacer es que-

darse en casa del doctor Mortimer, que está cerquita.

FRANK. ¡Admirable idea! Me voy a casa del doctor. (Marca el mutis. Otro relámpago.) ¡Zapata!

S. BARRY. ¡Cómo arrecia el temporal! ¡Qué desdicha! ¿Dónde se refugiará el infeliz fugitivo?

FRANK. ¿Cómo? ¿Piensa usted en ese miserable?

S. BARRY. Ese miserable es hijo de... es hijo de Dios también.

FRANK. ¡Achist! ¡Me parece que calma algo... Sí, calma..., calma...

S. BARRY. Pues aproveche usted la calma y váyase usted deprisa.

FRANK. Tiene usted razón... Deprisa..., aprovechando la calma... ¡Achist! ¡Achist! ¡Ya lo pesqué! (Mutis.)

S. BARRY. ¡Jesús! ¡Jesús!... Ya han debido acabar de comer. Voy a servir el café a los señores. (Apaga la luz. Pausa conveniente. Continúa la tempestad fuera, ruido de lluvia, algún relámpago, pocos truenos y sin mucho ruido.

ESCENA XII

BARRYMORE por la galería. Trae una linterna oculta bajo el chaquetón. Atraviesa media escena de lateral a foro cautelosamente, abre la puerta de cristales del foro, sale a la terraza y hace algunas señales con la linterna hacia el campo. Nueva pausa.

ESCENA XIII

Dicho, ENRIQUE y WATSON. Al final, SEÑORA BARRYMORE.

Con suma precaución también, casi arrastrándose tras Barrymore, llegan a la puerta de cristales del foro, revólver en mano, observan un momento. Barrymore hace nuevas señas con la linterna. Entonces ambos se precipitan sobre él, y cogiéndole por los brazos lo bajan a empujones hasta el centro de la escena. Al grito de su marido la señora

Barrymore sale puerta lateral.

ENRIQUE ¡Ah, miserable!

WASTON ¡Caíste! ¡Ya tenemos la pista!

- ENRIQUE ¡ Eres el cómplice del asesino de sir Carlos !
- BARRYMO. ¿ Yo ? ¡ Jesús ! ¡ Jesús !
- ENRIQUE ¡ Y vas a morir a mis manos !
- BARRYMO. ¡ Socorro ! ¡ Socorro ! (Sale la señora Barrymore.)
- WATSON ¡ Luz ! (Da la luz eléctrica.)
- ENRIQUE ¡ La verdad ! ¡ Va usted a decirnos la verdad !
- BARRYMO. ¡ No puedo ! ¡ No puedo, señor ! ¡ Este secreto no es mío !
- WATSON Mire usted..., otra luz... Allá en el fondo del páramo contesta a las señales de la linterna de Barrymore.
- BARRYMO. ¡ Ah, está allí ! ¡ Está allí todavía !
- WATSON Pero, ¿ quién ? ¿ Quién ?
- ENRIQUE ¡ El asesino de mi tío, sin duda !
- BARRYMO. ¡ No, no !...
- WATSON ¡ Hable usted !
- BARRYMO. ¡ No puedo ! ¡ No puedo !
- WATSON ¡ Miserable !
- ENRIQUE ¡ Canalla !
- S. BARRY. (Interponiéndose, llorando con desesperación.) ¡ Piedad ! ¡ Piedad, señores ! ¡ Mi marido es inocente ! ¡ Yo sola..., yo soy la culpable !... ¡ Piedad !... (Cae de rodillas.) ¡ Y juro en el nombre de Dios que diré a ustedes toda la verdad ! ¡ Toda !... ¡ Pobre hermano mío !...

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Jardin del castillo. A la derecha, la fachada con puerta y terraza. Se baja a la escena por una escalinata amplia y adornada con plantas y jarrones. El foro, limitado por una verja de hierro con puerta de arco. Detrás, el páramo. Bosque muy tupido y de aspecto tétrico. Bastidores de jardín. Un banco a la izquierda. Algunas mecedoras y muebles de junquillo. De día.

ESCENA PRIMERA

WATSON y ENRIQUE. Del castillo, fumando, bajan a la escena. En este acto Enrique habrá cambiado su traje de los actos anteriores por uno elegante de mañana.

ENRIQUE Todavía, amigo Watson, estoy emocionado y conmovido por la tremenda revelación de la señor Barrymore. He dormido poco... ¿Y usted?

WATSON He reflexionado.

ENRIQUE ¿Cree usted que esas gentes dicen la verdad?

WATSON Por completo. Además, tengo pruebas.

ENRIQUE ¿Usted?

WATSON Sí, señor. Cuando todos ustedes se retiraron a descansar, yo salté por la ventana de mi cuarto y corrí al páramo, hacia el sitio donde había brillado la luz que contestaba a las señales de Barrymore.

ENRIQUE ¡Qué imprudencia!

WATSON Llevaba mi revólver... Corrí mucho y llegué a tiempo. Sobre un montículo se agazapaba, linterna en mano, un hombre de aspecto selvático. Al verme, apagó la luz y emprendió veloz carrera, internándose en la espesura.

ENRIQUE ¿Le siguió usted?

WATSON ¿Para qué? No le hubiera alcanzado. Además, pude observar que llevaba el uniforme del presidio. Indudablemente es el fugitivo que persigue la justicia. Se escapó hace muy poco del penal, luego, no puede ser el autor del crimen que privó de la vida a sir Carlos. Nada tiene que ver con el famoso perro de los Baskerville..., si existe ese perro.

ENRIQUE Existe. Anoche, mientras usted corría 'en busca del fugado de Princetown, yo salí al jardín... Tenía necesidad del misterio de la naturaleza para consultar mi corazón. No he de negar a usted que desde que vi a la señorita Stapleton, su bella imagen no se aparta de mi pensamiento.

WATSON ¿Tan pronto enamorado?

ENRIQUE ¿Quiere usted más pruebas que mi paseo de noche por el jardín solitario?... De improviso oí..., estoy seguro, Watson..., oí el aullido de un perro... No se ría usted de mí ni me trate como a un chiquillo... : aquel aullido heló la sangre de mis venas. ¿Habrá algo de verídico en la leyenda de mi familia? ¿Existirá realmente el misterioso peligro que amenaza mi vida? ¿Usted lo cree así?

WATSON Vaya..., no se me vuelva usted supersticioso. Creo que lo que nos interesa es convencernos de que los Barrymore han dicho la verdad. De que, en fin, la estancia de ese foragido en el páramo no encierra peligro alguno para usted...

ENRIQUE Mire usted..., podemos de nuevo interrogarlos.

ESCENA II

Dichos. BARRYMORE, del castillo. Luego, LA SEÑORA.
BARRYMORE

BARRYMO. Cuando el señor disponga nos iremos del castillo.

ENRIQUE ¿Y va usted a marcharse deshonorado por mi sospecha?

BARRYMO. Anoche... yo no hubiese dicho nada aunque ustedes me hubiesen matado, porque no era mío el secreto; pero mi mujer habló... Y ustedes lo supieron todo. Nada iba contra usted, señor. Yo se lo juro.

S. BARRY Yo sola tengo la culpa... Pero, ¿qué debía hacer? ¿Cómo habíamos de consentir que se muriese a las puertas de casa, solo, hambriento, abandonado? ¡Es mi hermano, señor, es mi hermano!

WATSON Pero las señas...

S. BARRY. Le avisábamos por medio de la linterna que le llevaríamos comida...

BARRYMO. ¡Qué sería del infeliz sin nuestra ayuda?...

S. BARRY. Es mi hermano menor... Le mimamos mucho de niño... Mi pobre madre murió de pena...

BARRYMO. ¡Era una santa mujer!...

S. BARRY. El fué de mal en peor. Robó primero..., asesinó más tarde... De crimen en crimen rodó hasta las gradas del cadalso. La misericordia de los jueces le conmutó la pena, encerrándole para siempre en una cárcel... Yo sé que ha hecho mucho mal en el mundo... ¡pero es mi hermano!... Se fugó de la prisión... Eso no es delito... Todos los seres aman la libertad. Sabía que vivíamos aquí. Llegó una noche arras-trándose..., perseguido por la policía, fatigado, medio muerto de sueño y de ham-

bre... ¿Qué habíamos de hacer?... Le socorrimos.

BARRYMO. Pero me negué a admitirlo en la casa. Fué a buscar refugio en los escondrijos del páramo. Cada dos noches, por medio de esas señales con la linterna, nos aseguramos de que está aún allí y voy yo a llevarle pan y carne.

S. BARRY. Esa es la verdad de cuanto ha sucedido, señor.

ENRIQUE En el fondo de mi conciencia apreubo su conducta, buena mujer.

WATSON Pero ese hombre constituye un peligro para los escasos habitantes del páramo...

ENRIQUE ¡Oh, es preciso evitar!... ¡Que salga del país!

BARRYMO. En cuanto pueda...

ENRIQUE Sí..., sí...

WATSON ¿Mas cómo huir con el uniforme de presidio?

ENRIQUE Yo atenderé a eso. Barrymore, le llevará usted ropa y dinero... Tengo trajes de sobra... Y no podría ir lejos desprovisto de fondos.

S. BARRY. ¡Dios se lo recompense a usted, señor!

BARRYMO. Mi mujer se moriría de pena si de nuevo le apresasen.

ENRIQUE Por nuestra culpa no será.

BARRYMO. Gracias, señor... (Pequeña pausa.) Ahora, y correspondiendo a su noble acción, voy a decir a usted algo...; algo que no sabe nadie. Respecto a la muerte de sir Carlos.

ENRIQUE }
WATSON } (Con mucho interés.) ¡Eh!

S. BARRY. ¡Ah, sí! Habla..., habla...

ENRIQUE ¿Sabe usted la causa de su muerte?

BARRYMO. No, señor..., eso no.

ENRIQUE ¿Qué sabe usted, pues?

BARRYMO. Sé por qué estuvo en esa puerta..., por qué salió hacia el páramo... a hora tan avanzada de la noche...

WATSON ¿Por qué?

BARRYMO. ¡ Esperaba a una mujer !

ENRIQUE ¿A una mujer, sir Carlos?

WATSON ¿Quién era? ¿Quién era esa mujer? En nombre de la justicia, Barrymore.

BARRYMO. Lo ignoro. Pero sus iniciales son C. L.

ENRIQUE ¿Cómo sabe usted eso?

BARRYMO. Su tío recibió aquella mañana una carta. Eso no tiene nada de extraño, porque recibía muchas. Pero aquel día sólo llegó una.

S. BARRY. Por eso nos fijamos en ella.

BARRYMO. Estoy seguro de que la letra era de mujer.

WATSON ¿Qué más?

BARRYMO. No me hubiera vuelto a acordar de aquella carta, pero hace días me llamó la atención acerca de ella mi mujer, que limpiando el despacho de sir Carlos encontró entre las cenizas de la chimenea restos de una carta quemada.

S. BARRY. No era más que un pedacito lo que podía leerse todavía.

BARRYMO. Debía ser la postdata, y decía así : «Ruego a usted como caballero que queme esta carta en cuanto la lea y le pido por favor no deje de estar en el portillo a las diez de la noche. Allí le espero.—C. L.»

WATSON ¿Conserva usted ese pedacito de papel?

BARRYMO. Imposible. Quedó reducido a cenizas en cuanto le tocamos.

ENRIQUE ¿Y no tiene usted idea alguna de quien pueda ser esa C. L.?

BARRYMO. Absolutamente ninguna.

WATSON ¿Usted conocerá a casi todos los habitantes de esos alrededores?

BARRYMO. A casi todos, señor Watson.

WATSON ¿Pudiera usted decirme el nombre de una mujer cuyas iniciales sean C. L.?

BARRYMO. No creo que haya nadie de esas iniciales. ¡ Ah, sí ; calle usted ! Sí que la hay. Clara

Lyons, la hija de Frankland, el viejo excéntrico.

S. BARRY. Precisamente estuvo anoche a visitar al señor y quedó en que hoy volvería con su hija.

ENRIQUE Entonces...

WATSON Convendría interrogarla a solas. Delante de su padre quizás no hablara. Barrymore, le confío a usted esa misión. Necesitamos hablar con Clara Lyons, sin testigos. Usted hallará el medio.

BARRYMO. No lo creo difícil. Ahora mismo iré a su casa a avisarla.

ENRIQUE (A la señora Barrymore.) Y usted, coja de mi ropa lo que le parezca y llévela a ese desdichado. Pregúntele, además, qué cantidad necesita para abandonar el país e irse a América. Disponga usted hasta de doscientas libras.

S. BARRY. ¡Oh, gracias! Gracias, señor. Salva usted su vida y nuestra honra. Le serviremos a usted de rodillas... Pediremos a Dios noche y día, con rezo fervoroso, que aleje de usted el peligro que constantemente amenaza en este castillo a los Baskerville. (Mutis Barrymore por la verja y la señora Barrymore al interior.)

ESCENA III

ENRIQUE y WATSON

ENRIQUE ¿Qué le parece a usted? Algo hemos adelantado.

WATSON Mucho. Sabemos que alguien está enterado de las circunstancias de la muerte de sir Carlos. Ante todo avisaremos a Holmes. Voy al telégrafo. No salga usted del castillo hasta que yo regrese. ¡Tengo verdadero miedo por usted, sir Enrique! Oprime mi corazón algo como un presen-

timiento de una desgracia próxima... Pero estoy alerta... ; nada tema estando yo a su lado, pero por el divino amor, no atravesiese usted esa verja no yendo conmigo.

(Mutis.)

ENRIQUE Se lo prometo.

ESCENA IV

ENRIQUE. Luego, BERYL. Al final de la escena, STAPLETON.

ENRIQUE No saldría solo del castillo más que en un caso: si supiera que iba a encontrar ocasión de ver y hablar a Beryl. ¡Niña encantadora!

BERYL (Fuera de la verja.) Bien..., bien... Lo diré a sir Enrique, hermano mío.

ENRIQUE (¡ Ella !) Gran suerte la mía, señorita... Cuando estaba pensando en la dicha que para mí constituye su presencia, se me aparece usted... ¿Qué más puedo desear?

BERYL Es usted muy galante, sir. Enrique. Hemos venido, aceptando su invitación de anoche. Mi hermano me acompaña... Pero esclavo de su manía... ha visto una mariposa cerca del jardín y se ha lanzado a su captura... No puede tardar... Es un cazador muy diestro.

ENRIQUE (Indicándole el banco del jardín. Ella se sienta.) Esperémosle pues... ¿Me permite usted ocupar un sitio a su lado?

BERYL ¡ Oh, sí ! (Enrique se sienta.) Con mucho gusto.

ENRIQUE Si de corazón me lo dice usted..., Dios se lo pague.

BERYL Siempre se está a gusto al lado de una persona cortés, instruída y amable...

ENRIQUE He llegado ayer, señorita, preocupado por las tristezas que en esta casa ha sufrido mi familia. Es posible..., seguro casi, que una vez tomada posesión de mis do-

minios hubiese regresado a Londres, cuya vida espléndida era más grata a mi juventud.

BERYL ¡ Sí, sí ! Vuélvase usted..., vuélvase usted a la ciudad, Enrique.

ENRIQUE Es que apenas he llegado... cambié de parecer.

BERYL ¿ Por qué motivo ?

ENRIQUE Por uno nada más. ¡ La he visto a usted !

BERYL Eso ya es exagerar la galantería.

ENRIQUE Es hablarle a usted con sinceridad, Beryl.

BERYL No puedo admitir...

ENRIQUE ¿ Mis homenajes?... ¿ Por qué no ? Me he educado en un país, señorita, donde es máxima obligatoria el antiguo proverbio inglés « el tiempo es oro ». No soy avaro, pero no me gusta desperdiciar mi fortuna. Por eso me apresuro cuanto antes a conquistar la dicha.

BERYL Caballero...

ENRIQUE Y mi dicha está en usted. Mi corazón no me engaña.

BERYL Permítame usted... Puede llegar mi hermano...

ENRIQUE Y le hablaré con igual franqueza.

BERYL ¡ Oh, no !- ¡ No, por Dios ! ¡ Ni una sola palabra !

ENRIQUE ¿ Por qué ? ¿ Es acaso un delito el amarla ? Soy libre, señorita..., rico..., joven..., no me juzgo un modelo de perfecciones, pero tampoco un monstruo de defectos. Sabré hacer su felicidad, porque a esa labor me dedicaré en cuerpo y alma. Estos sentimientos míos, ¿ no despiertan algún eco en su corazón ?

BERYL No..., amar a usted..., no. Piense usted..., mi hermano...

ENRIQUE Lo será mío, Beryl. Imagínese usted, por un momento, lo dichosos que seríamos amándonos, consagrados el uno al otro por toda la vida. (Abrazándola por la cintura.)

- BERYL ¡ Oh..., no..., no ! ¡ Si es imposible ! ¡ Si es imposible eso !
- ENRIQUE Nada hay imposible para el amor verdadero. Amo a usted, Beryl... Amo a usted cuanto un hombre es capaz de amar a una mujer. Se lo suplico, Beryl... Sea usted mi esposa... (Cayendo de rodillas a los pies de Beryl. Un momento antes ha entrado Stapleton, que se dirige furioso a sir Enrique, gritando.
- STAPLET. ¡ Ah, miserable ! ¡ Miserable !
- ENRIQUE (Levantándose indignado.) ¿ Qué ? ¿ Quién dice eso ?
- BERYL ¡ Jesús !
- STAPLET. ¡ Soy yo ! ¡ Soy yo quien lo dice ! ¡ Una y mil veces miserable !
- BERYL (Asustada.) Escucha... No hay motivo...
- STAPLET. ¡ Calla, tú ! ¡ Mujer al fin, frágil y liviana como todas !
- ENRIQUE ¡ Basta ! ¡ No hay razón para esos insultos ! ¡ Olvida usted que su hermana es libre, y yo tan libre como ella !...
- STAPLET. ¡ Mi hermana !
- BERYL ¡ Stapleton ! (Con un grito.)
- STAPLET. Soy, caballero, el jefe de la familia... Y a mí debió usted dirigirse en todo caso... ; pero tratar a espaldas mías de seducirla y engañarla... me da derecho a repetirle que es obra sólo digna de un miserable.
- ENRIQUE (Ya furioso.). Por la memoria de mi madre que esas palabras... (Tratando de lanzarse a él.)
- BERYL (Interponiéndose.) ¡ Oh..., por piedad !... Sir Enrique... Hermano...

ESCENA V

Dichos, WATSON y MORTIMER.

- WATSON ¿ Qué sucede aquí ?
- MORTIMER ¡ Caramba ! ¿ Es ahora costumbre, entre los buenos amigos, invitarse a almorzar para entretenerse en reñir ?...

- ENRIQUE No creo que esto suceda más que entre personas que han perdido la razón... Es indudable que ese caballero o yo deberíamos estar en un manicomio... (A Stapleton.) ¿Qué puede usted reprocharme? Lealmente he ofrecido a su hermana mi nombre y mi fortuna, porque la amo.
- BERYL Pero yo he rehusado..., he rehusado, hermano mío.
- ENRIQUE Ciertó. A todos mis ofrecimientos no ha hecho más que contestarme con evasivas...
- STAPLET. Dispénsese usted, sir Enrique. Declaro que he estado con usted descortés e inconveniente... De todo corazón me arrepiento y le pido mil perdones. Seamos amigos. Comprenda usted que mi hermana lo es todo para mí. La idea de una separación... me ha impresionado mucho... ¿Qué sería de mí sin ella?
- MORTIMER Es usted un redomado egoísta, amigo Stapleton ; Qué diantre ! Por el bien propio no debemos sacrificar el ajeno. Su hermana tiene derecho a elegir compañero en la vida. Tiene derecho a ser dichosa..., a amar y ser amada.
- WATSON Verdaderamente... La oposición de usted, señor naturalista, no es muy razonable...
- STAPLET. Sí..., lo comprendo... Pero me sería tan dolorosa esa separación...
- BERYL No..., si yo no...
- STAPLET. Calla... Sir Enrique..., vuelvo a repetirle que no he tenido razón... Más necesario algún tiempo para acostumbrarme a la idea de la soledad.
- BERYL ¡¿Tú? !
- STAPLET. Sí, yo. El doctor dice bien... Soy un egoísta. Firmemos las paces con una condición, sir Enrique.
- ENRIQUE Diga usted.
- STAPLET. Prométame usted no dirigir una palabra

de amor a mi hermana, durante tres días, y al cabo de ellos, previa su consulta, otorgaré a usted su mano.

ENRIQUE Celebro de veras que renazca entre nosotros la buena amistad. Y hago la solemne promesa de no dirigir frase alguna a la señorita Beryl que trasluzca el estado de mi corazón, en el término de tres días, pasados los cuales reiteraré a su hermano mi petición formal de hacerla mi esposa.

BERYL Permita usted que...

STAPLET. ¡Nada..., nada..., tres días de tregua pacífica!

BERYL (¡Pobre sir Enrique!)

ESCENA VI

Dichos y FRANKLAND.

FRANK. La paz sea con todos.

MORTIMER ¡Oh, el famoso pleitista!

STAPLET. ¡Amigo Frankland!

FRANK. Vengo a saludar al nuevo señor del castillo.

ENRIQUE Yo soy, para servirle.

FRANK. Y mi modesta persona está a su disposición, sir Enrique. Ya nada más podía ofrecerle. Cosas de la vida, que viene uno obligado a soportar porque no hay medio de poner pleito al destino. ¡Si lo hubiese!... Yo llevo 127 perdidos. ¿Qué me importa uno más?

MORTIMER ¿127 nada más?

FRANK. Perdidos, pero he ganado 122.

MORTIMER ¿Y se ha arruinado usted entre los 249?

FRANK. No se pleitea por el interés, sino por el derecho.

STAPLET. Sí..., su derecho a morir de hambre.

FRANK. A mí me falta ya muy poco. Gracias a la bondad generosa de sir Carlos... Me pasaba una pequeña pensión...

- ENRIQUE Que se le seguirá a usted abonando.
- FRANK. Gracias. No debía hablar de eso porque rebaja un poco mi dignidad..., pero el hecho es que lo necesito. Soy viejo..., se burlan las gentes de mí...
- WATSON Pero, ¿por qué pleitea usted?
- FRANK. Pleitear es vivir, para mí. Estoy tan acostumbrado..., pero es el caso que no soy yo solo a pleitear. El señor Stapleton lo sabe. Tengo una hija.
- WATSON ¿Y también pleitea?
- FRANK. Se enamoró de un pintamonas que venía al páramo a dibujar, y se casó con él. Una vez casado, ya no pintaba monas, sino que las cogía... Y como el vino le daba por pegar a su mujer..., yo puse pleito al tabernero... Y mi hija entabló el divorcio contra su apaleador. Además, se unió a él sin mi consentimiento, por lo cual la he prohibido llevar mi apellido. Santo y bueno que mi yerno le apalease el cuerpo..., ¡pero que apalease mi apellido!... ¡no!... Eso no quise consentirlo, y le puse pleito.
- ENRIQUE ¡Hombre!
- FRANK. Uno de los que gané. El juez condenó a Clara a no llamarse en adelante Frankland, sino Lyons, como el borracho del pintamonas.
- WATSON ¿De manera que su hija se llama?...
- FRANK. Clara Lyons, desde que contrajo matrimonio. Cuando la abandonó el marido, la recogí en mi casa, a condición de que presentara la demanda de divorcio, que está próxima a resolverse, asunto que pude seguir gracias a las dádivas generosas del difunto sir Carlos.
- ENRIQUE También yo contribuiré a la buena obra de evitarle legalmente la contingencia de futuras palizas. En fin, si les parece a ustedes, aprovecharemos la ocasión de estar reunidos para dar juntos un paseo por el

páramo. Tengo verdadera curiosidad de asomarme a la boca de ese charco siniestro que engendra perros infernales contra mi familia.

STAPLET. Yendo conmigo no tenga usted cuidado de tropezar con ninguno. Le haremos la cruz. Dé usted el brazo a mi hermana, Mortimer, y en marcha.

MORTIMER En marcha.

ENRIQUE Ustedes delante... Les sigo... (Aparte rápido a Watson.) Ya lo ha oído usted: Clara Lyons.

WATSON Vendrá. Acaba de decírmelo Barrymore. Discúlpeme usted mi ausencia con cualquier pretexto.

VOCES ¿Vamos..., sir Enrique?

ENRIQUE Voy, voy..., amigos míos. (Mutis.)

ESCENA VII

WATSON. Luego, CLARA LYONS.

WATSON ¿Qué papel desempeñaría Clara Lyons en el trágico fin de sir Carlos? Hasta ahora sabemos que había escrito a sir Carlos, citándole para la hora precisa y en el sitio donde halló la muerte. Interrogaré a esa mujer... Ha de ser muy lista para no descubrirse. (Viendo a Clara, que se detiene fuera de la verja del jardín.) ¡Ella debe ser!... (A Clara.) Señora..., ¿es usted la señora Lyons, sin duda?

CLARA ¿Me conoce usted?

WATSON No tenía ese gusto..., pero la esperaba.

CLARA (Entrando.) ¡Ah!, ¿entonces estoy hablando con sir Enrique?

WATSON Con un íntimo amigo suyo. Soy el doctor Watson. También hace unos instantes he hablado con su padre, señorita Clara, quien me ha enterado de las desgracias que la afligen a usted.

- CLARA Estoy a punto de librarne de ellas.
- WATSON Sí..., sé, que confía usted en el divorcio
- CLARA Está favorablemente resuelto. Lo acabo de saber.
- WATSON Doy a usted mi enhorabuena.
- CLARA Gracias, caballero.
- WATSON Indudablemente ha tenido usted buenos protectores.
- CLARA Pocos, pero algunos... Sir Carlos de Baskerville.
- WATSON De ese precisamente deseo que hablemos.
- CLARA ¿Qué puedo decirle de él?
- WATSON ¿Le conocía usted, verdad?
- CLARA Tengo mucho que agradecerle. La pensión de mi padre..., algunos donativos...
- WATSON ¿Se carteaba usted con él?
- CLARA No comprendo el objeto de esa pregunta.
- WATSON El de evitar un escándalo público.
- CLARA ¿Un escándalo?
- WATSON Creo que es preferible que yo le pregunte a usted aquí en secreto, y no un juez en el tribunal.
- CLARA Pero, ¿qué quiere usted saber?
- WATSON Si se carteaba usted con sir Carlos, sencillamente.
- CLARA Le escribí dos o tres veces, agradeciéndole sus beneficios.
- WATSON ¿Recuerda usted la fecha de esas cartas?
- CLARA No.
- WATSON ¿Habló usted en alguna ocasión con él?
- CLARA Dos o tres veces..., pero era muy reservado y prefería hacer el bien secretamente.
- WATSON Si usted le escribió poco y le vió también pocas veces..., ¿cómo se interesó por usted tanto?
- CLARA Hubo personas que le enteraron de nuestra situación. El señor Stapleton.
- WATSON Sí. Era su limosnero.
- CLARA Eso es.
- WATSON ¿Escribió usted alguna vez a sir Carlos dándole una cita?

- CLARA ¿Yo? ¿Por quién me toma usted? ¡Nadie tiene derecho a insultar mi abandono y mi pobreza!
- WATSON No es tal mi intención; pero mantengo la pregunta.
- CLARA En ese caso me niego a contestar.
- WATSON Es lástima, porque no podrá usted decirme entonces si esta cita se la pidió usted precisamente la noche de su muerte.
- CLARA ¡Ah! (Retrocediendo asustada.)
- WATSON Advierto a usted que conozco el texto.
- CLARA ¿No la quemó? Pero, ¿es que ya no queda un caballero en el mundo?
- WATSON Lo era sir Carlos. Quemó la carta, mas entre las cenizas se ha podido leer la postdata, firmada C. L.
- CLARA Sí..., Clara Lyons. Fuí yo quien la escribió. ¿Por qué negarlo? No se trataba de una intriga. Precisaba fondos para resolver la cuestión de mi divorcio. Creí que si podía hablar a solas con él no me negaría lo que necesitaba, por eso supliqué que saliera a verse conmigo.
- WATSON ¿Por qué a aquellas horas de la noche?
- CLARA Porque acababa de saber, cuando le escribí, que a la mañana siguiente se marchaba a Londres. Yo no podía venir al castillo más temprano.
- WATSON ¿Y qué sucedió cuando llegó usted al lugar de la cita?
- CLARA No fuí.
- WATSON ¡Señora!
- CLARA No fuí. Se lo juro. Ocurrió algo que me hizo cambiar de propósito.
- WATSON ¿Qué?
- CLARA No puedo decirlo.
- WATSON ¿No?
- CLARA Es muy delicado.
- WATSON Contrae usted una responsabilidad enorme... Es posible que los tribunales sean más severos y minuciosos en sus interrogatorios.

- CLARA ; Ah !... Yo no he cometido ningún delito.
- WATSON ¿Por qué no acudió usted a la cita? En ella pereció sir Carlos. Piense usted eso.
- CLARA Es que después de escrita la carta recibí de otra persona el auxilio que necesitaba.
- WATSON ¿Por qué no escribió usted de nuevo a sir Carlos avisándole?
- CLARA Me proponía hacerlo, pero era demasiado tarde. ¿Hay en todo eso algo de anormal?
- WATSON Ciertamente, puede haber ocurrido todo como usted dice, pero convengamos en que es rarísimo. Usted le cita..., él, venciendo su temor al sitio y a la hora, acude a su llamamiento. Usted no va, y mientras él la espera, muere.
- CLARA De un ataque al corazón.
- WATSON Es una puñalada sin acero. Muere de espanto. ¿No se creará fácilmente que el que le espantó era su cómplice de usted?
- CLARA ; Caballero ! Esa es una acusación demasiado grave. ; Juro haber dicho la verdad ! No se me oculta que pertenece usted a la policía. Haga usted conmigo lo que le dicte su deber.
- WATSON Señora..., quiero creer en su inocencia..., pero no veo claro...

ESCENA VIII

Dichos y FRANKLAND.

- FRANK. (Entrando.) ¿Cómo? ¿Tú aquí, hija mía?
- CLARA Sí... Me detuve un momento a saludar a este caballero... creyéndole sir Enrique.
- FRANK. ; Oh, este caballero es el doctor Watson, compañero del gran detective Sherlock Holmes ! Acaba de decírmelo el señor Mortimer.
- CLARA ¿El señor es detective?... (Bien decía yo.) Con el permiso de ustedes..., tengo algo que hacer...

WATSON. Señora..., es usted muy dueña.
CLARA. Para ayudarme en algo trabajo en una Remington. Copio documentos. No se gana mucho, pero en las casas de los pobres los pocos hacen falta. (Saluda y hace mutis.)

ESCENA IX

WATSON y FRANKLAND.

FRANK. Pues bien, señor Watson. He vuelto porque deseaba hablar con usted. Y que conste que por esta vez no se trata de ningún pleito.

WATSON. Usted dirá.

FRANK. Usted habrá venido por el asunto de sir Carlos; luego usted sabrá lo del perro maldito que recorre el páramo, con la existencia en el mismo de un criminal fugado de Princetown.

WATSON. Sí; todo eso lo sé.

FRANK. Pero lo que ignorará, seguramente, es que en el páramo, después de la llegada de sir Enrique, hay otro hombre.

WATSON. ¿Eh?

FRANK. Lo he visto yo. Y podrá usted verlo también, con ayuda de estos gemelos de campaña. (Mostrando unos que saca de la bandolera.) Por cierto que son regalo de sir Carlos. Sería providencial el que con ellos descubriese usted a su asesino.

WATSON. ¿Luego usted cree?...

FRANK. Creo que donde hay un perro que espanta a un hombre determinado, hay otro hombre que le azuza. (Entregándole los gemelos y dirigiéndose al foro.) Mire usted hacia allí..., allí... (Señalando con el brazo extendido.)

WATSON. (Mirando.) Las famosas cuevas...

FRANK. ¿Ve usted una cuestecita poblada de jaras y arbustos espinosos? Al pie está la casa de mi futuro yerno Stapleton.

WATSON ¡ Stapleton !

FRANK. Sí, se casa con mi hija en cuanto se resuelva el asunto del divorcio. ¡ Oh, es cosa decidida !

WATSON (Con extrañeza.) ¿ ¡ Stapleton ! ?

FRANK. ¿ Qué tiene de particular ? Es soltero..., vive con su hermana, que un día u otro se casará también. ¿ Qué iba a hacer él solo ? Cazar mariposas no es una ocupación formal. Un hombre tiene algo más que hacer en este mundo. Ahora él se casa..., y, por una temporada al menos, todos dichosos y las mariposas libres.

WATSON Sí, en efecto... ¿ Y decía usted que ese desconocido está... ?

FRANK. Allí, ocupa una de las cuevas del cerro, donde dicen que vivían las gentes prehistóricas.

WATSON ¿ Cómo se arregla para comer ?

FRANK. Va y viene un pastorcillo. Aquel no es sitio en que puedan pastar ganados, y no obstante por allí pasa con frecuencia. Permítame usted. (Toma los gemelos.) ¡ Sí, sí ! ¡ Mire usted ahora ! (Dándoselos.) Véalo con sus propios ojos... Pronto... Antes que baje la cuesta por el otro lado.

WATSON En efecto..., veo un muchacho con un hato al hombro... ¿ eh?... Recela algo... Mira a un lado y al otro, como si temiese que le espiasen, y echa a correr.

FRANK. ¿ Tengo razón o no ? Ese es el recadero misterioso del hombre que vigila a sir Enrique de Baskerville.

WATSON ¿ No podría ser el del penado ?

FRANK. No, señor, puesto que Barrymore le lleva lo que necesita.

WATSON ¿ También ha visto usted... ?

FRANK. Sí..., y como Barrymore es leal a sus amos, deduzco que el fugitivo no es el enemigo que debe tener sir Enrique. No es el del perro, en fin. Ese es el otro.

WATSON Le doy las gracias, señor Frankland, y le

devuelvo sus gemelos, aunque ya le son inútiles. Ha visto usted claro. Soy su servidor y amigo.

FRANK. ¿Dónde va usted?

WATSON. A trabar relaciones con el sospechoso vigilante de sir Enrique, en el páramo.

FRANK. Es una locura. Ese hombre es un criminal. Estará armado y prevenido.

WATSON. No importa. Sherlock Holmes fía en mí esta empresa. Es preciso que yo acredite su escuela, que haga lo que él haría, y triunfe como él obtendría la victoria. Llegaré hasta donde no llegaría él mismo.

FRANK. Pero ¿va usted a ir solo?

WATSON. ¡Solo, no! ¡Somos dos! ¡Yo y mi revólver! (Lo saca, lo empuña y sale por el foro. Frankland detrás, haciendo aspavientos.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

Interior de una caverna labrada en la roca en los tiempos prehistóricos. Abertura de entrada única en el foro, con puerta. En la escena, un petate, y sobre él un impermeable. El aspecto general, tétrico y sombrío. Al levantarse el telón, nadie en la escena. La puerta, cerrada. Pausa. La puerta se abre de repente y entra Watson con el revólver y gritando.

ESCENA PRIMERA

WATSON, sin pasar del foro.

¡Quieto o te mato! (Pausa.) ¿Qué es esto? ¡Nadie! Pero la covacha es ésta... No puede dudarse de que está habitada. Lumbre todavía en el hogar... Manjares preparados... Un impermeable sobre el camastro..., ¡aquí! El criminal ha salido, pero volverá. (Reparando en un papel del suelo.) ¡Un papel! (Lo coge.) «Watson ha mandado llamar a Clara Lyons.» ¡Eh! ¿Qué significa? Es un aviso... ¿De modo que es a mí y no a sir Enrique a quien ese hombre vigila? Sin duda tiene agentes que me espían y le dan cuenta de mis actos. Probablemente conocerá todas mis gestiones desde mi llegada al castillo. ¡Siempre el misterio!... Pero esto es más peligroso de lo que me figuraba. Toda

una cuadrilla de malhechores capitaneados por el hombre desconocido acecha la ocasión de arrojarle sobre Baskerville... Estamos perseguidos y rodeados por una fuerza desconocida e invisible... Una red finísima que nos envuelve con astucia y sutileza tal, que sin que nos demos cuenta nos veremos envueltos en sus mallas... ¡Oh! Es preciso romper la red. Cogeré vivo o muerto al que habita esa caverna, aunque hubiera de aguardarlo toda la noche... (Pausa.) ¡Eh! ¡Pasos!... ¡Ruido de pasos!... ¡Viene!... Ha llegado el momento decisivo. ¡Valor! Agazapado... aquí... Es preciso que lo vea y juzgue antes de arrojarme sobre él... La sombra me protege... (Agazapándose en un rincón oscuro.) ¡Llega..., llega!... ¡Ya está ahí!

ESCENA II

Dicho y HOLMES, disfrazado con blusa y gorrilla.

- HOLMES (Desde la puerta, sin entrar.) La tarde es hermosa, Watson... ¿No quiere usted salir a dar un paseo conmigo?
- WATSON ¡Dios de Dios! ¡Holmes! ¡Si es Holmes! (Saltando a abrazarle.)
- HOLMES ¡Bravo, compañero! ¡Pero cuidado con el revólver!
- WATSON ¡Oh, cuánto me alegro de verle! ¡Jamás he recibido a un amigo con tanta alegría!
- HOLMES ¿Ni con mayor sorpresa, verdad?
- WATSON Cierto.
- HOLMES No ha sido sólo suya. Tampoco yo esperaba que usted descubriese mi escondite. No lo he sabido hasta estar a diez pasos de esta puerta.
- WATSON ¿Vería usted mis pisadas?
- HOLMES No; he visto una colilla... Fuma usted cigarros marca «Brandey Street». Allí

está..., en la orilla del sendero... Comprendí que, nervioso, la había usted arrojado al entrar, para empuñar el revólver. Así fué.

WATSON

HOLMES

Lo supuse, y conociendo su admirable tenacidad juzgué que estaría usted, revólver en mano, esperando al dueño de la casa. ¿De modo que creyó usted que yo era el criminal?

WATSON

Ignoraba quién vivía aquí. Pero estaba decidido a saberlo a todo trance.

HOLMES

¡Excelente, Watson! ¿Pero cómo ha dado usted con el escondite?

WATSON

Por el muchacho que le sirve a usted de recadero. Alguien que le ha visto me avisó.

HOLMES

¡El viejo de los gemelos de campaña! Al principio no podía explicarme qué significaban aquellos dos puntitos que reflejaban la luz del sol... ¿De modo que ha visto usted a Clara Lyons.

WATSON

Sí, señor.

HOLMES

Bien hecho. Nuestras pesquisas van por el mismo camino. Esclarecemos el misterio.

WATSON

Por mi parte me alegro en el alma de que haya venido usted, porque, francamente, la responsabilidad iba siendo ya demasiado para mí. Pero a todo esto, ¿cómo se explica su presencia en este sitio? Yo le creía a usted en Londres?

HOLMES

Precisamente eso es lo que yo deseaba que se figurase usted.

WATSON

De modo, amigo Holmes, que recurre usted a mí cuando me necesita, y sin embargo, no me trata con verdadera confianza. Creo que no merezco eso.

HOLMES

Mi querido Watson, ha sido usted insubstituible para mí en este caso, y le pido perdón si parece que le he tratado con desconfianza. Comprendiendo el peligro que corría, resolví venir secretamente, a fin de

poder observar sin yo ser vigilado. Juntos no éramos más que una fuerza. Separados somos dos fuerzas distintas, y los que vigilan a usted me desconocen a mí, que a mi vez los vigilo a ellos. Soy un factor desconocido en el asunto, que surgirá de repente y dará, en el momento crítico, el golpe decisivo.

WATSON ¿Y el pastorcillo?

HOLMES Carwright... El muchacho de la agencia Wilson. Está bien disfrazado.

WATSON ¿De modo que mis telegramas detallados han sido inútiles?

HOLMES Al contrario. Usted los enviaba a Londres, pero yo, de acuerdo con el jefe de Gripem, los recibía aquí, y le felicito por ellos. Me han dado la idea exacta del proceso del crimen. La clave es Clara Lyons. Si usted no la hubiese visto yo hubiera ido a visitarla mañana.

WATSON Nada sacaría usted de ella. Se ve que está aleccionada, y sin negar, se cubre perfectamente.

HOLMES ¡Bah! ¿No ha pensado usted quién ha podido aleccionarla?

WATSON No... Su padre, imposible... Al buen hombre le interesaba demasiado la vida de sir Carlos para que se mezclase en ningún complot contra ella. No sé qué otras relaciones podrá tener Clara Lyons... Está divorciada... Va a volver a casarse...

HOLMES ¿Quién es el futuro bis?

WATSON Stapleton... Ese excelente naturalista...

HOLMES Y excelente bribonazo.

WATSON ¿Eh?

HOLMES ¡Usted calcule! Un hombre que da promesa de casamiento estando casado...

WATSON ¿Ese cazador de mariposas?

HOLMES Pretende cazar muchachas también.

WATSON ¿Casado? ¿Está usted seguro?

HOLMES Segurísimo. La que hace pasar por su hermana es su mujer.

WATSON (Asombrado.) ¡ Su mujer !... ¡ Su mujer ! Entonces, si ella es su esposa, ¿ qué tiene que ver con Clara Lyons ?

HOLMES Precisamente esa parte del embrollo queda aclarada con las pesquisas de usted. La entrevista que ha tenido con ella nos ayuda a penetrar el misterio. Yo no sabía que se había divorciado. En ese caso, y creyendo que Stapleton es soltero, contaba seguramente con ser su esposa.

WATSON ¿ Y cuando se la desengañe ?...

HOLMES Entonces será nuestra aliada.

WATSON ¿ Pero qué se trama contra sir Enrique ?

HOLMES Un crimen espantoso. Un asesinato premeditado y sangriento. La funesta repetición de la muerte trágica de Hugo de Baskerville.

WATSON El perro.

HOLMES Antes bastó un susto. Sir Enrique no es tan fácil de asustar. Hay que soltarle el perro lobo para que le desgarré y estrapague.

WATSON ¡ Se vería al que lo azuzase !

HOLMES No. A fuerza de castigo se enseña a un perro a lanzarse furioso sobre un rastro. Es cuestión de ponerlo sobre la pista de sir Enrique, y para ello basta darle a oler una prenda que haya usado.

WATSON ¡ Ah !, ¿ tiene esa prenda ?

HOLMES El zapato viejo robado en el hotel Charing Croos...

WATSON Sí..., sí. Está clarísimo.

HOLMES Ahora, querido Watson, sólo he de hacerle una súplica. Regrese usted a Baskerville. Vele por sir Enrique, como una madre por su hijo. No le deje usted un instante solo. Todo el peligro está en que den el golpe antes que nosotros preparemos el lazo... 48 horas aún de sacrificio, Watson, porque el final no puede retrasarse más de dos días.

WATSON ¿ Por qué ?

HOLMES Porque dentro de tres ha ofrecido Stapleton a sir Enrique otorgarle la mano de su hermana.

WATSON ¡ Ah, y como no es su hermana !...

HOLMES ¡ No va a casarlo con su propia mujer !

WATSON ¡ Dos días !

HOLMES Que sir Enrique no pueda, entretanto, ser atacado, y es nuestra la victoria. Dentro de ese plazo los criminales, chasqueados, se descubrirán ellos mismos.

WATSON Nada sucederá. Respondo de ello... Corro a Baskerville. (Dentro se oyen dos aullidos de perro y dos gritos muy angustiosos de la misma voz.)

VOZ (Dentro.) ¡ Socorro ! ¡ Socorro !

HOLMES ¡ Eh ! ¿ Qué es eso ?

WATSON ¡ Dios mío ! ¡ Si sir Enrique hubiese salido del páramo !

HOLMES Tras de Beryl Stapleton... Es facilísimo... Nada más imprudente que un enamorado... Contaba con ese cebo... (Nuevo grito de mayor angustia.)

VOZ ¡ Socorro !

WATSON ¡ Ah ! ¡ Corramos, corramos en su auxilio !

HOLMES ¡ El perro ! ¡ Es el perro fantasma de los Baskerville ! (Holmes abre la puerta del foro, que cerró al entrar. Entra Seldon, de espaldas, aterrado, despavorido, agonizante. Lleva el mismo traje de sir Enrique en los actos primero y segundo. Apenas da dos o tres pasos por la escena, siempre de espaldas al público, cae de bruces, muerto.)

ESCENA III

HOLMES, WATSON y SELDON.

SELDON ¡ Jesús !... ¡ El perro !... ¡ Jesús !... (Cayendo.)

WATSON ¡ Sir Enrique ! ¡ Es sir Enrique ! ¡ Miserables !

HOLMES ¡ Tarde ! ¡ Llegamos tarde ! ¡ Ah ! ¡ Canallas ! ¡ Canallas !

WATSON ¡ Muerto !... ¡ Asesinado !...
HOLMES Es preciso reconocer el cadáver...
WATSON ¡ Luz !... ¡ Luz !... (Holmes va al hogar y enciende una bujía que saca del bolsillo.)
HOLMES ¡ Va !
WATSON (Reconociendo a tientas el cadáver.) ¡ Eh ! ¡ Tiene barba ! ¡ Si tiene barba este hombre !
HOLMES ¿ Barba ?... ¿ Cómo es posible ?... (Al volverse con la luz en la mano aparecen sir Enrique y Barrymore por la puerta del foro.)

ESCENA IV

Dichos, SIR ENRIQUE y BARRYMORE.

ENRIQUE ¡ Por aquí, Barrymore !
HOLMES ¡ El ! ¡ El ! ¡ Sir Enrique !
WATSON ¡ Sir Enrique !
ENRIQUE Watson... Holmes..., ¿ ustedes aquí ?
¿ Con ese traje ?
HOLMES Vine de Londres de incógnito, a por Watson. Me lo llevo esta noche.
ENRIQUE ¿ Qué ?
HOLMES Aquí peligra su vida. Vea usted. (Per Seldon, y mutis rápido por el foro.)
ENRIQUE Ese hombre... (Watson ha vuelto el cadáver.)
BARRYMO. ¡ Ah, Seldon ! ¡ Es Seldon ! ¡ El infeliz hermano de mi mujer !
ENRIQUE ¡ Sí ! Lleva mi traje, que usted, Barrymore, le regaló para facilitarle la fuga.
BARRYMO. ¡ Descansa en paz, desdichado ! ¡ Nada debes ya a los hombres ! ¡ Dios te habrá juzgado !
ENRIQUE ¿ Se va usted, Watson ? ¿ Me abandona ?
WATSON ¡ Si no sé !... Holmes ordena... Yo no temo el peligro... ¿ Pero cómo ha salido usted sin mí del castillo hacia el páramo ?
ENRIQUE Me hice acompañar de Barrymore. Ya ve usted que soy prudente... Vi a Beryl.
WATSON El cebo, como dice Holmes.
ENRIQUE Pero oímos gritar por aquí con tal an-

gustia, que corrimos por si podíamos evitar una desgracia.

ESCENA V

Dichos y HOLMES, con un zapato usado en la mano.

HOLMES La desgracia es producto del crimen. Ese hombre ha muerto porque le han confundido con usted. Llevaba su ropa, y el perro ha seguido el olor que le señalaron por rastro. ¡Mire usted la prueba!

ENRIQUE ¡Mi zapato robado!

HOLMES Y que han dejado en la cuneta del camino... ¡Watson: a Londres esta noche misma!

BARRYMO. ¡Váyase usted también, señor! ¡Váyase usted con ellos!

HOLMES ¡No! ¡Usted se queda!

ENRIQUE ¡¿Holmes?!

HOLMES Se queda a vengar la muerte de su tío y la de ese hombre que sucumbe en lugar de usted. ¡Se queda, en fin, a exterminar a sus enemigos y destruir la leyenda del perro de Baskerville!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

CUADRO PRIMERO

Galería de retratos de familia en el castillo de Baskerville. Entre ellos figurará el mismo del acto segundo, de hombre con barba. Puertas laterales. Ninguna en el foro. Telón en segundo término.

ESCENA PRIMERA

HOLMES, WATSON, SIR ENRIQUE, BARRYMORE y SEÑORA BARRYMORE.

HOLMES. No insistan. Es cosa decidida.

BARRYMO. ¡Señor, no abandone usted a nuestro amo!

HOLMES. No debemos, Watson, decorosamente seguir aquí. Somos agentes judiciales. ¿Cómo podemos ayudar a los cómplices de un delincuente?

S. BARRY. ¡Mi pobre hermano!

ENRIQUE. Comprenda usted, Holmes... No nos movió más que un sentimiento de compasión..., sin ánimo de burlar ni ofender la ley.

HOLMES. Pero facilitando a un fugado de presidio dinero, alimentos y ropa.

S. BARRY. ¡Bien caro lo ha pagado, el infeliz!

HOLMES. Bien caro, en efecto. Por otra parte, quédese a usted un consuelo. ¡Será vengado!

ENRIQUE. ¿Cómo, si usted me abandona?

- HOLMES Usted mismo vencerá si sigue puntualmente mis instrucciones.
- ENRIQUE Haré lo que usted me mande.
- HOLMES ¿Dónde va usted esta noche?
- ENRIQUE A comer en casa de los Stapleton. Lo acordamos ayer. Como es necesario atravesar el páramo, me haré acompañar por Barrymore.
- HOLMES Irá usted solo.
- ENRIQUE ¿Holmes?
- HOLMES Barrymore vendrá con Watson y conmigo a despedirnos a la estación. Sir Enrique, me ha prometido usted obedecerme.
- ENRIQUE Iré solo. Barrymore les acompañará a ustedes.
- HOLMES ¡Bravo!
- S. BARRY. ¿Pero usted sabe quién es el miserable asesino de sir Carlos y de mi hermano?
- HOLMES ¡Oh, no me preocupa eso!
- TODOS ¿No?
- HOLMES No. Lo que busco es la causa, el porqué... (De repente, mirando el retrato del hombre de la barba) Dispense usted, sir Enrique: ¿a quién representa este caballero? (El del cuadro.)
- BARRYMO. Es Hugo de Baskerville. La causa de todos los males de la familia.
- ENRIQUE Vamos, el que *estrenó* el perro... ¡Un pariente delicioso!
- WATSON ¡Y tan humilde y pacífico como parece! Yo me lo había figurado de aspecto más enérgico y varonil.
- S. BARRY. Señores..., ¿se han de arreglar los equipajes?
- HOLMES Coloque usted en la maleta los objetos pertenecientes al señor Watson..., y nada más.
- S. BARRY. Voy a hacerlo. (Mutis.)
- HOLMES Y usted, amigo Enrique, a prepararse para el viajecito al páramo... ¡Qué

atracción ejerce en usted la bella hermana de su anfitrión !

ENRIQUE ¡ Si usted la viese !... Es encantadora.
HOLMES ¡ Nada, nada ! ¡ A la conquista ! Pero lleve usted revólver... Se cena más tranquilo.

ENRIQUE No lo creo necesario, pero seguiré su consejo. (Mutis.)

HOLMES Y usted, Barrymore, para acompañarnos a la estación, lleve usted revólver también.

BARRYMO. ¡ Sí, señor ! ¡ He comprendido perfectamente ! (Mutis.)

ESCENA II

HOLMES y WATSON.

HOLMES (Volviendo a mirar el retrato.) ¿ Conque éste es el ilustre calaverón Hugo de Baskerville ?

WATSON ¿ Ve usted algo extraordinario en ese retrato ?

HOLMES ¿ Y usted no ? ¡ Qué poca memoria ! Cúbrale usted la barba con una mano y el bigote con un dedo, y con un esfuerzo de imaginación véalo usted con una red de cazar mariposas auestas.

WATSON ¡ Stapleton ! ¡ Es Stapleton !

HOLMES ¡ Vamos, ya dió usted en ello !

WATSON ¿ Entonces ?...

HOLMES Entonces no se llama así. Ya lo sabía. Cuando usted me telegrafió su primera conversación con él, en la que le dijo que había tenido un colegio en el norte de Inglaterra, yo telegrafíé, a mi vez, a los compañeros de aquellos distritos. Me contestaron que, en efecto, un tal Vandeleur había dirigido allí un colegio, que quebró más tarde, huyendo el maestro con su mujer Beryl hacia el interior. No

se les persiguió, pero la policia tenía un retrato de la pareja hecho en Nueva-York, de donde procedían, y en el que están marido y mujer retratados. Al reverso hay una dedicatoria de puño y letra del marido, que no deja lugar a duda respecto a los lazos que unen a las dos personas que aparecen en la fotografia.

WATSON
HOLMES

¿Qué dice usted?

Recuerde usted ahora. El hermano menor de sir Carlos murió sin sucesión legítima, pero nada impedía que tuviese un hijo natural. Bastaba que el hijo natural probase que lo era, y medios para ello le concede la ley. He aquí que me preguntaba: «¿Por qué el crimen?» ¡Y ese retrato me ha contestado! Para atrapar una herencia valuada nada menos que en 740.000 libras.

WATSON
HOLMES

Sí, sí. ¡Está claro!

Fué Stapleton quien vigilaba desde Londres a su primo. Beryl no quiere el crimen, pero es la esposa del criminal y no puede descubrirle y perderle. Lo sabe todo, pero jamás dirá nada. La que sí hablará es Clara Lyons.

WATSON
HOLMES

¿Cuándo?

Ahora mismo, porque la he enviado a buscar con toda urgencia.

WATSON
HOLMES

¡Ese hombre es verdaderamente hábil!

Ya dije a usted, desde el primer momento, que luchamos con alguien tan astuto como nosotros. El primer crimen se ha elaborado pacientemente durante casi dos años. El segundo crimen urgía más. Era cuestión de un golpe decisivo e inesperado, y con el cebo de su supuesta hermana, cogió en la red a sir Enrique y se convino la comida de esta noche.

WATSON
HOLMES

Pero yo debía haber asistido a ella.

¡Bah! Un percance ocurre fácilmente. Tiene preparado, sin duda, el medio de

burlar a usted, y yo no puedo consentir que usted sea burlado. Sobre todo porque no conozco ese medio y no podría impedirlo. Limpiémosle el camino de obstáculos. Allá sir Enrique, Beryl y el perro se las entiendan. El interesado está prevenido.

WATSON No le conozco a usted, Holmes.

HOLMES ¡Qué quiere usted, Watson! Yo no soy detective para encadenar perros infernales.

ESCENA III

Dichos, BARRYMORE. Luego, CLARA.

BARRYMO. Señor Holmes: la señora Clara Lyons pregunta por usted.

HOLMES Hágala usted entrar, amigo mío. (Mutis Barrymore.)

WATSON Es inconcebible que Stapleton... ¿No será esa una falsa pista?... ¿No habrá usted llevado su imaginación a las regiones de la fantasía?

HOLMES Va usted a convencerse.

CLARA (Saludando.) Caballeros...

HOLMES Ante todo, perdone usted que la haya hecho venir al castillo a tal hora y con tal premura.

CLARA Se me ha llamado en nombre de la ley... Aquí estoy.

HOLMES La ley es un pretexto que encubre la amistad. Mi amigo Watson habló ya con usted del asunto de sir Carlos. Yo sé, no sólo cuanto usted le refirió, sino también lo que le ha ocultado referente al asunto.

CLARA No oculté nada.

HOLMES Repito a usted que soy un amigo..., un amigo que lamenta tener que comunicar a usted algo... que ha de producirle un desengaño.

- CLARA ¿Un desengaño, a mí?
- HOLMES ¡Y doloroso! Usted tiene por hombre honrado al señor Stapleton, y yo le acuso de haber asesinado a sir Carlos e intentar hacer lo mismo con sir Enrique, ayudado por la complicidad de usted y de su esposa.
- CLARA ¡¿Su esposa?!
- HOLMES He ahí el desengaño. La que hace pasar por su hermana es su mujer.
- CLARA ¡Eso es falso! ¡Stapleton es soltero!
- ¡Usted no dice la verdad!
- HOLMES (Sacando una fotografía del bolsillo) Vea usted la prueba.
- CLARA ¡Conque es cierto!... ¡Es cierto! ¡Casado Stapleton!
- HOLMES Si usted no tiene inconveniente.
- CLARA ¡Sherlock Holmes, ese hombre me había jurado ser mi marido en cuanto yo obtuviese mi divorcio! ¡Me ha engañado infamemente! ¡Me ha engañado para hacerme instrumento dócil de sus inicuos planes! ¿Por qué he de serle fiel, cuando no lo ha sido para mí? Diré a usted cuanto ha pasado. Una cosa juro, y es que cuando escribí citando a sir Carlos no sospechaba que pudiese ser causa de mal alguno para el pobre señor que tan generosamente se portó con nosotros.
- HOLMES Lo creo. ¿Stapleton propuso a usted que escribiese la carta pidiéndole la cita?
- CLARA El mismo me la dictó.
- HOLMES Dijo a usted que viendo a sir Carlos personalmente era más fácil que consiguiese usted el dinero que necesitaba.
- CLARA Eso me dijo.
- HOLMES ¿Y después de enviar la carta, disuadió a usted de que acudiese a la cita?
- CLARA Casi a última hora se mostró celoso. Dijo que prefería él hacer un sacrificio a consentir que sir Carlos estuviese a solas un

momento conmigo. Estuvo más tierno y enamorado que nunca.

HOLMES ¿Y después? ¿Al día siguiente de la muerte de sir Carlos?

CLARA Me hizo prometer que guardaría silencio acerca de la carta escrita, pues la muerte era misteriosa y las sospechas podrían recaer sobre mí. Tanto me asustó, que resolví callarme.

HOLMES Lo comprendo. ¿Pero sospecharía usted?

CLARA Sí. ¡Si no me hubiese engañado, jamás le hubiera descubierto!... ¡Fué él! ¡Fué él quien soltó el perro contra sir Carlos!

HOLMES ¿Usted lo sabía?

CLARA Sé que antes de venir él a este país la leyenda de los Baskerville se había casi olvidado. El, fingiendo dudas y negando creencias del vulgo, logró resucitarla... Al poco tiempo, unos gitanos que pasaron por el páramo se lamentaron del robo de un perro lobo que llevaban en su compañía. Nadie supo ni quiso averiguar quien era el ladrón. Los gitanos se fueron, y en el páramo comenzaron a oírse los aullidos siniestros que tanto atemorizaban a sir Carlos.

HOLMES ¿Y sabe usted si ese hombre estuvo en Londres el día que sir Enrique debía desembarcar allí, para venir a posesionarse del castillo?

CLARA Estuvo. Me dijo que iba para activar el asunto de mi divorcio...

HOLMES ¡Sabe usted demasiadas cosas!

CLARA ¿Yo?

HOLMES Ha tenido usted en su poder a su amante. Con una palabra podía perderle. ¡El lo sabía, y aún vive usted! ¡Es usted mujer de mucha suerte!

CLARA Caballero, una súplica: mi pobre padre está enfermo desde esta tarde. Temo que

le perjudique este asunto si se hiciera público...

HOLMES No se hará. Doy a usted mi palabra.

CLARA ¡ Gracias ! ¡ Gracias !

HOLMES ¡ Váyase usted tranquila ! (Clara saluda y vase.)

ESCENA IV

HOLMES y WATSON.

HOLMES ¿Y bien?... ¡ Hombre de poca fe ! ¿Duda usted ahora?

WATSON Estoy admirado. Es maravilloso su trabajo, Holmes.

HOLMES Inducción y deducción... Lógica, mucha lógica, y saber apreciar todo lo ínfimo para llegar a descubrir todo lo grande. Este es el secreto de mi método.

ESCENA V

Dichos y STAPLETON

STAPLET. (Dentro.) ¡ Ah, qué desgracia ! ¡ Qué desgracia ! ¡ Sir Enrique !

WATSON ¡ Stapleton !

HOLMES ¡ Adelante ! ¡ Adelante !

STAPLET. ¿Cómo? ¿Usted? ¿Ustedes aquí?

HOLMES Sí, señor... Soy Sherlock Holmes, y he venido para llevarme a Londres ahora mismo a mi amigo y discípulo predilecto.

STAPLET. ¿Se va usted, señor Watson? ¡ Cuánto lo siento !

HOLMES ¿Pero usted, al entrar, ha hablado de una desgracia?

STAPLET. ¡ Sir Enrique ! ¡ Yo creo que... !

HOLMES ¿Qué?

STAPLET. Debe haberle ocurrido algo terrible en el páramo.

- HOLMES ¡ Ca, hombre ! Está ahí dentro preparándose tranquilamente para ir a comer a su casa de usted.
- STAPLET. ¿ Sí ? Pues yo... Me pareció oír gritos angustiosos...
- HOLMES ¿ Y por qué precisamente habían de ser de sir Enrique ?
- STAPLET. Vivimos tan pocos en el páramo...
- HOLMES Sí, es una razón.
- WATSON ¡ Caray ! También yo vivo aquí, señor naturalista.
- STAPLET. Pero como circula la leyenda del perro... Y usted no es Baskerville... ¿ Luego, en fin, no ha ocurrido nada ?

ESCENA VI

Dichos y MORTIMER

- MORTIMER (Entrando.) ¿ Cómo si ha ocurrido ? ¡ Un muerto !
- STAPLET. ¿ Un muerto ?
- MORTIMER En el páramo. En una de las cavernas... ¡ Tiene la garganta y el pecho destrozados ! ¡ Allí han hecho de las suyas las garras de una fiera !
- STAPLET. ¿ Pero quién es ? ¿ Quién es ?
- MORTIMER ¡ Seldon, el fugado de presidio !
- STAPLET. ¡ Ah !
- MORTIMER No sé quién ha dado cuenta a la justicia.
- HOLMES Yo, querido doctor.
- MORTIMER ¡ Amigo Holmes ! (Abrazándole.) ¡ No había reparado ! ¡ Viene usted llovido del cielo !
- HOLMES ¿ Por qué ?
- MORTIMER Esa muerte me ha hecho pensar mucho. ¡ El perro lobo existe ! No lo dude usted, Stapleton. Usted lo negaba siempre. ¡ Pero ahora es innegable ! He visto su hazaña... Venía temblando por sir Enrique... Pero ya está usted aquí, Holmes. Estamos salvados... Dormiré tranquilo.

HOLMES No coja usted el sueño fuerte, porque regreso a Londres en seguida.

STAPLET. ¿De veras se va usted?

HOLMES Tan de veras... Y me llevo a Watson.

MORTIMER ¡Dios del cielo! ¿Qué va a ser de nosotros?

STAPLET. Velaremos por sir Enrique como si fuese nuestro hermano.

MORTIMER Gracias, Stapleton. Es usted una persona excelente.

HOLMES Ya ve usted que podemos marcharnos sin peligro.

STAPLET. Yo no creo que nbs abandonen ustedes.

HOLMES Pues para convencerse nos acompañará usted a la estación. ¿No es camino de su casa, señor Stapleton?

STAPLET. Algo más allá.

HOLMES Bueno. Quiere decirse que vienen ustedes paseando hasta la estación, usted, el doctor y sir Enrique... Nos despiden ustedes cuando el tren se nos lleve. El doctor regresa a su domicilio y usted acompaña al suyo a sir Enrique, puesto que come con usted esta noche.

STAPLET. Sí, está bien pensado.

WATSON (Aparte a Holmes.) ¿Pero no arresta usted a ese bandido?

HOLMES (Idem.) ¿Antes de comer? ¡Sería hacerle muy mala obra!

ESCENA VII

Dichos, ENRIQUE, BARRYMORE y SEÑORA BARRYMORE.

BARRYMO. Cuando gusten los señores..., el equipaje está listo. (Sale con maletas.)

HOLMES Pues a la estación, sir Enrique.

ENRIQUE ¡Amigo mío!

HOLMES Hemos convenido en que nos acompañen ustedes a la estación.

ENRIQUE Con mucho gusto.

- STAPLET. Y de allí iremos a comer a mi casa.
ENRIQUE Encantado...
S. BARRY. ¡ Señor !... ¡ No salga usted de casa esta noche !... ¡ No salga !
ENRIQUE Ya ve usted que voy bien acompañado.
S. BARRY. ¿ Y al regreso ?
STAPLET. ¡ Diablo ! ¡ En eso no habíamos pensado !
WATSON Le acompañará usted Stapleton.
STAPLET. No sé si podré... Beryl está un poco delicada...
MORTIMER Si son necesarios mis servicios...
STAPLET. No..., no es para tanto... Mañana puede ser que... ¡ Si no mejorase !...
ENRIQUE ¡ Beryl enferma ! Vamos..., vamos, amigo Stapleton... Y regresaré solo. ¿ Soy acaso un niño ? ¡ No tema usted, señora Barrymore ! Tengo la piel más dura que su pobre Seldon.
WATSON En marcha. (Van saliendo, Holmes queda el último y dice rápidamente a la señora Barrymore.)
HOLMES Confíe y espere... Dije a usted que su hermano sería vengado. ¡ Antes de amanecer habré cumplido mi promesa ! (Mutis.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

El páramo. Rocas de aspecto siniestro en todo el foro; nada de árboles en cuanto puedan eliminarse, en último caso, telón de horizonte con cartabones de peñascos. En el foro, y de un bastidor al de enfrente, camino a la altura de un medio metro de la escena; se supone que van a parar detrás de la casa de Stapleton, pero no se ve desde el público el final de la senda. Ante el camino, y bordeándolo, matas, arbustos, etc., dispuestos de manera que a una persona que vaya por él no se le vean las piernas desde el público sino desde la rodilla. A la derecha, en forma de

achava, la casa de Stapleton, que tiene al público una ventana que está abierta y se ve detrás el comedor y a Stapleton y Enrique sentados a la mesa. En el comedor, dos puertas: una en el fondo y otra a la derecha, que se supone comunica con otra habitación. Es noche cerrada. Muy ligero efecto de luna. En el comedor de la casa de Stapleton, luces sobre la mesa. Stapleton y Enrique toman café y fuman.

ESCENA VIII

ENRIQUE y STAPLETON

- ENRIQUE Crea usted que sinceramente lamento que su bella hermana no nos haya acompañado a la mesa. ¿No es por exceso de precaución de usted?
- STAPLET. No, amigo mío. Se lo juro. Está indispueta... Verdaderamente indispueta. Tanto, que me parece que al fin tendré que ir en busca de Mortimer.
- ENRIQUE ¿Si quiere usted que yo?...
- STAPLET. Nada de eso. Esperemos aún...
- ENRIQUE ¿Pero qué tiene?
- STAPLET. No sé..., jaqueca..., los nervios... ¡Son tan frágiles esas muñecas que llamamos mujeres! (Pausa. Siguen hablando.)

ESCENA IX

Dichos, HOLMES, WATSON y BARRYMORE. Revólver en mano los tres con gran precaución. A media voz toda la escena.

- BARRYMO. Aquella es la casa.
- WATSON El maldito no quiso dejarnos hasta ver que el tren partía de la estación.
- HOLMES Contaba con ello. Así nos cree de veras en Londres y no tomará precauciones que podrían inutilizar nuestra empresa. Todo se ha reducido a bajar en la primera estación y correr una hora a campo traviesa.

Barrymore es práctico en el terreno ; por eso le traje con nosotros.

BARRYMO. ¡ Y como, en efecto, se intente algo contra sir Enrique, verá usted !

HOLMES ¡ Silencio ! Aquí estamos bien. Esas rocas, en todo caso, nos ocultan perfectamente.

WATSON ¿ Hemos de esperar aquí ?

HOLMES Naturalmente, cerca de la puerta.

BARRYMO. La ventana da al otro lado.

HOLMES ¡ Al suelo ! Acérquese usted con precaución Watson, y si la ventana está abierta, observe lo que dentro ocurre. (Watson, con grandes precauciones, se dirige hacia la ventana y mira al interior. Pausa.

BARRYMO. (A Holmes.) ¿ Dentro, no correrá peligro el amo ?

HOLMES No..., dentro no puede actuar el perro. Pero silencio, no vayamos a descubrírnos por charlatanes. (Nueva pausa. Regresa Watson.)

HOLMES ¿ Y bien ?

WATSON Están en el comedor.

BARRYMO. Hemos llegado a tiempo.

HOLMES ¿ Están los tres ?

WATSON No, los dos... ¡ Ella... no está !

HOLMES Es raro.

WATSON Contiguo al comedor hay otro cuarto..., y juraría...

HOLMES ¿ Qué ?

WATSON Que he oído algo como un suspiro ahogado.

HOLMES Vuelva usted, Watson. ¡ Mucho cuidado ! ¡ Que no nos descubran ! Procure usted ver lo que hay en esa habitación. (Pausa. Watson vuelve a la casa y pasando por delante de ella, con grandes precauciones, desaparece por el lastidor de la derecha.)

ENRIQUE ¿ Ha oído usted ?

STAPLET. ¿ Qué ?

ENRIQUE Como un suspiro y...

STAPLET. Sin duda mi hermana, que se queja.

Voy... , dispense usted un momento. (Watson ha vuelto al lado de Holmes.)

BARRYMO. ¿Qué?

WATSON ¡Ella... atada... , amordazada... , creo que herida.

BARRYMO. ¡Miserable!

HOLMES ¡Silencio! (Pausa. Stapleton se levanta y entra en la habitación de la derecha.) ¿Por dónde tiene salida la casa? (Dice Holmes a Barrymore.)

BARRYMO. Por el fondo. Al otro lado... Hay un pequeño patio.

HOLMES ¡Allí está la perrera!

STAPLET. (Entrando en el comedor.) (Ya que no me ayude, al menos que no me sirva de estorbo! Ahora... ; no dirá nada!) (A Enrique.) Decididamente me voy en busca del doctor... La comida no ha sido muy alegre, sir Enrique. Lo lamento de veras.

ENRIQUE Lo sensible es la indisposición de Beryl. ¿Quiere usted que le acompañe en busca de Mortimer?

STAPLET. No. Es camino opuesto. Usted regresa al castillo. Venga usted mañana, y si mi hermana corresponde a su afecto, arreglaremos lo de la boda.

ENRIQUE Gracias, Stapleton. Me voy con buena esperanza. He creído adivinar en su hermana cierto interés..., cierta simpatía por mí.

STAPLET. ¡Bien, bien! Ya hablaremos de todo. Buenas noches, sir Enrique.

ENRIQUE Buenas noches.

STAPLET. Venga usted. Por aquí...

ENRIQUE ¿No salimos juntos?

STAPLET. Yo esperaré aún... Puede que no sea necesario mi viaje... Déjeme usted cerrar la ventana..., la noche está fresca. (Echa la persiana. Pausa.)

BARRYMO. Se me figura ver luz en el patio. Sin duda el amo va a salir... Quizás Stapleton le acompañe.

HOLMES ¡A las rocas! ¡Los revólvers preveni-

dos..., y ni respirar siquiera ! (Se achucruca
junto al bastidor del foro.)

STAPLET. ¡ Hasta mañana, sir Enrique ! Puede usted
venir a la hora que guste... Si hubiese no-
vedad yo le avisaría.

ENRIQUE Eso es... ¡ De todos modos vendré tempra-
no ! ¡ Hasta mañana ! (Nueva pausa. Enrique
atraviesa el sendero del foro, desde detrás de la casa,
hasta perderse en el bastidor contrario.)

BARRYMO. (Muy bajo.) ¡ Se fué !

HOLMES ¡ Ahora viene el peligro !... ¡ Atención !...

WATSON ¡ Asesino ! ¡ Asesino !

STAPLET. (Desde dentro.) ¡ A él, Tigre ! ¡ A él ! ¡ En tus
dientes y garras va mi fortuna ! (Se oyen te-
rribles ladridos.)

BARRYMO. ¡ El perro ! ¡ El perro !

HOLMES ¡ Fuego ! ¡ Fuego y a la carrera !

STAPLET. ¡ Ah ! ¡ Estoy perdido ! (El perro ha cruzado
rápidamente el sendero en la dirección que llevó sir En-
rique. Se lanzan tras él Holmes y Barrymore disparando
sus revólvers. Al cruzar el perro, Stapleton ha aparecido
en escena pero a los gritos de los otros dice su frase
y entra de nuevo en la casa.)

WATSON ¡ Son tres y basta ! ¡ Este es para mí ! ¡ No
se me escapará la presa ! (Entra tras Staple-
ton. Voces de Enrique dentro.)

ENRIQUE ¡ Socorro ! ¡ Socorro ! (Más tiros. Silencio y una
pausa.)

HOLMES (Dentro.) ¡ Adelante, Barrymore ! ¡ Adelan-
te ! (Un tiro suelto dentro de la casa. Se descubre la
persiana del comedor y aparece en él Watson.)

WATSON ¡ Ah, el miserable ! ¡ Se ha hecho justicia !
(Entra en la habitación de la derecha. Holmes y Barry-
more aparecen en el sendero, llevando a sir Enrique en-
tre los dos.)

HOLMES ¡ Animo, sir Enrique !... El peligro ha pa-
sado para siempre.

ENRIQUE ¡ Gracias a usted, amigo Holmes !

HOLMES ¿ Y Watson ? ¡ Watson !

WATSON (Saca medio desmayada a Beryl, todavía con ligaduras
y amordazada.) ¡ Aquí, maestro !... ¡ Quise
cazar la otra fiera !

- BARRYMO. ¿Y se ha escapado?
WATSON ¡No! Viéndose perdido, se ha saltado lindamente la tapa de los sesos!
ENRIQUE ¿Pero y ella?... ¿Ella?..
WATSON Vea usted..., vea usted mismo. (Habrá estado atado y quitado la mordaza a Beryl.)
ENRIQUE ¡Beryl mía! Holmes me ha salvado la vida. ¡Aun podemos ser dichosos!
BERYL ¿No lo estorbará el recuerdo del miserable asesino de sir Carlos?
HOLMES ¡Bah! Aquello terminó... Ya sabe usted el refrán... «Muerto el perro...»
WATSON «Se acabó la rabia.»

TELÓN

FIN DE LA OBRA

NOTA. — El perro ha de ser de atrezzo, grande, negro, de cabeza achatada, en los ojos, dos lámparas eléctricas rojas y otra en la boca, simulando la parte de la lengua. El perro irá montado sobre ballestas arqueadas, con las patas extendidas en actitud de galopar. Las dos ballestas se unen por dos travesaños que irán debajo de las patas. Del travesaño delantero se engancha un alambre, del cual se tirará fuertemente, para que el perro corra con el movimiento propio del galope. Para que no se vea el montaje es necesario que los apliques sean más altos que el practicable del camino.

140120. LS.C.

B5826

Author

Title

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU

